MURRAY N. ROTHBARD



HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

Volumen II

La Economía Clásica

Unión Editorial



OBRAS DE MURRAY N. ROTHBARD

HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

Volumen II

LA ECONOMÍA CLÁSICA

MURRAY N. ROTHBARD

HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

Volumen II

LA ECONOMÍA CLÁSICA



Unión Editorial
2012

A mis mentores,
Ludwig von Mises
y
Joseph Dorfman

Título original: *An Austrian Perspective on the History of Economic Thought. Vol. II: Classical Economics*
Edward Elgar Publishing Limited.

Traducción de Ramón Imaz

2012 Segunda edición
c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid
Tel.: 913 500 228 • Fax: 911 812 212
Correo: info@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-565-6
Depósito Legal: M. 6.585-2012
Compuesto por JPM GRAPHIC, S.L.
Impreso por IMPULSO GLOBAL SOLUTIONS, S.A.

Printed in Spain · Impreso en España

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Como declara el subtítulo, esta obra elabora una historia general del pensamiento económico desde una posición francamente «austriaca», esto es, desde la perspectiva de alguien que se adhiere a la Escuela Austriaca de Economía. De hecho, es la única obra de estas características escrita por un economista «austriaco» moderno, siendo así que en las últimas décadas estos economistas apenas si han publicado sobre la historia del pensamiento económico más que unas pocas monografías muy especializadas.[1] No sólo eso: la particular perspectiva de su autor se sitúa en la variante actualmente menos de moda —si bien no menos numerosa— de la Escuela Austriaca: la praxeológica de Mises.[2]

Pero el talante austriaco de esta obra no es su única singularidad, ni muchísimo menos. Cuando el autor comenzó a estudiar economía en los años cuarenta, un paradigma —hoy aún en boga, si bien no tanto como entonces— dominaba por completo el estudio de la historia del pensamiento; un paradigma según el cual la esencia de la historia del pensamiento económico la componen unas pocas figuras prominentes, con Adam Smith —fundador casi sobrehumano— al frente de todas ellas. Ahora bien, si Adam Smith fue el creador tanto del análisis económico como del libre cambio, el fundador de la tradición de la economía de mercado en economía política, sería miserable y muy ruin cuestionar seriamente cualquier aspecto del monumental logro que se le atribuye. Cualquier crítica seria de Smith como economista o como valedor del libre cambio no podría sino parecer anacrónica: algo así como si se mirara con displicencia al fundador y pionero desde la perspectiva que permite el superior

[1] A veces se ha dicho que la valiosa y monumental *History of Economic Analysis* (Nueva York: Oxford University Press, 1954) [trad. española de Manuel Sacristán, José A. García Durán y Narciso Serra (Barcelona: Ariel, 1971)] de Joseph Schumpeter es «austriaca». Si bien es cierto que se educó en Austria y fue alumno de Böhm-Bawerk, un gran austriaco, también lo es que Schumpeter fue un devoto walrasiano, además de ser su *Historia* ecléctica e idiosincrásica.

[2] Sobre los tres paradigmas austriacos dominantes en la actualidad, véase Murray N. Rothbard, *The Present State of Austrian Economics* (Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 1992).

conocimiento actual, como si descendientes canijos y debiluchos vapulearan injustamente a aquellos gigantes sobre cuyos hombros se han levantado.

Si Adam Smith creó la economía a semejanza del modo en que surgió Atenea, nacida de la frente de Zeus ya madura y bien armada, entonces los predecesores de Smith debieron ser poco menos que seres insignificantes e irrelevantes. Y tan raquítica estima de hecho mereció, en esos retratos clásicos, quien tuvo la mala suerte de preceder a Smith. A los tales se agrupaba por lo general en dos categorías, despachándoseles sin el más mínimo miramiento. Inmediatamente anteriores a Adam Smith, los mercantilistas, a quienes éste criticó con dureza, bobos empeñados en que la gente acumulara dinero para jamás gastarlo, o en que la balanza comercial se equilibrara país con país. Los escolásticos eran desechados con mayor rudeza aún, si ésta cupiera, ignorantes medievales que insistían en que el «justo precio» debía cubrir los costes de producción e incluir además un beneficio razonable.

Las obras clásicas de historia del pensamiento económico escritas a lo largo de las décadas de 1930 y 1940 procedían después a exponer —y en muchos casos, celebrar— algunas figuras destacadas posteriores a Smith. Ricardo sistematizó a Smith, y dominó el panorama económico hasta la década de 1870; después, los «marginalistas», o sea, Jevons, Menger y Walras, ofrecieron una revisión marginalista de la «economía clásica» de Smith-Ricardo, insistiendo en la importancia de la unidad marginal en lugar de en los bienes tomados en su conjunto. Así hasta Alfred Marshall, quien sagazmente creó la economía neoclásica moderna al integrar la teoría de costes ricardiana con el énfasis, supuestamente unilateral, de austriacos y jevonianos en la demanda y la utilidad. No cabía preterir a Karl Marx, claro, y por eso se le dedicaba el capítulo que merecía como ricardiano aberrante. El historiador del pensamiento podía componer así su historia con cuatro o cinco figuras notables, relatando la contribución de cada una de ellas —con la excepción de Marx— al progreso sin fisuras de la ciencia económica. Una historia, por otra parte, siempre hacia adelante y hacia arriba, hacia un mayor esclarecimiento de la verdad.[3]

En los años que siguieron a la II Guerra Mundial se añadió, como no podía ser menos, la figura de Keynes al panteón, lo que proporcionó un nuevo capítulo culminante en el progreso y desarrollo de la ciencia. Keynes, amado discípulo del gran Marshall, advirtió que el viejo caballero había dejado de lado lo que luego se llamaría «macroeconomía», con ese énfasis tan suyo por la micro en exclusiva. Así que Keynes añadió la macro, concentrándose en el estudio y explicación del desempleo, un fenómeno que cuantos le precedieron habían

[3] El que esto escribe tuvo por examinador oral en historia del pensamiento económico, cuando cursaba sus estudios de doctorado en Columbia University, al venerable John Maurice Clark. Cuando le preguntó si debía o no leer a Jevons, Clark respondió, no sin cierta sorpresa: «¿Para qué? No hay nada de interés en Jevons que no se encuentre en Marshall.»

pasado inexplicablemente por alto, excluyéndolo del cuadro de la economía, o habían barrido sin más bajo la alfombra, «presuponiendo el pleno empleo».

El paradigma dominante ha dominado efectivamente desde entonces, si bien es cierto que el asunto últimamente no está tan claro, ya que este género de historia «siempre ascendente» de grandes figuras precisa ocasionalmente de nuevos capítulos finales. La *Teoría General* de Keynes, publicada en 1936, tiene ya casi sesenta años. Seguro que debe existir algún otro gran hombre que añadir a la lista, pero ¿quién? Por un tiempo se pensó que sería Schumpeter, con su moderna y en apariencia realista insistencia en la «innovación»; pero esta tentativa resultó fallida, quizás al advertirse que la obra fundamental (o «visión», como prescientemente la llamó él mismo) de Schumpeter se escribió más de dos décadas antes que la *Teoría General*. Los años que siguieron a la década de los cincuenta fueron confusos, y es difícil forzar el retorno del una vez olvidado Walras al lecho procrusteano del progreso continuo.

Mi opinión sobre la grave deficiencia del enfoque de «unos pocos grandes hombres» se ha formado bajo la influencia de dos espléndidos historiadores del pensamiento. Uno es mi director de tesis, Joseph Dorfman, cuyo trabajo sin par sobre la historia del pensamiento económico americano —recogido en una obra de muchos volúmenes— demostró de modo concluyente la importancia de las figuras «menores» en cualquier movimiento de ideas. En primer lugar, el omitirlas hace perder consistencia a la historia, que además resulta falsificada por la selección de unos pocos textos aislados y la morosa atención que reciben hasta constituir *la* historia del pensamiento. En segundo lugar, un elevado número de las figuras pretendidamente secundarias contribuyó en gran medida al desarrollo de la historia del pensamiento, en algunos aspectos más que esos pocos pensadores elegidos para el estrellato. Es así como acaban por omitirse algunas dimensiones importantes del pensamiento económico, con el resultado de que la teoría finalmente desarrollada se manifiesta trivial y estéril, sin vida.

Además, el cortar-y-tirar de la propia historia queda inevitablemente fuera de este enfoque centrado en unas pocas grandes figuras: el contexto de ideas y movimientos, de influencia de unas personas sobre otras, el cómo reaccionan unas ante y contra otras. Este aspecto del trabajo del historiador se me presentó con fuerza, en particular, al leer *Foundations of Modern Political Thought*, notable obra en dos volúmenes de Quentin Skinner, cuyo valor cabe apreciar sin necesidad de adoptar su metodología conductista.[4]

A su vez, el enfoque del progreso continuo, siempre hacia adelante y hacia arriba, quedó reducido a la insignificancia ante mis ojos, como debería

[4] Joseph Dorfman, *The Economic Mind in American Civilization* (5 vols., Nueva York: Viking Press, 1946-59); Quentin Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought* (2 vols., Cambridge: Cambridge University Press, 1978).

haber quedado ante cualquiera, tras la publicación de la afamada *Structure of Scientific Revolutions*, de Thomas Kuhn.[5] Kuhn no prestó atención a la economía, centrándose más bien, a la usanza de filósofos e historiadores de la ciencia, en esas ciencias decididamente «duras» que son la física, la química y la astronomía. Al introducir el término «paradigma» en el discurso intelectual, demolió lo que gustó en llamar la «teoría *whig* de la historia de la ciencia». La teoría *whig*, suscrita por casi todos los historiadores de la ciencia, incluyendo aquí la economía, sostiene que el pensamiento científico progresa pacientemente, desarrollándose mediante un retoque y ajuste continuo de las teorías que hace avanzar la ciencia cada año, década o generación, permitiendo aprender más y contar cada vez con teorías científicas más correctas. De modo análogo a como ocurre con la teoría *whig* de la historia, acuñada en Inglaterra a mediados del XIX, que sostenía que las cosas van (y por tanto deben ir) cada vez a más y mejor, el historiador *whig* de la ciencia, al parecer sobre bases más firmes que el historiador *whig* normal, implícita o explícitamente afirma que «lo posterior es siempre mejor» en cualquier disciplina científica. El historiador *whig* (sea de la ciencia o de la historia sin más) realmente mantiene que, para cualquier momento histórico, «pasó lo que tenía que pasar», o al menos, que eso era mejor que «lo anterior». El inevitable resultado es un complaciente y fastidioso optimismo panglosiano. En la historiografía del pensamiento económico, la consecuencia es la firme aunque implícita posición según la cual cada economista individual, o al menos cada escuela de economistas, realizó su pequeña contribución a ese inexorable proceso de mejora continua. No cabe, por tanto, algo parecido a un craso error sistémico que inficione, e incluso invalide, toda una escuela de pensamiento económico, y mucho menos extravíe al mundo entero de la economía de modo permanente.

Ahora bien, Kuhn conmovió al mundo filosófico al demostrar que éste no es precisamente el modo en que se ha desarrollado la ciencia. Una vez seleccionado un paradigma central en una ciencia determinada, ese proceso de retoque o ajuste no aparece por ningún sitio, realizándose la comprobación de los supuestos básicos únicamente en el caso de que esa ciencia desemboque en una situación de «crisis» como consecuencia de repetidos «fallos» y anomalías en el paradigma dominante. No es preciso adoptar la apariencia de nihilismo filosófico de que hace gala Kuhn —su conclusión de que ningún paradigma es o puede ser mejor que otro— para reconocer que su visión nada idealizada de la ciencia parece ajustarse bien a la realidad, tanto desde un punto de vista histórico como sociológico.

Si la habitual visión romántica o panglosiana no es siquiera aplicable al caso de las ciencias «duras», *a fortiori* lo es mucho menos a una ciencia «blan-

[5] Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago: University of Chicago Press, 1962; 2.ª ed., 1970).

da» como la economía, disciplina en la que no caben experimentos de laboratorio y cuyas propias concepciones se hallan necesariamente interpenetradas por numerosas disciplinas aún más «blandas», como la política, la religión y la ética.

No cabe, por tanto, en absoluto presuponer que en economía lo primero que se pensó fue peor que lo que le siguió, ni que todo economista con fama ha aportado su granito de arena al desarrollo de la disciplina. Es hasta muy probable que la economía, en lugar de ser un edificio siempre en progreso a cuya construcción cada cual ha contribuido con su aportación, pueda haber y de hecho haya procedido de manera aberrante, incluso a modo de zigzag, con falacias sistémicas aparecidas más bien tardíamente que hayan desplazado del todo paradigmas anteriores mucho más adecuados, redirigiendo así el pensamiento económico por una vía degenerativa, totalmente errónea e incluso trágica. Para cualquier periodo considerado, el recorrido absoluto descrito por la economía puede haber sido tanto ascendente como descendente.

En años recientes, bajo la influencia dominante del formalismo, el positivismo y la econometría, la economía, dándoselas de ciencia dura, ha demostrado poco interés por su propio pasado. En lugar de explorar su propia historia, se ha centrado, como cualquier ciencia «de verdad» que se precie de serlo, en el último manual o artículo científico publicados. ¿O acaso pierden mucho tiempo los físicos contemporáneos revisando las concepciones ópticas del siglo XVIII?

El formalista paradigma neoclásico walrasiano-keynesiano dominante, empero, se ha visto crecientemente expuesto a crítica en las dos últimas décadas, desarrollándose en varias áreas de la economía una auténtica «situación crítica», preocupación por la metodología incluida. En esta situación, el estudio de la historia del pensamiento ha vuelto por sus fueros, conociendo una recuperación de la que sólo cabe esperar que salga fortalecida en los próximos años.[6] Porque si el conocimiento enterrado en paradigmas perdidos puede desaparecer y llegar a olvidarse con el tiempo, también cabe el estudio de los economistas y escuelas de pensamiento del pasado por algo más que el mero interés arqueológico o de anticuario, por algo más que el simple deseo de examinar la evolución pasada de la vida intelectual. Se hace así posible el estudio de los primeros economistas por sus importantes contribuciones a un pensamiento en la actualidad olvidado (y que, por tanto, también resulta novedoso), como cabe extraer verdades valiosas sobre el contenido de la economía no sólo de los últimos números de las revistas científicas, sino también de los textos de pensadores económicos hace tiempo fallecidos.

[6] La atención dedicada en los últimos años a la brillante crítica del formalismo neoclásico como totalmente dependiente de la obsoleta mecánica de mediados del siglo XIX es un signo alentador del reciente cambio de actitud. Véase Philip Mirowski, *More Heat than Light* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989).

Más allá de generalizaciones metodológicas, la advertencia concreta de que con el tiempo se había perdido un conocimiento económico importante la tuve al empaparme de la profunda revisión de la escolástica operada en la década de los cincuenta y los sesenta. La revisión pionera adquiría tintes dramáticos en la gran *Historia del Análisis Económico* de Schumpeter, y se desarrolló en los trabajos de Raymond de Roover, Marjorie Grice-Hutchinson y John T. Noonan. Resultó así que los escolásticos no eran sólo «medievales», sino que, comenzando en el siglo XIII, se expandieron y florecieron a lo largo del XVI, hasta llegar al XVII. Lejos de ser moralistas que abogaban por un precio basado en el coste de producción, los escolásticos creían que el precio justo era cualquier precio formado por «común estimación» en un mercado libre. Y no sólo eso: en vez de ingenuos teóricos del valor que basaban éste en el trabajo o en el coste de producción, puede considerárseles incluso «proto-austriacos», en cuanto exponentes de una sofisticada teoría subjetiva del valor y del precio. Por lo que toca al desarrollo de una teoría dinámica, «proto-austriaca», de la empresarialidad, ciertos escolásticos son muy superiores a algunos microeconomistas formalistas actuales. Incluso el análisis «macro» de la escolástica, que comienza con Buridán y culmina en los escolásticos hispanos del siglo XVII, elabora una teoría «austriaca», que no monetarista, tanto de la oferta y demanda de dinero como de la formación de los precios; una teoría ésta que comprendía no sólo movimientos monetarios interregionales, sino también una teoría de tipos de cambio basada en la paridad del poder de compra.

No parece accidental que esta dramática revisión de la imagen de los escolásticos llegara a los economistas americanos (no precisamente duchos en latín) de la mano de economistas con una formación europea y amplios conocimientos de latín, la lengua en que escribieron los escolásticos. Este detalle revela por sí solo otra razón por la que el mundo moderno ha perdido conocimiento: la insularidad del propio idioma, particularmente severa en los países de habla inglesa, iniciada con la Reforma, terminó por romper la en otro tiempo amplia comunidad de estudiosos que abarcaba toda Europa. Una razón por la que el pensamiento económico continental ha ejercido una influencia mínima, o al menos tardía, en Inglaterra y en los Estados Unidos es, simplemente, que muchas de esas obras no se habían traducido al inglés.[7]

En mi caso, la obra del historiador alemán «austriaco» Emil Kauder, que data también de esas décadas, completó y reforzó el impacto del revisionismo escolástico. Kauder reveló que el pensamiento económico dominante en Francia e Italia durante el siglo XVII y especialmente el XVIII también fue «proto-austriaco», por cuanto insistía en la utilidad subjetiva y en la escasez relativa

[7] En la actualidad, esta barrera es mínima, dado que el inglés se ha convertido en la *lingua franca* en Europa y la mayoría de las revistas científicas europeas publican artículos en esa lengua.

como determinantes del valor. Con este trasfondo de partida, Kauder procedió a una impactante revisión (implícita en su propia obra y en la de los revisionistas de la escolástica) del papel de Adam Smith en la historia del pensamiento económico, según la cual Smith, lejos de ser el fundador de la ciencia económica que se había supuesto, había sido más bien todo lo contrario. Smith, que recibió íntegra y casi por completo desarrollada la tradición subjetiva proto-austriaca del valor, trágicamente condujo la economía por un camino falso y sin salida, del que los austriacos hubieron de rescatarla casi un siglo más tarde. En lugar de dar cabida a la dimensión subjetiva del valor, a la función empresarial y al énfasis en la formación de los precios reales en el mercado, Smith pasó por alto todo esto y lo reemplazó por una teoría del valor basada en el trabajo y por un interés casi exclusivo en el inalterable «precio natural» de equilibrio a largo plazo, dibujando así un mundo en el que la función empresarial no tiene, por definición, cabida. Ricardo intensificaría y sistematizaría este desafortunado desplazamiento del foco de interés.

Si Smith no fue el fundador de la teoría económica, tampoco lo fue del *laissez-faire* en economía política. Los analistas escolásticos no sólo fueron firmes creyentes en la virtualidad del libre mercado, sino también críticos de la intervención gubernamental. Hasta los economistas franceses e italianos del siglo XVIII exhibían un talante más liberal que Smith, quien introdujo numerosas objeciones y matizaciones a lo que había sido, en manos de Turgot y otros, una defensa casi a ultranza del *laissez-faire*. Resulta así que, lejos de merecer veneración por haber creado la economía moderna y el *laissez-faire*, Smith estaba mucho más cerca de la imagen que de él pintó Paul Douglas en la conmemoración que Chicago hiciera en 1926 de su *Riqueza de las naciones*: Adam Smith fue el precursor por excelencia de Karl Marx.

La contribución de Emil Kauder no se limitó a este retrato de Adam Smith como destructor de la sana tradición anterior de teoría económica, o como fundador de un enorme «zag» en la imagen kuhniana de una historia del pensamiento económico esencialmente zigzagueante. También fascinante, si bien más especulativa, fue la suposición de Kauder de la *causa* esencial de una curiosa asimetría que refleja el curso del pensamiento económico según los países. ¿Por qué floreció la tradición de la utilidad subjetiva, por ejemplo, en el Continente, especialmente en Francia e Italia, y revivió sobre todo en Austria, mientras que las teorías del valor basadas en el trabajo y los costes de producción se desarrollaron sobre todo en Inglaterra? Kauder atribuyó esta diferencia a la profunda influencia de la religión: los escolásticos y el catolicismo (Francia, Italia y Austria eran por entonces países católicos) propugnaban el consumo como fin de la producción, y consideraban la utilidad del consumidor y su satisfacción —siempre que existiera moderación— como actividades y fines de suyo valiosos. Por el contrario, la tradición británica, comen-

zando por el propio Smith, era calvinista, y reflejaba el énfasis calvinista en el trabajo duro y el esfuerzo no sólo como algo bueno, sino como algo bueno sin más, de suyo, mientras que el disfrute del consumidor era tenido, a lo más, por un mal necesario, mero requisito para proseguir con el trabajo y la producción.

Al leer a Kauder, su visión se me antojó retadora, pero también mera especulación por demostrar. El resultado de continuar con el estudio del pensamiento económico y de embarcarme en escribir estos volúmenes ha sido, sin embargo, la reiterada confirmación de la hipótesis de Kauder. Aunque Smith fuera un calvinista «moderado», no por ello dejaba de ser un calvinista en toda regla. La conclusión a que llegué es que el énfasis calvinista en el trabajo puede dar razón, por ejemplo, de la otrora asombrosa defensa smithiana de las leyes de usura, así como del desplazamiento de su interés desde el consumidor caprichoso y amante de lujos como determinante del valor, hacia el virtuoso trabajador que plasmaba el mérito de sus horas de esfuerzo en el valor de un producto tangible.

Si bien cabe explicar a Smith como el calvinista que era, ¿qué decir de David Ricardo, ese judío hispano-luso convertido en cuáquero, de seguro nada calvinista? En este punto, me parece que cobran toda su relevancia las recientes investigaciones sobre la función dominante que ejerciera James Mill como mentor de Ricardo y principal fundador del «sistema ricardiano». Mill fue un escocés ordenado ministro presbiteriano, un calvinista de pro; el hecho de que más tarde se trasladara a Londres y se volviera agnóstico no tuvo ningún efecto sobre la naturaleza esencialmente calvinista de sus actitudes básicas hacia la vida y el mundo. Su enorme energía evangélica, su cruzada en favor del mejoramiento de la sociedad y su devoción por el esfuerzo laboral (junto con su virtud hermana en el calvinismo, la frugalidad) reflejan una visión del mundo básicamente calvinista. La resurrección del ricardianismo por John Stuart Mill puede interpretarse como un acto de pietista devoción filial a la memoria de su dominante padre, y la trivialización que hizo Alfred Marshall de las intuiciones austriacas dentro de su propio esquema neoricardiano, como un reflejo de su neocalvinismo evangélico y moralizador.

Por contraste, no es casualidad que la Escuela Austriaca, que representa el reto mejor articulado a la visión de Smith-Ricardo, surgiera en un país no sólo sólidamente católico, sino también cuyos valores y actitudes seguían estando bajo la intensa influencia del pensamiento aristotélico-tomista. Los precursores germanos de la Escuela Austriaca no florecieron en la Prusia protestante y anti-católica, sino en aquellos estados alemanes que o bien eran católicos o bien estaban políticamente aliados no con Prusia, sino con Austria.

El resultado de estas investigaciones fue mi creciente convicción de que dejar fuera la visión religiosa, o la filosofía social o política, de un autor o una época distorsiona fatalmente cualquier relato de la historia del pensamiento económico. Esto es obvio en el caso de los siglos que precedieron al XIX, pero

también lo es —aunque en él el aparato técnico cobre ya vida más o menos propia— en ese siglo.

En consonancia con estas intuiciones, y no sólo por ofrecer una perspectiva austriaca en lugar de neoclásica o institucionalista, los volúmenes que siguen son muy diferentes de lo que suele ser norma. La obra entera es más extensa que la mayoría, precisamente por insistir en tratar también todas esas figuras «menores» y sus interacciones, así como por destacar la importancia de sus filosofías religiosas o sociales junto a sus ideas estrictamente «económicas». Confío, empero, en que la extensión e inclusión de estos elementos no hará menos legible la obra. Por el contrario, la historia por necesidad implica elementos narrativos, discusiones sobre personas reales tanto como sobre sus teorías abstractas, e incluye triunfos, tragedias y conflictos que a menudo no son sólo puramente teóricos sino también morales. De ahí que confíe en que, para el lector, la indeseada extensión se vea compensada por la inclusión de un drama mucho más humano del que habitualmente ofrecen las historias del pensamiento económico.

MURRAY N. ROTHBARD
Las Vegas, Nevada

AGRADECIMIENTOS

La inspiración de estos volúmenes procede directamente de Mark Skousen, de Rollins College, Florida, ya que fue él quien me urgió a escribir una historia del pensamiento económico desde una perspectiva austriaca. Además de encender la chispa, Skousen persuadió al Institute for Political Economy para que apoyara mi investigación durante su primer año académico. En un principio, Mark imaginaba una obra «normalita», que cubriera el periodo que va desde Smith hasta el presente en una extensión moderada; una especie de réplica a Heilbroner.* Sin embargo, una vez ponderado el asunto, le dije que tendría que empezar con Aristóteles, puesto que Smith representaba un marcado declive respecto de sus predecesores. Ninguno de los dos advertimos entonces la amplitud ni extensión de la investigación que aguardaba.

Es imposible mencionar todas las personas de quienes he aprendido algo a lo largo de toda una vida de formación y debate sobre historia de la economía y disciplinas afines. Me veo obligado a omitirlas y a destacar sólo unas pocas. La dedicatoria reconoce mi inmensa deuda con Ludwig von Mises por haber levantado un magnífico edificio de teoría económica, así como por su enseñan-

* Se refiere a la obra de Robert L. Heilbroner *The Wordly Philosophers. The lives, times, and ideas of the great economic thinkers* (Nueva York: Simon and Schuster, 1953). [N. del T.]

za, su amistad y el inspirador ejemplo de su vida. Y con Joseph Dorfman, por su obra pionera en historia del pensamiento económico, su insistencia en la importancia de la «sustancia» de la historia y de las teorías mismas, así como por su meticulosa y paciente instrucción en el método histórico.

Debo mucho a Llewellyn H. Rockwell Jr. por crear y organizar el Ludwig von Mises Institute, por establecerlo en Auburn University y por convertirlo, en apenas una década, en un floreciente centro que contribuye eficazmente al avance de la economía austriaca y a la formación de cuantos se interesan por ella. No ha sido el menor de los servicios que el Mises Institute me haya prestado el haber atraído y conformado, precisamente, una comunidad de eruditos de quienes he tenido oportunidad de aprender. Debo singularizar de nuevo esta vez a Joseph T. Salerno, de Pace University, quien ha realizado un trabajo enormemente creativo en historia del pensamiento económico; y a ese extraordinario polímata y maestro de maestros, David Gordon, del Mises Institute, cuya notable producción en filosofía, economía e historia de las ideas apenas si representa una pequeña fracción de su erudición en estos y muchos otros campos. Gracias también a Gary North, director del Institute for Christian Economics, de Tyler, Texas, por las pistas ofrecidas para orientarme a través de la extensa bibliografía sobre Marx y el socialismo, en general, y por instruirme en los misterios de las variedades de (a-, pre- y post-) milenarismo. A ninguna de tales personas, por supuesto, cabe implicar en cualquier error que pueda encontrarse en esta obra.

La mayor parte de mi investigación la llevé a cabo con ayuda de los soberbios recursos con que cuentan las bibliotecas de las universidades de Columbia y Stanford, así como de la Universidad de Nevada, en Las Vegas, con el complemento de la colección de libros que con los años he ido reuniendo. Como soy uno de los pocos académicos que tozudamente sigue aferrándose a máquinas de escribir tecnológicamente obsoletas en lugar de recurrir a ordenadores con procesadores de texto, he dependido de los servicios de varias mecanógrafas, entre las que quisiera destacar a Janet Banker y Donna Evans, ambas de la Universidad de Nevada, Las Vegas.

Capítulo I

J.B. SAY: LA TRADICIÓN FRANCESA CON ROPAJE SMITHIANO

1.1.– La conquista smithiana de Francia. 1.2.– Say, de Tracy y Jefferson. 1.3.– La influencia del *Traité* de Say. 1.4.– El método de la praxeología. 1.5.– Utilidad, productividad y distribución. 1.6.– El empresario. 1.7.– La ley de los mercados de Say. 1.8.– Recesión y revuelo por la ley de Say. 1.9.– La teoría del dinero. 1.10.– El estado y los impuestos.

1.1 La conquista smithiana de Francia

Como indicamos en el Volumen I, uno de los grandes rompecabezas en la historia del pensamiento económico es por qué Adam Smith fue capaz de arrasar y disfrutar de la reputación de «fundador de la ciencia económica» cuando Cantillon y Turgot habían sido muy superiores, entrambos como técnicos analistas económicos y campeones del *laissez-faire*. El misterio es especialmente profundo por lo que respecta a Francia, ya que en Gran Bretaña las únicas escuelas rivales de los smithianos fueron los mercantilistas y aritméticos políticos. El misterio se ahonda cuando caemos en la cuenta de que el gran líder de los economistas franceses después de Smith, Jean-Baptiste Say (1767-1832), se encontraba *realmente* en la tradición Cantillon-Turgot más que en la de Smith, aun cuando ignorase en buena medida a los primeros y proclamara que la economía comenzó con Smith. En teoría, Say se limitaba a sistematizar las sorprendentes aunque rudimentarias verdades que se hallaban en la *Riqueza de las naciones*. Más adelante veremos la naturaleza precisa del pensamiento de Say y sus contribuciones, así como su decidida claridad lógica y su énfasis «francés», no-smithiano y «pre-austriaco» en el método praxeológico axiomático-deductivo, en la utilidad como única fuente del valor económico, en el empresario, en la productividad de los factores de producción y en el individualismo.

En concreto, Say no menciona a Cantillon en su breve tratamiento de la historia del pensamiento de su gran *Tratado de Economía Política*. A pesar de la considerable influencia de Turgot en su doctrina, le despacha abruptamente considerándole sólido en política pero carente de toda relevancia en economía.

Además, afirma que la economía política se inició realmente con la *Riqueza de las naciones* de Smith. Esta curiosa y deliberada ignorancia de sus propios precursores queda ocultada por el escandaloso hecho de que no exista ni una sola biografía de Say en lengua inglesa, y ni que decir tiene en francés.

Quizá podamos entender este desarrollo con lo que sigue. Durante mucho tiempo, en Francia se había asociado la economía con los fisiócratas, *les économistes*. La destitución en 1776 del gran Turgot de su cargo de inspector general y el consiguiente abandono de sus reformas liberales sirvió para desacreditar todo el movimiento fisiocrático. Y es que, por desgracia, Turgot no era considerado por la opinión pública más que como un compañero de viaje de la fisiocracia y su más influyente abogado en el gobierno. Tras esta pérdida de influencia política, los *philosophes* franceses y la intelectualidad imperante se vieron libres para mofarse de los fisiócratas y ridiculizarlos. Algunos aspectos del culto fanático de la fisiocracia la hicieron vulnerable al desprecio, y los *encyclopédistes*, aunque en general favorables al *laissez-faire*, dirigieron el ataque.

El advenimiento de la Revolución Francesa aceleró la muerte de la fisiocracia. En primer lugar, la Revolución era en sí misma demasiado política como para permitir un firme interés por la teoría económica. Segundo, la estratégica defensa de la monarquía absoluta por parte de los fisiócratas contribuyó a desacreditarles en una época en la que el monarca había sido ya derrocado y eliminado. Además, debido a su insistencia sobre la exclusiva productividad de la tierra, a los fisiócratas se les asoció con los intereses terratenientes y aristocráticos. La Revolución Francesa contra el dominio de la nobleza y el régimen feudal de propiedad difícilmente podía soportar a los fisiócratas. Situación agravada por la aparición del industrialismo y la Revolución Industrial que, de forma creciente, fue debilitando el interés de los fisiócratas por la tierra. Todos estos factores sirvieron para desacreditar por completo a la fisiocracia, y, como por desgracia a Turgot se le tenía por fisiócrata, su reputación cayó por los suelos. Esta situación se vio agravada por el hecho de que su antiguo asesor e íntimo amigo, el editor y biógrafo Samuel DuPont de Nemours (1739-1817), fuera el último de los fisiócratas, quien, por su parte, agudizó el problema distorsionando deliberadamente los puntos de vista del propio Turgot con el fin de hacerlos parecer en lo posible cercanos a la fisiocracia.

En un principio, la *Riqueza de las naciones* de Smith no fue bien recibida en Francia. Los entonces dominantes fisiócratas la despreciaron como una pobre y vaga imitación de Turgot. Con todo, un gran partidario de la libertad como Condorcet, en otro tiempo amigo y biógrafo de Turgot, escribió comentarios admirativos que se incorporaron a las diversas ediciones francesas de la *Riqueza de las naciones*. También la viuda de Condorcet, Madame de Grouchy, prosiguió con el interés de la familia por los estudios sobre Smith preparando una traducción francesa de la *Teoría de los sentimientos morales*. Más tarde, en la

década de 1790, los últimos vestigios de la fisiocracia se subieron alegremente al carro de Smith. Después de todo, Smith promovía el *laissez-faire* y, de manera casi estrafalaria, era favorable a la agricultura, al sostener que el trabajo agrícola constituía la principal fuente de riqueza. Como consecuencia, la mayoría de los fisiócratas tardíos de Francia se convirtieron en los primeros seguidores de Smith, liderados por el marqués Germain Garnier (1754-1821), primer traductor francés de la *Riqueza de las naciones* e introductor de la doctrina de Smith en este país con su *Abrège elementaire des principes de l'économie politique* (1796).

1.2 Say, de Tracy y Jefferson

Al poco tiempo, Jean-Baptiste Say se puso a la cabeza de los seguidores de Smith con ocasión de la publicación en 1803 de la primera edición de su gran *Traité d'Économie Politique*. Say había nacido en Lyon, en el seno de una familia hugonote de mercaderes textiles, y pasó la mayor parte de sus primeros años en Génova, luego en Londres, donde se convirtió en auxiliar comercial. Finalmente, regresó a París como empleado de una compañía de seguros de vida convirtiéndose en poco tiempo en uno de los miembros más destacados del grupo francés de los *philosophes* del *laissez-faire*. En 1794 Say pasó a ser el primer editor de la principal publicación de este grupo, *La Décade Philosophique*. Defensor no sólo del *laissez-faire*, sino también del pujante *industrielisme* de la Revolución Industrial, Say se opuso a la absurda fisiocracia pro-agrícola.

El grupo de la *Décade* se autodenominó los «ideólogos»; más tarde, Napoleón les tildaría desdeñosamente de *ideologues*. Su concepto de «ideología» hacía referencia únicamente a la disciplina que estudia todas las formas de la acción humana, un saber tendente a respetar a los individuos y sus interacciones más bien que a manipular positiva o científicamente a la gente como simple materia de ingeniería social. Los ideólogos se inspiraron en las concepciones y análisis del último Condillac. Su guía en psicología fisiológica era el Dr. Pierre Jean George Cabanis (1757-1808), que trabajó estrechamente con otros biólogos y psicólogos en la *École de Médecine*. Su cabeza en ciencias sociales era el rico aristócrata Antoine Louis Claude Destutt, Conde de Tracy (1754-1836).[1] Destutt de Tracy creó el concepto de «ideología», que presentó en el primero de los cinco volúmenes que integraban sus *Éléments d'idéologie* (1801-15).

De Tracy expuso por vez primera sus concepciones económicas en 1807, en su *Comentario* a Montesquieu, obra que permaneció en forma manuscrita

[1] Debemos mencionar también al historiador Constantin François Chasseboeuf, Conde de Volney (1757-1820), como uno de los principales miembros del grupo de los ideólogos.

por sus opiniones osadamente liberales. En el *Comentario*, De Tracy ataca la monarquía hereditaria y el gobierno de un solo hombre, defiende la razón y el concepto de los derechos naturales universales. Comienza refutando la definición de Montesquieu de libertad como «querer lo que uno debe» para pasar a la mucho más libertaria capacidad de querer y hacer lo que a uno le plazca. En su *Comentario*, Tracy concede primacía a la economía en la vida política, ya que el fin principal de la sociedad es satisfacer, mediante el intercambio, las necesidades materiales y los disfrutes del hombre. De Tracy aplaude el comercio como «la fuente de todo bien humano», y alaba por igual el avance de la división del trabajo como fuente del aumento de la producción, todo ello sin los reparos de Adam Smith sobre la 'alienación'. También subrayó el hecho de que «en todo acto de comercio, en cada intercambio de mercancías, las dos partes se benefician o adquieren algo de mayor valor que lo que otorgan a cambio». Por consiguiente, la libertad de comercio interior es tan importante como el libre comercio entre naciones.

Sin embargo —se lamenta de Tracy—, en este idilio del cambio y comercio libres, así como de una productividad cada vez mayor, emerge un mal: el gobierno. Los impuestos, apunta, «siempre constituyen un ataque a la propiedad privada, y se emplean en gastos positivamente despilfarradores e improductivos». A lo más, todos los gastos del gobierno son un mal necesario, y, la mayoría, «como las obras públicas, podrían hacerlos mejor individuos privados». De Tracy se oponía implacablemente a la creación y alteración de dinero por parte del gobierno. Las adulteraciones no son otra cosa que «latrocinio», y el papel moneda es la creación de una mercancía que sólo vale el papel sobre el que se halla impresa. Ataca también la deuda pública y reclama un patrón monetario, preferiblemente la plata.

El cuarto volumen de los *Elements*, el *Traité de la volonté* (*Tratado sobre la voluntad*), era, a pesar de su título, un auténtico tratado de economía. Tracy había llegado a la economía como parte de su gran sistema. Concluido a finales de 1814, el *Traité* se publicó por fin en 1815 con ocasión del derrocamiento de Napoleón. Incorporaba y desarrollaba las reflexiones del *Comentario* sobre Montesquieu. Siguiendo a su amigo y colega J.B. Say, Tracy insistía ahora particularmente en el empresario como figura crucial en la creación de riqueza. A veces se le ha considerado como teórico del valor-trabajo; en realidad, el «trabajo» era para él tan productivo como la tierra. Más aun, para de Tracy el «trabajo» es en buena medida lo que hace el empresario cuando ahorra e invierte los frutos del trabajo precedente. El empresario, observa, ahorra capital, emplea a otros individuos y produce una utilidad aparte del valor original de su capital. Sólo el capitalista ahorra parte de lo que gana para reinvertirlo y producir nueva riqueza. De Tracy concluía enfáticamente: «Los empresarios industriales constituyen verdaderamente el corazón del cuerpo político, y su capital es la sangre de este cuerpo.»

Además, todas las clases tienen un interés común en el funcionamiento del mercado libre. No existen, señalaba con agudeza de Tracy, «clases desposeídas» ni nada que se le parezca, ya que, parafraseando a Emmet Kennedy, «todos los hombres poseen al menos las propiedades más preciosas de todas, sus facultades, así que los pobres tienen tanto interés como los ricos en preservar todas sus propiedades».[2] De este modo, en el fondo de la insistencia de Tracy sobre los derechos de propiedad se hallaba el derecho fundamental de todo hombre a su persona y facultades. Advertía que la abolición de la propiedad privada sólo traería como resultado de la eliminación del esfuerzo personal, una «igualdad de miseria». Además, aunque en el mercado libre no existan clases fijas y cada hombre sea a un tiempo consumidor y productor, y ahorrando pueda convertirse en capitalista, no hay razón alguna para esperar una igualdad de renta, ya que los hombres difieren mucho en capacidades y talentos.

Su análisis de la intervención del gobierno era el mismo que el del *Comentario*. Todos los gastos del gobierno, incluso los necesarios, son improductivos, todos ellos se producen a costa de la renta de los productores, y, por lo tanto, son de naturaleza parasitaria. El mejor estímulo que el gobierno puede conceder a la industria es «dejarla en paz», y el mejor gobierno es el más morigerado.

En relación con el dinero, de Tracy adoptó una firme posición favorable al dinero metálico. Se lamentaba de que los nombres de las monedas no fueran ya meras unidades de peso de oro o plata. Veía claramente que la adulteración de las monedas constituye un robo, y el papel moneda otro robo a gran escala. En efecto, el papel moneda no es más que una serie gradual y encubierta de adulteraciones del patrón monetario. Analizaba los efectos destructivos de la inflación y atacaba a los privilegiados bancos monopolistas como instituciones «radicalmente perversas».

Siguiendo a J.B. Say en su valoración del empresario, Tracy se anticipó a su amigo en el rechazo del uso de las matemáticas o de la estadística en la ciencia social. Ya en 1791, Tracy escribía que gran parte de la realidad y de la acción humana simplemente no es cuantificable, y denunciaba la «charlatana» aplicación de la estadística a las ciencias sociales. Criticó el empleo de la matemática en su *Mémoire sur la faculté de penser* (*Memoria sobre la facultad de pensar*) (1798), y en 1805 criticó la insistencia de su viejo amigo Condorcet sobre la importancia de la «matemática social». Influido quizá por el *Traité* de Say, publicado dos años antes, Tracy manifestaba que el método indicado para las ciencias sociales no son las ecuaciones matemáticas sino la deducción de las propiedades implícitas en las verdades básicas «originales» o axiomáticas; en suma, el método de la praxeología. Para Tracy, el verdadero axioma fundamental es que «el hombre es un ser sensible» sobre el que pueden obtenerse

[2] Emmet Kennedy, *Destutt De Tracy and the Origins of «Ideology»* (Filadelfia: American Philosophical Society, 1978), p. 199.

conocimientos mediante la observación y la deducción, no a través de las matemáticas. Esta «ciencia del entendimiento humano» constituye el fundamento básico de todas las ciencias humanas.

Thomas Jefferson (1743-1826) era amigo y admirador de los *philosophes* e ideólogos desde la década de 1780, cuando desempeñó el cargo de embajador en Francia. En el periodo en que los ideólogos se hicieron con una parcela de poder durante los años consulares de Napoleón, fue nombrado miembro del «grupo de expertos» del Institut National (1801). Todos los ideólogos —Cabanis, DuPont, Volney, Say y de Tracy— le enviaron sus manuscritos, recibiendo calurosos elogios. Una vez concluido el *Comentario* sobre Montesquieu, Tracy envió el manuscrito a Jefferson y le pidió que lo tradujese al inglés. Entusiasmado, el propio Jefferson lo hizo en parte, pero fue William Dunae, editor de periódicos de Filadelfia, quien concluyó y editó la traducción. De este modo, el *Comentario* apareció en inglés (1811) ocho años antes de que pudiese publicarse en Francia. Cuando Jefferson le envió la traducción a Tracy, el filósofo, lleno de alegría, se animó a concluir su *Traité de la volonté* y a remitírselo a Jefferson, exhortándole a que lo tradujera.

A Jefferson le entusiasmó el *Traité*. Aun cuando él mismo había allanado en buena medida el camino a la guerra con Gran Bretaña en 1812, a Jefferson le preocupaban grandemente la deuda pública, los elevados impuestos, el gasto del gobierno, el aluvión de papel moneda y la proliferación de privilegios bancarios que la acompañaban. Había llegado a la conclusión de que su querido partido demócrata-republicano había adoptado realmente las medidas de política económica de los despreciados federalistas hamiltonianos, de modo que el contundente ataque de Tracy a esta política animó a Jefferson a intentar que el *Traité* se tradujese al inglés. Remitió de nuevo el manuscrito a Duane, pero éste se había arruinado, y Jefferson revisó la imperfecta traducción inglesa que Duane había dejado encargada. Finalmente se publicó en 1818 con el título *Treatise on Political Economy*.[3]

El ex-presidente John Adams, cuya postura favorable al dinero metálico y a la reserva del cien por cien se acercaba mucho a la de Jefferson, elogió el *Tratado* de Tracy como el mejor libro de economía publicado hasta entonces. En particular, alabó el capítulo relativo al dinero por defender «los sentimientos que yo he albergado a lo largo de toda mi vida». Adams añadía que

> el daño que los bancos han hecho a la religión, a la moralidad, a la tranquilidad, a la prosperidad e incluso a la riqueza de la nación es mayor que... todo el bien que alguna vez puedan hacer.

---

[3] Podría apuntarse que el intermediario en las negociaciones con Jefferson en relación con la traducción fue un amigo común, el último de los fisiócratas, DuPont de Nemours, emigrado en 1815 a Wilmington, Delaware, donde fundaría su famosa dinastía dedicada a la fabricación de pólvora.

> Siempre aborrecí, sigo aborreciendo, y moriré aborreciendo todo nuestro sistema bancario... todo banco de descuento, todo banco por el cual haya de pagarse un interés o beneficio, del tipo que sea, ganado por el depositante, constituye una descarada corrupción.

Ya en 1790, Thomas Jefferson había aplaudido *La riqueza de las naciones* como el mejor libro, junto con el de Turgot, de economía política. Su amigo, el obispo James Madison (1749-1812), quien fuera durante 35 años director del William & Mary College, fue el primer profesor de economía política de los Estados Unidos. El obispo Madison, un libertario que hacía tiempo había subrayado que «nosotros nacimos libres», había utilizado la *Riqueza de las naciones* como libro de texto. Ahora, en su prefacio al *Traité* de Tracy, Thomas Jefferson expresaba la «corazonada» de que el libro llegaría a convertirse en el texto americano básico de economía política. Durante un tiempo, el William & Mary College adoptó el *Traité* de Tracy por recomendación de Jefferson, pero esta situación no duró mucho. En poco tiempo, el *Traité* de Say sobrepasaría a Tracy en los Estados Unidos en la carrera por la popularidad.

El calamitoso «pánico» de 1819 confirmó a Jefferson en sus opiniones bancarias favorables al dinero metálico. En noviembre de ese año, elaboró una propuesta para remediar la depresión y le encomendó especialmente a su amigo William C. Rives que la presentara a la asamblea legislativa de Virginia sin desvelar su autoría. El objetivo del plan se afirmaba sin rodeos: «la definitiva supresión del papel bancario». La propuesta consistía en reducir gradualmente los medios de pago hasta reducirlos a la moneda metálica; el gobierno del estado habría de imponer la retirada completa de los billetes bancarios en cinco años; cada año se retiraría y se reembolsaría en metálico una quinta parte de los billetes. Por otra parte, Virginia convertiría en delito grave el hecho de que cualquier banco pasara o aceptara billetes de cualquiera de los otros estados. Aquellos bancos que obstaculizaran el plan perderían el derecho a sus títulos fundacionales o bien se les obligaría a reembolsar inmediatamente todos sus billetes en metálico. En conclusión, Jefferson afirmaba que ningún gobierno, fuera estatal o federal, debía tener poder para fundar bancos; por el contrario, el dinero circulante debía ser sólo metálico.

1.3 La influencia del *Traité* de Say

En 1799, durante el régimen consular napoleónico, J.B. Say fue nombrado miembro del tribunado gobernante. Cuatro años después se publicó su *Traité*, obra que al poco le elevó a la condición de principal intérprete del pensamiento de Smith en el continente europeo. A lo largo de la vida de Say, el *Traité* tuvo seis ediciones, la última en 1829 y con una extensión el doble de la original. Su *Cours complet d'économie politique* (1828-30) se reimprimió en varias ocasiones, y el extracto del *Traité*, el *Catéchisme d'Économie politique* (1817), lo fue por

cuarta vez poco tiempo después de su muerte. Todas las grandes naciones de Europa tradujeron a su propia lengua el *Traité* de Say.

En 1802 Napoleón arremetió contra los ideólogos, grupo al que en otro tiempo había cortejado pero al que siempre había detestado por sus opiniones liberales en economía y política. Reconoció en los ideólogos a los más acérrimos opositores, en la teoría y en la práctica, a su creciente dictadura.[4] Napoleón obligó al senado a liberarse y a liberar al tribunado de los ideólogos, apartando de este modo a J.B. Say de su puesto en el mismo. Los ideólogos eran filósofos, y los bonapartistas consideraban la filosofía como un peligro para el régimen dictatorial. Tal como lo expresó Joseph Fievée, director del bonapartista *Journal de l'Empire*, «la filosofía es un medio para quejarse del gobierno, o para amenazarlo cuando se aleja de los principios y hombres de la Revolución».[5]

Dos años más tarde, poco antes de convertirse en emperador, Napoleón volvió a perseguir a Say negándose a conceder la licencia para la publicación de la segunda edición del *Traité* a menos que Say cambiase cierto capítulo ofensivo. Al negarse éste, la nueva edición quedó anulada. Apartado del gobierno francés, Say se convirtió en próspero fabricante de algodón durante diez años. De hecho, llegó a ser uno de los principales industriales de nuevo cuño de Francia. Según su biógrafo, Say estuvo «íntimamente relacionado con la aparición de la industria a gran escala. Fue uno de los ejemplos más notables de los industriales del Consulado y del Imperio, de esos grandes empresarios pioneros que trataron de poner en marcha los nuevos procesos tecnológicos».[6]

Tras la caída de Napoleón en 1814, se publicó por fin la segunda edición del *Traité*, y en 1819 Say se embarcó en una nueva carrera profesional, primero en el Conservatoire National y después en el College de France. El fiel Jefferson, imbuido en las ideas económicas del *laissez-faire*, le aseguró que en Estados Unidos hallaría un clima propicio. El presidente Madison se sumó a los deseos de Jefferson. Jefferson quería ofrecerle a Say la cátedra de economía política en su recién creada Universidad de Virginia.

El *Traité* de Say ejerció una gran influencia en Italia. En un principio, la *Riqueza de las naciones* de Smith tuvo poco impacto en la economía italiana. Italia ya había contado con una tradición floreciente de libre comercio, parti-

---

[4] Así, en su famoso discurso de febrero de 1801, Napoleón denunció a los ideólogos como la clase más perniciosa de hombres. Eran «charlatanes e ideólogos». «Siempre han combatido a la autoridad existente», clamaba. «Desconfiando en todo momento de la autoridad, incluso cuando la tuvieron en sus manos, siempre rehusaron concederle la fuerza independiente necesaria para hacer frente a las revoluciones.» Véase Kennedy, *op. cit*. nota 2, pp. 80ss.

[5] O, como comenta Emment Kennedy, «en un estado en el que no se toleraba la práctica política, tampoco podía tolerarse la teoría», *ibid*.

[6] Ernest Teilhac, *L'Oeuvre économique de Jean-Baptiste Say* (París: Librairie Felix Alcan, 1927), pp. 24-26. Citado y traducido en Leonard P. Liggio, «Charles Dunoyer and French Classical Liberalism», *Journal of Libertarian Studies*, 1 (Verano 1977), pp. 156-57.

cularmente en las sistemáticas *Meditaciones sobre la economía política* (1771) (*Meditazioni sull'economia politica*) del conde milanés Pietro Verri (1728-97). Smith no aparece mencionado, ni en la obra de 1780 del napolitano Gaetano Filangieri (1752-88), ni en los escritos del conde Giovanni Battista Gherardo D'Arco (1785), ni siquiera en una obra tan tardía sobre el comercio libre como *Il Colbertismo* (1792) de Francesco Mengotti, aun cuando la *Riqueza de las naciones* había sido traducida al italiano en 1779.

La difusión del régimen revolucionario francés en Italia llevó la influencia de Adam Smith con el ejército. Smith se convirtió en la principal autoridad económica durante la época napoleónica. Con posterioridad a 1810, Say y de Tracy llevaron la economía italiana a su terreno. Las concepciones de Say se presentaron en un lúcido tratado, los *Elementi di economia politica* (1813) de Luca De Samuele Cagnazzi de Altamura (1764-1852), así como en el tratado de Carlo Bosellini de Módena, *Nuovo esame delle sorgenti della privata e della pubblica richezza* (1816). El intrépido sacerdote Paolo Balsamo (1764-1816) difundió por toda Sicilia las concepciones de Smith y las posteriores de Say partidarias del comercio libre en agricultura, así como de la supresión de las restricciones feudales a la agricultura siciliana (en particular en su *Memorie inedite di pubblica economia*, Palermo, 1845).

El amigo y colega de Say, Desttut de Tracy, también ejerció una gran influencia en Italia. Sus *Elements* fueron traducidos en una edición en diez volúmenes (Milán, 1817-19) por el en otro tiempo sacerdote Giuseppe Compagnoni (1754-1833). Por otra parte y durante la década de 1820, en altas instancias del gobierno revolucionario de Nápoles estuvieron el anciano hombre de estado y filósofo Melchiorre Delfico, cabeza de la junta revolucionaria provincial, corresponsal y admirador de Tracy, así como el seguidor de Tracy, Pasquale Borelli, presidente del parlamento revolucionario napolitano.

España y los nuevos países latinoamericanos también recibieron la influencia de Tracy. Uno de los líderes de la revolución española de 1820 contra la monarquía absoluta fue Don Manuel María Gutiérrez, traductor español del *Traité* (1817) y profesor de economía política en Málaga. Por otra parte, un miembro de las Cortes revolucionarias españolas de 1820 fue Ramón de Salas, traductor del *Commentary* de Tracy, que regresó de su exilio francés para tomar parte en el pronunciamiento. También otro miembro de las Cortes, J. Justo García, había traducido el libro sobre *Lógica* de Tracy. En Latinoamérica, el admirador y seguidor de Tracy, Bernardino Rivadavia, se convirtió en presidente de la recién independizada República de Argentina.[7] Tracy se hizo muy popular tanto en Brasil como en Argentina, y en Bolivia su «ideología» fue la doctrina oficial de las escuelas estatales durante las décadas de 1820 y 1830.

7 Rivadavia también estuvo trabajando durante un tiempo en una traducción de Bentham.

No es de extrañar que la segunda oleada de escritores smithianos de Alemania fuese notablemente influida por el *Traité* de Say. Al igual que Kraus, Ludwig Heinrich von Jakob (1759-1827) fue tan filósofo kantiano como economista. Estudió en la Universidad de Halle, de donde pasó a ser profesor de filosofía. Von Jakob publicó un tratado smithiano sobre principios económicos generales, los *Grundsätze der Nationalökonomie* (Principios de economía) (Halle, 1805). Las ediciones posteriores, hasta la tercera de 1825, incorporaron las correcciones de Say. Más aún, von Jakob quedó tan impresionado por la obra de Say, que tradujo el *Traité* al alemán (1807) y al ruso. Von Jakob contribuyó a la difusión en Rusia de las ideas ilustradas por otras vías además de la publicación de una traducción de Say. Enseñó durante cierto tiempo en la Universidad de Kharkov y fue consejero de diversas comisiones oficiales de San Petersburgo.

El más interesante y completo seguidor de Say en Alemania fue Gottlieb Hufeland (1760-1817). Hufeland nació en Danzig, de donde fue alcalde, y estudió en Gotinga y Jena, donde fue profesor de economía política. En su *Neue Grundlegung der Staatswirtschaftskunst* (Giessen, 1807-13) Hufeland incorporaba todas las innovaciones importantes de Say —o, mejor, su retorno a la tradición francesa-continental y pre-smithiana. De este modo, Hufeland recuperó la figura del empresario y distinguió cuidadosamente sus beneficios puros del riesgo afrontado, del interés del capital empleado y de la renta o salario por su actividad directiva. Además, adoptó una teoría del valor fundada en la utilidad-escasez, apuntando como causa del valor a las valoraciones que los individuos hacen de determinada provisión de bienes.

La influencia de Say y de Tracy en Rusia tuvo un punto de ironía. En 1825, uno de los principales decembristas liberales, Pavel Ivanovich Pestel, que tenía el *Comentario* de Tracy por su Biblia, intentó asesinar al absolutista zar Nicolás I. Por su parte, Nicolás ordenó que Pestel fuera ahorcado, aun cuando él mismo había sido educado en el smithiano y sayita *Cours d'Economie Politique* de Heinrich Freiherr von Storch.[8]

La traducción inglesa de la cuarta edición del *Traité* de Say apareció en Londres en 1821 con el título *The Treatise on Political Economy*. El mismo año, la revista de libre comercio de Boston, la *North American Review*, publicó una nueva edición del *Treatise* en los Estados Unidos con observaciones americanas del campeón del libre comercio, Clement C. Biddle. El *Treatise* de Say pronto se convirtió en el libro de texto de economía más popular en los Estados Unidos, situación que perduraría hasta la Guerra Civil.[9] Es más, en 1880 aún

---

[8] Publicado en Rusia en 1815, el *Cours* de Storch fue reimpreso en París en 1823 con un apéndice de notas de Say. Storch acusó a Say de robo por publicar la edición francesa sin su consentimiento, a lo cual Say respondió que Storch le había plagiado en su obra, así como a Tracy, a Bentham y a Sismondi.

[9] La sexta y última edición americana de 1834, editada por Biddle, incorporaba los cambios de la última edición francesa de 1826.

se imprimía como texto universitario. Durante ese tiempo el *Traité* ya se había impreso 26 veces en América frente a las sólo ocho de Francia.

Los escritos no traducidos de los ideólogos ejercieron una influencia inesperada en Gran Bretaña. Thomas Brown, amigo y sucesor de Dugald Stewart en la cátedra de filosofía moral de Edimburgo, dominaba el francés y fue muy influido por la filosofía de Tracy. Por otra parte, James Mill fue discípulo filosófico del Dr. Brown y él mismo admirador de Helvetius, Condillac y Cabanis. No es, pues, extraño que fuera Mill el primero en Gran Bretaña en apreciar la importancia de la ley de los mercados de Say.

Es comprensible que la versión que Say hizo de la concepción smithiana se convirtiera en la obra de economía más popular del continente europeo y de los Estados Unidos. Al no poder calificarse de fisiócrata, Say se declaró seguidor de Smith, aunque en buena medida sólo lo fuera de nombre. Como veremos, en realidad sus opiniones eran más bien post-Cantillon y pre-austriacas que clásico-smithianas.

Una diferencia crucial entre Say y Smith era la diáfana claridad y lucidez del *Traité* del primero. Con gran justeza Say calificó la *Riqueza de las naciones* de «vasto caos» y «colección caótica de ideas razonables lanzadas indiscriminadamente entre cierta cantidad de verdades positivas». En otro lugar llama a la obra de Smith «un promiscuo ensamblaje de los principios más sólidos..., una masa mal digerida de opiniones ilustradas e información precisa». Y de nuevo Say lanza con gran perspicacia la acusación de que «casi todas sus [de la *Riqueza de las naciones*] partes carecen de método».

En efecto, la gran claridad de Say fue precisamente lo que, al tiempo que le deparó popularidad mundial, rebajó sus valores entre los escritores británicos, que, por desgracia, llevaban la batuta del pensamiento económico. (El hecho de que no fuese británico contribuyó sin duda a este desprecio.) En contraste con el imperfecto Smith o con el atormentado y casi ilegible Ricardo, la claridad y amenidad de Say, la misma facilidad de su lectura, le hacían sospechoso. Schumpeter lo describe muy bien:

> Su razonamiento discurre con tal limpidez que el lector apenas se detiene alguna vez a pensar y rara vez experimenta alguna sospecha de que pudiese haber cosas más profundas por debajo de esta fluida superficie. Esto le deparó [a Say] un éxito general entre la mayoría; le costó la buena voluntad de unos pocos. A veces veía verdades importantes y profundas; pero, una vez que las había visto, las mostraba en frases que sonaban a trivialidades.

Por el hecho de ser un magnífico escritor, por evitar la prosa áspera y atormentada de Ricardo, porque, en frase de Jefferson, su libro «era más breve, más claro y profundo» que la *Riqueza de las naciones*, los economistas de entonces y después tendieron a confundir fluidez con superficialidad, igual que muy a menudo confunden la vaguedad y oscuridad con la profundidad. Schumpeter añade:

> De este modo, nunca se reconoció su verdadero valor. El inmenso éxito del *Traité* como libro de texto —sobre todo en Estados Unidos— sólo confirmó a los críticos contemporáneos y posteriores en su diagnóstico de que sólo se trataba de un divulgador de Smith. Efectivamente, el libro se hizo tan popular justamente porque parecía ahorrar a los lectores precipitados y mal preparados el esfuerzo de sumergirse en la *Riqueza de las naciones*. Esta fue sustancialmente la opinión de los ricardianos, quienes... le catalogaron como un escritor (véanse los comentarios de McCulloch sobre el mismo en la *Literature of Political Economy*) que tan sólo había sido capaz de igualarse a la sabiduría de Smith, no a la de Ricardo. Para Marx es, sin más, el «insípido» Say.[10]

1.4 El método de la praxeología

Una característica especialmente destacada del tratado de J.B. Say es que fue el primer economista en reflexionar a fondo sobre la metodología adecuada a su disciplina, y en basar su obra, hasta donde pudo, sobre la misma. Partiendo de economistas anteriores y de su propio estudio, llegó al único método de la teoría económica, el que más de un siglo después Ludwig von Mises llamaría «praxeología». Say se percató de que la economía no se fundaba en una masa de hechos estadísticos particulares e informes. Por el contrario, se fundaba en hechos muy generales (*fait généraux*), en hechos tan generales y universales, tan profundamente enraizados en la naturaleza del hombre y su mundo que, una vez aprendidos o leídos, todos los aprobarían. Así, pues, estos hechos se basaban en la naturaleza de las cosas (*la nature des choses*) y en las implicaciones deductivas de estos hechos tan ampliamente enraizados en la naturaleza humana y en la ley natural. Si estos principios generales son verdaderos, sus conclusiones lógicas también lo serán.

En su introducción al *Traité*, en la que presenta la naturaleza e implicaciones metodológicas de su obra, Say comienza criticando a los fisiócratas y a Dugald Stewart por confundir las ciencias de la política y de la economía política. Say opinaba que si la economía, o la economía política, había de progresar, debía alzarse como disciplina sobre sus propios pies sin mezclarse demasiado desde el principio con la ciencia política, o ciencia que expone los verdaderos principios del orden político. La economía política, escribía Say, es la ciencia de la riqueza, de su producción, distribución y consumo.

Say prosigue mencionando la popularidad que en la formación de una ciencia tiene el método baconiano de la inducción a partir de una masa de hechos, pero después añade que existen dos géneros de hechos, «objetos que existen» y «acontecimientos que suceden». Evidentemente, los objetos que

[10] J.A. Schumpeter, *History of Economic Analysis* (Nueva York: Oxford University Press, 1954), p. 491.

existen son primarios, ya que los acontecimientos que suceden sólo son movimientos o interacciones entre objetos existentes. Ambas clases de hechos, observaba Say, constituyen la «naturaleza de las cosas», así que «la cuidadosa observación de la naturaleza de las cosas es el único fundamento de toda verdad».

A su vez, los hechos pueden agruparse en dos clases: *generales* o *constantes*, y *particulares* o *variables*. Más tarde, casi al mismo tiempo que Stewart, aunque de manera mucho más exhaustiva, Say se embarcaba en una brillante crítica del método estadístico así como de su diferencia con la economía política. La economía política se ocupa de hechos o leyes generales:

> Sobre la base de hechos siempre cuidadosamente observados, la economía política nos da a conocer la naturaleza de la riqueza; a partir del conocimiento de su naturaleza deduce los medios para crearla, despliega el orden de su distribución y los fenómenos que acompañan su destrucción. En otras palabras, se trata de una exposición de *hechos generales* observados en relación con esta materia. Con respecto a la riqueza, se trata de un conocimiento de los efectos y de sus causas. Muestra la conexión entre los hechos, de suerte que cada uno sea siempre consecuencia de otro.

Luego añadía un punto importante, que, «para cualquier explicación adicional», la economía «no recurre a hipótesis». En suma, frente a las ciencias físicas, las suposiciones de la economía no son hipótesis provisionales que, o cuyas deducciones, deban probarse con los hechos; por el contrario, cada paso de la cadena lógica descansa sobre hechos generales definitivamente verdaderos, no «hipotéticos». (Podría añadirse que es precisamente esta crucial diferencia entre el método de la economía y el de las ciencias físicas lo que ha hecho que se haya vituperado tanto a la praxeología a lo largo del siglo veinte). En vez de formular hipótesis, la economía debe percibir conexiones y regularidades «a partir de la naturaleza de los acontecimientos particulares», y «ha de conducirnos de un lado a otro, de manera que todo entendimiento inteligente pueda comprender a las claras cómo se encuentra enlazada la cadena». «Esto es —concluye Say— lo que constituye la excelencia del método moderno del filosofar».

La estadística, por el contrario, muestra hechos particulares «de un país concreto, en un periodo de tiempo señalado». Es «una descripción en detalle». La estadística, añadía Say, «quizá gratifique la curiosidad», mas «jamás podrá producir avances» si no indica el «origen y consecuencias» de los hechos que se reúnen, cosa que únicamente puede realizarse gracias a la disciplina independiente de la economía política. Precisamente la confusión entre estas dos disciplinas es lo que hizo de la *Riqueza de las naciones* de Smith, en las perspicaces palabras de Say, «una masa irregular y sin método de especulaciones curiosas y originales, así como de verdades conocidas y demostradas».

Una diferencia clave entre la estadística y la economía política, prosigue Say, es que los principios generales o «hechos generales» de la segunda pueden

descubrirse, y, por lo tanto, pueden conocerse con certeza. Siempre que descansen sobre «deducciones rigurosas a partir de innegables hechos generales», los principios de la economía política «se asientan sobre un fundamento inmutable». Son lo que más tarde von Mises llamaría principios «apodícticos». En efecto, la economía política «se compone de unos pocos principios fundamentales, y de un número mayor de corolarios o conclusiones deducidos de estos principios». Por otro lado, los hechos particulares o la estadística son necesariamente inciertos, incompletos, imprecisos e imperfectos. E incluso cuando son verdaderos, observa con agudeza, «sólo son verdad durante un instante». Y, de nuevo sobre la estadística, «¿qué reducido número de hechos particulares se examinan por completo, cuántos de entre ellos se observan bajo todos sus aspectos? Y, suponiendo que se examinen, se observen y se describan bien, [¿]cuántos de ellos prueban algo, o directamente lo contrario de lo que se pretende establecer con ellos[?]». Y, sin embargo, con frecuencia el crédulo público queda deslumbrado por «el despliegue de cifras y cálculos... como si los cómputos numéricos pudiesen probar nada por sí solos, y como si pudiese establecerse una regla por la que deducir algo sin la ayuda del sano razonamiento».

A continuación hace Say una crítica virulenta del uso de la estadística sin teoría:

> Por lo tanto, no existe ninguna teoría absurda u opinión extravagante que no se haya apoyado en una apelación a los hechos; y es también a causa de los hechos como las autoridades públicas se han visto muy a menudo abocadas al error. Pero un conocimiento de los hechos sin el de sus relaciones mutuas, sin que pueda mostrar por qué uno es causa y el otro consecuencia, no es realmente mejor que la burda información de un oficinista...

Luego denuncia Say la idea de que una buena teoría no es «práctica», y de que lo «práctico» es de algún modo superior a lo teórico:

> ¡Nada resulta más estéril que la oposición entre *teoría* y *práctica*! ¿Qué es la teoría sino el conocimiento de las leyes que conectan los efectos con sus causas, hechos con hechos? Y ¿quién más familiarizado con los hechos que el teórico que los examina bajo todos sus aspectos, y que comprende la relación que guardan entre sí? Y ¿qué es la práctica sin la teoría, sino el empleo de medios sin saber cómo o por qué operan?

A continuación Say señala brillantemente por qué a los pueblos o naciones les es imposible «aprender de la experiencia», y adoptar o descartar correctamente sobre esta base cualquier teoría. Desde principios de la Edad Moderna, observa, se han incrementado en Europa occidental la riqueza y la prosperidad al mismo tiempo que las naciones-estado han aumentado las restricciones sobre el comercio libre y multiplicado la presión de los impuestos. Así, la mayoría de la gente concluye superficialmente que lo segundo *causó* lo primero, que el comercio y la producción aumentaron como consecuencia del inter-

vencionismo del gobierno. Por su parte, Say y los economistas arguyen lo contrario, que «la prosperidad de esos países habría sido mucho mayor si hubieran aplicado una política más liberal e ilustrada». ¿Cómo pueden los hechos o la experiencia decidir entre estas dos interpretaciones encontradas? La respuesta es que no pueden; que eso sólo puede hacerlo una teoría correcta, una teoría deducible de unos pocos hechos o principios generales universales. Y, dice Say, esa es la razón de que «las naciones rara vez se beneficien de las lecciones de la experiencia». Para poder hacerlo, «la comunidad en general debería poder captar la conexión entre las causas y sus consecuencias; lo cual supone al mismo tiempo un muy elevado grado de inteligencia y la rara capacidad de reflexión». De este modo, para llegar a la verdad sólo importa el conocimiento completo de unos pocos hechos generales esenciales; «todo otro conocimiento empírico, como la erudición o un almanaque, no pasa de ser una mera compilación de la que nada resulta».

Más aún, cuando se trata de medidas de política pública, cuando al «sistema» de la teoría económica se le contraponen supuestamente «los hechos», en realidad se trata de un «sistema» teórico frente a otro, por lo que nuevamente sólo una refutación teórica puede llegar a imponerse. Así, afirma Say, si hablas acerca de cuán beneficioso resulta el comercio libre entre naciones para todas las que en él intervienen, se te acusa de que eso es un «sistema», al cual se le opone la preocupación por los déficit en la balanza comercial, que también es un «sistema», aunque falaz. Quienes afirman (como los fisiócratas) que el lujo alimenta el comercio mientras que el robo es ruinoso, no hacen más que presentar un «sistema», y entonces, en una exacta prefiguración del multiplicador keynesiano, «algunos afirmarán que la circulación enriquece al estado, y que una cantidad de dinero, al pasar por veinte manos distintas, equivale a veinte veces su valor», y eso también es «sistema».

En una sorprendente y perspicaz anticipación de las controversias modernas, Say procede a explicar por qué las deducciones lógicas de la teoría económica deben ser verbales y no matemáticas. Los intangibles valores de los individuos de que se ocupa la economía política están sujetos a una transformación continua e impredecible: «sometidos a la influencia de las facultades, las necesidades y los deseos del género humano, no son susceptibles de una estimación rigurosa, y, por lo tanto, no pueden aportar *datos* para hacer cálculos absolutos». Los fenómenos del mundo moral, observaba Say, no «están sujetos al exacto cálculo aritmético».

Así, nosotros podemos saber de manera absoluta que, en un año determinado, el precio del vino dependerá de la interacción entre su oferta, o provisión del mismo destinada a la venta, y la demanda. Pero, para calcular estos dos elementos matemáticamente, ambos tendrían que descomponerse con precisión en las diferentes influencias de cada uno de sus elementos, cosa tan complicada como imposible. Así:

> no sólo es necesario determinar cuál será el producto de la próxima vendimia, aún expuesta a las vicisitudes del tiempo, sino qué calidad tendrá, la cantidad de existencias de la cosecha precedente, de cuánto capital dispondrán los comerciantes, y exigirles, más o menos expeditivamente, sus adelantos. Habremos de determinar también el parecer que puede albergarse en relación a la posibilidad de exportar el artículo, cosa que dependerá enteramente de nuestras impresiones con respecto a la estabilidad de las leyes y del gobierno, los cuales varían día a día, y sobre los que dos personas nunca se ponen de acuerdo. Todos estos datos, y probablemente muchos otros más, deben sopesarse con precisión únicamente para determinar la *cantidad* a poner en *circulación*, que no es más que uno de los elementos del *precio*. Para determinar la *cantidad* que se *demandará*, habrá de conocerse el precio al cual puede venderse la mercancía, ya que su demanda se incrementará en proporción a su bajo precio; deberemos conocer también las existencias previas de que se dispone, y los gustos y recursos de los consumidores, tan variados como sus personas. Su poder adquisitivo variará de acuerdo con la mayor o menor prosperidad de la industria en general, así como de la suya en particular; sus necesidades lo harán asimismo en razón de los recursos adicionales de que dispongan para sustituir un licor por otro, como la cerveza, la sidra, etc... Omito un número infinito de consideraciones menos importantes y que afectan en mayor o menor medida a la solución del problema...

En suma, el enorme número de determinantes imprecisos, variables y cuantitativamente desconocidos hacen imposible la aplicación del método matemático a la economía. Y, por lo tanto, aquellos que

> han pretendido hacerlo, no han sido capaces de enunciar estas preguntas en lenguaje analítico sin despojarlas de su natural complejidad mediante simplificaciones y omisiones arbitrarias, cuyas consecuencias, al no estimarse de modo apropiado, siempre cambian esencialmente la condición del problema y pervierten todos sus resultados; de modo que de tales cálculos no puede deducirse ninguna conclusión distinta que de la fórmula arbitrariamente supuesta.

La matemática, tan precisa en apariencia, acaba inevitablemente por reducir la economía, del conocimiento completo de los principios generales a fórmulas arbitrarias que alteran y distorsionan los principios, por lo que corrompen las conclusiones.

Ahora bien, ¿cómo puede el economista, que conoce con absoluta certeza los principios generales, aplicarlos a problemas específicos como la situación del vino en el mercado? También aquí anticipó Say las brillantes conclusiones de Ludwig von Mises sobre la verdadera relación entre la teoría y la historia, entre la teoría y la aplicación específica. Esa teoría aplicada en economía, señalaba Say, es más un arte que una ciencia exacta:

> ¿Qué derroteros ha de seguir entonces un investigador juicioso en la elucidación de una cuestión tan enrevesada? El mismo que seguiría bajo las circunstancias igualmente difíciles que determinan la mayor parte de las acciones de su vida. Examinará los elementos inmediatos al problema que se plantea, y, después de haberlos fijado con certeza (lo que en economía política puede lograrse), valo-

> rará sus mutuas influencias por aproximación y con la rapidez intuitiva de un entendimiento ilustrado, que no es más que un instrumento merced al cual puede estimarse, jamás calcularse con exactitud, la principal consecuencia dentro una masa ingente de probabilidades.[11]

Say relaciona luego las falacias del método matemático en economía con las enseñanzas de su gran mentor, el psicólogo Cabanis. Cita a Cabanis en relación al modo en que los que escriben sobre mecánica distorsionan gravemente las cuestiones cuando tratan de problemas de biología y medicina. Citando a Cabanis:

> Los términos que empleaban eran correctos, el proceso de razonamiento estrictamente lógico, y, sin embargo, todos los resultados eran erróneos... por esa razón, la aplicación de este método de investigación a materias en las que es totalmente inaplicable, se han defendido los sistemas más extravagantes, falaces y contradictorios.

Seguidamente añade que todo lo que se ha comentado acerca de las falacias del método mecanicista en biología es aplicable *a fortiori* a las ciencias morales, lo cual explica que, «en economía política, cada vez que sometemos sus fenómenos al cálculo matemático, caemos en el error. En ese caso aquélla se convierte en la más peligrosa de las abstracciones».

Por último, Say apunta a otro problema que, entonces como ahora, lleva a la gente instruida a desechar los principios y conclusiones de la economía. Y es que

> son demasiado propensos a suponer que la verdad absoluta se reduce a la matemática y a los resultados de la observación y experimentación cuidadosa de las ciencias físicas; imaginando que las ciencias morales y políticas no encierran hechos invariables o verdades indiscutibles, y que, por lo tanto, no pueden considerarse como ciencias genuinas, sino meros sistemas hipotéticos, más o menos ingeniosos, pero puramente arbitrarios.

Para reforzar esta visión, los críticos de la economía señalan las muchas y grandes diferencias de opinión que existen en esta disciplina. Pero, ¿y qué?, se pregunta Say. Después de todo, las ciencias físicas siempre se han visto desgarradas por la controversia, a veces chocando «con la misma violencia y aspereza que en economía política».

El método matemático no fue el único sistema de abstracción en padecer la incisiva demolición de J.B Say. Éste fue también un agudo crítico de los métodos verbales de la lógica que remontaban el vuelo sin un trabajo continuo de base y sin un repetido y minucioso control de los hechos generales y

---

[11] Esta distinción entre una teoría y su aplicación por parte de una «mente ilustrada» se aproxima a la que más tarde haría von Mises entre teoría conceptual (*Begreiffen*) y comprensión (*Verstehen*).

universales. Esta fue la principal censura metodológica de Say a los fisiócratas. «En vez de observar primero la naturaleza de las cosas o el modo en que acontecen, en vez de clasificar estas observaciones y de deducir de ellas proposiciones generales» —esto es, en lugar de ser praxeólogos, los fisiócratas

> comenzaban por establecer determinadas proposiciones abstractas generales, que llamaban axiomas, dando por supuesto que eran evidentes. Luego trataban de acomodar los hechos particulares a las mismas y de deducir de ellas sus leyes; embarcándose de este modo en la defensa de máximas en desacuerdo con el sentido común y la experiencia universal...

En suma, un sistema de teoría económica no sólo debe ser axiomático-deductivo; siempre deberá asegurarse de fundamentar dichos axiomas en el «sentido común y en la experiencia universal».

En su Introducción a la cuarta edición, hizo similares críticas a David Ricardo y el sistema ricardiano. Ricardo también «razona a veces sobre principios abstractos a los que concede demasiada generalización». Empieza por observaciones basadas en hechos, pero luego «conduce sus razonamientos hasta sus consecuencias más remotas sin comparar los resultados con los de la experiencia presente». Rebasado cierto punto del razonamiento, «los hechos difieren mucho de nuestro cálculo» y, «a partir de ese instante, en la obra del autor no se representa nada como realmente sucede en la naturaleza». «No basta —concluye Say— con partir de los hechos; éstos deben reunirse, perseguirse con rigor, y las consecuencias que de ellos se obtengan compararse constantemente con los efectos que se observan», de tal modo que

> la ciencia de la economía política... habrá de mostrar de qué manera lo que acontece en la realidad es consecuencia de otros hechos igualmente ciertos. Habrá de descubrir la cadena que los enlaza, y, partiendo de la observación, determinar siempre la existencia de los dos enlaces en su punto de conexión.

1.5 Utilidad, productividad y distribución

Frente a la corriente principal representada por los seguidores de Smith y Ricardo que insistía en la teoría del valor trabajo (o al menos en la teoría basada en el coste-de-producción), J.B. Say reintrodujo con rigor el análisis escolástico-francés basado en la utilidad. La utilidad y sólo la utilidad es lo que origina el valor de cambio, y, para su satisfacción, solventó la paradoja del valor deshaciéndose por completo del «valor de uso» en cuanto irrelevante en el mundo del cambio. Y no sólo eso: adoptó una teoría subjetiva del valor toda vez que creía que el valor descansa sobre actos de valoración de los consumidores. Además de ser subjetivos, estos grados de valoración son relativos, ya que el valor de un bien o servicio se compara de continuo con otro. Estos valores o utilidades dependen de todo genero de necesidades, deseos y del

conocimiento de los individuos: «de la naturaleza moral y física del hombre, del clima en que vive, así como del tipo y legislación de su país. Tiene necesidades corporales, de la mente y del alma; necesita para sí, para su familia, e incluso para la sociedad de la que es miembro». La economía política, observa con sagacidad, debe asumir estos valores y preferencias como supuestos, «como uno de los *datos* de sus razonamientos, dejando para el moralista y el hombre práctico los diversos deberes de ilustración y guía de sus congéneres tanto en este como en otros particulares de la conducta humana».

Por momentos Say estuvo a punto de descubrir el concepto de la utilidad marginal, pero sin llegar jamás a hacerlo. Así, vio que las valoraciones relativas de los bienes dependen de los «grados de estima en la mente de quien valora». Mas, como no dio con el concepto marginal, no pudo resolver la paradoja del valor por completo. De hecho, al resolverla lo hizo mucho peor que sus predecesores continentales. Sencillamente desechó enteramente el valor de uso y la paradoja del valor, y decidió centrarse en el valor de cambio. En todo caso, al igual que Smith y sus sucesores británicos, dedicó sus energías a analizar el consumo o conducta del consumidor.

Pero mientras que Say simplemente descartó el valor de uso, Ricardo hizo de la paradoja del valor y de la desafortunada escisión entre el valor de uso y el de cambio la clave de su teoría del valor. Para Ricardo, el hierro vale menos que el oro porque el coste del trabajo de cavar y producir oro es mayor que el coste del trabajo de la producción del hierro. Ricardo admitía que la utilidad «es ciertamente el fundamento del valor», pero, evidentemente, esto tenía un interés remoto, ya que el «grado de utilidad» no puede ser nunca la medida por la que se estima su valor. Así es, pero, en primer lugar, Ricardo no vio lo absurdo de buscar tal medida. También era absurdo, como veremos más adelante, pensar que el coste del trabajo aporta esa medida «verdadera» e invariable del valor. Como el propio Say escribió en sus anotaciones a la traducción francesa de los *Principles* de Ricardo, «una medida invariable del valor es pura quimera».

Lo que indujo a Smith, y más aún a Ricardo, a adoptar la teoría del coste del trabajo fue su obsesión por el precio «natural» a largo plazo de los productos. El análisis de Say, en cambio, obedecía en gran medida a su realista concentración en la explicación del precio real de mercado.

Por supuesto que los costes están íntimamente relacionados con la formación de los precios de los factores de producción. Pero una cuestión que los teóricos del valor-coste no explican fácilmente es la siguiente: si los costes son, en efecto, determinantes, ¿de donde provienen *esos costes*? ¿Son fruto de una revelación divina?

Una de las anomalías del examen de Say es que, a pesar de ser un teórico del valor y de la utilidad subjetivos, rechazara de modo incomprensible la intuición de Genovesi y de su ideólogo precursor, Condillac, de que la gente cambia una cosa por otra porque valora más la que adquiere que aquella de

la que se desprende, de modo que el intercambio siempre beneficia a ambas partes. De suerte que, negando este mutuo beneficio, Say es incoherente con buena parte de su propia posición sobre la utilidad.

Desdeñando a Condillac, Say no sólo es desagradecido sino también deliberadamente obtuso. Primero, observa que Condillac «sostiene que las mercancías, menos valiosas para el vendedor que para el comprador, suben en valor por el mero acto de transferirse de una mano a otra». Sin embargo, Condillac insiste en que, por ejemplo, «realmente se da igual valor por igual valor», de manera que cuando se compra vino español en París «el dinero pagado por el comprador y el vino que éste recibe valen lo mismo» —a lo cual podríamos preguntar, ¿para *quién*? Después admite que el mismo vino es más valioso en París de lo que lo había sido en el momento de elaborarse en España, pero insiste en que el incremento en el valor del vino no tuvo lugar «en el momento de la entrega del vino al consumidor, sino que proviene del transporte».

Pero St Clair objeta agudamente a Say: «En realidad, la transferencia al consumidor constituye la esencia de la transacción; el largo transporte es subsidiario a este propósito; el cambio de localidad no es más que un medio para este fin, y no hubiese sido necesario si los consumidores deseosos de comprar la misma cantidad y de pagar el mismo precio hubiesen podido hallarse en el lugar apropiado.»

Say prosigue con el obstinado ataque a la intuición de Condillac: «El vendedor no es un estafador profesional, ni el comprador un primo, y Condillac no tiene motivos justificados para decir que si los valores que se intercambian fueran siempre iguales ninguna de las partes ganaría nada con el intercambio.» Pero en realidad, por supuesto, Condillac estaba perfectamente en lo cierto; ¿por qué *habría* nadie de molestarse en cambiar un X por un Y de igual valor?

St Clair reacciona con brillante exasperación:

> ¡Señor, qué mal se entienden estos economistas entre sí! Condillac no sugiere que el mercader de vino sea un pillo y el consumidor un idiota; no sugiere que el mercader robe al consumidor o al productor; su doctrina es que los productos aumentan en utilidad y valor al transferirse del productor al consumidor, y que ambas partes se benefician por la intervención del mercader que posibilita el intercambio. Para el productor el mercader es un localizador-de-consumidores; con el mercader como mediador del cambio, el productor consigue un precio mejor para su producto y el comprador un mejor valor para su dinero.[12]

Una de las grandes contribuciones de Say fue la de aplicar la teoría de la utilidad a la teoría de la distribución, en síntesis, mediante el descubrimiento de la teoría de los precios, y por lo tanto de la renta, basada en la productivi-

[12] Oswald St Clair, *A Key to Ricardo* (Nueva York: A.M. Kelley, 1965), pp. 295-96.

dad que incrementa los factores de producción. En primer lugar y frente a Smith, Say apunta que *todo* trabajo es «productivo», no sólo el incorporado a los objetos materiales. En efecto, Say observa brillantemente que *todos* los servicios de los factores de producción, ya sea la tierra, el trabajo o el capital, son *inmateriales*, aun cuando pudieran manifestarse en un objeto material. En suma, los factores aportan servicios inmateriales al proceso de producción. Dicho proceso, tal y como señaló Say por vez primera, no es la «creación» de productos materiales. El hombre no puede crear la materia; sólo puede *transformarla* en diferentes formas y moldes con el fin de satisfacer más plenamente sus necesidades. La producción es este mismo proceso de transformación. De acuerdo con el sentido de dicha transformación, todo trabajo es productivo «porque concurre en la creación de un producto», o, dicho de modo metafórico, en la creación de «utilidades». Si, como puede suceder, se ha consumido trabajo sin ningún beneficio final, entonces el resultado es un error: «capricho o despilfarro en la persona que aporta» el trabajo. Un ejemplo de trabajo improductivo es el crimen, una actividad que no sólo no es de mercado sino anti-mercado: en tal caso el empeño se dirige a arrebatar a otra persona los bienes que posee por medio del fraude o la violencia... [lo cual] degenera en una criminalidad absoluta y no tiene como resultado producción alguna, sino únicamente una transferencia forzosa de riqueza de un individuo a otro.»

J.B. Say también expresa claramente por vez primera que las necesidades no tienen límite. Según él, «no existe objeto de placer o utilidad por el cual el deseo no pueda ser ilimitado, ya que todo el mundo siempre se halla dispuesto a recibir todo lo que pueda contribuir a su beneficio o gratificación». Say denuncia la posición proto-galbraithiana del mercantilista inglés Sir James Steuart que ensalzaba una ascética reducción de las necesidades como solución a los deseos que sobrepasan la producción. Say rechaza esta doctrina: «Según este principio, el colmo de la perfección sería no producir nada y no tener necesidades, es decir, aniquilar la existencia humana.»

Por desgracia, Say cae preso de esta misma trampa galbraithiana de atacar el lujo y la ostentación, y de defender que las «necesidades reales» son más importantes para la comunidad que las «artificiales». De todas formas, Say se harta de decir que la intervención del gobierno no es la vía apropiada para lograr una adecuada prosperidad económica.

En relación a la valoración o formación de los precios de los factores (o, como se expresa el propio Say, «agentes») de producción, adoptó la tradición proto-austriaca frente a la de Smith-Ricardo. Dado que el deseo subjetivo de los hombres de cualquier objeto crea su valor, y refleja su utilidad, los factores productivos reciben valor según la «capacidad de creación de la utilidad sobre la que se origina ese deseo». Ricardo, escribe Say, cree «que el valor de los productos se funda en el de la acción productiva», esto es, que el valor de los productos viene determinado por el valor de sus factores de producción o

su coste de producción. Say, por el contrario, afirma que «el valor actual del esfuerzo productivo se funda en el valor de una infinidad de productos comparados entre sí... valor que es proporcional a la importancia de su cooperación en el negocio de la producción...» Frente a los bienes de consumo, señala Say, la demanda de factores de producción no se origina en el disfrute inmediato sino más bien en el «valor del producto que ellos son capaces de generar, que en sí mismo se origina en la utilidad de dicho producto o satisfacción que es capaz de aportar». En síntesis, el valor de los factores viene determinado por el valor de sus productos, el cual es conferido a su vez por las valoraciones y demandas del consumidor. Para Say y para los austriacos tardíos la cadena causal discurre *de* las valoraciones del consumidor *hacia* los precios de los bienes de consumo, y de ahí *hacia* la formación de los precios de los factores de producción (es decir, hacia los costes de producción). Por el contrario, la cadena causal smithiana, y en particular la ricardiana, parte *del* coste de producción, en concreto del coste del trabajo, y discurre *hacia* los precios de los bienes de consumo. Al referirse al valor «proporcional» de cada factor, Say llega a las puertas de una teoría de la productividad marginal de la imputación del consumidor a las valoraciones de los factores..., y a las de un análisis de las proporciones variables. Pero no lo consigue.

Say no quedó satisfecho de un análisis general, aunque pionero, de la formación de los precios de los factores de producción. Prosigue hasta casi crear la famosa «tríada» de la economía clásica: tierra (o «agentes naturales»), trabajo (o, para Say, «industria»), capital. El trabajo se ocupa de «agentes naturales» para crear capital que luego se utiliza para multiplicar la productividad en colaboración con la tierra y el trabajo. Aunque el capital es creación previa del trabajo, una vez que existe es empleado por el trabajo para incrementar la producción. Si existen clases de factores de producción, ¿en qué otra trampa se puede caer con más facilidad que en la de sostener que cada clase recibe el tipo de renta que comúnmente se le atribuye: esto es, que el trabajo recibe los salarios; la tierra, la renta; y el capital, el interés? ¡Tal es, sin duda, lo que sugiere el sentido común! Y esa fue la solución adoptada por Say. Aunque útil como un primer intento (si exceptuamos al olvidado Turgot) por clarificar la teoría de la productividad fuera del galimatías de Adam Smith, esta claridad superficial se alcanza a expensas de una profunda falacia que no se descubriría hasta los austriacos. En primer lugar, estas tres categorías rígidamente diferenciadas ya empiezan a venirse abajo con la interesante intuición de Say de que los trabajadores «prestan» sus servicios a los propietarios del capital y de la tierra, por lo cual perciben sus salarios; y la de que los propietarios de tierras «prestan» su capital para ganar interés. Porque, ¿en qué difieren exactamente estos pagos? ¿Cómo se compara la renta como precio de «préstamo» con el interés como préstamo? Y ¿en qué difieren los salarios del interés o de la renta? En efecto, el galimatías es mucho peor, ya que los trabajadores y los propietarios

de tierras no «prestan» sus servicios; no son acreedores. Al contrario, en un sentido profundo, los capitalistas les prestan dinero *a ellos* dándoselo como adelanto de la venta del producto a los consumidores; por lo cual, trabajadores y propietarios de tierras son «deudores» de los capitalistas, y *les* pagan un tipo natural de interés. Y, por último, como en su momento señalaría Böhm-Bawerk, esta tríada clásica descansa sobre una confusión básica entre «capital» y «bienes de capital». El capital en tanto que fondo de ahorro o préstamo puede ganar interés; mas los *bienes* de capital —que, frente a los fondos de dinero, son los verdaderos factores físicos de la producción— *no* ganan interés. Como el resto de factores, los bienes de capital ganan un precio, un precio por cada unidad de tiempo a cambio de sus servicios. Si se quiere, los bienes de capital, la tierra y los trabajadores, *todos*, ganan tales precios, en el sentido de «arriendos», definiendo el precio de arrendamiento como el precio de cualquier bien por unidad de tiempo. Este precio viene determinado por la productividad de cada factor. Pero, entonces, ¿de dónde proviene el interés sobre los fondos de capital?

Así, lidiando con el problema del interés, Say critica a Smith y a los smithianos por centrarse en el trabajo como el único factor de producción, y por no tener en cuenta el papel cooperador del capital. Enfrentándose a la réplica smith-ricardiana (y lo que más tarde sería la marxiana): que el capital no es más que trabajo acumulado, Say responde que sí, pero que los servicios del capital, una vez logrados, están ahí y persisten, por lo que habrá que pagarlos. Aunque satisfactoria en cierto nivel, la respuesta no resuelve el problema del lugar de donde proviene el rendimiento neto de los fondos de capital, un rendimiento que Turgot antes y los austriacos después explicaron como el precio de la preferencia temporal, por el hecho de que, en resumidas cuentas, ese capital no sólo es trabajo acumulado, sino también «tiempo acumulado».

A pesar de la falta de solución al problema del interés, Say realiza un excelente análisis del capital, en el sentido de bienes de capital, así como de su papel crucial en la producción y en el aumento de la riqueza económica. El hombre, observa, transforma los agentes naturales en capital para trabajar más con la naturaleza hasta llegar a los bienes de consumo. Cuantos más bienes de capital haya acumulado —cuantas más herramientas y maquinaria— más puede el hombre dominar la naturaleza para hacer el trabajo cada vez más productivo. Más maquinaria significa un incremento en la productividad del trabajo y una caída en el coste de producción. Ese incremento de capital es especialmente beneficioso para la masa de consumidores, ya que la competencia rebaja tanto el precio del producto como el coste de producción. Además, el aumento de maquinaria permite una calidad mayor en el producto y la creación de nuevos productos de los que no se hubiese podido disponer con una producción artesanal. El enorme incremento en la producción y elevación de la calidad de vida libera las energías humanas de la lucha por la subsistencia

y permite el cultivo de las artes, incluso de la frivolidad, y, lo que es más importante, «el cultivo de las facultades intelectuales».

Say sigue a Smith en su consideración de la división del trabajo y al señalar que el grado de esa división está limitado por la amplitud del mercado. Pero el examen de Say es mucho más sólido. Primero, muestra que la extensión de la división del trabajo requiere una gran cantidad de capital, de modo que la clave está en la inversión de capital, no tanto en la división *per se*. Frente a Smith, señala igualmente que la crucial especialización del trabajo no se da simplemente *dentro* de la fábrica (como en la famosa fábrica de alfileres de Smith) sino que abarca toda la economía, y constituye el fundamento de todo intercambio entre productores.

Say vio también que la esencia del capital de inversión es el *adelanto* de pagos en dinero a los factores de producción, un adelanto que es reembolsado más tarde por el consumidor. De este modo, «el capital empleado en una operación productiva siempre es un mero adelanto para pagar un servicio productivo, reembolsado por el valor del producto resultante». En este punto captó en esencia la intuición austriaca sobre el capital como un proceso en el tiempo que encierra el pago adelantado de la producción. También anticipó el concepto austriaco de las «fases de la producción». Observa que, en vez de esperar largo tiempo al reembolso por parte del consumidor, el capitalista compra en cada fase de la producción el producto de la fase precedente y así reembolsa al conjunto de capitalistas anterior. Say lo describe con lucidez:

> El minero extrae el mineral de las entrañas de la tierra; el fundidor del hierro le paga por ello. Aquí concluye la producción del minero, por la cual se paga un adelanto proveniente del capital del fundidor de hierro. Este último funde el mineral, lo refina y lo transforma en acero que vende al cuchillero; de esta manera, se paga por la producción del fundidor y se reembolsa su adelanto mediante un segundo adelanto efectuado por el cuchillero al precio del acero. A su vez, el cuchillero reduce éste a hojas cuyo precio repone su adelanto de capital, y al tiempo le paga por su actividad productiva.

Generalizando:

> Cada productor sucesivo adelanta al que le precede el valor del producto en ese momento, incluido el trabajo ya empleado en él. A su vez, el que le sucede en el orden de la producción le reembolsa con la suma del valor que el producto haya podido adquirir al pasar a sus manos. Por fin, el último productor, que por lo general es el minorista, es compensado por el consumidor por la suma total de todos estos adelantos, *más* la última operación realizada por él en el producto.

Al final, el dinero pagado por los consumidores a cambio del producto final, esto es, las hojas, reembolsa a los capitalistas sus anticipos precedentes por los diversos servicios de los factores de producción.

Volviendo a los salarios y al mercado de trabajo, Say observa que los salarios serán máximos en relación con el precio del capital y la tierra allí donde el trabajo sea más escaso en relación con los otros dos factores. Esto será así

siempre que la tierra tenga una oferta casi ilimitada; y/o cuando la abundancia de capital genere una gran demanda de trabajo. Por otra parte, los tipos de salario serán proporcionales a la peligrosidad, incomodidad o lo detestable del trabajo, a la irregularidad del empleo, al tiempo de adiestramiento así como al grado de pericia o talento. Como dice Say: «Cada una de estas causas tiende a disminuir la cantidad de trabajo en circulación en cada área, y, en consecuencia, a variar su» tipo salarial. Al reconocer las diferencias en el talento natural, Say sobrepasó con mucho el igualitarismo de Adam Smith y de la economía neoclásica posterior a éste.

A largo plazo, el capital tendrá el mismo rendimiento en todas las empresas e industrias; pero esto sólo es verdad a largo plazo, ya que, para empezar, existen inmovilidades de tierra, trabajo y capital. Para Say los «beneficios» o el interés del capital provienen de sus servicios productivos —de nuevo, la confusión fundamental entre el capital como fondo, que produce interés, y los bienes de capital, que son factores productivos y ganan precio y rentas por su productividad. Pero, a pesar de este error básico, Say tenía aún que decir muchas cosas inteligentes sobre el interés. Por ejemplo, fue quizá el primer economista en mostrar que las primas de riesgo se añaden al tipo básico de interés, de manera que los deudores más arriesgados pagarán un interés más alto. El riesgo, observa, depende de la seguridad que se espera en la inversión, del crédito personal y del carácter del prestatario, del historial del mismo, y de la capacidad o disposición favorable del gobierno del país del deudor para obligar al pago de la deuda. Por otra parte, Say introdujo una innovadora teoría del beneficio al afirmar que, puesto que los nuevos métodos de inversión de capital son más inciertos, por ello mismo son especialmente arriesgados y tenderán a ser más beneficiosos. Así, los beneficios por innovación se subsumen en riesgo.

Insistió igualmente en que el interés del mercado crediticio viene determinado por la demanda de capital (a la que es directamente proporcional). Defensor de la libertad del mercado crediticio —la «usura» no es moralmente peor que el arriendo o los salarios— también demostró que es una falacia que la cantidad de dinero baje o suba el tipo de interés. Observó con agudeza que es «abusar de las palabras referirse al interés del dinero»; en realidad se trata de un interés sobre los ahorros, no dinero, y los préstamos pueden ser y de hecho se producen en especie tanto como en dinero. Say escribe: la «abundancia o escasez de dinero o de sus sustitutos... no afecta más al tipo de interés que la abundancia o escasez de la canela, el trigo o la seda».

1.6 El empresario

Si Adam Smith pudo eliminar del pensamiento económico hasta la misma existencia del empresario, a J.B. Say le corresponde el mérito de recuperarlo. Tal vez no en la medida en que lo hicieron Cantillon y Turgot, pero lo suficiente como para continuar de modo irregular y «soterrado» en el pensamiento económico continental a pesar de su ausencia de la corriente dominante del clasicismo británico.

Fue su insistencia sobre el mundo real en lugar de sobre el equilibrio a largo plazo lo que casi le obligó a regresar al estudio del empresario. Para Say, el empresario, eje de la economía, asume la responsabilidad, la dirección y el riesgo de poner en marcha su empresa. Casi siempre es propietario al menos de una parte del capital de la misma; y es que Say estaba familiarizado con el hecho de que el principal empresario y quien asume el riesgo en la economía es también el capitalista, el propietario de capital. El propietario de capital, de tierra o de servicio personal alquila estos servicios al «arrendatario» o empresario. A cambio de pagos fijos por estos factores, el empresario asume el riesgo especulativo de obtener beneficios o sufrir pérdidas. «Es un tipo de negocio especulativo donde el arrendatario asume el riesgo del beneficio o la pérdida, según que los ingresos que pueda conseguir, o el producto obtenido por los medios transferidos excedan o se queden cortos respecto a la renta o alquiler que paga».

El empresario, añade Say, actúa como un intermediario entre vendedores y compradores empleando los factores de producción en proporción a la demanda de los productos. Por su parte, la demanda de productos es proporcional a sus utilidades y a la cantidad del resto de productos por los que se cambian. El empresario compara constantemente los precios de venta de los productos con sus costes de producción; si decide producir más, se incrementará su demanda de factores productivos.

Parte de los beneficios que afluyen hacia el capitalista-empresario serán el rendimiento normal del capital. Pero, aparte de eso, afirmaba Say, habrá una retribución por el «carácter peculiar» del empresario. El empresario es un administrador del negocio, si bien, en opinión de Say, su papel es mucho más amplio: el empresario debe poseer juicio, perseverancia y cierto «conocimiento tanto del mundo como del negocio» por cuanto aplica conocimiento al proceso de creación de bienes de consumo. Debe emplear trabajadores, adquirir materias primas, intentar que los costes sean bajos, así como encontrar consumidores para su producto. Por encima de todo, debe *estimar* la importancia del producto, su probable demanda y la disponibilidad de medios de producción. Por último, «habrá de tener dispuesto un mecanismo de cálculo para comparar las cargas de la producción con el valor probable del producto cuando esté finalizado y se lleve al mercado». Aquellos que carezcan de estas cualidades

no tendrán éxito como empresarios, sufrirán pérdidas y se irán a la ruina; los que queden serán los expertos y triunfadores que obtienen beneficios.

Say criticó a Smith y a los smithianos por no distinguir la categoría del beneficio empresarial de la del beneficio procedente del capital, ambos mezclados entre los beneficios de las empresas del mundo real.

Encomió la empresarialidad como la fuerza directriz en la distribución de recursos y en los ajustes de la economía de mercado. Sintetizó esas operaciones del mercado diciendo que las necesidades de los consumidores determinarán lo que haya de producirse: «El producto más deseado es el que más demanda tiene; y aquello que más se demanda rinde el mayor beneficio a la industria, al capital y a la tierra, los cuales, por lo tanto, se emplean preferentemente en generar ese producto en concreto; y, *viceversa*, cuando un producto se demanda menos, menor es el beneficio que se puede obtener por su producción; en consecuencia, deja de producirse.»

Analistas tan perspicaces como Schumpeter y Hérbert critican en Say una visión del empresario como un administrador y organizador estático más bien que como alguien que afronta riesgos e incertidumbre. No compartimos esta opinión. Por el contrario, creemos que Say se halla decididamente en la tradición Cantillon-Turgot del empresario como sujeto que predice y soporta riesgo.

Partiendo de su análisis del capital, la empresarialidad y el mercado, J.B. Say concluye en favor del *laissez-faire*: «Son los productores los únicos jueces competentes de la transformación, exportación e importación de estas diversas materias y mercancías; y todo gobierno que interfiera, todo sistema pensado para influir en la producción, sólo puede hacer daño.»

1.7 La ley de Say sobre los mercados

Aunque J.B. Say ha sido ignorado casi por completo por la corriente dominante de economistas e historiadores del pensamiento económico, no ocurrió lo mismo por lo que respecta a la faceta relativamente menor de su pensamiento conocida como «la ley de Say sobre los mercados». El único punto que los activos y agresivos ricardianos británicos extrajeron de su doctrina fue esta ley. James Mill, el «Lenin» del movimiento ricardiano (véase más adelante) se apropió de la ley en su *Commerce Defended* (1808), y Ricardo la adoptó de su descubridor y mentor.[13]

[13] En la primera biografía comentada jamás escrita de la economía, John R. McCulloch, junto con James Mill, el principal ricardiano inglés, decía de Say que había sido un escritor lúcido pero que rehusó con terquedad aceptar todos los avances de Ricardo. La única intuición creativa que McCulloch atribuyó a Say fue su ley. John Ramsay McColloch, *The Literature of Political Economy* (1845, Londres: London School of Economics, 1938), pp. 21-22.

La ley de Say es sencilla, casi obvia, y es difícil escapar a la convicción de que ha suscitado tanto revuelo únicamente por sus evidentes implicaciones y consecuencias políticas. En esencia, la ley de Say es una respuesta severa y justa a los diversos analfabetos económicos así como a los egoístas que, en cada recesión o crisis, empiezan a quejarse en alta voz del terrible problema de la «superproducción» general o, como se decía comúnmente en la época de Say, de la «saturación general» de bienes del mercado. «Superproducción» significa producción por encima del consumo: esto es, que la producción es, en términos generales, demasiado elevada en comparación con el consumo, y, por lo tanto, los productos no pueden venderse en el mercado. Si la producción es excesiva en relación al consumo, es claro que este es un problema de lo que actualmente se denomina «quiebra del mercado», una quiebra que habrá de contrarrestarse con la intervención del gobierno. La intervención tendría que adoptar una o las dos formas siguientes: reducir la producción, o estimular artificialmente el consumo. El *New Deal* americano de la década de 1930 adoptó ambas sin éxito alguno como paliativo del presunto problema. Se puede reducir la producción, como en el caso del *New Deal* mediante la organización forzosa por parte del gobierno de cárteles que provoquen una interrupción en la producción.

Estimular al consumidor ha sido desde hace tiempo el programa preferido de los intervencionistas. Por lo general, esto lo hace el gobierno y su banco central inflando la oferta de dinero y/o contrayendo él mismo onerosos déficit, haciendo pasar su gasto por un sucedáneo del consumo. En efecto, los déficit del gobierno parecerían ideales para los casos de superproducción e infraconsumo. Ya que, si el problema es una producción excesiva y/o muy poco gasto en consumo, entonces la solución es estimular cierta cantidad de consumo improductivo, y ¿quién mejor que el gobierno, que por su propia naturaleza es improductivo e incluso contrario a la producción?

Es lógico que Say reaccionara con horror ante este análisis y su receta.[14] En primer lugar, señalaba, las necesidades de los hombres son ilimitadas y

---

[14] La consideración de la ley de Say se complica por el hecho de que éste no reservara ningún pasaje o frase en particular al que denominara «mi ley». Por lo general, se tiene como el *locus classicus* de la ley de Say el capítulo XV del Libro I del *Traité*, y, de hecho, ha sido recogido como «la» exposición de la ley. *Treatise*, pp. 132-40. En verdad, hay importantes y relevantes pasajes repartidos por todo el *Treatise*, en especial pp. 109-19, 287-8 y pp. 303-4.

Por otra parte, casi todas las *Letters to Malthus* de Say, en especial pp. 1-68, se ocupan de la defensa de la ley y de la crítica a la preocupación de Malthus (y del francés Simonde de Sismondi) por la superproducción general así como a la queja respecto al presunto subconsumo. Los historiadores han considerado con frecuencia las *Letters* de Say como superficiales y erróneas, pero, en realidad, el hecho de verse obligado a prestar atención a la ley le llevó hasta el corazón de las diferencias y le indujo a expresar sus opiniones de un modo lúcido y mordaz. Véase J.B. Say, *Letters to Malthus* (1821, Nueva York: M. Kelley, 1967).

seguirán siéndolo hasta que consigamos una genuina superabundancia general —un mundo marcado por una caída hasta cero en los precios de todos los bienes y servicios. Pero entonces ya no existirá el problema de buscar la demanda del consumidor, y en realidad desaparecerá por completo el problema económico. No habrá necesidad alguna de producir, de trabajar, de preocuparse por acumular capital, y todos estaríamos en el Jardín del Edén.

Say postula así una situación en la que todos los costes de producción se reducen finalmente a cero: «en cuyo caso, es evidente que no puede haber ya renta de la tierra, interés sobre el capital o salarios por el trabajo, y, consecuentemente, ningún ingreso para las clases productivas». ¿Qué sucederá entonces?

> Pues que entonces ya no existirán estas clases. Todo objeto de necesidad humana estaría en la misma tesitura que el aire o el agua, que se consumen sin la necesidad de producirlos o comprarlos. Del mismo modo que todo el mundo es lo bastante rico como para proveerse de aire, lo mismo sucedería para proveerse de todo otro producto imaginable. Sería el colmo de la riqueza. La economía política ya no sería una ciencia; no tendríamos ocasión de aprender el modo de adquirir riqueza; porque ya la tendríamos en nuestras manos.

Dejando a un lado el Jardín del Edén, dado que la producción siempre se queda corta respecto a las necesidades humanas, esto significa que no hay necesidad alguna de preocuparse por ninguna ausencia de consumo. El problema que limita la riqueza y los niveles de vida es una deficiencia en la producción. En el mercado, observa Say, los productores cambian sus productos por dinero y utilizan el dinero para comprar los productos de otros. Tal es la esencia de la economía de cambio o de mercado. Por lo tanto, la oferta de un producto es, en el fondo, la demanda de otros bienes. La demanda de consumo sólo es la expresión de la oferta de otros productos cuyos propietarios tratan de adquirir los productos en cuestión. Es preferible que, como sucede en el mercado libre, la demanda emerja de la oferta de otros productos a que el gobierno estimule la demanda del consumidor sin una producción que se le corresponda.

Que el gobierno estimule el consumo por sí mismo «no supone ningún beneficio para el comercio; porque la dificultad descansa en aportar los medios, no en estimular el deseo de consumo; y ya hemos visto que la sola producción abastece de medios». Puesto que la genuina demanda proviene de la oferta de productos, y dado que el gobierno no es productivo, se sigue que el gasto del gobierno no puede incrementar realmente la demanda:

> una vez creado, un valor no se aumenta... porque el gobierno y no un individuo se apropie de él y lo gaste. El hombre que vive de las producciones de otra gente,

Para un comentario del capítulo XV del Libro I como *la* exposición de la ley de Say, véase Henry Hazlitt (ed.), *The Critics of Keynesian Economics* (1960, New Rochelle, Nueva York: Arlington House, 1977), pp. 12-22.

> no genera demanda alguna de esas producciones; simplemente se pone en el lugar del productor, para menoscabo de la producción...

Pero, si no puede darse una superproducción general próxima al Jardín del Edén, entonces ¿por qué los hombres de negocios y los observadores se quejan con tanta frecuencia de una superabundancia general? En cierto sentido, un excedente de una o más mercancías sólo significa que se ha producido *demasiado poco* de otras mercancías por las que podrían cambiarse las primeras. Visto de otro modo, dado que sabemos que el incremento en la oferta de cualquier producto baja su precio, entonces, si hay un excedente no vendido de uno o más bienes, este precio caerá, estimulando así la demanda para que se compre toda la cantidad excedente. En el mercado libre jamás puede darse un problema de «superproducción» o de «subconsumo», ya que los precios siempre pueden caer hasta el punto en el que los mercados se compensen. Aunque Say nunca expresó la cuestión en estos precisos términos, lo vio claramente, en particular en sus *Letters to Malthus*, en su controversia con el Rev. Thomas Malthus en relación con la ley de Say. Quienes se lamentan de la superproducción o el subconsumo rara vez hablan en términos de precio, cuando estos conceptos prácticamente carecen de sentido si no se tiene siempre presente el sistema de precios. La pregunta habría de ser siempre: ¿producción o ventas, *a qué precio*? ¿Demanda o consumo, *a qué precio*? Nunca se da un genuino excedente no vendido o «superabundancia» particular o general en toda la economía si los precios son libres de caer para compensar el mercado y eliminar el excedente.

Más aún, Say escribía en sus *Letters to Malthus* que «si la cantidad expedida excede en lo más mínimo a la necesidad, ello es suficiente para alterar el precio de un modo considerable». Esta noción de lo que hoy llamaríamos «elasticidad» y de los notables cambios que resultan en el precio, es lo que para Say lleva a mucha gente a confundir un «ligero exceso» en la oferta con «una abundancia excesiva».

Las implicaciones políticas de atender al sistema de precios son decisivas. Significa que para subsanar la superabundancia, particular o extendida, el remedio del gobierno no es gastar o crear dinero; es dejar que los precios caigan de manera que el mercado se compense.

En sus *Letters to Malthus*, Say ofrece el siguiente ejemplo. Se producen cien sacas de trigo y se cambian por 100 piezas de tejido (o, mejor, cada una se cambia por dinero y después por la otra mercancía). Supongamos que se dobla la productividad y salida de cada una, y ahora se cambian 200 sacas de trigo por 200 piezas de tejido. ¿Cómo afectará la superabundancia o superproducción a cualquiera de las dos mercancías? Y, si por producir 100 unidades de cada producto, el productor obtenía un beneficio de 30 francos, ¿por qué no habría de cosechar *todavía* el incremento resultante y la caída del precio de cada producto los 30 francos de cada vendedor? Y ¿cómo puede surgir una

superabundancia general? Con todo, Malthus tendría que defender que parte de la nueva producción de tejido no encontraría comprador alguno.

Luego Say observa que Malthus aceptaba en cierto sentido el punto relativo a la caída de precios debida al incremento en la producción, pero que después recurría a una segunda línea de defensa: que «las producciones caerán hasta un precio demasiado bajo como para pagar el trabajo necesario para su producción». Y aquí llegamos al meollo de los lamentos sobre la superproducción y el subconsumo —si es que podemos prescindir de sus nebulosos conceptos agregativos y de su desconsideración, real o aparente, del hecho de que un precio más bajo de cualquier producto siempre puede vaciar el mercado.

Say observaba en su réplica que era la infortunada aceptación por Malthus de la teoría del valor trabajo la que hacía que desconociera los servicios productivos que la tierra y el capital aportan al trabajo en los costes de producción, llegando a la conclusión de que los precios de venta caerán por debajo de los costes de producción.

Pero ¿de dónde vienen los «costes»? Y ¿por qué han de ser fijos, exógenos al mismo sistema de mercado? ¿Cómo se determinan? Aunque Ricardo estaba con Say en la cuestión de la superproducción, era fácil que un seguidor británico de Smith y Ricardo (como Malthus) en lo tocante a las teorías del valor basadas en el coste cayese en esta trampa y asumiese que los costes son de algún modo fijos e invariables. Say, como hemos visto, al creer que los costes vienen determinados por el precio de venta y no al revés, se vio abocado a un cuadro mucho más claro y correcto de toda la materia. Volviendo a su ejemplo, señala que, si los productores de trigo y tejidos doblan la cantidad producida con los mismos servicios productivos, esto no sólo significa que los precios del trigo y del tejido caerán sino también que la productividad de los factores se ha incrementado en ambas industrias. Un aumento en la productividad de los factores significa una reducción de coste. Y esto quiere decir que un incremento en la producción no sólo bajará el precio de venta; *también* rebajará los costes, luego, si los precios caen, no hay ninguna razón para asumir pérdidas graves o incluso una disminución del beneficio.

En apariencia, proseguía Say, a Malthus le preocupa que los precios de los servicios productivos permanezcan elevados y, por lo tanto, a medida que aumenta la producción, mantengan los costes demasiado altos. Pero en este punto Say introduce una brillante observación: los precios de los factores productivos tienen que ser altos *por alguna razón*; no está predeterminado que lo sean. Precisamente este salario o renta elevado «denota en sí mismo que aquello que buscamos existe, es decir, que hay un modo de emplearlos de manera que el producto baste para reembolsar lo que cuestan». En suma, que los precios de los factores sean altos significa que existen usos alternativos de los mismos que han pujado al alza sobre los primeros. El razonamiento de Say es chocantemente similar a la «réplica» moderna del libre comercio al argu-

mento del «trabajo barato» en favor de los aranceles proteccionistas. Por ejemplo, la razón por la que el trabajo es *más* caro en los Estados Unidos u otro país industrializado, es que *otras* industrias americanas han pujado al alza sobre estos costes de trabajo. Estas industrias son, por lo tanto, más eficientes que la industria que padece la competencia; de ahí que la segunda deba hacer recortes o cerrar, y permitir que los recursos fluyan hacia campos más eficientes y productivos.

En áreas más periféricas pero aún relevantes, J.B. Say se ocupó de algunos ejemplos poderosos y atractivos del argumento de la *reductio ad absurdum*. Así, sobre la importancia de la demanda frente a la oferta, y sobre la cuestión de la superabundacia, preguntaba qué habría sucedido si un mercader de hoy hubiese transportado a Nueva York a principios del siglo diecisiete un cargamento actual. Es evidente que no habría sido capaz de vender su cargamento. ¿Por qué no? ¿Por qué esta superabundacia? Porque nadie en el área de Nueva York producía *otros bienes* en cantidad suficiente para cambiarlos por este cargamento. Y ¿por qué este mercader está hoy día seguro de vender su cargamento en la ciudad de Nueva York? Porque actualmente hay suficientes productores en el área de Nueva York como para fabricar e importar productos «mediante los que adquieren lo que otros les ofrecen».

Hubiese sido absurdo afirmar que el problema en relación con el cargamento era que había *demasiados* productores y *no suficientes* consumidores. Say añade que «los únicos consumidores reales son los que producen, porque sólo ellos pueden comprar la producción de otros, [mientras que]... los consumidores estériles no pueden comprar nada a no ser mediante el valor creado por los productores». Concluye elocuentemente que «es la capacidad de producción lo que marca la diferencia entre un país y un desierto».

La otra importante *reductio*, también en sus *Letters to Malthus*, es parte de su defensa de la innovación y de la maquinaria frente a las acusaciones de superproducción. Malthus, observa Say, admite que la maquinaria es beneficiosa cuando la producción del producto aumenta de tal manera que el empleo en ese campo también lo hace. Sin embargo, añade, la nueva maquinaria es beneficiosa incluso en el caso aparentemente peor, cuando la producción de un bien en concreto no aumenta y se despide a trabajadores. Ya que, en primer lugar, tanto en el segundo como en el primer caso se incrementa la productividad, los precios de venta caen y aumentan los niveles de vida. Además, afirma Say introduciendo la *reductio*, las herramientas le son necesarias al género humano. Proponer, como hace Malthus, la limitación y restricción de la introducción de nueva maquinaria es argüir implícitamente que «deberíamos (haciendo retroceder y no avanzar el curso de la civilización) renunciar sucesivamente a todos los descubrimientos que ya hemos hecho, y volver más imperfectas nuestras artes a fin de multiplicar nuestro trabajo con la disminución de nuestros disfrutes».

Respecto a los trabajadores desempleados por la introducción de nueva maquinaria, Say escribe que esos trabajadores pueden trasladarse y se trasladarán a cualquier parte. Después de todo, añade cáusticamente, el patrón que introduce nueva maquinaria «no les obliga a permanecer desempleados, sólo a buscar otra ocupación». Además, a estos trabajadores se les abrirán nuevas oportunidades de empleo, ya que, debido a la nueva maquinaria y producción, se incrementa la renta de la sociedad.

Recordando a Turgot, Say también rebate la preocupación de Malthus-Sismondi por el desvío hacia el ahorro de gastos vitales, observando que los primeros no se quedan sin gastar; lo son, sólo que en otros factores productivos (o *re*productivos) y no en consumo. Antes que dañar el consumo, el ahorro se invierte, aumentando así el futuro gasto de consumo. De esta manera, los ahorros y el consumo crecen históricamente juntos. E igual que no existe un límite necesario de la producción, no lo hay en absoluto de la inversión y la acumulación de capital. «El producto que se crea sería un aliviadero abierto para otro producto, y esto es verdad aunque se gaste su valor» en consumo o se sume a los ahorros.

Al aceptar que algunas veces los ahorros podrían acumularse, por una vez no resultó tan convincente. Apuntó correctamente que lo acumulado se gastará eventualmente en consumo o en inversión, porque, después de todo, para eso está el dinero. Ahora bien, admitía que deploraba en gran medida la acumulación. Pero, no obstante, como había insinuado Turgot, los saldos de caja acumulados que reducen el gasto tendrán el mismo efecto que la «superproducción» a un precio muy elevado: la menor demanda reducirá los precios por doquier, los saldos de caja en términos reales se elevarán y todos los mercados se compensarán. Por desgracia, Say no captó este punto.[15]

De todas formas, una vez más resultó Say altamente eficaz en su crítica a la creencia de Malthus en la importancia de que el gobierno mantuviese el

[15] Pero Schumpeter y otros historiadores son burdamente injustos cuando ridiculizan uno de los argumentos de Say contra Malthus: que no puede haber superproducción porque «crear una cosa cuya necesidad no existe es crear algo sin valor; esto no sería producción. Sin embargo, a partir del momento en que tenga un valor, el productor puede hallar los medios para cambiarlo por los artículos que necesite». Aunque esto parece eliminar el problema definiéndolo como inexistente, pueden decirse dos cosas en defensa de Say. Primero, que en efecto se trata de un argumento atractivo pero no convincente, si bien es tangencial y no vicia el valor de la ley de Say o los aplastantes argumentos en su favor. En el acaloramiento del debate, Say, como muchos otros intelectuales polémicos, de vez en cuando hacía uso de cualquier argumento que estuviese a mano. Y, segundo, este punto no carece totalmente de valor, ya que concentra la atención en una cuestión clave que Say suscitó pero no resolvió por completo; *¿por qué* los productores fabrican bienes cuando los consumidores no desean comprarlos, al menos a precios rentables? No hace falta decir que los adversarios de Say no aportaron ninguna respuesta convincente. Sobre la actitud de Schumpeter véase *op. cit*., nota 10, pp. 619-20.

consumo improductivo: rentas y consumo de funcionarios y soldados gubernamentales así como de pensionistas del estado. Say afirmaba que esta gente vive de la producción, mientras que los consumidores productivos aumentan la oferta de bienes y servicios. Proseguía sardónicamente: «No puedo pensar que quienes pagan impuestos no sabrían qué hacer con su dinero si el recaudador no acudiese en su ayuda; o sus necesidades se satisfarían más ampliamente, o emplearían el mismo dinero de un modo reproductivo.»

Frente a sus adversarios, que deseaban que el gobierno estimulase la demanda del consumidor, Say creía que los problemas de superabundancia así como la pobreza en general podrían resolverse con una producción cada vez mayor. Así, en muchos pasajes arremetía contra la excesiva imposición tributaria que eleva los costes y precios de los bienes y debilita la producción y el crecimiento económico. En esencia, J.B. Say rebatió las propuestas estatistas de los subconsumistas Malthus y Sismondi mediante una política activa propia: la política liberal consistente en reducir drásticamente los impuestos.

Say combinó su postura contraria a los impuestos con su crítica a la afición de Malthus por el gasto del gobierno mediante un incisivo ataque al gobierno y a la deuda pública. Observó que Malthus, «convencido de que aún existen clases que prestan un servicio a la sociedad simplemente por consumir y no producir, consideraría una desgracia si se liquidara toda o una gran parte de la deuda nacional inglesa». Por el contrario, insistía Say, esto sería un acontecimiento muy beneficioso para Inglaterra. Porque el resultado sería

> que los accionistas [los obligacionistas del gobierno], una vez que se les pagara, obtendrían alguna renta de su capital. Que quienes pagan impuestos se gastarían los 40 millones de libras esterlinas que ahora pagan a los acreedores del Estado. Que, al eliminar los 40 millones de impuestos, todas las producciones serían más baratas, y el consumo se incrementaría considerablemente; que ello daría ocupación al trabajador en lugar de los sablazos que ahora se les reparte; y debo confesar que estas consecuencias no me parecen de tal naturaleza que aterroricen a los amigos del bienestar público.

1.8 Recesión y revuelo por la ley de Say

Llegamos ahora a una última y crítica cuestión en relación con la ley de Say. ¿Por qué el escándalo sobre la ley apareció únicamente en dos grandes ocasiones? Pues no es casual que la turbulenta controversia sobre la ley se produjera cuando se produjo. J.B. Say acuñó la ley en 1803, y James Mill la llevó a Gran Bretaña en 1808 convirtiendo a Ricardo y a sus discípulos. Pero ¿por qué no se produjo ninguna controversia en particular hasta mucho tiempo después? En concreto, la tormenta se desató en 1819, cuando el economista franco-suizo Jean Charles Leonard Simonde de Sismondi (1773-1842) publicó sus *Nouveaux principes d'économie politique* (*Nuevos principios de economía política*). El libro de

Sismondi fue seguido al año siguiente por los *Principles of Political Economy* del Rev. Thomas Robert Malthus (1766-1834). Lo extraño es que estos dos hombres habían sido ardientes smithianos a lo largo de dos décadas. ¿Por qué se publicaron casi al mismo tiempo estas heréticas concepciones subconsumistas?

La aristocrática familia florentina de Sismondi se había establecido en Francia, pero sólo como hugonotes a los que la persecución obligaría a establecerse en Ginebra, el corazón del calvinismo. Hijo de un clérigo calvinista, Sismondi nació en Ginebra. Cuando la influencia radical de la Revolución Francesa alcanzó Ginebra, los Sismondi se trasladaron a Londres, donde el joven Sismondi tuvo la oportunidad de estudiar y dedicarse al mundo de los negocios.

Sismondi se asentó como hacendado en la Toscana a finales de la década de 1790, publicando un tratado sobre agricultura toscana en 1801. Poco después se convirtió en ardiente seguidor de Adam Smith, y publicó en Ginebra su obra smithiana en dos volúmenes *De la richesse commerciale* (*Sobre la riqueza comercial*), el mismo año —1803— en que Say publicaba su famoso *Traité*. Al tiempo que este último era catapultado a la fama y al prestigio, la obra de Sismondi fue ignorada, pasando por completo inadvertida fuera de Francia. Quizá el resentimiento por esta fatalidad jugase su papel en la conversión radical de Sismondi, encarnada en sus *Nouveaux Principes*. Pero esa conversión se produjo en un momento crítico, al coincidir en 1815 con el final de una generación europea marcada por la guerra y la inflación masivas que daba paso rápida e inevitablemente a una deflación y depresión de posguerra. Las recesiones, sobre todo a gran escala, eran fenómenos nuevos en Europa; no existía, en consecuencia, ningún cuerpo de explicación teórica, de ahí que el típico lamento económico por la «superabundancia» o la «superproducción» tocara la fibra sensible de muchos observadores. En el caso de Sismondi, ello le llevó de modo inmediato y permanente hacia un estatismo riguroso y de por vida que incluía la defensa de un estado del bienestar global, una profunda hostilidad hacia el capitalismo y el sistema de fábricas, y la apelación a la vuelta a una sencilla economía agraria. En el prefacio a la segunda edición de sus *Nouveaux Principes* de 1827 proclama la «nueva economía» o «nuevo liberalismo» que «invoca la intervención del gobierno» frente al *laissez-faire*.

Por la solidez de su primer libro se le ofreció una cátedra de economía política en la Universidad de Vilna; los *Nouveaux Principes* le reportaron una oferta por parte de la Sorbona. Sin embargo, Sismondi prefirió permanecer en Ginebra produciendo ristras notablemente prolijas de obras históricas (entre ellas una historia en 16 volúmenes de las repúblicas italianas en la Edad Media, y otra de los franceses en 31), y llevando una vida de caballero rural. En su explotación agrícola luchó contra la superproducción a su descabellada manera: asegurando que la producción fuese lo más baja posible escogiendo para su

granja... a los trabajadores más endebles, y haciendo deliberadamente que su casa fuese restaurada por un trabajador incompetente. Uno se pregunta por qué no llegó hasta el final en su deseo de vivir la vida ejemplar de la subproducción, dejando por completo de trabajar o producir. Profundamente amargado ante la falta de reconocimiento de sus concepciones socialistas, Sismondi escribió poco antes de su muerte, acaecida en 1842: «dejo este mundo sin haber causado la más mínima impresión; nada se hará». Ojalá hubiese estado en lo cierto.

Mucho más impactante resultó en aquel tiempo la conversión simultánea del Rev. Malthus al subconsumismo. Malthus, hijo de un caballero aristocrático rural, se graduó brillantemente en matemáticas en Cambridge y fue ordenado en el seno del clero anglicano. Tras servir como docente en un *college* de Cambridge se convirtió en párroco rural, escribiendo en 1798 su famoso *Essay on Population*. Malthus fue algo más que el sombrío teórico de la población que le dio renombre: fue también un fogoso economista smithiano. En 1804 se convirtió en el primer economista académico de Inglaterra, al aceptar una cátedra de historia y economía política en el nuevo y pequeño East India College de Hailebury, fundado por la Compañía de la India Oriental para preparar a sus futuros empleados. Y no sólo fue el primero; Malthus habría de permanecer como el único economista académico de Inglaterra durante las dos décadas siguientes.

Malthus fue amigo fiel de Ricardo, y su ruptura con la tradición Smith-Ricardo a propósito del subconsumo no malogró su estrecha amistad. La controversia dio lugar a la famosa correspondencia entre ellos, y al morir Ricardo en 1823 le dejó a Malthus un pequeño legado como signo de su *camaraderie*. Más relevante es el hecho de que a partir de 1824 Malthus perdiese interés por su herejía subconsumista, y que al poco volviese a convertirse en un líder de la economía clásica smithiana. Es evidente que la razón de la pérdida de interés por parte de Malthus fue el hecho de que a partir de 1823 Gran Bretaña se recuperara de la depresión post-napoleónica, y de que ya hubiese remitido el primer revuelo en torno a la ley de Say.

A pesar del hecho de que el interés de Malthus por su teoría del subconsumo fue suscitado y mantenido únicamente por la recesión de posguerra, es curioso que su doctrina no fuera en absoluto una teoría cíclica sino una presunta tendencia de los mercados libres hacia una recesión permanente. Debe observarse también que a Malthus no le preocupaba que los ahorros se acumularan poco a poco y no se gastaran. Era tan superproduccionista como subconsumista, de manera que la inversión de ahorros sólo empeoraría las cosas al incrementar la producción: «Si... los productos son ya tan abundantes que no se consume con beneficio una porción suficiente de los mismos, ahorrar capital no puede sino contribuir a incrementar aún más la abundancia de productos, y más todavía a reducir los ya bajos beneficios.»

Aunque es cierto que Say no se presentó frente a sus adversarios con una teoría completa que explicara la recesión y «superproducción» general en relación con un precio de venta rentable, sí ofreció algunas intuiciones proféticas que han pasado completamente inadvertidas por los historiadores, quizá porque fueron expuestas en sus *Letters to Malthus* y no en su *Traité*.

Primero, considera la depresión de posguerra en los Estados Unidos, ya que Malthus, respondiendo a Say, había afirmado que, puesto que los EE UU disfrutaban de impuestos bajos y de mercados libres, su ausencia no podía ser la razón de la superabundancia que allí se padecía. Say atribuye muy atinadamente los problemas básicos de los EE UU a la gran prosperidad que había disfrutado aquella nación en su calidad de país neutral durante la mayor parte de las guerras napoleónicas, de modo que, no obstaculizada por el bloqueo, sus exportaciones y comercio disfrutaron de una prosperidad inusual. De esta manera, con el fin de las guerras en 1815 y el rápido retorno del comercio marítimo europeo a ambos hemisferios, los EE UU se encontraron con que habían sobre-expandido sus productos mercantiles y, en cambio, *sub*producido bienes agrícolas o manufacturados. Así que, en un sentido profundo, el problema no es una superproducción general sino una superproducción de algunos bienes y una subproducción de otros. Por lo tanto, lo que padecen los Estados Unidos es una *sub*producción de esos otros bienes. Los americanos podrían haber utilizado el incremento de la producción para cambiarla por más bienes de los que ofrecía el renacido comercio marítimo europeo. Say predijo proféticamente que «Unos pocos años más y su [americana] industria formará una gran masa de producciones entre las cuales se hallarán artículos en condiciones de generar beneficiosas retribuciones o, cuando menos, beneficios que los americanos emplearán en la adquisición de productos europeos». Después, americanos y europeos producirán unos y otros lo que mejor sepan y en lo que sean más eficientes.

> Aquellos productos que los europeos puedan fabricar con éxito con un gasto mínimo se transportarán hacia América, de vuelta se traerán los que la tierra y la industria americana consigan producir con éxito a un menor coste. La naturaleza de la demanda determinará la naturaleza de las producciones; cada nación se dedicará preferentemente a aquellos productos en los que consiga los mejores resultados; esto es, a los que produzca con un menor gasto, de modo que la consecuencia de ello serán unos intercambios mutua y permanentemente beneficiosos.

Y ¿qué sucede con la economía europea? ¿Cuál es el problema allí? ¿Por qué se halla deprimida? Aquí Say puso el dedo en la llaga del problema: «la excesiva multiplicación de los costes de producción». En síntesis, el problema de la depresión europea no era que hubiese una «superproducción general» sino que los empresarios habían pujado al alza sobre los costes de producción (los precios de los factores), de manera que los consumidores no estaban dispuestos a adquirir los productos a unos precios lo bastante elevados como para

cubrir costes. De hecho, el problema no era ni la producción de demasiados bienes ni una compra insuficiente, sino una puja al alza excesivamente alta sobre los costes. Say añade que estos costes excesivos creaban «desórdenes... en la producción, en la distribución y en el consumo del valor producido; desórdenes que con frecuencia introducían en el mercado cantidades superiores a la necesidad, reteniendo las que se venderían, y cuyo precio emplearía su propietario en la adquisición de las primeras». En suma, la puja de unos costes excesivos distorsionaba de algún modo la estructura de la producción hasta el punto de causar la superproducción masiva de algunos bienes y la subproducción de otros.

Por desgracia, tras estos pasajes impregnados de atisbos de la posterior teoría austriaca sobre el ciclo económico, Say se sale por la tangente al atribuir los costes excesivos a los impuestos gravados a la industria y el mercado. Si bien, luego regresa con un pasaje notablemente perspicaz al atribuir la aparente «superabundancia» a la ignorancia y el error generalizado por parte de los empresarios:

> Esta superabundancia... se agudiza con la ignorancia de productores o mercaderes en relación a la naturaleza y extensión de la necesidad en los lugares a los que envían sus productos. En años recientes se ha hecho un buen número de especulaciones arriesgadas en razón de la gran cantidad de nuevas relaciones entabladas entre diferentes naciones. Pero el fallo fue general en cuanto al cálculo que se requería para llegar a un buen resultado...

En resumen, el problema se concentra en un fallo general en la previsión y el «cálculo» empresarial que conduce a lo que viene a ser una puja de costes excesivos. Por desgracia, Say no sigue este punto crucial hasta preguntar por qué habría tenido lugar ese error empresarial tan infrecuente. No obstante, anticipa la importante observación de Hayek sobre la experiencia y conocimiento que los empresarios y productores pueden obtener del mercado en orden a mejorar su estimación de los costes y exigencias del mercado. Dice Say:

> por el hecho de que muchas cosas se hayan hecho mal, ¿se ha de concluir que no es posible hacerlas mejor con una mejor preparación? Me atrevo a predecir que, a medida que las nuevas conexiones vayan envejeciendo y las necesidades recíprocas se aprecien mejor, desaparecerá en todas partes el exceso de productos; así como que se establecerá un comercio social recíproco y beneficioso.

Con la recuperación de Europa de la depresión de posguerra, la ley de Say fue absorbida —al menos en la forma más vulgarizada que adoptó la escuela británica clásica[16]— por la corriente dominante de pensamiento económico y

[16] La vulgarización adoptó dos formas. Se omitió la mayor parte del énfasis de Say sobre los ajustes de precios, así como toda referencia al error empresarial de pujar al alza sobre los costes, o de pensar que tipos específicos de superproducción y subproducción podrían ser el

sólo fue cuestionada por excéntricos y chiflados que justamente conformaban lo que más tarde Keynes denominaría los «bajos fondos» de la economía. Estos extraños moradores fueron resucitados por John Maynard Keynes en su *General Theory*, obra que, escrita en lo más profundo de otra intensa depresión todavía peor (1936), los aclamó a todos —desde Malthus hasta los subconsumistas posteriores, así como al egregio mercader germano-argentino Silvio Gesell (1862-1930), quien solicitó con insistencia que el gobierno obligara a todo el mundo a gastarse el dinero en un breve plazo de tiempo después de recibirlo. El objetivo de Gesell, como en el caso de la mayor parte de los arbitristas monetarios, era rebajar el tipo de interés a cero, una meta de la que más tarde se haría eco Keynes en su demanda de una «eutanasia del rentista [obligacionista]». Quizá cuadre con ello el que este Gesell, a quien Keynes llamó «el extraño y demasiado olvidado profeta», coronase su dudosa carrera convirtiéndose en ministro de finanzas de la efímera República Soviética Revolucionaria de Baviera de 1919.

La propia doctrina de Keynes seguía la línea de Malthus y los demás excepto en que, en general, sustituía el gasto por debajo de lo normal por el subconsumo como el supuesto problema económico crítico. Keynes hizo de la denuncia de la ley de Say el eje central de su sistema. Al exponerla, Keynes la vulgarizó y distorsionó de mala manera, dejando fuera el papel central desempeñado por los ajustes de precios,[17] haciéndole decir sin más que el gasto total en producción igualará la suma de rentas percibidas en la producción.[18]

Desde los tiempos de Keynes, los economistas han tratado de oscurecer la idea más bien sencilla de Say con un fárrago ampuloso de debates sobre el presunto «principio» o «identidad» de la misma, oscurecida aún más por el

---

indicio de las recesiones. Otro punto era la formulación de Mill de que «productos se pagan por productos» y no que todas las provisiones de bienes y servicios se pagan unas por otras. Se trataba de una reminiscencia de la insistencia de Smith en el hecho de que sólo el trabajo productivo queda incorporado a los objetos materiales o productos.

[17] Al omitir tres frases importantes en su cita del resumen que hiciera John Stuart Mill de la ley de Say, Keynes suprime cualquier insinuación acerca del sistema de precios como fuerza de equilibrio. John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (Nueva York: Harcourt, Brace, 1936) p. 18. Sobre esta cuestión véase Hazlitt, *op. cit.* nota 14, p. 23.

[18] Keynes también resumió la ley de Say en el sentido de que «la oferta crea su propia demanda», formulación seguida por la práctica totalidad de los economistas posteriores a Keynes, incluso Schumpeter, Mark Blaug, Thomas Sowell y Alex Lijonhufvud. Como dice el profesor Hutt corrigiendo esta deformación: «Sin embargo, la oferta de ciruelas no crea la demanda de ciruelas. Y la palabra 'crea' es imprudente. Lo que de verdad afirma la ley es que la oferta de ciruelas *constituye* la demanda de todo aquello que el proveedor pretenda adquirir a cambio de las ciruelas en trueque o, en una economía monetaria, con el dinero recaudado.» W.H. Hutt, *A Rehabilitation of Say's Law* (Athens, Ohio: Ohio University Press, 1974), p. 3 y 3n.

profuso uso de las matemáticas, un tipo de explicación especialmente fuera de lugar tratándose de teóricos tan anti-matemáticos como J.B. Say.

1.9 La teoría del dinero

El excelente estudio de Say sobre el dinero, lo mismo que la mayor parte del resto de su doctrina, ha sido gravemente ignorado por los historiadores del pensamiento. Comienza presentando la teoría sobre el origen del dinero que Carl Menger desarrollaría más tarde en un artículo y que durante generaciones constituiría la base del primer capítulo de todo texto sobre dinero y banca. El dinero, apuntaba, se origina en el trueque. Para facilitar los cambios y vencer las dificultades del trueque en el mercado, la gente comienza a utilizar como medio de cambio mercancías especialmente comercializables. En el trueque, para comprar un producto, todo el mundo debe dar con alguien que desee su propio producto en particular, cosa que pronto se vuelve muy difícil. Así: «El hambriento cuchillero habrá de ofrecer al panadero sus cuchillos a cambio de pan; el panadero quizá posea ya bastantes cuchillos, pero necesita un abrigo; desea comprarle uno al sastre con su pan, pero el sastre no necesita pan, sino la carne del carnicero; así hasta el infinito.»

¿Cómo vencer este problema de lo que, más tarde, vendría a llamarse la «doble coincidencia de necesidades»? Hallando una mercancía que, en general, sea más comercializable y que el vendedor acepte a cambio:

> Para superar esta dificultad, el cuchillero, viendo que no puede persuadir al panadero para que acepte un artículo que no necesita, hará uso de sus mejores recursos para conseguir un producto que ofrecer, el cual el panadero estará dispuesto a cambiar de nuevo por cualquier cosa que pueda necesitar. Si existe en la sociedad alguna mercancía en particular generalmente solicitada, no sólo por su utilidad inherente sino también por la buena disposición con la que se recibe a cambio de artículos de consumo necesarios... esa es precisamente la mercancía por la que el cuchillero tratará de trocar sus cuchillos; ya que ha aprendido por experiencia que su posesión le reportará sin dificultad, merced a un segundo acto de cambio, el pan o cualquier artículo que pueda desear.

Ese artículo es precisamente el dinero de esa sociedad.

Say entra después en el análisis ya familiar sobre cuáles son las mercancías que con más probabilidad vayan a elegirse como dinero en el mercado. Una mercancía dinero debe poseer un alto valor intrínseco, es decir valor en su uso pre-monetario. También habrá de ser físicamente divisible con facilidad, preservando, cuando lo sea, una cuota proporcional de su valor; poseerá un elevado valor por unidad de peso, de modo que sea a un tiempo escasa y valiosa, y transportable sin dificultad; habrá de ser duradera, de manera que pueda retenerse como valor durante mucho tiempo. Por supuesto, una vez que una mercancía se elige como medio general de cambio, su valor au-

menta considerablemente en relación al que poseía en su condición pre-monetaria.

Say sigue la tradición continental de asimilar el dinero al resto de mercancías; es decir, el valor del dinero, como el de todas la mercancías, está determinado por la interacción de su oferta y su demanda. Su valor, su poder adquisitivo en el mercado, varía directamente con su demanda e inversamente con su oferta. Aunque le faltó la aproximación marginal, Say allanó el camino a una eventual integración de una teoría de los bienes basada en la utilidad con el dinero. Dado que el dinero también es un objeto de deseo, su utilidad es el fundamento de su demanda en el mercado. Criticó igualmente a Ricardo y a la escuela clásica británica por pretender explicar el valor del dinero, no por la utilidad y la oferta y la demanda, sino, como en el caso de todos los demás bienes, por su coste de producción. En el caso del dinero, se suponía que la oferta era gobernada por el coste de la extracción minera del oro y la plata.

Say era partidario del dinero metálico e insistía en que todo el papel debe ser inmediatamente convertible en numerario. El papel no convertible se multiplica rápidamente y deprecia el valor del medio de cambio, y Say apuntaba aquí a la reciente emisión de *assignats* por parte del gobierno revolucionario francés, papel no convertible que eventualmente llegó a depreciarse hasta cero. Say pudo así analizar uno de los primeros ejemplos de inflación desbocada.

> Si el dinero nacional se deteriora, se convierte en un objeto del que hay que desprenderse a toda costa, y que hay que cambiar por productos. Esta fue una de las causas de la prodigiosa circulación que tuvo lugar durante la progresiva depreciación de los *assignats* franceses. Todo el mundo ansiaba encontrar algún uso para el dinero de papel, cuyo valor se depreciaba a cada instante; sólo se aceptaba para deshacerse inmediatamente de él, de modo que podía pensarse que quemaba en las manos por las que pasaba.

Say observó de igual forma que la inflación perjudica sistemáticamente a los acreedores en beneficio de los deudores.

Criticó acérrimamente el alocado deseo de Smith-Ricardo por encontrar una medida absoluta e invariable del valor del dinero. Observaba que mientras pueden estimarse los valores relativos del dinero en relación a otros precios, ellos mismos no son susceptibles de medida. El valor del oro o de la plata no es fijo sino variable como el de cualquier mercancía.

Una de las partes más espléndidas de la teoría del dinero de Say fue su mordaz crítica al bimetalismo. Insistía en que la determinación por parte del gobierno de la relación entre los pesos de los dos metales preciosos estaba condenada al fracaso, y sólo causaba fluctuaciones y escasez perpetua de uno u otro. Say era partidario de patrones paralelos, esto es, tipos de cambio entre el oro y la plata que fluctuaran libremente. Según él, «hay que dejar que el oro y la plata den con su propio nivel mutuo en aquellas transacciones en que la gente considere oportuno emplearlos». Y, de nuevo, «hay que dejar que» el

valor relativo del oro y la plata «se regule él mismo, porque cualquier intento por fijarlo sería en vano».

Aunque en cierto momento Say parece aprobar sin mucha coherencia el plan de Ricardo de un banco central que convierta sus billetes en oro en barras y no en moneda propiamente dicha, la idea central de su estudio es favorable sin más al dinero metálico. Por lo general, se declara favorable al dinero 100 por cien metálico, un dinero en que el papel sólo sea un «certificado» enteramente respaldado por el oro o la plata. «Un medio compuesto por completo de plata u oro con certificado incorporado de que no representa sino su valor intrínseco real, y, por lo tanto, libre del capricho de la legislación, supondría tantas ventajas para todas las áreas del comercio» que sería adoptado por todas las naciones. Insistió tanto en separar el dinero del gobierno que solicitó el cambio de las denominaciones nacionales del mismo por el de las unidades de peso del oro o la plata ya existentes, por ejemplo, *gramos* en vez de *francos*. De ese modo, tendríamos una mercancía dinero genuinamente mundial, y el gobierno no podría imponer leyes sobre el curso legal del papel moneda o alterar los patrones de los instrumentos de cambio. A partir de ese instante —dice con razón Say— todo el sistema monetario actual «se derrumbaría; un sistema repleto de fraude, injusticia y robo, y, además, tan complicado que raramente puede entenderse por completo, incluso por quienes hacen de ello su profesión. Jamás sería posible ya cualquier alteración de la moneda...» En suma, concluye con entusiasmo, «la acuñación de moneda se convertiría en un asunto de perfecta sencillez, una simple rama de la metalurgia».

De hecho, el único papel que Say, de forma incoherente, reservaría al gobierno sería el monopolio de la acuñación, pues siendo dicha acuñación esa sencilla «rama de la metalurgia», sería algo que el gobierno no podría dañar o destruir.

En el *Traité* de Say no abunda el análisis de la banca. Pero, a pesar de su errónea postura favorable al plan de Ricardo de un patrón de banco central con metal no amonedado, la idea principal de su estudio es, una vez más, apartar al gobierno de la expansión del crédito bancario, *bien* mediante un sistema bancario de reserva del 100 por cien, *bien* mediante una banca libremente competitiva que probablemente tendería a aproximarse a esa condición. Por eso, Say se expresa muy a favor de los bancos de reserva del 100 por cien de Hamburgo y Amsterdam. Sostiene que los bancos de emisión libres (que emitan billetes de banco) es algo mucho mejor que un banco central monopolista, ya que «la competencia obliga a cada uno de ellos a ganarse el favor del público rivalizando en servicios y solidez». Y si estos bancos no se basan en una reserva del 100 por cien en metálico —el mejor sistema para Say— la competencia les mantendría invirtiendo en crédito seguro, a muy corto plazo, con el cual podrían convertir con facilidad en metálico sus billetes bancarios.

1.10 El estado y los impuestos

En medio de la ciénaga de escritos económicos anodinos sobre los impuestos, Jean-Baptiste Say destaca como un faro. Es cierto que fue excepcionalmente partidario —incluso en aquella época en general liberal— del *laissez-faire* y de los derechos de la propiedad privada y que sólo raramente vaciló en ese credo. Pero, por alguna razón, la mayor parte de los pensadores favorables al *laissez-faire* y a la libertad a lo largo de la historia no han considerado de verdad que los impuestos sean una invasión de los derechos de propiedad privada. La obra de J.B. Say, en cambio, está dominada por una implacable hostilidad hacia la imposición tributaria, a la que tendía a hacer responsable de todos los males económicos de la sociedad, incluso, como hemos visto, de las recesiones y depresiones. Su tratamiento de los impuestos fue brillante y único; y, sin embargo, como casi toda su obra, no ha recibido atención alguna por parte de los historiadores del pensamiento económico.

Frente a casi todos los demás economistas, Say tuvo una clarividente concepción de la verdadera naturaleza del estado y sus impuestos. El estado no era para él una especie de entidad mística animada realmente por una voluntad generosa ni una organización medio comercial que suministra servicios a un público agradecido por sus cuantiosos «beneficios». No; Say veía con perfecta claridad que los servicios que el gobierno indudablemente presta se los presta a *sí mismo* y a sus favoritos, y que, por lo tanto, todo el gasto gubernamental es gasto de consumo por parte de los políticos y de la burocracia. Veía también que los impuestos destinados a ese gasto se recaudan mediante coerción a costa del público contribuyente.

Como afirma Say: «El gobierno exige de un contribuyente el pago de un impuesto en forma de dinero. Para hacer frente a esta exigencia, el contribuyente cambia parte de los productos de que dispone por moneda que paga a los recaudadores.» El dinero se desembolsa luego para satisfacer las necesidades de «consumo» del gobierno, de modo que «la porción de riqueza que pasa de las manos del contribuyente a las del recaudador se destruye y aniquila». Si no fuese por los impuestos, el contribuyente habría gastado su dinero en su propio consumo. Digamos que el estado «goza de la satisfacción que resulta de aquel consumo».

Say critica la «opinión dominante» según la cual el dinero de los impuestos no constituye una carga para la economía sencillamente porque «regresa» a la comunidad vía los gastos del gobierno. Y se indigna:

> Esta es una burda falacia; pero una falacia que ha causado daño infinito en la medida en que ha justificado una buena porción de gasto y dilapidación descarados. El valor que paga el contribuyente se da sin un equivalente o retribución; el gobierno lo gasta en la compra de servicios personales, de objetos de consumo...

Así, frente al ingenuo y simplista supuesto de Smith de que los impuestos siempre confieren un beneficio proporcional, vemos cómo J.B. Say trata la imposición tributaria como algo muy cercano al puro robo. En efecto, en este punto Say cita significativamente y con aprobación el parecido que Robert Hamilton le saca al gobierno con un ladrón a gran escala. Hamilton había refutado la afirmación de que los impuestos son inocuos porque el dinero lo devuelve el estado a la circulación de la economía. Hamilton había comparado esa impudicia con el caso del «ladrón que irrumpe en la morada de un mercader y se lleva su dinero diciéndole que no le hace ningún daño porque el dinero, o parte del mismo, se emplearía en adquirir las mercancías con las que él comercia, merced a lo cual obtendría un beneficio». (Hamilton podría haber añadido una pincelada keynesiana: que el gasto del ladrón beneficiaría a su víctima varias veces gracias a los benéficos resultados del mágico multiplicador.) A propósito de Hamilton, Say comenta más tarde que «el estímulo que aporta el gasto público es muy parecido».[19]

Denuncia luego Say de manera implacable la «falsa y peligrosa conclusión» de los escritores que suponen que el consumo público (los gastos del gobierno) incrementa la riqueza general. Pero el mal no radica realmente en la letra: «Si esos principios sólo se encontraran en los libros, y jamás se hubiesen puesto en práctica, se podría tolerar sin preocupación que incrementasen la monstruosa montaña de absurdo impreso...» Pero, por desgracia, estos preceptos han sido puestos en «práctica por los agentes de la autoridad pública, que son los que pueden imponer el error o el absurdo a punta de bayoneta o pistola». En definitiva, Say entiende una vez más que lo propio del gobierno es el ejercicio de la fuerza y la coacción, en especial en el modo en que exige sus ingresos.

Los impuestos, por lo tanto, son la imposición coercitiva de una carga a los miembros de la sociedad para beneficio del gobierno, o, más concretamente, de la clase gobernante en cuyas manos está el gobierno. Así, dice Say:

> El sistema tributario es la transferencia de una parte de los productos nacionales de las manos de los individuos a las del gobierno con el propósito de hacer frente al consumo o gasto público... Prácticamente se trata de una carga que el poder gobernante impone a los individuos, bien con carácter corporativo o por separado... con el fin de satisfacer el consumo que pueda considerar apropiado hacer a su costa; en fin, en el sentido literal de la palabra, un impuesto.

---

[19] La cita proviene de una crítica a la deuda nacional británica del matemático escocés Robert Hamilton (1743-1829), en una obra titulada *An Inquiry Concerning the Rise and Progress, the Redemption and Present State, and the Management of the National Debt of Great Britain and Ireland* (Edimburgo, 1813, 3.ª ed., 1818). Hamilton había nacido en Edimburgo, y, tras abandonar la universidad, trabajó como banquero. Pasándose a las actividades académicas en 1769, fue rector de la Academia de Perth y, diez años después, profesor de matemáticas en la Universidad de Aberdeen.

No le impresiona la idea apologética, justamente ridiculizada años más tarde por Schumpeter, de que toda la sociedad paga de alguna manera los impuestos voluntariamente en beneficio general; en lugar de ello, los impuestos son una carga impuesta coercitivamente a la sociedad por el «poder gobernante». Es indiferente que los impuestos sean votados por una asamblea legislativa; eso no los hace más voluntarios: porque ¿de qué sirve... que los tributos se impongan por acuerdo del pueblo o de sus representantes si en el estado existe un poder que por sus actos no permite otra alternativa que el acuerdo?»

Además, los impuestos antes dañan que estimulan la producción, ya que roban al pueblo recursos que la gente preferiría utilizar de modo diferente:

> Los impuestos privan al productor de un producto por el cual tendría la opción, si lo consumiese, de obtener de otro modo una gratificación personal... o de sacar beneficio en caso de que prefiriese dedicarlo a un uso útil... Por lo tanto, la sustracción de un producto, en lugar de aumentar la capacidad productiva, necesariamente la disminuirá.

Say emprende una instructiva crítica de Ricardo que revela la crucial diferencia con el planteamiento del equilibrio a largo plazo del segundo así como la gran diferencia en sus respectivas actitudes respecto a los impuestos. Ricardo había defendido en sus *Principles* que, dado que la tasa de rendimiento del capital es la misma en todas las ramas de la industria, los impuestos no pueden realmente menoscabar el capital. Pues, como explica Say, «la extinción de una rama por la imposición tributaria debe compensarse necesariamente con el producto de alguna otra, hacia la cual se desviarán naturalmente la industria y el capital que han quedado sin uso». Y aquí tenemos a Ricardo, ciego ante los procesos reales que operan en la economía, que identifica tercamente con el mundo real una comparación estática de estados de equilibrio a largo plazo. Say responde convincente y mordaz:

> Y yo respondo que, siempre que los impuestos desvían el capital de una modalidad o uso, aniquilan los beneficios de todos los que son despedidos por el cambio, y disminuyen los del resto de la comunidad; ya que puede presumirse que la industria ha escogido el canal más rentable. Diré más, un desvío forzoso de la corriente o producción aniquila muchas fuentes adicionales de beneficio para la industria. Aparte, existe una diferencia abismal en orden a la prosperidad pública dependiendo de quién sea el consumidor, el individuo o el estado. Una rama floreciente y lucrativa de la industria promueve la creación y acumulación de nuevo capital; sin embargo, bajo la presión de los impuestos, deja de ser lucrativa; en vez de aumentar, el capital disminuye gradualmente; por consiguiente, la riqueza y la producción declinan, y la prosperidad se disipa dejando tras de sí la presión sin tregua de la imposición tributaria.

Say añade luego una bella frase que lanza una invectiva praxeológica contra la afición de Ricardo por lo que podría llamarse su método matemático completamente irreal y verbal: «Ricardo ha pretendido introducir las máximas

inflexibles de la demostración geométrica; en la ciencia de la economía política no hay un método menos digno de confianza.»

Rechaza también el argumento de que los impuestos pueden estimular positivamente a la gente a trabajar más duro y producir más. ¡Trabajar más duro, replica Say, a fin de suministrar fondos que permitan al estado tiranizarte todavía más! Así:

> Recurrir a los impuestos como estímulo para el incremento de la producción equivale a doblar los esfuerzos de la comunidad con el solo propósito de multiplicar sus privaciones, no sus disfrutes. Porque, si el aumento de los impuestos se dedica al sostenimiento de una administración interna compleja, demasiado grande y ostentosa, o de un estamento militar superfluo y desproporcionado que pueden funcionar como sumidero de la riqueza individual y de la flor de la juventud nacional, además de atacar la paz y felicidad de la vida doméstica, ¿no resulta este pago a cambio de una grave transgresión del orden público igualmente excesivo que si se tratase de un beneficio de primera magnitud?

¿Cuál es, entonces, el punto clave? ¿Cuál es la receta básica de Say respecto a los impuestos? Más aún, ¿cuál es su receta para el gasto público en general? Básicamente es lo que podría esperarse de un hombre que creía que el estado es una «grave transgresión del orden público» y un «agresor de la paz y felicidad de la vida doméstica». Pues muy sencillo, «el mejor plan para las finanzas [públicas] es gastar lo menos posible; y el mejor impuesto es siempre el más liviano». En la siguiente frase corrige esta última afirmación, «los mejores impuestos o, mejor, los menos malos...».

En suma, J.B. Say, único entre los economistas, nos ofreció una teoría del gasto general del gobierno y otra del sistema impositivo en su conjunto. Una teoría lúcida y extraordinaria que podría resumirse en este punto: el mejor gobierno (o el «menos malo») es el que gasta y recauda menos impuestos. Pero una teoría de enormes consecuencias, aunque el propio Say no alcanzara a colegirlas o seguirlas. Porque, si como dice la frase jeffersoniana, el mejor gobierno es el que menos gobierna, se sigue que «menos que menos» es cero, y, por lo tanto, como más tarde observarían Thoreau y Benjamin R. Tucker, el mejor gobierno es el que no gobierna —o, en este caso, el que no gasta y no recauda impuestos— ¡en absoluto!

Capítulo II

JEREMY BENTHAM: EL *GRAN HERMANO* UTILITARISTA

2.1 Del *laissez-faire* al estatismo

Jemery Bentham (1748-1832) empezó como convencido smithiano, aunque ligado de manera más coherente al *laissez-faire*. Durante el relativo poco tiempo que se interesó por la economía se fue haciendo cada vez más estatista. La intensificación de su estatismo sólo fue un aspecto de su principal —y muy desafortunada— contribución a la economía: su coherente utilitarismo filosófico. Esta contribución, que abre las compuertas al despotismo de estado, persiste aún como el legado de Bentham a la economía neoclásica contemporánea.

Hijo de un rico abogado, Bentham nació en Londres, pasó su juventud con desahogo en Oxford, y fue admitido en la abogacía en 1772. Al poco, quedó claro que a Bentham no le interesaba la carrera de abogado. Antes bien, se estableció de por vida con la fortuna heredada para convertirse en filósofo enclaustrado, en teórico del derecho y en maniático «proyectista», produciendo de un modo mecánico y continuo planes para la reforma política y jurídica que proponía con insistencia a grandes y poderosos.

El primer interés duradero de Bentham fue el utilitarismo (que examinaremos más adelante), expuesto en la primera obra que publicó, a la edad de 28 años, el *Fragment on Government* (1776).

La mayor parte de su vida Bentham desempeñaría el papel de Gran Hombre, garabateando manuscritos interminables y prolijos que ampliaban sus proyectos de reformas y códigos legales. La mayoría de sus manuscritos quedaron inéditos hasta mucho tiempo después de su muerte. El acomodado Bentham vivió en una amplia casa rodeado de lacayos y discípulos que copiaban todas las correcciones de su ilegible prosa con el objetivo de preparar una eventual edición. Conversaba con sus discípulos en la misma jerga inventada

con la que aderezaba sus escritos. Aunque fue un conversador animado, no aceptó argumento alguno proveniente de sus ayudantes y discípulos; como más tarde recordaría con generosa mesura su precoz y joven discípulo John Stuart Mill, Bentham «no sacó luz de otras mentes». Debido a su carácter, no sólo se rodeó de discípulos despiertos y cultivados, sino de muchos ayudantes ignorantes, que, en agudas palabras del Profesor William Thomas, «contemplaban su obra con cierto escepticismo resignado, como si sus faltas fueran el resultado de excentricidades fuera del alcance de la crítica o el reproche». Thomas prosigue:

> La idea de que estaba rodeado por una banda de ávidos discípulos que extraían de su sistema una inquisitiva crítica para cada aspecto de la sociedad contemporánea, que más tarde ellos mismos aplicarían a las diversas instituciones necesitadas de reforma, es el producto de fábrica del mito liberal posterior. Hasta donde sé, el círculo de Bentham es muy distinto del de cualquier otro gran pensador político. No estaba integrado tanto por hombres que hallasen en su obra una explicación compendiada del mundo social que les rodeaba y que se congregasen en torno a él para aprender más de sus reflexiones, cuanto por hombres atrapados en cierto desconcierto expectante ante el progreso de una obra que ellos hubiesen deseado completar con su ayuda, pero que permanecía exasperantemente elusiva y oscura.[1]

Lo que Bentham necesitaba a la desesperada eran editores favorables y cándidos de su obra; pero su relación con sus seguidores impidió que eso sucediese. «Por esta razón —añade Thomas— la continua masa de manuscritos que acumulaba permaneció por mucho tiempo como *terra incognita*, incluso para los miembros íntimos de nuestro círculo.» Como consecuencia, por ejemplo, un manuscrito tan importante como *Of Laws in General*, quedó inusitadamente inédita; ni que decir tiene que no se publicó hasta nuestros días.

Si alguien pudo haber desempeñado este papel, era el destacado seguidor de Bentham, James Mill, sobre quien trataremos con más detenimiento más adelante (Capítulo III). En muchos sentidos, Mill poseía la capacidad y personalidad para llevar a cabo la tarea, pero existían dos problemas fatales: primero, Mill no quiso descuidar su propia obra intelectual para subordinarse exclusivamente a apoyar al Maestro. Como dice Thomas, «Tarde o temprano todos los discípulos de Bentham afrontaron la opción de la absorción o la independencia». Y, aunque fuera fiel partidario del utilitarismo de Bentham, Mill poseía una personalidad que excluía la primera posibilidad.

Segundo, el descuidado y volátil Bentham necesitaba desesperadamente ser encauzado. El enérgico, sistemático, didáctico y fanfarrón James Mill era ciertamente el hombre adecuado para la tarea; pero, como era de esperar, Bentham, el Gran Hombre, no estaba dispuesto a que nadie le metiese en vere-

[1] William E. C. Thomas, *The Philosophic Radicals: Nine Studies in Theory and Practice 1817-1841* (Oxford: The Clarendon Press, 1979), p. 25.

da. El choque de personalidades era demasiado acusado para que su relación no guardara las distancias, incluso en el momento álgido del discipulado de Mill, antes de que éste alcanzase la independencia económica de su rico patrón. Así escribía Mill, exasperado, a un cercano amigo mutuo: «No puedes ni imaginar el dolor que parece sentir con la sola idea de que se le solicite su parecer sobre cualquier tema.» Al mismo tiempo, e incluso mucho después, Bentham le confesaba a su último discípulo, John Bowring, su persistente resentimiento respecto a Mill: «Jamás conversará conmigo de buena gana. Cuando no está de acuerdo, calla... Espera someter a todo el mundo con su tono dominante, convencer a todos con su dogmatismo. Su modo de hablar es perentorio y autoritario.» No puede resumirse mejor el choque de personalidades.[2]

La primera obra que publicó, el *Fragment on Government* (1776), le reportó al joven Bentham la *entrée* en los principales círculos políticos, en particular en el de los amigos de Lord Shelburne. Entre éstos había políticos *whigs* como Lord Camden y William Pitt el joven, así como dos hombres que pronto se convertirían en buenos amigos y en los primeros discípulos de Bentham, el ginebrino Etienne Dumont y Sir Samuel Romilly. Dumont habría de ser el principal mensajero de la doctrina benthamita en el continente europeo.

Aunque la reforma política y jurídica utilitaria fue el principal interés de toda su vida, Bentham leyó y asimiló *La Riqueza de las naciones* a finales de la década de 1770 o a principios de la de 1780, convirtiéndose al poco en un fiel discípulo de Smith. Aun cuando Bentham apenas alabara a ningún autor, habitualmente se refirió a Adam Smith como el «padre de la economía política», un «gran maestro» y un «escritor de genio consumado». A principios de los años de 1780, el hermano de Bentham y rico ingeniero, Samuel, fue contratado por la emperatriz Catalina la Grande para organizar varios proyectos industriales. Samuel invitó a Jeremy a permanecer con él en Rusia, cosa que éste hizo desde mediados de la década de 1780 hasta el final de 1787 con la intención de presentar «un código [legal] omnicomprensivo» que permitiese a aquella déspota gobernar su reino más eficientemente.

Como era lógico, Bentham nunca concluyó el código para Catalina. Pero estando en Rusia se enteró —sin fundamento, como luego se vería— de que William Pitt, ahora primer ministro, se disponía a forzar una rebaja del tipo de interés máximo legal del 5 al 4 por ciento. Inquieto, Bentham escribió, y al poco publicó, en 1787, su primera y única obra famosa de economía: la chispeante e implacable *Defence of Usury*. Con ella trataba de aportar mayor consistencia al *laissez-faire* smithiano, argumentando contra todas las leyes usuales de la usura. Fundamentaba su posición directamente en el concepto de libertad de contratación declarando que «a ningún hombre maduro, en su sano

[2] Véase *ibid*., pp. 35-36.

juicio, que actúa libremente y con los ojos abiertos, debería impedírsele... hacer todo negocio que considerare oportuno para conseguir dinero». En cualquier situación se da por supuesta la libertad de contratación: «Tú que pones ataduras a los contratos; tú que pones restricciones a la libertad del hombre; a ti te corresponde... indicar la razón de por qué lo haces.» Además, ¿cómo puede la «usura» ser un crimen cuando se trata de un intercambio por mutuo consentimiento del prestamista y el prestatario? La «usura», concluye Bentham, «que en caso de ser un delito, es un delito cometido con consentimiento, es decir, con el consentimiento de la parte supuestamente perjudicada, no puede merecer un lugar en el catálogo de delitos a menos que el consentimiento se obtuviese injustamente o sin libertad; en el primer caso, coincide con la estafa; en el otro, con la extorsión».

En su apéndice a la *Defence of Usury*, Bentham reafirma y perfila la defensa del ahorro efectuada por Turgot-Smith. El ahorro da lugar a la acumulación de capital: «Todo el que ahorra dinero —escribe— aumenta proporcionalmente la masa general de capital... El mundo sólo puede aumentar su capital de una manera: esto es, mediante la parsimonia.» En esta intuición se basa el principio de que «el capital constituye el límite del comercio», que el comercio y la producción llegan hasta donde lo permite la acumulación de capital. En suma, que «el comercio de cada nación está limitado por la cantidad de capital».

Una consecuencia del *laissez-faire*, tal como lo entendía Bentham, es que la acción o gasto del gobierno *no puede* incrementar la cantidad total de capital en la sociedad; sólo puede desviar el capital del mercado libre hacia usos menos productivos. Por consiguiente, «ninguna regulación, ningún esfuerzo, el que sea, bien por parte de los súbditos, bien del gobierno, puede elevar la cantidad de riqueza que se produce en un periodo de tiempo dado hasta una cantidad superior a lo que los poderes productivos de la cantidad de capital disponible... son capaces de producir».

La *Defence of Usury* causó gran impacto en Gran Bretaña y en todas partes. El Dr. Thomas Reid, el distinguido filósofo escocés del «sentido-común» que sucediera a Adam Smith en la cátedra de filosofía moral de Glasgow, respaldó firmemente el libro. El gran Conde de Mirabeau, la principal fuerza en las primeras fases de la Revolución Francesa, hizo traducir la obra al francés. Y en los Estados Unidos el opúsculo tuvo varias ediciones e inspiró a diversos estados en la revocación de sus leyes contra la usura.

A lo largo de la *Defence* se insinúan análisis valiosos. El préstamo se define como «cambio de dinero presente por futuro», y otras alusiones a la preferencia temporal o a la espera como una de las claves del ahorro contienen frases como la de que el ahorrador tiene «la resolución de sacrificar el presente al futuro». También sugiere Bentham que parte del interés que se grava incluye una prima de riesgo, un tipo de prima de seguro por el riesgo de pérdida que corre el prestamista.

En la década de 1780, Bentham redactó también su «Essay on Reward», sólo publicado medio siglo después, lo mismo que el *Rationale of Reward*. En él habla Bentham con entusiasmo sobre «La competencia como recompensas», y alaba las «ventajas que resultan de la máxima libertad de competencia no limitada». Mediante el establecimiento del principio de la libre competencia y la oposición a los monopolios gubernamentales fue como «el padre de la economía política» había «creado», en palabras de un entusiasmado Bentham, «una nueva ciencia».

En su siguiente obra económica, el inédito «Manual of Political Economy» (1795), Bentham prosiguió con el tema típico del *laissez-faire* según el cual «el capital marca el límite del comercio». El gobierno, subraya, no puede desviar los fondos de inversión del sector privado; no puede elevar el nivel total de inversión. «Todo lo que se dé a una rama, se quita al resto.... Todo hombre de estado que piense incrementar la cantidad de comercio mediante regulación es como el niño que come con los ojos.» De todas formas, hacia el final de la misma obra aparecía una pequeña nube que, eventualmente, habría de hacerse responsable del análisis económico de Bentham. Y es que Bentham iniciaba su rápido deslizamiento por el tobogán inflacionista. En una especie de apéndice a la obra, afirma que el papel moneda del gobierno podría incrementar el capital en caso de que los recursos no se «empleasen por completo». No se aclara, como de hecho nunca se hace en el ámbito de la posición inflacionista, *por qué* estos recursos «no se emplearon» antes, esto es, por qué sus propietarios los retuvieron inactivos. La respuesta ha de ser: porque el propietario del recurso demandaba un precio o salario excesivamente elevado: por lo tanto, la inflación es el medio de engañar a los propietarios de recursos para que rebajen sus demandas reales.

No le llevó mucho tiempo a Jeremy Bentham deslizarse por la pendiente resbaladiza que, desde Adam Smith y lo que sería la ley de Say, retrocedía hacia el mercantilismo y el inflacionismo. Poco después, en una inédita «Proposal for the Circulation of a [New] Species of Paper Currency» (1796), Bentham casó felizmente su espíritu «proyectista» y constructivista con su recién hallado inflacionismo. Proponía que, en vez de obligaciones flotantes, y de pagar un interés por ellas, el gobierno monopolizara sin más toda la emisión de billetes de papel del reino. De esta forma, podría emitir billetes, preferiblemente sin devengar ningún interés, *ad libitum*, y ahorrarse el interés.

No estuvo muy acertado Bentham al responder a la cuestión de cuál podría ser el límite de esta emisión de papel del gobierno. El límite, respondía, sería obviamente «la cantidad de papel moneda del país». El moderno editor de Bentham se muestra justamente desdeñoso de este sinsentido: «Es como decir 'el cielo es el límite' cuando no sabemos qué altura pueda tener el cielo.»[3]

[3] Werner Stark, «Introduction», en Stark (ed.), *Jeremy Bentham's economic Writings* (Londres: George Allen & Unwin, 1951), II, 18-19.

En sus últimos escritos sobre la cuestión, Bentham buscó sin éxito algunos límites a la emisión de papel. Pero su compromiso con una amplia línea inflacionista se acrecentaba. En su inconclusa «Circulating Annuities» (1800), desarrolla aún más su plan sobre la función del gobierno, y alaba la utilidad de la inflación en tiempo de guerra. En efecto, Bentham arremete contra las observaciones de Turgot-Smith-Say y afirma que el empleo de trabajo es directamente proporcional a la cantidad de dinero: «No se produce aumento alguno en la cantidad de trabajo sino donde tiene lugar un aumento en la cantidad de dinero... Por lo tanto, desde este punto de vista, parecería que el dinero es la causa, la causa *sine qua non*, del trabajo y de la riqueza en general.» La cantidad de dinero lo es todo; ¡demasiado para la doctrina smithiana! En efecto, en *Circulating Annuities*, Bentham se pasó realmente criticando despectivamente a su pretendido mentor por denunciar la preocupación mercantilista por el acaparamiento estatal de oro y plata, y por una balanza comercial «favorable». No hay absurdo alguno, aseveraba Bentham,

> en el júbilo que los hombres públicos demuestran al observar cómo un [elevado] grado de la llamada balanza comercial es favorable a este país... Seducido por el orgullo del descubrimiento, Adam Smith, con un lenguaje familiar, trata de ridiculizar sin fundamento la preferencia dada al oro y la plata.

Tras exigir, una vez más, la eliminación del papel bancario en beneficio de un monopolio gubernamental de emisión de papel (en el fragmentario «Paper Mischief Exposed», 1801), Bentham llega al colmo de su inflacionismo con «The True Alarm» (1801). En esta obra inédita, Bentham no sólo proseguía con el tema del pleno empleo, sino que también se quejaba de los supuestos efectos funestos del acaparamiento del dinero que se hurta al consumo, que, en lugar de invertirse, se atesora. En tal caso el desastre es inevitable: caída de los precios, de los beneficios y de la producción. En ningún sitio reconoce Bentham que el acaparamiento y una caída general de los precios suponga también una caída de los costes y alguna reducción necesaria de la inversión o de la producción. Efectivamente, Bentham anduvo dándole vueltas a la falacia de Mandeville sobre los efectos beneficiosos y excepcionales del gasto suntuario. Al modo mercantilista y proto-keynesiano decía que el ahorro es un acaparamiento pernicioso mientras que el consumo de lujo anima la producción. Cómo pueda conservarse el capital, y mucho menos aún incrementarse, sin ahorro es algo que no se explica en este modelo estrambótico.

Se ha considerado a James Mill y David Ricardo como benthamitas, y lo fueron por lo que respecta a la filosofía utilitarista y a la creencia en la democracia política. En economía, sin embargo, la historia fue otra, y Mill y Ricardo, firmes como una roca en relación a la ley de Say y al análisis Turgot-Smith, fueron inflexibles a la hora de desalentar la publicación de «The True Alarm». Ricardo se mofó de casi toda la economía última de Bentham y, por lo que

respecta al dinero y a la producción, planteó las preguntas correctas: «¿Por qué el mero incremento de dinero habría de tener otro efecto que el de reducir su valor? ¿Cómo causaría algún aumento en la producción de bienes?... El dinero no puede dar lugar a bienes... pero los bienes sí a dinero.» El principal tema de Bentham —«que el dinero es la causa de las riquezas»— Ricardo lo rechazó con firmeza y de plano.

En su penúltima obra económica de importancia, Jeremy Bentham regresó al punto de partida. Había iniciado el capítulo económico de su carrera con un ataque implacable a las leyes de usura; la acabó defendiendo un control máximo de los precios del pan. ¿Por qué? Porque la masa del público estaría a favor de un pan barato (¡seguro que sí!), y porque entonces habría un «tipo fijo» y «racional» del precio bueno y moral del pan, un tipo que no pueden establecer ni la libre contratación ni los mercados libres. ¿Qué tipo sería ese? Teniendo en cuenta que el utilitarismo y el análisis del coste-beneficio *ad hoc* habían excluido del horizonte de Bentham toda sensatez económica, su respuesta era que ese precio habría de ser empírico y *ad hoc*. Tirando por la borda la lógica económica, Bentham defendía que las autoridades debían establecer un precio máximo «moderado» que sopesara los costes y beneficios, las ventajas y desventajas de cada precio posible. Bentham garantizaba a los lectores su moderación: no «la entendía [su propuesta] como un látigo o aguijón para castigo de los que cultivaban o vendían cereal». Pero ésa sería la consecuencia inevitable.

En estos momentos, el empirismo *ad hoc* de Bentham era ya galopante. Admitiendo que todos los intentos precedentes de control de precios máximos resultaron ser un desastre, Bentham, como cualquier institucionalista o historicista posterior, restó toda relevancia al hecho, ya que las circunstancias de cada tiempo y lugar particular son necesariamente distintas. En suma, Bentham negaba completamente la economía; esto es, negaba la posibilidad de leyes abstraídas de las circunstancias particulares y aplicables a todos los cambios o acciones en cualquier parte.

Al argumentar contra los que se oponían al control de precios, Bentham hizo con frecuencia uso de un razonamiento tortuoso e incluso absurdo. Por ejemplo, frente a la acusación de que el control de precios máximos conduciría a una tentativa de consumo por encima de la oferta (uno de los mayores problemas del control de precios), Bentham insistía en que esto no podría acontecer en Gran Bretaña, donde la Ley de Pobres aseguraba un subsidio de asistencia social a los pobres merced a un incremento en el precio del pan. La opinión de que en un momento u otro la curva de la demanda puede ser vertical y no caer constituye en todo tiempo el distintivo de un ignorante en economía; Bentham satisfacía ahora esa prueba. Durante siglos, escritores y teóricos supieron que la demanda aumenta a medida que caen los precios, pero Bentham escribía ahora como si nunca hubiese existido la economía y como si jamás pudiera existir.

Puesto que la coherencia es el reino de la despreciada lógica deductiva, Bentham negaba que su oposición a las leyes de usura guardara relación alguna con su defensa del control del precio del pan. Pero, dado que todavía sostenía que su análisis anterior había sido correcto, ahora presentaba una revisión crucial: había pasado por alto que una ventaja notable de la ley de usura es que el gobierno puede tomar préstamos más baratos (por supuesto, a costa de exprimir a los prestamistas privados marginales). Y afirmaba que en estos momentos contemplaba esta «ventaja» como decisiva, así que ahora pasaría a anotar las leyes de usura en la agenda del gobierno: «Supongo que sus ventajas predominarán en este respecto sobre todas sus desventajas en todos los demás.» En síntesis, ¡Bentham, el supuesto «individualista» y exponente del *laissez-faire*, piensa que toda ventaja del gobierno compensa con creces cualquier desventaja privada!

Y volviendo a sus primeras concepciones sobre la usura, Bentham negaba que jamás hubiese creído en una tendencia del mercado al propio ajuste y equilibrio, o que los tipos de interés acoplaran adecuadamente ahorro e inversión. Proseguía con una reveladora diatriba contra el *laissez-faire* y los derechos naturales para demostrar a todos la incompatibilidad entre el utilitarismo y el *laissez-faire* o los derechos de propiedad:

> No tengo, y nunca tuve, ni tendré, horror alguno, sentimental o anárquico, a la mano del gobierno. Que Adam Smith y los campeones de los derechos del hombre... hablen de invasiones de la libertad natural, y aporten un argumento concreto contra esta o aquella ley, un argumento cuyo efecto sería negar todas las leyes. Siempre que en mi confusa visión del asunto la consecuencia de la intervención del gobierno suponga la más mínima ventaja, se trata de un acontecimiento que presencio con tanta satisfacción como lo haría con su abstención, y con mucha más que en el caso de su negligencia.

Uno se pregunta merced a qué criterio místico el «científico» Bentham pretendía sopesar las ventajas y desventajas de cada ley en particular.

Tres años después, en 1804, Jeremy Bentham perdió su interés por la economía, algo por lo que siempre habremos de estarle agradecidos. Tan sólo lamentar que esta mengua de celo no hubiese acontecido media década antes. Con todo, el caso de Jeremy Bentham debería ser ilustrativo para esa multitud de economistas que pretenden fundir la filosofía utilitarista con la economía de libre mercado.

Podría pensarse que el maestro del utilitarismo habría contribuido al análisis de la utilidad en economía, pero, por extraño que parezca, resulta que Bentham sólo se interesó por el mundo «macro» del pensamiento económico. La única excepción vino con la muy desafortunada *True Alarm* (1801), en la que no sólo afirmaba que «todo valor se funda en la utilidad», sino que también se embarcaba en una convincente crítica de la supuesta «paradoja del valor» de Adam Smith. El agua, observaba Bentham, puede tener y tiene valor econó-

mico, mientras que los diamantes *poseen* un valor de uso como fundamento de su valor económico. A continuación Bentham se acerca a la refutación marginalista de la paradoja del valor:

> La razón por la que se descubre que el agua no posee valor alguno con vistas al cambio es que se halla igualmente carente de valor con vistas al uso. Si toda la cantidad que se requiere se halla disponible, el excedente carece de todo género de valor. Lo mismo sucedería en el caso del vino, el grano y todo lo demás. El agua, al ser suministrada por la naturaleza sin ningún esfuerzo humano, es probable que se encuentre en esa abundancia que la hace superflua; pero hay circunstancias en que posee un valor de cambio superior al del vino.

2.2 Utilitarismo personal

Como hemos visto, las ideas estrictamente económicas de Jeremy Bentham, en particular cuando recayó en el mercantilismo, no causaron impacto alguno en el pensamiento económico, ni siquiera en sus propios discípulos filosóficos como James Mill y Ricardo. Pero su concepción filosófica, introducida en la economía por estos mismos discípulos, sí que tuvo un efecto desgraciado y permanente en el pensamiento económico: aportaron a la economía su filosofía social subyacente y dominante. Influencia no menos poderosa por el hecho de ser generalmente implícita e inconsciente.

El utilitarismo proporcionó a los economistas la capacidad de conseguir la cuadratura del círculo: les permitió pronunciarse y adoptar posiciones firmes en política pública al mismo tiempo que reivindicaban ser prácticos, «científicos» y, por lo tanto, «libres de valor». A medida que el siglo avanzaba y la economía empezaba a convertirse en una profesión específica, en un gremio con su propio código y sus prácticas, se vio dominada por el deseo incontenible de imitar el éxito y prestigio de las ciencias físicas «duras». Se da por supuesto que los «científicos» son en su trabajo objetivos, desinteresados e imparciales. Por lo tanto, se consideró que el hecho de que los economistas adoptasen principios morales o una filosofía política suponía introducir de alguna manera en la disciplina de la economía el virus del «sesgo», del «prejuicio», y una actitud no científica.

Esta actitud de cruda imitación de las ciencias físicas ignoraba el hecho de que la gente y los objetos inanimados son decididamente diferentes: las piedras o los átomos no tienen valores, o no eligen, mientras que la gente valora y elige necesariamente. Aun así, sería perfectamente posible que los economistas se limitasen a analizar las consecuencias de tales valores y elecciones, *siempre y cuando* no adoptasen una posición de política pública. Pero los economistas arden en deseos de adoptar tales posiciones; en efecto, el interés por la política constituye en primer lugar y generalmente la principal motivación para embarcarse en el estudio de la economía. Auspiciar una política —decir que el

gobierno *debería* o *no debería* hacer A, B o C— es *ipso facto* adoptar una posición de valor y, por si fuera poco, una ética implícita. No hay modo de sustraerse a este hecho, y lo mejor que puede hacerse es convertir esa ética en una investigación racional sobre qué sea lo mejor para el hombre de acuerdo con su naturaleza. Sin embargo, la búsqueda de una ciencia «libre de valor» descartó esa vía, y, de este modo, al adoptar el utilitarismo, los economistas fueron capaces de fingir o de creerse que mantenían una postura estrictamente científica al tiempo que introducían subrepticiamente en la economía nociones éticas no suficientemente contrastadas y sólidas. En ese sentido, la economía cargó con lo peor de los dos mundos al introducir clandestinamente la falacia y el sesgo en nombre de una cerril declaración de independencia frente a los valores. La infección benthamita de la economía con el bacilo del utilitarismo no se ha curado, prolifera y sigue dominando como siempre.

El utilitarismo se compone de dos partes fundamentales: el utilitarismo *personal* y, construido sobre éste, el *social*. Los dos son falaces y perniciosos, si bien el utilitarismo social, que es el que más nos interesa aquí, añade falacias adicionales, y sería perjudicial, *aun cuando* el personal pudiera mantenerse.

El utilitarismo personal, tal como lo presentó David Hume a mediados del siglo dieciocho, supone que cada individuo está gobernado únicamente por el deseo de satisfacer sus sentimientos, sus «pasiones», y que estos sentimientos de felicidad o desdicha son datos primarios y no analizables. La única función de la razón humana es su uso como *instrumento*, mostrar a cualquiera cómo alcanzar sus metas. La razón no posee función alguna en la determinación de las metas humanas propiamente dichas. Para Hume y los utilitaristas posteriores, la razón sólo es una sirvienta, una esclava de las pasiones. Por lo tanto, no queda espacio alguno para que la ley natural determine ética alguna al género humano.

Ahora bien, ¿cómo se explica el hecho de que la mayoría de la gente decida sobre sus fines mediante principios éticos irreductibles a un sentimiento personal original? Y más embarazoso aún para el utilitarismo es el hecho obvio de que habitualmente el sentimiento es el sirviente de dichos principios, *no* un dato último, sino que más bien viene determinado por lo que les acontece a tales principios. Por esta razón, cuando alguien adopta con fervor una determinada filosofía ética o política se sentirá feliz siempre que tal filosofía triunfe en el mundo, y desdichado cuando tropiece con algún contratiempo. En consecuencia, los sentimientos son los sirvientes de los principios, no al revés.

Aferrándose a esas anomalías y orgulloso de ser anti-místico y científico, el utilitarismo tiene que ir contra los hechos e introducir mistificaciones de propio cuño. Pues entonces debe afirmar, *o bien* que la gente únicamente *piensa* que ha adoptado principios éticos rectores, y/o que *debería* abandonar tales principios y ser fiel sólo a los sentimientos no analizados. En suma, el utilitarismo tiene que, o bien hacer caso omiso de hechos a todos evidentes (una metodología

manifiestamente no científica), y/o adoptar una propia concepción ética acrítica en la denuncia de todas (las demás) concepciones éticas. Pero esto es algo místico, cargado de valor, y que refuta la propia doctrina antiética (o, mejor, cualquier doctrina ética que no sea esclava de las pasiones no analizadas).

En cualquier caso, el utilitarismo entra en contradicción consigo mismo cuando viola su propio axioma de no ir más allá de las emociones y valoraciones dadas. Por otro lado, es una experiencia humana común que los deseos subjetivos *no* son absolutos, dados e inmutables. No se hallan herméticamente cerrados a toda persuasión, ya sea racional o de otro tipo. La experiencia de cada cual y los argumentos de otros pueden persuadir, y de hecho persuaden, a la gente para que cambie sus valores. ¿Y cómo sería esto posible si todos los deseos y valoraciones individuales fueran puros datos, y por consiguiente no estuvieran sujetos al cambio por persuasión intersubjetiva de los demás? Pero si estos deseos no son datos, y *son* modificables merced a la persuasión del razonamiento moral, entonces se sigue que, contrariamente a los supuestos del utilitarismo, *existen* principios éticos supra-subjetivos que pueden razonarse e influir sobre los demás, sobre sus valoraciones y metas.

Jeremy Bentham añadió al utilitarismo una nueva falacia de moda en Gran Bretaña desde los tiempos de David Hume. De forma más brutal, Bentham intentó reducir todos los deseos y valores humanos cualitativos a los cuantitativos; todas las metas deben reducirse a cantidad, y todos los valores en apariencia diferentes —por ejemplo, las tachuelas y la poesía— deben reducirse a meras diferencias de cantidad y grado. El empeño de reducir drásticamente la cualidad a cantidad apelaba de nuevo a la pasión científica de los economistas. La cantidad constituye uniformemente el objeto de investigación de las ciencias duras, las ciencias físicas. ¿Acaso no demuestra cierto misticismo y una actitud descuidada, no científica, el interés por la cualidad en el estudio de la acción humana? Sin embargo, una vez más, los economistas olvidaron que la cantidad es justamente el concepto adecuado cuando se trata de piedras o átomos; ya que estos entes no poseen conciencia, no valoran ni eligen; por lo tanto, sus movimientos pueden y deben seguirse con precisión cuantitativa. Por el contrario, los seres humanos individuales son conscientes, adoptan valores y actúan desde ellos. La gente no es un conjunto de objetos sin motivación que describan siempre un curso cuantitativo. La gente es cualitativa, esto es, responde a diferencias cualitativas, y valora y elige sobre esa base. Por lo tanto, reducir la cualidad a cantidad distorsiona gravemente la naturaleza real de los seres humanos y de la acción humana, y, al distorsionar la realidad, resulta que es el reverso de lo verdaderamente científico.

La dudosa contribución de Jeremy Bentham a la doctrina del utilitarismo personal —aparte de ser su propagador y popularizador más conocido— consistió en cuantificarla y reducirla aún más. Con la pretensión de dar a la doctrina un carácter aún más «científico», Bentham trató de aportar un patrón

«científico» para sentimientos tales como la felicidad y la desdicha: cantidades de placer y dolor. Para Bentham, todas las nociones vagas de felicidad y deseo pueden reducirse a cantidades de placer y dolor: placer «bueno», dolor «malo». En consecuencia, el hombre sólo trata de maximizar el placer y minimizar el dolor. En ese caso, el individuo —y el científico que le observa— puede hacer un «cálculo» reproducible «de placer y dolor», que Bentham bautizó como «cálculo de felicidad» (*felicific calculus*), repetible mecánicamente para obtener el resultado conveniente en orden a recomendar una acción o no-acción en una determinada situación. De ahí que todo hombre pueda embarcarse en lo que los economistas neo-benthamitas denominan hoy día un «análisis de coste-beneficio»; en cualquier situación puede hacer un cómputo de beneficios —unidades de placer—, compararlo con los costes —unidades de dolor—, y ver cuál de los dos supera al otro.

En un estudio que el Profesor John Plamenatz denomina acertadamente «razón de caricaturas», Bentham trata de dar las «dimensiones» objetivas del placer y del dolor a fin de establecer el fundamento científico de su cálculo de felicidad. Estas dimensiones, afirma, son siete: intensidad, duración, certeza, cercanía, fecundidad, pureza y extensión. Bentham reivindica que, al menos conceptualmente, todas estas cualidades pueden medirse, y luego multiplicarse juntas para obtener la resultante neta de dolor o placer de cada acción.

Sólo con plantear la teoría de las siete dimensiones de Bentham bastaría para demostrar su pura chifladura. Estos sentimientos o sensaciones son cualitativos y no cuantitativos, y ninguna de estas dimensiones pueden multiplicarse o sopesarse juntas. De nuevo, Bentham establece una desafortunada analogía científica con los objetos físicos. Un objeto tridimensional es aquel en el que cada objeto es lineal, y, por lo tanto, en el que todas estas unidades lineales pueden multiplicarse para obtener unidades de volumen. En las valoraciones humanas, incluso cuando se trata de placer y dolor, no hay ninguna *unidad* común a cada una de sus «dimensiones», por lo que, en consecuencia, no hay manera de multiplicar dichas unidades. Como apunta agudamente el Profesor Plamenatz:

> la verdad es que incluso un Dios omnisciente no podría hacer tales cálculos, porque la propia idea es imposible. La intensidad de un placer no puede medirse frente a su duración, ni su duración frente a su certeza o no certeza, ni esta última propiedad frente a su proximidad o lejanía.[4]

Plamenatz añade que, como plantea Bentham, es verdad que la gente compara a menudo opciones de acción, escogiendo las que encuentra más deseables. Pero esto sólo significa que decide entre alternativas, no que se dedique a hacer cálculos cuantitativos de unidades de placer y dolor.

[4] John Plamenatz, *The English Utilitarians* (2.ª edición, Oxford: Basil Blackwell, 1958), pp. 73-74.

No obstante, algo puede decirse en favor de la grotesca doctrina de Bentham. Por lo menos intentó cimentar, no importa cuán falazmente, su análisis de coste-beneficio sobre un criterio objetivo del beneficio y del coste. Teóricos utilitaristas posteriores acabarían abandonando, junto con la economía, el cálculo de placer-dolor. Pero con ello abandonarían también todo intento por aportar un criterio en el que fundamentar *ad hoc* costes y beneficios sobre una base inteligible. Desde entonces, la apelación al coste y al beneficio, incluso en el nivel personal, ha sido necesariamente vaga, carente de base y arbitraria.

Por otra parte, John Wild contrapone elocuentemente la ética utilitarista personal a la ética de la ley natural:

> La ética utilitarista no entabla un debate claro entre el crudo apetito o interés, y ese deseo deliberado o voluntario que se funde con la razón práctica. El valor, o el placer, o la satisfacción, es el objeto de cualquier interés, no importa cuán incidental o distorsionado pueda ser. Las distinciones cualitativas sencillamente se ignoran, y el bien se concibe de un modo puramente cuantitativo como el máximo de placer o satisfacción. La razón no tiene nada que ver con el despertar del sano apetito. Un deseo no es más legítimo que otro. La razón es la esclava de la pasión. Su función acaba en la elaboración de planes para la maximización de los intereses que puedan surgir por azar u otras causas irracionales...
>
> Frente a esto, la teoría de la ley natural sostiene que existe una diferencia acusada entre los crudos apetitos y los deseos deliberados despertados con la cooperación de la razón práctica. El bien no puede concebirse adecuadamente de un modo puramente cuantitativo. Los intereses azarosos que obstruyen la llana realización de las tendencias comunes esenciales se condenan como antinaturales... Cuando la razón se convierte en esclava de la pasión, se pierde la libertad humana y la naturaleza del hombre se malogra....
>
> [L]a ética de la ley natural distingue diáfanamente las necesidades y derechos esenciales de los derechos incidentales. El bien no se entiende adecuadamente como una mera maximización de propósitos cualitativamente indiferentes, sino como una maximización de aquellas tendencias que conforman cualitativamente la naturaleza del hombre y que surgen a través de la deliberación racional y de la libre elección... Existe un criterio universal estable que descansa sobre algo más sólido que las movedizas arenas del apetito, al cual se puede apelar incluso por acuerdo máximo de una sociedad corrupta. Este criterio es la ley de la naturaleza que perdura mientras el hombre perdure, y que es, por lo tanto, incorruptible e inalienable, y que justifica el derecho de revolución contra un orden social corrupto y tiránico.[5]

Por último, aparte de los problemas del cálculo de placer-dolor, el utilitarismo personal aconseja que se juzguen las acciones no por su *naturaleza* sino por sus *consecuencias*. Sin embargo, en el mero análisis de coste-beneficio (mejor que de placer-dolor 'objetivos') no-benthamita, ¿cómo puede alguien estimar

[5] John Wild, *Plato's Modern Enemies and the Theory of Natural Law* (Chicago: University of Chicago Press, 1953), pp. 60-70.

las consecuencias de cualquier acción? ¿Y por qué se considera más fácil, por no decir más «científico», juzgar las *consecuencias* que juzgar un acto en sí mismo por su naturaleza? Además, a menudo es muy difícil estimar *cuáles* serán las consecuencias de cualquier acción que se considere. ¿Cómo descubriremos las consecuencias secundarias, terciarias, etc..., por no hablar de las más inmediatas? Sospechamos que Herbert Spencer estaba en lo cierto en su crítica al utilitarismo: con frecuencia es más fácil saber qué es lo *bueno* que lo conveniente.[6]

2.3 Utilitarismo social

Al prolongar el utilitarismo personal hacia el social, Bentham y sus seguidores, aparte de añadir otras muchas falacias, incorporaron todas las del primero. Si cada hombre trata de maximizar el placer (y minimizar el dolor), entonces para los benthamitas la norma ética social es perseguir siempre «la mayor felicidad del mayor número» mediante un cálculo de felicidad en el que cada hombre cuenta como uno, ni más ni menos.

La primera pregunta se refiere a la propia e inapelable refutación del principio: si cada hombre es necesariamente gobernado por la regla de la maximización del placer, entonces ¿por qué estos filósofos utilitaristas hacen algo muy diferente en el mundo, esto es, apelan a un principio social abstracto («la mayor felicidad del mayor número»)?[7] Y ¿por qué *su* principio moral abstracto —pues de eso se trata— es legítimo mientras que todos los demás, como los derechos naturales, han de desecharse resueltamente como absurdos? ¿En qué se justifica la fórmula de la mayor felicidad? La respuesta es que en nada en absoluto; se da sin más como axiomática, más allá de todo cuestionamiento.

---

[6] Herbert Spencer, *Social Statics* (Nueva York: Robert Schalkenbach Foundation, 1970), pp. 3ss.

[7] Como señala Plamenatz, Bentham y sus seguidores afirman «que ningún hombre puede desear otro placer aparte del suyo», y todavía, paradójicamente, «insisten en que la mayor felicidad, no importa de quién, es el único criterio de moralidad». Plamenatz, *op. cit*. nota 4, p. 18. Y el Profesor Veatch observa que «los utilitaristas siempre han tenido alguna dificultad en mostrar por qué cualquiera posee algún tipo de obligación de pensar en los demás. Si uno empieza basando su ética en claros principios hedonistas, afirmando que el placer es la única cosa que posee algún valor en la vida, y recomendando que el agente moral haga sencillamente lo que le plazca, es claramente difícil hacer la transición desde ese punto de partida a la afirmación ulterior de que este mismo agente moral debería ocuparse no sólo de su propio placer, sino igualmente del de los demás». Henry B. Veatch, *Rational Man: A Modern Interpretation of Aristotelian Ethics* (Bloomington, Indiana: Indiana University Press, 1962), pp. 182-83.

Al margen de la propia refutación que implica la adhesión de los utilitaristas a un principio moral abstracto absoluto —y acrítico—, el principio mismo es, como poco, endeble. Pues ¿qué es lo que hace que sea tan bueno para el «mayor número»? Supóngase que la inmensa mayoría de la sociedad odie e injurie a los pelirrojos, y desee asesinarlos. Supóngase, además, que, en cualquier momento, sólo queden unos pocos pelirrojos, de manera que su desaparición no suponga una caída notable en la producción general o en las rentas reales del resto de los que no son pelirrojos. ¿Debemos decir, por lo tanto, que, una vez hecho nuestro cálculo social de felicidad, es «bueno» para la inmensa mayoría masacrar alegremente a los pelirrojos para maximizar así su placer o felicidad? Y, si no lo es, ¿por qué no? Tal como lo expresa irónicamente Felix Adler, los utilitaristas «dictaminan que la felicidad del mayor número es el fin social, aunque no demuestran por qué la felicidad del mayor número tenga que resultar convincente como fin a los que pertenezcan a la minoría».[8]

Por otra parte, el presupuesto igualitario de que cada persona cuenta justamente por uno es a duras penas convincente. ¿Por qué no algún otro sistema de medida? Nos encontramos de nuevo en el corazón del utilitarismo con un artículo de fe aceptado acríticamente y carente de todo carácter científico.

Finalmente, aunque el utilitarismo suponga falsamente que lo moral o lo ético es un dato puramente subjetivo referido a cada individuo, acepta, sin embargo, que estos deseos subjetivos pueden sumarse, restarse, y compararse entre los diversos individuos de la sociedad de modo que puede realizarse un cálculo de la máxima felicidad social. Pero ¿cómo puede emerger una «utilidad social» o «coste social» a partir de deseos puramente subjetivos, especialmente cuando los deseos o utilidades subjetivas son estrictamente ordinales y no pueden compararse, sumarse o restarse entre varias personas? La verdad, pues, es lo contrario de lo que constituye el núcleo de los supuestos del utilitarismo. Los *principios morales*, que el utilitarismo aspira a rechazar como sentimiento meramente subjetivo, son intersubjetivos y pueden utilizarse para persuadir a diversas personas; mientras que las utilidades y costes son puramente subjetivos a cada individuo y, por lo tanto, *no pueden* compararse o sopesarse entre personas.

Quizá la razón por la que Bentham se desliza lentamente del «placer máximo» del utilitarismo personal a la «felicidad» del mundo social sea que hablar del «mayor placer del mayor número» sería algo demasiado descaradamente

[8] Felix Adler, «The Relation of Ethics to Social Science», en H.J. Rogers, (ed.), *Congress of Arts and Science* (Boston: Houghton Mifflin, 1906), VII, p. 673. Peter Geach también señala que ¿qué sucedería si, en términos utilitaristas, se puede obtener más felicidad social siguiendo los deseos del grupo *minoritario*? Véase Peter Geach, *The Virtues* (Cambridge: Cambridge University Press, 1977), pp. 91ss.

ridículo, ya que es evidente que el sentimiento o sensación de placer no se puede sumar o restar entre personas. La sustitución por la más vaga e imprecisa «felicidad» le permitía difuminar esos problemas.[9]

Su utilitarismo le llevó a Bentham a engordar cada vez más la «agenda» de la intervención del gobierno en la economía. Algo de esta agenda vimos más arriba. Otros aspectos son: un estado de bienestar; impuestos para efectuar, al menos, una redistribución parcial e igualitaria de la riqueza; alojamientos, institutos y universidades del gobierno; obras públicas para remediar el desempleo así como para animar la inversión privada; seguros públicos; regulación de bancos y agentes de bolsa; garantizar la cantidad y calidad de los bienes.

2.4 El *gran hermano*: el panóptico

Con frecuencia se ha acusado —en mi opinión acertadamente— a los economistas utilitaristas de tratar de sustituir la ética por la «eficiencia» al defender o desarrollar la política pública. La «eficiencia» frente a la «ética» suena como algo ajeno al sentimiento, algo duro y «científico». Pero ensalzar la «eficiencia» no es otra cosa que esconder la ética debajo de la alfombra. Puesto que ¿en interés de *quién* y a costa de *quiénes* deberá perseguirse la eficiencia? En nombre de una ciencia espuria, la «eficiencia» se convierte a menudo en una máscara de la explotación, del saqueo de un grupo de gente en beneficio de otro. Habitualmente se ha acusado a los economistas utilitaristas de estar dispuestos a aconsejar a la «sociedad» sobre cómo construir los «campos de concentración» más eficientes. Quienes sostienen que esta acusación es una injusta *reductio ad absurdum* deberían contemplar la vida y pensamiento del príncipe de la filosofía utilitarista, Jeremy Bentham. En un sentido profundo, Bentham fue una *reductio ad absurdum* viviente del benthamismo, un vivo ejemplo de las consecuencias de su propia doctrina.

Fue en 1768, a la edad de 20 años, cuando Jeremy Bentham, de regreso a su *alma mater*, Oxford, para una votación de alumnos, dio con una copia del *Essay*

---

[9] En el utilitarismo se dan otros muchos defectos graves. Para empezar, incluso aceptando que la felicidad pueda sumarse o restarse entre personas, ¿por qué no podría conseguirse un total mayor de felicidad social siguiendo los deseos del grupo *minoritario*? ¿Qué pasaría entonces? Véase Geach, *op. cit*. nota 8. Por otro lado, no está demostrado el supuesto utilitarista de la completa indiferencia moral en las utilidades o preferencias subjetivas. ¿Cuánta gente, por ejemplo (¿la mayoría?), sostendrá cabezonamente con los utilitaristas que el deseo que alguien tenga de ver herida a una persona inocente debe contar en el cálculo social tanto como otras preferencias menos dañinas? Cf. Murray N. Rothbard, *The Ethics of Liberty* (Atlantic Highlands, NJ: Humanities Press, 1982), p. 213 [trad. esp.: *La ética de la libertad* (Madrid: Unión Editorial, 1994), p. 276].

on Government de Joseph Priestley, y se encontró con la frase mágica que cambiaría y dominaría su vida a partir de entonces: «la mayor felicidad del mayor número». Pero, como señala Gertrude Himmelfarb en sus chispeantes y devastadores ensayos sobre Bentham, de entre todos sus numerosos proyectos y arreglos en busca de esta meta escurridiza, el más cercano al corazón de Jeremy fue su plan del panóptico. En la década de 1780, durante la visita que hizo a su hermano Samuel en Rusia, Bentham se encontró con que éste había proyectado dicho panóptico como un taller, e inmediatamente Bentham tuvo la idea del Panóptico como el lugar físico ideal para una prisión, una escuela, una fábrica; en realidad, para toda la vida social. «Panóptico» significa en griego «visión de todo», así que el nombre se ajustaba al objetivo que se tenía a la vista. Otro sinónimo benthamita del panóptico fue «la Casa de Inspección». La idea era maximizar la supervisión de los prisioneros, escolares, indigentes, empleados por un inspector que-todo-lo-ve, el cual se sentaría en una torre en el centro de una tela de araña capaz de espiar todas las celdas de la periferia. Mediante espejos y otros artilugios, ninguno de los espiados podría jamás saber hacia dónde miraba el inspector en cada momento. De esta manera, el panóptico conseguiría la meta de una sociedad escrutada y supervisada al 100 por cien sin términos medios; ya que, sin saberlo, todos *podían* ser inspeccionados en cualquier momento.

Los apologistas de Bentham han reducido este plan a un simple plan de «reforma» de prisiones. Pero Bentham trató de dejar claro que todas las instituciones sociales habrían de englobarse en el panóptico; el cual funcionaría como modelo de «casas de industria, talleres, casas de pobres, fábricas de manufacturas, manicomios, lazaretos, hospitales y escuelas». Ateo poco dado a la cita escrituraria, no obstante, Bentham se deshizo en cánticos al ideal social del panóptico citando los Salmos: «Tú permaneces en mi camino y en mi lecho; y escrutas todos mis senderos...»

La Profesora Himmelfarb lo describe muy bien:

> Bentham no creía en Dios, pero sí en las cualidades quintaesenciadas en Dios. El Panóptico era una realización del ideal divino que escruta las costumbres del transgresor mediante un ardid arquitectónico ingenioso, convirtiendo la noche en día con luz y reflectores artificiales, manteniendo cautivos a los hombres mediante un intrincado sistema de inspección.[10]

El objetivo de Bentham era aproximarse a o remedar la «perfección ideal» de una inspección continua y completa de todos. Merced al «ojo invisible» del inspector, cada interno se vería a sí mismo en una situación de permanente y completo escrutinio, consiguiéndose así la «aparente omnipresencia del inspector».

---

[10] Gertrude Himmelfarb, *Victorian Minds* (1970, Gloucester, Mass.: Peter Smith, 1975), p. 35.

Según el utilitarismo, el orden social lo decide el déspota social que actúa «científicamente» en nombre de la mayor felicidad de todos. En su nombre, el gobierno de aquél maximiza la «eficiencia». Así, de acuerdo con la redacción original de Bentham, se retendría a cada interno en un confinamiento solitario, ya que esto maximizaría su «seguridad y tranquilidad» sin dar ocasión a la formación de masas descontroladas o planes de huida.

Al argumentar en favor de su panóptico, Bentham reconoce en cierto momento las dudas y reservas de la gente que parece requerir una máxima inspección de sus hijos o de otros a su cargo. Reconoce como posible acusación el que su inspector sería excesivamente despótico, o incluso que el encarcelamiento y confinamiento solitario de todos podría ser «generador de cierta imbecilidad», de modo que un hombre anteriormente libre no volvería a ser, en un sentido profundo, plenamente humano: Y ¿no podría resultar de este artilugio de altos vuelos la fabricación de un conjunto de *máquinas* bajo la apariencia de *hombres*?» Jeremy Bentham contestó a esta cuestión crítica con una respuesta utilitarista brusca, brutal y quintaesencial: ¿A quién le importa? Dijo. La única cuestión pertinente era: «¿Aumentará o disminuirá la *felicidad* con esta disciplina?» Para nuestro «científico» de la felicidad no había duda alguna sobre la respuesta: «Llámalos soldados, llámalos monjes, llámalos máquinas; me da igual lo que sean, con tal de que sean felices.»[11] Aquí habla el prototipo del humanitario con la guillotina, o, cuando menos, con la pluma-esclava.

Bentham sólo deseaba modificar el confinamiento en soledad de cada interno del panóptico a causa del elevado gasto que suponía la construcción de celdas individuales. Interés primordial en el gobierno del panóptico era el ahorro de costes — ahorro... y productividad. A Bentham le interesaba maximizar el trabajo forzoso de los internos. Después de todo, «la industria es una bendición; ¿por qué pintarla como una maldición?» Siete horas y media al día para dormir bastaban, y un total de hora y media para las comidas, porque, después de todo, amonestaba, «no se olvide que las horas de comida son horas de descanso: alimentarse es un recreo». No hay razón alguna por la que no hubiera de obligarse a los internos a trabajar 14 o incluso 15 horas diarias, seis días a la semana. En efecto, Bentham escribió a un amigo que había tenido «miedo» de revelar muchos de los ahorros propuestos «por temor a que los echaran abajo». Tenía en mente que los internos trabajasen no menos de «dieciséis provechosas horas y media» al día, vistiéndoles sin medias, camisas o sombreros, y alimentándoles únicamente con patatas, en aquel entonces consideradas, incluso por los ciudadanos más pobres, aptas para forraje animal. La ropa de cama sería lo más barata posible, con sacas usadas en vez de sábanas y hamacas en lugar de camas.

---

[11] *Ibid*., p. 38.

El interés prioritario de Bentham por la productividad y el ahorro se entiende gracias a un elemento crucial del plan de su panóptico —un elemento no tenido en cuenta por los historiadores posteriores. Y es que el Gran Inspector no iba a ser otro que el propio Bentham. Las prisiones del reino, y seguro que, eventualmente, las escuelas y fábricas, serían subcontratas de Bentham, el contratista, el inspector y el beneficiario del plan. No sorprende, entonces, que éste confiase tanto en la capacidad del inspector para maximizar al mismo tiempo su propia felicidad junto con la felicidad «del mayor número» de los internos del panóptico. La ganancia a largo plazo de Bentham, si no la felicidad «del mayor número», quedaría igualmente asegurada mediante disposiciones a largo plazo que retendrían de un modo casi permanente a los prisioneros «liberados» bajo el yugo del inspector. En el último plan de su panóptico, ningún prisionero ganaría la libertad a menos que se alistara en el ejército, en la armada, o que un «cabeza de familia responsable» depositara por él una fianza de 50 libras. Hay que reconocer que 50 libras constituían una suma generosa en una época en la que un trabajador medio no especializado recibía un salario de cerca de 10 chelines a la semana —cerca del salario de dos años. La fianza habría de renovarse anualmente, y cualquier falta en la renovación obligaría a que el prisionero fuera restituido al panóptico, «incluso de por vida». ¿Por qué habría de interesar a un cabeza de familia responsable depositar una fianza de 50 libras por un ex-prisionero? Para Bentham, la respuesta era evidente: sólo si el prisionero deseaba contratar su trabajo a dicho cabeza de familia bajo la condición de que éste tuviera el mismo poder sobre el trabajador que «el que tiene un padre sobre su hijo, o un maestro sobre su aprendiz». Puesto que esta fianza descomunal tenía que renovarse cada año, el ex-prisionero era contemplado por Bentham como un esclavo perpetuo del cabeza de familia. Si no había fianza, el prisionero debería ser trasladado a un «establecimiento subsidiario», gobernado también según los principios del panóptico. Y ¿quién mejor para gobernar tales establecimientos que el principal contratista de prisiones, es decir, el propio Bentham? Efectivamente, todas las condiciones del panóptico estaban ideadas para inducir a los prisioneros u otros internos a ser esclavos del contratista (Bentham) prácticamente de por vida.

Ante la prioritaria preocupación de Bentham por el panóptico, así como su explícita identificación con el contratista, debemos subrayar lo que Himmelfarb apunta como:

> la extraña, casi premeditada, distracción de biógrafos e historiadores respecto al rasgo más chocante del plan y causa decisiva de su rechazo. Para ellos, Bentham fue un filántropo que sacrificó años de su vida y la mayor parte de su fortuna por la causa ejemplar de la reforma penitenciaria, y al que, inexplicablemente, como lo expresó un biógrafo, «no se le dejó que beneficiara a su país». La mayoría de los libros sobre Bentham e incluso algunas de las historias más respetables sobre la reforma penitenciaria no llegan ni a mencionar el sistema

> de contrato en conexión con el Panóptico, ni mucho menos a identificar a Bentham con el contratista propuesto.[12]

Por último, se suponía que el panóptico estaba íntimamente conectado con una máquina de carpintería que su hermano Samuel había inventado en Rusia aproximadamente al mismo tiempo que el taller panóptico. ¿Qué mejor empleo para miles de internos que trabajar ocupada y baratamente produciendo una cantidad descomunal de madera? El artilugio de carpintería de Samuel resultaba demasiado caro de construir y alimentar mediante una máquina de vapor; así que, en palabras del propio Bentham, ¿por qué no hacer que «la máquina de vapor fuese reemplazada ahora... por mano de obra humana obtenida de una clase de personas con cuya habilidad y buena voluntad no había que contar?»

Que Bentham no pretendía limitar el panóptico a la clase de los prisioneros es particularmente patente en su plan panóptico para una casa de pobres. Escrito originalmente en 1797 y reimpreso en 1812, el *Pauper Management Improved* de Bentham preveía una sociedad accionarial, parecida a la Compañía de la India Oriental, contratada por el gobierno para operar con 250 «casas industriales», cada una de las cuales albergaría en un edificio a 2.000 pobres sometidos a la autoridad «absoluta» de un contratista-inspector-gobernador, bajo un régimen muy parecido a la prisión panóptica.

¿Quiénes integrarían la clase de miserables que vivirían bajo el régimen de trabajo esclavo de la casa panóptica de pobres? Según Bentham, se le asignarían a la compañía —de la que, por supuesto, él sería presidente— «poderes coercitivos» para capturar a todo el que «no poseyese ningún medio visible de ganarse la vida o propiedad reconocida, ni medios honestos y suficientes de subsistencia». Sobre esa definición tan elástica, el ciudadano medio se vería alentado legalmente a ayudar y auxiliar a los poderes coercitivos de la compañía de la casa de pobres arrestando a cualquiera que considerase que no contaba con medios suficientes para ganarse la vida, y echándolo a la casa panóptica de pobres.

El tamaño de la red de casas panópticas de pobres prevista por Bentham era realmente grandioso. Las casas no sólo confinarían a 500.000 pobres, sino también a sus hijos, que seguirían ligados a la compañía como aprendices hasta que alcanzasen la edad de veinte años, aun cuando sus padres fuesen ya liberados e incluso aunque estuviesen casados. Estos aprendices serían confinados en unas 250 casas panópticas adicionales, elevando el número total de internos de las casas industriales hasta no menos de un millón. Si consideramos que la población total de Inglaterra en aquel tiempo era de sólo nueve millones, esto significa que Bentham preveía el confinamiento en términos de

[12] *Ibid.*, pp. 58-59.

trabajo esclavo, controlado y explotado por él mismo, de al menos el 11 por ciento de la población de la nación. De hecho, alguna vez Bentham previó que sus panópticos encarcelarían hasta tres quintas partes de la población británica.

Jeremy Bentham concibió su panóptico en 1786, a la edad de 38; cinco años después publicó el plan, y luchó denodadamente por él durante dos décadas más, solicitando reiteradamente en vano a Francia y la India que adoptasen el plan. Finalmente, el Parlamento rechazó el plan en 1811. Bentham lloraría esta derrota el resto de su vida. Y, ya próximo el final de la misma, a la edad de 83, escribió una historia del asunto, convencido de modo paranoico de que el rey Jorge III había saboteado el plan como venganza personal por su oposición en la década de 1780 a la guerra contra Rusia proyectada por el propio rey. (El título del libro es *History of the War Between Jeremy Bentham and George III* [1831], By «One of the Belligerants».) Bentham se quejaba: «Imaginad cómo me odiaba... Que si no es por él, todos los pobres y prisioneros del país hubiesen estado en mis manos».[13] ¡Qué tragedia!

Jeremy Bentham empezó como *tory*, como típico defensor decimonónico del «despotismo ilustrado». Esperaba que los déspotas ilustrados, ya fuese Catalina la Grande de Rusia o Jorge III, pusiesen en marcha sus reformas y planes excéntricos para «la mayor felicidad del mayor número». Pero la imposibilidad de aprobar legalmente el panóptico le volvió hostil hacia la monarquía absoluta. Como él mismo escribió, «Yo... nunca sospeché que la gente con poder estuviera contra la reforma. Creía que bastaba con que conociesen lo que tenía de bueno para que la abrazaran.» Desilusionado, se convirtió, en parte por su gran discípulo James Mill, a la democracia radical, y al repertorio de lo que llegó a conocerse como radicalismo filosófico. Tal como Himmelfarb resume el nuevo radicalismo, su innovación «consistía en hacer depender la mayor felicidad del mayor número del máximo poder del mayor número», máximo poder que se asentaría en una «asamblea legislativa omnicompetente».[14] Y si, como expone Himmelfarb, la «mayor felicidad del mayor número» pudiese demandar «la mayor miseria de los menos», sea.

No exagera Douglas Long cuando compara la visión social de Bentham con la del moderno totalitario «científico» B.F. Skinner. Bentham escribió hacia el final de su vida que las palabras «libertad» y «liberal» estaban entre «las más lastimosas» de la lengua inglesa, ya que oscurecían las cuestiones genuinas, que son «felicidad» y «seguridad». Para Bentham, el estado es el soporte necesario de la ley, y el deber de cada ciudadano individual es obedecer la ley. Lo que el público necesita y quiere no es libertad sino «seguridad», para lo cual el poder del estado soberano habrá de ser ilimitado e infinito. (¿Y quién

[13] *Ibid*., p. 71.
[14] *Ibid*., p. 76.

va a salvaguardar al ciudadano de su soberano?) Para Bentham, como dice Long:

> por su propia naturaleza y más que ningún otro concepto, la idea de libertad representaba una amenaza continua para la perfección y estabilidad que perseguía con su «ciencia de la naturaleza humana». El carácter indeterminado, abierto, de la visión libertaria del hombre era ajeno a Bentham. Lo que él pretendía sobre todo era una física social neo-newtoniana.[15]

No hay duda de que, en su grandilocuencia, Bentham se consideraba el «Newton del mundo moral».

A pesar de su proclamada opción por el *laissez-faire*, los radicales filosóficos adoptaron el último credo democrático de Bentham, y también su entusiasmo por el panóptico. John Stuart Mill, incluso en los momentos más anti-benthamitas de su siempre fluctuante carrera, jamás criticó el panóptico. De un modo más descarnado, el brillante «Lenin» de Bentham, James Mill, a pesar de su ferviente deseo por enterrar sus visiones económicas estatistas, admiró el panóptico a la par que la extravagancia del propio Maestro. En un artículo sobre «Prisons and Prison Discipline» escrito para la *Enciclopedia Británica* en 1822 o 1823, Mill puso el panóptico por los cielos, como «expuesto y demostrado a la perfección» sobre el principio de utilidad. Cada aspecto del panóptico recibió el aplauso de Mill: la arquitectura, las hamacas en vez de camas, la inspección que todo lo ve, el sistema de trabajo, el sistema de contrato, la esclavitud perpetua de los «prisioneros liberados». El elogio servil de Mill fue tanto privado como público, ya que en una carta al editor de la *Enciclopedia*, Mill recalcó que el panóptico «me parece que se aproxima a la perfección».

---

[15] Douglas C. Long, *Bentham on Liberty* (Toronto: University of Toronto Press, 1977), p. 164. Escribe Long: Bentham «amplió su visión de las funciones atribuidas a un legislador hasta... parecer englobar toda clase de control social imaginable sobre el universo de las acciones humanas». *Ibid*., p. 214.

Capítulo III

JAMES MILL, RICARDO Y EL SISTEMA RICARDIANO

3.1 James Mill, el Lenin de los radicales

James Mill (1771-1836) es con toda seguridad una de las figuras más fascinantes de la historia del pensamiento económico. Y, sin embargo, se halla entre los más olvidados. Fue quizá una de las primeras personas de la época moderna a la que podría considerarse como «hombre de equipo», alguien a quien, durante el movimiento leninista del siguiente siglo, se le habría aclamado como a un «verdadero bolchevique». En efecto, él fue el Lenin de los radicales, creador y forjador de la teoría filosófica radical y de todo el movimiento filosófico radical. Hombre brillante y creativo pero siempre en segunda fila, Mill empezó como un Lenin en busca de su Marx. De hecho, encontró simultáneamente dos «Marx»: Jeremy Bentham y David Ricardo. Conoció a los dos casi al mismo tiempo, a la edad de 35, a Bentham en 1808 y a Ricardo en torno a la misma fecha. Bentham se convirtió en el Marx filosófico de Mill, de él recibió Mill la filosofía utilitarista que éste pasaría a Ricardo y a la economía en general. Sin embargo, durante mucho tiempo se ha pasado por alto que, en su relación con Bentham, Mill actuó creativamente persuadiendo al anciano y antiguo *tory* de que el utilitarismo benthamita implicaba un sistema político de democracia radical. David Ricardo (1772-1823) era un joven, sencillo y rico agente de bolsa (realmente un agente de bonos del estado) retirado con un interés entusiasta por las cuestiones monetarias; sin embargo, Mill descubrió a Ricardo y le transformó en su «Marx» económico.

Hasta conseguir su puesto en la Compañía de la India Oriental en 1818, a los 45 años, Mill, un empobrecido emigrado escocés y escritor independiente de Londres, vivió en parte de Bentham, y trató de mantener una buena relación formal con su patrón a pesar de sus graves conflictos de personalidad. Inveterado organizador tanto de otros como de sí mismo, Mill intentó a la deses-

perada ordenar coherentemente los prolijos aunque aleatorios apuntes de Bentham. Al mismo tiempo, éste escribiría en privado a sus amigos quejándose de la impertinente interferencia de su joven mocoso. La publicación que en 1818 hizo Mill de su gigantesca *History of India* le reportó su inmediata incorporación a un importante puesto en el seno de la Compañía de la India Oriental, a cuya dirección ascendería en 1830 y donde permanecería hasta su muerte.

En cuanto al autodidacta y tímido David Ricardo, no actuó como un Gran Hombre. Al contrario, su admiración por Mill, su mentor intelectual, permitió que el propio Mill le modelase en parte en lo referente a teoría económica. Así, Mill intimidó, halagó, incitó y acosó a su buen amigo para que se convirtiese en el «Marx», en el gran economista que, por alguna razón, él mismo sentía que no podía o no debía ser. Importunó a Ricardo para que escribiese y concluyese su obra maestra, *The Principles of Political Economy and Taxation* (1817), y, más tarde, para que ingresara en el Parlamento y desempeñara un papel político activo como líder de los radicales. Entonces Mill tuvo la gran satisfacción de convertirse en el principal y muy leal ricardiano de la economía.

Como un «Lenin» de entonces, James Mill desempeñó un papel intelectual mucho más activo que el que jamás disfrutaría el verdadero Lenin. No sólo integró la obra de dos «Marx»: él mismo contribuyó sustancialmente a la elaboración del sistema. En efecto, a lo largo de interminables conversaciones, Mill instruyó a Ricardo en todo género de temas, y repasó, editó y, sin duda, amplió muchos de los borradores de los *Principios* del segundo. Ya hemos visto, por ejemplo, que Mill fue el primero en asimilar y adoptar la ley de Say, y quien se la pasó a su pupilo Ricardo. Investigaciones recientes apuntan a que James Mill pueda haber jugado un papel mucho más importante de lo que se ha creído en el desarrollo del *magnum opus* de Ricardo, por ejemplo en lo relativo al descubrimiento y adopción de la ley de la ventaja comparativa.

Es probable que la posición de Mill dentro de la historia del pensamiento social sea única. Teóricos y escritores ansían con mucha frecuencia proclamar a los cuatro vientos su supuesta originalidad (el caso de Adam Smith es extremo pero no atípico). Ahora bien, ¿existe acaso un ejemplo de hombre más original y creativo que aquel que él mismo reivindicó ser? ¿Cuántos han insistido en presentarse simplemente como hombres de segunda fila cuando en muchos sentidos eran auténticos números uno? Es posible que la explicación a este curioso hecho sea sencilla y de tipo económico antes que de psicología profunda. Mill, hijo de un zapatero escocés, era un pobre muchacho sin trabajo fijo que trataba de abrirse camino y de formar una familia en Londres. Bentham era un rico aristócrata que hacía las veces de patrón de Mill; Ricardo, un agente de bolsa retirado. Es ciertamente posible que la postura de Mill como fiel discípulo desempeñara el papel del hombre pobre que trata de hacer felices a sus mentores-discípulos así como de maximizar la aceptación por el público de sus doctrinas comunes.

Como destacado hombre de equipo, Mill poseía todas las capacidades y debilidades de ese tipo moderno. Carente de humor, eterno autodidacta, pero carismático y desbordante de una energía y determinación prodigiosas, Mill tuvo tiempo suficiente para sacar adelante su importante trabajo a tiempo completo en la Casa de la India Oriental a la vez que ejercía en diversos niveles las funciones de estudioso-activista comprometido. Fue un estudioso y escritor exhaustivo y lúcido, firmemente comprometido con unos pocos axiomas generales y absolutos: utilitarismo, democracia, *laissez-faire*. En el plano intelectual escribió importantes volúmenes sobre la historia de la India británica, sobre economía, sobre ciencia política y psicología empírica. También escribió numerosas reseñas y artículos. Por otra parte e igual que Marx, merced a su firme compromiso con la transformación del mundo tanto como con su comprensión, también escribió innumerables artículos de periódico y ensayos estratégicos y tácticos, aparte de organizar de modo incansable a los radicales filosóficos y de maniobrar en el Parlamento y la vida política. Con todo eso, aún le restaron suficientes energías para predicar e instruir a todos los que le rodeaban, incluso su famoso aunque frustrado intento por lavarle el cerebro a su hijo pequeño, John. Con todo, debemos observar que la intensa y ferviente educación de John no fue sólo la artimaña de un padre e intelectual victoriano; la educación de John Stuart fue pensada a fin de disponerle para el presunto papel vital e histórico-mundial del sucesor de James como líder del equipo radical, como el nuevo Lenin. El empeño tenía su método.

El evangélico espíritu calvinista de James Mill estaba hecho a la medida del papel de hombre de equipo que desempeñaría a lo largo de toda su vida. A Mill se le preparó en Escocia para ser predicador presbiteriano. Durante sus días de literato en Londres perdió su fe cristiana y se volvió ateo, pero, como en el caso de tantos otros intelectuales ateos y agnósticos posteriores educados al modo evangélico, retuvo el sombrío hábito mental puritano y de cruzada del prototípico incendiario calvinista. Como perspicazmente dice el Profesor Thomas:

> Esta es la razón por la que Mill, escéptico al final de su vida, siempre se llevó bien con los disidentes (protestantes) [de la Iglesia Anglicana]... Puede que haya llegado a rechazar la creencia en Dios, pero conservó algún tipo de celo evangélico fundamental. Le horrorizaba el escepticismo en el sentido de no-compromiso, indecisión entre una u otra creencia. Quizá esto explique su permanente rechazo de Hume. Antes de perder su fe, condenó a Hume por su infidelidad; pero incluso cuando llegó a compartir esa infidelidad siguió infravalorándole. Un escepticismo que pareciera apoyar el *status quo* no era una actitud mental que Mill entendiese.[1]

[1] William E.C. Thomas, *The Philosophic Radicals: Nine Studies in Theory and Practice 1817-1841* (Oxford: The Clarendon Press, 1979), p. 100.

O quizá es que entendió demasiado bien a Hume y por eso le vilipendió.

El calvinismo de Mill se evidenciaba en su convicción de que la razón debe ejercer un rígido control sobre las pasiones, convicción que encajaba mal con el hedonismo benthamita. Los hombres de equipo son notables puritanos, y a Mill le disgustaban y desconfiaba puritanamente tanto del drama como del arte. Según él, el actor es «esclavo de los apetitos y pasiones más desordenados de su especie». Tampoco era Mill persona que disfrutase de la belleza sensible por sí misma. Desdeñaba la pintura y la escultura como las artes más bajas, que sólo sirven para gratificar un amor frívolo por la ostentación. Dado que Mill creía, a la manera típica del utilitarismo benthamita, que la acción humana sólo es «racional» si se realiza de un modo prudente y calculador, demostró en su *History of British India* la completa imposibilidad de entender a quienes estuvieran motivados por un ascetismo místico religioso o por un impulso hacia la gloria militar o el sacrificio de sí.

Si Emil Kauder está en lo cierto y el calvinismo escocés explica la introducción en la economía por parte de Smith de la teoría del valor-trabajo, entonces el calvinismo escocés explica aún más la enérgica y determinada cruzada de James Mill en favor de esa misma teoría y quizá su papel central en el sistema ricardiano. También podría explicar la convencida adhesión a la teoría por parte del paisano de Mill y discípulo de Dugald Stewart, John R. McCullogh.

Un buen ejemplo especialmente feliz de Mill como hombre de equipo fue el papel que jugó en la introducción en el Parlamento del *Reform Bill* de 1832. El núcleo de la teoría política de Mill estaba constituido por su defensa de la democracia y el sufragio universal. Aunque, con buen criterio, aceptaba el *Reform Bill*, que ampliaba de modo decisivo la base del sufragio británico, desde una base aristocrática y tramposa a otra amplia de clase media, Mill fue un Lenin entre bastidores y un auténtico manipulador de la campaña en favor de esa ley. Su estrategia fue la de amedrentar al temeroso y centrista gobierno whig con que las masas se alzarían en violenta revolución si no se aprobaba. Mill y sus radicales sabían muy bien que no había perspectiva alguna de que tal revolución tuviera lugar; pero, merced a una serie de amigos y aliados estratégicamente situados en la prensa, Mill fue capaz de orquestar una deliberada campaña de engaño informativo que hizo que los whigs, embaucados y presas de pánico, aprobasen la ley. La campaña de mentiras fue puesta en marcha por destacados sectores de la prensa: por el *Examiner*, uno de los principales semanarios cuyo propietario y editor era el radical benthamita Albany Fonblanque, por el muy leído *Morning Chronicle*, diario whig editado por un viejo amigo de Mill, John Black, el cual hizo de la publicación un vehículo de los radicales utilitaristas, y por el *Spectator*, editado por el benthamita S. Rintoul. El *Times* también se aproximó a los radicales en esta cuestión. El destacado radical de Birmingham Joseph Parkes era propietario y editor del *Birmingham Journal*. Y no sólo eso; Parkes fue capaz de hacer que sus menti-

rosos relatos sobre la supuesta opinión pública revolucionaria de Birmingham se imprimiesen en el *Morning Chronicle* y en el *Times* como reportajes objetivos. Mill cumplió tan bien con la tarea que la mayor parte de los historiadores posteriores han caído también en el engaño.

Unificador de teoría y praxis, James Mill allanó el camino a esta campaña organizada de engaño, justificando con su pluma la mentira para alcanzar un buen fin. Aunque la verdad era importante, Mill admitía que existen circunstancias especiales «en las que otro hombre no tiene derecho a la verdad». Escribió que a los hombres no se les debería decir la verdad «cuando hagan un mal uso de ella». ¡Siempre el utilitarista! Por supuesto, como es normal, el utilitarista habría de ser el que decidiese si el uso de otro hombre era «bueno» o «malo».

Después amplió su defensa de la mentira a la política. Reivindicaba que difundir «información errónea» (o, como diríamos hoy, «desinformación») en política «no es una falta de moralidad, sino un acto meritorio... cuando conduce a prevenir el desorden. En ningún caso posee el hombre menos derecho a la verdad que cuando la emplea en la perpetuación del desorden».

Década y media más tarde, John Arthur Roebuck, uno de los colaboradores más importantes de Mill en la campaña, luego miembro del Parlamento e historiador del plan de reforma, admitía:

> Para alcanzar nuestro fin se dijeron muchas cosas que nadie creía realmente; se hicieron muchas que nadie querría reconocer... a menudo, cuando no existía peligro alguno, se lanzaba la voz de alarma para mantener a toda la Cámara de los Lores y a la aristocracia en lo que se calificó de completo estado de terror.

Durante la campaña, recordaba Roebuck, frente a «los ruidosos oradores que parecían importantes» estaban «los hombres fríos, distantes, sagaces y decididos... que manejaban los hilos de esta extraña representación de marionetas». «Una o dos cabezas dominantes, desconocidas al público», manipulaban y dirigían en la escena todo el movimiento. «Utilizaban a otros como medios...». Y, el más frío, sagaz y resuelto fue el maestro titiritero de todos ellos, James Mill.

Aunque trabajó como alto funcionario para la Compañía de la India Oriental y no pudo presentarse al Parlamento, James Mill fue el director de equipo indiscutible del grupo de diez o veinte radicales filosóficos que disfrutaron de una agradable estancia en el Parlamento durante los años de 1830. Mill siguió siendo su líder hasta su muerte en 1836, tras lo cual el resto intentó continuar en su espíritu. Aunque los radicales filosóficos se proclamaban benthamitas, el anciano Bentham poco tenía que ver personalmente con el grupo milliano. La mayoría de los radicales filosóficos del Parlamento habían sido convertidos personalmente por Mill, empezando por Ricardo, cerca de una década antes, lo mismo que su hijo, John Stuart, quien le sucedería durante un tiempo como líder radical. Junto con Ricardo, Mill convirtió también al líder

oficial de los radicales del Parlamento, el banquero y luego historiador clásico George Grote (1794-1871). Grote, hombre autodidacta y sin humor, al poco se convirtió en instrumento de James Mill, a quien admiraba mucho como «pensador muy profundo». En palabras del Profesor Joseph Hamburger, Grote, «por decirlo así, se contagió» tanto que todas las manifestaciones de Mill «adquirían la fuerza y la sanción de deberes».

El círculo de Mill contó también con una mujer, Harriet Lewin Grote (1792-1873), una militante imperiosa y resuelta cuya casa se convirtió en el salón y centro de reunión de los parlamentarios radicales. Fue ampliamente conocida como la «Reina de los Radicales», y de ella Cobden escribió que «de haber sido hombre, hubiese sido el líder del partido». Harriet dio testimonio de la elocuencia y del efecto carismático de Mill sobre sus jóvenes discípulos, la mayor parte de los cuales fueron introducidos en el círculo milliano por su hijo, John Stuart. Testimonio típico fue el de William Ellis, un joven amigo de John que años después escribiría sobre su experiencia con James Mill: «Forjó un completo cambio en mi persona. Me enseñó a pensar y a vivir por algo.»

3.2 Mill y el análisis de clase libertario

La teoría del conflicto de clases como clave de la historia política no empezó con Karl Marx. Como más adelante veremos, se inició en la década de 1810, tras la restauración de la monarquía borbónica, con dos destacados libertarios franceses inspirados en J.B. Say, Charles Comte (yerno de Say) y Charles Dunoyer. Frente a la posterior degeneración marxista de la teoría de las clases, la concepción de Comte-Dunoyer sostenía que el problema de la ineliminable lucha de clases consiste en saber *cuál es la clase* que se hace con el control del aparato del estado. Clase *dominante* es todo grupo que logre hacerse con el poder del estado; los *dominados* son aquellos grupos a los que quienes detentan el poder gravan con impuestos e imponen regulaciones. Así, el interés de clase se define como la relación del grupo con el estado. El gobierno del estado, con el sistema fiscal y el ejercicio del poder, los controles y la concesión de subsidios y privilegios, es el instrumento que genera los conflictos entre los que dominan y los que son dominados. Así, pues, estamos ante una teoría del conflicto de clases con «dos clases» en la que lo decisivo es saber qué grupo es el que domina y cuál el dominado por el estado. En cambio, en el mercado libre no existe lucha de clases sino una armonía de intereses entre todos los individuos de la sociedad que cooperan en y a través de la producción y el intercambio.

James Mill desarrolló una teoría similar en las décadas de 1820 y 1830. Se ignora si llegó a ella independientemente o si fue influido por los libertarios franceses; de todas formas, sí está claro que el análisis de Mill careció de las ricas aplicaciones a la historia de Europa occidental que habían llevado a cabo

Comte, Dunoyer y su joven asociado, el historiador Augustin Thierry. Todo gobierno, señala Mill, es controlado por la clase dominante, unos pocos que someten y explotan a los dominados, que son los más. Puesto que todos los grupos tienden a actuar en favor de sus intereses exclusivos, observaba, es absurdo esperar que la camarilla dominante actúe de manera altruista en favor del «bien público». Igual que todo el mundo, ellos aprovecharán sus oportunidades en su propio beneficio, lo cual significa saquear a la mayoría y favorecer sus propios intereses particulares o los de los aliados en tanto que enfrentados a los de la sociedad. De ahí el uso habitual que hace Mill del término intereses «siniestros» como contrarios al bien de la sociedad. Debemos observar que para Mill y los radicales bien público significaba específicamente un gobierno basado en el *laissez-faire*, reducido a las funciones mínimas de policía, defensa y administración de justicia.

De aquí que Mill, principal teórico político de los radicales, apelara a los republicanos libertarios del siglo dieciocho al subrayar la necesidad de desconfiar siempre del gobierno y ponerlo bajo control a fin de suprimir el poder del estado. Mill coincidía con Bentham en que «si se deja a sí misma, toda elite dominante es depredadora». La prosecución de intereses siniestros conduce a una «corrupción» endémica de la política, a sinecuras, «puestos» burocráticos y subsidios. Mill se lamentaba: «Piensa en el fin real [del gobierno], en su propia naturaleza. Piensa a continuación en la abundancia de medios: justicia, policía y seguridad frente a las incursiones extranjeras. Por último, piensa en la opresión que se practica sobre el pueblo de Inglaterra bajo el pretexto de conseguir estos fines.»

Jamás se ha expuesto más clara o convincentemente la teoría libertaria de la clase-dominante que en las propias palabras de Mill: existen dos clases, decía. «La primera clase, la de quienes saquean, la menor en número. Son los Pocos dominantes. La segunda, la de aquellos a quienes se saquea, la mayoría. Son los Muchos súbditos.» O, como el Profesor Hamburger resume la posición de Mill: «La política es la lucha entre dos clases: los avariciosos gobernantes y sus deseadas víctimas.»[2]

El gran enigma del gobierno, concluía Mill, es cómo eliminar este saqueo: desterrar el poder «merced al cual la clase que saquea consigue llevar a cabo su vocación, ha sido siempre la gran cuestión en relación con el gobierno».

A los «Muchos súbditos» Mill los llama agudamente «el pueblo», y quizá fuera Mill quien inaugurase el tipo de análisis que señala al «pueblo» como clase dominada frente a los «intereses exclusivos». ¿Cómo, por lo tanto, poner coto al poder de la clase dominante? Mill pensó que tenía la respuesta: «El pueblo debe nombrar inspectores. Y ¿quién vigilará a los inspectores? El pro-

[2] Joseph Hamburger, *Intellectuals in Politics: John Stuart Mill and the Philosophical Radicals* (New Heaven: Yale University Press, 1965), p. 44.

pio pueblo. No existe otro recurso; y sin esta última salvaguarda, los Pocos dominantes siempre serán el azote y la opresión de los Muchos súbditos.»

Mas ¿cómo puede el propio pueblo hacer de inspector? A este viejo problema Mill dio la respuesta que hoy día se considera típica, aunque no satisfactoria del todo, en el mundo occidental: eligiendo a representantes que vigilen.

Contrariamente al análisis libertario francés, a James Mill no le interesaba la historia y desarrollo del poder del estado; sólo le interesaba el aquí y ahora. Y, en el aquí y ahora de la Inglaterra de su tiempo, los Pocos dominantes eran la aristocracia que gobernaba mediante un sufragio muy limitado y los «burgos podridos» que elegían a representantes para el Parlamento. La aristocracia inglesa era la clase dominante; el gobierno de Inglaterra, acusaba Mill, era «una locomotora aristocrática conducida por la aristocracia en beneficio propio». El hijo y ardiente discípulo (en aquel tiempo) de Mill, John Stuart, argüía de modo milliano en los círculos intelectuales de Londres que Inglaterra *no* disfrutaba de un «gobierno mixto», ya que una gran mayoría de los componentes de la Cámara de los Lores era elegida por «200 familias». Estas pocas familias aristocráticas «poseen en consecuencia el control absoluto del gobierno... y si un gobierno controlado por 200 familias no es una aristocracia, entonces no sé que pueda ser». Y, puesto que ese gobierno es controlado y dirigido por unos pocos, es, por lo tanto, «enteramente dirigido en beneficio de unos pocos».

Este análisis es el que llevaría a Mill a poner en el centro de su formidable actividad política la consecución de la democracia radical, el sufragio universal del pueblo mediante voto secreto en elecciones frecuentes. Esta fue la meta de Mill a largo plazo; no obstante, se conformaba temporalmente con el *Reform Bill* de 1832, lo que los marxistas llamarían más tarde una «exigencia de transición» que ampliaba notablemente el sufragio a la clase media. La extensión de la democracia era para Mill algo más importante que el *laissez-faire*, porque, para Mill, el proceso de destronamiento de la aristocracia era algo más fundamental, dado que el *laissez-faire* era una de las felices consecuencias que se esperaba surgirían de reemplazar la aristocracia por el gobierno de todo el pueblo. (En el contexto moderno americano, a la posición de Mill se la llamaría justamente «populismo de derechas».) La consideración de la democracia como su principal exigencia hizo que durante la década de 1840 los radicales millianos se estancaran y perdieran significación política al rehusar aliarse con la Liga Anti-Ley del Cereal, a pesar de su acuerdo en lo que respecta al libre comercio y al *laissez-faire*. Y es que los millianos sentían que el libre comercio tiene demasiado que ver con un movimiento de clase media y se aparta de una concentración dominante sobre la reforma democrática.

Concedido que el pueblo desplazara el dominio aristocrático, ¿tenía Mill alguna razón para pensar que emplearía entonces su voluntad en defensa del

laissez-faire? Sí, y aquí su razonamiento fue ingenioso: mientras la clase dominante disfrutase en común de los frutos de su dominio explotador, el pueblo conformaría un tipo diferente de clase: el único interés compartido por ésta sería deshacerse del dominio del privilegio especial. Aparte de eso, la masa del pueblo no posee ningún interés en común de clase que pudiera perseguirse activamente por medio del estado. Además, este interés por eliminar el privilegio especial es común a todos, y, por lo tanto, es el «interés público» frente a los intereses exclusivos o siniestros de unos pocos. El interés del pueblo coincide con el interés universal y con el *laissez-faire* y la libertad para todos.

Pero ¿cómo explicar entonces que nadie pueda reivindicar que las masas hayan abogado siempre por el *laissez-faire* —o que muy a menudo hayan apoyado con lealtad el dominio explotador de unos pocos? Está claro, porque en este complejo campo del gobierno y de la política pública, el pueblo ha adolecido de lo que los marxistas posteriores llamarían «falsa conciencia», de una ignorancia respecto a la verdadera ubicación de sus intereses. Correspondía entonces a la vanguardia intelectual, a Mill y a sus radicales filosóficos, educar y organizar a las masas de modo que su conciencia fuese la correcta y emplearan su fuerza para llevar a cabo su dominio democrático e instalar el *laissez-faire*. Aun en caso de poder aceptar este argumento general, por desgracia, los radicales millianos eran demasiado optimistas en cuanto al lapso de tiempo en que habría de tener lugar esa concienciación; algunos reveses políticos en la década de 1840 les hicieron perder el ánimo respecto a la política radical y aceleraron la desintegración del movimiento radical. Es muy curioso que líderes como John Stuart Mill y George y Harriet Grote, al tiempo que proclamaban el cauto abandono de la acción o del entusiasmo políticos, fuesen realmente atraídos con asombrosa rapidez hacia el acogedor centro whig que antes habían despreciado. Su proclamada falta de interés por la política encubría una pérdida cierta de interés por la política *radical*.

3.3 Mill y el sistema ricardiano

Recientemente se han revelado muchas cosas acerca del papel formativo y modelador de James Mill sobre el sistema de su amigo Ricardo. ¿Cuánto del ricardismo es creación de Mill? Aparentemente, mucho. Una cosa es cierta: Mill fue quien tomó de J.B. Say la gran ley de Say y quien convirtió a Ricardo a esa posición. Mill había desarrollado la ley de Say en su temprano e importante libro *Commerce Defended* (1808), escrito poco antes de conocer a Ricardo. Éste siguió fielmente la ley de Say, y, durante el año de depresión de 1819, se opuso con insistencia en el Parlamento al gasto en obras públicas. Por otra parte, ya hemos visto que Mill y Ricardo consiguieron dar al traste, en 1811, con la publicación de la obra «pre-keynesiana» de Bentham *True Alarm*.

Al exponer la ley de Say, Mill continuaba y desarrollaba las importantes reflexiones de Turgot-Smith sobre el ahorro y la inversión. Sin embargo, la mayor parte del resto del legado económico de Mill fue un desastre. Buena parte del mismo conformaría el corazón y el alma del sistema ricardiano. Así, en una obra temprana y olvidada, *The Impolicy of a Bounty on the Exportation of Grain* (1804), Mill expuso la esencia del ricardianismo, tanto sus contenidos propiamente dichos como la desastrosa metodología característica de una excesiva simplificación brutal e irreal, así como la poco sólida concentración holista de macroagregados que nada tienen que ver con las acciones del individuo del mundo real, sea éste el consumidor o el hombre de negocios. Mill produce ristras de supuestas interrelaciones entre estos macroagregados, todas las cuales *parece* que se acercan al mundo real, pero que en verdad sólo son pertinentes en los supuestos profundamente falaces de la tierra de nunca jamás del equilibrio a largo plazo. En esencia, la metodología es la de la «matemática verbal», ya que las afirmaciones sólo son una producción de ristras de lo que en realidad son relaciones matemáticas nunca reconocidas como tales. El uso de la lengua vernácula añade una pátina de pretendido realismo que las matemáticas jamás pueden transmitir. Una utilización abierta de la matemática hubiese revelado, al menos, los falaces supuestos del modelo.

El exclusivo interés de Ricardo por los equilibrios a largo plazo puede contemplarse desde su propia declaración metodológica: «Dejo a un lado los efectos inmediatos y temporales, y fijo toda mi atención en el estado de cosas permanente que resultará de ellos.»

El «vicio ricardiano» es la sobresimplificación irreal que se acrecienta sobre sí misma. Tanto la metodología ricardiana como la de Say-austriaca han sido calificadas de «deductivas», pero, en realidad, son polos opuestos. En sus axiomas, la metodología austriaca («praxeología») sigue de cerca principios realistas comunes y universales sobre la esencia de la acción humana, y sólo deduce verdades de esas proposiciones o axiomas evidentemente verdaderos. La metodología ricardiana introduce en los axiomas iniciales numerosos supuestos falsos, compuestos y multiplicados, de tal manera que las deducciones que se hacen a partir de los mismos —ya sean verbales, como en el caso de Ricardo, matemáticas, en el de los walrasianos modernos, o una mezcla de las dos, en el de los keynesianos— todas son necesariamente falsas, estériles y engañosas.

De este modo, en su ensayo sobre la subvención del grano, James Mill introduce el típico error «ricardiano» de reducir todos los bienes agrícolas a uno, el «cereal» (trigo), y de reivindicar que el cereal es *el* bien básico. Adoptado el cereal como sustituto de todo alimento, Mill establece la afirmación generalizadora de que el principio más científico de la economía política es que «el precio en dinero del cereal regula el precio dinerario de todo lo demás». ¿Por qué? Mill introduce aquí una variante típica y brutalmente radical del malthu-

sianismo. No sólo se trata de que la población posea una *tendencia* a largo plazo a presionar sobre los medios de subsistencia de manera que los salarios disminuyan hasta el coste de subsistencia. Más aún, confundiendo al modo típicamente ricardiano el inexistente equilibrio a largo plazo con la realidad cotidiana constante, los salarios vienen siempre determinados por el precio del cereal (en general, el sustituto del alimento o de la subsistencia). Mill afirma que la proposición que dice que los salarios están siempre determinados de manera directa por el precio del cereal es «tan obviamente necesaria que no es necesario consumir más tiempo en probarla». ¡Y listo! Por consiguiente, concluye que el salario está «completamente regulado por el precio en dinero del cereal».

La extrema versión malthusiana de Mill puede comprobarse en su afirmación de que «nadie... dudará en admitir... que la tendencia de las especies a multiplicarse es mucho mayor que la rapidez con la que se da alguna ocasión de que los frutos de la tierra lo hagan». En su desbocado extremismo, Mill llega incluso a decir: «aumenta el cereal tan rápido como quieras, las bocas que se lo comen se reproducen aún más rápido. La población le pisa invariablemente los talones a la subsistencia; y sea cual fuere la cantidad de alimento producida, siempre habrá una demanda mayor que la oferta.»

Otra noción desgraciada que Mill aportó a Ricardo con su ensayo de 1804 es una excesiva concentración en el comportamiento de unas pocas macroparcelas agregadas. Se daba por supuesto que el trabajo es cualitativamente uniforme; por lo tanto, el precio del cereal baja todos los «salarios» hasta el nivel de subsistencia. Sólo hay tres parcelas macrodistributivas: en el esquema ricardiano, «salarios», «beneficios» y «rentas». No se tocan para nada los precios *individuales* o tipos de salarios —el genuino objeto del análisis económico— ni se insinúa la existencia o la necesidad del empresario. Se olvida por completo el brillante análisis de Say sobre el papel central del empresario; si todo se congela en unas pocas partes agregativas en el equilibrio a largo plazo, en el cual el cambio es lento o inexistente, y el conocimiento, perfecto y no incierto, no queda sitio alguno para el empresario que afronta el riesgo. En consecuencia, los «beneficios» son retribuciones percibidas agregativamente por los capitalistas que bien podrían llamarse «interés» o «beneficios a largo plazo».

Si los salarios, beneficios y rentas agotan el producto, entonces, tautológicamente y casi por definición, si se incrementa una de las tres, y el *total está congelado*, una o las otras dos parcelas decrecerán. De aquí el implícito supuesto ricardiano de un conflicto de clase inherente entre los perceptores de las tres áreas de las parcelas distributivas. En el sistema Mill-Ricardo los salarios son fijados por el precio del cereal, o el coste del alimento. Por su parte, el coste del alimento siempre aumenta a causa de la oferta fija de tierra y de la supuesta necesidad malthusiana de trasladarse hacia una tierra cada vez menos produc-

tiva a medida que la población aumenta y presiona sobre la oferta de alimento. De este modo: las rentas, lenta pero inexorablemente, siempre se incrementan y los tipos de salarios monetarios suben para mantener el salario real en el nivel de subsistencia. Por lo tanto, los «beneficios» agregados siempre decrecen.

La virulenta crítica de Schumpeter al sistema ricardiano es muy aguda y perfectamente pertinente:

> ... despedazaba el sistema general [de la interdependencia económica del mercado], ataba las mayores partes del mismo que podía y las almacenaba y congelaba, para que el mayor número de cosas fueran rígidas y «dadas». Luego amontonaba, una tras otra, las suposiciones simplificadoras hasta que, tras resolverlo todo mediante esos supuestos, podía afirmar relaciones simples y unívocas, para que al final los resultados deseados surgieran casi como tautologías. Por ejemplo: una famosa teoría ricardiana dice que los beneficios «dependen» del precio del trigo. Dados los supuestos implícitos y utilizando los términos de la proposición en el particular sentido que él les da, la tesis no es sólo verdadera, sino irrefutable también: es, en sustancia, una trivialidad. Los beneficios no pueden depender de nada más porque todo lo demás viene «dado», congelado. Se trata de una excelente teoría que no puede ser refutada, y a la que sólo le falta una cosa: tener sentido.[3]

3.4 Ricardo y el sistema ricardiano, I: distribución de la macro-renta

Aunque buena parte del sistema ricardiano resulte ser creación de James Mill, quizá la mayor parte del mismo se debiera al propio Ricardo, quien, en cualquier caso, es evidente que debe asumir la responsabilidad principal de su propia obra. Prosiguiendo con la metáfora marxiana, la relación Mill-Ricardo podría parecerse en muchos sentidos más a la de Marx-Engels que a la de Lenin-Marx.

Ricardo nació en Londres, en el seno de una próspera familia de judíos hispano-portugueses que se habían establecido en Holanda tras su expulsión de España a finales del siglo XVI. El padre de Ricardo se había trasladado a Londres donde prosperó como agente de bolsa, y tuvo diecisiete hijos, de los que David hacía el tercero. A los once años de edad, David fue enviado por su padre a Amsterdam para asistir durante dos años a la escuela hebrea orto-

---

[3] J.A. Schumpeter, *History of Economic Analysis* (Nueva York: Oxford University Press, 1954), pp. 472-3 [ed. esp., pp. 532-33]. Compárese con Walter Bagehot sobre Ricardo: «Trabajó con abstracciones sin saber que lo eran: estaba completamente convencido de que trataba con cosas reales. Pensaba que consideraba la naturaleza humana real en sus circunstancias reales, cuando lo que verdaderamente consideraba era una naturaleza ficticia en circunstancias ficticias. Y James Mill, su instructor en cuestiones generales, poseía sobre este punto un conocimiento tan poco verdadero como él mismo.» Citado en T.W. Hutchison, *On Revolutions and Progress in Economic Knowledge* (Cambridge: Cambridge University Press, 1978), p. 57; véase también *ibid*., pp. 26-57.

doxa. A los catorce, y con sólo una educación elemental, Ricardo comenzó su carrera de negocios como empleado en la casa de «agente de bolsa» de su padre. Debemos subrayar que, a excepción del cuasi-gubernamental Banco de Inglaterra, en aquel tiempo no existían sociedades accionariales o por acciones. A los bonos del estado se les llamaba entonces «acciones», así que los «agentes de bolsa» eran lo que hoy día se llamarían agentes de bonos del estado.

De todas formas, siete años después David se casó con una muchacha cuáquera y abandonó la fe hebrea, por lo que fue repudiado por sus padres. Con el tiempo, también él llegaría a convertirse en cuáquero. Cierto banco londinense, impresionado por el joven Ricardo, le prestó dinero suficiente para que montase su propio negocio de agente de bolsa. En unos pocos años Ricardo reunió una enorme suma de dinero con el negocio de bonos, hasta que estuvo en condiciones de retirarse al campo a poco de cumplir sus cuarenta. En 1799, con veintisiete años, aburrido mientras pasaba una temporada en un centro de salud, dio con una copia de *La riqueza de las naciones*, que devoró, convirtiéndose, como muchos otros en aquel tiempo, en un convencido smithiano.

Como señala Schumpeter, los *Principios* de Ricardo sólo pueden entenderse como un diálogo con y como reacción a *La riqueza de las naciones*. El espíritu lógico de Ricardo chocó con la elemental confusión mental, con el caos que también J.B. Say descubriera en el canon smithiano, y, como éste antes que él, se dispuso a clarificar dicho sistema. Por desgracia, y en profundo contraste con Say, Ricardo simplificó, aceptando, los principales errores de Smith e ignorando todas las reservas y contradicciones, para luego construir su sistema sobre lo que quedaba. Lo peor de Smith se magnificó e intensificó. Con su método básico se desecharon todos los puntos históricos y empíricos de Smith. Esto no era malo en sí mismo, pero dejó un sistema deductivo construido sobre una profunda falacia y sobre erróneos modelos generales. Además, aunque el sistema teórico de Ricardo pudiera haberse simplificado drásticamente en relación con Smith, su estilo era excesivamente confuso y obtuso. La metodología de la matemática verbal está abocada a ser difícil y oscurantista, con bloques de palabras que explican farragosa y detalladamente relaciones matemáticas de equilibrio. Pero, por encima de todo eso y en contraste con su mentor Mill, Ricardo fue sin duda uno de los peores y más ampulosos escritores de la historia del pensamiento económico.

Frente a Adam Smith, para quien la producción o riqueza de las naciones era algo de importancia suprema, Ricardo descuidó la producción total para destacar de manera casi absoluta la supuesta distribución de un producto dado entre diversas clases. En concreto, entre las tres grandes clases de los propietarios de tierras, los trabajadores y los capitalistas. Así, en carta a Malthus, quien, al menos en esta cuestión, era un smithiano ortodoxo, Ricardo dejaba clara la distinción: «Usted piensa que la economía política es la investigación

de la naturaleza y causas de la riqueza; yo pienso que más bien debería ser una investigación de las leyes que determinan la distribución de la producción entre las clases que concurren a su formación.»

Puesto que la empresarialidad no puede existir en el mundo del equilibrio a largo plazo de Ricardo, se quedó con la tríada clásica de factores. Su análisis fue estrictamente holista, en términos de clases supuestamente homogéneas, aunque éstas fuesen en realidad variadas y diversas. Ricardo evitó cualquier énfasis al estilo de Say sobre el individuo, ya sea el consumidor, el trabajador, el productor o el hombre de negocios.

En el mundo ricardiano de la matemática verbal había, como señala sagazmente Schumpeter, cuatro variables: producción o renta total, y participaciones en la renta de propietarios de tierras, capitalistas y trabajadores, es decir, renta, beneficios (interés a largo plazo) y salarios. Ricardo se atascó en un problema desesperado: tenía cuatro variables, pero sólo una ecuación con la que resolverlas:

Producción (o renta) total = renta + beneficios + salarios

Para resolver, o, mejor dicho, intentar resolver, esta ecuación, Ricardo tenía que «determinar» una o más de estas entidades desde fuera de la misma, y de tal forma que dejara las demás como residuales. Empezó por no considerar la producción total, esto es, por suponerla *dada*, «determinando» de este modo la producción mediante su congelación según sus propios supuestos arbitrarios. Este procedimiento le permitió deshacerse alegremente de una de las variables.

En segundo lugar, los salarios. Aquí Ricardo tomó de Mill la concepción dura o ultra-malthusiana de que los «salarios» —todos los salarios— siempre y en todo lugar presionan sobre la oferta de alimento hasta tal punto que siempre se establecen y determinan precisamente en el nivel del coste de subsistencia. Aunque reconoció concisa y levemente que el trabajo puede tener diferentes cualidades o grados, Ricardo, como posteriormente haría Marx, eludió el problema afirmando alegremente que todos ellos pueden incluirse en una cantidad estimada de «horas de trabajo». En consecuencia, Ricardo podía sostener que los tipos de salarios son uniformes a través de toda la economía. Como hemos visto, al mismo tiempo se daba por supuesto que el alimento, o la subsistencia en general, se incorporaba a una mercancía, el «cereal», de manera que el precio del cereal puede servir como sustituto del coste de subsistencia en general.

Así, pues, con estos supuestos heroicos y falaces, «el» tipo de salario viene instantánea y completamente determinado por el precio del cereal, toda vez que aquél no puede ni sobrepasar el nivel de subsistencia (en tanto que determinado por el precio del cereal) ni caer por debajo.

Por su parte, el precio del cereal se determina de acuerdo con la famosa teoría de la renta de Ricardo. La renta hacía las veces de eje central del sistema

ricardiano. Porque, de acuerdo con la estrafalaria teoría de Ricardo, *sólo* la tierra difiere en calidad. Como vimos, se supone que el trabajo es uniforme, y, por lo tanto, los tipos de salario también, y, como se verá, lo mismo los beneficios, en razón del postulado clave de que la economía siempre se encuentra en un equilibrio a largo plazo. La tierra es el único factor al que milagrosamente se le permite diferir en calidad. Ricardo descarta el supuesto de cualquier descubrimiento de nuevas tierras o mejoras en la productividad agrícola. Así, pues, su teoría de la historia concluye que la gente siempre empieza cultivando las tierras más fértiles, y que, a medida que la población aumenta, la presión malthusiana sobre la oferta de alimento obliga a los productores a hacer uso de tierras cada vez peores. En suma, a medida que la población y la producción se incrementan, el coste del cultivo del cereal habrá de incrementarse inexorablemente en el tiempo.

En palabras de Ricardo, la renta es el pago por el «uso de los poderes originales e indestructibles del suelo». Esto apunta a una teoría de la productividad, y Ricardo ciertamente vio que las tierras más fértiles y productivas percibían una renta mayor. Pero, por desgracia, como dice Schumpeter, después Ricardo «toma un derrotero desviado». En primer lugar, Ricardo sabía que, en cualquier momento, la tierra de cultivo más pobre rinde una renta cero. Partiendo de ese supuesto hecho, concluía que cualquier parcela de tierra percibe renta, no merced a *su propia* productividad, sino simplemente porque su productividad es mayor que la de las tierras más pobres, de renta cero, las tierras infracultivadas. Recuérdese que para Ricardo el trabajo es homogéneo, y que por ello los salarios son uniformes e iguales, lo mismo que, como veremos, los beneficios. La tierra es la única que, en su estructura permanente y a largo plazo, posee una fertilidad y productividad diferenciales. De ahí que la renta sea para Ricardo *puramente* un diferencial, de modo que la tierra *A* sólo percibe renta merced a su productividad diferencial en relación con la tierra *B*, tierra de cultivo de renta cero.

De estos supuestos se seguían diversas cuestiones importantes. Primero, que a medida que la población aumenta de modo inexorable, y se emplean tierras cada vez más pobres, *todos los diferenciales siguen incrementándose*. De esta manera, supóngase que en cierto momento las tierras de cereal (compendio de toda la tierra) conforman un espectro de productividad que va desde la mayor, tierra *A*, a la menor, tierra *J*, que, por ser marginal, percibe una renta cero. Y que, en este punto, la población aumenta y los agricultores deben cultivar mayor cantidad de tierras y tierras más pobres, por ejemplo, *K*, *L* y *M*. *M* pasa ahora a ser la tierra de renta cero, y la tierra *J* percibe una renta positiva, igual al diferencial entre *su* productividad y la de *M*. Todas las tierras antes inframarginales ven incrementadas igualmente sus rentas diferenciales. Por lo tanto, resulta incuestionable que, a medida que la población aumenta en el tiempo, las rentas y la proporción de la renta total destinada a la renta aumentan también.

Aunque la renta siga incrementándose, sin embargo, siempre sigue siendo cero *en el margen*, y, como dijo Ricardo en una parte crucial de su teoría, por ser renta cero *no se incorpora al coste*.

En otras palabras: al ser la cantidad del coste del factor trabajo supuestamente homogénea, es uniforme para cada producto, y los beneficios, al ser uniformes y equitativamente pequeños por toda la economía, constituyen una parte del coste que puede ignorarse sin más. Puesto que el precio de todo producto es uniforme, esto significa que la cantidad del coste de trabajo en la tierra de coste máximo o renta cero únicamente determina el precio del cereal y el de todo otro producto agrícola. Al ser la renta inframarginal dentro de los supuestos de Ricardo, no puede incorporarse al coste. La renta total por arrendamiento es un residuo pasivo que viene determinado por los precios de venta y por la renta total, y los precios de venta se determinan por la cantidad del coste de trabajo y (en menor medida) por la tasa uniforme de beneficio. Y, dado que la cantidad de trabajo requerida para producir cereal continúa aumentando a medida que tierras cada vez peores empiezan a producir, esto significa que el coste de la producción del cereal y, por ello, el precio del cereal, siguen aumentando en el tiempo. Mas, paradójicamente, mientras la renta crece en el tiempo, en el margen sigue siendo cero, y, por lo tanto, sin producir impacto alguno en los costes.

Son muchos los fallos que contiene esta doctrina. En primer lugar, incluso la tierra de cultivo más pobre jamás percibe una renta cero, igual que la máquina o el trabajador menos productivo jamás tiene un precio o percibe un salario cero. No beneficia a ningún propietario de recursos mantener la producción de su recurso o factor a menos que rinda una renta positiva. Es cierto que la tierra marginal u otro recurso percibirá una renta menor que los factores más productivos, pero siempre percibirá *alguna* renta positiva, por pequeña que sea.

Segundo, aparte del problema de la renta cero, es sencillamente erróneo pensar que la renta, o cualquier otra retribución de un factor, sea *causada* por diferenciales. Cada parcela de tierra, o unidad de cualquier factor, gana todo lo que *esa unidad* produce; los diferenciales son simplemente restas aritméticas entre dos tierras, u otros factores, *cada una de las cuales* gana una renta positiva propia. El supuesto de una renta cero en el margen le permite a Ricardo oscurecer el hecho de que *cada* parcela de tierra gana una renta productiva, así como deslizarse hacia el diferencial *como causa*.

Por lo mismo, podríamos darle la vuelta a Ricardo y aplicar la teoría diferencial a los salarios, y decir con Schumpeter que «uno paga más por una buena tierra que por otra mala del mismo modo que paga más por un buen trabajador que por otro malo».[4]

[4] Schumpeter, *op. cit*. nota 3, p. 676n.

Tercero, al considerar el alza en el coste de la producción de cereal, Ricardo invierte la causa y el efecto. Ricardo afirma que el aumento de la población «obliga» a los agricultores a trabajar tierra de inferior calidad, y que *entonces* causa un incremento en su precio. Sin embargo, como se percataría cualquier analista de la teoría de la utilidad, la cadena causal es precisamente la contraria: cuando aumenta la *demanda* de cereal, su precio se incrementa, y este precio más alto llevaría a los agricultores a cultivar cereal en tierras menos fértiles. Pero, por supuesto, esta constatación elimina la teoría del valor de Ricardo y, con ella, todo el sistema ricardiano.

Y cuatro, como han señalado numerosos críticos, no es cierto históricamente que la gente empiece siempre por hacer uso de la tierra de mayor calidad y que luego se dirija gradual e inevitablemente hacia tierras inferiores. Históricamente siempre ha habido avances, y enormes, en la productividad de la agricultura, en el descubrimiento y creación de nuevas tierras, así como en el descubrimiento y aplicación de técnicas agrícolas nuevas y más productivas y de tipos de productos. Los defensores de Ricardo replican que este es un argumento puramente histórico que ignora la belleza lógica de la teoría ricardiana. Pero, a fin de cuentas, Ricardo no hacía otra cosa que proponer una teoría *histórica*, una ley de la historia, y él ciertamente reivindicó la exactitud histórica para las predicciones pasadas y futuras de su teoría. Y, sin embargo, se trata de un supuesto puramente arbitrario, y por ello muy falso, de su doctrina lógica bajo la apariencia de una teoría de la historia. El problema básico de Ricardo fue hacer de generalizaciones históricas o empíricas insustanciales y falsas los sillares de su sistema lógico, deduciendo de esas generalizaciones, confiadamente y de un modo en apariencia apodíctico, conclusiones empíricas y políticas verdaderas. Sin embargo, de supuestos falsos sólo se pueden extraer conclusiones falsas, más allá de lo imponente que pueda ser o no ser la estructura lógica.

La teoría de la renta diferencial de Ricardo ha sido muy alabada como la precursora de la ley neoclásica de los rendimientos decrecientes que se suponía que los neoclásicos habían generalizado de la tierra a todos los factores de producción. Pero esto no es cierto, ya que la ley de los rendimientos decrecientes se aplica a dosis crecientes de un factor para unidades *homogéneas* de otros factores lógicamente fijos, en este caso la tierra. Y el punto central de la teoría de la renta diferencial de Ricardo es que sus áreas de tierra no son en absoluto homogéneas, sino que varían en un espectro que va del nivel superior al inferior. Por lo tanto, la ley de los rendimientos decrecientes —tal como fue intuida por Turgot y redescubierta por los neoclásicos— sencillamente no se aplica.[5]

[5] Como señala Schumpeter, se ha atribuido falsamente a Ricardo el anticipar el análisis de la productividad marginal, en particular desde que algunos teóricos tardíos de la productividad marginal como J.B. Clark «presentaron su teoría como un desarrollo de la teoría de la

En ese caso, aunque la renta aumente, realmente es cero y en modo alguno parte de los gastos o costes. La ecuación ricardiana despacha la renta. Sin embargo, todavía no hemos acabado con la determinación de los salarios, sobre la que hasta ahora sólo hemos dicho que se fija en el nivel de subsistencia. ¿Qué les sucederá a los costes de subsistencia con el tiempo? Pues que aumentarán a medida que se eleve el coste de producción del cereal con el incremento de una población que fuerza el cultivo de tierras cada vez peores. Con el paso del tiempo, en los lentos equilibrios a largo plazo ricardianos, el coste del alimento se elevará, y, dado que los salarios habrán de permanecer *siempre* en el nivel de la subsistencia, éstos *tendrán* que elevarse para mantener los tipos de salarios *reales* iguales al coste de subsistencia. Ahora empezamos a cerrar el círculo ricardiano. Las rentas son, en efecto, cero, y los tipos de salario, siempre en el nivel de la subsistencia, deberán aumentar en el tiempo a medida que lo haga el coste del alimento con el fin de mantenerse proporcionales al aumento del coste de subsistencia. Pero, entonces —¡voilà!— hemos determinado, por fin, todas las variables menos los beneficios (al menos en opinión de Ricardo), y, puesto que la renta total viene «dada» o congelada, ello significa que los beneficios son el residuo de la renta total. Con las rentas fuera del cuadro, si los tipos de salario tienen que mantenerse al alza en el tiempo, esto significa necesariamente que los beneficios, o tasas de beneficio, han de decrecer. De aquí la doctrina de Ricardo sobre la permanente caída de la tasa de beneficio (esto es, el tipo de interés a largo plazo). Nótese que no se trata de la concepción de Adam Smith según la cual la tasa de beneficio decrece en el tiempo, ya que y en la medida en que se sigue acumulando capital; se suponía que el beneficio era función inversa del capital. La doctrina sobre la tasa decreciente de beneficio de Ricardo se sigue por una tautología triunfal de su intento por determinar el resto de participaciones de los factores en la renta total. Cuando los beneficios caen hasta cero, o en todo caso hasta un nivel bajo, el capital deja de acumularse y alcanzamos el «estado estacionario» de Ricardo.

Ricardo, más aún que Smith, deja completamente fuera al empresario. Después de todo, no puede desempeñar ningún papel desde el momento en que todo se halla siempre en un equilibrio a largo plazo y no existe riesgo o incertidumbre. Igual que para Smith, sus «beneficios» son la tasa de rendimiento a largo plazo, es decir, el tipo de interés. Por otra parte, en el equilibrio a largo plazo todos los beneficios son uniformes, ya que las empresas se desplazan con rapidez desde las industrias de bajo a las de alto beneficio, así hasta que se produce la igualación. Es entonces cuando tenemos unos «beneficios» con una tasa uniforme y permanente por toda la economía.

---

renta de Ricardo». Sin embargo, no se dieron cuenta de que «lo que hacían no era generalizar el esquema de Ricardo, sino trastornarlo». Schumpeter, *op. cit.* nota 3, pp. 674n, 675-76.

El Profesor F.W. Fetter nos ofrece una explicación plausible de la confusión en que suele caer Ricardo cuando habla del equilibrio a largo plazo y de los ajustes instantáneos que se producirían en el mundo real. Fetter señala que Ricardo no estaba familiarizado con la práctica de los negocios y la industria (al contrario de lo que ocurría con J.B. Say), sino con los mercados de bonos estatales y de divisas. Ricardo «solía dar por supuesto que, incluso en la industria y en la agricultura, el ajuste tiene lugar sobre la base de diferencias de precios tan pequeñas, y casi tan rápidamente, como en el arbitraje de títulos del estado y del cambio de divisas.»[6]

Volviendo al mundo ricardiano: obsérvese que Ricardo *no* dice que el coste del cereal se eleve en el tiempo porque las rentas de la tierra cerealista aumenten constantemente. Él ha de deshacerse de la variable renta, y sólo lo puede hacer suponiendo que la renta es cero en el margen, y que, por lo tanto, jamás constituye una parte de los costes. La renta, entonces, efectivamente es cero. ¿Por qué sube entonces el coste del cereal? Como ya hemos indicado, porque la cantidad de trabajo que se necesita para producir cereal, y de ahí el coste de la producción del cereal, se eleva en el tiempo. Esto nos lleva a la teoría ricardiana del coste y del valor. Las rentas quedan excluidas de la misma. Tampoco los salarios son costes, porque una de las claves del sistema de Ricardo es que los aumentos de los salarios sólo conducen a un descenso de los beneficios, *no* a una subida de los precios. Si el aumento de los salarios significa que los costes se incrementan, entonces Ricardo —con su teoría del valor y del precio basada en el coste— tendría que decir que los precios se elevan y no que los beneficios caen necesariamente. Ricardo considera los salarios como uniformes, ya que él, lo mismo que Marx más tarde, sostenía que el trabajo es homogéneo en calidad. Pero eso no sólo significa que los salarios sean uniformes sin más; es que Ricardo puede entonces considerar como parte clave de su coste de trabajo la cantidad de trabajo incorporado en cualquier producto. Por lo tanto, las diferencias en la calidad o productividad del trabajo pueden descartarse sencillamente como triviales y como una versión ligeramente más compleja de la cantidad de horas de trabajo. La cualidad se ha transformado rápidamente, y como por arte de magia, en cantidad.

Hemos llegado al filo de la teoría ricardiano-marxiana del valor basado en el trabajo. Hasta el momento sólo contamos con una teoría del coste basada en la cantidad de trabajo. En este punto, Ricardo vaciló entre una estricta teoría del coste fundada en el trabajo y una teoría de la cantidad de trabajo más la tasa uniforme de beneficio. Sin embargo, puesto que la tasa uniforme de beneficio, presumiblemente en torno al 3-6 por ciento, es pequeña en comparación con la cantidad de horas de trabajo, puede disculparse que Ricardo des-

[6] Frank W. Fetter, «The Rise and Decline of Ricardian Economics», *History of Political Economy*, I (Primavera 1969), p. 73.

eche por irrelevante la parte del coste que corresponde a la tasa de beneficio. Y, dado que se supone que todas las tasas de beneficio son uniformes, y, como veremos, Ricardo contaba con una teoría del valor o del precio basada en el coste, podía descartar con facilidad la parte pequeña y uniforme, el beneficio, como insignificante en orden a explicar los precios relativos.

Por supuesto que es algo peculiar eso de considerar los beneficios, incluso los beneficios en tanto que interés a largo plazo, como parte de los «costes» de producción. Una vez más, esta práctica proviene de la eliminación de toda consideración de los beneficios y pérdidas empresariales, y de centrar la atención en el interés como un «coste» a largo plazo de la producción de ahorros y acumulación de capital.

Si para Ricardo los beneficios son siempre uniformes, ¿cómo se determina este beneficio uniforme? Curiosamente, los beneficios no se relacionan *en modo alguno* con los ahorros o la acumulación de capital; para él sólo son un residuo que queda después de pagar los salarios. En dos palabras, volviendo a nuestra ecuación original de la distribución ricardiana: producción (renta) total = renta + beneficios + salarios. Por increíble que parezca, Ricardo ha intentado determinar las variables con *sólo* una de ellas determinada de manera explícita. Como hemos visto, se suponía que la producción venía misteriosamente dada desde el exterior del sistema ricardiano. Los salarios («el» salario uniforme a lo largo de toda la economía) es la única variable que se determina explícitamente, y se determina como enteramente igual al coste de subsistencia incorporado en el coste de producción del cereal. Pero eso deja *dos* residuos a determinar, a saber, rentas y beneficios. El modo en que Ricardo trata de sortear ese problema es desprenderse de las rentas. Las rentas son el diferencial entre las tierras cultivadas y la tierra en uso menos productiva, de renta cero. El coste de producción del cereal es igual a la cantidad de horas de trabajo incorporadas a su producción. Puesto que en el margen las rentas son cero, no entran en los costes, y se determinan pasivamente; en el margen de no-renta, las participaciones del trabajo y del capital agotan la producción. Y, dado que se supone que los salarios vienen determinados por el coste del cultivo del cereal, esto significa que el beneficio *sólo puede* ser un verdadero residuo de los salarios; de otro modo, la variable vendría sobredeterminada y, como es evidente, el sistema se colapsaría.

Las supuestas leyes históricas se siguen del modelo. Puesto que una población en constante aumento obliga a cultivar tierra cada vez peor, el coste de trabajo de la producción de cereal (esto es, la cantidad de horas de trabajo requeridas para su producción) debe incrementarse de continuo. Y puesto que el precio viene determinado por el coste, el cual se supone que se reduce a la cantidad de horas de trabajo de la producción del bien, esto significa que el precio del cereal ha de aumentar en el tiempo. Pero, como los tipos de salario *real* se fijan siempre en el coste de subsistencia, y éste se supone que es el precio

del cereal, los tipos de salario monetario han de incrementarse de modo permanente en el tiempo (mientras los trabajadores permanezcan en el nivel de subsistencia), y, en consecuencia, en el curso de la historia los beneficios deben decrecer.

Adam Smith creía que la tasa de beneficio, o el tipo de rendimiento del interés a largo plazo, está determinada por la cantidad de capital acumulado, de modo que más capital conducirá a una tasa de beneficio decreciente. Aunque esta teoría no es completamente correcta, al menos entiende que existe *alguna* conexión entre el ahorro, la acumulación de capital y el interés o beneficio a largo plazo. Para Ricardo, sin embargo, no existe conexión alguna. El interés sobre el capital sólo es residual. Partiendo de una serie de falacias y supuestos holistas y blindados, se extraen finalmente conclusiones triviales, todas con un aire portentoso, y que supuestamente nos ofrecen conocimientos definitivos- sobre el mundo real. Schumpeter lo expresa con desdén: proposiciones tales como que «los beneficios dependen de los salarios» y la tasa decreciente de beneficio, son buenos ejemplos «del tipo de trivialidad íntimamente relacionado con el vicio ricardiano, que lleva a las víctimas, paso a paso, hasta una situación en la cual se tienen que rendir o tienen que permitir que se rían de ellas por negarse a admitir algo que ya ha llegado a ser *realmente* una trivialidad.»[7]

3.5 Ricardo y el sistema ricardiano, II: la teoría del valor

Esto nos lleva a la teoría del valor, o del precio, de Ricardo. Aunque admitió que la oferta y la demanda determinan día a día la formación de los precios del mercado, dejó a un lado este aspecto por carecer de toda relevancia, y se centró únicamente en el equilibrio a largo plazo, es decir, en el precio «natural» y la supuesta macro-distribución de la renta en dicho equilibrio. Descartó expeditivamente la utilidad como necesaria en último término para la producción, pero sin influencia alguna sobre el valor o el precio; en la «paradoja del valor» retuvo el valor de cambio y abandonó por completo la utilidad. Y no sólo eso: descartó de manera abierta y osada cualquier intento por explicar los precios de bienes no reproducibles, cuya oferta no pudiese aumentarse mediante el empleo de trabajo. De ahí que Ricardo desechase sin más cualquier pretensión de explicar los precios de bienes tales como las pinturas, cuya oferta es fija y no se pueden incrementar. En definitiva, abandonó toda pretensión de una explicación *general* de los precios de consumo. Llegamos así a la teoría ricardiana —y marxiana— propiamente dicha del valor trabajo.

Ya está completo el sistema ricardiano. Los precios de los bienes vienen determinados por sus costes, es decir, por la cantidad de horas de trabajo que

[7] Schumpeter, *op. cit*. nota 3, p. 653n [ed. esp., p. 723n].

se incorporan a ellos, más, de un modo insignificante, la tasa uniforme de beneficio. En concreto, dado que el precio de cada bien es uniforme, éste igualará el coste de producción en la tierra de cultivo de coste más elevado (esto es, de renta-cero) o tierra de cultivo marginal. En resumidas cuentas, el precio vendrá determinado por el coste, es decir, por la cantidad de horas invertidas en la tierra de renta-cero utilizada para producir el bien. Entonces, a medida que pase el tiempo y que la población aumente, se pondrán en uso suelos cada vez más pobres, de manera que el coste de producción seguirá incrementándose. Y lo hace porque la cantidad de horas de trabajo que se necesitan para producir cereal sigue aumentando, ya que el trabajo ha de emplearse sobre un suelo mucho más pobre. Por consiguiente, el precio del cereal sigue subiendo. Dado que los tipos de salario siempre se mantienen en el nivel de subsistencia (el coste del cultivo de cereal) por la presión de la población, esto significa que los salarios monetarios han de seguir subiendo en el tiempo a fin de que el salario *real* sea proporcional al precio siempre en alza del cereal. Los salarios se incrementarán en el tiempo, y, por ello, los beneficios decrecerán hasta alcanzar el estado estacionario.

Retornando a la idea de la renta en tanto que no incorporada al coste: si centramos nuestra atención, como deberíamos, en lo «micro» —en el agricultor o capitalista individual—, resultaría evidente que, en el proceso productivo, el individuo *debe* pagar renta para hacerse con el uso de cualquier porción de tierra. Y para hacerlo, habrá de ofrecer más que otras empresas tanto en su industria como en otras. La negativa de Ricardo a tener en cuenta incluso la empresa individual y su concentración en agregados holistas le permite pasar por alto el hecho de que las rentas, aun las diferenciales, se incorporan a los costes del mismo modo que lo hace *todo* gasto en factores de producción. Este es el único proceso que es real y que importa en el mundo real: el punto de vista de la empresa o del empresario individual. De hecho, no existe punto de vista «social» alguno porque la «sociedad» como entidad no existe.

El sistema de Ricardo es pesimista y en él impera el supuesto conflicto de clases inherente al mercado libre. En primer lugar, existe un conflicto tautológico, porque, dado el total fijo, las participaciones en la renta de un macrogrupo sólo pueden aumentarse a expensas de otro. Sin embargo, la cuestión en el mercado libre del mundo real es que, por lo general, la producción aumenta de modo que todo el pastel tiende a acrecentarse de continuo. Y, en segundo, si nos fijamos en los factores individuales y en cuánto es lo que ganan, tal y como hace la posterior teoría de la productividad marginal (y como hizo J.B. Say), entonces cada factor tiende a ganar su producto marginal, y no es necesario ya que nos preocupemos por las supuestas pero inexistentes leyes y conflictos de la distribución de la renta entre macro-clases. Ricardo no dejó de prestar atención al problema —o, mejor, problemas— básicamente incorrecto.

Pero aquí hay más conflicto de clases que el implicado en la tautológica aproximación-macro de Ricardo. Porque, si el valor sólo es el producto de las horas de trabajo, le es fácil decir a Marx, a fin de cuentas un neo-ricardiano, que todos los rendimientos del capital son deducciones explotadoras del total del producto del 'trabajo'. La exigencia socialista ricardiana de cesión de todo el producto a los trabajadores se sigue directamente del sistema ricardiano, aunque es claro que Ricardo y el resto de ricardianos ortodoxos no dieron ese paso. Ricardo habría respondido que el capital representa trabajo incorporado o congelado; pero Marx aceptó ese punto y replicó sin más que todos los productores laborales de capital, o trabajo congelado, deberían percibir la totalidad de su rendimiento. En realidad, *ambos* estaban equivocados; si queremos considerar los bienes de capital como *algo* congelado, tendríamos que decir, con el gran austriaco Böhm-Bawerk, que el capital es trabajo, *tierra* y *tiempo* congelados. En ese caso, el trabajo serían los salarios que se ganan, la tierra ganaría la renta, y el interés (o beneficios a largo plazo) sería el precio del tiempo.

En un intento por mitigar la burda falacia de la teoría del valor trabajo de Ricardo, analistas recientes han sostenido, como en el caso de Smith aunque en mayor medida, que él no pretendía tanto explicar la causa del valor y del precio cuanto *medir* los valores en el tiempo, y, así, el trabajo se consideró como una medida invariable del valor. Pero esto apenas mitiga los fallos de Ricardo; al contrario, a las falacias y excentricidades generales del sistema ricardadiano añade *otra importante*: la vana búsqueda de una inexistente quimera de invariabilidad. Porque los valores siempre fluctúan, y no existe un fundamento invariable y fijo del valor a partir del cual puedan medirse otros cambios de valor.

De esta manera, al rechazar la definición de Say del valor de un bien como su poder adquisitivo de otros bienes en el intercambio, Ricardo perseguía una entidad invariable, un poder inmóvil:

> Un franco no es medida de valor de nada, sino de una cantidad del mismo metal del que están hechos los francos, a menos que los francos y las cosas a medir puedan referirse a alguna otra medida común a los dos. Y pienso que pueden serlo, porque ambos son el resultado del trabajo; así que, en consecuencia, el trabajo es una medida común mediante la que puede estimarse el valor real y relativo de aquéllos.

Podría hacerse la observación de que ambos productos son resultado del capital, de la tierra, de los ahorros y de la acción empresarial tanto como del trabajo, y que, en cualquier caso, sus valores son inconmensurables a no ser en términos relativos de poder adquisitivo, tal y como, en efecto, había defendido Say.

Parte de la apasionada búsqueda de Ricardo de una medida invariable de valores provenía sin duda de su profundo cientismo. A Ricardo le interesa-

ban las ciencias naturales casi tanto como la economía. Desde su más temprana juventud le entusiasmaron las ciencias naturales, la mineralogía y la geología. Se incorporó a la Sociedad Geológica a los treinta años, al poco de su fundación. Es posible que la búsqueda por parte de Ricardo de una medida invariable de valores se basara en el modelo de la ciencia física: si en las ciencias físicas «ciencia» significaba medida, entonces seguro que esto también era necesario en las ciencias humanas. Como escribiera Emil Kauder: «Me atrevo a decir que Ricardo y sus contemporáneos creían que la economía sólo podría alcanzar la dignidad de ciencia si pudiese cimentarse sobre medidas objetivas al igual que la física newtoniana».[8]

Una lucha de clases todavía más fuerte y directa que la implicada por la teoría del valor trabajo se desprende de la concepción ricardiana sobre las relaciones entre los propietarios y la renta de la tierra. Los propietarios de tierras simplemente reciben un pago por los poderes del suelo, cosa que, al menos para muchos de los seguidores de Ricardo, significaba una retribución injusta. Por otro lado, la sombría visión del futuro que poseía Ricardo sostenía que los trabajadores se mantendrán en el nivel de subsistencia, que los capitalistas verán decrecer de modo inevitable sus beneficios —a estas dos clases les irá tan mal como siempre (trabajadores) o cada vez peor (capital) al tiempo que los ociosos e inútiles propietarios de tierras seguirán aumentando inexorablemente su participación en los bienes de este mundo. Las clases productivas padecen mientras que los ociosos terratenientes, favorecidos por los poderes de la tierra, se benefician a costa de los productores.[9] Ricardo anticipa a Marx, pero, más aún a Henry George. El espectro de la nacionalización de la tierra o del impuesto único que absorbe toda la renta de la tierra deriva directamente de Ricardo.

Una de las mayores falacias de la teoría de la renta de Ricardo es que ignora el hecho de que los propietarios *desempeñan* una función económica vital: destinan la tierra a su uso mejor y más productivo. La tierra no se asigna por sí misma; tiene que *ser* asignada, y sólo quienes reciben una retribución por dicho servicio tienen el incentivo, o la capacidad, para destinar diversas parcelas de tierra a sus usos más beneficiosos y, por ello mismo, más productivos y económicos.

Ricardo no llegó a la expropiación de la renta de la tierra por parte del gobierno. Su solución a corto plazo consistía en solicitar la rebaja del arancel

---

[8] Emil Kauder, «The Retarder Acceptance of the Marginal Utility Theory», *Quarterly Journal of Economy*, 67 (Nov. 1953), p. 574.

[9] Según el resumen que hace St Clair de la postura de Ricardo, los propietarios de tierras, «aunque no aportan nada de trabajo o sacrificio personal, sin embargo recibirán una porción cada vez mayor de la riqueza creada realmente por la comunidad». Oswald St Clair, *A Key to Ricardo* (Nueva York: A.M. Kelley, 1965), p. 3.

sobre el cereal, o incluso la de revocar por completo las leyes sobre cereales (*Corn Laws*). El arancel sobre el cereal mantenía su precio alto y aseguraba que se cultivase la tierra cerealista del país inferior y de elevado coste. La revocación de las leyes sobre cereales permitiría a Inglaterra importar cereal barato, y, de este modo, posponer durante un tiempo el uso de tierra inferior y de elevado coste. Los precios del cereal serían más bajos durante un tiempo, por lo que los salarios monetarios bajarían al instante, y se incrementarían los beneficios, que se sumarían a la acumulación de capital. El temible estado estacionario se alejaría del horizonte.

Otra acción de Ricardo contraria a los propietarios de tierra tenía un cariz político: con la entrada en el Parlamento mediante su alianza con Mill y el resto de radicales benthamitas para la reforma democrática, Ricardo esperaba desplazar el poder político desde el control de la aristocracia, que en la práctica significaba la oligarquía terrateniente, hacia la masa del pueblo.

Y si Ricardo era demasiado individualista o tenía sus escrúpulos para aceptar todas las consecuencias lógicas del sistema ricardiano, no ocurría lo mismo con James Mill. James Mill fue el primer «georgista» destacado que exigió de un modo abierto y entusiasta un único impuesto sobre la renta de la tierra. Desde su importante puesto en la Compañía de la India Oriental, Mill se sentía en condiciones de influir sobre las medidas políticas del gobierno de la India.

Antes de acceder a ese puesto, Mill tuvo la osadía de escribir y publicar una voluminosa *History of British India* (1817) sin haber pisado jamás aquel país o conocer siquiera alguna de sus lenguas. Aferrado a la desdeñosa visión de que la India estaba enteramente sin civilizar, defendió un impuesto único «científico» sobre la renta de la tierra. Como ricardiano, estaba convencido de que un impuesto sobre la renta de la tierra no era un impuesto sobre el coste, y que, *por lo tanto*, no reduciría el incentivo de oferta de ningún bien o servicio. Por ello, un impuesto sobre la renta de la tierra no supondría ningún efecto perjudicial para la producción, únicamente el de eliminar las ganancias mal adquiridas de los propietarios de las tierras. En efecto, ¡un impuesto sobre la renta de la tierra no sería un impuesto! El impuesto rústico podría llegar hasta el cien por cien del producto social causado por la fertilidad diferencial del suelo. Según Mill, el estado podría entonces destinar este impuesto nada costoso a la mejora pública, y en buena medida a la función de preservar la ley y el orden en la India.

Saltan a la vista las perniciosas consecuencias de la falaz idea según la cual alguna parte del gasto de producción no es, de algún modo, desde un punto de vista holista o social, «realmente» una parte del coste. Pues si un gasto no forma parte del coste, en algún sentido no es necesario a la aportación que hacen los factores a la producción. Y, en consecuencia, el gobierno puede confiscar esta renta sin ninguna consecuencia perniciosa. A pesar de su profundo pesimismo sobre la naturaleza y consecuencias del mercado libre, Ricardo, de manera sorprendente y con mayor energía que Adam Smith, era resuel-

tamente partidario del *laissez-faire*. Es probable que la razón de ello estuviese en su arraigada convicción de que prácticamente todo tipo de intervención del gobierno sólo puede empeorar las cosas. Los impuestos debían ser mínimos, ya que dañan la acumulación de capital y lo desvían de sus mejores usos, como hacen los aranceles con las importaciones. Las leyes de pobres —los sistemas de bienestar— sólo empeoran las presiones malthusianas de la población sobre los salarios. Y, como partidario de la ley de Say, se oponía tanto a las medidas del gobierno para estimular el consumo como a la deuda pública. En términos generales, Ricardo afirmaba que lo mejor que puede hacer el gobierno para estimular el mayor desarrollo de la industria es eliminar los obstáculos al crecimiento que el propio gobierno crea.

Mientras que la opinión de Adam Smith sobre el mercado libre se centraba en el carácter siniestro de la depredadora acción del gobierno, lo que más le impresionaba a Ricardo era su palmaria y permanente ineptitud y el perjuicio que causa a la productividad. En una carta de Ricardo a James Mill, enviada en 1817 desde Alemania, se observa con cierta gracia: «Nos hemos demorado mucho por la tardanza del Correo alemán que, por ser un monopolio, es evidente que está muy mal administrado...»

Alexander Gray ha sido quien mejor y más ingeniosamente ha descrito la paradoja del pesimismo de Ricardo en relación con el supuesto conflicto de clases en el mercado libre y su decidida oposición a casi toda intervención del gobierno:

> Tal es el esquema de la distribución ricardiana; en lugar de la vieja armonía de intereses, ha puesto el conflicto y el antagonismo en el corazón de las cosas. «Al interés del propietario de tierras siempre se le opone el del consumidor y el fabricante.» Del mismo modo, los intereses del trabajador y del patrón se hallan eterna e irreconciliablemente encontrados; cuando uno gana, el otro pierde. Además, la perspectiva de todos, excepto del terrateniente, es un proceso de continuo empeoramiento. ...Sin embargo, Ricardo sigue siendo imperturbablemente contrario a toda intervención. «Tales son —dice— las leyes por las que se regulan los salarios»; y añade inconsecuentemente, «como todos los demás contratos, los salarios deberían dejarse en manos de la justa y libre competencia del mercado, y jamás deberían ser controlados por la interferencia de la legislatura». Dado el profundo pesimismo ricardiano, sería oportuno preguntar por qué no habría de haber interferencia. Un optimista que celebre la providencia de Dios y crea que todo está bien en relación con el interés privado ilustrado tiene derecho a enarbolar el gallardete del *laissez-faire*, pero un pesimista que sólo espera malos días y peores tiempos no debería oponerse en principio a la intervención, a menos que su pesimismo sea tan profundo que le lleve a la convicción de que, si bien son malas todas las enfermedades, cualquier remedio es aún peor.[10]

[10] Alexander Gray, *The Development of Economic Doctrine* (Londres: Longmans, Green and Co., 1931), pp. 186-7.

Por último, un fallo fundamental y fatal de todo el planteamiento del sistema de Ricardo radica en el hecho de haber comenzado por un final erróneo. Parte de una obsesiva fijación por las leyes de distribución de la macro-renta; su teoría del valor y del precio no es más que un apéndice subsidiario que le permite sostener que los salarios no son una parte del coste, y que, por lo tanto, el único efecto del alza de los salarios es el descenso de los beneficios. En suma, Ricardo jamás comprendió la cuestión clave que sí entendió su colega continental, J. B. Say: que *no existen* leyes de la distribución de la macro-renta. La economía sólo establece «micro»-leyes que determinan el precio, incluso los de los diversos factores de producción. Por supuesto que, en cierto sentido, la distribución de la renta es en la práctica resultado de los precios de los factores determinados por el mercado; pero esta 'distribución' también depende de los beneficios y pérdidas empresariales, en una palabra, de las respuestas empresariales al riesgo y a la incertidumbre, así como de la oferta de los respectivos factores en un momento dado. Nada de esto último puede determinarlo la teoría económica. Una vez más, Ricardo perseguía una quimera, con lo que desvió la teoría económica británica o, mejor, la llevó a un callejón sin salida.

En otras palabras, el análisis francés (Cantillon-Turgot-Say) del libre mercado demostró que en el mercado no *se da* un proceso separado de distribución de la renta, al contrario de lo que ocurriría bajo una economía controlada por el estado o socialista. La «distribución» es la consecuencia indirecta de la libre producción, del libre cambio y de la determinación de los precios.[11]

Todo esto lo ignoraba David Ricardo, que desconocía total o casi totalmente el hecho de que la economía es una red de «micro»-relaciones que enlazan las utilidades individuales, los intercambios y los precios. Como ha señalado Frank Knight, Ricardo negó en una carta a su discípulo McCulloch que «las grandes cuestiones» de la distribución de la macro-renta estuviesen «esencialmente ligadas» a la teoría del valor. Y, además, Ricardo y sus seguidores «apenas insinuaron un sistema de organización económica producido y dirigido por las fuerzas del precio».[12]

Conviene añadir algo más sobre los fundamentales fines económicos de Ricardo. Censura a Adam Smith por interesarse ante todo por la riqueza total de la nación y no por la macro-distribución de la renta, y prosigue con su hostilidad malthusiana al crecimiento de la población preguntándose qué sentido tiene fijarse en la renta bruta y no en la neta. Como se expresa en un famoso y asombroso pasaje:

---

[11] Schumpeter, *op. cit*. nota 3, pp. 567-68.

[12] Frank H. Knight, «The Ricardian Theory of Production and Distribution», en *On the History and Method of Economics* (Chicago: University of Chicago Press, 1956), p. 41. Véase también *ibid*., pp. 61-63.

> qué ventaja resultaría para un país del empleo de una gran cantidad, mayor o menor, de trabajo productivo, si su renta y beneficios netos fuesen los mismos... Para un individuo con un capital de 20.000 libras y cuyos beneficios fuesen de 2.000 libras al año, habría diferencia en el hecho de que su capital emplease a cien o mil hombres... siempre y cuando, en todos los casos, sus beneficios no disminuyesen por debajo de 2.000 libras. ¿No es el mismo el interés real de la nación? Siempre que sus ingresos netos reales, su renta y beneficios sean los mismos, no tiene relevancia que la nación tenga diez o doce millones de habitantes.

La diferencia entre diez y doce millones puede que para Ricardo no sea diferencia, pero creo que constituye una diferencia considerable para los dos millones que no cuentan, para sus padres y parientes. No hay un mejor ejemplo del economista utilitarista agregativo que considera la economía desde el punto de vista holista del amo de esclavos, y no desde el de los individuos del mercado. Como dice Alexander Gray a su manera ingeniosa y perspicaz:

> La lógica [de Ricardo] conduciría a la conveniencia de que se reduzca la población a uno, y que ese último resto produzca un vasto beneficio neto con la ayuda de sortilegios e ingenios mecánicos. La repelente doctrina de que el hombre existe para producir riqueza, más bien que la riqueza existe para uso del hombre halla aquí su expresión clásica.[13]

3.6 La ley de la ventaja comparativa

Incluso los más hostiles críticos del sistema ricardiano han concedido que, por lo menos, David Ricardo hizo una contribución vital al pensamiento económico y a la causa en favor de la libertad de comercio: la ley de la ventaja comparativa. Los defensores del libre comercio del siglo XVIII, incluido Adam Smith, al destacar la gran importancia de la interacción de la división internacional del trabajo, fundaron sus doctrinas en la ley de la «ventaja absoluta». Esto es, los países deben especializarse en aquello que hagan mejor o de un modo más eficiente, y luego intercambiar estos productos; es así como los pueblos de ambos países prosperarán. Este punto es relativamente fácil de argumentar. No es necesario insistir para comprender que los Estados Unidos no deben molestarse en producir plátanos (o, mejor, en términos de microeconomía, que los individuos o empresas de los Estados Unidos no deben molestarse en hacerlo), sino más bien en producir algunas otras cosas (por ejemplo, trigo, bienes manufacturados) e intercambiarlas por los plátanos que se cultivan en Honduras. A pesar de todo, existen escasos cultivadores de plátanos en los EE UU que demandan un arancel proteccionista. Mas ¿qué sucedería si el caso *no fuera* tan claro y las empresas americanas del acero o de semiconductores demandasen dicho proteccionismo?

[13] Gray, *op. cit.* nota 10, pp. 188-89.

La ley de la ventaja comparativa trata de resolver esos casos complicados, por lo que es indispensable para la defensa del libre comercio. Esa ley afirma que *incluso si*, por ejemplo, el país *A* es más eficiente que el País *B* en la producción de dos artículos, *X* e *Y*, pagará a sus propios ciudadanos para que se especialicen en la producción de *X* en cuya producción son los *mejores*, y comprará al país *B* el artículo *Y*, que, aunque lo produce mejor, no posee una ventaja comparativa tan amplia como en la fabricación del artículo *X*. En otras palabras, cada país no debe producir únicamente aquello en cuya fabricación posee una ventaja absoluta, sino aquello en lo que es *el mejor*, o incluso el menos malo, es decir, aquello en cuya producción tiene una ventaja *comparativa*.

Si, pues, el gobierno del país *A* impone un arancel proteccionista sobre las importaciones del artículo *Y*, y mantiene por la fuerza una industria productora de ese artículo, este privilegio especial dañará a los consumidores del país *A* al mismo tiempo que, como es obvio, al pueblo del país *B*. Porque el país *A*, igual que el resto del mundo, pierde la ventaja de especialización en la producción de aquello en lo que es el mejor, toda vez que buena parte de sus escasos recursos quedan forzosa e ineficientemente bloqueados en la producción del artículo *Y*. La ley de la ventaja comparativa destaca el hecho importante de que un arancel proteccionista en el país *A* causa perjuicios a las industrias eficientes y a los consumidores de ese país, tanto como al país *B* y al resto del mundo.

Otra consecuencia de la ley de la ventaja comparativa es que, bajo el libre comercio, ningún país o región de la tierra va a quedar fuera de la división internacional del trabajo. Ya que la ley expresa que *incluso si* un país se halla en una condición tal de pobreza que no tiene ventaja absoluta alguna en la producción de *nada*, todavía le sigue siendo rentable a los países con los que mantiene relaciones comerciales, es decir a la gente de otros países, al permitirles producir aquello en lo que es *menos malo*.

En este sentido, los ciudadanos de todo país se benefician del comercio internacional. Ningún país es demasiado pobre o ineficiente como para quedar fuera del comercio internacional, y todo el mundo se beneficia de los países que se especializan en aquello en lo que son los mejores o menos malos —en otras palabras, en todo aquello en que poseen una ventaja comparativa.

Hasta hace poco, todos los historiadores del pensamiento económico han creído que David Ricardo expuso por vez primera la ley de la ventaja comparativa en sus *Principles of Political Economy* de 1817. No obstante, investigaciones recientes llevadas a cabo por el Profesor Thweatt han demostrado, no sólo que Ricardo no fue el primero que formuló esta ley, sino que ni siquiera la entendió, ni mostró el más mínimo interés por ella, aparte de que apenas desempeñó papel alguno en su sistema. En sus *Principios*, Ricardo sólo dedicó escasos párrafos a esta ley; el tratamiento que de ella hizo era superficial y estaba desvinculado del resto de su obra así como de su exposición relativa al comercio internacional.

El descubrimiento de la ley de la ventaja comparativa tuvo lugar mucho antes. El problema del comercio internacional surgió en la conciencia pública de Gran Bretaña cuando Napoleón impuso los decretos de Berlín de 1806 ordenando el bloqueo comercial de su enemiga Inglaterra con el continente europeo. Inmediatamente, el joven William Spence (1783-1860), fisiócrata y subconsumista inglés que detestaba la industria, publicó en 1807 su *Britain Independent of Commerce*, que aconsejaba a los ingleses que no se preocupasen por el bloqueo, porque sólo la agricultura es económicamente importante; y que si todos los propietarios de tierras querían gastar sus rentas en consumo, todo iría bien.

La obra de Spence desencadenó una amplia controversia, estimulando las obras tempranas de dos economistas británicos dignos de mención. Uno era James Mill, que publicó una recensión crítica de la obra de Spence en la *Eclectic Review* de diciembre de 1807, escrito que amplió el año siguiente incluyéndolo en su libro *Commerce Defended*. Fue en su crítica a Spence donde Mill atacó las falacias subconsumistas, introduciendo la ley de Say en Inglaterra. La otra obra era el primer libro del joven Robert Torrens (1780-1864), un oficial anglo-irlandés de la Real Infantería de Marina, su *The Economists Refuted* (1808).[14] Desde hace tiempo se ha sostenido que Torrens fue el primero en enunciar la ley de la ventaja comparativa y que luego, como señala Schumpeter, al tiempo que Torrens «bautizaba el teorema», Ricardo lo «elaboró y luchó victoriosamente por él».[15] Pues bien, resulta que esta opinión es errónea en sus dos puntos clave, es decir, Torrens *no* bautizó la ley, y Ricardo apenas la desarrolló o luchó por ella. Primero, porque James Mill ya presentó la ley —bien que incompleta— en su *Commerce Defended* mejor que Torrens el mismo año. Además, Torrens, no Mill, cometió en su consideración varios errores mayúsculos. En primer lugar, reivindicó que el comercio rinde mayores beneficios a la nación que importa bienes y artículos de primera necesidad no perecederos frente a los perecederos o artículos de lujo. En segundo, también sostuvo que las ventajas del comercio doméstico son más permanentes que las del exterior, y también que *todas* las ventajas del comercio se quedan en casa, mientras que parte de las ventajas del comercio exterior se desvían en beneficio de los extranjeros. Y, finalmente, siguiendo a Smith y anticipando a Marx y Lenin, Torrens afirmaba que el comercio *exterior*, al extender la división del trabajo, crea un excedente que sobrepasa las necesidades domésticas y al cual habrá que «dar salida» a través de exportaciones.

Seis años después, James Mill se adelantó de nuevo a Robert Torrens formulando los rudimentos de la ley de la ventaja comparativa. En el número de julio de 1814 de la *Eclectic Review*, Mill defendió el libre comercio frente al apoyo que Malthus diera a las leyes sobre cereales en sus *Observations*. Mill señalaba que, al dedicarse al comercio exterior, los trabajadores del interior conseguirían más

---

[14] Torrens sirvió en la Real Infantería de Marina desde 1797 a 1834.

[15] Schumpeter, *op. cit*. nota 3, p. 607 [p. 674].

comprando productos importados que produciendo ellos mismos todos los bienes. El estudio de Mill fue repetido en buena medida por Torrens en su *Essay on the External Corn Trade* publicado en febrero del año siguiente. Más aún, Torrens alabó de manera explícita en su obra el ensayo de Mill.

Mientras tanto, al tiempo que el coste comparativo desencadenaba cierta agitación entre sus amigos y colegas, David Ricardo no manifestó interés alguno por esta línea de pensamiento. Por cierto, Ricardo intervino para secundar el ataque de su mentor Mill al apoyo de Malthus a las *Corn Laws* en su *Essay on... Profits*, publicado en febrero de 1815. Sin embargo, la línea argumental de Ricardo fue exclusivamente «ricardiana», esto es, basada únicamente en el particular sistema ricardiano. En efecto, Ricardo no mostró interés alguno por el libre comercio en general o por los argumentos en su favor; su razonamiento estaba consagrado a la importancia de rebajar y abolir el arancel sobre el cereal. Como ya hemos observado, esta conclusión fue deducida del personal sistema ricardiano, que presentaría completo dos años después en sus *Principios*. Para Ricardo, la clave del enfriamiento del crecimiento económico en cualquier país, y en particular en la desarrollada Gran Bretaña, era la «escasez de tierra», la opinión de que cada vez se empleaban necesariamente tierras más pobres. En consecuencia, el coste de subsistencia no hacía otra cosa que elevarse, de donde el incremento del salario monetario general (que debe ser de subsistencia). Pero este inevitable aumento secular de los salarios debe hacer que los beneficios de la agricultura decrezcan, cosa que, por su parte, hace caer todos los beneficios. En ese sentido, cada vez se desanima más la acumulación de capital, hasta desaparecer finalmente por completo. Para Ricardo, la rebaja o abolición del arancel del cereal (o de otro alimento) era el modo ideal de posponer la inevitable catástrofe. Al importar cereal del exterior se aplaza la disminución de la fertilidad de la tierra cerealista. El coste del cereal, y por lo tanto de la subsistencia, caerá bruscamente, y, en consecuencia, los salarios en dinero caerán *pari passu*, incrementando de esta manera los beneficios, y estimulando la inversión de capital y el crecimiento económico. En ningún lugar se insinúa la doctrina del coste comparativo o cosa parecida.

Y ¿qué decir del Ricardo maduro, el de los *Principios*? Una vez más, exceptuando los tres párrafos sobre la ventaja comparativa, Ricardo no muestra interés alguno por el teorema; al contrario, repite el argumento ricardiano en favor de la revocación de las leyes sobre cereales. De hecho, la consideración que hace sobre el comercio internacional en el resto del capítulo se expresa en términos de la teoría smithiana de la ventaja absoluta y no tanto en los de la ventaja comparativa que hallamos en Torrens y, de modo particular, en Mill.

Además, los tres párrafos sobre la ventaja comparativa no sólo eran confusos y se redactaron sin cuidado; es que constituyeron la única referencia, bastante breve, que Ricardo jamás haría a la misma. Realmente fue la única mención a lo largo de toda su doctrina. Incluso la imprevista referencia de

Ricardo a Portugal y su absurda hipótesis de que los portugueses poseían una ventaja absoluta sobre Gran Bretaña en la producción de tejido, parece demostrar su falta de interés serio por la teoría del coste comparativo.

Por otra parte, las ideas sobre el comercio exterior de los *Principios* de Ricardo no merecieron en aquel tiempo casi ningún comentario; los escritores se centraron en su teoría del valor trabajo y en su opinión de que los tipos de salario y la tasa de beneficio se mueven siempre inversamente, los primeros determinando a los segundos.

Si a Ricardo no le interesó en absoluto la teoría de la ventaja comparativa, y jamás escribió sobre ella más que en este pasaje aislado de los *Principios*, ¿qué pintaba en los *Principios*? La convincente hipótesis del Profesor Thweatt dice que la ley fue introducida en los *Principios* por el mentor de Ricardo, James Mill, sobre quien sabemos que escribió los borradores originales y las revisiones de muchas partes del *magnum opus* de Ricardo. También sabemos que Mill le recordó a Ricardo con insistencia que incluyese una consideración de las proporciones del coste comparativo. Como hemos visto, Mill dio origen a la ley del coste comparativo, y fue el primero en desarrollarla ocho años después. Y no sólo eso: mientras que Ricardo abandonó la teoría tan pronto como la enunció en los *Principios*, Mill amplió el análisis de la ventaja comparativa, primero en su artículo sobre las «Colonias» para la *Encyclopedia Britannica* (1818) y luego en su libro de texto, *The Elements of Political Economy* (1821). Una vez más, Robert Torrens siguió a Mill, repitiendo sin novedad alguna las ideas del segundo en 1827, en la cuarta edición de su *Essay on the External Corn Trade*.[16] Entretanto, George Grote, un consagrado discípulo milliano, escribió en 1819 un importante ensayo inédito en el que se exponía la concepción de Mill sobre la ventaja comparativa.

De este modo, una vez más, James Mill, merced a su fuerza mental y su carisma personal, fue capaz de incorporar al «sistema ricardiano» un nuevo análisis de su propia cosecha.[17] Es verdad que Mill fue un seguidor incondicional del sistema ricardiano, tanto como Ricardo mismo; sin embargo, poseía una visión y una erudición superiores a las de su amigo, y le interesaban muchos más aspectos de las disciplinas que versaban sobre la acción humana. Es probable que Mill, el inveterado discípulo y hombre de segunda fila, fuera el número uno más a menudo de lo que nadie haya podido sospechar.

---

[16] Por otro lado, Torrens no estaba en condiciones de asumir el liderazgo de las fuerzas del libre comercio, ya que había abandonado su anterior defensa radical del libre comercio unilateral en favor de acuerdos de comercio recíproco entre países. En cuanto al paisano escocés y compañero en el liderazgo ricardiano de Mill, John Ramsey McCullogh, se adhirió a la línea smithiana repudiando públicamente la doctrina del coste comparativo.

[17] Véase William O. Thweatt, «James Mill and the Early Development of Comparative Advantage», *History of Political Economy*, 8 (Verano 1976), pp. 207-34.

CAPÍTULO IV

EL DECLIVE DEL SISTEMA RICARDIANO, 1820-48

4.1 El enigma de la popularidad de Ricardo

¿Cómo se explican la popularidad de los *Principles* de Ricardo y el largo dominio del sistema ricardiano? Al escribir el prefacio a la segunda edición de su gran *Theory of Political Economy* de 1879, el «revolucionario» de la utilidad marginal W. Stanley Jevons se vio obligado a quejarse del prolongado dominio de la doctrina ricardiana, y a lamentar que «ahora que por fin se está estableciendo un sistema verdadero de economía, se verá que aquel hombre capaz pero cabezonamente equivocado, David Ricardo, orientó la economía por un camino equivocado...». Cierto. Pero Ricardo triunfó con una teoría que no sólo distaba mucho de ser evidente, sino que era en muchos sentidos estrafalaria (como la teoría del valor-trabajo), y, además, escribió su obra en un estilo tan abstruso y oscuro que a duras penas podía esperarse que se impusiera entre el gran público o entre los más interesados por la economía.

Parte de la explicación, como señalaría Schumpeter, es que Ricardo se hallaba políticamente en consonancia con el *Zeitgeist*. Aun cuando su metodología poseía un grado tal de abstracción capaz de divorciarla de la realidad y falsificarla, a Ricardo no le motivaba tanto la teoría abstracta cuanto su aplicación en la propuesta de conclusiones político-económicas. Al igual que Mill, Ricardo se consagró al libre comercio, al *laissez-faire* y, como veremos, al dinero metálico, y lo que hizo fue poner su sistema abstracto, igual que un martillo, al servicio de aquéllos. En Inglaterra, en los círculos de hombres de negocios e intelectuales, esta ideología se estaba convirtiendo en el movimiento del futuro.[1]

[1] J.A. Schumpeter, *History of Economic Analisys* (Nueva York: Oxford University Press, 1954), p. 473 (cursiva en el original) [trad. esp.: *Historia del Análisis Económico* (Barcelona: Ariel, 1971)].

Mas, ¿qué decir de la pésima escritura de Ricardo, tanto en su estilo como en su organización? La sincera crítica de Alexander Gray es bastante certera:

> En cuanto a la forma, más que a la sustancia, de los escritos de Ricardo, baste quizá con decir que no era escritor. Él mismo se percató algo de que era un mal escritor, pero no es seguro que haya podido saber toda la verdad. Constituye una adulación gratuita considerar su principal obra, *The Principles of Political Economy and Taxation*, siquiera como un libro. Más bien sugiere los despojos del estudio de un hombre atareado, capítulos de extensión muy diversa, a los que, evidentemente, le costó dotar de un orden apropiado, comentarios y notas farragosos sobre cuestiones que interesaban al autor. Puede decirse en su defensa que Ricardo... no pretendió escribir un libro. En efecto, sus libros no eran otra cosa que notas escritas para sí mismo y sus amigos, publicados a instancias de éstos [en realidad, amigos de Mill]. Pero éste es un pobre consuelo para el solitario viajero perdido en la jungla ricardiana.[2]

De todas formas, es muy posible que la razón del éxito de Ricardo fuese precisamente su abstrusa oscuridad. Porque, para mucha gente, legos y profesionales por igual, la oscuridad y la mala escritura son sinónimas de profundidad. Y si no pueden entenderla, y oyen por todas partes que fulano es un gran hombre y que sus teorías están de actualidad, entonces redoblarán su creencia en la profundidad de aquél.[3,4] La oscuridad posee muchos atractivos.

---

[2] Alexander Gray, *The Development of Economic Doctrine* (Londres: Longmans, Green and Co., 1931), pp. 170-71. Comentando que Ricardo habitualmente formulaba conclusiones generales seguidas de reservas y renuncios apenas entredichos que permitían a sus seguidores reivindicar que continuadores de la lógica ricardiana como Marx y Henry George «tergiversaban» a Ricardo, Gray replica que «quizá la última lección que pueda sacarse de Ricardo es que los adornos literarios no son meramente cuestión ornamental, sino elementos útiles, y que aquel que no sea ducho en el arte de la expresión, tiene toda la culpa de que se le tergiverse». Así es. *Ibid*., p. 189.

[3] No se ha escrito un pasaje más delicioso sobre la efectividad de lo oscuro que el que encontramos en el brillante ensayo de H.L. Mencken sobre la obra de Thorstein Veblen: «Lo genuinamente destacable de ellas [las ideas de Veblen] no era su novedad, o su complejidad, ni siquiera el hecho de que un profesor las albergara; era el estilo pasmosamente grandioso y rococó de su exposición, el tedio y pomposidad casi increíbles de la prosa del superdotado maestro, su talento sin precedentes para no decir nada de un modo augusto y heroico... Si uno hiciese un túnel a través de sus morrenas y estalagmitas de palabras, excavase dentro del perímetro de sus discordantes y estridentes palabras polisilábicas, hiciese saltar por los aires el duro y grueso caparazón de su estilo casi teológico, lo que descubriría principalmente en su discurso sería una masa de tópicos —lo evidente hecho horripilante, lo obvio en términos de sorprendente.

»Me atrevo a decir que ya Marx, con anterioridad, no se había quedado corto en esto, y que lo que Marx pasó por alto lo dijeron una y otra vez sus herederos y depositarios. Mas, en este negocio, Marx trabajó con una desventaja técnica; escribía en alemán, una lengua que realmente entendía. El Profesor Veblen no se sometió a dicha desventaja. Aunque nacido, creo, en estos Estados y residente en ellos toda la vida, consiguió, quizá sin poner los medios, pensar en una extraña lengua sobrenatural —sea el swahili, el sumerio o el búlgaro antiguo— y, después, traducir penosamente su pensamiento a un inglés copioso, aunque vacilante y libresco. La consecuencia fue un estilo que afectaba a los centros nerviosos superiores igual que el continuo retumbar de los trenes del metro. La segunda consecuencia, un aturdimiento sin concierto

Además, existen encantos especiales para los adeptos que se agrupan en torno a un gran hombre, el círculo de iniciados que reivindican —probablemente en justicia— que sólo *ellos* pueden entender de verdad su obra. Sólo ellos pueden penetrar en la niebla producida por la profundidad de la sabiduría del gran hombre. Schumpeter observa que «su círculo desarrolló la misma actitud de los niños que se encuentran con un juguete nuevo, actitud tan graciosa como también, desgraciadamente, melancólica de contemplar. Se creyeron en posesión de la clave del mundo. Sólo el que fuera demasiado estúpido para alcanzar las alturas ricardianas ignoraría el valor incalculable de la nueva doctrina».[5] La opacidad y dificultad del nuevo juguete sólo agudizaban el disfrute y el orgullo de los adeptos respecto al mismo. En nuestros días, este efecto se ve considerablemente aumentado merced al hecho de que la oscuridad aporta a discípulos y críticos mucho sobre lo que hablar y escribir, multiplicando de esta manera las oportunidades de hacer carrera de los eruditos en los tiempos que corren del «publica o muere».

Otra razón de la popularidad del ricardismo fue la persistente actividad de equipo del infatigable James Mill. Una de las importantes acciones de Mill consistió en contribuir a fundar en 1821 el Club de Economía Política de Londres, un club que muy pronto se convertiría durante muchos años en el centro de debate y del saber económico de Gran Bretaña. El desplazamiento de lugar de la economía, de Escocia a Inglaterra, que tuvo lugar a principios del siglo XIX, se caracteriza por el hecho de que este traslado fue también ocupacional. En Escocia, el pensamiento económico se había concentrado en las dos universidades mayores de Edimburgo y Glasgow, ejerciendo su influencia a través de los círculos académicos, literarios y de negocios, así como a través de miembros de clubes sociales de las dos ciudades. Por el contrario, en Inglaterra apenas existía la economía académica en los fosilizados cursos universitarios del momento. De los treinta miembros fundadores del Club de Economía Política sólo uno —Thomas Robert Malthus— era académico, profesor de economía política en el College que la Compañía de la India Oriental tenía en Haileybury. El resto de los principales economistas ingleses del club estaba integrado por David Ricardo, el hombre de negocios y financiero Thomas Brooke (1774-1858), junto con el coronel de la Real Infantería de Marina Robert

de los sentidos, como si se estuviese ante alguna maravilla fabulosa y sobrenatural. Y la tercera, si no me equivoco, la fama de Gran Pensador ganada por el profesor.» H.L. Mencken, «Professor Veblen», *A Mencken Crestomathy* (Nueva York: Knopf, 1949), pp. 269-70.

[4] St Clair dice del poeta y entusiasta ricardiano Thomas De Quincey: «De Quincey, gran admirador de Ricardo, atribuyó su oscuridad a la profundidad de pensamiento. Es natural, decía el autor de *Opium Eater*, que un hombre con un intelecto brillante se expresase con un lenguaje elíptico, difícil de seguir por personas de menos talento...» Oswald St Clair, *A Key to Ricardo* (1957, Nueva York: M. Kelley, 1965), p. xxiii.

[5] Schumpeter, *op. cit*. nota 1, p. 474 [trad. esp., p. 533].

Torrens, que presidió la primera reunión. El resto eran hombres de negocios, publicistas y funcionarios del gobierno.

Algunos años después empezaron a abrirse las oportunidades académicas. El amigo escocés y compañero de Mill en el liderazgo del ricardismo, John Ramsay McCulloch, que había impartido clases durante varios años, se convirtió en 1828 en profesor de economía política en el University College de Londres, incorporándose al Club de Economía Política poco después. Sin embargo, tras cuatro años de enseñanza, tuvo que dedicar el resto de su vida a sus actividades de director financiero. El primer puesto de economía en Oxford fue una cátedra fundada en 1825 por el banquero evangelista Henry Drummond, si bien la permanencia en la misma estaba limitada a sólo cinco años. El primer catedrático fue el joven abogado y destacado economista Nassau William Senior (1790-1864), hijo de un vicario anglicano de Berkshire, que había estudiado en Oxford y se había incorporado al Club de Economía Política cinco años antes.[6] El nuevo King's College, fundado el mismo año en Londres como University College (1828) y también como refugio tory y anglicano para contrarrestar a su vecino no confesional, nombró en 1831 a Senior para su propio puesto de economía política. Sin embargo, Senior fue destituido sin miramientos por publicar un panfleto instando a una reducción en el presupuesto del clero anglicano de Irlanda, así que tuvo que consumir el resto de su carrera como procurador de la propiedad inmobiliaria y jurista del gobierno, a excepción de otro periodo como profesor en la cátedra Drummond de Oxford (1847-52).

Cambridge despreciaba hasta tal punto la economía que su única aportación fue la de hacer que un joven jurista sin ninguna distinción en la materia, George Pryme, enseñase economía sin sueldo y a horas impopulares. Pryme enseñó en esas condiciones a partir de 1816 y durante más de cuarenta años, convirtiéndose de modo sorprendente en profesor de economía política en 1828. Al parecer, no escribió cosa alguna de economía, ni intervino en ningún debate importante.

4.2 El rápido declive de la economía ricardiana

Antes de lanzarse a explicar un problema hay que estar muy seguro de que el problema realmente existe. Desde luego que la respuesta al enigma de la popularidad y dominio de Ricardo sobre la economía inglesa es, en parte, la de que

[6] Los antepasados de Senior habían sido prósperos comerciantes. Su abuelo, Nassau Thomas Senior, se había convertido del judaísmo al cristianismo a mediados del siglo XVIII. El padre de Nassau Thomas, Moses Aaron Senior, había emigrado de Hamburgo en la década de 1720; descendía de un largo linaje de judíos hispano-portugueses, comerciantes y hombres de finanzas en España que emigrarían a Amsterdam y Hamburgo.

tal dominio fue en buena medida un mito. Hasta hace poco, la visión ortodoxa de la historia del pensamiento económico era que el ricardismo había dominado el pensamiento británico desde el tiempo de los *Principles*, pasando por la revolución abortada de Jevons de 1871, hasta la década de 1890, en que el neoricardismo de Alfred Marshall logró integrar la utilidad marginal en el seno de un marco básicamente ricardiano. Una de las últimas expresiones de esta ortodoxia aparecería en 1949, cuando el Profesor Sydney G. Checkland lamentó desde una perspectiva anti-ricardiana el modo en que los escoceses James Mill y McCulloch, lo mismo que Ricardo —el judío hispano-portugués—, expatriados de su cultura nativa, y, por lo tanto, probablemente alienados de la corriente principal de la vida inglesa, hicieron uso de brillantes tácticas de equipo para conseguir su hegemonía sobre el pensamiento inglés. Checkland entendía que Mill había sido el líder del equipo de los ricardianos, el que astutamente aconsejó a Ricardo que no se dignase dar publicidad a sus críticos respondiéndoles en la tercera edición de sus *Principles* de 1821. Mill escribió en 1821 sus *Elements of Political Economy* como libro de texto ricardiano, pero puesto que carecía de atractivo popular, el más joven, McCulloch, un tipo humano carismático, muy activo, ruidoso, corpulento y gran bebedor de whisky escocés, tomó el relevo como popularizador y propagador del ricardismo.

La primera revisión importante del mito del triunfo ricardiano apareció con la refutación que el marxista Ronald Meek haría de Checkland el siguiente año.[7] Checkland, comenta aquél, cometió el error fundamental —en la línea de J. M. Keynes— de considerar la ley de Say como equivalente al sistema ricardiano. Aunque Ricardo y McCulloch siguieron a Mill al tener en cuenta la gran importancia de la ley de Say, no la consideraron clave para el sistema ricardiano, que en realidad comprendía las teorías ricardianas del valor y la distribución. Mientras que la ley de Say se impuso en poco tiempo, con la sola y pasajera oposición de Malthus, el sistema ricardiano propiamente dicho tuvo que hacer frente a un destino muy distinto.

En efecto, al igual que consiguiera hacer en otras áreas de la historia del pensamiento económico, John Maynard Keynes desfiguró y distorsionó el desarrollo ricardiano en su *General History*. Fue Keynes y sólo él quien, en su obsesión por promover los déficit del gobierno y el inflacionismo, así como por atacar la ley de Say, hizo de dicha ley el rasgo central del sistema ricardiano. Y fue él también el que distorsionó los hechos presentando a Malthus como héroe proto-keynesiano que pedía a gritos una alternativa anti-Say y anti-ricardiana al sistema ricardiano. Malthus, por el contrario, y no obstante sus diversas diferencias, se tenía por smithiano, y, por lo general, mostró sus sim-

[7] S.G. Checkland, «The Propagation of Ricardian Economics in England», *Economica*, n. s., 16 (Feb. 1949), pp. 40-52; Ronald Meek, «The Decline of Ricardian Economics in England», *Economica*, n. s., 17 (Feb. 1950), pp. 43-62.

patías tanto por el ricardismo como por el propio Ricardo. El interés mostrado por Malthus en la supuesta «plétora general» y en la denuncia de la ley de Say, no era más que un efecto efímero de la depresión inglesa posterior a la guerra napoleónica. Con el retorno de la prosperidad a Inglaterra después de 1823, Malthus perdió todo interés por la cuestión de la superabundancia general y no volvió a escribir cosa alguna sobre la misma. Excepto entre unos pocos marginales del submundo económico, la ley de Say había triunfado; sin embargo, Malthus se negaría categóricamente a aliarse con ellos. Entre estos marginales, que continuarían con sus exhaustos lamentos por la superabundancia general hasta la década de 1830, estaban el prolífico tory del ala izquierda así como estadista, poeta y ensayista, Robert Southey (1774-1843), quien ya había atacado la deflación posterior a la guerra napoleónica, y George Poulett Scrope (1797-1876), parlamentario, geólogo y autoridad en volcanes. En sus *Principles of Political Economy* (1833), Scrope, poniendo el grito en el cielo por el subconsumo, afirmaba que cualquier disminución del consumo en favor de un «incremento general de la tendencia al ahorro» «disminuiría» necesaria y «proporcionalmente la demanda en comparación con la oferta, y ocasionaría una *superabundancia general*». En esta vieja falacia proto-keynesiana parece ser que los ahorros «salen» de la economía, y acarrean una depresión permanente (?). Por lo que se ve, la inversión no se considera como gasto porque es de transición, no «final». Y, entonces, como en todo análisis económico extravagante, el sistema de precios y la relación de los precios de venta con los costes, no son en absoluto dignos de mención.[8]

George Poulett Scrope se llamaba en origen George Thomson y era hijo de John Poulett Thomson, director de una firma de comerciantes de Rusia. Adoptó el nombre de Scrope después de casarse con una heredera de la familia homónima. Nacido en Londres, estudió en Oxford y Cambridge, y fue miembro de la Cámara de los Comunes durante 35 años. Paladín del libre comercio, escribió tal cantidad de panfletos sobre temas económicos (cerca de setenta) que comúnmente se le apodó «Panfleto Scrope».

En contraste con el triunfo de la ley de Say, el sistema ricardiano propiamente dicho fue rechazado en poco tiempo en el mundo de la economía inglesa. En enero de 1831, ocho años después de la muerte de Ricardo, el coronel Robert Torrens se dirigió al Club de Economía Política que Ricardo contribuyera a fundar. Torrens hizo la pregunta clave: ¿cuántos principios ricardianos seguían siendo considerados válidos? Su respuesta fue: todos los grandes principios del sistema ricardiano se han abandonado, en concreto los principios clave

---

[8] Otros autores entre los que se empecinaron en promover las falacias subconsumistas fueron el terrateniente proteccionista de Yorkshire y luego parlamentario, Edward Stillingfleet Cayley (1802-62), el capitán William R.A. Pettman, y al alto burócrata real de la India, Sir William Henry Sleeman (1788-1856).

del valor, de la renta y de los beneficios. En su gran exposición, realizada en 1825, de la teoría del valor basada en la utilidad, Samuel Bailey había echado por tierra la teoría del trabajo; Thomas Perronet Thompson había abandonado la teoría ricardiana de la renta; la teoría del beneficio mostraba su endeblez por el hecho de que Ricardo ignorara la reposición de capital; y, en general, ya se había abandonado la teoría malthusiana del salario.

Para el marxiano Ronald Meek, esta deserción en bloque del ricardismo encerraba un complot capitalista contra la teoría del valor-trabajo cuyas implicaciones socialistas ya habían sido deducidas por los socialistas ricardianos en los años de la década de 1820. En cualquier caso, para 1829-31 ya no quedaban defensores de la teoría del valor-trabajo en el seno de la corriente principal de la economía británica; para Meek la única excepción fue McCulloch, quien, por su parte, ya había abandonado a Ricardo en muchos otros puntos, entre ellos, la idea del trabajo productivo *frente* al improductivo, la teoría del beneficio y la teoría del conflicto de clases en el mercado implícita en la teoría ricardiana de la distribución.[9] Sólo la ley de Say, con sus fuertes implicaciones de *laissez-faire*, habría sobrevivido a lo que Meek lamenta como «la purga».

Sin embargo, la «purga» o abandono había tenido lugar incluso antes, con antelación a los socialistas ricardianos. En su clásico artículo, el Profesor Frank W. Fetter[10] apunta que, con ocasión de la muerte de Ricardo en 1823, James Mill escribió desesperanzado a McCulloch observando que ellos eran «los dos únicos auténticos discípulos» existentes de Ricardo, y McCulloch, no por mucho tiempo. Fetter observa que la opinión económica en la década de 1820 era diversa y poco estable, si exceptuamos la general adhesión al libre comercio. Todo el mundo desestimó la portentosa conclusión ricardiana de que los beneficios varían de manera inversa a los salarios, a no ser como mera perogrullada aritmética. Por otro lado, incluso el propio Ricardo había inaugurado ya el camino hacia el abandono de su teoría clave de los salarios de subsistencia (que el socialista alemán Ferdinand Lassalle más tarde llamaría «Ley de Hierro de los Salarios»). Ricardo había adoptado la teoría del salario de subsistencia basándose en la primera edición puramente malthusiana del *Essay on Population* (1798) de Malthus. Sin embargo, aparte de este rígido modelo formal, muchas de sus afirmaciones las tomó de la mucho más endeble, en verdad contradictoria, segunda edición del mismo (1803). Se trataba de reservas que, como correctamente observaría Marx, conducían al abandono de la

[9] Tras el artículo de Meek, D.P. O'Brien ha demostrado en el primer estudio completo existente sobre McCulloch que éste había abandonado la teoría del valor-trabajo ricardiana en favor de la smithiana del coste de producción. De hecho, O'Brien muestra que McCulloch fue mucho más smithiano que ricardiano. D.P. O'Brien, *J.R. McCulloch: A Study in Classical Economics* (Nueva York: Barnes & Noble, 1970).

[10] Frank W. Fetter, «The Rise and Decline of Ricardian Economics», *History of Political Economy*, I (Primavera 1969), pp. 67-84.

«ley de hierro». La crítica a la doctrina malthusiana predominó en las publicaciones periódicas de finales de la década de 1820. Así, a principios de 1826, cierto escritor comentaba en la *Monthly Review* que la ley del implacable crecimiento de la población sólo opera en sociedades pobres. Varía

> en proporción inversa a la adquisición de riqueza;... únicamente cuando la gente se vuelve más suntuosa, cuando los atractivos que conforman el principal encanto de la vida sencilla pierden su interés debido a la irrupción de hábitos refinados, sólo entonces el aumento [de la población] decrece de un modo progresivo.[11]

Por fin, en 1829, las cartas de Nassau W. Senior a Malthus dieron el puntapié definitivo a la ley de hierro. En esta edición de su correspondencia que siguió a la de sus lecciones sobre la población (*Two Lectures on Population, to which is added A Correspondence between the Author and the Rev. T.R. Malthus* [Londres, 1829]), Senior asestó un golpe devastador a la doctrina malthusiana. En primer lugar, aunque admitiendo que cabría la posibilidad de que algún día un crecimiento excesivo de población pudiese ser un problema, Senior le paró los pies a Malthus apuntando que aun cuando la población presionaba efectivamente sobre la oferta de alimento en los países subdesarrollados, la historia de los prósperos países occidentales se había caracterizado por un incremento en la oferta de alimento que superaba al aumento de la población. En efecto, este hecho queda demostrado por el aumento de los niveles de vida que ha tenido lugar en los países occidentales a lo largo de los siglos. Y este crecimiento económico se debe tanto a una tendencia general al alza en la productividad agrícola y de otros géneros como a que la gente se dedica a salvaguardar sus niveles de vida más elevados. Por consiguiente, la población no crece lo bastante como para reducir los niveles de vida de la sociedad hasta el de subsistencia. Y aunque Malthus no llegara a expresarse como Senior, en términos de una «tendencia» general «del alimento a incrementarse más rápido que la población», la respuesta de Malthus evidencia que el Malthus más moderado de la segunda edición había triunfado. Que Senior comprendía todas las implicaciones de los cambios de la segunda edición queda también demostrado por su propia formulación del principio de la población: «que la población del mundo... sólo es limitada por el mal moral o físico, *o* por temor a la escasez de aquellas riquezas que sus hábitos les hacen adquirir a los individuos de cada clase de habitantes». (Cursiva nuestra.)

Sin embargo, aunque se acabara *de facto* con la ley de hierro de los salarios, ésta siguió imperando, por así decirlo, *de iure*. Y es que a Nassau Senior, que adolecía de una excesiva piedad hacia Malthus, le faltó el instinto asesino que habría levantado el velo de evasivas de las graves falacias de la doctrina malthusiana. Por el contrario, colaboró en la farsa insistiendo en seguir elogian-

[11] Citado en Barry Gordon, «Criticism of Ricardian Views on Value and Distribution in the British Periodicals, 1820-1850», *History of Political Economy*, 1 (Otoño 1969), p. 380.

do, aunque él sabía más cosas sobre la cuestión, el principio malthusiano sobre la población como piedra angular de la ciencia económica. Joseph Schumpeter, siempre sensible a las estupideces de los economistas, se lamentaría:

> [Senior] siempre trató a Malthus con respeto infinito —le llegó a llamar benefactor de la humanidad (*¡sic!*) — e hizo todo lo posible para minimizar su propia desviación respecto de lo que evidentemente consideraba doctrina consagrada. Por eso está tan poco justificada la práctica de algunos autores posteriores que, pontificando tediosamente, trataron a Senior como un discípulo no demasiado inteligente que tuvo que ser enderezado por Malthus. Está perfectamente claro, en realidad, que Senior se dio cuenta de la amplitud con la cual las matizaciones de Malthus implicaban una retractación y en qué medida su persistencia en algunas de sus opiniones iniciales implicaba contradicción.[12]

4.3 La teoría de la renta

La teoría ricardiana de la renta fue refutada de modo incontrovertible por Thomas Perronet Thompson (1783-1869) en su panfleto *The True Theory of Rent* (1826). Thompson consideró en relación con esta piedra angular del sistema ricardiano: «La famosa teoría de la renta se basa en una falacia», ya que es en la demanda donde está la clave del precio del cereal y de la renta.

> La falacia reside en suponer como causa lo que en realidad sólo es una consecuencia... El aumento del precio del producto es... lo que posibilita y causa que la tierra inferior se cultive; no que el cultivo de la tierra inferior cause la subida de la renta.

Thompson pasa a observar, sorprendido, que Ricardo percibió la falacia de la idea de que el cereal se vende a un precio más alto porque se paga renta y no viceversa, y que, *no obstante*, siguió adelante con la adopción de una teoría similar del precio basada en el coste. Aquí Ricardo invirtió la causa y el efecto al sostener que el cultivo de tierra inferior causa el alza en el precio del cereal, no al revés.

El mismo año, el coronel Robert Torrens destruyó de una manera más convincente la teoría ricardiana de la renta apuntando directamente a la falacia clave de la renta-como-diferencial. Torrens, que se vio envuelto en casi todas las controversias económicas de su tiempo, y que cambió significativamente de parecer en casi todas, dio su *coup de grace* con la tercera edición de una obra en la que ya se había anticipado a Ricardo en el descubrimiento y defensa de la teoría de la renta diferencial. Esta obra era el *Essay on the External Trade*, publicada originariamente en 1815. Pero ahora Torrens precisa sobre el punto crítico que la renta de la tierra *A no* depende de que sea más fértil o productiva

[12] Schumpeter, *op. cit.* nota 1, p. 580n [ed. esp., pp. 645-46n]. Véase también Edwin Cannan, *A History of the Theories of Production & Distribution* (3.ª ed., Londres: Staples Press, 1917), pp.133-34.

que alguna otra parcela de tierra *B*; que, por el contrario, la renta de cada tierra proviene de *su propia* productividad, y punto; y que esta última, por su parte, está determinada parcialmente por la escasez de esa tierra en particular así como por la demanda de su producto. La existencia de rendimiento de una parcela de tierra no depende en modo alguno de la existencia de tierras de inferior calidad. Así lo expresa Torrens:

> Ni los diversos tipos de suelo, ni las sucesivas aportaciones de capital a la tierra, con rendimientos decrecientes, son en modo alguno esenciales para la aparición o aumento de las rentas. Si todos los suelos fuesen de calidad uniforme, y si la tierra, después de ser adecuadamente provista, no pudiera rendir un producto adicional... aun entonces, el incremento en el valor del producto bruto... daría lugar a que una porción del producto excedente del suelo asumiese la forma de renta.

El mismo año, 1831, en que el coronel Torrens declaraba de esa manera la defunción del sistema ricardiano, el Rev. Richard Jones (1790-1855), graduado por Cambridge, asestaba el último golpe a la teoría ricardiana con el discurso «On Rent» incluido en su *Essay on the Distribution of Wealth*. Jones, un inductivista baconiano, historicista y anti-teórico que, paradójicamente, sucedería a Senior como profesor de economía política en el King's College de Londres, y luego a Malthus como profesor del East India College de Haileybury, subrayó el error de la afirmación histórica de Ricardo de que en todos los países siempre se cultivan primero las tierras más fértiles, pasándose luego sucesivamente a tierras cada vez menos fértiles. Para Schumpeter y otros, rechazar el argumento de Jones porque confunda el hecho histórico con un modelo teórico abstracto, es perder de vista la cuestión esencial. Richard Jones fue sin duda alguna un anti-teórico falaz; sin embargo, desde su propio punto de vista, David Ricardo *no* se limitaba a erigir un modelo teórico abstracto y completamente irreal. A Ricardo le interesaban, sobre todo, las aplicaciones políticas, y creía erróneamente que su modelo arrojaba leyes precisas sobre el curso futuro y pasado de la historia. Para Ricardo, los inexorables aumentos en la renta, que perjudican el futuro desarrollo económico, son una consecuencia empírica predecible a partir de su propia teoría. Los hechos empíricos específicos no pueden originar o demostrar la teoría, pero una ley teórica que pretenda predecir el pasado y el futuro *puede* rebatirse examinando el curso real de la historia. Los hechos empíricos pueden justamente utilizarse para refutar generalizaciones empíricas.

Las diversas demoliciones de la teoría de la renta de Ricardo, en particular la de Perronet Thompson, triunfaron rápidamente en la literatura económica. La crítica de Thompson había sido anticipada en publicaciones periódicas influyentes, en la *British Critic* en fecha tan temprana como 1821, y el mismo año en la *Quarterly Review* por Nassau W. Senior. Para principios de la década de 1830, ya se había impuesto la visión de Thompson en dichas publicaciones, incluido un artículo de Samuel Mountifort Longfield, el primer profe-

sor irlandés de economía política en el Trinity College de Dublín. Para la década de 1840, la teoría ricardiana de la renta yacía inerte y apenas merecía comentario alguno; aparte de McCulloch, el único dispuesto a defenderla, era el ardiente y sentimental ricardiano, el poeta y escritor Thomas De Quincey (1785-1859).

Como él mismo reconoció, David Ricardo no fue el creador de la teoría diferencial de la renta. Apareció en 1777, con ocasión de la publicación de *An Inquiry into the Nature of Corn Laws* del agricultor escocés del condado de Aberdeen James Anderson (1739-1808). Anderson fundó y editó el semanario *Bee*; más tarde se trasladó a Londres donde se dedicó a editar publicaciones sobre ciencia y técnica agrícolas. Con todo, la teoría de Anderson permanecería en el olvido hasta que en 1815 fue criticada de manera independiente por tres escritores: Thomas Robert Malthus, en su *Inquiry into the Nature and Progress of Rent*; en el *Essay on the Application of Capital to Land* de Sir Edward West (1782-1828); y en la primera edición del *Essay on the External Corn Trade* de Torrens. Malthus no integró su teoría en nada parecido al sistema ricardiano, y, además, apenas se opuso a los propietarios de tierras o a la renta de la tierra. Al contrario, defendió las *Corn Laws*. Por otra parte, West, abogado y miembro del University College de Oxford que más tarde desempeñaría el cargo de juez de la corte suprema de la India y que al poco tiempo moriría enfermo, anticipó tan estrechamente el sistema ricardiano que Schumpeter suele referirse a la teoría «west-ricardiana».

La cuestión que interesa es la siguiente: ¿qué es lo que dio lugar durante un lapso de tiempo muy breve (1815-17) a un interés tan intenso, o al menos a que se prestara gran atención al supuesto problema del incremento de las rentas? Porque, aparte del relativamente poco conocido James Anderson, la atención prestada al incremento de las rentas se suscitó durante muy pocos años inmediatamente después del término de las guerras napoleónicas. La respuesta la aportó de manera brillante el economista «austriaco» americano de principios del siglo XX Frank Albert Fetter: en Inglaterra, las guerras napoleónicas de los primeros quince años del siglo XIX estuvieron caracterizadas por unos impuestos elevados, por bloqueos de las importaciones de alimento, por la inflación monetaria y, en consecuencia, por unos precios del «cereal» altos y sin precedentes, y, por ello mismo, por unas rentas agrícolas extremadamente infladas. Como observa Fetter, no es casual que «la así llamada doctrina ricardiana de la renta la formularan de manera independiente diversos autores —West, Malthus, Torrens y otros entre 1813 y 1815— justo cuando los precios del trigo se hallaban en su punto álgido.»[13]

---

[13] Frank A. Fetter, «Rent», *Encyclopedia of the Social Sciences*, reproducido en M. Rothbard (ed.), *Capital, Interest, and Rent: Essay in the Theory of Distribution, by Frank A. Fetter* (Kansas City: Sheed Andrews & McMeel, 1977), p. 368.

4.4 El coronel Perronet Thompson: un benthamita anti-ricardiano

Debemos detenernos un instante a considerar el fascinante carácter del coronel Perronet Thompson, un ardiente radical benthamita, paladín del libre comercio y contrario a las leyes sobre cereales. Thompson, hijo de un próspero comerciante y banquero de Sussex, y parlamentario durante una década, consumió la primera parte de su vida adulta en el ejército, retirándose del servicio activo en 1822, a la edad de 39 años y con el empleo de teniente. A pesar de su graduación relativamente baja, se le nombró en 1808 primer gobernador real de la colonia de Sierra Leona, pero fue fulminantemente cesado por reclamar la abolición del comercio de esclavos. Su destitución por parte del gobierno tory británico por la cuestión de la esclavitud radicalizó al joven Thompson, cuya educación en el liberalismo clásico profundizó con la lectura de Adam Smith y de Turgot. Una vez retirado del servicio activo, se le compensó por su bajo empleo en las importantes funciones que desempeñó a lo largo de su dilatada carrera militar concediéndosele repetidos ascensos en situación de reserva. En el momento de su muerte, Thompson había alcanzado la graduación de general.

Antes de entrar en el servicio militar, Thompson se había graduado por el Queen's College de Cambridge y se le había hecho miembro de dicho centro. Con ocasión de su retirada de la vida militar, se unió al círculo de admiradores de Bentham y se sumergió en el utilitarismo y radicalismo benthamita. La primera obra editada de Thompson apareció en el primer número de la propia publicación periódica de Bentham, la *Westminster Review* (1824). Siguió su *True Theory of Rent*, planteada para defender los puntos de vista de Adam Smith sobre la renta en tanto que enfrentados a Ricardo; el año siguiente, Perronet Thompson publicó su bien conocido *Catechism on the Corn Laws* (1827), generalmente considerada la obra más importante de toda la literatura contraria a las leyes sobre cereales. Más tarde, Thompson se convertiría en uno de los más activos miembros de la *Anti-Corn League*. En 1829, sólo media década después de su ingreso en política, el entonces teniente coronel Thomas Perronet Thompson pasó a ser propietario único de la *Westminster Review* benthamita, a la que contribuiría con artículos en todos sus números, hasta que, siete años más tarde, renunció a su propiedad. Tras perder las elecciones al Parlamento de 1834, Thompson ganó las del año siguiente, sentándose junto a George Grote y los radicales filosóficos del Parlamento. Tras perder su escaño dos años más tarde, se presentó como candidato varias veces, aunque sin éxito, sirviendo en el Parlamento de 1847 a 1852 y, de nuevo, de 1857 a 1859.

Thompson fue un escritor muy prolífico en muchos campos. A la edad de 59 se publicó una recopilación en seis volúmenes de sus obras escritas hasta la fecha, *Exercises, Political and Others* (1842), y continuaría escribiendo panfletos y artículos de periódico sobre la reforma democrática hasta el día de su muerte

a los 86 años. Aparte de sus amplios intereses políticos y económicos, Thompson escribió y publicó obras sobre matemática, acústica y teoría de la armonía musical. Un órgano construido según las directrices de la teoría armónica de Thompson recibiría una mención honorífica en la Gran Exposición de 1851.

Thompson contribuyó a la economía en algo más que su ataque a la renta. Su primer artículo en la *Westminster Review*, «On the Instrument of Exchange», seguía los puntos de vista de Bentham en la defensa de un papel moneda no convertible. Otra aportación igualmente dudosa de Thompson en el mismo ensayo seguía una insinuación hecha por Malthus diez años antes. Malthus, que había estudiado matemáticas en Cambridge, observó en un panfleto de 1814 que el cálculo diferencial podría resultar útil en teoría moral, en economía y en política, ya que muchas de las cuestiones de estas disciplinas giran en torno a la búsqueda de máximos y mínimos. No obstante, en el momento de la publicación de sus *Principles of Political Economy* en 1820, ya se había vuelto sabiamente escéptico respecto a las posibilidades de las matemáticas tanto en economía como en ética y política. Con todo, Thompson, que también había estudiado matemáticas en Cambridge, no tuvo tantos escrúpulos, y su artículo de 1824 abrió una puerta fatídica al utilizar el cálculo diferencial para definir una ganancia máxima. El perfecto benthamita, obnubilado por el estudio de los máximos de placer y los mínimos de dolor, había pulsado una tecla funesta; se había abierto la caja de Pandora.

De todas formas, la simpatía de Thompson por la economía matemática no le impidió denunciar y rechazar sabiamente como quimérica la búsqueda de Smith-Ricardo de una medida fija e invariable del valor. Más aún, en 1832, en la *Westminster Review*, Thompson criticó incisivamente todas las teorías del valor basadas en el coste, observando que coste y precio casi siempre difieren. Y estas diferencias, añadía, no son accidentales o efímeras, como supusieron Smith y Ricardo al centrar su atención en el precio «natural» a largo plazo; por el contrario, son las diferencias «a corto plazo» las que constituyen la esencia del dinámico mundo real: «La oscilación perpetua de ambas caras del precio del coste, antes que un accidente despreciable, es en realidad el agente principal por el cual el mundo comercial se mantiene en movimiento.»

4.5 Samuel Bailey y la teoría del valor basada en la utilidad subjetiva

En 1825, Samuel Bailey (1791-1870), un comerciante en ascenso de Sheffield, publicó una crítica demoledora de la teoría ricardiana del valor en su *A Critical Dissertation on the Nature, Measures, and Causes of Value*. Por fin, Bailey introducía en la economía inglesa la teoría de la utilidad subjetiva de la tradición francesa; por desgracia, no fue lo bastante cortés como para reconocer ese hecho. Aunque su ensayo se hallaba claramente en la tradición de Say, sin

embargo, por ejemplo, sus breves y bruscas referencias al *Traité* del mismo no dejaron entrever el más mínimo reconocimiento de su deuda. En todo caso, la crítica que Bailey hizo de Ricardo fue devastadora. Empezando por la definición de valor de Ricardo como el precio relativo o poder adquisitivo de bienes concretos, Bailey pasaba a mostrar el absurdo y contradicción interna de la afirmación de Ricardo de que cada bien adquiere un valor absoluto e invariable a partir de la cantidad de horas de trabajo incorporadas en su producción. Para empezar y frente a lo que dice Ricardo, si la cantidad de trabajo que se requiere para producir un bien *A* permanece igual, poco invariable puede ser su valor si la cantidad de trabajo incorporado en otros bienes, *B*, *C*, *D*, etc... ha cambiado. En dos palabras, que el valor es estrictamente relacional, una gradación de bienes, que, en consecuencia, no puede ser absoluto o invariable. Por otra parte, Bailey demuestra que el valor no es de ningún modo inherente a los bienes, antes bien, se trata de un proceso de *valoración* en la mente de los individuos. Como apuntaba Bailey, el valor «en su sentido primero, parece significar la estima en la que se tiene a cualquier objeto. En un sentido estricto, denota un efecto que se produce en la mente...». El valor es puramente una «afección mental». Además, muestra agudamente que el valor no sólo es una estimación subjetiva, sino también que la valoración es necesariamente *relativa* a varios bienes u objetos; el valor es cuestión de preferencia relativa. Dice Bailey:

> Cuando consideramos los objetos en sí mismos, sin la referencia de unos a otros; la emoción, placer o satisfacción con la que tenemos en cuenta su utilidad o belleza, no puede recibir la denominación de valor. El sentimiento específico de valor sólo puede surgir cuando se considera a los objetos como objetos de preferencia o intercambio. Cuando así sucede, nuestra estima de un objeto, o nuestro deseo de poseerlo, puede ser igual a, o mayor, o menor que nuestra estima de otro....

Mas, si el valor es valoración subjetiva y relativa (o relacional), se sigue que es absurdo, como hace Ricardo, aspirar a una medida invariable del valor.

En un pasaje brillante y elocuente, Bailey expone las contradicciones y absurdos internos de toda teoría del valor objetiva, absoluta, y en particular de la versión ricardiana de la cantidad de trabajo. Los ricardianos han perdido de vista

> la naturaleza relativa del valor, y... la consideran como algo positivo y absoluto; de manera que, si en el mundo sólo hubiese dos artículos, y, por una u otra circunstancia, ambos llegaran a producirse con una cantidad doble de trabajo, ambos ganarían en valor real, aunque la relación entre uno y otro permaneciese inalterada. De acuerdo con esta doctrina, todo podría volverse al punto más valioso por requerir de una vez más trabajo en su producción, una posición profundamente alejada de la verdad de que el valor denota la relación que mantienen entre sí los productos en tanto que artículos de intercambio. En una palabra, en esta teoría se considera el valor real como consecuencia independiente del trabajo; y, por lo tanto, si bajo cualesquiera circunstancias se incrementa la

> cantidad de trabajo, se incrementa el valor real. De ahí la paradoja, [citando al devoto ricardiano Thomas De Quincey] «de que a A le es posible incrementar permanentemente su valor —léase valor real— y, sin embargo, disponer de una cantidad cada vez menor de B»; y esto, aunque se tratase de los únicos artículos existentes.

En definitiva, como Bailey observó de manera incisiva, «el propio término valor absoluto implica la misma clase de absurdo que el de distancia absoluta...».

Bailey se sumerge luego en una profunda consideración de la teoría de la medida, mostrando el inmenso abismo que hay entre la pura medida de objetos reales o físicos y cualquier concepto de «medir» algo tan subjetivo y relativo como la valoración humana. En el caso de los objetos físicos, conceptos tales como longitud o peso se miden mediante una medida física fija e invariable, por ejemplo un metro, comparando la longitud de los objetos en cuestión con dicha regla. En la valoración humana, la «medida» es bien diferente; tan sólo se trata de la expresión de los precios o poderes adquisitivos relativos de los distintos bienes en términos de cierto dinero o instrumento de cambio. Aquí no hay ninguna operación física como lo es la medida de objetos físicos. En el caso del dinero, lo que hay es «una expresión o denominador común del valor» en dinero, no tanto un objeto físico invariable de comparación. De hecho, estos precios o cantidades son relativos y variables, y no encierran invariabilidad alguna. Por cierto, Bailey hubiese hecho mejor en abandonar definitivamente el término «medida», y en restringirlo estrictamente a los patrones invariables que se emplean para comparar objetos físicos, confinando sin más la idea de comparación de precios relativos en dinero al término «expresión común» o «denominador común». Así se podría haber evitado una buena cantidad de confusión en el seno de la teoría económica.

En el curso de su crítica a la idea de una medida invariable del valor, Bailey tuvo en su punto de mira a la noción de que el valor del dinero no varía temporalmente, y que, por lo tanto, puede utilizarse para comparar precios generales a lo largo del tiempo. Aun cuando el artículo dinero no es más fijo en valor que cualquier otro, uno de sus atributos, y de las razones por las que se le elige como tal en el mercado, es su «estabilidad comparativa de valor», como la denominaría Bailey en una obra posterior sobre el dinero y su valor (*Money and its Vicissitudes in Value*, 1837). Con todo, su valor no es constante, y, en consecuencia, no hay manera de medir el valor en el tiempo. Y es que los productos sólo guardan relaciones mutuas de valor en un momento dado; un producto no guarda una relación de valor consigo mismo en tiempos diferentes. Como dice Bailey:

> No nos es posible determinar la relación entre tejidos de un tiempo y tejidos de otro igual que determinamos la relación entre tejidos de hoy día. Todo lo que podemos hacer es comparar la relación que en cada tiempo guardaron los teji-

> dos con algún otro artículo... No podemos decir que un par de medias del reinado de Jacobo Primero se cambiarían por seis de nuestros días; y, por lo tanto, no podemos decir, sin referencia a algún otro artículo, que un par del reinado de Jacobo Primero equivalía en valor a seis pares de nuestro tiempo. El valor es una relación entre artículos contemporáneos, porque sólo ellos admiten el mutuo intercambio; y si comparamos el valor de un artículo en un momento dado con su valor en otro, únicamente se trata de una comparación de la relación que guardaba en distintos tiempos con algún otro artículo.

Hasta hace poco los historiadores han creído que la obra de Bailey no produjo efecto alguno en el mundo ricardiano de la economía británica, y que cayó en el olvido hasta su resurrección a finales del siglo XIX por parte de economistas que buscaban predecesores de la teoría de la utilidad marginal. Pero lo cierto es que nosotros sabemos que, aparte de un despiadado ataque personal (probablemente de James Mill) a Bailey en la *Westminster Review*, su *Critical Dissertation* fue extensamente leída por los economistas y casi llegó a triunfar. En su liturgia de difuntos por el sistema ricardiano de enero de 1831 ante el Club de Economía Política, el coronel Robert Torrens afirmó que «por lo que respecta al valor», la *Dissertation* de Bailey «ha zanjado esa cuestión». Así es; el año siguiente a la publicación de la obra de Bailey, Torrens la elogiaría considerablemente en la tercera edición de su *Essay on the External Corn Trade*, en cuyo prefacio se refería a ella como «un modelo magistral de lógica perspicua y precisa», que daba al traste con «ese lenguaje vago y ambiguo que se han permitido algunos de nuestros más eminentes economistas». Y, por increíble que parezca, el mutable Torrens fue fiel a dicha estima a lo largo de toda su vida. En su extensa introducción a *The Budget* (1844), obra en la que revisaba y se retractaba de muchas de sus posiciones anteriores, el coronel Torrens se desvió de su camino para afirmar que «el talentoso autor de 'A Dissertation on the Nature, Causes, and Measures of Value' ha enterrado la cuestión largo tiempo debatida de si el valor debe considerarse una cualidad absoluta o positiva inherente a los bienes, o bien como una relación entre los mismos».

Samuel Bailey escribió una convincente respuesta al crítico de la *Westminster* (*A Letter to a Political Economist*, 1826), pero, aparte de esto y de su tratado *Money*, la mayor parte de sus numerosos escritos versaron sobre filosofía y la reforma política. Y es que este próspero comerciante de Sheffield, nacido en el seno de una familia de comerciantes, fundador y cuatro veces presidente de la Sociedad Literaria y Filosófica de Sheffield, fue un ardiente benthamita en cuestiones intelectuales. Dedicó la mayor parte de sus recursos intelectuales a escritos benthamitas sobre filosofía y la reforma radical, y por dos veces se presentó sin éxito como candidato al Parlamento por las listas reformistas. Bailey causó un impacto filosófico considerable con su primer libro, el *Essay on the Formation and Publication of Public Opinion* (1821). Su insistencia sobre el valor utilitario del debate libre influyó notablemente en James Mill, en el *On Liberty* de John Stuart Mill y en Francis Place. En la esfera económica, el *Essay*

de Bailey fundaba la actividad económica en fenómenos subjetivos, mentales, y rechazaba de manera explícita el énfasis de la economía británica clásica en los objetos físicos materiales. Bailey defendía que la metodología de la economía es introspectiva respecto al entorno empírico de cada cual. Contemplaba la economía como una «ciencia de la mente» y no tanto como una tecnología. Está claro que su metodología y filosofía de la economía eran mucho más «austriacas» de lo que se ha reconocido.[14]

Los últimos trabajos de Bailey no fueron económicos, y entre ellos se contaban los *Essays on the Pursuit of Truth* (1844), *The Theory of Reasoning* (1851-62), y tres series de *Letters on the Philosophy of the Human Mind* (1855-62). Su última publicación fue un libro en dos volúmenes en los que se aplicaba la etimología para reordenar y reinterpretar algunas de las obras de Shakespeare (*On the Received Text of Shakespeare's Dramatic Writings and its Improvement* [1862-66]).

Samuel Bailey fue el más importante e influyente teórico del valor subjetivo; sin embargo, no fue el primero en llevar la teoría de la utilidad subjetiva a la Gran Bretaña del siglo XIX. Tal honor corresponde a un escocés casi desconocido, John Craig (c. 1780-c. 1850). Todo lo que sabemos sobre Craig es que era vecino de Glasgow, y que fue miembro de la hermandad de la Royal Society de Edimburgo, nada sobre sus ocupaciones o antecedentes. Tras escribir una obra en tres volúmenes sobre los *Elements of Political Science* (1814), Craig haría su sorprendente, aunque ignorada, aportación a la economía en sus *Remarks on Some Fundamental Doctrines of Political Economy* (1821).

Craig no sólo introdujo la utilidad en una economía británica dominada por los debates sobre el coste y el «precio natural»; por vez primera en Gran Bretaña, condujo la teoría de la utilidad hasta las puertas del concepto de la utilidad marginal. Empezando por el axioma de que la utilidad es la base de todo valor, Craig prosigue con la influencia de la oferta: «los valores relativos de los productos pueden cambiar, y aquellas personas que se hallen en posesión de artículos que se producen en cantidades mayores que antes, o que, por otras circunstancias, vengan a tener menos demanda, puede que se encuentren más pobres...». En suma, una cantidad mayor conduce a un valor menor. Que una mayor abundancia conduzca a un valor inferior ya había sido una vez lugar común en el pensamiento económico; mas, ¿por qué es esto verdad? En primer lugar, Craig observa que el incremento de la cantidad de, por ejemplo, pañería fina de lana bajará el precio de la misma. Después, en un pasaje ciertamente destacable, pasa a explicar que:

[14] Sólo hace poco se ha reconocido que Bailey fue filosóficamente austriaco, una idea ya presente en la ignorada tesis doctoral que en 1956 defendió Robert Rauner en la Universidad de Londres, «Samuel Bailey and the Classical Economics». Denis P. O'Brien, «Classical Reassessments», en W.O. Thweatt (ed.), *Classical Political Economy: A Survey of Recent Literature* (Boston: Kluwer, 1988), pp. 199-200.

> Toda la pañería fina de lana que, según la estimación de los compradores, merecía el precio precedente, ya se habría llevado con anterioridad al mercado, y si ahora se ha de despachar más, lo será a aquellos que no consideren su utilidad equivalente al coste anterior. Aparecerán nuevos compradores según la proporción de la reducción del precio; porque, a cada paso de la rebaja, al precio se le hace descender hasta el nivel de estimación que cierta cantidad adicional de personas habría hecho de su capacidad para producir satisfacción, o, en otras palabras, hasta la estimación que poseen de su valor en uso.

Así, John Craig no sólo refutó la opinión smithiana sobre la separación entre el valor de uso y el valor de cambio mostrando que el segundo depende totalmente del primero. Más importante es que Craig había captado, bien que sin la etiqueta, la esencia de la doctrina de la utilidad marginal: mostrando que, a medida que se incrementa la cantidad de un bien, su precio o valor caerá en orden a captar un nuevo grupo de compradores cuya estimación de la utilidad del bien había sido antes demasiado baja como para permitirles comprar el bien al precio original más alto que se pagaba por un producto menor. En definitiva, los compradores antes submarginales pasan a ser ahora marginales al producto adicional a medida que el precio cae. Como afirma el Profesor Thor Bruce,

> Parece que Craig está a punto de expresar la idea de la utilidad marginal. Rompió con la teoría defendida por sus contemporáneos basada en la idea del coste, y se convirtió en el primer exponente de la idea sobre la conexión entre la utilidad y el valor. Al subrayar de esta manera la teoría de la utilidad fue el predecesor de la Escuela Austriaca de la segunda mitad del siglo diecinueve.[15]

Pero Craig no se detiene aquí. Si, por ejemplo, se ha producido más pañería fina de lana y, en consecuencia, su precio ha bajado, los compradores de antes poseen ahora unos ingresos excedentes que emplearán en incrementar la demanda y, por lo tanto, en subir los precios de otros productos. De ahí que la pérdida de valor de la pañería fina de lana incremente la demanda y el precio de otros bienes. Así, pues, el incremento de la oferta de algunos bienes no lleva necesariamente a una caída en los valores generales, sino más bien a una reestructuración de los precios y a una renta real adicional para los consumidores.

A partir de su análisis del valor, Craig concluye que el valor-cambio no sólo depende del valor-uso, sino que es una medida precisa de aquel valor. Craig señala en la introducción a los *Remarks* que fue después de escrito el cuerpo central de su tratado cuando vino a dar con el *Traité* de J.B. Say y comprobó la similitud en las aproximaciones. De todas formas, añade que una correcta atención al valor-cambio por parte de Say podría haberle hecho introducir alguna corrección y señalar que también se trata de la manifestación o expresión del valor en uso.

---

[15] Thor W. Bruce, «The Economic Theories of John Craig, A Forgotten English Economist», *Quarterly Journal of Economics*, 52 (Agosto 1938), p. 699.

Al atacar la teoría ricardiana del valor-trabajo o valor basado en el coste, Craig observa que el valor de cualquier bien está determinado, no por su coste de producción, sino por su demanda y oferta, y que la demanda varía de continuo según los deseos del consumidor, y la oferta según la escasez o abundancia de sus factores de producción así como de la fertilidad de la agricultura. O, como lo expresara el propio Craig:

> incluso aunque se determinase el coste, no nos permitiría juzgar sobre el valor de cambio. El valor de cambio depende enteramente de la proporción que la demanda de un artículo pueda guardar en el mercado con la oferta, una proporción siempre variable de acuerdo, de una parte, con la abundancia o escasez de capital y mano de obra y, de otra, según la fertilidad de la temporada.

Si John Craig precedió a Samuel Bailey, a éste le sucedería, seis años después de su *Dissertation*, Charles Foster Cotterill con su *Examination of the Doctrine of Value...* (1831). Cotterill no sólo aprobó la teoría de la utilidad subjetiva de Bailey, él también proclamaría, el mismo año que Torrens, la defunción del movimiento ricardiano, observando con desconcierto que «todavía quedan algunos ricardianos».

4.6 Nassau Senior, el grupo Whately y la teoría de la utilidad

A finales de la década de 1820, Nassau W. Senior impartió una serie de lecciones como profesor de la cátedra Drummond de Oxford, algunas de la cuales se recogieron en la única obra publicada de Senior, *Outline of the Science of Political Economy* (1836). Senior pasó a cuenta nueva la teoría de la utilidad subjetiva de Bailey; difícil es saber hasta qué punto fue influido por Bailey, porque, al igual que buena parte de los economistas de su tiempo, Senior apenas reconoció a colegas de ideas afines o influencia alguna sobre su propia obra.

De todas formas, Senior sí reconoció la influencia de J.B. Say, e inició su análisis del valor afirmando que éste depende de la utilidad y la escasez, retornando así a la tradición continental. Añadió que la utilidad es relativa a los deseos humanos y a las diferentes personas, no intrínseca a los objetos. La utilidad, comentaba,

> no denota cualidad intrínseca alguna de las cosas que llamamos útiles; sólo expresa las relaciones de las mismas con dolores y placeres del género humano. Y, por cuanto la propensión al dolor y al placer a partir de los objetos particulares la crean y modifican innumerables causas, y varía permanentemente, nos encontramos con una diversidad sin fin en la utilidad relativa de los diferentes objetos para las diferentes personas, una diversidad que es el motor de todos los intercambios.

La escasez, o limitación natural de la oferta, es el principal elemento que influye sobre la utilidad relativa. Así, en el curso de su debate, Senior casi llegó a formular la ley de la utilidad marginal decreciente:

> No sólo es que existan límites al placer que los artículos de cualquier clase puedan aportar, es que el placer decrece velozmente en una proporción cada vez mayor mucho antes de que esos límites se hayan alcanzado. Dos artículos del mismo género rara vez aportarán dos veces el placer de uno, y mucho menos diez, cinco veces el placer de dos.

Al tiempo que completaba sus estudios en Oxford, el joven Senior tomó como tutor a un joven sólo tres años mayor que él, recién nombrado miembro del Oriel College, centro por el que se había graduado algunos años antes. El Rev. Richard Whately (1787-1863), filósofo, teólogo e hijo de un ministro anglicano, se convertiría en el amigo íntimo y de por vida de Senior. Senior se hizo abogado, pero permaneció como elemento central del círculo del Oriel College, agrupado en torno al carismático Whately. El círculo se dedicaba a los estudios y actividades literarias; Senior publicaría diversos artículos de literatura y lanzaría una revista trimestral literaria e intelectual de corta vida, la *London Review*. Whately publicó lo que habría de convertirse en un texto clásico de lógica, los *Elements of Logic* (1826), obra en la que se incluyó un apéndice sobre los «Ambiguous Terms Used in Political Economy» de Senior. Es más, probablemente fuera Whately el responsable de insuflar en Senior cierta propensión funesta hacia las sutilezas semánticas y la logomaquia, la cual contribuiría a disminuir la influencia del gran Senior en el mundo de la economía. En cualquier caso, Senior aprendió filosofía y teología de Whately, y éste economía de aquél.

En Oxford, el círculo Oriel se iba convirtiendo en un centro muy influyente de opiniones liberales y *whigs* en el seno de la Iglesia anglicana, influencia ciertamente destacable dentro de aquella universidad dominada por el torysmo y el alto clero (*High Church*).[16] Cuando en 1825 se inauguró la cátedra Drummond de economía política, Whately dio la plaza a Nassau Senior, y, al concluir el periodo de tiempo asignado al cargo cinco años después, éste recomendó y consiguió que Whately le sucediese en el puesto. Las lecciones Drummond de Whately, las *Introductory Lectures on Political Economy* (1831, 2.ª edición, 1832) prolongaban y ampliaban la tradición de Senior, en particular en lo que a la teoría del valor se refiere.

En efecto, desde un punto de vista metodológico, Whately llegó más lejos que Senior. Sus intereses lingüísticos y filosóficos le llevaron a comprender que el concepto y término de «economía política» tienden a confundir y fusio-

---

[16] El biógrafo de Whately comentó que Oxford «iba por un camino y Whately por otro. Oxford se había rendido a la ortodoxia y al torysmo, y Whately era investigador y liberal». En W.J. Fitzpatrick, *Anecdotal Memoirs of Richard Whately...* (Londres, 1864), I, p. 56, citado por Salim Rashid, «Richard Whately and Christian Political Economy at Oxford and Dublin», *Journal of the History of Ideas*, 38 (Enero-Marzo 1977), p. 148. En 1826 Whately publicó anónimamente un panfleto entusiasta y de controversia, *Letters of the Church, by an Espiscopalian*, en demanda de la supresión de la iglesia anglicana y de la separación de Iglesia y Estado. *Ibid*.

nar ambos campos. Esta confusión obstaculiza el desarrollo científico de la economía; de ahí que Whately propusiese reemplazar economía política por una nueva palabra, *cataláctica*, la ciencia de los intercambios. Whately definía al hombre como «animal que hace intercambios», señalando que incluso los animales más cercanos a la racionalidad humana no poseen, «a lo que parece, la menor noción de trueque, o, en ningún caso, la de cambiar una cosa por otra». Centrándose en los actos humanos de intercambio en vez de en las *cosas* que se intercambian, Whately desembocó casi de inmediato en una teoría subjetiva del valor, toda vez que comprendió que «una misma cosa es diferente para distintas personas», y que las diferencias en el valor subjetivo constituyen el fundamento de todos los intercambios. Más aun, Whately apuntó que «el trabajo no [es] esencial al valor», y observó que las perlas no se venden a un precio elevado *porque* los hombres hayan buceado en su busca; sino más bien al contrario, que los hombres van tras ellas buceando porque se venden a un precio alto».

Whately entendía que el reino económico, y en particular la actividad de cambio del mercado, demanda su propia esfera de análisis e investigación. Aun cuando luego se produzca la integración como análisis aplicado al terreno político, primero deberá existir una separación que permita al razonamiento procesar su materia.

Ahora bien, tras la separación y el análisis viene la integración; y es que Richard Whately entendía que el mismo hecho de que se asegurase una esfera propia al análisis cataláctico venía a resaltar aún más la necesidad de una integración con el análisis moral y teológico a fin de llegar a conclusiones políticas. En sus lecciones Drummond, Whately se ocupó de mostrar, primero, frente a los *tories* de Oxford, que la economía política no es pecaminosa, materialista u opuesta al cristianismo. Para empezar, no se debe considerar la economía política, como lo habían hecho Smith y los clásicos, como el estudio de la riqueza, sino que se trata de una ciencia de los intercambios. Pero es que incluso el estudio de la riqueza no es pecaminoso; primeramente, no es pecaminoso *per se* el examinar los medios de aumentar la riqueza. No hay necesidad alguna de que el economista político se salga de su papel de científico o cataláctico, y de que defienda *la política* como medio de adquirir riqueza o por cualquier otra razón. De hecho, cuando lo hace, defiende la política pública no como economista político sino en calidad de algo distinto. Whately también denunció, a su vez, el intento de monopolizar la economía por parte del círculo agresivamente ateo, secular y «anti-cristiano» de los ricardianos. Sin duda, el último de los adjetivos no sería excesivo para gente como James Mill y los radicales benthamitas. También creía que las enseñanzas ricardianas eran peligrosas y «anti-cristianas» en el sentido de que implicaban un conflicto de clases inherente entre el capital y los trabajadores, y entre los propietarios de tierras y el resto, y, por lo tanto, en el sentido de que negaba la noción esencial

del *laissez-faire* de un orden social armonioso, un orden que da fe de la existencia de la sabiduría divina. En definitiva, para Whately la armonía del *laissez-faire* y la visión cristiana de un orden divino se dan la mano en un amplio nivel integrador. Así, aunque el análisis económico sea científico y libre de valor, y no pueda implicar *de manera directa* conclusiones políticas, dicho análisis conducirá a conclusiones de *laissez-faire*, y, como tal, es perfectamente coherente con la visión cristiana de un orden divino benefactor.

Además de su sutil exposición sobre la naturaleza y distinción entre economía positiva y normativa, Whately denunció la ingenua metodología de recolección de hechos de los inductivistas baconianos de Cambridge liderados por Richard Jones y William Whewell. El papel que corresponde a la recolección de hechos, señalaba Whately con agudeza, no es el de elaborar teoría sino el de aplicarla a situaciones particulares. Es prácticamente imposible detenerse en los hechos y seleccionarlos sin la guía de la teoría. Los avances científicos, observaba correctamente Whately, no provienen de la recolección de más datos, sino de mirar con otros ojos los antiguos —un ejemplo de ello es la moderna noción de la naturaleza de la circulación de la sangre.

Richard Whately abandonó la cátedra Drummond en 1832, con ocasión de su inesperado nombramiento para el importante puesto de arzobispo anglicano de Dublín, desde el cual escandalizaría a los fieles evangélicos por negarse a ser anti-católico y por su insistencia en mostrarse jubiloso durante el Sabbath. El cargo de arzobispo conllevaba ser uno de los dos «visitantes» del Trinity College de Dublín que formaban el tribunal de última apelación para las disputas internas del College. Whately utilizó su influencia en el Trinity para que se aprobase, frente a una fiera oposición, la fundación de una nueva cátedra de economía política siguiendo de cerca el modelo de la Drummond. El resto de su vida, Whately examinaría y seleccionaría él mismo a los candidatos al puesto, aparte de pagar los salarios de los profesores.

La oposición de la junta de gobierno y del rector de la Universidad de Dublín se fundaba en el temor al supuesto radicalismo de la economía política. El rector quería que Whately garantizase que los titulares de la nueva cátedra poseyesen «puntos de vista conservadores sólidos y seguros», a lo cual el arzobispo respondió indignado que «le consternaba tal sugerencia, puesto que implicaba la introducción de la política de partido en el ámbito de una ciencia abstracta...».

Whately trataba de transmitir una distinción sutil —pero importante— en una cuestión que, hasta el día de hoy, aflige al mundo académico. Él decía que era conveniente —y realmente importante— seleccionar al profesor que poseyese una visión correcta de las implicaciones últimas de su materia así como de sus aspectos estrictamente científicos. Y que sin duda era un despropósito juzgar al profesorado sobre la base de sus inmediatas posiciones en estrictas cuestiones políticas, que Whately recogía bajo el nombre de «política de parti-

do». Así, para lograr la aprobación para la cátedra Whately, el arzobispo interrogó y seleccionó a fondo a los profesores sobre la base de su compromiso con la visión cristiano-liberal de la armonía general del universo, y en particular del mercado libre, así como con la teoría del valor fundada en la utilidad subjetiva en tanto que enfrentada a la teoría del trabajo ricardiana.

El propio Whately escribió algo más sobre economía reiterando sus ideas en las *Easy Lessons on Money Matters; for the Use of Young People* (1833), una obra para niños muy popular que tuvo quince ediciones en los siguientes veinte años, y que se tradujo a muchas lenguas. Increíblemente, Whately insinuaría en este manual otro gigantesco avance teórico: generalizar la teoría de la formación de los precios a todos los factores de producción: «Si consideras con atención qué es lo que se dice con las palabras Renta, Contratación e Interés, percibirás que, en el fondo, todas significan el mismo tipo de pago.»[17] Sin embargo, y por desgracia, Whately ya no se dedicaría más a la economía, y sus incursiones en la teoría del valor o de la distribución se hicieron dispersas y fragmentarias. A partir de entonces tendría que confiar a los titulares de la cátedra Whately la prosecución de la tradición subjetiva de un modo más sistemático.

El primer titular de la cátedra Whately cumplía admirablemente los requisitos del arzobispo. Samuel Mountifort Longfield (1802-84), hijo de un vicario anglicano del condado de Cork, Irlanda, se había graduado por el Trinity College una década antes y había ganado una medalla de oro en ciencias por su especial distinción en matemáticas y física. Más tarde conseguiría un codiciado puesto en el Trinity en el campo de las matemáticas y las ciencias, áreas en las que este centro aventajaba a Oxford y Cambridge, justo en pleno proceso de modernización con la ampliación de sus planes de estudios casi exclusivamente clásicos. Al mismo tiempo que desempeñaba sus funciones como miembro del *college*, Longfield ingresó en la Escuela Jurídica de Dublín, donde se graduó en 1831 y donde se convirtió en asistente del profesor de derecho feudal e inglés. Pero esto no es todo: Longfield publicaría una serie de lecciones públicas muy bien recibidas sobre derecho común (*common law*).

Mountifort Longfield satisfizo con creces las expectativas de Whately. No sólo empleó el tiempo libre y el estímulo de la cátedra para fraguar una destacable y completa teoría subjetiva, e incluso marginalista, del valor y la distribución —una auténtica alternativa al ricardismo—, sino que también dejó su impronta y transmitió a la Universidad de Dublín la tradición de una teoría alternativa del valor subjetivo, dejando tras de sí dignos sucesores de su cátedra. El núcleo duro de su sistema lo presentó Longfield en la primera serie de

[17] Se propuso al Rev. John McVickar, profesor de economía política y filosofía moral en la Universidad de Columbia, que reelaborase las *Easy Lessons* de Whately para la audiencia americana como su primer manual para niños, las *First Lessons in Political Economy* (1835).

lecciones que publicó, *Lectures on Political Economy* (1834). Antes de concluir su periodo de ejercicio como titular de la cátedra publicaría dos conjuntos más; en 1836, Whately dejó la cátedra para retomar su carrera jurídica, convirtiéndose en Profesor Regio de derecho feudal e inglés en la Universidad de Dublín. Posteriormente fue miembro del Consejo de la Reina. Longfield era especialista en derecho de la propiedad inmobiliaria, así que en 1849 se le designó como uno de los tres comisionados de la tierra de Irlanda. Una década después ascendería al prestigioso cargo de juez del tribunal de bienes raíces de Irlanda. A partir de entonces se hizo muy conocido en Gran Bretaña como «Juez Longfield» por sus esfuerzos en la defensa de la reforma agraria irlandesa. Aparte de unos cuantos artículos sobre la banca, Longfield no dispuso de más tiempo para proseguir sus estudios económicos, de manera que sus notables contribuciones a la economía se redujeron a sus cuatro años en la cátedra Whately. Al final de su vida, Longfield regresó a su primer interés por las matemáticas, publicando en 1872 un texto sobre la materia, *An Elementary Treatise on Series*.

La amplia perspectiva de Longfield sobre la armonía del mercado era muy parecida a la de Whately. Escribió en sus *Lectures* que «las leyes según las cuales se crea, distribuye y consume la riqueza han sido fraguadas por el Gran Autor de nuestra existencia con la misma atención hacia nuestra felicidad que manifiestan las leyes que gobiernan el mundo material». Por otro lado, a Longfield le incomodaba la pesimista teoría de la distribución de Ricardo, y su descripción de un conflicto inherente de clases entre trabajadores, capitalistas y propietarios de tierras, en la que los dos primeros aparecían condenados por la inevitable afluencia de la mejor, y cada vez mayor, porción del producto a la clase improductiva de los terratenientes.

En relación con la teoría del valor, Longfield formuló la teoría subjetiva del valor y del precio de un modo más completo de lo que hasta entonces se había hecho en Gran Bretaña. Se centró estrictamente en el precio del mercado y no en el precio a largo plazo como aspecto verdaderamente importante, y mostró que, en cualquier caso, ambos están determinados por la oferta y la demanda. Longfield aportó nuevos e importantes fundamentos en su detallado análisis marginal de la demanda. En este punto elaboró el concepto de la demanda de los consumidores como una curva, en relación con conjuntos de precios, e incluso desarrolló la idea de curvas individuales de demanda decreciente como base fundamental de la demanda global del mercado. De un modo más completo incluso que John Craig, mostró que las curvas de demanda del mercado están constituidas por un espectro de compradores supramarginales, marginales e inframarginales, cada uno con diferentes intensidades de demanda. Más aún, «la medida de la intensidad de la demanda de cualquier artículo por parte de cualquier persona es la cantidad que ésta estaría dispuesta a —y podría— dar a cambio del mismo antes que quedarse sin él, o privarse de la

gratificación que se supone le reporta». Ahora bien, a pesar de las diferentes intensidades en la demanda, es evidente que todos los intercambios se harán al mismo precio de mercado. Entonces, si «se pretende que el precio suba un punto por encima de esta cantidad, los que la solicitan, que dejan de ser compradores merced al cambio, deben ser aquellos cuya intensidad de demanda es precisamente la que mide el precio anterior... De esta manera, el precio de mercado se mide por la demanda, que, aunque posea una intensidad ínfima, aún conlleva compras reales». En resumen, la demanda marginal se convierte en una de las claves de la determinación de los precios.

En su análisis de la oferta, Longfield mostró que la oferta relevante para el precio real, cotidiano, de mercado es la provisión de un bien producida con anterioridad y ahora dispuesta para el presente inmediato (en suma, lo que hoy día se llamaría curva vertical de la oferta para el periodo inmediato del mercado). Por otro lado, y frente a Ricardo, Longfield entendió claramente que el coste de producción no determina en absoluto el precio; como mucho, interviene indirectamente en dicha determinación al afectar a la amplitud de la oferta. Su análisis se aproxima a la posterior teoría austriaca al señalar brillantemente que el efecto del coste sobre la oferta proviene de las expectativas de los productores a la hora de estimar qué cantidad de un bien producir e introducir en el mercado. Así, el coste de producción opera a través de su influencia en la oferta, «ya que los hombres no producirán artículos a menos que cuenten con la expectativa razonable de venderlos por más que el coste de su producción».

El Profesor Laurence Moss, biógrafo de Longfield, desaprueba la contribución del segundo a la teoría del valor por no ser una teoría de la utilidad marginal.[18] Moss se lamenta de que, aunque Longfield se diera cuenta de que la utilidad es la fuente de toda demanda, no la analizara ulteriormente, y se empeñase exclusivamente en el análisis de las demandas marginales y de la curva de la demanda. Esta perspectiva revisionista parece que sólo pone peros a los términos; aunque Longfield no utilizara el término de utilidad marginal o descompusiera la «utilidad» en individuos o grupos, el que lo hiciese con la demanda y los grados de la demanda prácticamente constituye una teoría completa de la utilidad. El Profesor Moss parece confundir el nombre con la sustancia. Es verdad, no obstante, que cierto ricardismo persistente llevó a Longfield a refrendar el trabajo como una medida del valor, concepto a todas luces tan falaz como la propia teoría del valor-trabajo.

En Irlanda, como veremos, Mountifort Longfield, con la ayuda de Whately, dejó a sus sucesores de la cátedra Whately de Dublín un importante legado de teoría del valor subjetivo y de anti-ricardismo. Pero, por desgracia, no tuvo

---

[18] Laurence S. Moss, *Mountfort Longfield: Ireland's First Professor of Political Economy* (Ottawa, Ill.: Green Hill Pubs., 1976), pp. 39-42.

influencia alguna en Inglaterra, donde se le conocía como el Juez Longfield, el reformador de la tierra irlandesa, y no como economista destacado e innovador. Senior, muy próximo en cuanto a doctrina, supo de Longfield, pero sólo le mencionó una vez a propósito de una cuestión trivial, y no manifestó indicio alguno de haber recibido su influencia. Este desconocimiento se intensificó merced al extremo provincialismo de la economía inglesa en el siglo XIX. En términos generales, los ingleses no estaban dispuestos a dignarse a prestar atención a escritores extranjeros y, en especial, a los «colonos» irlandeses y americanos, de quienes podrían haber sacado algún provecho.

No obstante, Mountifort Longfield tuvo éxito, cuando menos, al inaugurar en Irlanda una tradición de la utilidad-valor. Su sucesor en la cátedra Whately, Isaac Butt (1813-79), se tenía con orgullo por discípulo de Longfield, y aconsejaba a sus estudiantes que, sobre economía, leyesen antes que nada a Longfield, Say y Senior, un trío de muchos quilates, por cierto. Al igual que Longfield, y quizá más, las aportaciones económicas de Butt se limitaron al periodo de su cátedra, 1836-40, y sus publicaciones más importantes, *Introductory Lecture* (1837) y *Rent, Profits, and Labour* (1838) estaban integradas por lecciones impartidas en el Trinity College. Como veremos más adelante, la principal aportación de Butt fue la de generalizar la teoría de la determinación de los precios basada en la productividad marginal de Longfield, así como la exposición de esa teoría y el análisis de la utilidad realizados por Say. Por lo que respecta a la teoría de la utilidad propiamente dicha, Butt corrigió el error 'smithiano' de referirse al consumo como «improductivo» *per se*. Butt observó también que la teoría del valor-trabajo podría aplicarse en algún sentido si el trabajo fuese el único recurso escaso, y si, además, fuese homogéneo y trasladable de unas industrias a otras sin costes. Pero, evidentemente, tales condiciones son imposibles.

Isaac Butt se inició como precoz erudito clásico y traductor de Virgilio. A la temprana edad de 23 años fue designado para la cátedra Whately, y, al mismo tiempo que impartía sus enseñanzas, se fue examinando de derecho. Pasado el periodo de su ejercicio como catedrático, llegó a convertirse en un eminente jurista, y, al poco, en concejal de la ciudad de Dublín. Más tarde, Isaac Butt denunciaría la política inglesa durante la hambruna que padeció Irlanda, alcanzando fama de adalid implacable del autogobierno irlandés. Defendió en los tribunales a los líderes del alzamiento irlandés de 1848, cosa que volvería a hacer con los rebeldes fenianos de finales de la década de 1860. Fue también el fundador, líder y principal organizador del Partido Autonomista (*Home Rule Party*), desplegando también su actividad durante una temporada en el Parlamento. Los escritos que publicó tras su etapa en el Trinity versaban sobre la cuestión agraria en Irlanda, y en ellos defendía una reforma de la tierra en favor del arrendamiento irlandés. Como defensor de los arrendatarios, Butt asumió la parte peor pagada en estas disputas legales, por lo que su

situación económica fue siempre bastante precaria, viéndose con frecuencia muy endeudado. Sus principales publicaciones en relación con la cuestión irlandesa fueron *A Voice for Ireland — the Famine in the Land, What Has Been Done and What is to be Done* (1847) y *The Irish People and the Irish Land* (1867).

El sucesor de Butt en la cátedra Whately, James Anthony Lawson (1817-87), fue también un jurista preocupado por la cuestión irlandesa, pero tomó el rumbo opuesto al de Butt, convirtiéndose en un rígido defensor de la ley y el orden británicos así como de la represión de sus levantiscos habitantes. También Lawson alcanzó la titularidad de la cátedra a una edad notablemente temprana (24), agotando todo su ejercicio, de 1841 a 1846. Ingresó en el Parlamento, y ascendió hasta el cargo de Procurador de la Corona y luego al de Fiscal General para Irlanda, para luego, en 1868, ser juez del Tribunal Superior de Derecho Civil (*Common Pleas*). Allí impuso castigos a los rebeldes de la tierra y a los fenianos; si Richard Cantillon ha quedado como el único hombre de toda la historia del pensamiento económico que posiblemente fuera asesinado, Lawson sufriría en 1882 un intento de homicidio en las calles de Dublín.

La producción de Lawson sobre temas económicos siguió el mismo derrotero limitado de sus predecesores. La única obra que publicó fue *Five Lectures on Political Economy* (1844), integrada por algunas de sus lecciones en el Trinity; en años posteriores imprimiría algunas de sus lecciones sobre cuestiones jurídicas, la más conocida de las cuales sería una sobre derecho mercantil publicada en 1855.

Por desgracia, las lecciones de Lawson sobre el valor se han perdido, y la única referencia con que contamos se halla en un breve apéndice a sus *Five Lectures*. Con todo, lo poco que conocemos es suficiente para saber que Lawson se hallaba incuestionablemente inserto en la tradición de la utilidad del Trinity, y que incluso hizo una distinguida aportación a la doctrina. Lawson sostenía que lo que determina el precio de todos los bienes es la utilidad subjetiva y sólo la utilidad. Lawson decía que «Una proposición siempre verdadera y de universal aplicación es la de que *el valor de cambio de todos los artículos depende de su utilidad*, es decir, de su capacidad para satisfacer las necesidades y deseos de los hombres» (cursivas en el original). Todas las demás pretensiones de explicación del valor las consideraba parciales. La demanda y la oferta, por ejemplo, sólo pueden influir en el precio por su efecto en la utilidad. Al tratar sobre los efectos del aumento de la oferta, Lawson llegaría de lleno y en profundidad a la ley de la utilidad marginal decreciente. Así, si aumenta la provisión que alguien posee de un bien,

> en general, disminuirá la utilidad que tiene para él, o el grado en el que desea poseerlo, ya que, en la medida en que nuestros deseos particulares son capaces de quedar satisfechos, es evidente que podemos poseer una cantidad de un artículo superior a la que deseamos utilizar, y, por lo tanto, que nuestro deseo de conservar dicho excedente en nuestras manos sea menor.

Al afrontar la teoría del valor basada en el coste de producción, Lawson observa que la utilidad de un producto, no su coste, determina cuánto se pagará por él. Aunque el precio pueda a veces igualar al coste de producción, esto no significa que el coste determine el precio. Al contrario, la coincidencia de coste y precio, añade Lawson, sólo puede suceder «por un cambio en la oferta, y si esto no puede conseguirse, no se da tal coincidencia ni tendencia alguna hacia la misma». De este modo, Lawson llegó a la posición sobre el valor que Stanley Jevons desarrollaría de nuevo una generación más tarde.

En sus *Five Lectures*, Lawson elabora igualmente la idea whatelyana de la economía como cataláctica, el estudio del hombre en tanto que sujeto que realiza intercambios. En su primera lección, Lawson declara que la economía contempla al hombre «en conexión con sus semejantes, haciendo referencia únicamente a aquellas relaciones que son consecuencia de un acto específico al cual le conduce su naturaleza, el acto de intercambiar». En la segunda, Lawson deja esta línea discursiva y se ocupa de viejos debates de la economía política como el estudio de la «riqueza».[19]

El siguiente titular de la cátedra Whately, William Neilson Hancock (1820-88), alumno de Whately en Oxford y también abogado, enseñó en el Trinity de 1846 a 1851. Era un jurista especialmente erudito, y, en sus dos últimos años de ejercicio en la cátedra del Trinity, simultaneó ésta con las de jurisprudencia y economía política en el nuevo Queen's College de Belfast. Con posterioridad, fue secretario de muchas comisiones gubernamentales sobre cuestiones agrarias y educativas, y ocupó puestos como el de administrativo judicial, concluyendo su carrera como empleado de Crown and Hanaper en Dublín. Fue el principal miembro fundador de la Sociedad Estadística de Irlanda en 1847, y, cuatro años más tarde, de la Sociedad para la Investigación Social de Belfast.

Frente a otros titulares de la cátedra del Trinity, Hancock se interesó por la estadística y los trabajos empíricos; se había graduado por el Trinity en 1842 con la máxima calificación en matemáticas. Publicó una cantidad ingente de artículos y panfletos sobre cuestiones empíricas. Algunos de ellos trataban, como era casi inevitable, sobre la cuestión de la tierra irlandesa, en la que, al igual que Longfield y frente a Lawson, defendió los derechos de los arrendatarios irlandeses y rechazó el efecto que sobre su condición tenía el sistema de arrendamiento de la tierra impuesto por los británicos: por ejemplo, *The Tenant-right of Ulster* (1845); *Impediments to the Prosperity of Ireland* (1850); y *Two Reports for the Irish Government on the History of the Landlord and Tenant Question*

---

[19] Un escritor inglés que durante este periodo adoptó la cataláctica fue el que publicó, bajo el pseudónimo de Patrick Plough, y siguiendo la costumbre del momento de introducir y explicar el término en el título de su tratado, las *Letters on the Rudiments of a Science, called, formely, improperly, Political Economy, recently more pertinently, Catallactics* (Londres, 1842).

in Ireland (1859, 1866). Otros, sobre los impuestos y el gobierno local, en los que defendía un único impuesto sobre la renta, incluida la herencia de riqueza. En un tercer grupo de artículos defendió un control y supervisión más estrictos de las cajas de ahorro. Su obra estadística la realizó bajo la influencia y guía de Thomas Larcom, un inspector territorial y estadístico que ocupó diversos cargos públicos, y que en la década de 1850 llegaría a subsecretario para Irlanda.

No obstante sea más conocido por su economía aplicada, Hancock publicó una valiosa obra teórica, su *Introductory Lecture on Political Economy, 1848* (1849), producto de sus lecciones en el Trinity College. En ella empieza destacando la ambigüedad que se había extendido en el uso de la palabra «valor», y deja claro que, por fortuna, «la palabra 'precio' está libre de toda ambigüedad, y siempre significa el valor de cambio de un artículo, estimado en términos del dinero del país en el que tiene lugar el intercambio». Proponía, en consecuencia, el empleo de la palabra precio en lugar de valor de cambio. Además, el precio puede variar, bien «del lado de las cosas», bien «del lado del dinero». En cuanto a lo primero, señala que esos cambios sólo pueden suceder como consecuencia de una o de las dos causas siguientes: «bien un cambio en el grado en el que se desea poseerlo, o su *deseabilidad*; o un cambio en la fuerza de las causas por las que se limita su oferta, o, en otras palabras, por la que se hace escasa». Pasando a la demanda, Hancock añadía que «el grado en que se desea la posesión de un artículo se mide por el número de personas capaces de y dispuestas a comprar a cada precio». El análisis de la utilidad o de la utilidad cuasi-marginal de Hancock subrayaba un aspecto ligeramente diferente del de sus predecesores: propiamente dicho, otro aspecto de lo que hoy nosotros llamaríamos curva de demanda decreciente. Pues señaló que «se observa que, por lo que respecta a los artículos en general, su *deseabilidad* aumenta muy rápidamente a medida que sus precios bajan».

En cuanto a la oferta, Hancock subrayó una vez más las limitaciones de la oferta, no tanto el coste; y las limitaciones o escasez de la oferta dependen de la escasez de los diversos factores de producción. Dio a entender que los rendimientos de estos factores es cuestión de sus precios, y que cualquier explicación de los precios de los factores debe considerarlos de manera uniforme, de acuerdo con las influencias que operen sobre la demanda y la oferta de los mismos, es decir, «mediante la aplicación de las leyes ya formuladas en relación a otros precios».

Sin embargo, aunque Hancock se encontrara claramente en la tradición de la utilidad del Trinity, observamos ya un retroceso, una pérdida de interés y una mayor vaguedad en la consideración del valor o incluso en la teoría en general. En efecto, William Neilson Hancock estaba destinado a ser el último en la distinguida línea de teóricos irlandeses de la utilidad subjetiva del Trinity College.

4.7 William Forster Lloyd y la teoría de la utilidad en Inglaterra

El hecho de que Mountifort Longfield y el grupo del Trinity no tuvieran influencia alguna en Inglaterra no significa que la teoría del valor basada en la utilidad desapareciese con destacados economistas como Bailey y Senior. De hecho, el sucesor de Nassau Senior en la cátedra Drummond de Oxford fue también un distinguido teórico de la utilidad. William Foster Lloyd (1794-1852) era hijo de un párroco anglicano de Gloucestershire. Lloyd asistió al Christ Church de Oxford donde obtuvo la máxima calificación en matemáticas y una muy buena en lenguas clásicas. Fue lector de griego y después profesor de matemáticas del Christ Church, siendo más tarde ordenado ministro anglicano, aunque jamás llegaría a desempeñar sus funciones parroquiales. Ocupó la cátedra Drummond de 1832 a 1837, tras lo cual parece ser que hizo muy poco. Persona enfermiza, antes de morir a una mediana edad se retiró a su condado donde ya mostraría poco interés por la economía, la escritura o la política.

Sin embargo, a Lloyd, lo mismo que al resto de titulares de las cátedras Drummond y Whately, su periodo de actividad como profesor le reportó la oportunidad y el estímulo necesario para escribir, impartir y publicar lecciones de economía. Sus diversas lecciones, incluida una sobre el valor que impartió en 1833, se publicaron por separado, aunque posteriormente fueron reunidas y reeditadas con el título de *Lectures on Population, Value, Poor-Laws, and Rent* (1837).

No es necesario estar de acuerdo con alguien en política para compartir los mismos puntos de vista en teoría económica. Ya hemos visto, por ejemplo, la dura actitud de James Lawson frente al campesinado. Aunque William Lloyd fuera un teórico de la utilidad, en Oxford no fue whatelyano en modo alguno; al contrario, allí estuvo ligado al alto círculo tory del Christ Church que constituía el principal contrapeso a los liberales del Oriel. El líder de los *tories* del Christ Church era el hermano mayor de William, Charles Lloyd (1774-1829), futuro tutor del Primer Ministro Sir Robert Peel, de quien llegaría a ser en poco tiempo amigo íntimo y consejero. En el momento de su prematura muerte acaecida en 1829, Charles Lloyd era profesor regio de teología y derecho canónico del Christ Church al mismo tiempo que desempeñaba sus funciones como obispo de Oxford. Fue muy conocido como «el más influyente profesor de Oxford de su tiempo». Aun cuando Lloyd enseñó e inspiró a muchos de los líderes del futuro movimiento ultra-tory y proto-católico de Oxford, él fue, lo mismo que William Lloyd, un tory peelita moderado tanto en teología como en política. La influencia de Peel y la de su difunto hermano Charles aseguraron para William Lloyd la cátedra Drummond.

La mayor parte de las lecciones de Lloyd estuvieron dedicadas a sus ideas cuasi-estatistas y paternalistas en política pública. Especial interés, no obstante,

merece su lección sobre el valor. En ella, Lloyd hace un repaso a la literatura, y cree descubrir en la *Riqueza de las naciones* inspiración para una teoría subjetiva del valor. El valor, afirma Lloyd, es «un sentimiento de la mente». Puede entenderse, añadía, como propio de un único objeto, en el que el sentimiento se revela «en el margen que separa necesidades satisfechas y no satisfechas». Pero el valor, o incluso la utilidad, no pueden ser intrínsecos a ningún objeto. En la teoría de Lloyd, dice E.R.A Seligman, la utilidad «se predica de un objeto por relación a las necesidades del género humano. El hielo es útil en verano, no en invierno. Aun así, las cualidades intrínsecas del hielo son en todo lugar y tiempo las mismas».[20]

Después de trillar lo que por entonces era terreno muy conocido, el del aumento de la oferta de un objeto que disminuye y eventualmente sacia la demanda, William Lloyd llega a la gran revelación: una descripción notablemente clara de la ley de la utilidad marginal decreciente. Lloyd señala:

> Supongamos el caso de un hombre hambriento que tiene a su disposición una y sólo una onza de alimento. Es evidente que esta onza tiene para él mucha importancia. Ahora supóngase que posee dos. Éstas siguen teniendo gran importancia; pero la importancia de la segunda no es igual que la de la onza única. En otras palabras, no lamentaría tanto desprenderse de alguna de las dos... como desprenderse de la que tenía cuando sólo tenía una y se quedaba sin ninguna. La importancia de una tercera es aún menor que la de la segunda; lo mismo la de una cuarta, y así hasta que, finalmente, en un aumento continuo del número de onzas, llegamos a un punto en el que... el apetito se pierde por completo; respecto a una sola onza, es indiferente el desprenderse o no de ella. Así, pues, si su provisión de alimento es escasa, tiene en gran estima cualquier porción del mismo, en otras palabras, le concede gran valor; si la provisión aumenta, disminuye su estima por cierta cantidad de la misma, o, en otras palabras, le concede menos valor.

De manera similar, prosigue Lloyd, las utilidades de diferentes bienes comparadas unas con otras y sus correspondientes valores decrecen con el aumento de la oferta; de tal modo que un bien que puede ser más valioso que otro en un sentido filosófico absoluto, en cuanto determinada clase de mercancía puede ser que valga muy poco si su oferta es abundante. Así, «el agua la necesita más un hombre a punto de morir de sed que otro que la haya saciado, y que sólo desee lavarse. Es de la necesidad, estimada de esta manera, de lo que depende el valor».

Más en concreto,

> Si a un hombre que ya posee media docena de abrigos le ofrecieses otro, probablemente respondería que no le daría ningún uso. Aquí, empero, no se referiría él a la utilidad abstracta del abrigo, sino a la utilidad concreta que para él posee

[20] E.R.A Seligman, «On Some Neglected British Economists, I», *Economic Journal*, 13 (Sept. 1903), pp. 360-61.

> en unas circunstancias en las que su necesidad ya ha quedado cubierta. Aunque no sea exactamente lo mismo que el valor, se aproxima mucho. Para él, el abrigo no tendría ningún uso; en consecuencia, si lo poseyese, no lo consideraría valioso... Y esto es algo muy distinto de la utilidad del abrigo en el sentido general de utilidad...[21]

William Lloyd también tenía claro que el valor, por ser subjetivo, no podía medirse. En un pasaje que recuerda y supera a Bailey escribe agudamente:

> En efecto, sería muy difícil descubrir alguna prueba de precisión por la que medir la utilidad absoluta de un objeto particular, o la razón exacta de las utilidades comparativas de distintos objetos. Pero de esto no se sigue que la noción de utilidad no tenga un fundamento en la naturaleza de las cosas. Porque una cosa no sea susceptible de medida, no se sigue que no posea una existencia real. Antes de la invención de los termómetros, la existencia del calor no era menos innegable que ahora.

Lloyd pasa a señalar muy atinadamente que el valor o la valoración precede al intercambio, y que dicha valoración también acontece en el caso de una economía aislada tipo Robinson Crusoe. Por desgracia, Lloyd estaba tan obsesionado con la distinción entre valor e intercambio, y con la errónea escisión de Smith entre los valores de uso y de cambio, que no llegó a completar la tarea de la teoría de la demanda, ni a conectar el análisis de la utilidad marginal con la demanda del consumidor y la determinación de la formación de los precios de mercado. Hombres como Butt, Longfield, Lloyd y Bailey labraron algunos de los sillares de la teoría de la formación de los precios basada en la utilidad marginal e incluso de la de los precios de los factores fundada en la productividad marginal; con todo, habría que esperar a que los austriacos ensamblaran las piezas y presentaran un todo integrado.

Si la teoría del valor de Lloyd parece haber tenido poca o ninguna influencia en Inglaterra, la teoría de la utilidad del eminente Nassau Senior fue rescatada y alabada una década después de sus *Lectures*. Thomas C. Banfield (c. 1800-60) había pasado muchos años en Alemania, y en sus lecciones de Cambridge de 1844 llevó a Inglaterra la buena nueva de que la teoría económica del Continente no estaba apestada por ningún miasma ricardiano; en cambio, observó que dominaba cierta forma flexible de smithismo. Aparte de fundamentar sus doctrinas en Say, von Storch y Senior, Banfield fue el primer economista inglés que se refirió al teórico marginal Heinrich von Thünen y al avanzado smithiano Friedrich von Hermann. En el prefacio a sus lecciones, publicadas como *The Organization of Industry* (1845), Thomas Banfield comentaba los enormes cambios que se habían producido en la teoría económica a

---

[21] «Utilidad particular» es el término que Lloyd empleó para lo que más tarde se llamaría «utilidad marginal»; a la utilidad «abstracta» o «general» se la llamaría «utilidad total». Véase Seligman, *op. cit.* nota 20, pp.360-61.

lo largo de las dos décadas anteriores merced a la teoría subjetiva del valor, «que exige de los productores, cuando menos, tanta atención a la mejora física y mental de sus conciudadanos consumidores como a los procesos mecánicos» de la producción. Los salarios, observaba, dependerán de la productividad de la mano de obra, esto es, de «la utilidad del instrumento cuyo uso entiende un hombre». En sus lecciones, Banfield subrayó la relatividad y el grado de intensidad de las necesidades como objeto de la ciencia económica.

Ciertamente, parece que a finales de la década de 1840 la economía inglesa estaba preparada para producir una grandiosa eclosión «austriaca», de un sistema integrado que explicase el efecto de los propósitos y valores humanos, y su interacción con la escasez de recursos. Sin embargo, algo sucedió; y la economía, lista para la gran eclosión, se hundió en la ciénaga de las falacias que constituían el sistema ricardiano. Se olvidó, como si jamás hubiese existido, el importante volumen de pensamiento pre-austriaco y anti-ricardiano, el cual sólo se recuperaría una generación más tarde y, tardíamente, en el siglo veinte. Más adelante se tratará de las razones por las que tuvo lugar esta regresión.

4.8 Un teórico de la utilidad en Kentucky

Si las aportaciones del Trinity College a la teoría de la utilidad subjetiva no se conocieron fuera de Irlanda, más inadvertida aún pasó una contribución aislada y sorprendente que apareció en una serie de artículos de un periódico de Kentucky. Escritos por el joven aunque influyente editor del *Frankfort (Ky) Argus*, Amos Kendall (1789-1869), quien más tarde se convertiría en principal consejero técnico de Andrew Jackson en su batalla contra la reserva parcial bancaria y, en concreto, contra el Banco de los Estados Unidos, estos artículos no se leyeron ni se conocieron, incluso en los Estados Unidos, hasta ser exhumados por los historiadores del siglo XX.[22] Y, sin embargo, sobre todo teniendo en cuenta que fueron escritos en 1820, anticipándose a Bailey y a Craig, fueron extraordinarios. No sólo defendieron el valor subjetivo, sino que constituyeron la primera expresión de la ley de la utilidad marginal decreciente.

Lo que indujo a Kendall a explorar la cuestión del valor económico fue una fiera disputa que tuvo lugar en Kentucky durante el catastrófico Pánico de 1819 en relación a si los deudores habrían de recibir o no un alivio por parte del gobierno del estado. Aunque Kendall no se oponía a todas las medidas de

[22] Kendall nació en el seno de una familia agrícola de Massachusetts, y se graduó con el número uno en 1811 por el Dartmouth College. Se hizo abogado y en 1814 emigró a Kentucky, donde trabajó como abogado, editor y jefe de la oficina de correos. Ese mismo año pasó a ser editor del importante *Frankfort (Ky) Argus* de la capital del estado, y más tarde se convertiría en destacado consejero experto jacksoniano y en director general de Correos.

alivio, le incomodaban las propuestas que trataban de anular toda deuda existente. Así, con el objetivo de explorar la cuestión en profundidad, publicó tres artículos en el *Argus*, comenzando el 27 de abril por examinar los problemas del dinero y, de un modo más fundamental, la naturaleza del valor. Por desgracia, Kendall no aporta pista alguna en su autobiografía, ordenada y editada póstumamente por su yerno, sobre quiénes de entre los economistas podrían haber inspirado sus avanzados puntos de vista.

En su primer artículo, Kendall fue directo a la base y examinó la cuestión del valor *per se*. En él, comienza diciendo que son muchas las explicaciones erróneas que se han dado del valor: trabajo consumido, precio e incluso demanda. Sin embargo, comenta,

> Todas estas nociones son erróneas. Las cosas tienen *valor*, no porque se produzcan con trabajo, no porque, en general, se demanden, ni porque se vendan o cambien por cierta cantidad de dólares, *sino sencillamente porque los hombres desean poseerlas. La deseabilidad es el valor*. Algo es valioso en la misma proporción en que es deseable (cursivas en el original).

Desechando la «paradoja del valor», Kendall afirmaba que el agua y el aire poseen poco o ningún valor a causa de su abundancia: «Si la carne y el pan fuesen tan comunes como el aire y la luz no tendrían ningún valor; no producirían deseo.» En el Jardín del Edén la tierra no poseía valor alguno porque era superabundante. El trabajo, proseguía, no confiere valor alguno, porque:

> Por lo general, en relación con el producto del trabajo, el valor antecede al trabajo de producción. Surge de nuestro deseo de poseer lo que el trabajo puede producir. Si el trabajo fijase el valor de los productos, todo aquello en lo que se ha empleado mucho, sería muy valioso. Es evidente que este no es el caso.... Antes bien, el trabajo no podría hacer que una cosa fuese valiosa a menos que ésta fuera deseable. Se puede despilfarrar trabajo. Puede destinarse a la producción de lo que nadie desea, de lo que no tiene valor.

Y Kendall concluye brillantemente: «Las cosas no son valiosas porque los hombres gasten trabajo en ellas, sino que los hombres gastan trabajo en ellas porque son valiosas.»

Por otro lado, la demanda de un producto surge del deseo que los hombres tienen de conseguirlo. El deseo es primero: «Por lo tanto, la demanda no es la causa del valor... Una cosa se hace deseable o valiosa antes de que haya demanda de ella. La demanda viene a continuación... Y, cuando se interrumpe el deseo de poseerla, deja de tener valor, y ya no se demanda.»

Según Kendall, el paso siguiente es que los deseos, por ser subjetivos y evanescentes, no se pueden medir, y, en consecuencia, tampoco el valor:

> ¿Qué patrón puede idearse para los deseos de los hombres? ¿Pueden reducirse las necesidades, las comodidades, los placeres, las modas, las opiniones y los caprichos de los hombres a algún patrón? ¿No cambian, como el viento, permanentemente? La medida jamás varía. Una yarda es siempre semejante a la longi-

> tud con la que se la compara... Estas longitudes, superficies y cantidades nunca varían o cambian. Por lo tanto, pueden reducirse a un patrón que habrá de ser uniforme y para siempre. Ahora bien, ¿acaso el valor es invariable? ¿Lo que ahora vale un dólar valdrá siempre la misma suma?

Los gustos y deseos siempre cambian, y, por tanto, también el valor; de ahí que no puedan tener ni medida ni patrón. Kendall concluye entonces su devastadora crítica —una crítica que no les hubiese venido mal leer y entender a Ricardo y sus epígonos:

> Para construir un patrón del valor, primero deberás hacer que todo acre de tierra, toda fanega de trigo y toda cantidad de cualquier producto se venda siempre, en toda situación y circunstancia, exactamente por la misma suma. No debe haber beneficio ni pérdida, compra ni venta.
>
> Lo dicho basta para mostrar la radical imposibilidad de un patrón del valor, y que hablar en serio de algo semejante es, sencillamente, ridículo. Por lo mismo no podemos hablar de un patrón del hambre, de la sed, de la opinión, de la moda, del capricho, y de todas esas necesidades... que hacen las cosas deseables.

4.9 Salarios y beneficios

Además de la teoría del valor-trabajo, los economistas ingleses acabaron rápidamente con otra de las piedras angulares del sistema ricardiano: la supuesta relación inversa entre salarios y beneficios. Ya hemos visto la desaparición del Malthus duro de la primera edición del *Essay on Population*, tan necesario a las conclusiones de la teoría ricardiana.

Más aún que el rechazo explícito del malthusianismo, las publicaciones periódicas atacaron con vehemencia la afirmación ricardiana de que los salarios y los beneficios varían inversamente. El *British Critic* denunció esta tesis en fecha tan temprana como 1817, y, dos años más tarde, otro escritor apuntaba directamente a la metodología que, con posterioridad y justo desprecio, se llamaría «el vicio ricardiano»:

> Dando por sentado, como siempre, que el dinero jamás cambia de valor y que la proporción entre la oferta y la demanda de cualquier artículo nunca se ve alterada (como si el astrónomo hubiese de aceptar como base de sus cálculos que todos los planetas permanecen inmóviles para toda la eternidad), asigna una cantidad determinada, a dividirse entre el patrón y el trabajador, como precio inalterable de los bienes que producen; de lo cual se sigue que, variando las condiciones hipotéticas, si el trabajador consigue más, el patrón-fabricante debe recibir menos, ya que sólo hay una cantidad fija a dividir entre ellos.[23]

Otros escritores, incluido Malthus en 1824, llevaron a cabo críticas parecidas, y también observaron que, desde un punto de vista empírico, los sala-

[23] Citado en Gordon, *op. cit*. nota 11, p. 384.

rios y los beneficios aumentan o decrecen por lo general en la misma dirección. Así, John Craig señalaba que históricamente los salarios y los beneficios no varían inversamente sino a la par: «Una circunstancia un tanto asombrosa que acompaña a esta teoría es que lo que representa en todas las ramas de la industria como efecto necesario de los elevados salarios sobre los beneficios sea totalmente contrario a la experiencia en cada comercio particular.» Craig explica a continuación que «una nueva demanda de un artículo enriquece en primer lugar a aquellos que, por poseer este artículo, tienen capacidad para elevar el precio; el deseo de participar en sus ganancias pronto destina nuevo capital a su producción, de modo que al punto se hace inevitable un incremento en los salarios».

Una vez más, no es legítimo que los apologistas ricardianos rechacen esta crítica por ser de naturaleza histórica y no analítica, ya que las generalizaciones empíricas supuestamente aplicables de modo directo a la realidad, como sucede en el sistema ricardiano, se hallan justamente expuestas a refutación empírica. Tal refutación puede cuestionar las conclusiones aparte del procedimiento «teórico» más común de cuestionar el realismo de las premisas de la teoría.

Para la década de 1840, la idea de una relación inversa entre salarios y beneficios había sido descartada por completo. Ahora bien, si la teoría de la subsistencia malthusiana no determina los salarios, entonces *¿qué es* lo que los determina? Muy pocos se aventuraron por este terreno desconocido. Sin embargo, ya en 1821 el ignorado pero destacable escocés John Craig subrayó que los salarios los determina la oferta y la demanda de trabajo, y en modo alguno el precio del alimento. Aunque no se analizaron por completo, en la demanda de trabajo se establecen dos elementos: el «capital de donde provienen los salarios que se adelantan al trabajador», y la «demanda del producto de su trabajo». De paso, Craig demolería con habilidad la espuria distinción de Adam Smith entre trabajo «productivo» e «improductivo». Concluía convincentemente que «la riqueza puede consistir en todo lo que sea objeto del deseo humano, y todo trabajo que multiplique esos objetos del deseo, o que aumente su cualidad de producto de disfrute, es productivo».

El siguiente paso importante en la teoría de los salarios lo dio Samuel Bailey, quien, en el curso de su contundente crítica a la teoría ricardiana del valor de 1825, mostró el papel crucial de la productividad del trabajo en la determinación de los salarios:

> el valor del trabajo no depende por completo de la proporción de todo el producto que se da a los trabajadores a cambio de su trabajo, sino también de la productividad del trabajo... La proposición que dice que cuando aumenta el trabajo, los beneficios decrecen, sólo es verdadera cuando su aumento no se debe a un incremento en sus capacidades productivas... Si se aumenta la capacidad productiva del trabajo, esto es, si el mismo trabajo produce más bienes en el

mismo tiempo, el trabajo puede subir en valor sin que se produzca una caída de beneficios, y no sólo eso, puede incluso que éstos aumenten.

Uno de los problemas críticos en el desarrollo de la teoría de la productividad de los salarios fue la insistencia ricardiana en subrayar las supuestas leyes de la distribución global, de los «salarios» como un todo y como parte total del producto y la renta nacionales, no como *tipos* de salario de unidades individuales de trabajo. J.B. Say ya había formulado una teoría del salario basada en la productividad, pero no había analizado en detalle la determinación de los tipos de salario particulares. A principios de la década de 1830, Nassau Senior, aunque desorientado en lo que respecta a la cuestión de los salarios, se mostró partidario de la teoría de la productividad. También consiguió refutar la doctrina del trabajo «productivo» *frente al* «improductivo» de Adam Smith insistiendo, igual que lo había hecho J.B. Say, en la «producción» como corriente de *servicios* que emerge de productos tanto materiales como inmateriales.

Pero el avance verdaderamente revolucionario en la teoría de los salarios —en realidad, en la teoría de la determinación de los precios de todos los factores— se dio con Mountifort Longfield en sus *Lectures on Political Economy*. Como ya hemos visto, a Longfield le interesaba mostrar, frente a la teoría ricardiana de la distribución de la renta basada en el conflicto de clases, que los trabajadores se benefician del desarrollo capitalista. (Irónicamente, el *laissez-faire Harmonielehre* de Longfield sería reemplazado más tarde por una actitud mucho más estatista.) Al hacerlo, Longfield adoptó la teoría correcta pero vaga de las rentas de los factores basada en la productividad de J.B. Say, y elaboró por vez primera una teoría de los precios de arrendamiento (es decir, precios por unidad de tiempo) de los bienes de capital (a los que, es curioso, Longfield llamaba «beneficios», cayendo en la típica confusión entre rendimientos del capital y fijación de los precios de los *bienes* de capital que desde principios del siglo XIX ha infestado la economía). Entrando en detalles, Longfield mostró que el precio de cada máquina tenderá a igualar la productividad marginal de la máquina, es decir, el valor productivo (en términos del valor de sus productos) de la máquina menos productiva en uso en el mercado, esto es, la máquina marginal.

De esta manera y por vez primera, repitiendo sin saberlo a Turgot, Longfield hizo uso del método correcto *ceteris paribus* de análisis de los rendimientos productivos, manteniendo constante un factor o clase de factores, variando otro conjunto de los mismos, y analizando la consecuencia.

Longfield se detuvo aquí en su brillante contribución pre-austriaca, aplicando el análisis de la productividad marginal sólo a los bienes de capital. Le agradaba que el análisis mostrase que los salarios —la renta residual del trabajo que queda tras el pago al capital— aumentaban a medida que la productividad marginal de los bienes de capital decrecía con cada incremento en la cantidad

de capital. En definitiva, la acumulación de capital conducía al incremento de los salarios. Por otra parte, Longfield desterró por completo todos los temores malthusianos. No sólo abundó en el rechazo del núcleo duro del malthusianismo, sino que incluso invirtió la cadena causal del énfasis de tipo moderado en el nivel acostumbrado de los salarios de los trabajadores como determinante de la oferta de mano de obra. La costumbre, apuntó con perspicacia, se guía por el salario real vigente del mercado, no al revés. Como escribiría una década más tarde un anónimo seguidor irlandés en el *Dublin University Magazine* (julio de 1845), la costumbre hará apropiado el pago del tipo de salario vigente, sea el que fuere, mientras que hacerlo por debajo de esa norma se consideraría una desgracia. Así, pues, es la demanda de trabajo, no su oferta, lo que rige la determinación del salario de mercado.

La ulterior refutación que Longfield hizo incluso de la vertiente moderada del malthusianismo señalaba que el crecimiento de la población puede tener el efecto favorable de ampliar el mercado de bienes manufacturados y, por ello, de incrementar la productividad marginal de los bienes de capital en general. De ahí que la población pueda crecer, el capital desarrollarse, y capitalistas y trabajadores beneficiarse por igual —un panorama mucho más realista que el ricardiano sobre el desarrollo capitalista.

El sucesor y discípulo de Longfield, Isaac Butt, no se contentó con detenerse aquí, y presentó un destacado desarrollo del análisis del primero. En primer lugar, dio el paso clave de ver que el análisis de la productividad marginal de Longfield podía generalizarse de los bienes de capital a *todos* los factores de producción: a los salarios y a la renta de la tierra. Cada una de estas clases de factores podrían analizarse en términos de productividad marginal, y el resultado sería que cada una de ellas obtendría el rendimiento, o precio, del factor menos productivo cuyo empleo es rentable en el mercado (el trabajador o acre de tierra marginales). De esta manera, todo lo aprovechable de la teoría ricardiana de la renta de la tierra basada en el rendimiento diferencial se aisló e incorporó a la brillante y pionera teoría general de la determinación marginal de los precios de los factores de Butt.

Y no sólo eso: Butt también incorporó el análisis de la utilidad y el análisis correcto, aunque vago, de la productividad de Say, y los integró, al menos en líneas generales, con la teoría general de la productividad marginal de Longfield. En suma, prefigurando la idea austriaca de Menger-Böhm-Bawerk, el valor de los bienes de consumo, determinado en los consumidores por su utilidad subjetiva, se imputa en el mercado a los valores de los distintos factores de producción, los cuales igualarán el valor marginal de la productividad de cada factor. Así, el precio por unidad de cada tipo de factor tenderá a ser igual al valor marginal de su productividad, en tanto que imputado, a través del proceso competitivo del mercado, a partir de la utilidad subjetiva final de los productos.

Por desgracia, esta excelente tradición Say-Longfield-Butt de la teoría de la productividad no tuvo influencia alguna y careció de sucesores. Si bien es cierto que, como colega whatelyano, Senior conoció la obra de Longfield, jamás se refirió a él o a Butt, e incluso los sucesores de Longfield en el Trinity College de Dublín, continuadores de la teoría del valor basada en la utilidad, ignoraron la teoría corolaria de la imputación y la productividad.

Es verdad que el análisis de la productividad marginal de Longfield se ganó un fiel seguidor en Inglaterra, Joseph Salway Eisdell, cuya obra en dos volúmenes *A Treatise of the Industry of Nations* (1839) presentó una versión sofisticada de la teoría de Longfield. Sin embargo, el libro de este desconocido autor desapareció sin dejar rastro, ni una reseña o mención en las publicaciones periódicas o de otro género.

Pero, si ya se había analizado la formación de los precios de los factores, ¿qué decir de los beneficios? Si los beneficios no podían explicarse, sin más, como residuales, entonces había que explicarlos directamente, así que algunos economistas empezaron a buscar una teoría satisfactoria sobre qué era lo que determinaría los beneficios a largo plazo o lo que más tarde se llamaría el rendimiento del interés a largo plazo. Para empezar, se apuntó que Ricardo había cometido un gran error al dar por supuesta una movilidad instantánea y completa del capital, y se recordó la visión más realista de Adam Smith. Por ejemplo, cierto escritor subrayó en 1822 en la *Monthly Review* «la imposibilidad de transferir capital y la preparación adquirida por las personas de un negocio a otro».

Pero si los beneficios sólo son uniformes como tendencia a largo plazo, ¿cómo se explican? Malthus se aproximó a la visión correcta en 1824, en la *Quarterly Review*, al hacer hincapié en que, mientras que las rentas vienen determinadas por la productividad, el beneficio que, por ejemplo, se obtiene almacenando vino y vendiéndolo cuando envejece, se debe a la «espera», y en que, cuanto más larga sea ésta, mayor será el margen de aquél.

Una aportación especialmente importante a la literatura de publicaciones periódicas apuntó a las que en su momento llegarían a ser las teorías correctas del beneficio y el interés. Se trata de un artículo de William Ellis (1794-1872) para la benthamita *Westminster Review* de enero de 1826. En un análisis extremadamente sofisticado del ahorro y de la inversión, Ellis mostraba que el ahorro viene inducido por «una mayor expectativa de disfrute proveniente del consumo pospuesto frente al inmediato», mientras que, por otra parte, lo que da lugar a la inversión es la expectativa de beneficio. En su análisis de la inversión Ellis distinguió con gran penetración el beneficio como rendimiento de la asunción de riesgo frente al interés como rendimiento de los ahorros, los cuales pueden, también, obtener una prima de riesgo.

Particularmente interesante fue su pionera teoría de los beneficios basada en el riesgo. «La amplitud del beneficio —sostenía— ha ser proporcional al

riesgo que se contrae al emplear la riqueza atesorada en la producción.» También subrayó la importancia de una expectativa de beneficio cuantioso a la hora de emprender la innovación tecnológica. La nueva tecnología «no está probada», y su introducción habrá de superar «la pérdida de maquinaria desfasada, la falta de preparación y práctica de los trabajadores, y lo incierto del resultado, todos ellos obstáculos para la adopción y aplicación de lo que está sin probar». Censurando a los escritores anteriores por ignorar la innovación y sus problemas, Ellis señalaba que sus dificultades «sólo se vencen... merced a la perspectiva de un gran beneficio adicional que se espera acompañe a la innovación que se adopta».

Ellis también introdujo la distinción entre los elementos del «beneficio bruto» de una empresa comercial, y la diferenciación de los mismos del interés normal a largo plazo. Siempre que un empresario utiliza exclusivamente su propio capital, apuntaba con penetración, su beneficio bruto puede descomponerse en prima de riesgo, remuneración por su trabajo y supervisión y, por último, en «remuneración por la utilización productiva de sus ahorros, llamada interés». Los préstamos productivos con fines empresariales tienden a incluir la parte de interés del beneficio bruto empresarial.

¿Quién fue este William Ellis que escribió un artículo tan extraordinariamente perspicaz y avanzado para una de las revistas británicas más distinguidas? Parece ser que esta fue la única incursión de Ellis en economía. Nacido en Londres, se hizo misionero no-conformista, y consumió su vida trabajando y viajando para la Sociedad Misionera de Londres. Enviado a Polinesia de 1816 a 1824, Ellis, que en su infancia había trabajado como jardinero, aclimató allí muchos frutos y plantas tropicales, y estableció la primera imprenta de los Mares del Sur. Los frutos de este trabajo aparecieron en los dos volúmenes de sus *Polynesian Researches* (1829). Su interés por la teoría de los beneficios a su regreso de la primera estancia polinesia parece haber sido un mero pasatiempo de su atareada carrera como misionero.

Menos incisivo que Ellis, el filósofo escocés Sir George Ramsay (1800-71) expuso una distinción analítica parecida entre beneficios brutos y netos en una obra desconocida y que apenas llamó la atención, *An Essay on the Distribution of Wealth* (1836). Mientras que buena parte del libro era ricardiana, Ramsay adoptó el concepto de empresario de los franceses, y descompuso de igual forma los beneficios brutos del capital en interés por el uso del capital y «beneficios de la empresa», divididos, a su vez, en salarios de administración y dirección, y pago por el riesgo contraído por los «patronos» o empresarios. Ramsay mostraba que, analíticamente, los empresarios reciben los beneficios de la empresa, mientras que los capitalistas reciben interés o «beneficios» del capital. De todas formas, los dos rendimientos se dan por lo general juntos en la práctica como beneficios brutos de los empresarios capitalistas.

Ramsay fue también el primer británico en adoptar el análisis de Destutt de Tracy del proceso de producción en tanto que transformación de materia o cambio de lugar geográfico, a los que Ramsay añadió el cambio cronológico.

4.10 Abstinencia y tiempo en la teoría de los beneficios

Si el beneficio se relaciona, quizás, con el riesgo, ¿qué es lo que explica el componente de «interés» a largo plazo de los beneficios empresariales? La teoría del interés basada en la abstinencia pasaría a convertirse en poco tiempo en la explicación del interés a largo plazo dominante en la economía británica. La primera explicación del tiempo como determinante del interés provino de una teoría relacionada pero superior a la de la abstinencia: la pionera teoría de la preferencia temporal de Samuel Bailey. El análisis de Bailey surgió en el curso de su brillante derribo de la teoría del valor-trabajo de Ricardo y de su defensa de una teoría alternativa basada en la utilidad. Bailey inicia su análisis del tiempo y del valor observando que, si un artículo requiere más tiempo que otro en su producción, aun empleando la misma cantidad de capital y trabajo, su valor será mayor. Si Ricardo reconoce en este punto un problema, James Mill afirma incansablemente en sus *Elements of Political Economy* que, dado que el tiempo es «un mero término abstracto», no es posible que pueda añadirse al valor de ninguna cosa.

Refutando a Mill, Bailey señala que «cada creación de valor» implica una «operación mental», esto es un análisis subjetivo del valor. Dado un placer concreto, proseguía Bailey, «en general preferimos un placer o disfrute presente a otro distante», este es el hecho de la preferencia temporal omnipresente en la vida humana. Así:

> Deseamos apoderarnos, incluso sacrificando algo de propiedad y sin esperar a la conclusión del proceso, de aquello que, de otro modo, requeriría tiempo procurarse... Si se nos ofreciera cualquier artículo que de otro modo no se consiguiese más que al cabo de un año, estaríamos dispuestos a dar algo a cambio del disfrute presente.

Consideraciones de descuento temporal influyen en compradores, vendedores y capitalistas, así como en las dos partes que saben que, por ejemplo, el vino gana valor cuando se guarda durante periodos de tiempo más prolongados. Más interesado en la refutación de la teoría del valor-trabajo y de otras teorías objetivas sobre el mismo que en explicar el interés *per se*, Bailey no se detuvo a explicar la preferencia temporal como base del interés ni a analizar el tipo de descuento temporal. Sin embargo, su análisis allanó el camino a la posterior teoría austriaca de la preferencia temporal, aun cuando su creador, Böhm-Bawerk, no conociera las observaciones del propio Bailey.[24]

---

[24] No obstante, Bailey añadió una crítica metodológica cordial al torpe intento de James Mill por definir el incremento del valor del vino durante el envejecimiento como

Seis años después, G. Poulett Scrope —a pesar de sus desgraciadas apreciaciones adicionales sobre la ley de Say— hizo una importante contribución a la teoría del beneficio (o interés) elaborando por vez primera una teoría del interés basada en la abstinencia. En la *Quarterly Review* de enero de 1831, Scrope deploraba la ausencia en Ricardo de una auténtica teoría del beneficio, y presentaba otra basada en la abstinencia.

A pesar de las poco caritativas críticas de Böhm-Bawerk a la mucho más desarrollada teoría de la abstinencia de Nassau Senior, no existe mucha diferencia entre la concepción de la abstinencia y la austriaca posterior más sofisticada de la preferencia temporal. El beneficio, decía Scrope, es «la compensación por la abstinencia de la gratificación inmediata» que supone ahorrar, invertir y no consumir. Pero Scrope no se detuvo en el esbozo de una teoría de la abstinencia; buena parte del beneficio, apuntaba, es la expresión reducida del beneficio que es idéntico al interés. Lo que vulgarmente se llama «beneficio», según lo denominaba Scrope, es lo mismo que el «beneficio bruto» de Ellis. Éste, proseguía Scrope, se compone de interés del capital + seguro frente a los riesgos del negocio + salarios por el trabajo de supervisión del capitalista. Scrope también añadía la renta monopolística, en la que agrupaba la posesión de suelo o localización superior junto con las ganancias provenientes de inventos o procedimientos patentados.

Sin embargo, el *locus classicus* de la teoría de la abstinencia lo constituyeron las lecciones de Nassau W. Senior. Cierto es que no se publicarían hasta 1836 bajo el título de *Outline of the Science of Political Economy* (y, como artículo para la *Encyclopedia Metropolitana*, bajo el de «Political Economy»), sin embargo, ya habían visto la luz antes, en 1827-28, como lecciones académicas de Oxford.

Senior mostró que los ahorros y la creación de capital suponen necesariamente un doloroso sacrificio presente, una abstinencia del consumo inmediato, en la que sólo se incurre ante la expectativa de un premio compensatorio. Por desgracia, Senior carecía del concepto de preferencia temporal, así que no vio muy claras las motivaciones específicas que llevarían a la gente a preferir el consumo presente al futuro. Sin embargo, llegó a conclusiones muy parecidas, relacionando el grado de abstinencia-dolor (o, como más tarde dirían los austriacos, la preferencia temporal del presente sobre el futuro) con los pueblos «menos civilizados» y las clases «peor educadas», que, por lo general, son las «menos previsoras y, en consecuencia, las de menor abstinencia».

---

cierto género de gasto místico, indirecto, por valor de un año de trabajo. Bailey refutó sardónicamente la afirmación de Mill de que «es correcto considerar que se ha consumido un trabajo» equivalente en el vino: «sólo es correcto considerar que un hecho ha acontecido cuando de verdad ha sucedido». El coronel Torrens aportó una crítica similar a la teoría del trabajo de Mill.

Más interesante y valiosa que la teoría de la abstinencia de Senior fue su desarrollada teoría del capital, sólido anticipo de la doctrina austriaca. Y es que Senior vio que los factores de producción podían dividirse en dos clases: los originales, primarios: la tierra (o recursos naturales) y el trabajo; y todos los bienes secundarios, intermedios, producidos por el esfuerzo conjunto de los factores primarios (así como de los factores intermedios pre-existentes). Los factores intermedios se transforman eventualmente en bienes de consumo capaces de satisfacer las necesidades de los consumidores. Cabría pensar que los factores intermedios, o bienes de capital, podrían reducirse últimamente a naturaleza y trabajo, pero esto no puede ser así, ya que se requiere otro elemento a fin que la conjunción de los factores primarios dé lugar cada vez a más capital: la abstinencia. Porque, anticipando de nuevo a los austriacos, Senior percibió que un aspecto clave de este proceso de producción es que lleva *tiempo*, y que, por lo tanto, se trata de un acto de abstinencia, «un término —añadía Senior— por el que expresamos la conducta de una persona que, o se abstiene..., o pretendidamente prefiere la producción cuyos frutos son remotos a aquella de resultados inmediatos».

Así, pues, en la medida en que el capital o los bienes de capital llevan su tiempo, son el resultado de la combinación de la tierra, el trabajo y la abstinencia consistente en la aplicación de recursos presentes a la producción futura. Los bienes de capital, más que factores de producción primarios, son factores *producidos*. Y la manera en que la producción y los niveles de vida pueden aumentar de manera indefinida es mediante el empleo de los productos del trabajo y la naturaleza «como medios de Producción ulterior». El capital, resume Senior,

> no es un simple instrumento productivo: en la mayoría de los casos es el resultado combinado de los tres instrumentos productivos. Algún agente natural debe haber aportado el material, algún aplazamiento del disfrute debe haberlo alejado en general del uso improductivo, y se habrá tenido que emplear en general algo de trabajo en acondicionarlo y conservarlo.

Así, pues, Senior no posee, sin más, una teoría simplista del beneficio o del interés basada en la productividad. Mientras que todos los factores ganan su productividad, y, por lo tanto, el trabajo percibe sus salarios, y la tierra o los agentes naturales sus rentas, los bienes de capital no son meros agentes productivos sino productos complejos de otros factores; así, dejando a un lado la influencia de la tierra y el trabajo, la contribución productiva última y distintiva del capital es el interés —el rendimiento de la abstinencia. Aunque no llegara por completo a ello, Senior tanteó la distinción entre el rendimiento *bruto* de los bienes de capital, cuya productividad queda reflejada en sus *precios* de mercado, y su rendimiento *neto* (tras deducirlo de los salarios, rentas y precios de otros bienes intermedios que intervienen en su producción), que

es igual al tipo de interés y que es el pago por la abstinencia o preferencia temporal.

En su estudio sobre cómo el aumento de la provisión de fondos de capital puede permitir ampliaciones cada vez mayores de la división del trabajo y de la producción de bienes de consumo, Nassau Senior captó la esencia de la idea austriaca de que el capital, y eventualmente la producción, se multiplica con el aumento del ahorro en razón de la superior productividad física de los procesos de productividad más prolongados o «indirectos». Dado que lleva más tiempo invertir en estos procesos más largos y en los factores intermedios, ha de existir una mayor disposición a invertir en el disfrute futuro en tanto que contrapuesto al presente.

Al mismo tiempo, Mountifort Longfield, el colega whatelyano de Senior, trabajaba sobre las mismas cuestiones. Aunque los capitalistas en cuanto tales, no como trabajadores, no producen nada tangible, desempeñan el servicio vital de ahorrar capital y pagar para que los factores se destinen a procesos de producción «consumidores-de-tiempo». Si bien la mayoría de los clásicos británicos, incluido Ricardo, hablaron someramente de cierto periodo de producción, lo vincularon estrechamente con el ciclo agrícola de cosecha anual. Longfield fue capaz de romper con este esquema agrícola, acercándose «a la consideración de la dimensión temporal de la producción en tanto que variable de su análisis. Y lo hizo conectando directamente el periodo de producción con la división del trabajo, e identificando los incrementos de uno con las ampliaciones de la otra.»[25]

Longfield efectuó esta conexión repitiendo el famoso análisis de la fábrica de alfileres y de la división del trabajo de Adam Smith, si bien haciendo ver que la ampliación de dicha división pondría en juego un mayor número de procesos indirectos. En suma, una inversión mayor de capital disminuirá eventualmente el tiempo de trabajo necesario para producir una unidad del producto, aunque únicamente merced al incremento en el tiempo de espera entre el momento inicial de inversión y la unidad final de bienes de consumo. Durante el tiempo de espera del producto final, los trabajadores deberán ser capaces de subsistir; es precisamente esta subsistencia lo que aportan los capitalistas.

Y lo hacen «absteniéndose» de consumir, permitiendo así al trabajador «consumir algo producido con el esfuerzo de otros, aunque nadie haya consumido todavía algo de lo que él ha producido». En definitiva, mientras el producto del trabajo sigue siendo aún algo futuro, el capitalista ahorra dinero y contrata al trabajador: «La persona que le emplea [al trabajador] y que dirige su trabajo, por lo general le paga a éste al principio, [pago que] se lo reembolsa por la venta de los productos así producidos.»[26] En este sentido,

[25] Moss, *op. cit.* nota 18, p. 67.
[26] *Ibid.*, pp. 68, 201.

Longfield fue capaz de ofrecer una anticipación destacable de la teoría del capital de Böhm-Bawerk.

Así, pues, el beneficio bruto de los capitalistas consta de dos partes: un rendimiento por el servicio de adelantar salarios a los trabajadores hasta que se venda el producto (interés a largo plazo), y rendimientos por el trabajo de dirección y por asumir el riesgo del negocio. Longfield no hizo hincapié alguno en lo segundo y se concentró en lo primero, el rendimiento del servicio del adelanto de salarios. De ahí que, como señala Longfield anticipándose a la sofisticada y muy penetrante teoría austriaca de la formación de los precios de los factores basada en la productividad marginal *descontada*, el trabajador pague de hecho al capitalista un descuento de su productividad marginal por el servicio de proveerle de dinero ahora en vez de tener que esperar a la venta del producto. Otra vez Longfield:

> [El capitalista] paga los salarios inmediatamente, y recibe a cambio el poder disponer enteramente, y como mejor considerare, del valor de la mano de obra [de los trabajadores]... De aquí que el valor del trabajo que se fija en... cualquier artículo, sea mayor que los salarios de dicho trabajo. La diferencia es el beneficio que el capitalista obtiene por sus adelantos; es, por así decirlo, el descuento que el trabajador paga por el pago inmediato.

De aquí a la identificación de este descuento con un pago por la preferencia-temporal sólo hay un pequeño paso.

En su obra de 1836, Sir George Ramsay también subrayó, bien que de un modo menos sofisticado que Senior, la importancia del tiempo en la producción y el capital. El tiempo, lo mismo que el trabajo, forma parte del capital, y Ramsay pone como ejemplo dos toneles de vino idéntico. El tonel que envejece unos años más aumenta en valor, de modo que, por lo tanto, el valor no depende sólo del trabajo consumido, sino también «del tiempo durante el cual cualquier porción del producto de dicho trabajo haya existido como capital fijo». Por último, Joseph S. Eisdell, un desconocido seguidor inglés de Longfield, generalizaría en 1839 la teoría de la productividad marginal observando igualmente el importante servicio que los capitalistas hacen al trabajador al «anticiparle de inmediato los salarios sobre la ejecución de su trabajo, antes de que los bienes estén listos para la venta, y por encontrarse éste en una situación demasiado precaria como para aguardar a la venta y al ingreso del dinero pagado por los bienes». En este punto, Eisdell captó la esencia del servicio que el capitalista presta al trabajador, y por el cual el segundo está dispuesto a «pagar» al primero su descuento o retribución de beneficio: el servicio de pagar al trabajador *ahora*, ya, mientras que el capitalista asume la carga de aguardar a su retribución en algún momento futuro.

4.11 John Rae y la teoría «austriaca» del capital y el interés

La contribución más destacable a la teoría del capital y del interés del periodo post-ricardiano la hizo el oscilante y excéntrico John Rae (1796-1872). Rae presentó su teoría como parte de un tratado planteado como defensa de cierto arancel proteccionista: *Some New Principles on the Subject of Political Economy* (Boston, 1834). Hasta los de Böhm-Bawerk y los austriacos, el de Rae fue el análisis más extenso y completo del papel clave del *tiempo* en la teoría del interés y del capital. En teoría del capital comprendió que una de las claves de la producción es el aumento de la inversión en bienes de capital, ellos mismos producto del trabajo y la naturaleza, así como que aquéllos pueden clasificarse según su tasa de rendimiento y el tiempo necesariamente transcurrido entre su formación y su agotamiento. En concreto, la ampliación del proceso de producción, o el tiempo invertido en el proceso de inversión de capital, permitirá la utilización de bienes de capital de mayor productividad física. Sin embargo, aunque una espera más prolongada le permita a uno sacar provecho de procesos de producción físicamente más productivos, siempre habrá que ponderar este beneficio frente a la necesidad no deseada de esperar más tiempo hasta que se obtenga el rendimiento futuro del capital. Y aquí es donde John Rae presentó el más completo desarrollo hasta entonces de la teoría del interés basada en la preferencia temporal. Para compensar la mayor productividad de una espera más prolongada, el capitalista debe gravar un tipo de interés basado en la mayor *deseabilidad* de los bienes presentes frente a los futuros. En suma, los inversores deben sacrificar bienes presentes por futuros, de modo que se les habrá de compensar por esta inversión mediante una retribución que refleje su grado de preferencia temporal. Los inversores estarán sacrificando un bien presente menor por un bien futuro mayor, dependiendo el grado de diferencia —el rendimiento de interés— de la disposición cultural y psicológica de la gente a adoptar una visión del futuro a largo plazo. Los que tienen tasas de preferencia temporal más bajas, es decir, aquellos que adoptan una visión de futuro más amplia, persiguen en concreto elevar el nivel de vida de sus hijos; por otra parte, según Rae, los que tienen tasas de preferencia temporal más altas poseen principios intelectuales y morales más endebles y adolecen de «falta de imaginación».

Rae también anticipó la teoría de Schumpeter al poner gran énfasis en la importancia de los inventos; hizo hincapié en que éstos brindan nuevas oportunidades a una inversión de capital altamente beneficiosa y en que los grandes beneficios resultantes estimulan dicha inversión.

Schumpeter rindió homenaje al logro de Rae llamando a su obra una «teoría del capital concebida con una profundidad y amplitud sin precedentes», aunque, curiosamente, no menciona su insistencia sobre los inventos. De todas formas, Schumpeter añade que, con «diez años más de trabajo sosegado, paga-

dos con una renta adecuada», los *New Principles* de Rae «podrían haberse convertido en otra —y más profunda— *Riqueza de las naciones*». Por otro lado, Böhm-Bawerk, que en la primera edición de su *Historia y crítica de las teorías del interés* no había tenido noticia del logro de Rae, se mostraría por una vez generoso al referirse a la obra de Rae en ediciones posteriores como «extremadamente original y destacable».

El logro de Rae fue aún más sorprendente por cuanto no provenía de un escritor empapado de los debates económicos de la Gran Bretaña de su tiempo. Por el contrario, provenía de un hombre que, en general, habría de describirse como un trotamundos, un excéntrico y un perdedor brillante. John Rae era escocés, de Aberdeen, hijo de un próspero mercader y constructor de barcos hecho a sí mismo. En su época de joven estudiante de matemáticas en la Universidad de Aberdeen se sintió atraído por la invención y las ciencias naturales, y presentó a su profesor algunos inventos mecánicos que éste calificaría de ingeniosos pero poco prácticos. Cambiando de campo para no irritar a un padre con inclinaciones prácticas, Rae decidió, una vez graduado, trasladarse a la Universidad de Edimburgo para estudiar medicina. Sin embargo, típico en Rae, mientras estudiaba para su tesis doctoral en medicina llegó al convencimiento de que las teorías fisiológicas imperantes eran falsas, así que abandonó los estudios de medicina decidido a escribir una grandiosa «historia filosófica» del genero humano. Embarcado en esta ambiciosa aunque poco práctica obra de por vida, Rae se metió de lleno en el estudio de la biología, la filología, la etnología, la aeronáutica, la geología, la educación y las ciencias sociales, sin duda, con ideas radicales en todas. De todo esto, muy poco se llegaría a escribir o publicar, tan sólo unos pocos artículos dispersos sobre cuestiones como emigración, educación, la religión canadiense, las costumbres y legislación de Hawaii y las lenguas polinesias. Sus papeles aún inéditos versan sobre temas geológicos.

Este tipo de plan de vida no estaba pensado para que a Rae le rindiese una renta segura, y la ruina de su padre, junto con una posible estigmatización social por su boda con la hija de un pastor, le llevaron a emigrar a la edad de 25 años a las tierras de Canadá.

Fue durante este periodo autodidacta cuando John Rae leyó la *Riqueza de las naciones* y desarrolló cierta antipatía hacia ese compromiso general del escocés con el libre comercio y el *laissez-faire*. En particular, Rae adquirió un interés de por vida por el proteccionismo y los subsidios del gobierno a la industria. Algo de esa reacción reflejaba, cuando menos, la típica hostilidad escocesa y calvinista hacia el lujo y la opulencia del consumidor. Firme defensor de la frugalidad y la abstinencia, Rae se lamentaba de todo consumo suntuoso entre las clases inferiores, que debilita su «deseo real de acumular». Los apetitos sensuales hacen que los pobres se casen y que el número de hijos aumente en exceso, debilitando también su propensión al ahorro y mejora del

nivel de vida. La primera vez que Rae se mostró interesado por el arancel proteccionista fue en Escocia, en 1819, cuando combatió el deseo de los numerosos seguidores de Adam Smith de rebajar notablemente los impuestos y aranceles del whisky, así como de permitir la fabricación del mismo en pequeñas destilerías. Rae reaccionó con enfado, inquieto como lo estaba por la «moralidad general del pueblo» debido a la abundancia de whisky barato.

Una vez en Canadá, al poco ejerció como maestro de un colegio privado y como médico de la pequeña aldea de Williamstown, Ontario. Williamstown era uno de los núcleos de asentamiento del presbiterianismo escocés de Canadá, y Rae, devoto miembro de la Iglesia Presbiteriana de Escocia, se inmiscuyó en las demandas de apoyo gubernamental de dicha iglesia frente a las reivindicaciones exclusivistas de la Iglesia de Inglaterra. Rae opinaba que, aparte de que el elitismo anglicano no casaba con las condiciones norteamericanas, la Iglesia Presbiteriana de Escocia insistía en una moralidad austera frente a la laxitud de los anglicanos. Criticó a los Estados Unidos por no tener una iglesia establecida, cosa que disminuía las rentas y propiedades del clero y debilitaba los vínculos de la «religión genuina».

Tras pasar una década en Williamstown, Rae sintió que era hora de moverse. En 1831 renunció a su puesto como maestro y como uno de los tres jueces de instrucción del Distrito Oriental de Ontario, y se trasladó a Montreal. Había decidido empezar a trabajar en el proyecto de su vida, o, al menos, en una sección del mismo consagrada a la «Situación Presente del Canadá» en la que expondría sus ideas sobre geología y desarrollo económico canadiense, así como a pedir con ahínco la permanencia de Canadá en el seno del Imperio Británico. En Montreal solicitó al gobierno del Alto Canadá una subvención de viaje e investigación para financiar su proyecto, pero la Asamblea del Alto Canadá percibió que había mejores cosas que hacer y, a pesar de la favorable recomendación del gobernador, echó abajo la propuesta de subvención de Rae.

Rae seguía decidido a trabajar en el proyecto de su vida, y se retiró al pueblo maderero de Godmanchester, no lejos de Montreal, donde parece ser que trabajó en labores de poca monta dentro de la industria maderera, al tiempo que publicaba en la *Montreal Gazette* artículos en favor del Imperio Británico. Allí escribió lo que se suponía era otro capítulo de su plan maestro, su gran obra sobre los *New Principles of Political Economy*.

El espíritu de revolución contra el Imperio Británico corría por el Canadá, y las cartas de Rae a la *Gazette* fueron virulentas en la denuncia. Las críticas a Gran Bretaña, despotricaba, eran «burdas tergiversaciones, falsedades infames y horribles blasfemias». Recordando los horrores de la Revolución Francesa, Rae bramaba que «habrán de desplegarse los estandartes de la justicia imperial, si no, en poco tiempo el reino del terror intentará instaurarse en Canadá, y la ruina roja cabalgará triunfalmente».

A la vista de las poderosas conexiones de Rae en Montreal, es difícil comprender por qué languideció en Godmanchester. Su hermana, Ann Cuthbert, poetisa y directora de un internado, estaba casada con un rico comerciante de tejidos, James Fleming. El hermano de Fleming, John, era un escritor destacado así como funcionario principal del Banco de Canadá y del Banco de Montreal; la familia, además, se movía dentro del círculo de los comerciantes escoceses-presbiterianos más importantes y de los partidarios más extremos del Imperio Británico, todos ellos rodeados por un populacho canadiense compuesto, según aquéllos, por insurgentes y radicales franco-canadienses.

Rae concibió sus *New Principles* como otra sección de la obra de su vida, esta vez dedicada al crecimiento de las naciones y a la necesidad de un arancel proteccionista y otras formas de promoción gubernamental de la industria. Terminó el libro en 1833 y, aunque en principio pretendió publicarlo en Inglaterra, por alguna razón cambió de planes y viajó a Boston en busca de ayuda para publicarlo en dicha ciudad. Allí conoció y quedó a cargo de Alexander Hill Everett (1790-1847), uno de los principales brahmanes de Boston, protegido del expresidente John Quincy Adams (1790-1847) y recientemente ministro para España de aquél. Además de jurista, Everett fue un consumado lingüista y estudioso del clasicismo que había dejado de prestar sus servicios al gobierno para hacerse editor de la prominente e influyente *North American Review*. Una década antes había escrito *New Ideas on Population* (1823), donde lanzaba un atinado ataque a Malthus por no caer en la cuenta de que el crecimiento de la población puede traer abundancia, no pobreza, merced a la ampliación de la división del trabajo, la expansión de los mercados y ciudades, y el incremento de la producción de alimento y manufacturas.

Hacía poco que Everett se había pasado, como el resto de Nueva Inglaterra, del libre comercio a la defensa del arancel proteccionista, en particular para los nuevos fabricantes textiles de la región. Los proteccionistas buscaban como locos libros de texto y estudiosos que apoyasen su causa, toda vez que en las universidades americanas dominaban las obras de Adam Smith y J.B. Say. Así, tras conocer y quedar impresionado por John Rae, y teniendo noticia de su nueva obra proteccionista, Everett se entusiasmó y decidió publicar el libro, sin verlo, en Boston.

Parece ser que le dieron gato por liebre. En la reseña que del mismo hiciera en la *North American Review*, Everett reprobó los *New Principles* de Rae con una vaga alabanza. Él buscaba un tratado proteccionista implacable; en vez de eso, halló el libro lleno de una jerga técnica que apenas podía comprender. Además, buena parte del mismo tenía poca o ninguna relación con la cuestión del arancel. La mayor parte de la obra versaba sobre la teoría del capital y del interés, y sobre la importancia de la expansión del capital en el crecimiento de una nación. Como observara sagazmente Everett, estos puntos de vista no

variaban respecto a los de Adam Smith. Por último, nada en él guardaba relación directa con el tema del proteccionismo.

Para el propio Rae las conexiones eran claras, si bien demasiado remotas para aquellos que estuviesen interesados en la política pública. Creía que el desarrollo económico dependía al mismo tiempo de los nuevos inventos y de su aplicación a la inversión de capital, de modo que la mayor parte de sus propuestas políticas contemplaban subsidios y subvenciones de nuevos inventos e industrias, a financiarse mediante onerosos aranceles gravados a las importaciones de «artículos de lujo». En ese sentido, el espíritu calvinista de Rae quedaría satisfecho, ya que el gobierno estaría imponiendo principios morales al promover la frugalidad, la invención y la industria, y al desalentar al mismo tiempo los pecaminosos artículos de lujo, en especial, en clara anticipación de Thorstein Veblen, allí donde «el consumo es... conspicuo» y, por lo tanto, particularmente derrochador. La denuncia del consumo de lujo por parte de Rae, que calificó audazmente de «pérdida para la sociedad proporcional a su cantidad», no sentó muy bien a Everett, aunque la principal crítica de éste era que el país necesitaba «un ensayo bien escrito y razonado sobre esta cuestión [el proteccionismo]», una obra de «suficiente alcance y autoridad como para servir de manual». Está claro que la obra de John Rae no reunía las condiciones.

El libro fue un fracaso comercial y pronto cayó en el olvido. Rae, comprensiblemente disgustado y amargado, escribiría años más tarde en una carta que «por desgracia, se me indujo a publicar en Boston, asegurándome A.H. Everett que allí sería valorado. De todas formas, creo que le asustaba. No pudo decidir, como nadie allí, si yo estaba en lo cierto o no, así que lo dejó pasar alabando su estilo, etc... Esto lo condenó». También los librecambistas y adoradores del santuario de Adam Smith —objeto en el libro de una considerable crítica directa— atacaron la obra de Rae. Sin embargo, quizá más fatal que cualquiera de estos factores lo fuera el momento elegido para la publicación de la obra. Ya que, tras la notable rebaja de derechos que se produjo con el arancel de 1833, comenzó a amainar en Estados Unidos la agitación en relación con el arancel, un arancel al que se aplicarían reiteradas rebajas a lo largo de la década de 1840. Pareció que el librecambio había triunfado; al menos, hasta la Guerra Civil.

Por otra parte, si en Canadá apenas había economistas o académicos preparados para valorar el trabajo de Rae, en Gran Bretaña existía un desprecio general por los «colonos» y no se tomaba en serio a los norteamericanos. De todas formas, Nassau Senior, cuya obra sobre el capital y el interés no se alejaba mucho de la de Rae, leyó en Inglaterra los *New Principles* a mediados de la década de 1840 y admiró mucho la obra; en los escritos posteriores de Senior puede descubrirse la huella de Rae. Senior le pasó el libro a John Stuart Mill, quien lo recomendó de manera encarecida en su abrumadoramente popular

tratado de 1848, los *Principles of Political Economy*. Rae tuvo noticia del elogio de Mill cinco años después a través de un amigo canadiense, y le escribió a Mill cordial aunque lastimeramente que «es la única cosa relacionada con esa publicación que me ha reportado alguna gratificación».

En este punto surge un misterio para la historia del pensamiento económico. A pesar de la encarecida recomendación que Mill hizo del libro de Rae en el que durante una generación sería el tratado de economía dominante, ningún economista se percató de la referencia, de modo que Rae pasó virtualmente a ser un completo desconocido. La única excepción fue el gran economista clásico italiano Francesco Ferrara (1810-1900), que tradujo los *New Principles* al italiano a mediados de la década de 1850. Aparte de eso, nada. Parece ser que W. Stanley Jevons, consagrado a la historia del pensamiento económico, jamás tuvo noticia de la existencia del libro, e incluso que el gran Böhm-Bawerk no había leído a John Rae cuando, en la década de 1880, escribió la primera edición de su *Historia y crítica de las teorías del interés.* Rae seguiría siendo un desconocido para los economistas hasta que el Profesor Charles Whitney Mixter resucitó su memoria y reimprimió su obra a finales del siglo diecinueve y principios del veinte. Tal vez, una pista para resolver este rompecabezas se encuentre en las ediciones posteriores de Böhm-Bawerk, en las que éste comenta que los elogios de Mill a Rae, aunque cordiales, fueron generales e incluso banales, y apenas transmitían el resplandor y originalidad de su obra sobre el capital y el interés. Según explica Böhm-Bawerk:

> Sin embargo, es un hecho extraño que en todas sus [de Rae] numerosas citas John Stuart Mill nunca incluyese ningún material de los que constituyen la esencia de las ideas originales de Rae. En vez de eso, cita cuestiones menores meramente ornamentales, e incluso, de entre ellas, sólo el tipo de cosas que podían emplearse para ilustrar las doctrinas tradicionales que el propio Mill presentaba. Y, dado que sólo unas pocas personas parecen haber leído el libro original de Rae, justo la parte más interesante de su contenido quedó sin ser conocida por sus contemporáneos. Era poco probable que las citas de Mill pusieran al día a aquéllos, y menos a las generaciones siguientes, sobre la importancia del libro, o que les incitase a realizar alguna investigación sobre la tan prontamente olvidada obra de Rae.[27]

Decepcionado con la recepción de su libro, sin trabajo y en la miseria, Rae consiguió un nombramiento como director de una escuela de gramática estatal de distrito en lo que entonces era el belicoso pueblo fronterizo de Hamilton, Ontario. Allí vivió en una pobreza respetable con un salario bajo y permanentemente endeudado, aunque parece ser que era querido por sus estudiantes, y que en la localidad se le conocía tanto por ser un patinador sobre hielo gracioso y elegante como por su condición de presidente de la Sociedad Literaria de

[27] Eugen Böhm-Bawerk, *Capital and Interest, Vol. I, History and Critique of Interest Theories* (South Holland, Ill.: Libertarian Press, 1959), p. 208.

Hamilton. Desempeñó un destacado papel en el primer contingente de la milicia de Hamilton que, en 1837 y 1838, contribuyera a sofocar una rebelión armada de los nacionalistas canadienses, ansiosos por romper los lazos con el imperio. Hizo experimentos aeronáuticos con globos, y, cada vez más, se dedicó a escribir sobre temas de geología. Siguió trabajando igualmente sobre la geografía económica de Canadá, y, por fin, en 1840, completó su *magnum opus*, un extenso volumen sobre «Outlines of the natural History and Statutes of Canada».

De todas formas y por desgracia, la década de 1840 aún vería cómo el destino asestaba una serie de duros golpes a John Rae. Primero, el manuscrito de su libro sobre Canadá se perdió sin remedio cuando era enviado a Nueva York en busca de posibles editores. Segundo, tras catorce años de docencia en Hamilton, Rae fue sumariamente despedido en 1848. El problema fue que Rae se enzarzó inevitablemente en las pugnas político-educativas suscitadas en relación a la cuestión de la consecución del nombramiento de presbiterianos para puestos de enseñanza y administrativos en el seno del sistema escolar de Ontario, dominado por los anglicanos. Por otra parte, con ocasión de la Ruptura de 1843, la Iglesia de Escocia (y, por lo tanto, su filial presbiteriana canadiense) se escindió en un cisma irrecuperable, en el que el núcleo duro de los calvinistas, contrarios a la dominación secular de la iglesia por parte del Estado, se separó de la Iglesia establecida de Escocia y fundó la Iglesia Libre. Como cabía esperar de su carácter, Rae y sus amigos se incorporaron a la Iglesia Libre, lo que le hizo perder el apoyo político de los funcionarios presbiterianos no cismáticos de su distrito escolar. La permanencia de Rae en Hamilton estaba condenada al fracaso.

Así, pues, Rae abandonó Canadá y se dedicó a la enseñanza escolar en Boston y Nueva York, donde, un año después de su destitución, le sorprendieron las tristes noticias del fallecimiento de su mujer, Eliza. A la edad de 53 años, desanimado, inquieto, sin un duro y desarraigado, John Rae comenzó una nueva vida de traslados y frugalidad. Se embarcó para California atraído por el trasiego del oro, y allí dio algunas clases en colegios e hizo algo de carpintería; enfermo, al poco tiempo se trasladaría a las islas Hawaii, donde pasaría el resto de sus días. En la isla de Maui prosperó económicamente por vez primera enseñando inglés a los nativos hawaianos, cultivando y desempeñando las funciones de agente médico del consejo de salud. Rae empezó a florecer políticamente merced a su nueva amistad con un colega escocés expatriado, Robert Crichton Wyllie, cirujano por la Universidad de Glasgow, próspero hombre de negocios, y por aquel entonces ministro de relaciones exteriores del reino hawaiano. Con el patrocinio de Wyllie, Rae se convirtió en juez de instrucción, notario, asistente médico y juez de distrito de Maui.

Sus favorables circunstancias hicieron que Rae retomase sus diversos intereses científicos: escribió artículos y trabajos sobre geología, en concreto, so-

bre volcanes, mareas oceánicas y geología hawaiana; sobre la lengua polinesia; además, trató de resucitar el interés por la comercialización de sus largo tiempo olvidados inventos náuticos.

Pero John Rae no era capaz de retener el dinero, así que, una y otra vez, volvió a la indigencia. Fallecido su patrón Wyllie, y con una salud delicada, Rae aceptó la oferta de un viejo amigo y antiguo alumno de pagarle el viaje desde Hawai para que se fuera a vivir con él de manera permanente en su casa de Staten Island. Sin embargo, Rae falleció en dicha isla el año siguiente.

Inquieto y excéntrico, John Rae redactó de alguna manera su propio epitafio, ajustado y conmovedor, en los *New Principles*, al valorar con sutileza el papel solitario desempeñado en la sociedad por el inventor o innovador:

> Al buscar objetos que otros no entenderán o, en caso de que los entiendan, cuya importancia cae fuera del alcance de sus concepciones, es inevitable que los motivos de su [de los inventores] conducta no se comprendan. Se les considera haraganes, culpablemente negligentes al sacar provecho del talento que han recibido, zopencos carentes de las capacidades comunes necesarias para desempeñar los oficios comunes de la vida, o lunáticos incapaces de que se les confíe su desempeño; apartados de la estima o compañía de aquellos cuya consideración podrían apreciar, entran en contacto con quienes no pueden tener nada en común, bellacos que se ríen de ellos como de sus presas, locos que los compadecen como si fuesen colegas suyos. Se malinterpreta su carácter, se les excluye de toda simpatía, ninguna aprobación les reconforta, en esas condiciones, la «eterna guerra» que tienen que librar con la fortuna es doblemente dura, porque son conscientes de que, si sucumben, se les retirará de la circulación, no sólo ignorados, sino mal considerados.[28]

4.12 Nassau Senior, la praxeología y John Stuart Mill

Pocos economistas hay en cualquier época que sean conscientes de la metodología de su oficio. Con mayor justicia puede decirse esto respecto al supuesto periodo álgido de la escuela clásica británica, que, como hemos visto, fue un tiempo de desintegración más que de triunfo del paradigma ricardiano. Sin embargo, uno de los más finos economistas de aquella época, Nassau W. Senior, también fue un metodólogo excelente. En efecto, Senior tomó el relevo del método praxeológico expuesto y aplicado por el gran economista francés de principios del siglo XIX, Jean-Baptiste Say.

Senior ya empezó a explicar en detalle sus ideas sobre metodología en la primera lección introductoria de Oxford de 1826. Comenzaba afirmando, con excepcional claridad, que la teoría económica descansa sobre las nociones más generales de la naturaleza humana, nociones evidentes en el sentido de que,

---

[28] Citado en R. Warren James, *John Rae: Political Economist* (Toronto: University of Toronto Press, 1965), I, pp. 191-92.

una vez expuestas, suscitan el asentimiento universal. La teoría económica, dice Senior, «se verá que descansa sobre muy pocas proposiciones generales, que son el producto de la observación, o conciencia, y que, en cuanto las oyen, casi todos los hombres reconocen como familiares a su pensamiento o, al menos, como insertas en su conocimiento previo». Ahora bien, si estas premisas o axiomas descansan sobre un conocimiento general del hombre y del mundo, entonces las conclusiones deducidas de ellas deben poseer la misma generalidad: «Sus conclusiones son también tan generales como sus premisas; las que se refieren a la naturaleza y producción de la riqueza tienen una validez universal.» Por consiguiente, corresponde al economista ceñir las conclusiones a aquellas áreas directamente relevantes para la cuestión que se haya planteado. Así:

> Las [conclusiones] relativas a la distribución de la riqueza pueden verse afectadas por instituciones peculiares de países concretos —por ejemplo, los casos de la esclavitud, de las leyes del cereal o de pobres—; se puede fijar como norma general el estado natural de las cosas, y, después, dar cuenta de las anomalías producidas por causas perturbadoras concretas.

Como parte específica de estas conclusiones apodícticas, Nassau Senior generalizó unas leyes que otros economistas habían más o menos intuido o buscado a tientas. Por ejemplo, Senior definió la «riqueza» como todos los bienes y servicios que poseen utilidad, y que, por lo tanto, se adquirirán mediante intercambio. Después introdujo su primera «proposición fundamental»: «Que toda persona desea obtener, con el menor sacrificio posible, tantos artículos de riqueza como sea posible.» Senior no sólo generalizó con gran habilidad algunas nociones importantes de la acción humana universal: en ese sentido también rechazó la desgraciada distinción de Adam Smith entre trabajo «productivo» (material) e «improductivo» (inmaterial); todo lo que la gente desea y está dispuesta a comprar es «productivo». Fue precisamente la aceptación de esta distinción, al menos implícita, la que llevó a Ricardo a rechazar con desdén cualquier explicación de la formación de los precios de los servicios inmateriales y, por consiguiente, a formular una teoría del valor basada en el coste.

Al explicar en detalle esta primera proposición, Senior llevó a cabo una elocuente recapitulación de la relación entre deseo, diversidad individual, elección y esfuerzo humano:

> Cuando se dice que todo hombre desea obtener más riqueza sacrificando lo menos posible, no debe suponerse que con ello pretendemos decir que todo el mundo, o ciertamente alguien, desee una cantidad indefinida de todo... Lo que queremos expresar es que ninguna persona siente que todas sus necesidades estén adecuadamente cubiertas; que toda persona posee algunos deseos no satisfechos que cree podrían colmarse con riqueza adicional. La naturaleza y urgencia de las necesidades de cada individuo son tan variadas como las diferencias de

> carácter individual. Algunos pueden desear el poder, otros, la distinción, otros, tiempo de ocio... El dinero parece ser el único objeto cuyo deseo es universal; y eso es así porque el dinero es riqueza abstracta...
>
> Igual diversidad existe en la cantidad y género de sacrificios con los que los distintos individuos, o incluso un mismo individuo, se toparán en la búsqueda de la riqueza.[29]

Dos décadas más tarde, con ocasión de su regreso a la cátedra Drummond de Oxford, Nassau Senior volvió al problema de la metodología de la economía en sus lecciones introductorias de 1847 (publicadas en 1852 en sus *Four Introductory Lectures on Political Economy*). Ahora definió la ciencia económica como aquella que expone «las leyes que regulan la producción y distribución de la riqueza, en la medida en que éstas dependen de la acción de la mente humana»; la última frase subraya el hecho de que la economía, más que una ciencia «física», es una ciencia «mental». En efecto, Senior vio claramente que el método científico correcto es dual; por un lado están las ciencias físicas que versan sobre las propiedades de la materia; por otro, las mentales que estudian «las sensaciones, facultades y hábitos de la mente humana, y [que] sólo consideran en la materia las cualidades que las producen». Es necesario que los métodos de ambas ciencias difieran, ya que las ciencias físicas, «al tratar sobre la mente únicamente de un modo secundario, obtienen sus premisas casi exclusivamente a partir de la observación o de hipótesis». La observación puede guiar a ciencias rigurosamente empíricas como la tecnología; sin embargo, ciencias tales como la física, «que sólo versan sobre la magnitud y el número... las obtienen todas a partir de hipótesis». Las ciencias físicas deben descansar sobre hipótesis provisionales precisamente porque «sólo abordan la mente de una manera secundaria». Por otro lado, «las ciencias y saberes mentales extraen principalmente sus premisas de la conciencia. Las principales cuestiones que tratan son las del funcionamiento de la mente humana. Y la única mente cuyas operaciones un hombre conoce de verdad es la suya propia». Por supuesto, la economía es una de las ciencias mentales.

En este sentido, Nassau Senior desarrollaría con brillante claridad lo esencial de lo que un siglo más tarde Ludwig von Mises llamaría «praxeología». Igual que en el caso de las ciencias mentales, la economía no puede, al contrario que las ciencias físicas, realizar experimentos. Es verdad, observaba Senior, que la economía trata de cuestiones materiales como la producción, la productividad y los rendimientos decrecientes, pero el «economista sólo las tiene en cuenta por referencia a los fenómenos mentales que sirven para explicar», en tanto que motivos o fuentes o capital, renta, beneficio, etc... En suma, escribía Senior,

[29] Publicado en *Outline of the Science of Political Economy* de Senior (1836), citado en Marian Bowley, *Nassau Senior and Classical Economics* (1937, Nueva York: A. M. Kelley, 1949), pp. 47-8.

> Por lo tanto, todos los términos técnicos de la Economía Política representan, o ideas puramente mentales, como *demanda, utilidad, valor* y *abstinencia*, u objetos que, aunque sean materiales, el economista tiene en cuenta en la medida en que son causa de ciertas afecciones de la mente humana, tales como *riqueza, capital, renta, salarios* y *beneficios*.

Es importante tener en cuenta la en un tiempo famosa controversia entre Nassau Senior y John Stuart Mill sobre el método económico, puesto que Mill se convertiría en poco tiempo e inmerecidamente en el economista puntero de los cincuenta años siguientes. Mill estaba de acuerdo con Senior en que la economía, en tanto que ciencia mental, no puede realizar experimentos; pero, frente a Senior, no concluía que sus premisas o axiomas fuesen completos, generales y apodícticos. Por el contrario, afirmaba que los fundamentos y premisas de la economía sólo pueden ser «hipotéticos», esto es, la economía debe hacer suposiciones abstraídas de la realidad y, en consecuencia, distorsionadoras de la misma. Los axiomas de la economía sólo son parcial o hipotéticamente verdaderos. En definitiva, dado que para Mill la economía gira en torno al deseo de riqueza del hombre, debe *suponer*, aunque lo reconozca como falso, que el *único* deseo del hombre es la riqueza. Así, pues, como afirmaría Mill en sus *Essays on Some Unsettled Questions in Political Economy* de 1884:

> La Economía Política... no trata de toda la naturaleza del hombre en tanto que modificada por el estado social, ni de la totalidad del comportamiento humano en sociedad. Considera al hombre únicamente como un ser que desea poseer riqueza, y que es capaz de juzgar la eficacia comparativa de los medios para obtener dicho fin. Sólo predice aquellos fenómenos del estado social en tanto que acontecen como consecuencia de la búsqueda de riqueza. Hace entera abstracción de toda otra pasión o motivo humano... La Economía Política sólo considera el género humano en tanto que ocupado en la adquisición y consumo de riqueza; y pretende mostrar cuál es el curso de acción al que el género humano se vería abocado en el estado de sociedad si ese motivo... fuese el rector de todas sus acciones... No es que todo economista político sea tan absurdo como para suponer que el género humano está constituido de esta forma; lo que sucede es que este es el modo en que necesariamente debe proceder la ciencia.[30]

Mill aceptaba que el supuesto fundamental de su economía era «una definición arbitraria del hombre». Porque razona a partir de «premisas supuestas, premisas que pueden carecer de todo fundamento en los hechos, y que no se pretende se correspondan universalmente con ellos...».

Así, en este esbozo de la metodología deliberadamente creadora del falaz «hombre económico» —el hombre al que sólo le interesa la búsqueda de la

[30] Debe observarse que Mill hacía en este pasaje dos excepciones a la supuesta motivación exclusiva del deseo de riqueza: la aversión al trabajo y el deseo de consumir inmediatamente. Sin embargo, añadía correctamente que, aunque estos motivos pueden entrar en conflicto con la búsqueda de la riqueza, también es cierto que «siempre la acompañan como un lastre o impedimento, y, por lo tanto, [que] se hallan inseparablemente entreverados en su consideración».

riqueza—, John Stuart Mill elaboró lo que podría denominarse la metodología «positivista», ortodoxa o dominante de la economía. El método positivista establecido por Mill con esa claridad falaz y fatídica, triunfaría finalmente, tras una pugna con los métodos praxeológicos alternativos (y otros), a mediados del siglo XX con la desgraciada aparición del positivismo dominante de Vilfredo Pareto y Milton Friedman.

Uno de los motivos de las reflexivas lecciones sobre el método de Senior de 1847 era precisamente criticar y refutar el positivismo milliano. Dado que Mill regresó a la falaz reducción de la «riqueza» a los bienes materiales de Smith y Ricardo, la distorsión resultante de las teorías del valor y la producción hacía sumamente importante la tarea de Senior. El ataque de Senior a Mill, y a Ricardo, fue formidable y devastador. Dejó claras sus diferencias esenciales:

> ni el razonamiento de Mr. Mill, ni el ejemplo de Mr. Ricardo, me llevan a tratar la Economía Política como una ciencia hipotética. No pienso que sea necesario, y, si no lo es, no creo que sea deseable.
>
> Me parece que, si sustituimos la hipótesis de Mr. Mill de que la riqueza y el disfrute costoso son el *único* objeto del deseo humano por la afirmación de que tales son objetos de deseo universales y constantes, cosas que desean todos los hombres de todo tiempo y lugar, habremos formulado un fundamento igualmente firme para nuestro razonamiento ulterior, *y habremos sustituido un supuesto arbitrario por una verdad*. (Cursivo nuestro.)

Senior admite a continuación que, ciertamente, no podemos inferir del hecho de que un trabajador pueda actuar así a fin de obtener salarios más altos, o un capitalista mayores beneficios, que «actuarán con toda certeza de esa manera». Sin embargo, por lo menos «podremos inferir que lo harán si no se dan causas perturbadoras». Y si, como a menudo sucederá, somos capaces de determinar los casos en los que se puede esperar que estas causas se den, y la fuerza con la que probablemente operen, habremos anulado toda objeción a la consideración positiva de la ciencia en tanto que opuesta a la hipotética.[31]

Un peligro del método hipotético, observa sabia y proféticamente Senior, es el riesgo continuo de olvidar que las premisas no son completas, y que son supuestos parciales e incluso falsos. Otro defecto más acusado es que, dado que los supuestos son falsos desde el principio, no hay manera de hacer intervenir la experiencia o la observación para corregir o comprobar las conclusiones del análisis abstracto. En este sentido, resulta que los positivistas, que siempre proclaman que su método es el único científico y «empírico», se fundan en premisas falsas, desmedidas e incorregibles. Por otra parte, resulta irónico que el método praxeológico, acusado durante mucho tiempo de misticismo *a priori*, ¡sea el único que fundamente la teoría en premisas ampliamente

[31] Hoy diríamos que el uso que hace Senior del término «positivo» equivale a «praxeológico» y el de «hipotético» en buena medida a «positivista».

conocidas —en verdad, universalmente verdaderas— y profundamente empíricas!

Por ser universalmente verdadero, el método praxeológico aporta leyes *completas* y generales, no parciales, ni, por lo tanto, falsas en general. Marian Bowley percibe agudamente la diferencia:

> Así, pues, respecto a la cuestión de la definición del deseo de riqueza: si se establece, como hace Mill, que todo el mundo siempre prefiere la riqueza a cualquier otra cosa [el «hombre económico»], con la advertencia añadida de que sólo se trata de una hipótesis, la relación constante entre el deseo de riqueza y el resto de motivos enfrentados no queda completamente definida por la ley general. Se hace necesario introducir otra premisa para cada individuo que exprese la relación general de otros motivos con ese del deseo de riqueza, y que evalúe las variables presentes. Ahora bien, la explicación que Senior da del deseo de riqueza incluye información en relación a las interconexiones entre las variables.

O, como más adelante explica Miss Bowley:

> La sustitución que hace Senior de salario por ventajas netas [de un puesto de trabajo] equivale a definir en términos generales la relación entre todas las variables que influyen en la distribución de los recursos entre las [distintas] ocupaciones, en vez de dejar que dicha relación se plantee de nuevo en cada uso.[32]

Así, cuando un positivista supone que a los hombres de negocios sólo y siempre les interesa maximizar los beneficios dinerarios, puede pasar por alto e ignorar ejemplos de otros hombres de negocios que anteponen otros motivos a los beneficios (como pueda ser el de dar un puesto ejecutivo a un pariente). O, peor aún, si reconoce dichos ejemplos, se verá tentado a despreciar con desdén esos casos en tanto que «comportamiento irracional». De forma parecida, Charles Dickens, que reiteradamente parodió y atacó la economía clásica en sus novelas, hizo que un hijo utilitarista rehusase ayudar a su pobre madre en razón de que la ciencia de la economía política le decía que, para ser racional, un hombre siempre debe comprar en el mercado más barato y vender en él más caro. Así, pues, dado que la economía clásica de Smith-Ricardo-Mill sólo hacía hincapié en el coste de producción, y, por lo tanto, era incapaz de hablar del consumidor, quedó particularmente expuesta al error dickensiano.

---

[32] Bowley, *op. cit*. nota 29, pp. 63, 62n.

Capítulo V

PENSAMIENTO MONETARIO Y BANCARIO, I: LA PRIMERA CONTROVERSIA BULLIONISTA

5.1 La restricción y el surgimiento de la controversia bullionista

Desde su fundación en 1694, el Banco de Inglaterra había sido el baluarte del sistema bancario inglés (y, como banco de banqueros, del escocés). El banco recibió una enorme cantidad de privilegios de monopolio por parte del gobierno británico. No sólo era el receptor de todos los fondos públicos; además, no se permitía la existencia de ninguna otra sociedad bancaria, ni tampoco la emisión de billetes a ninguna sociedad de menos de seis miembros. Como consecuencia, a finales del siglo XVIII el Banco de Inglaterra operaba como un motor inflacionista de depósitos bancarios y, en particular, de papel moneda, en cuya cúspide un aluvión de pequeñas sociedades bancarias ('bancos regionales') eran capaces de especular con sus propios billetes empleando como reserva los del Banco de Inglaterra. Como si esto no fuera bastante privilegio, cuando el banco atravesó por los problemas de una inflación excesiva, se le permitió la interrupción del pago en metálico, esto es, rehusar hacer frente a su obligación de convertir en metálico sus billetes y depósitos. Este privilegio le fue concedido al banco en diversas ocasiones durante el siglo que siguió a su fundación. Con todo, la duración de cada suspensión o 'restricción' del pago en metálico sólo fue de unos pocos años.

Sin embargo, la década de 1790 inauguraría una alarmante nueva época en la historia del sistema monetario británico. En febrero de 1793 se inició una época de enfrentamiento bélico feroz entre la Francia revolucionaria y los reinos de Europa liderados por Gran Bretaña. Aunque no de modo continuo, la guerra duraría, con algunas interrupciones, hasta la derrota final de Napoleón en 1815 y la instauración borbónica que las monarquías europeas llevaron a cabo en Francia. Este grandioso esfuerzo bélico significó el rápido aumento de la inflación monetaria, así como del gasto estatal y de la deuda pública por parte del gobierno británico.

En la década de 1780, el proceso inflacionista de la expansión del crédito bancario había conseguido duplicar en Inglaterra el número de bancos regionales, totalizando cerca de 400 en el momento de estallar la guerra. El impacto producido por ésta llevó a una crisis financiera generalizada, con retiradas de fondos en los bancos regionales, así como numerosas quiebras entre los bancos y compañías financieras. A lo largo de 1793, un tercio de los bancos regionales suspendieron los pagos en metálico.

Durante algunos años, al banco le salvó su política prudente y conservadora. Pero bien pronto la inflacionaria economía de guerra, el drenaje de oro hacia el exterior en respuesta al mayor poder adquisitivo que había por todas partes, la alarma bélica y el aumento de la demanda de oro a los bancos, todo se combinó para precipitar una retirada masiva de fondos de los bancos, incluido el de Inglaterra en febrero de 1797. Los bancos regionales suspendieron los pagos en metálico, y el gobierno agravó la situación 'obligando' al banco a suspender los pagos en metálico, 'restricción' que, por supuesto, el Banco de Inglaterra aceptó encantado. Porque ahora podía seguir con sus operaciones, podía multiplicar el crédito, inflar su oferta de billetes y depósitos, e insistir en que *sus* deudores reembolsasen sus préstamos, evitándose el apuro de convertir en metálico sus propias obligaciones. Los billetes de banco eran, de hecho, moneda de curso legal no oficial, en realidad, prácticamente la única, así que en 1812 se hicieron oficiales, hasta la reanudación de los pagos en metálico en 1821.

Al principio se pensó que la restricción sería estrictamente temporal y que, de cualquier modo, el correspondiente decreto se mantendría sólo unos años. Pero la restricción se fue aplazando una y otra vez, manteniéndose durante 24 años, de 1797 a 1821. Hasta finales del siglo XVIII hubiera sido impensable que Gran Bretaña pudiera pasarse toda una generación con una moneda fiduciaria.

Aparte de unos pocos años durante el periodo continental de multiplicación del papel moneda con ocasión de la Revolución Americana, de las especulaciones de las compañías del Mar del Sur y del Mississippi de principios del siglo XVIII, de los hiperinflados *assignats* de la Revolución Francesa, o de unas pocas y breves suspensiones del pago en metálico, el mundo había permanecido siempre bajo alguna forma de patrón oro o plata. Todos estos episodios habían sido felizmente breves, aunque catastróficos. Sin embargo, ahora, transcurrido un tiempo, la sociedad inglesa iba cayendo en la cuenta de que la era del inflacionario papel moneda fiduciario se alargaría indefinidamente.

Gran Bretaña suspendió de modo indefinido los pagos en metálico para permitir al Banco de Inglaterra y a todo el sistema bancario mantener y ampliar notablemente el ya inflado sistema de reserva parcial bancaria. En consecuencia, el banco pudo inflar de modo considerable el crédito y la oferta de dinero en billetes y depósitos. Las estadísticas del momento son escasas, pero

no cabe ninguna duda de que, entre 1797 y la finalización de las guerras napoleónicas, la masa monetaria llegó, más o menos, a duplicarse. Esta inflación monetaria tuvo diversas consecuencias predecibles y, en general, desagradables. Se catapultaron los precios domésticos, el precio de la plata y especialmente el del oro no amonedado se dispararon en relación con la paridad oficial con la libra, que, por su parte, se depreció en el mercado de divisas.[1] Como es habitual, la inflación monetaria se produjo a saltos y no siguiendo una línea continua, así que las consecuencias sobre los precios interiores, sobre el metal y las divisas no fueron uniformes o proporcionales. Sin embargo, la tendencia general aproximada no dejaba lugar a dudas, pues los tres efectos susodichos eventualmente alcanzaron un punto máximo próximo al 40 o 50 por ciento sobre sus niveles anteriores a la restricción.

Antes de 1800, habría sido inconcebible que se produjesen en Inglaterra décadas enteras con papel moneda no convertible, así que los teóricos monetarios anteriores apenas habían tenido en cuenta o analizado una economía de ese tipo. Pero ahora los escritores se vieron obligados a aceptar el papel fiduciario, y a proponer políticas para hacer frente a la inoportuna nueva época.

Las controversias políticas durante el periodo de restricción se centraron en la explicación de la inflación de los precios y la depreciación, y en valorar la función del Banco de Inglaterra. Los defensores del metal en pasta (*bullionistas*) señalaban que la causa de la inflación de los precios, de la subida del precio del metal por encima de la par y de la depreciación de la libra era la multiplicación del papel moneda fiduciario. Además, sostenían que el papel central en esa inflación lo jugaba el Banco de Inglaterra, liberado de la necesidad de convertir en metálico. Sus oponentes, los 'anti-bullionistas', trataron de un modo absurdo de absolver al gobierno y a su privilegiado banco de toda culpa, y de atribuir todas las consecuencias desgraciadas a problemas específicos de determinados mercados. La depreciación de la divisa fue atribuida a la salida de metal causada por un exceso de importaciones o por los gastos de guerra británicos en el exterior (seguramente no relacionados con el aumento de la cantidad de libras de papel o con el bajo poder adquisitivo de la libra). Es probable que el aumento en el precio del metal en pasta estuviese causado por un aumento de la demanda 'real' de oro y plata (de nuevo, sin relación con la depreciada libra de papel). Menos atención prestaron ambas partes del

[1] A lo largo de los siglos XVII y XVIII, Inglaterra había operado con un patrón bimetálico, pero el cambio oficial sobrevaloraba coherentemente el oro e infravaloraba la plata en relación con el precio del mercado mundial. Como consecuencia, Gran Bretaña había operado *de facto* con el patrón oro. El debate durante el periodo de restricción fue complejo por el hecho de que durante esos dos siglos se había prohibido a los británicos la exportación de monedas británicas de oro o plata, o de metal en pasta fundido a partir de dicha moneda. Era legal exportar moneda o metal extranjero, aunque más importante es el hecho de que la existencia de un abundante contrabando anulase con frecuencia la prohibición.

debate a los incrementos en los precios interiores, si bien los anti-bullionistas los atribuyeron a las perturbaciones y carestías en la oferta durante el tiempo de guerra. Cualquier causa *ad hoc* valía en la medida en que la gran causa integradora, la expansión del crédito bancario y del papel moneda, fue meticulosamente olvidada y librada de toda implicación. En definitiva, los anti-bullionistas volvieron a la preocupación mercantilista por las causas *ad hoc* y la balanza comercial del mercado. Se echó por la borda todo el análisis precedente del dinero y de los precios generales que tanto esfuerzo había costado realizar.

5.2 Comienza la controversia bullionista

El anuncio de la restricción trajo consigo un aluvión de actividad, a favor y en contra, consistente, no tanto en amplios análisis cuanto en declaraciones generales de aprobación o advertencias sobre el porvenir. El primer ministro William Pitt el Joven (1759-1806) y sus seguidores mantuvieron curiosamente que no había causa alguna para alarmarse, ya que, a diferencia de los *assignants* de la funesta Revolución Francesa, el Banco de Inglaterra emitía papel «privado», no gubernamental. De ahí la reticencia del gobierno a convertir los billetes bancarios en moneda de curso legal hasta casi el final de la guerra, y a pesar de que sus políticas les concediesen un curso legal *de facto*. El líder de la oposición, Charles James Fox (1749-1800), denunció la restricción y exigió la reanudación de los pagos en metálico, aparte de señalar que sobre la guerra contra Francia pesaba la responsabilidad última del abuso de papel fiduciario. El distinguido dramaturgo y parlamentario whig Richard Brinsley Sheridan (1751-1816) advirtió que «estábamos abocados a todos los horrores de una circulación de papel moneda».

El historiador económico, partidario de la inflación, Norman Silberling resumió, sin compartirla, la posición Fox-Sheridan:

> Fox y Sheridan lideraron las continuas diatribas que se lanzaron contra la Suspensión del Banco, no tanto desde principios financieros cuanto porque la Suspensión permitía a aquella institución respaldar las actividades de lo que ellos consideraban que era una administración militarista, reaccionaria y, además, en quiebra... [C]oncentraron su elocuente invectiva contra la alianza del Banco y el Estado, que producía «robo y fraude»; y exigieron que el Banco se desligase inmediatamente de sus responsabilidades públicas y de su participación en la Guerra. Que el Ministerio pague las deudas del Banco (¡si puede!) y que el banco reanude el pago honesto de sus Billetes.[2]

[2] Norman J. Silberling, «Financial and Monetary Policy of Great Britain during the Napoleonic Wars», *Quarterly Journal of Economics* 38 (1924), p. 420; citado en Joseph Salerno, «The Doctrinal Antecedents of the Monetary Approach to the Balance of Payments» (tesis doctoral, Rutgers University, 1980), pp.283-84.

No obstante, durante los primeros años todo pareció ir bien. La cautela inicial del banco y la mínima expansión de las solicitudes de crédito del gobierno, unidas al lapso de tiempo transcurrido entre la emisión de nuevo dinero y el aumento de los precios, adormeció a los británicos en una falsa sensación de seguridad. El precio de los alimentos aumentó sustancialmente en 1799; sin embargo, a los anti-bullionistas y otros partidarios de la administración no les fue difícil despachar en una oleada de panfletos este aumento como efecto de las malas cosechas y de la perturbación causada por la guerra en la importación de grano. Incluso el Rev. Thomas Robert Malthus, quien más tarde se manifestaría, al menos en parte, como bullionista, suscitó tímidamente la cuestión monetaria, descartando entonces el papel moneda «como causa, no como efecto, del elevado precio de los artículos».[3]

Con todo, en la primavera de 1800 se aceleraron los gastos de guerra y la financiación de la deuda gubernamental por parte de la banca, lo cual llevó a una depreciación de la libra en un 9 por ciento en el principal mercado de divisas, el de Hamburgo, y el oro en pasta se apreció un 9 por ciento sobre la paridad oficial. Por otro lado, los precios interiores aumentaron más rápidamente que antes. Es evidente que la libra había comenzado a depreciarse.

La primera fase de la controversia bullionista (1800-4) comenzó cuando uno de los mejores bullionistas publicó un notable panfleto sobre la causa de la depreciación. Poco había ciertamente en la biografía precedente de Walter Boyd (c.1754-1837), rico empresario y perseguidor de privilegios estatales, que presagiase la redacción de un panfleto que abarcaría en profundidad las consecuencias calamitosas del papel moneda no convertible. Boyd había sido un rico banquero en París, socio principal de Boyd, Ker and Co., que, en 1793, tuvo que escapar para salvar la vida de la cólera de la Revolución Francesa, la cual, además, le confiscó sus propiedades. De regreso en Londres, Boyd fundó la firma bancaria Boyd, Benfield and Co., de la que fue socio principal. Amigo íntimo durante muchos años del primer ministro William Pitt, Boyd llegó muy alto en el seno de la clase gobernante británica, alcanzando en 1796 la condición de parlamentario, por el municipio bajo control de su socio Paul Benfield. En 1794 la firma emitió un importante empréstito al emperador austriaco. Por otro lado, tras el inicio de la guerra con Francia, Boyd y Benfield suscribieron el cuantioso contrato de 30 millones de libras en deuda del gobierno.

Sin embargo, las cosas empezaron a torcerse para Boyd en 1796, cuando el Banco de Inglaterra, cuyos préstamos habían mantenido la solvencia de Boyd, Benfield and Co., dejó de renovar sus descuentos. Boyd trató de conseguir a la desesperada que el Parlamento designase una nueva comisión para la emisión de una cantidad masiva de billetes, plan que recibió un apoyo considerable, aunque finalmente fue abortado por la oposición de William Pitt.

[3] En su panfleto *An Investigation of the Cause of the Present High Price of Provisions* (1800).

Lo único que le quedaba a Boyd era tratar de conseguir más préstamos del Banco de Inglaterra, así que, en 1796 y 1797, denunció al Banco ante el Parlamento por su restringida política de préstamos, probablemente que sin mencionar que él era uno de los destacados perjudicados por el endurecimiento de las condiciones del crédito. Viéndose en la 'ruina', Boyd consiguió ayuda financiera de sus amigos del Ministerio de Marina, y, por fin, en 1798, que el banco prestase 80.000 libras a Boyd, Benfield & Co. Sin embargo, Samuel Thornton (1755-1838), subgobernador del Banco de Inglaterra y parlamentario, advirtió a Pitt de que Boyd, Benfield & Co. sólo sobrevivía merced a la generosidad del banco, así que, como consecuencia, se negó a conceder al Banco de Boyd el permiso para contratar en el empréstito público de 1799. Finalmente, Boyd, Benfield & Co. quebró en marzo de 1800, y la ruina financiera que siguió fue de tal calibre que el propio Walter Boyd se mostró reacio a aparecer por el Parlamento.

Como era de esperar, Boyd no echó la culpa de este fracaso a su propia e imprudente cebadura en el comedero público, sino a las políticas mezquinas del Banco de Inglaterra. En noviembre de 1800 Boyd escribió *A Letter to the Rt. Hon. William Pitt*, publicada en 1801, que alcanzó rápida fama e hizo que Boyd publicase una segunda edición el mismo año. Con la *Letter* de Boyd había nacido la controversia bullionista, y en ella éste denunciaba al Banco de Inglaterra, no por restringir excesivamente el crédito, sino, al contrario, en primer lugar por generar inflación y depreciación monetaria.

No obstante, pocas ventajas personales le reportó a Boyd su recobrada fama, así que se trasladó de inmediato a Francia, donde se dedicó a hacer operaciones financieras. Los franceses le arrestaron al año siguiente, encarcelándole hasta la conclusión de las guerras napoleónicas. Después, regresó a Inglaterra, escribió más panfletos sobre finanzas, y, una vez más, fue elegido parlamentario.

5.3 La *Letter to Pitt* de Boyd

Walter Boyd no pretendía que su panfleto, la *Letter to Pitt*, fuese un tratado de teoría monetaria. Como lo describiera un historiador, era un «tratado para la época», escrito con un «humor acalorado», y dando por supuesto un conjunto de principios monetarios aceptados por la generalidad de sus lectores. Sin embargo, puesto que Adam Smith y el resto de economistas del siglo XVIII no pudieron dedicar sus análisis al inexistente dinero fiduciario no convertible, Boyd se sintió llamado a ampliar el análisis convencional a este inoportuno sistema nuevo que, repentinamente, había irrumpido en Gran Bretaña. Y, al hacerlo, no sólo inició la 'controversia bullionista', sino que también hizo una excelente exposición de lo que vendría a llamarse la posición 'bullionista' de la gran controversia.

Boyd apuntaba tres circunstancias nuevas y no esperadas: que el oro no amonedado estuviese sobre la par, con prima, en relación con la libra de papel, la depreciación de la libra en el mercado exterior de divisas y el «aumento de los precios de casi todos los artículos de primera necesidad, mercancías y artículos de lujo, y, por supuesto, de casi todas las clases de valor de cambio, que, de un modo gradual, ha tenido lugar a lo largo de los dos últimos años, y que tan altas cotas ha alcanzado recientemente». Sostenía que la causa de los tres problemáticos fenómenos era la misma: la depreciación del valor de la libra producida por «la emisión de billetes de Banco libres de la obligación de pagarlos, en metálico, a la vista». El incremento de la oferta monetaria disminuye su valor, bien en la forma de una prima al oro en pasta, bien en la de un alza en los precios de los bienes. Y «las mismas circunstancias que aumentan el valor del oro en el mercado interior tienden necesariamente a depreciar nuestra moneda en relación a la de otros países». En el prefacio de la segunda edición (1801) de su *Letter*, Boyd sintetizó con claridad la posición bullionista: «La prima al metal, un bajo tipo de cambio y un elevado precio de los artículos son en general... síntomas y efectos del exceso de papel.»

Si la oferta de papel moneda es clave en la variación de los precios, del metal y de los tipos de cambio, es vital esclarecer con precisión qué es lo que pueda ser esa oferta. Los que escribieron sobre el dinero en el siglo XVIII, antes de Adam Smith, como Hume y Harris, enturbiaron las aguas al incluir en el concepto del mismo la práctica totalidad de activos líquidos, como las letras de cambio y títulos del Estado. Adam Smith, no obstante, mejoró las cosas en la *Riqueza de las naciones* al distinguir con claridad entre dinero, el medio general de cambio y el medio final de pago, y el resto de instrumentos líquidos cambiables *por* dinero. Siguiendo a Smith, Walter Boyd establece nítidamente la distinción entre dinero, o 'dinero en efectivo', y otros activos cristalinos:

> Por las expresiones 'medios de circulación', 'instrumento de cambio' y «moneda', que en esta carta se emplean casi como sinónimos, yo siempre entiendo *dinero en efectivo*, ya sea billetes de banco o metálico, frente a las letras de cambio, bonos de la marina, obligaciones del Tesoro o cualquier otro título *negociable*, que no forman parte alguna del instrumento de cambio, según he entendido yo siempre dicho término. Esto segundo es el *circulador* (*circulator*); los primeros, meros *objetos de circulación*.

Y no sólo eso: Boyd fue más allá que Smith y fue el primero en identificar con claridad los depósitos bancarios a la vista con 'dinero' tan 'en efectivo' como los billetes de banco. Así lo expresó: «Los haberes de los libros de los bancos... pueden considerarse *virtualmente* como billetes de banco, aunque no se hallen *realmente* en circulación...». El pensamiento económico y el desarrollo del dinero y la banca se habrían ahorrado mucho sufrimiento y error si la escuela monetaria —los sucesores de los bullionistas de mediados del siglo XIX— hubiesen prestado atención a esta lección, y entendido que los depósitos a la

vista equivalían a los billetes bancarios en tanto que parte de la oferta monetaria.

Boyd resultó ser también muy superior a Adam Smith en relación con otra cuestión clave. Lo mismo que Cantillon y Turgot, puso objeciones a la desgraciada doctrina expuesta por Hume, y luego por Smith, de que un incremento en la cantidad de dinero trae como consecuencia un incremento equiproporcional en el 'nivel de precios'. Planteando en esencia el modelo de Hume, la suposición de un mágico y notable incremento proporcional en la oferta de dinero y la consideración posterior de sus consecuencias, Boyd recuerda más a Cantillon que a Hume:

> si,... por medios sobrenaturales, este país hubiese adquirido e introducido en todos los canales de circulación la misma cantidad adicional de oro y de plata en el mismo intervalo de tiempo, esta afluencia, por completo desproporcionada respecto al progreso de la industria del país, no podría haber dejado de producir durante ese tiempo una subida muy notable de los precios de cada *género de propiedad, no todos con la misma rapidez; sino cada uno con grados diversos de celeridad, según la frecuencia o lo poco común de su contacto natural con el dinero* (cursivo nuestro).

En una perspectiva internacional y de acuerdo con Boyd y Adam Smith antes que él, normalmente tal afluencia mágica de oro y plata habría salido rápidamente del país, limitando de este modo el daño que aquélla pudiera causar. Por desgracia, y al igual que en Smith, el mecanismo de esta hipotética salida es muy oscuro. En cualquier caso, Boyd insistió en ser el primero en aplicar la teoría monetaria dominante al problema de las monedas fiduciarias no convertibles. Comienza mostrando que, puesto que los billetes de banco no pueden exportarse, no existe un mecanismo, como sí sucede con el dinero metálico, que drene hacia el exterior una cantidad «excesiva» de dinero. Por consiguiente, en primer lugar, la subida de precios resultante de una afluencia de numerario no sería «tan grande como la que ha ocasionado la introducción de una cantidad excesiva de papel, que carece de la cualidad esencial de ser permanentemente convertible en metálico».

Más concretamente, según Boyd, la depreciación del papel fiduciario en términos de otras divisas se reflejaría en un aumento en el precio del oro o de la plata en pasta y en una apreciación de las divisas extranjeras en el mercado de cambio. Como apunta el Profesor Salerno, esta visión aporta el germen de la teoría de la paridad adquisitiva de los tipos de cambio con monedas fiduciarias no convertibles:

> En particular, Boyd sostiene que un incremento en la oferta de papel moneda no convertible tiene como efecto un aumento general en los precios interiores o, lo que es lo mismo, una depreciación en el valor de cambio de la moneda en términos de artículos que baja necesariamente el valor de la moneda nacional en términos de las monedas extranjeras cuyos valores de cambio han permanecido

> inalterados. Esta caída en el valor de la inflada y depreciada moneda nacional en relación con las monedas extranjeras se manifiesta en la depreciación del tipo de cambio. En el argumento de Boyd se halla contenida... la formulación incipiente de la paridad adquisitiva de la determinación del tipo de cambio, que, como es obvio, es la conclusión lógica de la aplicación del planteamiento monetario a las condiciones del papel moneda no convertible.[4]

Por otro lado, Walter Boyd marcó la pauta de los bullionistas que le sucedieron al echar todas la culpas de la inflación monetaria al Banco de Inglaterra y no a los bancos regionales. Ya que, apuntaba Boyd, los bancos regionales no podrían haber multiplicado sus billetes en circulación a menos que su base de reserva hubiese aumentado en la misma proporción. Y esa base de reserva estaba constituida por billetes del Banco de Inglaterra. Porque los bancos regionales se hallaban bajo el mismo 'control saludable' que el Banco de Inglaterra antes del advenimiento de la restricción. Lo mismo que los billetes bancarios tenían que convertirse en metálico, los billetes de los bancos regionales tenían que serlo en billetes del Banco de Inglaterra. La clave del problema está en la exención de convertibilidad que el gobierno había concedido al Banco de Inglaterra. En palabras de Boyd:

> La circulación de billetes de bancos regionales debe ser necesariamente proporcional a las cantidades, en metálico o en billetes del Banco de Inglaterra, que se requieren para liquidar tantos de aquéllos como puedan presentarse al pago: sin embargo, el papel del Banco de Inglaterra no cuenta con esa limitación. Éste se ha convertido (cosa que sólo debería corresponder a la moneda del país) en el último elemento a que se reduce toda la circulación de papel del país. El Banco de Inglaterra es la gran fuente de toda la circulación del país; así que, incrementando o disminuyendo su papel, se regula de modo infalible el incremento o disminución del papel de cada banco regional...

Walter Boyd citaba expresamente a Adam Smith, en quien se apoyaba y a quien, por desgracia, también siguió a la hora de alabar la multiplicación de los billetes bancarios convertibles privados, por cuanto aportaban una «carretera por el aire» (Boyd no empleó esa frase). Sin embargo, como smithiano en combate que era en un mundo de dinero fiduciario, Boyd hizo hincapié en su militante oposición a los billetes de banco en un contexto de dinero fiduciario. Denunció el papel moneda no convertible o 'forzoso' como un «remedio de curandero, que, en vez de devolver el vigor, sólo aporta un intervalo artificial de salud, al mismo tiempo que, soterradamente, mina las energías vitales del país que recurre al mismo». Concluía que el retorno de la moneda del país «a su prístina pureza» «no sólo» sería «apropiado y práctico, sino absolutamente necesario para prevenir las innumerables calamidades que la circulación incontrolada de papel no convertible en metálico produciría inexorablemente».

[4] Salerno, *op. cit*. nota 2, p. 294.

Boyd fue lo que podemos denominar un bullionista 'completo', y, por lo tanto, refinado. Reconoció plenamente que factores parciales 'reales' —como los gastos exteriores del gobierno, la escasez repentina de alimento o «una disminución inusitada de la confianza de los extranjeros como consecuencia de algún gran desastre nacional— podían influir en el conjunto de los precios o en la situación de la libra en el mercado de cambio exterior. Sin embargo, también se dio cuenta de que tales influencias pueden ser nimias y temporales. Las causas primordiales de esas variaciones en los precios o en el cambio —no sólo a largo plazo sino en *todo* momento, y exceptuando las desviaciones temporales— son cambios monetarios en la oferta y la demanda de dinero. Los cambios en los factores 'reales' únicamente pueden producir un impacto relevante en los tipos de cambio y en los precios generales incidiendo en la composición y el grado de demanda de dinero del mercado. Mas, dado que las demandas de dinero del mercado no son ni homogéneas ni uniformes, y tampoco cambian equiproporcionalmente, los cambios reales casi siempre *afectan* a la demanda de dinero. Como escribe el Profesor Salerno:

> ...puesto que las perturbaciones reales vienen invariablemente acompañadas de 'efectos distributivos', esto es, ganancias y pérdidas de renta y riqueza por parte de quienes participan en el mercado, no es muy probable que perturbaciones inicialmente no monetarias dejen de suponer últimamente cambios relativos en las diferentes demandas nacionales de dinero... [E]n condiciones de no convertibilidad, las variaciones relativas en las demandas de las distintas monedas nacionales, si las cantidades no varían, se reflejarían en su apreciación o depreciación a largo plazo en el mercado de divisas.[5]

En este punto debemos poner el acento en la distinción clave entre la genuina condición del 'corto' y del 'largo plazo' en el seno de la teoría económica. En teoría de los precios propiamente dicha, el corto plazo debe ser prioritario, porque de lo que se trata es del precio de mercado del mundo real, mientras que el largo plazo es la tendencia remota, final, que jamás acontece, y que sólo podría suceder si se congelasen durante años todos los datos. En suma, sólo podríamos vivir en el mundo improbable, si no imposible, del equilibrio general a largo plazo —en el que todos los beneficios y pérdidas son cero— si todos los valores, tecnologías y recursos se congelasen durante años. Sin embargo, en teoría *monetaria*, el orden de prioridades debe ser distinto. Porque, en ella, los efectos que producen los factores parciales 'reales' en el nivel de los precios, en los tipos de cambio y en la balanza de pagos son cuestiones efímeras determinadas por los factores generales: la oferta y demanda de dinero. Estas influencias monetarias no son 'a largo plazo' en el sentido de lo lejano o remoto, sino en el de que subyacen y predominan cotidianamente en el mundo real. La influencia monetaria que correspondería al largo plazo de equilibrio general

[5] *Ibid.*, pp. 299-300.

sería una situación en la que, en un mundo con un patrón oro, todos los niveles de precios y todos los niveles reales de salarios fuesen idénticos, o rigurosamente proporcionales a los pesos monetarios relativos del oro. En un mundo libremente fluctuante y de papel moneda fiduciario, esta situación sería aquella en la que todos los niveles de precios fuesen estrictamente proporcionales a las relaciones monetarias según los tipos de cambio del mercado de divisas internacional. Sin embargo, en el mundo real, la influencia dominante de la oferta y la demanda de dinero en los niveles de precios y tipos de cambio es continua, y siempre predomina sobre las efímeras variaciones concretas o 'reales' en los precios y gastos. Por consiguiente, el análisis del mundo real, que es el que siempre debe primar, consta del análisis del precio a corto plazo y del razonamiento monetario ligeramente 'a largo plazo' (aunque lejos aún del equilibrio final).

En otras palabras: en el mundo real, todos los precios están determinados por la interacción entre la oferta y la demanda. Por lo que toca a los precios individuales, esto significa valoraciones y demandas de los consumidores de cierto surtido de mercancías: oferta y demanda del mundo real. Este es un análisis 'a corto plazo', micro. En cuanto a los precios en su conjunto o al 'nivel de precios', la oferta y demanda relevante es la oferta y la demanda de dinero: el resultado de valoraciones individuales sobre la utilidad de la provisión existente de dinero en un momento dado. Y, aunque igualmente real y dominante en la 'esfera macro', esto es determinante en un plazo ligeramente mayor que los superficiales factores 'reales' subrayados por los anti-bullionistas de todos los tiempos.

5.4 Revuelo en torno a Boyd: la respuesta anti-bullionista

La *Letter*, escrita por alguien del renombre y la talla de Boyd, dio en lo vivo del colectivo bancario británico.[6] Éste respondió con un aluvión de panfletos contra Boyd, algunos de los cuales fueron subvencionados por el gobierno. La cuestión clave era defender la conducta del Banco de Inglaterra, así como atribuir las indeseables consecuencias de la inflación y de la depreciación a un batiburrillo de factores «reales» no monetarios. El crítico más eminente al

[6] Para aumentar el impacto de la *Letter*, Boyd tuvo la habilidad de señalar en el Prefacio que en los pocos meses que habían transcurrido desde que escribiera el texto, la depreciación de la libra en Hamburgo había aumentado del 9 al 14 por ciento, y la prima del oro en pasta sobre la libra se había incrementado en un 10½. Observaba, además, que, durante el mismo intervalo, el banco había tenido que revelar finalmente al Parlamento las estadísticas sobre la cantidad de sus billetes que estaban en circulación, confirmando así el fuerte presentimiento de Boyd de un importante aumento en los billetes del Banco de Inglaterra (de los 8.6 millones de libras que circulaban en febrero de 1798 a los 15.45 millones de diciembre de 1800).

que Boyd pudo refutar en la segunda edición de la *Letter*, publicada unos meses después de la primera, fue Sir Francis Baring (1740-1810), fundador del banco Baring Brothers and Co..

Baring era hijo de un industrial de la confección de Exeter. Tras introducirse en el comercio de Londres, fundó su propia empresa mercantil, se hizo multimillonario y fue conocido como el principal mercader de Europa. Aparte de esta importancia mercantil y bancaria, fue también uno de los directores y luego presidente de la junta de gobierno de la Compañía de la India Oriental, y durante mucho tiempo parlamentario whig. Sorprende mucho que, con ocasión de la primera restricción y en su primer panfleto monetario, aunque Baring defendiese con firmeza la suspensión como una medida necesaria en tiempo de guerra, le preocupase la inevitable depreciación que acompañaría la emisión excesiva de papel, y que propusiese una limitación severa a la emisión bancaria. Este panfleto, *Observations on the Establishment of the Bank of England* (1797), tuvo dos ediciones sucesivas, a las que sucedieron el mismo año unas suplementarias *Further Observations*.

No obstante, ahora que el banco sufría un importante ataque, Sir Francis salió en su defensa, olvidadas sus anteriores reservas y advertencias. En sus *Observations on the Publication of Walter Boyd* (1801), Baring defendió absurdamente al banco de la acusación de causar subidas en los precios domésticos señalando que la depreciación de la libra en el mercado de divisas exterior era menor que la subida de precios. Sin embargo, Boyd no había defendido aumentos equiproporcionales en todos los precios, tal y como apuntaba la refutación. Baring también supuso, muy a su gusto, que un incremento en la oferta de dinero *sólo* podía afectar a los tipos de cambio y no a los precios nacionales.

Otro defensor inveterado de la banca y anti-bullionista que participaría en la controversia en este periodo fue Henry Boase (1763-1827). Boase se unió a la refriega en 1802, y, entre ese año y 1811, escribió cinco panfletos anti-bullionistas. Insistió en que, bajo circunstancias de no convertibilidad, los tipos de cambio nada tenían que ver con la oferta de dinero, antes bien, sólo eran determinados por la balanza de pagos internacional, que, a su vez, se suponía determinada únicamente por factores reales, no monetarios. Boase lo expresó dogmáticamente: «el tipo de cambio es gobernado por las operaciones de la balanza de cambio, y (aparte de grandes convulsiones políticas) por ningún otro principio...». En su tratado de 1802, *Guineas an Unnecessary and Expensive Incumbrance on Commerce*, Boase, como muestra el título, llevó el falaz argumento smithiano de la «carretera por el aire» a su conclusión lógica: la restricción era tan beneficiosa que debería perpetuarse, «una medida permanente de prudencia y de sana política».

¿Quién fue este Boase, este adelantado favorable a la inflación y al dinero fiduciario? Nacido en Cornualles, tras vivir unos años en Bretaña, regresó a

Londres, donde, en 1788, pasó a ser corresponsal de la firma bancaria Ramson, Morland, and Hammersley. El estallido de la Revolución Francesa el año siguiente encontró a Boase, con amplios contactos en Francia, en una buena posición para obtener fondos de apoyo para parte del clero y de la nobleza franceses emigrados a Inglaterra. Boase ascendió muy rápido en el banco, llegó a ser oficial mayor y, más tarde, socio gestor en 1799. Fue también un evangelista destacado, miembro principal de la Sociedad Misionera de Londres y fundador de la Sociedad Bíblica Británica y Exterior. Tras retirarse a Cornualles en 1809, Henry Boase se hizo socio del Penzance Union Bank y fue alcalde de Penzance.

5.5 Henry Thornton: un anti-bullionista con piel de cordero

Aunque la controversia bullionista ha sido muy estudiada, los historiadores del pensamiento económico han tenido grandes dificultades para identificar y analizar las diferentes doctrinas defendidas en el campo bullionista. Por lo general, han agrupado a los bullionistas en «extremos» o «rígidos», entre los que están John Wheatley y David Ricardo (que aparecería más tarde), y el resto, incluido Henry Thornton, calificados de «moderados» más sofisticados. La cuestión se supone que se centra en la obsesión de Wheatley y Ricardo por los factores a largo plazo, que les llevaría a negar cualquier papel a los factores reales en la determinación de los precios, de los tipos de cambio y las balanzas de pagos. Por otro lado, se supone que el resto de bullionistas, al ser «moderados», creían que los factores reales podían prevalecer con frecuencia, aunque no era predecible saber qué factores se impondrían en una situación dada.

Recientemente, el Profesor Joseph T. Salerno ha dado un gran paso adelante al aportar un marco de análisis de los diversos pensadores muy superior. Observa que Boyd (como hemos visto) y Lord King, otro destacado bullionista, fueron más «extremos» que moderados, y que de tales se les puede calificar porque se percataron de que los factores monetarios siempre predominan, aun cuando los factores reales puedan ejercer una influencia temporal. Así, entre los bullionistas extremos se encuentran actualmente (a) Ricardo y Wheatley, que ignoran todos los factores reales y temporales, así como los procesos de corta duración, y se concentran exclusiva y mecánicamente en el largo plazo; y (b) Boyd y, más tarde, Lord King, que analizan los procesos a corto plazo y los factores reales, pero que entienden que los factores monetarios siempre predominan. Luego tenemos a los (c) bullionistas «moderados» como Thornton, agnósticos respecto a cuáles son los factores, reales o monetarios, que prevalecen en un momento dado; y los (d) anti-bullionistas, que ignoran todas las causas monetarias subyacentes. Es evidente que el Profesor Salerno

concede justamente el galardón al grupo (b) por desarrollar el análisis correcto.[7]

Por nuestra parte, creemos que Salerno se queda corto. Mientras que contempla de modo completo y lúcido las diferencias clave entre los grupos (a) y (b), resulta todavía algo confuso el clasificarlos dentro del mismo terreno. Y es que la cuestión se clarificaría mucho más si abandonásemos por completo la distinción de «extremos» *frente a* «moderados». Denominemos al grupo (b) bullionistas «completos» y al (a) el de los «rígidos» o «mecánicos». En cuanto al grupo (c), hombres como Henry Thornton no merecen en modo alguno el calificativo de bullionistas. Probablemente sean «moderados», pero, un término más adecuado podría ser el de «confusos». Enfangados en su punto de vista *ad hoc*, en cualquier circunstancia bien podían acabar como «anti-antibullionistas» y no como «bullionistas». Henry Thornton, de hecho, comenzó su carrera de teórico monetario como un anti-bullionista moderado, posición que fue la de su aportación de 1802. Más tarde, por cuanto la depreciación y la inflación persistieron, Thornton concluyó que el predominio de fuerzas se había desplazado de lugar, y modificó sus ideas, ganándose su inmerecida reputación historiográfica como bullionista al firmar el famoso *Bullion Committee Report* de 1811, que recomendaba la readopción del patrón oro. Pero Thornton siguió siendo un moderado. Concentrarse en la posición tardía de Thornton y fundirla con su obra teórica de la década anterior, hizo que los historiadores cayesen en el error de alabar en exceso a Thornton, y de ubicarle inequívocamente en el terreno bullionista.

Con ocasión de la recuperación que de Thornton se hiciera en el siglo XX, se afirmó que los historiadores anteriores habían sido injustos al atribuir el sesgo pro-Banco de Inglaterra de Henry Thornton (1760-1815) a su condición de director del banco. Es verdad que él mismo no fue miembro de la junta del banco; pero su hermano mayor, Samuel, sí que fue uno de los directores y subgobernadores del mismo, lo mismo que su abuelo, Robert Thornton, así como el hermano de éste, Godfrey.

Henry Thornton descendía de una larga familia de destacados comerciantes. Su bisabuelo John fue comerciante en Hull, en lo que entonces era Yorkshire, a finales del siglo XVII y principios del XVIII. Los hijos de John se trasladaron a Londres donde se convirtieron en importantes comerciantes, dedicados en concreto al comercio con Rusia y el Báltico. El padre de Henry, también llamado John, prosiguió con la actividad de «comerciante de Rusia» en Londres y fue socio principal de la compañía Thornton, Cornwall & Co., así como, desde 1750, miembro principal y uno de los apoyos financieros de la primera generación de anglicanos puritanos y evangélicos de la baja iglesia

[7] Véase la consideración sobre la controversia bullionista, iluminadora desde un punto de vista historiográfico, de Salerno, *op. cit.*, nota 2, pp. 266-82.

bajo la influencia de John Wesley. John destinó enormes sumas a la caridad, especialmente para la distribución en el exterior de incontables biblias y devocionarios. Como la familia Thornton y algunos otros líderes del movimiento residieron en el rico suburbio londinense de Clapham, se les llegaría a conocer como la muy influyente «secta Clapham».

Henry Thornton sólo recibió una pobre educación; empezó a trabajar muy pronto en las oficinas de contabilidad de miembros de su familia y luego en la de su padre. A principios de 1784 dejó la empresa familiar para hacerse socio del banco Down, Thornton, and Free, del cual sería miembro activo hasta su muerte. Thornton fue capaz de convertir el pequeño banco en uno de los mayores de la ciudad de Londres. En 1788 se unió a su padre y a otros miembros de su familia como director de la Compañía de Rusia. Mientras tanto, en 1782, ya había sido elegido parlamentario, en lo cual se le unirían al poco sus hermanos Samuel y Robert. Henry seguiría siendo miembro de dicha cámara durante el resto de su vida.

Henry Thornton no sólo era un banquero distinguido, ni meramente un parlamentario estrechamente relacionado con los directores del Banco de Inglaterra; también era líder y patrón consagrado de la secta Clapham, cuya casa haría las veces de cuartel general del movimiento evangélico. Uno de los amigos más íntimos de Henry, William Wilberforce III, pertenecía a una poderosa familia que desde hacía tiempo había establecido lazos de amistad y familiares con los Thornton. Wilberforce alcanzó la condición de parlamentario por el mismo tiempo en que lo hiciera Thornton, siendo característico de su seriedad, austeridad personal y fervor moral el que al poco tiempo formasen en el Parlamento un «partido de los santos» independiente. Allí, Wilberforce se convertiría en la principal fuerza de la eventual y exitosa campaña en favor de la abolición del tráfico de esclavos en Las Antillas británicas.

En 1796, Thornton se casó con Marianna Sykes, hija de otro «comerciante de Rusia» de Hull, y también amigo de toda la vida de la familia. La pareja tuvo nueve hijos. Thornton consumió la mayor parte de sus energías intelectuales en la religión evangélica; y, aunque se le consideró un experto destacado en banca y finanzas, sólo escribió su famosa obra de 1802 sobre el crédito de papel moneda y participó en la redacción del *Bullion Committee Report*. El resto de sus voluminosos escritos estuvieron consagrados a las plegarias y comentarios familiares de la Biblia, aparte de un buen número de artículos que escribió sobre política, literatura y religión para la publicación de la secta Clapham que él contribuyó a fundar, el *Christian Observer*.

Tras la muerte de Thornton en 1815, su puesto como socio principal del banco fue ocupado por Sir Peter Pole. El banco prosperó durante un tiempo, pero, al poco, se vio infracapitalizado y sobreexpandido, y entró en crisis junto con otros bancos regionales menores en 1825. A pesar del préstamo amistoso de emergencia de 300.000 libras que le hizo el Banco de Inglaterra, quebró. A

la luz de las opiniones monetarias de Thornton, resulta irónico el hecho de que las dos personas con mayor responsabilidad en la mala gestión fuesen Sir Peter Pole y Henry Thornton. Parece ser que Henry se adelantó en las prácticas relajadas de instar a los bancos regionales de Yorkshire a que guardasen sus depósitos en su banco de Londres.

La quiebra bancaria no era extraña a Thornton. De hecho, fue la quiebra temporal de su banco durante la crisis de 1793 lo que le llevó a centrar sus reflexiones en torno a los problemas de la banca, y a concluir que era necesario que el Banco de Inglaterra jugase un papel de apoyo y expansionista en las cuestiones monetarias. En su *Analysis and History of the Currency Question* (1832), el teórico Thomas Joplin hizo referencia a las crisis financieras de 1793:

> Por su condición de banquero —curiosamente, socio del banco que en este caso quebró—, a Mr. Thornton le llamó especialmente la atención esta cuestión: y una parte considerable de su obra sobre el crédito público pretende mostrar que, en una situación de pánico, el Banco debería decantarse por aumentar, no contraer, sus emisiones.[8]

Cuando a principios de 1797 llegó la restricción, Henry Thornton tuvo el honor de ser el único banquero de Londres al que se le pidió testificar ante las comisiones de la Cámara de los Lores y de los Comunes que investigaban la suspensión del pago en metálico. La influencia de Thornton se vio magnificada por su amistad de toda la vida con Wilberforce y el Primer Ministro, William Pitt, cuyo cuñado fue el primer arrendatario de una de las casas propiedad de Thornton. Las conclusiones de su reflexión apenas sorprenden en alguien de la condición y formación de Thornton. Adoptando una línea argumental inflacionista y favorable a la clase gobernante, opinaba que, en tiempos de crisis, no podía limitarse o suprimirse el papel moneda, ya que ello supondría un duro golpe al comercio. Por el contrario, el Banco de Inglaterra debe suspender el pago en metálico a fin de evitar el espectro de la contracción monetaria y una quiebra general de los negocios. ¡No cabe duda de que, con su crítica al insuficiente expansionismo del banco, Thornton les alegró la vida a todos sus miembros!

El testimonio de Thornton le reportó el galardón de ser la máxima autoridad en cuestiones monetarias, siendo designado para diversas comisiones parlamentarias sobre dinero, gastos y cambio de divisas. De hecho, Thornton se convirtió en uno de los principales defensores parlamentarios de la restricción y de la expansión del crédito de papel moneda.

No es difícil imaginar lo que Henry Thornton pensaría sobre la *Letter to Pitt* de Walter Boyd al irrumpir ésta como una descarga eléctrica en la opinión

---

[8] Citado por F.A. Hayek en la «Introducción» a Henry Thornton, *An Enquiry into the Nature and Effects of the Paper Credit of Great Britain* (1802) (Nueva York: Rinehart & Co. 1939), p. 36n. [ahora en F.A. Hayek, *La tendencia del pensamiento económico*, vol. III de *Obras Completas de F.A. Hayek* (Madrid: Unión Editorial, 1995), pp. 305-354; la cita está en p. 329, n. 92].

pública inglesa a finales de 1800 y principios de 1801. Ahí estaba este colega banquero bien relacionado, aunque emprendedor descarriado, este bribón a quien su propio hermano había llevado a la ruina persuadiendo al Banco de Inglaterra para que le cortase el crédito. Y ahora, sólo unos meses después de que este hombre se hubiese enfrentado a su merecido destino, nos encontramos de nuevo con Boyd que trataba de vengarse desacreditando el noble sistema bancario y crediticio inglés. Se instó a Thornton a que tratara de refutar al peligroso Boyd, y en cumplimiento de este objetivo, en febrero o marzo de 1802, publicó su *An Enquiry into the Nature and Effects of the Paper Credit of Great Britain*.[9]

Pero primero Thornton arremetió verbalmente contra Boyd en el Parlamento en diciembre de 1800. Como en su libro, sus palabras produjeron el máximo efecto en razón de la eminencia del autor combinada con la aparente sensatez y moderación de las mismas. Y es que siempre hay una masa de gente que sostiene con firmeza que cuanto más reservado e indeciso sea el juicio, tanto más equilibrado y sólido. La blandura mental, sobre todo en un hombre distinguido, se confunde a menudo con la sabiduría.

En esta primera fase del debate bullionista, la blandura de Thornton tomó inexorablemente la dirección incorrecta. En su discurso en el Parlamento afirmó que la depreciación de la libra en el mercado de divisas estaba causada, no por el incremento del papel moneda, sino por la desfavorable balanza comercial y, en particular, por la gran importación de productos. Típico de la visión anti-bullionista era la suposición de que las importaciones y exportaciones poseen vidas propias *ad hoc*, y que no están determinadas por los precios relativos o por la oferta y la demanda de dinero. Ahora bien, el anti-bullionismo de Thornton era completamente «moderado», esto es, admitía la posibilidad teórica de que un incremento en la oferta de dinero pudiese traer consigo precios más altos:

> en cuanto a la afirmación de que el aumento en la emisión de papel bancario fuese la causa de que los artículos estuviesen tan caros, él [Thornton] no negaría que pudiera tener algún fundamento; pero argüiría que su efecto no sería, ni con mucho, tan notable como se suponía...

En su libro sobre el *Paper Credit* reunió, notablemente ampliados, sus discursos parlamentarios, y la obra se hizo sitio no sólo como la más destacada

[9] Es probable que el biógrafo de Thornton esté en lo cierto al rechazar la afirmación de von Hayek en el sentido de que Thornton habría estado trabajando en *Paper Credit* desde 1796. El propio Thornton, como admite Hayek, declara lo contrario en su introducción: «La primera intención de quien estas páginas escribe sólo fue la de exponer algunos errores populares principalmente relacionados con la suspensión de los pagos al contado del Banco de Inglaterra y con la influencia de nuestro papel moneda en el precio de los artículos.» Von Hayek también admite que el libro «se ideó en parte como réplica a Boyd». Véase von Hayek, *op. cit.*, nota 8, pp. 42-6 [p. 338]; Thornton, *op. cit.*, nota 8, p. 67; Standish Meacham, *Henry Thornton of Clapham, 1760-1815* (Cambridge: Harvard University Press, 1964), p. 186.

del anti-bullionismo, sino como la más influyente a ambos lados del debate. Apareció en el momento oportuno, pues en ese año, 1802, la restricción carecía de toda defensa. En marzo se firmó la paz con Francia, y, no obstante, el gobierno británico persistió en ampliar la restricción un año más. La guerra con Francia estallaría de nuevo poco después de terminar ese año, pero el aparente fin de la emergencia bélica durante ese lapso de tiempo había hecho desaparecer la razón evidente para la suspensión de los pagos en metálico. El resto de tratados anti-bullionistas que aparecieron en 1802 apenas rivalizaron con el de Thornton, desde el panfleto anónimo de Atkinson (*Consideration on the Propriety of the Bank of England Resuming its Payments in Specie...*), que negaba que hubiese habido inflación, hasta otro tratado anónimo que aplicaba la errónea teoría de Adam Smith de un límite automático al exceso de crédito bancario a una situación en la que este último jamás lo hubiese hecho: la del dinero fiduciario (*The Utility of Country Banks Considered*).

Thornton desarmó a muchos de sus críticos concediendo la *posibilidad* teórica de que emisiones excesivas de papel moneda pueden causar aumentos de precios, salida de oro, precios más altos del oro en lingotes y depreciación de la libra, si bien manteniendo que eso no se correspondía con la situación de entonces, y que los problemas del momento se debían a factores reales tan concretos como la inusual demanda de oro y de importación de alimento, así como a una obstrucción de las exportaciones poco común.

Thornton trampeó con astucia consumiendo buena parte de su libro en los supuestos horrores de la deflación monetaria y de la contracción del crédito bancario. La deflación conduciría a la depresión del comercio, al desempleo y a quiebras. Además, aseveraba, la deflación ni siquiera conseguiría un superávit en la exportación o entrada de oro, ya que «deprimiría el comercio y desalentaría a los fabricantes en tal grado que dañaría... las fuentes de retribución de riqueza a las que debemos confiar el restablecimiento de nuestra balanza». Thornton no quiso entender que, si los tiempos eran realmente tan malos, los ingleses apenas ganarían una renta suficiente como para mantener un oneroso exceso de importaciones. Como en todas las arremetidas modernas contra la deflación, tampoco se percató de que la deflación únicamente produce pérdidas y quiebras si es imprevista, revelando una oferta excesivamente alcista en los tipos salariales y en otros costes empresariales. Aparte de producir el saludable efecto de purgar la economía de inversiones y bancos especulativos, la deflación tendría un efecto temporal y muy limitado; primero, porque, mientras que la inflación es técnicamente ilimitada, hasta que el valor de la moneda se destruya por completo, la deflación queda necesariamente limitada a la cantidad en que la expansión bancaria supera al dinero metálico; y, segundo, la deflación dejará de tener un efecto depresivo tan pronto como los costes excesivos bajen hasta los niveles preinflados.

Thornton reconoció de hecho que la bajada de precios y la depresión producida por la deflación monetaria sería «extraordinaria» y «temporal». Sin embargo, se adelantó a Keynes al centrarse en unos tipos salariales supuestamente rígidos, ya que

> no es probable que una caída [en los precios] fruto de una depresión temporal se vea acompañada de una caída correspondiente en los tipos salariales; ya que se entenderá que la caída de precios y la depresión son temporales, y, además, sabemos que los tipos salariales no son tan variables como el precio de los bienes. Por lo tanto, hay razones para temer que el precio poco natural y extraordinariamente bajo que resulta del tipo de depresión a que ahora nos referimos, desanime la fabricación de manufacturas.

Hay aquí dos problemas. Primero, mientras que la depresión económica debida a una previsión defectuosa y a una excesiva oferta al alza en los salarios y otros costes, será, en efecto, temporal, no hay razón alguna para que la caída de precios no haya de ser permanente. Los precios habrían subido con anterioridad y de un modo artificial a causa de la expansión monetaria y del crédito; su bajada sólo refleja la contracción del crédito hacia niveles más realistas. El conocimiento de que la bajada es permanente debería acelerar considerablemente el mecanismo de ajuste. Segundo, si los trabajadores persisten en conservar sus demandas salariales por encima del mercado, a ellos mismos deben achacar su propio desempleo. Mantener cualquier precio, incluso un salario, por encima del equilibrio de mercado siempre producirá un excedente no vendido del bien o del servicio: en el caso del trabajo, tiempo de trabajo no vendido, o desempleo. Si los trabajadores desean cambiar su situación de desempleo, sólo tienen que bajar sus demandas salariales para equilibrar el mercado y permitir que se les contrate. Debemos igualmente darnos cuenta de que, en esta situación de caída de precios y de tipos salariales constantes, lo que están haciendo los trabajadores es exigir salarios *reales* mayores que los que habían disfrutado antes. ¿Por qué los trabajadores que reivindican salarios reales más elevados habrían de provocar una política inflacionista en el gobierno central?

Tanto le preocupaba a Thornton la deflación que incluso solicitó al Banco de Inglaterra que neutralizase las salidas de oro a fin de impedir que el mecanismo de la libre circulación de oro y divisas equilibrase la balanza de pagos. En vez de eso, él deseaba que el banco sustituyese la salida de oro por los inflados billetes de banco, y, después, aguardar a que sus vagos principios reales a largo plazo de «economía» y «esfuerzo», de gasto y renta, operasen en un momento dado para equilibrar las importaciones y las exportaciones. Así, Thornton escribe que

> ...permitir durante un tiempo y hasta cierto punto la continuidad del cambio desfavorable que causa la salida de oro del país y su extracción de las propias reservas puede ser una medida y un servicio válidos del banco: en ese caso, el

> banco deberá incrementar necesariamente sus préstamos en la misma medida en que disminuye el oro.

La obra de Thornton ha sido excesivamente elogiada por von Hayek y otros historiadores por su excelencia teórica, y a pesar de sus desgraciadas conclusiones políticas anti-bullionistas. Pero su debilidad teórica no sólo consistió en un excesivo horror a la deflación y sobre la insistencia en la supuesta prioridad empírica de los factores reales de su análisis de la inflación y la depreciación. Esta misma insistencia reflejaba un error grave, aunque sutil, en todo el análisis monetario y de la balanza de pagos de Thornton. Su análisis se explayaba de manera desproporcionada en los factores reales a corto plazo, casi hasta olvidar completamente la tendencia de la economía hacia el equilibrio a largo plazo. E incluso el tratamiento superficial que hace Thornton del equilibrio a largo plazo se disocia de los procesos a corto plazo así como de su naturaleza *monetaria*. Es claro que Thornton, por lo tanto, también ignora la naturaleza de la oferta y la demanda monetarias de los procesos a corto plazo que llevan a dicho equilibrio. El Profesor Salerno, que nos ha brindado una crítica notable de Thornton, escribe:

> Sin tener a su disposición la concepción del equilibrio monetario internacional, se ve obligado a explicar la tendencia hacia el equilibrio de la balanza de pagos mediante una referencia vaga a una supuesta tendencia de la gente a «adaptar su gasto individual a su renta». Esto contrasta notablemente con los bullionistas extremos y sus predecesores del siglo dieciocho, que comenzaban invariablemente sus análisis de los fenómenos de balanza de pagos con un debate sobre la naturaleza y necesidad de un equilibrio monetario internacional, y *después* explicaban la tendencia al equilibrio de la balanza de pagos como una implicación lógica de la necesaria tendencia hacia una distribución equilibrada de la provisión mundial de dinero.[10]

Realmente toda la estructura y organización del libro hizo que Thornton se decantase claramente por los factores reales a corto plazo y se alejase de cualquier planteamiento monetario en el análisis de la inflación o de la balanza de pagos.[11]

Resumiendo: el análisis correcto del bullionismo en su totalidad (tal como lo presentaron Boyd y Lord King más tarde) subraya los factores monetarios conducentes al equilibrio monetario, al tiempo que muestra que los factores reales sólo pueden producir efectos temporales. El análisis de los factores reales queda integrado en y siempre subordinado a los factores monetarios, lo mismo que los procesos a corto plazo y los monetarios a largo plazo. Sin embargo, en la posición anti-bullionista moderada de Thornton (mal llamado con frecuencia «bullionista moderado») ambos factores y procesos causales, los reales y los monetarios, se presentan como separados e independientes

[10] Salerno, *op. cit*. nota 2, pp. 364-5.

[11] Para una crítica completa de Thornton, véase Salerno, *op. cit*. nota 2, pp. 357-400.

unos de otros, atribuyendo a los primeros una mayor importancia empírica. Los factores a corto plazo se subrayan de modo parecido, en detrimento de las fuerzas a largo plazo.

Schumpeter y otros historiadores han alabado excesivamente a Henry Thornton por añadir la velocidad de circulación monetaria a la cantidad de dinero en tanto que determinante de los precios generales. Ahora bien, en primer lugar, ya hemos visto que desde los escolásticos siempre se había integrado la demanda de dinero —lo inverso de la «velocidad»— con la oferta de dinero en el análisis de la determinación de los precios generales. Es verdad que Thornton analizó con una minuciosidad hasta entonces desconocida los diferentes elementos que influyen en la velocidad y las distintas variaciones de la misma: por ejemplo, la frecuencia de pagos, el desarrollo de sistemas de compensación, la confianza en el dinero y las variaciones temporales de una misma provisión de dinero. Pero, por desgracia, Thornton dio al traste con esta contribución al no percatarse de que la velocidad de circulación es sencillamente lo inverso de la demanda de dinero, y al considerar dicha velocidad como algo diferente e independiente de la demanda a la hora de contribuir a la determinación de la relación monetaria de la oferta, la demanda y el precio.

Von Hayek y otros han elogiado a Thornton por incluir en la oferta de dinero los depósitos bancarios y los billetes de banco. Es cierto; pero, como hemos visto, en esa idea se le adelantó Walter Boyd en un año. Y no sólo eso: Boyd también demostró que las letras de cambio y las obligaciones del Tesoro definitivamente *no* son parte de la oferta de dinero, que son objetos de circulación, no el «circulador». Thornton, sin embargo, restauró el viejo error de agrupar las letras de cambio con los billetes y los depósitos como parte de la oferta de dinero.

Henry Thornton hizo algunas importantes contribuciones en los dos últimos capítulos de *Paper Credit*, en particular en las secciones relativas al papel moneda como causa de la inflación, secciones que casaban mal con los capítulos precedentes. La mayoría de los escritores anti-bullionistas aplicaron la afirmación de Adam Smith de que el crédito bancario no puede inflar el dinero si se limita a letras «reales» a corto plazo autoliquidables. La diferencia estriba en que Smith sólo la había aplicado a un patrón metálico, mientras que los anti-bullionistas la ampliaron a un sistema de papel fiduciario. Thornton respondió que este criterio no funcionaría, ya que un aumento en la cantidad de billetes de banco inflaría indefinidamente el valor monetario de las letras reales. De modo que el «límite» smithiano anti-bullionista es indefinidamente elástico y, en la práctica, abrirá una vía a la inflación del crédito bancario. Thornton apuntaba, además, que la vigente ley de usura británica del 5 por ciento agravaría el problema. Ya que el tipo de interés del mercado libre llegaría a superar al de tiempo de guerra (o al de cualquier situación extraordinaria). En consecuencia, el retener el tipo bancario del crédito por debajo de la tasa de beneficio

estimulará un incremento excesivo en la demanda de préstamos, niveles de inversión demasiado altos y una inflación monetaria y de precios continua. Así, pues, retener el tipo de interés bancario por debajo de la tasa de beneficio estimula el incremento de la demanda de préstamos, y el continuo incremento de la oferta de dinero permite que esa demanda se satisfaga.

Al presentar las consecuencias inflacionistas de una rebaja artificial del tipo de interés de los créditos bancarios, Henry Thornton se anticipó a la posterior teoría austriaca del ciclo económico formulada por Ludwig von Mises y F.A. von Hayek, basada, a su vez, en el análisis del economista sueco-austriaco de finales del siglo XIX Knut Wicksell. Thornton también apuntó al análisis austriaco del «ahorro forzoso», al observar que, si las emisiones excesivas de papel moneda elevan el precio de los bienes más rápidamente que los salarios, entonces se producirá algún incremento en la inversión de capital, aunque este incremento será a costa de las clases trabajadoras, y, por lo tanto, «irá acompañado de dificultades e injusticia». Por desgracia, Thornton no siguió adelante con la cuestión del ciclo económico austriaco: que, puesto que las preferencias temporales y de ahorro del público no bastan para mantener estas inversiones «forzosas», es necesario que una recesión liquide dichas inversiones en el momento en que se interrumpa la expansión artificial del crédito y afloren las verdaderas preferencias de ahorro-consumo del público.

A pesar de la importancia del autor en el mundo de la banca, *Paper Credit* bien pudiera haber caído en un profundo olvido. Era demasiado extenso (varios cientos de páginas), estaba mal escrito y ordenado, poco sistemático, farragoso y, en palabras de sus mayores admiradores, «prolijo». Incluso von Hayek, el mayor defensor moderno de Thornton, admite que su «exposición carece de sistema y en algunas partes es incluso oscura». Incluso su más destacado discípulo y popularizador, Francis Horner, admitió que Thornton «controló poco la disposición de los materiales»; que «con frecuencia... se atascaba en la explicación de los argumentos», que sus «razonamientos son poco fiables» y a veces «defectuosos», que no era muy ducho en el razonar, que su estilo era pobre, y que «los diversos temas se ordenan con tan poca habilidad que no se iluminan unos a otros, de modo que nunca podemos captar una visión completa del plan». En definitiva, la «prolijidad» y «oscuridad» de la obra «agobian al lector».

Y, sin embargo, fue irónicamente este mismo Francis Horner quien rescató de sus graves defectos y dio fama a *Paper Credit*. La forma que Horner empleó supuso un gran golpe de suerte para que la obra de Thornton causara el máximo impacto. Ya hemos visto en un capítulo precedente sobre la influencia del movimiento smithiano (Capítulo 17, Volumen 1) que Francis Horner fue uno de los miembros del brillante grupo de jóvenes escoceses que estudiaron con Dugald Stewart en el cambio de siglo, y que conquistaron la atmósfera intelectual británica en nombre de la doctrina de Smith. Fue en 1802 cuando

estos jóvenes pupilos de Stewart fundaron la *Edinburgh Review* que tanto impacto causaría en el mundo intelectual británico y que tan pronto ascendería a la condición de publicación puntera. Fue precisamente en el primer número de la *Edinburgh Review* de octubre de 1802 donde Francis Horner escribió su ensayo-reseña sobre *Paper Credit* de Thornton. En este *tour de force* de 30 páginas, Horner sistematizó la obra de Thornton, le dio todo el sentido posible, y, como admite von Hayek, «hizo una exposición del principal argumento del libro de un modo considerablemente más sistemático y coherente que la versión original». Horner ensalzó *Paper Credit* y pregonó a bombo y platillo que se trataba, «sin ninguna duda, de la publicación más valiosa de todas a que había dado lugar el suceso extraordinario de la Restricción bancaria». No cabe duda de que, en la gran fama e influencia alcanzada por *Paper Credit*, Francis Horner actuó como mediador de Thornton. Es importante tener presente también que, a pesar de que Horner fuese presidente del último Bullion Committee de 1810-11 y de que recomendase el regreso al patrón oro, coincidía con Thornton en su postura anti-bullionista de 1802.

Aunque Horner alabase la obra de Thornton como decisiva, desde un punto de vista político allanó el camino a su (y de Thornton) posterior cambio de ideas al escribir que no estaba seguro de qué factores —los monetarios o los reales— habían sido más decisivos en la inflación y depreciación de la libra. Expresó su confusión teórica fundamental (junto con la de Thornton) declarándose agnóstico en el tema de la causalidad, cuestión pendiente que habrían de decidir un mayor número de datos empíricos. En suma, mientras que en su *Paper Credit* Thornton forjó la nueva posición anti-bullionista moderada, su seguidor Horner fue lo que bien pudiera llamarse un moderado moderado, justo en medio de la cuestión.

Cabe observar igualmente que Horner adoptó exactamente la posición de Thornton frente a Boyd en el tema de la definición de la oferta de dinero. Rechazando la lúcida distinción de Boyd entre «circulador» y «objetos de circulación», Horner perpetuó la desgraciada y borrosa idea de Thornton de que no existe una frontera precisa entre productos y medios de cambio, de manera que todo es un batiburrillo de grados de convertibilidad.

5.6 Lord King: la culminación del bullionismo

Cuando el gobierno británico solicitó al Parlamento la ampliación por un año de la restricción bancaria de abril de 1802, alguna otra base de justificación debía aportar aparte de la guerra con Francia, toda vez que el mes anterior se había firmado el Tratado de Amiens. El Primer Ministro Henry Addington (1757-1844) alegó que, dado que la balanza de pagos seguía siendo desfavorable a Gran Bretaña, debía ampliarse la suspensión de los pagos en metálico,

seguramente hasta que la balanza comercial cambiara de signo. Como la renovación llegase en febrero del siguiente año, Addington abogó de nuevo, y por las mismas razones, en favor de una ampliación del sistema fiduciario. Le respondió mordazmente el gran líder de la oposición, Charles James Fox, quien apuntó que «podría suceder incluso que el desfavorable tipo de cambio de este país se debiera a la misma restricción del banco». Y no sólo eso, Fox vio con agudeza que la fuga de oro era, en esencia, una situación tipo ley de Gresham en la que el dinero subvalorado por el gobierno abandona inexorablemente la circulación y es reemplazado por dinero sobrevalorado (o «malo»). Mostró en lo sustancial que este proceso se aplica tanto al papel moneda como al «oro de baja calidad»:

> De 1772 a 1773, cuando en el país había una gran cantidad de dinero malo, el tipo de cambio nos era entonces muy desfavorable... Mientras nuestra divisa siguió siendo mala, el cambio nos fue desfavorable; y así sucede ahora, porque el papel moneda no es mucho mejor que el oro de baja calidad... Por lo tanto, ¿no es posible esperar que, como en el caso precedente, en que, con la mejora de nuestra divisa, el tipo de cambio se volvió a nuestro favor, las mismas circunstancias favorables pudiesen acompañar al cambio si el Banco reanudase en estos momentos sus pagos al contado?

Durante este debate, una nueva voz se incorporó a la controversia bullionista, la de Peter Lord King (1776-1833), denunciando la restricción en su discurso del 22 de febrero ante la Cámara de los Lores. Tomando la iniciativa de las fuerzas bullionistas, Lord King culpabilizó directamente al incremento en la cantidad del papel moneda durante la restricción: «desde el primer instante en que se impuso la restricción, el tipo de cambio empezó a volverse contra este país, en proporción variable según la cantidad de papel en circulación». Lord King repetiría estos argumentos en mayo, en su alegato contra un proyecto de ley de ampliación de la restricción bancaria a Irlanda. Más tarde, en mayo de 1803, King elaboró sus ideas en un importante panfleto: *Thoughts on the Restriction of Payments in Specie at the Bank of England and Ireland*, seguido al año siguiente de una segunda edición ampliada bajo el título de *Thoughts on the Effects of the Bank Restriction*. Los *Thoughts* de King fueron muy leídos y ejercieron gran influencia, y con este panfleto se convirtió en el líder del campo bullionista, lo mismo que Thornton, que seguía apoyando la renovación de la restricción, se consolidaría como líder de los anti-bullionistas moderados.

Lord King era un joven noble perteneciente a un distinguido linaje. Era bisnieto de Peter, primer Lord King, quien fuera Lord Canciller del reino. La tradición whig y liberal-clásica de la familia King venía reforzada por el hecho de que la madre del primer Lord King era prima de John Locke, y de que el primero fuese un protegido del segundo, además de whig y parlamentario destacado. Peter King se educó en Eton y en el Trinity College de Cambridge, y ocupó su escaño en la Cámara de los Lores en 1800 como seguidor de Charles

James Fox y whig distinguido. Aparte de su liderazgo de las fuerzas británicas favorables al dinero metálico, y a pesar de su condición de gran terrateniente, Lord King fue enemigo militante y de por vida de las *Corn Laws*. Crítico de la Iglesia oficial, King fue un destacado luchador en pro de la impopular causa de la emancipación de los católicos de Irlanda. En 1829 escribió una *Life of John Locke*, que revisaría y ampliaría a dos volúmenes el siguiente año.

Lord King abre sus *Thoughts* con un capítulo sobre «Paper Money». Por desgracia, King acepta el falaz argumento de Smith en favor del papel moneda en razón de que abre un camino por los aires, si bien rechaza la idea de aquél de un «reflujo» automático de cualquier exceso de papel moneda en el sistema bancario. Por el contrario, King aplica la teoría cuantitativa (o, mejor, la teoría de la oferta y la demanda) del dinero al caso del papel convertible. En una afirmación a la que más tarde Nassau Senior se referiría con admiración como «el principio de Lord King», King subraya la importancia de no emitir papel moneda en una cantidad superior a la cantidad «exacta» de moneda de oro en circulación a la que sustituye; y que esta equivalencia se mantiene mediante la convertibilidad inmediata del papel en oro.

Luego pasa King a refutar, uno a uno, los argumentos restriccionistas que afirmaban que los billetes del Banco de Inglaterra no eran excesivos y, en consecuencia, no estaban depreciados. La idea de que el banco no había sobrepasado alguna proporción abstracta entre el dinero y la industria, o alguna arbitraria oferta óptima de dinero, la rebate King de manera convincente, demostrando que «no existe regla o patrón por los cuales pueda determinarse la cantidad adecuada de moneda corriente (*circulating medium*) de ningún país, a no ser la demanda del público». Y entonces King observa agudamente que la demanda de dinero, como la de cualquier producto, es variable e incierta:

> La proporción de dinero necesaria, como la de cualquier otro artículo de uso o consumo, se regula enteramente a sí misma mediante esta demanda; la cual difiere sustancialmente de unos países a otros y de una sociedad a otra, e incluso en un mismo país, de un tiempo a otro...
>
> Es manifiesto... que la proporción de moneda corriente (*circulating medium*) necesaria en una situación dada de riqueza e industria no es una cantidad fija, sino fluctuante e incierta; que en cada caso depende de una gran variedad de circunstancias, que disminuye o aumenta por el mayor o menor grado de seguridad o de progreso comercial o empresarial. Las causas que influyen en la demanda son evidentemente demasiado complejas como para permitir determinar la cantidad mediante un cálculo previo o alguna operación teórica...

King concluye que

> Si el razonamiento expuesto está bien fundado, debe seguirse que no existe método alguno de descubrimiento *a priori* de la proporción de moneda corriente (*circulating medium*) que las circunstancias de la comunidad requieren; esa es una cantidad que no posee ninguna regla o patrón asignable; y su cantidad verdadera sólo puede determinarse mediante la demanda efectiva.

En segundo lugar, King fue el primero en percibir la importancia de la devastadora crítica de Thornton a la ampliación que sus colegas anti-bullionistas hicieron de la doctrina smithiana de las letras «reales», e incluso expuso la crítica de un modo más sólido. Poner sus tipos de descuento por debajo del tipo de interés del mercado puede hacer que se produzca una ampliación ilimitada del crédito bancario con letras de cambio. Además, el banco carece de medios reales para distinguir entre letras «reales» y «ficticias», y siempre puede inducirse a los comerciantes a tomar préstamos muy por encima de las demandas reales del público mediante un interés bancario artificialmente bajo.

En el caso del papel moneda no convertible, concluía King, no hay manera de descubrir la demanda real de dinero del público, o de calcular cuándo el papel moneda es excesivo o no. Sin la convertibilidad, la circulación de papel «se ve privada de su patrón natural, y es incapaz de admitir ningún otro». De ahí que los bancos o los gobiernos a los que se les encomienda la tarea de hallar el nivel óptimo de dinero y crédito estén abocados a «cometer perpetuos errores».

Sirviéndose de la obra pionera de Boyd y de las contribuciones de Thornton, Lord King se propuso entonces llevar a cabo la culminación de la teoría bullionista completa del papel moneda no convertible, una teoría consistente en un desarrollo convincente del análisis de la oferta y la demanda. Primero observa que el papel no convertible se halla sujeto a dos influencias distintas, aunque relacionadas, de depreciación: «falta de confianza por parte del público y un incremento indebido de la cantidad de billetes». En todos los ejemplos de dinero no convertible, observa, ambos factores han empezado a operar pronto. ¿Cómo sabe uno, prosigue King, cuándo ha tenido lugar la depreciación del dinero no convertible? Walter Boyd había afirmado que una prueba de depreciación era una subida en el precio de mercado del metal no amonedado por encima del precio oficial de acuñación. King refuerza la idea de Boyd apuntando que el valor del metal tiende a ser estable a corto plazo, interpretando cualquier variación de ambos como resultado de un cambio en el valor del papel. King también aporta un fundamento riguroso para la segunda prueba brindada por Boyd: la depreciación de la libra en comparación con otras divisas. Y es que una divisa convertible en metálico no puede depreciarse, ya que cualquier excedente puede exportarse. Sin embargo, el papel no convertible no puede exportarse, y «se quedará en el país, y, si se multiplica por encima de la demanda, se depreciará según el nivel de su exceso». Más aun,

> Este incremento se manifiesta pronto en el curso de las operaciones comerciales; así que los precios se elevan en la misma proporción. Se produce un efecto similar en las transacciones con monedas extranjeras según sea la situación de las respectivas divisas.

King hace luego una concisa exposición de la teoría de los tipos de cambio basada en la paridad adquisitiva en relación con divisas no convertibles.

Aunque en el pasaje arriba citado King parecía adoptar la teoría cuantitativa de la proporcionalidad mecánica, más adelante dejó claro en el panfleto que, en caso de que se dé, esta proporcionalidad sólo acontece a largo plazo. Y es que, al igual que Boyd, King era un bullionista completo, y formuló, con mucho, la mejor y más elaborada exposición de esta postura en todo este periodo. King demuestra que el proceso de inflación encierra *necesariamente* una redistribución de riqueza y renta. Desarrollando los análisis de procesos apuntados por Hume, King escribe que el efecto proporcional sobre los precios de un incremento en la cantidad del papel moneda no es en modo alguno inmediato, y que «puede pasar algún tiempo antes de que el nuevo dinero pueda circular en la comunidad y afectar a los precios de todos los productos». Pero, mientras que Hume elogió este intervalo por cuanto espoleaba la actividad comercial, King se fijó correctamente en las ventajas que este proceso concede necesariamente a los primeros receptores del nuevo dinero frente a los que les siguen.

> Es este intervalo entre la creación del nuevo papel y la subida de precios el que puede constituir una fuente de beneficio para las personas que toman préstamos del Banco. El comerciante al que se le distribuyen de modo inmediato los billetes emplea éstos en la compra de bienes a los precios que entonces tienen. Ahora bien, por el solo efecto de la circulación ulterior de estos billetes, el precio de los bienes se eleva, y el comerciante suma el beneficio de esta subida a los beneficios ordinarios del comercio. Si es un exportador, recibirá, aparte del beneficio habitual, la cantidad correspondiente a la depreciación que haya tenido lugar en la moneda corriente entre el momento de la adquisición de los bienes y la llegada de la remesa por la que se cambia.

King también considera la depreciación de los billetes del Banco central de Irlanda como «un impuesto sobre la renta que se recauda, no en beneficio del Gobierno, sino en el de los propietarios de la reserva del Banco irlandés». Y, en relación con el Banco de Inglaterra, observaba que «el beneficio indebido obtenido por el banco, justo en la misma proporción que el exceso de sus billetes», se ha visto más que contrarrestado por la «pérdida y daño del público, como sucede en todos los casos de moneda depreciada». Así, pues, «Se grava a la comunidad con un impuesto indirecto, no para beneficio del público, sino de ciertos individuos. Se recauda de la manera más perniciosa de todas; y, de todos los impuestos, se trata del menos productivo en proporción a la pérdida e inconveniente que se padece».

En suma, King reconoce que los privilegiados beneficiarios de la inflación y la depreciación son, con mucho, los bancos centrales mismos y sus accionistas, así como los comerciantes que solicitan préstamos a estos bancos y los exportadores que se benefician con la depreciación de las divisas. Todos éstos compran a costa del público. También observa agudamente que son precisamente estos grupos los que se han constituido en los principales defensores de la restricción bancaria. Sugiere que es probable que estos comerciantes de

Londres y Dublín jamás hayan leído a Hume, ni seguido los pasos teóricos por los que obtuvieron el privilegio de la inflación bancaria:

> Sin embargo, su experiencia les ha llevado, sin duda, a las mismas conclusiones; además, no cabe ninguna duda de que desde el tiempo de la Restricción hay comerciantes que han conseguido descuentos del Banco con menos dificultad, y que estos favores, junto con los beneficios de ellos derivados, les ha predispuesto mentalmente en favor de la medida.

Por otra parte, el mordaz análisis de King de las ventajas que el banco obtiene frente al público merced la inflación de sus billetes le llevó a denunciar *per se* todo «privilegio exclusivo» de emisión de billetes concedido al Banco de Inglaterra. Ya que dicho privilegio sería «tan injusto e imprudente como conceder un monopolio de cualquier otra rama de la técnica y la industria a cualquier comerciante o compañía privada».

Acorde con su rechazo de la concepción de la proporcionalidad mecánica, Lord King aceptaba que los factores reales pueden tener efectos subordinados y temporales sobre la depreciación y el tipo de cambio. De hecho, es justo esta comprensión de los efectos temporales de los factores reales la que contribuyó a que King rechazase la idea de la proporcionalidad estricta, y de ahí de cualquier *medida* cuantitativa precisa del grado de depreciación o del exceso de papel moneda. Como escribiera el propio King: «tampoco una consulta más cuidadosa a las dos pruebas, la del precio del metal en pasta y la de la situación de los cambios, nos permite determinar el grado preciso en que se deprecia una moneda corriente; aunque el hecho general de la depreciación pueda demostrarse sin discusión». De hecho, reprendió amablemente a Boyd por subrayar en demasía esa medida del excedente, y, por consiguiente, por haber «concedido ventaja a sus oponentes insistiendo en exceso en el grado de depreciación...».

Por último, es una pena que King siguiese confundiendo, como Smith y Thornton, las letras de cambio y otras declaraciones de deuda con el dinero, y que rechazara la nítida distinción establecida por Waler Boyd entre los mismos.

La aportación de Lord King le catapultó inmediatamente a la primera línea de los teóricos bullionistas; y cuando, casi una década más tarde, David Ricardo se unió a la refriega, elogió el folleto de King por la gran influencia que había ejercido sobre él. De todas formas, por alguna razón, la mayoría de los historiadores posteriores han pasado lamentablemente por alto la contribución vital de King, e incluso en el tiempo de Nassau Senior, a mediados de la década de 1840, éste consideró necesario reprender a la posteridad por ignorar el gran logro de Lord King. Senior ensalzó la obra de King como «una exposición tan completa y tan verdadera en lo principal de la Teoría del Papel Moneda, que, tras más de cuarenta años de debates, poco hay que añadir o corregir en ella». El recordatorio de Senior fue repetido más tarde por Henry D. McLeod y Francis A. Walker, y, en fecha tan tardía como 1911, Jacob Hollander, en su

famosa reconstrucción de la teoría monetaria entre Smith y Ricardo, alabó brevemente el panfleto de King como un «notable contraste con la prolija obscuridad del ensayo de Thornton y el encendido humor de la obra de Boyd», así como por estar «en condiciones de convertirse, como rápidamente sucedió, en el epítome de todo lo que ya se había escrito de sólida crítica y razonable interpretación de la evolución de la Banca, no menos que en inspiración para los futuros esfuerzos en la misma dirección».[12] Pero, una vez más y de modo inexplicable, se desvaneció inmediatamente el reconocimiento de la contribución de King, y ya sólo sería resucitada en la fundamental disertación del Profesor Salerno.

Francis Horner fue, quizás, la persona a la que más impresionaron los *Thoughts* de Lord King, ya que el folleto le hizo pasar al punto de su anterior posición moderada a la de inamovible bullionista moderado. Es probable que esta conversión no dependiera tanto del análisis teórico de Lord King cuanto de su completa recopilación de las estadísticas del periodo de la restricción, que convencieron a un agnóstico teórico como Horner de que los hechos estaban de parte de la excesiva emisión de papel moneda como causa de la inflación de precios y de la depreciación. Al recensionar los *Thoughts* de King en el número de julio de 1803 de la *Edinburgh Review*, Horner abandonó su anterior agnosticismo político sobre la restricción para decantarse en favor de la conversión en metálico. «Desde el principio —escribía ahora— no podía haber duda alguna sobre la inconveniencia e injusticia de la restricción...» Mas, mientras que antes él percibía que los hechos eran demasiado intrincados para decidir si Boyd había tenido razón en relación al impacto inflacionista de la restricción sobre los precios, ahora King le había convencido de que Boyd estaba en lo cierto. Concluía que «Entre todos estos cambios, puede percibirse un efecto uniforme que, por la evidencia con la que se prueba y los razonamientos con los que se explica, Lord King describe muy hábil y perspicazmente».

5.7 La cuestión de la moneda irlandesa

Muchas de las críticas de Lord King fueron dirigidas tanto contra el Banco central de Irlanda como contra el de Inglaterra, y, de hecho, a lo largo de 1803, a medida que la restricción se prolongaba en el tiempo con el resurgimiento de la guerra con Francia, la atención se desplazó a la rápida depreciación de la moneda de Irlanda.

Cuando Gran Bretaña impuso la restricción en 1797, también suspendió el pago en metálico del Banco de Irlanda y del sistema bancario de su colonia

[12] «From Adam Smith to David Ricardo», *Quarterly Journal of Economics*, 25 (mayo de 1911), p. 456.

irlandesa. Y lo hizo aun cuando el sistema bancario irlandés estaba en una situación saneada y sin inflación. No obstante, el Banco de Irlanda pronto se aprovechó de sus nuevos privilegios para inflar considerablemente la oferta de dinero y crédito, cuadruplicando su circulación de billetes a lo largo de los siguientes seis años. En consecuencia, para 1803 la libra irlandesa había caído un 10 por ciento por debajo de su paridad oro de 108:100 con la libra inglesa. Era particularmente evidente que el problema aquí era la oferta y la demanda irlandesa de papel moneda, y nada más, ya que Belfast, en la órbita de la divisa inglesa y sin un banco central propio, permaneció a la par con la libra inglesa, y dado que la libra de Dublín se había depreciado en el mismo grado tanto en Belfast como en Londres.

Cuando en febrero de 1803 se planteó en el Parlamento la ampliación de la restricción bancaria, ampliación defendida por Thornton, Lord King presentó una crítica bullionista de la situación irlandesa, consideración que proseguiría en mayo al plantearse la ampliación de la restricción irlandesa.

Prestando atención al problema irlandés, la Cámara de los Comunes designó en marzo de 1804 una comisión sobre la moneda irlandesa a fin de investigar el asunto (propiamente, el «Select Committee on the Circulating Paper, the Specie and the Current Coin of Ireland»). Los altos cargos del Banco de Irlanda, tratando de defender a la desesperada su reputación, proclamaron de manera cada vez más absurda que la depreciación de la libra irlandesa no se debía a una excesiva emisión sino a una misteriosa y «desfavorable» balanza de pagos exterior de Irlanda. La comisión, de la que Henry Thornton era miembro principal, publicó su informe en junio y desestimó las explicaciones anti-bullionistas. Aceptó de pleno la idea bullionista de que la depreciación de la libra irlandesa se debía a una excesiva emisión de papel y a la multiplicación del crédito por parte del Banco de Irlanda, y de que esta emisión excesiva había sido posible por la restricción. El informe de la comisión presagió el famoso informe de la comisión de los lingotes seis años posterior, y fue notable también por la virtual conversión de Henry Thornton, siguiendo a Horner, al bullionismo moderado. El informe afirmaba que el «gran remedio efectivo» para los males de Irlanda era «Rechazar la ley sobre restricción de la que han salido todos los males»; sin embargo, después daba marcha atrás a una solución tan radical para optar por otra intermedia: que el Banco de Irlanda hiciese, al menos, que sus billetes fuesen convertibles en el mucho menos depreciado billete del Banco de Inglaterra. Esta fue también, efectivamente, la solución intermedia ofrecida por Lord King. Ante todo, la comisión lanzó la advertencia de que el Banco de Irlanda debía limitar su emisión de papel en todos los casos en que se diese una balanza comercial desfavorable, «y que, si no lo hacían, todos los males de un cambio elevado y fluctuante se les imputaría a ellos».

Dos importantes miembros de la clase gobernante anglo-irlandesa se incorporaron al campo bullionista en relación con la cuestión de la moneda

irlandesa. Un mes antes del nombramiento de la comisión sobre la moneda irlandesa, Henry Brooke Parnell (1776-1842), primer barón Congleton, publicó su panfleto *Observations on the State of Currency in Ireland*. Parnell, hijo de Sir John, Ministro de la Hacienda Real Irlandesa, se educó en Eton y en el Trinity College de Cambridge. Parlamentario influyente a partir de 1802, la aplicación de los principios bullionistas que hizo a la cuestión irlandesa estuvo influida en buena medida por Lord King. Parnell presentó contra el Banco de Inglaterra los cargos de inundar el país con su papel; de disminuir el valor de la mayor parte de la propiedad del país; de establecer un tipo de cambio ruinoso; y de atraer sobre el estado todas las calamidades que acompañan a una moneda depreciada. Como remedio inmediato, Parnell también recomendó la propuesta de King de hacer que el papel irlandés fuese reembolsable en billetes del Banco de Inglaterra. El folleto de Parnell era tan compatible con el informe de la comisión sobre la moneda irlandesa que la tercera edición de su ensayo incluyó en su apéndice un resumen de las pruebas de la comisión.

El informe de la comisión y la propuesta de King fueron igualmente respaldados por otro miembro de la élite gobernante anglo-irlandesa, el joven abogado irlandés de Londres, John Leslie Foster (m. 1842), en su panfleto *Essay on the Principles of Commercial Exchanges* (1804). Foster, hijo de un obispo anglicano y graduado por el Trinity College de Dublín, sería más tarde juez irlandés y parlamentario tory en Inglaterra. Está también el caso curioso de James Maitland, octavo conde de Lauderdale (1759-1839), jurista escocés y parlamentario, primero whig y luego tory. Por una parte, Lauderdale fue un subconsumista fanático y contrario al ahorro —anticipándose así a Keynes— en su *Inquiry into the Nature and Origins of Public Wealth* (1804) y en su argumento contra la amortización de la deuda y en favor del gasto gubernamental *per se* (*Three Letters to the Duke of Wellington*, 1829). Por otra, Lord Lauderdale fue un sólido defensor del dinero metálico, respaldando el informe sobre la moneda irlandesa en un panfleto implacable. No sólo estaba de acuerdo Lauderdale en que la excesiva emisión de papel del Banco de Irlanda había conducido a la depreciación de la libra irlandesa y a primar el oro; fue más allá del informe e insistió en que el único remedio efectivo para el problema existente era la completa contracción del papel del Banco de Irlanda (en sus *Thoughts on the Alarming State of the Circulation and on the Means of Redressing the Pecuniary Grievances of Ireland* [1805]). Por cierto, ¡no es habitual que una persona sea al mismo tiempo un archi-subconsumista y un ardiente deflacionista favorable al dinero metálico!

Aunque las soluciones de King y de la comisión no triunfaron, parece ser que los administradores del banco irlandés comprendieron la situación mucho mejor de lo que habían dado a entender. Puesto que, al poco tiempo, consiguieron suavizar la crisis adoptando medidas monetarias más duras, y haciendo así que la libra irlandesa volviese a estar a la par con Inglaterra.

5.8 La aparición del bullionismo mecanicista: John Wheatley

Después de 1804, el Banco de Inglaterra enfrió su política expansionista durante algunos años, y la inflación y la depreciación se redujeron. Como consecuencia, se apaciguó la controversia bullionista sobre Inglaterra e Irlanda. Había concluido la Fase 1 de la gran controversia bullionista. Habían entrado en escena tres escuelas de pensamiento y opinión monetarios: primero, los apologistas anti-bullionistas del gobierno británico y del Banco de Inglaterra cuyos puntos de vista apenas merecen el nombre de «teoría» y que simplemente negaban que la emisión monetaria guardase relación alguna con los males de la inflación y la depreciación. Frente a ellos estaban, en segundo lugar, los bullionistas completos, dirigidos por Lord King y Walter Boyd, que aplicaron inteligentemente el análisis de la oferta y la demanda de dinero a las nuevas condiciones del dinero fiduciario no convertible, y que atacaron el exceso de emisión del Banco de Inglaterra como la causa de los males, atribuyendo también a los factores «reales» un papel temporal y subordinado. Entre ambos se hallaban, en tercer lugar, los moderados, y de ellos formaban parte en buena medida Henry Thornton y Francis Horner, agnósticos teóricos que reivindicaban que tanto los factores monetarios como los reales podían ser responsables de cualquier caso de inflación, y que subrayaban empíricamente y *ad hoc* el conjunto de factores que podrían ser responsables de una situación dada. Moderado anti-bullionista al principio, la prueba empírica transformó rápidamente a Horner, cuando menos, hasta el punto de hacer que se pasara en torno a 1803 al campo bullionista moderado.

Con todo, antes de que concluyera la Fase 1, ya había surgido una cuarta escuela de pensamiento, y tercera corriente de bullionismo: el bullionismo mecanicista. El gran error del bullionismo mecanicista no fue simplemente el de ignorar todas las influencias reales, e insistir en que los factores monetarios y sólo los monetarios determinaban los niveles de precios y los tipos de cambio. Si tal hubiese sido el único fallo, el error hubiese sido relativamente menor. El problema principal estribaba en que los mecanicistas negaban *todos los demás* factores causales distintos de la oferta de dinero, muchos de ellos muy importantes. En dos palabras, ignoraron la demanda de dinero en todas sus sutiles variedades, y efectos vitales de «distribución» —incluso a largo plazo— como los cambios en los activos y rentas relativos, así como en los precios relativos. En suma, los mecanicistas defendían que, a corto y a largo plazo, los *únicos* factores causales del precio y los cambios eran las variaciones en la cantidad de dinero. De ahí su opinión errónea y distorsionada de que los cambios en los «niveles» de precios son exacta y cuantitativamente proporcionales a los cambios en la cantidad de dinero.

La visión bullionista mecanicista, probablemente surgida como reacción desmesurada a los moderados, la expuso por vez primera un hombre que ni

era parlamentario ni estaba vinculado a la esfera pública: el letrado John Wheatley (1772-1830). En la primera de sus muchas aportaciones a la economía monetaria, *Remarks on Currency and Commerce* (1803), expuso la perspectiva bullionista del largo plazo y el planteamiento monetario en su forma más descarnada y simplista. Dejó a un lado cualquier consideración sobre ajustes o, incluso, procesos temporales para extenderse exclusivamente en las condiciones finales de equilibrio. Para Wheatley toda exportación o importación de oro estaba determinada exclusivamente por su demanda y precio, esto es, por factores monetarios, y los precios del metal en pasta y los tipos de cambio sólo por cuestiones monetarias. Los factores reales no desempeñan ningún papel en estos asuntos, ni siquiera temporalmente o a corto plazo. De aquí que el efecto de la oferta de dinero en los niveles de precios o tipos de cambio sea rigurosa y meticulosamente proporcional. Los precios generales no sólo varían proporcionalmente, también lo hacen de un modo uniforme en «niveles», sin cambios de ningún género en los precios relativos. Dice Wheatley:

> El incremento de moneda mediante papel debe causar la misma reducción en el valor del dinero, proporcional a la actividad de su circulación, que un incremento del dinero metálico. Mas... si el papel deprecia el dinero, ello debe elevar en proporción similar el precio de los artículos de subsistencia y lujo.

A partir de estos principios le fue sencillo a Wheatley deducir que no era posible que la ampliación de la oferta de dinero estimulase *jamás* la economía, porque, por definición, «los salarios de los trabajadores sólo aumentan en proporción al incremento [del dinero]». Y, puesto que los salarios se elevan proporcionalmente a la oferta de dinero y al resto de precios, no pueden, «tras el aumento, comprar una cantidad mayor de productos que antes del mismo», y, en consecuencia, «no puede existir en verdad un estímulo mayor, ni es probable, por lo tanto, que el engaño produzca algún efecto mayor...». Una conclusión heroica, sin duda, y seguramente verdadera a largo plazo; pero tal género de alegres afirmaciones dogmáticas omiten toda la cuestión de la inflación monetaria y de su estímulo a corto plazo: por ejemplo, hacer que los precios suban más rápido que los salarios.

Además, dado que Wheatley poseía una teoría de los tipos de cambio en condiciones de no convertibilidad exclusivamente a largo plazo y, por lo tanto, monetaria, supuso alegremente de nuevo que el valor de cualquier dinero era siempre y en todo lugar igual, es decir, se hallaba en el equilibrio a largo plazo, y que los tipos de cambio del dinero fiduciario siempre cotizan según las paridades adquisitivas con sus respectivos poderes adquisitivos monetarios. De ahí que un tipo de cambio depreciado y una prima al lingote de metal no sólo fuese para Wheatley un «sistema inconfundible» de depreciación de la moneda corriente; también aporta una «medida» exacta de dicha depreciación. Por el contrario, King y Boyd, por no hablar de Thornton, sólo veían depre-

ciación de la moneda corriente cuando dichos fenómenos se daban «durante un tiempo considerable» (Boyd) o eran «muy continuados» (King). Y ninguno de los dos defendieron que tales primas o tipos de cambio rebajados aportasen una medida precisa de la depreciación.

Aunque John Wheatley no contara con unos compañeros de debate destacados en relación al bullionismo, no fue ni mucho menos una figura insignificante. Había nacido en Kent, en el seno de una destacada familia terrateniente y de militares del condado. Su padre fue un alto agente judicial y subgobernador de Kent; un hermano mayor, William, fue general de división en las guerras con Francia; y otro más joven, Sir Henry Wheatley, estuvo adscrito durante muchos años a la corte real. En 1793 Wheatley alcanzó el grado de *Bachelor of Arts* por el aristocrático Christ Church de Oxford, siendo admitido después en la abogacía. Su mujer, Georgiana, era hija de William Lushington, un importante comerciante de Londres y parlamentario por dicha ciudad, además de hermano de Sir Stephen Lushington, quien fuera presidente de la gran Compañía de la India Oriental. Sorprende mucho que William Lushington solicitase en marzo de 1797 al Banco de Inglaterra, en su calidad de presidente del comité de comerciantes de Londres, que fuese más expansionista en su política de descuentos.

Los *Remarks* de Wheatley fueron atacados desde un punto de vista thorntoniano en la *Edinburgh Review* por el destacado líder whig Henry Brougham. Pero, aunque Wheatley publicase a continuación de su panfleto el primer volumen de *An Essay on the Theory of Money and Principles of Commerce* (1807), el momento escogido no fue el apropiado, ya que en ese tiempo existía poco interés por la controversia bullionista. Wheatley agravó sus problemas tácticos no escribiendo cosa alguna sobre dinero en los nueve años siguientes, justo en el momento en que la controversia bullionista alcanzaba su punto álgido. Por todas estas razones, la postura de Wheatley fue pasada por alto durante mucho tiempo, hasta que en 1809 David Ricardo asumió el liderazgo en el campo del bullionismo mecanicista. Por otra parte, poco favor le hizo a su influencia el que se pasara prácticamente toda su vida en una situación financiera crítica. De tiempo en tiempo operó como agente de la familia Lushington en sus transacciones en Las Antillas; sin embargo, los problemas financieros le hicieron salir, errático, del país, de modo que, justo después de publicar en 1822 el segundo volumen de su *Essay*, emigró a la India donde no consiguió salir de los apuros financieros, y de allí a Suráfrica, sin mejorar su situación. Con todo, en medio de todos estos problemas y traslados, siguió publicando panfletos solicitando ardientemente la libertad de comercio.

El énfasis exclusivo de John Wheatley en la oferta de dinero y en los niveles de precios unitarios anticiparon la grave escisión moderna, monetarista y macroeconómica, entre la esfera monetaria y la esfera real. De un modo más consciente, su insistencia mecanicista en el nivel de precios también prefiguró

la desgraciada obsesión de Fisher, de la Escuela de Chicago, y de los monetaristas posteriores por estabilizar el «nivel de precios» así como por oponerse fanáticamente a todos los cambios en esos «niveles». Ya en sus primeros libros de 1803 y 1807, Wheatley denunció los supuestos males tanto de la caída de precios como de la inflación, aunque, de hecho, defendió que la caída de precios era mucho más dañina. Ciertamente, la influencia de los primeros tratados de Wheatley se vio gravemente debilitada por su timidez y falta de firmeza a la hora de sacar conclusiones prácticas de su análisis fundamental. En vez del regreso al patrón oro, Wheatley sólo pudo sugerir la retirada de las atribuciones de emisión de billetes que poseían los bancos regionales y el rescate de los billetes de banco inferiores a 5 libras.

En su obra de 1807, pedía a gritos que los contratos a largo plazo se hiciesen de acuerdo con un número índice de los niveles de precios y, al ver desatendida esta reivindicación, en sus obras posteriores empezó a ponerse histérico en relación a los supuestos males de la caída de los precios y al daño que causaban a los pobres. En su volumen de 1822, Wheatley llegó al punto de solicitar el aplazamiento de la reanudación de los pagos en metálico hasta que nuevas provisiones de artículos pudiesen entrar en el país y detuviesen la caída de los precios. Ansiando un papel fiduciario estabilizado en valor por el gobierno, Wheatley escribía: «si el papel se mantuviese sin aumentar o disminuir, sería una medida de valor y un medio de cambio mejor que el oro». Pero, para 1828, en el momento de la publicación de su última obra escrita en Suráfrica, Wheatley ya sólo demandaba una ampliación de la oferta de dinero en papel fiduciario; de otro modo, «optamos por un destino eterno de pobreza irremediable».

En este sentido, como muchos otros, demasiados, monetaristas y teóricos cuantitativos mecanicistas de la cantidad, Wheatley empezó como un ardiente bullionista favorable al dinero metálico, pero su frenético pavor a la deflación le llevaría a lo largo de los años a acabar como inflacionista del papel fiduciario.

Capítulo VI

PENSAMIENTO MONETARIO Y BANCARIO, II: EL *BULLION REPORT* Y LA VUELTA AL ORO

6.1 Ricardo interviene en la polémica.– 6.2 Revuelo en torno al *Bullion Report*.– 6.3 Deflación y vuelta al oro.– 6.4 Se cuestiona la reserva parcial de los bancos: Gran Bretaña y EE UU.– 6.5 Pensamiento monetario y bancario en el Continente.

6.1 Ricardo interviene en la polémica

Después de 1804, la controversia bullionista cayó en el olvido durante cinco años, en buena medida porque la cautelosa política de los Bancos de Inglaterra e Irlanda consiguieron aplacar temporalmente la inflación monetaria y sus no muy gratas consecuencias. Entonces, la reactivación de la guerra con Napoleón en 1809 despertó nuevamente la inflación, incrementándose la circulación fiduciaria de 17.5 millones de libras en noviembre de 1808 a 19.8 millones el siguiente agosto. Como consecuencia, ese verano la libra se depreció rápidamente en un 20 por ciento en el mercado de divisas de Hamburgo, y en un 20 por ciento subió el precio de mercado del oro (93 chelines/onza) sobre la paridad oficial de 77 chelines y 10½ peniques por onza. Era el momento de reavivar la controversia bullionista.

Ricardo era sobre todo y ante todo un economista monetario, y, como el Profesor Peake se ha encargado de recordarnos, su enfoque sobre el dinero quedó como una de las claves de su pensamiento económico.[1] Ricardo se había encontrado con *La riqueza de las naciones* en 1799, y, desde entonces, se había zambullido de lleno en la economía política, materia en la que tendió a destacar, de la mano de su vida práctica de joven y rico corredor de bolsa y obligacionista, las cuestiones monetarias. El vertiginoso aumento de la depreciación de la libra en 1809 le llevó a publicar sus primeras obras sobre economía, comenzando con una carta sobre el «Price of Gold» en la *Morning Chronicle* (29 de agosto).

[1] Charles F. Peake, «Henry Thornton and the Development of Ricardos's Economic Thought», *History of Political Economy*, 10 (Verano 1978), pp. 193-212.

La carta causó un gran impacto, en especial por su excepcional mezcla de teoría pura y dura con un admirable dominio de los hechos empíricos e institucionales de la escena monetaria. Su primera carta de la *Morning Chronicle* fue seguida de dos más, junto con una breve ampliación de las mismas que se convertiría en una obra de renombre y muy influyente —el primer libro de Ricardo— *High Price of Bullion, a Proof of the Depreciation of Banknotes* (el propio título resume su contenido), publicada en 1810. Durante el siguiente año, verían la luz no menos de cuatro ediciones.

Las diversas posiciones de la controversia bullionista habían quedado definidas durante la primera fase del debate (1800-4). Ricardo tenía la intención de resucitar y afirmar la posición bullionista, no sólo contra los anti-bullionistas, sino sobre todo frente al más respetado e influyente anti-bullionismo moderado de Henry Thornton. Éste era el más importante oponente teórico del bullionismo, así que Ricardo entró en liza del lado de Lord King, aunque, por desgracia —como veremos—, al hacerlo, volvería a la perspectiva rígida y mecanicista de John Wheatley, que contribuiría a desarrollar.

Con todo, su principal adversario era Thornton, así que Ricardo trató de convertirle; como escribiera en el *High Price*:

> Así, pues, Mr. Thornton debería, de acuerdo con sus propios principios, atribuirla [la prima al oro en pasta] a una causa más permanente que una balanza comercial desfavorable, y, cualquiera que haya podido ser su opinión antes, no dudo que ahora estará de acuerdo en que sólo la depreciación de la moneda corriente ha de dar cuenta de la misma.

A lo largo de *High Price* Ricardo dejaba clara la importante cuestión de que no existe algo así como una escasez de numerario o una gran necesidad del mismo: que, de hecho, *cualquier* nivel de oferta de dinero resulta óptimo:

> Si la cantidad de oro o plata que se emplea como dinero en el mundo fuera excesivamente pequeña o muy elevada... la variación en su cantidad no hubiese producido otro efecto que hacer que los artículos por los que se cambiasen fuesen comparativamente caros o baratos. Una menor cantidad de dinero desempeñaría las mismas funciones de moneda corriente que otra mayor.

Tan pronto como se publicó *High Price* en enero de 1810, Ricardo, dando con la táctica adecuada para difundir sus puntos de vista, envió una copia a aquel parlamentario moderado e influyente en cuestiones monetarias que era Francis Horner. El efecto que causó en Horner fue electrizante, y le indujo a proponer —y a conseguir que se aprobase— el mes siguiente en la Cámara de los Comunes una resolución por la que se creaba una comisión especial para investigar la causa del elevado precio del metal en pasta. El justamente célebre *Bullion Committee*, integrado por veintidós parlamentarios ilustres y presidido por Horner, emitió su informe en junio de 1810, y en él recomendaba una política bullionista de retorno al patrón oro en dos años. El Informe desenca-

denó durante el siguiente año una intensa controversia dentro del Parlamento y en la literatura de panfletos en general.

David Ricardo había logrado en parte su objetivo de convertir a Henry Thornton, quizás el miembro más influyente de la comisión y quien redactó el Informe de aquélla juntamente con Horner y William Huskisson. En realidad, no fue la *teoría bullionista* de Ricardo la que había hecho cambiar a Thornton, sino la impresionante recopilación de pruebas, que acabó convenciéndole de que esta inflación en concreto y la consiguiente depreciación monetaria se debían a un exceso de emisión de billetes del Banco de Inglaterra. En dos palabras, en cuanto a su moderación, Thornton se había unido a su discípulo Horner, pero, por lo que respecta a su conversión de anti-bullionista a bullionista, las razones de la misma habían sido empíricas.[2] En el debate parlamentario sobre el Informe de mayo de 1811, Thornton admitió que la idea de que las malas cosechas y las subvenciones a los extranjeros eran la causa de la depreciación «era un error hacia el cual él mismo se había sentido una vez inclinado, pero del que se corrigió tras una completa consideración de la materia».

La conversión de Thornton fue tanto más destacable por cuanto su propio banco estaba particularmente ligado a la expansión fiduciaria del crédito bancario; y la mera publicación del Informe, aun cuando no llegara a imponerse en el Parlamento, bastó para producir una pequeña retirada de fondos del mismo. Por otro lado, el banco comenzó a atravesar en ese momento por un periodo de dificultades que nunca superaría y que, finalmente, le llevarían a la quiebra en 1825, diez años después de la muerte de Thornton.

Con todo, la conversión de Thornton sólo fue empírica. De ahí que, en el curso de los debates en torno al *Bullion Report*, siguiera mencionando el espectro de la deflación, y que sugiriese que se devaluase la libra hasta los niveles de mercado a fin de prevenir la deflación en el momento de la reanudación.

Como el objetivo principal de Ricardo era combatir los puntos de vista de Henry Thornton, no ha de sorprender que reaccionase desmesuradamente, y que, en vez de adoptar el bullionismo completo y sofisticado de Lord King, se pasara a las doctrinas rígidas y mecanicistas de John Wheatley. En concreto, para refutar completamente a Thornton, Ricardo creyó que la disputa debía trasladarse enteramente al plano teórico, así que se vio obligado a sostener que *sólo* los factores monetarios, incluso a corto plazo, pueden influir de algún modo en los precios o en los tipos de cambio. Se vio forzado a sostener que el dinero, siempre y en todo caso, incluso a corto plazo, es indiferente al resto de la economía, a todo, menos a los precios generales. Así lo expresa el profesor Peake:

[2] Como hemos visto, el punto de partida de Horner fue muy diferente: había pasado de neutral moderado a bullionista moderado en 1804 merced al folleto de Lord King.

> Las primeras obras de Ricardo constituyeron en buena medida una reacción frente a la economía monetaria no-neutral de Henry Thornton, y al cuestionar los puntos de vista de éste, Ricardo se entregó a una explicación de la producción, del valor y de la distribución compatible en términos reales con el dinero neutral.[3]

Para llevar a cabo su admirable aunque desigual tarea, David Ricardo tuvo que concentrarse exclusivamente en los estados de equilibrio a largo plazo e ignorar los procesos de mercado conducentes a los mismos. En ese sentido, allanó el terreno a su ulterior planteamiento de todas las cuestiones económicas.[4] Ricardo resumió su metodología en el curso de la famosa correspondencia que mantuvo de 1811 a 1813 con Thomas Robert Malthus sobre cuestiones monetarias: «Vd. siempre piensa en los efectos inmediatos y temporales... [Yo] siempre presto atención al estado permanente de las cosas que resultará de los mismos.»[5]

Para que el dinero fuese estrictamente neutral a todo excepto al nivel general de precios, Ricardo tuvo que defender una dicotomía rigurosa y radical entre el mundo monetario y el real, en la que los valores, los precios relativos, la producción y las rentas se determinasen únicamente en la esfera «real», y los precios generales se fijaran exclusivamente en la monetaria. Además, las dos esferas jamás podrían encontrarse. Aquí tuvo su arranque la fatídica y muy extendida falacia moderna de la rigurosa escisión entre dos mundos herméticamente sellados: el «micro» y el «macro», cada uno con sus propios determinantes y leyes. Por otro lado, como escribe Salerno, «la enérgica afirmación de la doctrina del dinero-neutral que Ricardo hiciese en sus escritos bullionistas se constituiría en la fuente de la concepción clásica del dinero como un 'velo' que oculta los fenómenos y procesos 'reales' de la economía».[6] En concre-

---

[3] Peake, *op. cit.* nota 1, p. 193.

[4] Como escribe Peake, «la producción total de Ricardo estuvo dominada por las cuestiones monetarias, de modo que para comprender completamente a Ricardo es preciso tener en cuenta sus obras monetarias». *Ibid*.

[5] Malthus, antes un anti-bullionista moderado, se había convertido ahora en seguidor de Thornton, y en 1811 expuso su postura en dos artículos sobre la controversia bullionista para la *Edinburgh Review*. Véase la crítica de Malthus en Frank W. Fetter, *Development of British Monetary Orthodoxy, 1797-1875* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1965), p. 48.

Sobre la insistencia del análisis monetario de Ricardo en el equilibrio a largo plazo, véase J.A. Schumpeter, *History of Economic Analisys* (Nueva York: Oxford University Press, 1954), pp. 494-5, y Jacob Viner, *Studies in the Theory of International Trade* (Nueva York: Harper & Bross, 1937), pp. 139-40.

[6] Joseph Salerno, «The Doctrinal Antecedents of the Monetary Approach to the Balance of Payments» (tesis doctoral, Rutgers University, 1980), p. 447. Salerno apunta a continuación que la rígida escisión mecanicista de Ricardo entre el dinero y lo real conducente a la doctrina del dinero como «velo», también llevó a la aparente paradoja de los *Principles* de Ricardo, en los que se pasaba abruptamente a un análisis de la balanza de pagos muy engañoso, puramente real, no monetario y de «trueque». La paradoja sólo es aparente, porque una escisión rigurosa hace posible el saltar una y otra vez de lo puramente monetario a lo pura-

to, si el dinero es neutral, entonces el valor, o los precios relativos, sólo poseerían determinantes «reales», y éstos los hallaría Ricardo en las horas de trabajo incorporadas.

Por el contrario, en el área macro Ricardo defendió una relación causal mecánica, rigurosamente proporcional entre la cantidad de dinero y el nivel de precios, una «teoría cuantitativa del dinero» estrictamente proporcional. Una vez más el resumen de Peake resulta acertado:

> Desde un punto de vista teórico, Ricardo puso en entredicho a Thornton desarrollando un riguroso análisis de teoría cuantitativa, de dinero neutral, que dio lugar a su bien conocida dicotomía de la economía en los sectores de bienes y de dinero, y en la que este último sólo desempeña el papel de determinación del nivel general de los precios. Desde un punto de vista analítico, esto le exigió transformar el modelo de Thornton en otro escindido en dos... demostrando que el equilibrio del mercado real es independiente del dinero del mercado. Un tema fundamental que conecta todas las obras posteriores de Ricardo es la continua búsqueda del dinero neutral.[7]

Así, Ricardo escribe que

> El valor del dinero de cualquier país guarda alguna proporción con el valor de los artículos que hace circular... Ningún incremento o disminución en su cantidad, ya sea oro, plata o papel moneda, puede aumentar o disminuir su valor por encima o por debajo de esta proporción. Si las minas dejan de abastecer el consumo anual de metales preciosos, el dinero se volverá más valioso, y se empleará una cantidad menor como moneda corriente. La disminución de cantidad será proporcional al incremento de su valor.

El valor del papel moneda no convertible, afirmaba Ricardo, se determina de la misma manera. De ahí que, en circunstancias de restricción de los pagos en metálico,

> cualquier exceso de... billetes [de banco] depreciará el valor de la moneda corriente en proporción al exceso. Si la circulación de Inglaterra antes de la restricción hubiese sido de veinte millones... y el banco la aumentase sucesivamente a cincuenta o cien millones, la cantidad incrementada sería enteramente absorbida por la circulación inglesa, pero, en cualquier caso, se depreciaría hasta el valor de veinte millones.

Además, con una moneda no convertible, la proporcionalidad se transfiere exactamente a la determinación de los tipos de cambio. Con Wheatley, Ricardo concluía que sólo los factores monetarios determinan el tipo de cambio, y de ahí que la depreciación del tipo de cambio debe medir con precisión el alcance de la inflación monetaria y de la emisión excesiva de papel moneda. Del mismo modo, el aumento del precio del metal y de los precios de los artículos

---

mente real. Fue precisamente el análisis de trueque de los *Principles* de Ricardo, observa Salerno, lo que «serviría de base para la teoría clásica de la balanza de pagos». *Ibid*., p. 449.

[7] Peake, *op. cit*. nota 1, p. 203.

reflejarán, en la misma proporción, el mismo exceso de emisión y la depreciación.

La entrada de Ricardo en la escena monetaria le colocó en la primera fila de los adalides del bullionismo, no porque tuviese que decir algo original, sino en razón de su conocimiento empírico del dinero, su familiaridad con la literatura y su voluntad de refutar en detalle los argumentos de los numerosos personajes distinguidos de las clases anti-bullionistas de la élite gobernante. Así, durante el revuelo causado por el *Bullion Report* (véase más adelante), Charles Bosanquet (1769-1850), un comerciante londinense gobernador de la Compañía de los Mares del Sur e hijo de un antiguo gobernador del Banco de Inglaterra, escribió un panfleto que atacó el *Report* burlándose de él desde la perspectiva del «hombre práctico» que se mofa de los teóricos disparatados e irrelevantes (sus *Practical Observations on the Report of the Bullion Committee*, dos ediciones en 1810). El panfleto de Bosanquet hizo que el año siguiente apareciese la famosa *Reply to Mr. Bosanquet's Practical Observations* (1811) de Ricardo. El panfleto de Ricardo era una defensa brillante y eficaz en la que reunía una impresionante colección de datos empíricos en el curso de una altiva defensa de la teoría pura (y mecanicista) frente a la estupidez de los que se autoproclaman «hombres prácticos». La *Reply* resultó especialmente eficaz, pues Ricardo pudo medirse con Bosanquet en conocimiento realista y práctico, estratagema que llevaría a mucha gente a pasar por alto la estridente falta de realismo de su aparato teórico.

Jacob Hollander dio cuenta de un modo correcto de la influencia de Ricardo en la defensa del bullionismo, no tanto como consecuencia de alguna contribución original

> cuanto porque, no satisfecho con reformular una teoría positiva, fue repasando y echando por tierra uno a uno, unas veces por completo y siempre de forma convincente, todos los argumentos de la crítica escrita o de la opinión común... De este modo se restauró una teoría de noble origen, siendo defendida de los ataques doctrinales, justificada con los acontecimientos contemporáneos, reanimada con un oportunismo apremiante y puesta a salvo de la crítica actual. Despejado el terreno, se instaló un nuevo modelo, y un defensor alerta y con recursos se adueñó del campo.[8]

Sin embargo, en fecha tan temprana ya empezaba el campeón del dinero metálico a ceder, y, si no a abandonar, por lo menos a vacilar en la defensa de la causa. En efecto, en su respuesta a la reseña que Malthus hiciese de *High Price* en la *Edinburgh Review*, reimpreso como apéndice a la cuarta edición, Ricardo avanzó un plan para acabar con la restricción que abandonaba el núcleo del patrón oro. Proponía en concreto que la libra esterlina fuese resca-

[8] Jacob H. Hollander, «The Development of the Theory of Money from Adam Smith to David Ricardo», *Quarterly Journal of Economics*, 25 (Mayo 1911), p. 470.

table en oro en pasta y no en moneda. Mas un patrón oro no amonedado supone que el común de los mortales no puede rescatar el papel moneda en un medio de pago mercancía, y que la convertibilidad en oro queda restringida a un puñado de ricos financieros internacionales. La deserción de Ricardo del patrón de moneda de oro vino motivada, en primer lugar, por el deseo smithiano de «economizar» el metal oro, y, de un modo más destacado, por un temor a la deflación que era claramente incoherente con su rechazo de todos los efectos de las variaciones en la oferta de dinero que no tuviesen que ver con el nivel de precios. En esta fobia a la deflación, y en esta incoherencia, Ricardo seguía a su mentor en el bullionismo mecanicista, John Wheatley.

Aparte de Francis Horner, otra persona inspirada por el relanzamiento de la controversia bullionista llevado a cabo por Ricardo fue Robert Mushet (1782-1818). Escocés de Edimburgo, el joven Mushet entró al servicio de la Real Casa de la Moneda en 1804, y, en el momento en que se iniciara la nueva controversia, ya había ascendido al cargo de secretario primero del director de dicha Casa. Su *An Enquiry into the Effects Produced on the National Currency and Rates of Exchange, by the Bank Restriction Bill* vio la luz a principios de 1810, antes de la constitución del *Bullion Committee*, y de ella se hicieron tres ediciones consecutivas. Mushet pudo añadir su experiencia en la Real Casa de la Moneda al núcleo duro de la causa bullionista.

6.2 Revuelo en torno al *Bullion Report*

Aunque Francis Horner, que formó parte del famoso *Bullion Committee*, del que fue presidente, era whig, la propia comisión apenas se enfrentó al gobierno tory. Por el contrario, entre los veintidós miembros de la comisión había siete whigs, siete torys declarados, entre los que se encontraba incluso el primer ministro y canciller del Exheqwer Spencer Perceval,[9] y ocho independientes afectos a la administración tory, entre ellos, Thornton y el miembro de la conocida familia de banqueros Alexander Baring. En cuanto a los coautores del *Report* en el momento del nombramiento de la comisión, Thornton era aún considerado quizás como el principal defensor de la restricción bancaria, y William Huskisson (1770-1830) era un destacado parlamentario tory del ala del partido próxima a Canning, que, durante varios años y hasta 1809, había

[9] Spencer Perceval (1762-1812), hijo del conde Egmont, obtuvo el grado de *Master of Arts* por el Trinity College de Cambridge en 1781, convirtiéndose entonces en jurista y consejero del rey. Parlamentario desde 1796, Perceval fue un ardiente partidario de la guerra y defensor de las medidas de represalia contra los disidentes de la misma. Tras ser nombrado adjunto del fiscal general y luego fiscal general, y como destacado seguidor de Pitt, llegó a ser en 1807 canciller del Exheqwer, cargo al que añadiría en 1809 el de primer ministro. Fue asesinado en 1812.

formado parte del gobierno tory.[10] El miembro tipo de la comisión puede perfilarse como un tory reflexivo, un defensor de la restricción ahora inquieto por la galopante inflación y depreciación de la libra. Aunque David Ricardo conocía a Thornton —ambos habían sido cofundadores en 1805 de la London Institution y de su biblioteca—, su único amigo íntimo en el *Bullion Committee* era otro de los fundadores de dicha institución, Richard Sharp (1759-1835), whig y comerciante de Las Antillas.[11] El único miembro de la comisión que compartía la hostilidad bullionista de Ricardo hacia el Banco de Inglaterra era Henry Brooke Parnell. De hecho, la presencia de Thornton en la comisión y su apoyo al Informe en el Parlamento escandalizó a los anti-bullionistas e hizo que su mujer tuviese que dar explicaciones embarazosas a sus amigos.[12] Frank W. Fetter lo expresó muy claramente cuando escribió que

> La posición de Thornton y Huskisson en el *Bullion Committee* y en la ulterior defensa de su Informe fue recibida con pena más que con apoyo partidista. Era la consecuencia de su inquietud cada vez mayor en relación a la apatía del Gobierno y del Banco respecto a la situación de las divisas y del mercado del metal en pasta, y en relación al apoyo concedido por los portavoces del Banco y del Gobierno a la doctrina de las «letras reales» y a su versión más extrema, esto es, que sólo en la medida en que los préstamos bancarios se hiciesen sobre activos

[10] Aunque Huskisson fue un tory destacado y respetado, jamás dejó de ser un liberal clásico partidario del librecambio. Destinado a la embajada británica en París gracias a un tío-abuelo suyo, médico de renombre, el joven Huskisson convivió con los principales liberales franceses, y conoció a Franklin y Jefferson. Tras la caída de la Bastilla, de la que fue testigo, entró a formar parte del Club de 1789 (un grupo de liberales clásicos monárquico-constitucionalistas). En 1790, a los 20 años de edad, leyó ante el club un discurso sobre el dinero que fue muy aplaudido y que más tarde editaría.

Huskisson llegó a ser amigo íntimo y secretario personal del embajador británico, Lord Gower, con quien regresaría a Inglaterra en 1792. Tres años después, en 1795, obtuvo el puesto clave de Secretario de la administración, siendo elegido parlamentario el año siguiente. En su condición de joven seguidor de Pitt, ascendió al cargo de secretario del Tesoro, en el que permaneció de 1804 hasta 1809, y en 1808 desempeñó un importante papel en la regularización de las relaciones entre el Tesoro y el Banco de Inglaterra.

[11] Sharp, un gran conversador conocido como «Conversación Sharp» e hijo de un funcionario inglés nacido en Terranova, llegó a ser un destacado comerciante de Las Antillas en Londres, así como presidente de la empresa industrial Richard Sharp & Co. Este rico hombre de negocios se convirtió en un prominente whig consagrado a la reforma parlamentaria y otras de carácter liberal. Fue miembro de muchos importantes clubes de Londres, y amigo de John Adams, Ricardo y James Mill. Durante mucho tiempo deseó escribir una historia sobre la consecución de la independencia americana. Fue también un poeta muy interesado por la literatura, amigo de Byron, Coleridge y Wordsworth. Desempeñó intermitentemente sus funciones como parlamentario entre 1806 y 1827.

[12] Una década después, durante un debate parlamentario sobre política monetaria, Huskisson mencionaría la «desgracia» que tuvo en 1810 «de diferir de algunos miembros distinguidos de esta Cámara con quienes mantenía vínculos personales, y con cuyas ideas políticas había estado generalmente de acuerdo». Véase Frank W. Fetter, «The Politics of the Bullion Report», *Economica*, n.s. 26 (Mayo 1959), pp. 106-7.

> comerciales garantizados, la cantidad de los préstamos no afectaría a los precios o a las divisas.[13]

Lo más importante es que el Informe no fue ni tipo King ni ricardiano, sino muy próximo al bullionismo moderado de Thornton-Horner. En dos palabras, su apoyo al bullionismo fue más empírico que teórico, concluyendo con reluctancia, pero con firmeza, que los hechos mostraban que la restricción y la inflación monetaria bancarias habían jugado un papel importante en la actual inflación y depreciación de la libra esterlina. El propio Thornton sólo apoyó la solicitud de reanudación del pago en metálico de la comisión como señal de protesta ante el hecho de la negativa del banco y del gobierno a ser criticados y a consentir en una restricción de nueva emisión de moneda. En cuanto a Ricardo, sólo se convertiría en el principal adalid de la comisión una vez que las conclusiones políticas del Informe apoyaron su exigencia de una reanudación del pago en metálico.[14] De hecho, Malthus elogió a la comisión en su defensa del Informe por adoptar su propia postura moderada en vez del «error» ricardiano de sostener una sola explicación monetaria de la depreciación.[15]

El Informe fue aprobado en sesión plenaria de la comisión por 13 votos frente a 6, y fue presentado al Parlamento el 8 de junio de 1810.[16] Aunque el Primer Ministro Perceval fue uno de los seis que votaron «no» —junto con su contador general y subgobernador del banco—, en principio no había ningún indicio de gran hostilidad por parte de la administración. Más aún, en un primer momento tras su publicación, la prensa tory hizo comentarios favorables al Informe. No obstante, a los pocos meses la administración cambió de

[13] *Ibid*., p. 106.

[14] Como lo expresara Frank W. Fetter, «Sólo después de que el *Bullion Committee* emitiera un Informe... que se apartaba sustancialmente de las ideas Ricardo en su análisis de las causas de la depreciación, pero que coincidía en parte con sus críticas al Banco de Inglaterra y con su idea de que, a pesar de la guerra, debía acabarse con la Restricción, [sólo entonces] Ricardo se convirtió en el campeón de las doctrinas del *Bullion Report*. Las conclusiones prácticas de éste eran muy cercanas a las suyas, así que se convirtió, como panfletista y propagandista, en defensor de las mismas, alcanzando en ello una elevada reputación.» Frank W.Fetter, «The Bullion Report Reexamined» (1942), en T.S. Ashton y R.S. Sayers (eds.), *Papers in English Monetary History* (Oxford: The Clarendon Press, 1953), p. 67.

[15] *Ibid*., p.67.

[16] En este punto deberíamos subrayar el coraje de Pascoe Grenfell (1761-1838), un comerciante y empresario de minas whig que votó a favor del Informe a pesar de ser un importante accionista del Banco de Inglaterra, lo mismo que la cobardía de Alexander Baring, que, si bien habló a favor de las doctrinas del Informe, votó en contra por su renuencia a regresar al patrón oro durante la guerra. Grenfell procedía de Cornualles, hijo de un destacado hombre de negocios de Londres y comerciante a gran escala del estaño y el cobre. Grenfell se unió a la empresa de su padre y después se convirtió en socio gestor principal de algunas firmas vinculadas con William Thomas, el mayor fabricante de Cornualles y Anglesey. Fue parlamentario de 1802 a 1826.

rumbo. Hay pruebas que indican que, a finales de agosto o principios de septiembre, el gobierno y el Banco de Inglaterra tomaron la decisión de ordenar que se lanzase un ataque feroz al Informe. En el Parlamento el combate a favor del gobierno lo encabezó Nicholas Vansittart (1766-1851), secretario del Tesoro en diversas ocasiones y luego ministro de Hacienda[17]. En el debate de 1809 sobre la reanudación del pago en metálico, Vansittart había labrado el argumento patriótico, si bien irrelevante y absurdo, de que los «recursos nacionales» del país bastaban para respaldar al dinero, así que no había necesidad alguna de oro. En el debate sobre el Informe, Vansittart expuso una serie de falsos argumentos anti-bullionistas: primero, que la reanudación inmediata era, como siempre, poco prudente; segundo, que la restricción no tenía nada en absoluto que ver con la depreciación de la libra; y tercero, que a los billetes del Banco de Inglaterra se les tenía en tanta estima como a la moneda de oro, afirmación tan absurda y tan alejada de los hechos que incluso George Canning, líder de una facción tory fuera del poder, le puso en ridículo.

Cuatro colaboradores y oscuros consejeros organizaron y orquestaron la campaña contra el Informe para Perceval y Vansittart. Uno fue John Charles Herries (1778-1855), hijo de un comerciante de Londres y largo tiempo funcionario de Hacienda, en estos momentos secretario privado del ministro de Hacienda además de antiguo y futuro consejero financiero principal de los líderes torys. Otro, Henry Beeke, profesor de historia moderna en Oxford, amigo de Vansittart y destacado consejero de políticos torys. Sobre su colega Jasper Atkinson (1761-1844), una persona particularmente misteriosa aunque influyente, poco se conoce excepto que durante veinticinco años fue consejero oficial del gobierno y del banco, y que escribió trece panfletos entre 1802 y finales de la década de 1820 en apoyo de la política gubernamental y del banco. Parece ser que fue banquero regional y que desempeñó actividades comerciales con Holanda. Por supuesto, escribió un panfleto contra el Informe. Atkinson lo redactó a instancias de Herries, siendo asistido en ello por su viejo amigo y consejero Henry Beeke.

Más curioso, si cabe, fue el destacado papel que jugara un refugiado ginebrino, Sir Francis D'Ivernois, amigo de Vansittart y antiguo agente secreto del gobierno británico en Europa, aparte de consejero confidencial del mismo en las relaciones con Francia. D'Ivernois fue el primero que puso las espadas en alto contra el Informe sacando a colación en el debate la acusación palmaria-

[17] Vansittart, hijo de Henry Vansittart, gobernador de Bengala, recibió el grado de *Bachellor of Arts* por el Christ Church de Oxford en 1781, y el de *Master of Arts* cuatro años después. Vansittart trabajó como jurista y panfletista habitual entregado a las políticas a favor de la guerra y la restricción de William Pitt. Parlamentario a partir de 1796, llegó a ser co-secretario del Tesoro, ministro para Irlanda y, de nuevo, secretario del Tesoro en varios gobiernos tory. Vansittart había liderado el debate de 1809 para la ampliación de la restricción. Ascendió a ministro de Hacienda en 1812 y permaneció en ese puesto durante diez años.

mente falsa de que el Informe había auxiliado y reconfortado al enemigo napoleónico, que había estimulado a Napoleón a la hora de reforzar sus medidas de embargo contra Gran Bretaña, y que había envalentonado a los EE UU para volverse peligrosamente contra Inglaterra. En el Parlamento, quienes echaron esta efectiva aunque mendaz cortina de humo fueron Vansittart y un líder de la élite de poder anglo-irlandesa, Robert Stewart, Vizconde Castlereagh y marqués de Londonderry (1769-1822).

En realidad, el principal argumento parlamentario de los críticos del Informe fue que la restricción era vital para proseguir con los esfuerzos bélicos contra Francia. El Primer Ministro Perceval arremetió con que la aceptación del Informe «equivaldría a declarar que no proseguirían con aquellos afanes que hasta entonces habían considerado indispensables para la seguridad del país...». Si el Parlamento adoptase el Informe y sus medidas, despotricó Perceval, «quedaría desacreditado para siempre por convertirse en instrumento voluntario de la ruina de su país». El Vizconde Castlereagh, el secretario de exteriores y de la guerra, miembro de las altas instancias torys, Robert Banks Jenkinson, conde de Liverpool (1770-1828), y el tesorero de la Marina y antiguo secretario del Tesoro, George Rose (1744-1818), que también intervino en la controversia con dos panfletos, todos ellos introdujeron variaciones sobre esta necesidad bélica, argumento que era una especie de puñalada por la espalda. Rose era el miembro más elevado en el seno de las altas esferas torys, amigo del rey Jorge III, enfrentado a la reforma parlamentaria, defensor acérrimo de la guerra, partidario de las leyes sobre cereales y contrario a la abolición de las leyes sobre la esclavitud.

A finales de 1810 y principios de 1811 se publicaron muchos panfletos contra el Informe, buena parte de los cuales, tanto firmados como anónimos, fue el resultado de la campaña entre bastidores del entorno del gobierno y del banco. Aparte del panfleto de Atkinson, Herries intervino con un opúsculo anónimo, *A Review of the Controversy Respecting the High Price of Bullion, and the State of our Currency*. Otro producto de esta campaña fueron las *Practical Observations* de Charles Bosanquet, refutadas por Ricardo. Especialmente importante dentro de esta iniciativa fue el discurso de un destacado abogado, Randle Jackson (1757-1837), que pretendía expresar los puntos de vista de un accionista bancario.[18] En realidad, parece ser que Jackson fue contratado por el banco para que expusiese subrepticiamente sus argumentos contra el Informe. Jackson formuló las críticas del gobierno en relación con el estado de la situación: que el Informe había dañado grandemente el crédito comercial, que la comisión estaba dominada por opositores crónicos al gobierno, y que no

[18] Jackson, que obtuvo el grado de *Master of Arts* por el Exeter College de Oxford en 1793, fue un destacado consejero parlamentario, además de consejero parlamentario de la Compañía de la India Oriental y de la Corporación Municipal de Londres.

era posible que los billetes de banco fueran nunca excesivos o que tuvieran precios sobre la par porque sólo se emitieron a cambio de «valor recibido», cosa que, aun siendo cierta, nada demostraba.

En realidad, los principales argumentos económicos del portavoz del banco ante el *Bullion Committee*, esgrimidos en los debates parlamentarios por hombres como el gobernador John Whitmore y el subgobernador John Pearse, eran una versión extrema, casi absurda, de la doctrina de las letras reales: propiamente hablando, que si los préstamos bancarios se concediesen en «letras» a corto plazo «de valor real, que representen operaciones reales», entonces la emisión de billetes bancarios jamás puede resultar excesiva ni producir ningún efecto inflacionista o de depreciación en la libra. Walter Bagehot calificaría más tarde estos argumentos de «casi clásicos en su falta de sentido».

Quizá el colmo de este sinsentido fue el panfleto del comisario fiscal tory, Francis Perceval Eliot (ca. 1756-1818), quien llegó a defender que el problema del argumento de Huskisson era que consideraba la guinea de oro como patrón de valor, cuando en realidad lo es la libra esterlina. Según Eliot, la libra, justamente por ser dinero fiduciario, es la moneda de cuenta ideal *porque*, por definición, es «invariable» en valor. Por otra parte, decía Eliot, el oro y la plata, al estar hechos de una mercancía sustancial, deben ser variables en valor.

Entre tanto, en la literatura de panfletos y en el Parlamento despuntó otro tipo distinto de crítica al Informe. El excéntrico Sir John Sinclair (1754-1835), primer presidente de la junta de agricultura, había nacido en el seno de una noble familia escocesa y se educó en las universidades de Edimburgo y Glasgow, graduándose por el Trinity College de Oxford en 1775. Parlamentario de 1780 a 1811, Sinclair fue un hombre de gran energía y entusiasmo, al igual que escritor prolífico en aquellas causas que hizo suyas. A lo largo de su vida publicó no menos de 367 opúsculos y panfletos. Defensor de la reforma parlamentaria, abogó en favor de la paz y escribió diversos panfletos atacando la política bélica de Pitt y reclamando la paz con los enemigos de Inglaterra. Durante la guerra revolucionaria americana llegó incluso a publicar un folleto exigiendo la entrega de Gibraltar a España. El principal interés de Sinclair era la agricultura, actividad que había aprendido administrando sus posesiones escocesas. No sólo fue el primer presidente de la junta de agricultura, también fundó la Sociedad Inglesa de la Lana.

Asimismo, Sinclair se enfrascó en cuestiones estadísticas, monetarias y fiscales. Recopilador infatigable de estadísticas, él fue, de hecho, el introductor de las palabras «estadística» y «estadístico» en el lenguaje británico, y a lo largo de la década de 1790 reunió y publicó en 21 volúmenes un *Statistical Account of Scotland*. De mayor relevancia para lo que nos ocupa es la publicación entre 1785 y 1790 de su *History of the Public Revenues of the British Empire*. En esta obra, Sinclair había desplegado un decidido y entusiasta fervor por la inflación monetaria y el gasto de gobierno. Tan pronto como se emitió el

Informe, Sinclair escribió al Primer Ministro Perceval solicitando ayuda para reimprimir su obra como parte de la tarea de rebatir al *Bullion Committee*. «Vd. ya conoce mi opinión en relación con la importancia de la circulación del papel moneda —escribía—, que constituye efectivamente el fundamento de nuestra prosperidad.» De hecho, las *Observations on the Report of the Bullion Committee* de Sinclair, publicadas en septiembre de 1810, fue el primer panfleto de ataque al Informe.

Una tormenta de panfletos se desencadenó sobre el Informe con la esperanza de influir en las decisiones parlamentarias y en las corrientes de opinión pública. David Ricardo se bastaba a sí mismo; en el mes de septiembre de 1810 Ricardo defendía solo, en la *Morning Chronicle*, las conclusiones del Informe, adoptando, por supuesto, la línea ricardiana dura, atacaba el panfleto de Sir John Sinclair y denunciaba también el discurso de Randle Jackson, que él, por ser accionista bancario, había oído pronunciar en persona. El año siguiente, Malthus escribió dos artículos de gran efecto en la *Edinburgh Review* adoptando la posición bullionista moderada de Thornton-Horner.

Especialmente eficaz en la defensa del Informe fue la facción tory Canning-Huskisson, centrada en torno a la *Quarterly Review*. La solidez tory de esta facción contribuyó a salvaguardar al *Bullion Committee* de las acusaciones de partidismo whig. El panfleto que más circuló y uno de los más influyentes que salieron en defensa del Informe lo escribió uno de sus eminentes coautores, William Huskisson. Su *The Question Concerning the Depreciation of our Currency Stated and Examined* se publicó a finales de octubre de 1810 y del mismo se hicieron, en rápida sucesión, no menos de ocho ediciones —la novena apareció en 1819. La *Quarterly Review* sostuvo una campaña coordinada en defensa del Informe, con colaboraciones del destacado tory George Ellis (1753-1815),[19] Huskisson e incluso del mismísimo gran George Canning. No deja de ser llamativo que William Huskisson aportara algunos pasajes a la elogiosa reseña que Ellis hiciese del propio panfleto de Huskisson en la *Quarterly Review*.

En términos generales, a ambos lados de la gran controversia sobre el metal en pasta se publicaron en un breve lapso de tiempo cerca de 90 panfletos. El punto álgido llegó en mayo de 1811, cuando el Parlamento afrontó el debate del Informe. Tras cuatro días de debate, todas las mociones de Francis Horner que incorporaban lo esencial del Informe sufrieron una clamorosa derrota. Las mociones más importantes fueron la primera y la última. La primera daba una

[19] George Ellis, cuyo padre era miembro de la Casa de Juntas de San Jorge en Las Antillas, había sido parlamentario por un breve periodo de tiempo en la década de 1790, aunque fue más poeta, historiador y *littérateur*. Poeta de ingenio, que editó y publicó una antología de poesía, y autor de una historia de la Revolución holandesa a mediados de la década de 1780, George Ellis había sido diplomático, convirtiéndose después en asiduo colaborador de la *Anti-Jacobin Review*. Fue amigo íntimo de George Canning y del escritor tory escocés Sir Walter Scott.

idea de la responsabilidad que el banco tenía en el exceso de emisión, en la inflación de precios y en la depreciación de la libra; esta moción fue derrotada por 151 votos frente a 75. La última, que apoyaba el regreso al patrón oro en dos años, se desechó por un margen más amplio, 180 votos frente a 45. Hecho que Nicholas Vansittart se encargaría entonces de recordar reiteradamente en nombre del gobierno, consiguiendo que el Parlamento aprobase mociones que defendían el punto de vista de aquél y del banco en la controversia. La más peculiar era la tercera, que replanteaba el «sinsentido clásico» en una declaración casi tan necia como la orden que diera el rey Canuto a las mareas o la redefinición que de *pi* pudiese hacer la asamblea legislativa de un estado. El Parlamento declaró que «la sociedad ha estimado y sigue estimando en este momento los pagarés de dicha Compañía [el Banco de Inglaterra] como equivalentes a la moneda de curso legal del reino y, como tales, son generalmente aceptados en todas las operaciones pecuniarias...».

Aunque la inflación y la depreciación se aceleraban, la controversia monetaria se extinguió durante el tiempo que duraron las guerras napoleónicas. Desesperado, y probablemente para poner de manifiesto lo absurdo de las razones de Vansittart, el gran Peter King decidió en estos momentos actuar directa y personalmente en protesta contra la depreciada libra de papel. Aunque la libra no era oficialmente moneda de curso legal, como tal era tratada indistintamente por el gobierno y el público. Con el objetivo de dramatizar la verdadera situación, Lord King declaró en 1811 que a partir de entonces sólo aceptaría de sus arrendatarios rentas en moneda de oro o en billetes de banco según su descuento de mercado; en una palabra, exigiría el equivalente oro en libras. La heroica acción de King obligó al gobierno a imponer una moneda de curso legal en el pago de la renta, con una paridad oficial de 21 chelines por guinea. El Parlamento completó el golpe el año siguiente extendiendo la coacción de la moneda de curso legal a todo tipo de pagos.

6.3 Deflación y vuelta al oro

No hace falta decir que, al concluir definitivamente la guerra en 1815, los mismos políticos de la élite de poder que habían hecho de la guerra su gran excusa para proseguir con la restricción, fueron renuentes a la vuelta al patrón oro. Y, sin embargo, la situación era propicia. En una tendencia que marcaría la pauta durante más de un siglo, a la expansión del crédito inflacionario del periodo bélico le siguió rápidamente otro de posguerra marcado por la deflación del dinero, de los créditos y de los precios. La inflación del tiempo de guerra fue seguida de una recesión deflacionaria de posguerra. No existe prueba alguna de que el Banco de Inglaterra redujera deliberadamente la oferta de dinero a fin de allanar el camino a la vuelta al oro según la paridad de

preguerra. Sencillamente se trataba del inicio del proceso clásico de la reserva parcial bancaria impulsada por un banco central: la creación de periodos de expansión y recesión profunda. El total del crédito del Banco de Inglaterra cayó de 44.9 millones de libras el 31 de agosto de 1815 a 34.4 millones el año siguiente, una disminución del 24 por ciento. En el mismo intervalo, los depósitos bancarios se redujeron en cerca de un 15 por ciento, mientras que los billetes lo hicieron en un 11 por ciento.

La contracción bancaria tuvo un poderoso «efecto-palanca» en los bancos regionales; muchos de ellos quebraron entre 1814 y 1816, y la circulación de sus billetes disminuyó de 22.7 millones en 1814 a 19.0 millones en 1815, y a 15.1 millones en 1816. En suma, los billetes bancarios regionales disminuyeron considerablemente en aproximadamente un 33.5 por ciento en el intervalo de dos años, y en un 20.5 por ciento entre 1815 y 1816. Ahora podemos estimar de modo aproximado la contracción total de la oferta de dinero entre agosto de 1815 y agosto de 1816. El total de la oferta de dinero (billetes de banco + depósitos bancarios + billetes de bancos regionales) en 1815 ascendía a cerca de 60.7 millones de libras; descendió a 50.4 millones el siguiente año, una caída del 17 por ciento en un año.

La contracción monetaria, unida a las expectativas públicas generales de un retorno al oro, hizo caer la prima de mercado al oro sobre la par aproximadamente hasta el precio de paridad. La inflación monetaria había elevado el precio de mercado del oro hasta 5.13 libras a finales de 1813, que era el 145 por ciento de la vieja paridad oficial anterior a la restricción de 3 libras 17 chelines y 10½ peniques. Tras la retirada de Napoleón a Elba, el precio del oro cayó a 4 libras 5 chelines 0 peniques, una prima de sólo el 8 por ciento; entonces, con el regreso de Napoleón a Francia, el precio de oro de la libra se disparó hasta casi su máximo de 1813. Después de Waterloo, el precio del oro volvió a bajar de modo acusado y constante, alcanzando las 3 libras 18 chelines 6 peniques en octubre de 1816, una prima de menos del 1 por ciento. De igual forma, el precio de mercado de la plata descendió de una prima máxima del 38 por ciento en 1813 a otra de poco más del 2 por ciento en el primer año de posguerra, 1816. La deflación de precios acompañó a la contracción monetaria, y los precios británicos descendieron (tomando como 100 el año 1790) de un máximo de 198 en 1814 a 135 en 1816.

Las condiciones eran ahora perfectas para volver al oro, y la reanudación se podría haber conseguido sin mayores problemas de transición. Sin embargo, la élite de poder británica vaciló, y su único paso constructivo fue el abandono que el Parlamento hizo del patrón bimetálico oficial, cuya única consecuencia había sido un patrón oro *de facto* en el siglo XVIII, y la adopción de un patrón oro oficial. A partir de entonces, la plata sólo sería una moneda fraccionaria. Pero, aparte de estipular que cuando Gran Bretaña *regresase* a un patrón metálico lo haría al oro, nada más se hizo.

El problema era el deseo difundido entre los grupos de poder de reanudar el crédito barato y la inflación, así como una fobia generalizada a la deflación que vició el análisis y las conclusiones políticas incluso de los más influyentes defensores del retorno a los pagos en oro. La mayor parte de los anti-bullionistas desplegaron su hipocresía y miseria intelectual dando la vuelta a su supuesta posición analítica. En síntesis, quienes durante el tiempo de la inflación negaron rotundamente que la emisión excesiva de billetes de banco tuviera algún efecto en los precios interiores o en los tipos de cambio, ahora invirtieron su rumbo y culparon de la bajada de precios y de la depresión de posguerra directamente a la contracción de la oferta de dinero y a la eventual reanudación de los pagos en metálico. Así, pues, lo que ellos deseaban era dinero fácil e inflación, y, para lograr su objetivo, estaban dispuestos a hacer uso de cualquier argumento que tuviesen a mano, por muy inconsistente que fuese. Lo que no estaban dispuestos a reconocer era que cualquier periodo de explosión de la inflación, en particular el que acompaña a una guerra prolongada e importante, se desbarataría al final de la misma en una depresión y deflación. Buena parte de la deflación era producto de la depresión y de las quiebras de posguerra, ya que la deflación inicial de posguerra tuvo lugar unos años antes del regreso al oro o incluso de la aprobación de la *Resumption Act* (ley de reducción de la circulación fiduciaria). La depresión de posguerra fue el modo en que el mercado reajustó la economía tras las enormes distorsiones de la producción y la inversión producidas por las descompensadas demandas del periodo bélico y el auge del crédito inflacionario. En definitiva, la depresión de posguerra era el proceso doloroso pero necesario de liquidación de las distorsiones producidas por la inflación de guerra y de retorno a una saludable economía de paz que sirviera con eficiencia a los consumidores.

Otra causa de la deflación fue el progreso industrial y económico. La finalización de la guerra dejó libre a Inglaterra para abrir uno de los periodos de mayor crecimiento económico de su historia. La Revolución Industrial pudo por fin desarrollarse en libertad y elevar el nivel de vida de los ingleses —algo que no pudo hacer cuando la maquinaria industrial se desvió hacia el improductivo despilfarro bélico. Como consecuencia del gran aumento de la producción, los precios siguieron bajando en Gran Bretaña a lo largo de toda la década de 1820, mucho tiempo después de que pudiese echarse convincentemente la culpa de esta disminución del coste de la vida, de esta «deflación», a la vuelta al oro de 1821.

A partir de 1816, la histeria anti-deflación y el deseo de seguir inflando retrasaron el retorno al oro durante cinco años. Cuando se vio claro que no habría una reanudación inmediata, la libra empezó a depreciarse de nuevo, subiendo el precio de la plata en pasta de un 2 por ciento sobre la par en 1816 a una prima del 12 por ciento en 1818. De igual forma, el tipo de cambio en Hamburgo subió de la par a un 5 por ciento sobre la par. Asimismo, los pre-

cios nacionales subieron de 135 en 1816 a 150 dos años después. El debilitamiento de la libra producido por las expectativas frustradas de una reanudación inmediata fue agravado por una expansión de los préstamos bancarios y la emisión de billetes.

Con ocasión de la renovación de la restricción para un nuevo periodo en la primavera de 1816, el ministro de Hacienda Vansittart defendió una renovación por dos años a fin de que los negocios pudiesen obtener el crédito barato que necesitaban. Vansittart pudo vencer con facilidad la moción de Francis Horner en favor de la reanudación del pago en metálico en dos años. Durante el periodo bélico, el sector agrícola, como es habitual, se había sobre-expandido y endeudado notablemente, y, después, cuando la burbuja estalló, se quejó más de la cuenta y recurrió al gobierno para inflar y aumentar el gasto en beneficio suyo. Reflejando la simpatía tory por los intereses de los grandes terratenientes aristocráticos, la *Quarterly Review* cambió de rumbo, de apoyar el *Bullion Report* a denunciar amargamente la deflación.

El inflacionismo más extremo adoptó ahora la forma de dos hermanos banqueros de Birmingham, Thomas (1783-1856) y Matthias Attwood (1779-1851), portavoces también de la industria del hierro y del metal de dicha ciudad. Como principal centro de fabricación de armamento, Birmingham había sido la mayor beneficiaria de la guerra. Como hemos visto, Thomas Robert Malthus solicitó durante unos pocos años al gobierno que incrementase los déficit para remediar los supuestos males del subconsumismo, pero abandonó esta línea de pensamiento tan pronto como desapareció la depresión agrícola y económica. Sin embargo, los Attwood harían de la inflación y de un papel moneda fiduciario permanente una auténtica cruzada. Por ejemplo, nada podía ser más descarnadamente contrario a la crucial ley de los mercados de Say que la afirmación sin rebozo que hizo Thomas Attwood en una carta abierta a Vansittart en 1817, según la cual «El principal propósito de esta carta es mostrar que la emisión de dinero abrirá mercados, y que la extensión de todos los mercados depende principalmente de la abundancia o escasez de dinero...».

Junto con el dinero fiduciario y la inflación monetaria, los Attwood y sus colegas de la norteña ciudad industrial de Liverpool fueron capaces de persuadir al gobierno para que se embarcase en un programa de déficit, ayudas y obras públicas a gran escala para tratar de generar un nuevo periodo de expansión inflacionista. James Mill advirtió a Ricardo en otoño de 1816 de que se estaban tramando «algunos planes financieros villanos», y, efectivamente, el gobierno propuso una emisión deficitaria de títulos para financiar las obras públicas, y prestó tres cuartos de millón de libras a lo largo de 1817. Según el exaltado e imprevisible periodista radical del dinero metálico, William Cobbett, el temporal resurgimiento de la inflación y la prosperidad de 1818 se debía a que Matthias Attwood había empujado a Vansittart a «derramar fardos de papel moneda...» a través de préstamos del Banco de Inglaterra al gobierno.

No hay duda de que fue el debilitamiento de la libra en 1817-18 lo que inclinó la balanza y lo que llevó al Parlamento a aprobar la ley de reanudación de los pagos en oro en mayo de 1819. Se suponía que la vuelta a la moneda de oro comenzaría al cabo de cuatro años, pero los pagos en moneda de oro se presentaron el señalado 8 de mayo de 1821. A pesar de que el patrón de moneda de oro consiguiente fue durante un siglo la piedra angular del crecimiento económico y de la prosperidad de Gran Bretaña, la encendida oposición, la confusión y las vacilaciones del gobierno hicieron que la consecución de los efectos esperados pareciera casi un milagro. El banco se opuso a la reanudación incluso en el mismo momento de la aprobación de la ley en 1819, y lo que abrió las puertas a la ley de reanudación fueron las frías relaciones temporales por las que atravesaron entonces el gobierno y el banco. Con todo, a pesar del esfuerzo desplegado por hombres como Alexander Baring (1774-1848), los Attwood y los intereses de las manufacturas de Birmingham, y los hacendados aristócratas para anular la reanudación, el patrón oro se mantuvo y se retomó antes incluso de lo que se había planeado.[20] Así, a mediados de 1821, el conde de Carnarvon, denunciando la ley de reanudación por bajar los precios agrícolas y exigiendo la expansión monetaria así como mayores gastos gubernamentales, ensalzó el modelo de la aristocracia hacendada frente a los cosmopolitas hombres del dinero y los financieros:

> Invitó a la Cámara a que considerase las consecuencias... de la destrucción, merced a su mediación, de la aristocracia del país —los caballeros y los propietarios agrícolas de Inglaterra, sobre cuya sola existencia podían levantarse nuestras instituciones. El interés del dinero se había constituido por los reclamos de nuestras finanzas; se podía prescindir de ellos: eran habitantes de este país o de cualquier otro; sin embargo, la estabilidad de nuestras instituciones y la seguridad del trono mismo dependían de nuestra población agrícola...

Y, sin embargo, el patrón oro se mantuvo. Y lo hizo a pesar de que, llegado el momento de resistir a la histeria anti-deflación, dos de los más influyentes defensores de la reanudación no fuesen más que dos frágiles cañas. Al final de la guerra, Ricardo volvió en sus *Proposals for an Economical and Secure Currency* (1816) a su propuesta del metal oro de 1811, cuyo retorno no tendría lugar en moneda sino en grandes lingotes o barras, lo que limitaría el patrón oro a unos pocos comerciantes ricos. El oro no sería entonces el verdadero medio de cambio del reino, sólo serviría para controlar ligeramente la tendencia del gobierno y del sistema bancario a inflar el dinero y el crédito.

[20] Alexander Baring, hijo de Sir Francis, de la gran familia de banqueros, había sido uno de los miembros del *Bullion Committee* de 1810 que votó contra el Informe. Preparado desde sus primeros años para trabajar en el banco de su padre, se casó con la hija de un rico federalista asociado a Robert Morris de Filadelfia, el senador norteamericano William Bingham. En 1810 se le nombró presidente del banco de su familia, y fue parlamentario durante treinta años a partir de 1806.

Con la publicación de sus *Principles of Political Economy* en 1817, David Ricardo se convirtió en el economista más celebrado de Inglaterra, y sus ideas sobre el dinero así como sobre otras cuestiones económicas tuvieron gran peso. Luego, en 1819, y a instancias de su mentor James Mill, Ricardo ingresaría en el Parlamento para luchar por sus ideas hasta el día de su muerte, acaecida en 1823. En concreto, puso su gran prestigio al servicio de la exigencia de la reanudación de los pagos en oro, aunque, de algún modo, su plan del metal no amonedado dejó paso rápidamente al patrón más consistente y completo de la moneda de oro.

El político más importante responsable de la vuelta al oro fue el destacado estadista tory Robert Peel el Joven (1788-1859), quien diera su nombre («Ley Peel») a la ley de reanudación. A mediados de la década de 1840 llegaría a ser responsable, en su calidad de primer ministro, de la revocación de las conocidas *Corn Laws*, así como del intento de introducir el principio monetario en la Ley Peel de 1840. Los logros de Peel fueron especialmente notables al ser elevados a categoría política por su padre, un distinguido político perteneciente a las altas esferas torys. Peel era el hijo mayor de Sir Robert Peel el Viejo, destacado fabricante de algodón de Lancashire, cuyo propio padre había fundado la primera fábrica de algodón-percal de Lancashire. Sir Robert fue un estatista tory inflexible, un ferviente seguidor de William Pitt, que había escrito en 1780 un panfleto alabando la *National Debt Productive of National Prosperity*. Como parlamentario, Peel el Viejo había respaldado con entusiasmo la guerra contra Francia, hizo que se aprobase la primera *Factory Act* y se había opuesto al *Bullion Report* de 1811.

Sir Robert destinó muy pronto a su primogénito al mundo de la política. El brillante joven estudió en Harrow, donde se hizo amigo y fue compañero de clase de Lord Byron, después, en 1805, ingresó en el Christ Church College de Oxford. Peel se graduó brillantemente en 1808, y su padre, que lo adoraba, le compró el año siguiente un escaño en el Parlamento. El precoz parlamentario de 21 años se convirtió en poco tiempo en vice-secretario de Guerra y Colonias, ministerio que dirigía la guerra con Francia, y en 1812 fue nombrado ministro principal para Irlanda, cargo que ocupó durante seis años. En él siguió los altos principios torys de su padre reprimiendo con fiereza a los irlandeses y tomando la iniciativa de oposición a la emancipación de los católicos de Gran Bretaña. En 1811 se unió a su padre en su enconada oposición al *Bullion Report*.

Cuando en 1819 la Cámara de los Comunes nombró una comisión para estudiar la reanudación de los pagos en metálico, el joven Robert Peel fue elegido presidente frente a otros miembros con mucha más experiencia como Huskisson, Canning y el apasionado bullionista y miembro del *Bullion Committee*, el whig George Tierney. Y, sin embargo, fue Robert Peel quien hizo que el informe fuese favorable a la reanudación, y quien pilotó en el Parlamento la correspondiente ley. De este modo dio inicio Peel a la memorable

serie de cambios que a lo largo de su vida le llevarían del estatismo tory más extremo al liberalismo clásico. En definitiva, hacia el dinero metálico, el librecambio y la emancipación de los católicos de Gran Bretaña. George Canning se sintió sobrecogido por el éxito de Peel en la cuestión del patrón oro amonedado, calificando dicha hazaña como «la mayor maravilla que nunca hubiese presenciado en el mundo político». Particularmente delicado fue el hecho de que, para tomar esta nueva orientación, el joven Peel tuviese que romper con su padre, quien no sólo se oponía a la reanudación, sino que también firmó la petición de cien «Mercaderes, Banqueros, Comerciantes y otros» de la City de Londres, advirtiendo de grandes peligros en caso de que la recomendación de la comisión se convirtiese alguna vez en ley.

Así, pues, una cuestión clave es la de cómo llegó Robert Peel a cambiar de ideas. El Profesor Rashid nos ha facilitado las cosas al sacar a la luz como probable instrumento de la conversión de Peel a su antiguo tutor en el Oriel College de Oxford, el Rev. Edward Copleston (1776-1849).[21] Éste era hijo de un párroco de Devonshire, y descendiente de una vieja y hacendada familia de Devon. Graduado por el Corpus Christi College de Oxford en 1795, Copleston fue alumno del Oriel College, obteniendo en dicho centro el grado de *Master of Arts* en 1797, y convirtiéndose en tutor del mismo y profesor de poética en Oxford. Más tarde llegó a ser decano, y para 1814 ya había ascendido a rector del Oriel College. Ejerció mucha influencia en Oxford, y fue una de las principales personas responsables de la mejora de los niveles académicos y del consiguiente ascenso que, por una vez, experimentaría Oxford. Aunque tory fiel y consejero clerical de la jefatura tory, Copleston fue un liberal moderado de la iglesia anglicana y defensor de la emancipación católica.

Ya en 1811, Copleston se había convertido en un decidido adversario de la inflación y la depreciación, criticando en particular su efecto destructor sobre los acreedores y los poseedores de rentas fijas. En 1819 decidió intervenir en el nuevo debate bullionista publicando dos panfletos dirigidos a su antiguo pupilo. La primera *Letter to the Rt. Hon. Robert Peel... on the Pernicious Effects of a Variable Standard of Value* se publicó el 19 de enero de 1819 y fue rápidamente recomendada en el estrado del Parlamento por el animoso whig y ponente de la reanudación inmediata, George Tierney. El panfleto también fue elogiado en un editorial del *Times*. La primera edición de la *Letter* se agotó inmediatamente, y en el espacio de un mes se imprimieron tres más. Copleston publicó en marzo una *Second Letter...* que desarrollaba las ideas de la primera, en particular en relación con los negativos efectos que la inflación y una libra depreciada tenían sobre los pobres. La gran tirada de la *Second Letter...* se agotó rápidamente, así que en mayo se publicó una segunda edición.

[21] Salim Rashid, «Edward Copleston. Robert Peel, and Cash Payments», *History of Political Economy*, 15 (Verano 1983), pp. 249-59.

La prueba de la influencia de Copleston sobre Peel nos la proporciona la correspondencia que el segundo mantuvo con su tutor favorito de Oxford y amigo íntimo, el Rev. Charles Lloyd. Lloyd, que en realidad era el rival anglocatólico de Copleston en Oxford, escribió a Peel recomendándole la *Letter* de Copleston al mismo tiempo que Peel se la recomendaba a él. Peel observa que el panfleto «ha causado gran impresión» en el Parlamento, citando entre sus admiradores a Canning y Huskisson. De hecho, por los comentarios de Peel, da la impresión de que el nítido replanteamiento del principio bullionista que hizo Copleston fue el primer panfleto que leyó sobre la materia.

Matthias Atwood llegó incluso a suponer que Peel y Huskisson eran seguidores de las ideas de Copleston. Y si Copleston tuvo una influencia clave, entonces el violento ataque que hizo en el panfleto a lo que Peel se refirió como la «imbecilidad» de Nicholas Vansittart bien pudiera haber desempeñado un importante papel en la disminución de la influencia de Vansittart y en la consecución de un cambio en la política gubernamental en relación con la reanudación.

Con todo, en el debate posterior a la reanudación, incluso Copleston vaciló al reivindicar en 1821 en la *Quarterly Review* que, si bien él había mantenido el principio de los pagos en metálico, sin embargo se había opuesto a una reanudación inmediata. Quejándose de las dificultades de la agricultura, echó la culpa de la reanudación inmediata a la influencia de Ricardo, ignorando la fobia de este último a la deflación. De esta manera, los dos escritores más influyentes que presionaron al Parlamento para la reanudación, Ricardo y Copleston, no estaban muy seguros del patrón oro amonedado ante la deflación. El éxito de Robert Peel aparece, por lo tanto, tanto más milagroso.

Especialmente interesante resulta la brillantez de Copleston y su posible originalidad al cuestionar a Ricardo restableciendo, quizás sin ser consciente de ello, la tradición monetaria «completamente bullionista» o «pre-austriaca» de Cantillon y Lord King. En primer lugar, Copleston atacó la afirmación mecanicista de Ricardo de que los tipos de cambio *miden* el grado de depreciación, doctrina que descansa en la noción igualmente mecanicista de que «una variación en el precio causada por un valor alterado del dinero tiene lugar en todos los artículos en común y *de una vez*». (El subrayado es de Ricardo.) Copleston replicó que precisamente porque los precios *no* se ajustan sin impedimentos, instantánea y uniformemente a la inflación, es por lo que el proceso de la inflación es tan dañino y destructivo:

> El hecho indudable es que el valor alterado del dinero no afecta a todos los precios al mismo tiempo: sino que hay periodos de tiempo prolongados durante los cuales una clase se ve obligada a comprar caro al tiempo que vende barato, y otros no tienen esperanza alguna de indemnización, o de recuperar la posición relativa que una vez ocuparon.

En suma, Copleston señaló la profunda verdad de que en un periodo de transición a un nuevo equilibrio monetario siempre hay ganancias para aquellos cuyos precios de venta suben más deprisa que sus precios de compra, y pérdidas para aquellos cuyos costes aumentan más rápido que sus precios de venta, y que reciben tardíamente el nuevo dinero. Pero, aún más, Copleston señala que algunos de estos cambios en la renta y riqueza relativas serán permanentes. En definitiva, las variaciones en la oferta de dinero nunca resultan neutras para la economía, y sus efectos jamás se ven limitados al «nivel» de precios.

Discrepando de la famosa afirmación de David Hume de que un incremento en la cantidad de dinero de un país es generador de prosperidad, Copleston mostró el empobrecimiento del campesinado español e inglés durante el siglo XVI a causa de la inflación monetaria y de precios. En una lección que conserva toda su actualidad, observó con sagacidad que «si bien la teoría pura inculca la tendencia neutral y necesaria hacia un ajuste equitativo», también «deja de plantearse las dificultades y demoras intermedias, igual que los rozamientos en un problema mecánico...».

Por otro lado, Copleston fue lo suficientemente perspicaz como para mostrar que la senda hacia el equilibrio es más rápida en los asuntos monetarios que en los reales. En los monetarios, observa,

> el nivel se encuentra *casi inmediatamente*. Otros productos requieren algún tiempo para producirlo, de modo que el afortunado poseedor de grandes cantidades puede obtener grandes beneficios antes de que pueda emerger una competencia adecuada: sin embargo, en éstos [dinero] el tiempo y el trabajo requeridos para su producción no cuentan para nada. El producto siempre se halla a flote, a la espera únicamente del impulso del beneficio que fije su dirección hacia el mejor mercado.

6.4. Se cuestiona la reserva parcial de los bancos: Gran Bretaña y EE. UU.

Gran Bretaña ya había experimentado el dolor y la penuria de lo que llegaría a ser un «ciclo económico» clásico, es decir, la multiplicación del dinero, la subida en los precios, la expansión eufórica, todos alimentados por la inflación monetaria de un sistema de reserva parcial bancaria, seguidos de una contracción monetaria, con la depresión, la caída en los precios, las quiebras, el desempleo y las dislocaciones que ello comporta. Y, detrás de este periodo de auge y depresión, guiando, organizando, centralizando y dirigiendo la expansión y contracción monetaria, estaba el poderoso banco central creado y privilegiado por el gobierno central. En una palabra, se inculcó por la fuerza al público inglés que los bancos de reserva parcial, sobre todo cuando se hallan organizados bajo un banco central, pueden crear, crean y luego destruyen dinero, deformando y empobreciendo a su paso la sociedad y la economía. No es extraño que surgiesen rápidamente críticos severos de la reserva parcial

bancaria, acusando a las operaciones de los bancos y al sistema mismo, y destacando su responsabilidad en el ciclo de expansión-depresión.

El Profesor Frank W. Fetter observa la «oleada de críticas a todos los bancos», pero describe la «invectiva» de la gente común contra los bancos en tanto que «explotadores» con cierto aire de desconcierto ante la irracionalidad de la gente. Sin embargo, es seguro que esta acusación «populista» estaba bien justificada: los bancos, efectivamente, eran privilegiados por el gobierno, se les permitía inflar, y, así, desencadenar en la sociedad un doble daño: una expansión inflacionaria que trastroca la producción y la inversión, y que anula los ahorros de quienes son frugales, seguido de una dañina depresión de contracción necesaria para corregir las distorsiones de la expansión. De todo esto se podía echar justamente la culpa al sistema de reserva parcial bancaria con un banco central privilegiado. Vistas así las cosas, las denuncias radicales contra los bancos «sin contar con la ayuda del análisis económico» parecen constituir un nivel de análisis más profundo que el que Fetter percibe. Éste describe como sigue a los adversarios de la banca:

> Se fue extendiendo cada vez más la idea de que los bancos privaban a la sociedad de dinero metálico natural y de que habían creado el papel moneda como instrumento de opresión... Hombres muy distanciados en la mayoría de las cuestiones coincidían en que alguien estaba haciendo demasiado dinero gracias al sistema de papel moneda: la crítica moderada de Ricardo, a instancias de James Mill, de los beneficios de los bancos; las censuras de oscuros autores de panfletos a los banqueros por cuanto «parecen ser infinitamente más dañinos que los acuñadores de dinero malo [es decir, falsificadores de moneda]», y tanto al Banco de Inglaterra como a los regionales por haber obtenido «beneficios injustos de la medida de restricción»; la indiscriminada acusación de Cobbett a los banqueros como clase; y las denuncias del *Black Dwarf* de Jonathan Wooler, del *Examiner* de Leigh Hunt y del *Sherwin's Political Register*, en las que, sin la ayuda del análisis económico, estas publicaciones periódicas reiteraban que el sistema de papel moneda era uno de los opresores del pueblo. En 1819, cuando el Parlamento estaba considerando la reanudación, el *Sherwin's Political Register* ofreció este consejo: «Que nuestros tiranos conviertan su famoso papel en moneda del mismo peso y pureza que aquella de la que se ha privado al pueblo...»[22]

Fetter acusa de incoherencia al articulista radical del dinero metálico William Cobbett[23] por denunciar implacablemente la restricción y la inflación

[22] Frank W. Fetter, *Development of British Monetary Orthodoxy 1797-1875* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1965), pp. 69-70.

[23] Cobbett (1762-1835) fue uno de los pocos escritores políticos proveniente de la clase baja. Nacido en el seno de una familia campesina de Surrey, trabajó de escribiente para un jurista de Londres, se alistó en el ejército alcanzando en 1791 empleo de suboficial en Nueva Escocia, y se casó con la hija de un soldado. Pasó a Francia y de ahí a los Estados Unidos, donde se hizo profesor de inglés de los refugiados franceses y traductor en Filadelfia, lugar en el que dejaría huella a mediados de la década de 1790 como un virulento tory y federalista

bancaria, y luego atacar al banco por deflacionar después de la guerra y producir mayores penurias. En realidad, no existe ninguna incoherencia real en el ataque a los bancos de reserva parcial, primero, por inflar y, después, por contraer, porque eso es precisamente lo que han hecho, así que se les puede hacer responsables de todos los males del ciclo de expansión-depresión.

A sabiendas o no, estos críticos radicales de la reserva parcial bancaria lo que hacían era restablecer y aplicar la gran tradición británica del siglo XVIII hostil a la reserva parcial bancaria y leal a la reserva del 100 por 100 (Hume, Harris, Vanderlint), una tradición que, por desgracia, se había roto por la apología que Adam Smith hiciese del papel moneda. Como hemos visto, en Francia, la tradición anti-bancaria de la reserva del 100 por 100 ya había sido restablecida por J.B. Say y Destutt de Tracy.

Entre tanto, en los Estados Unidos, circunstancias parecidas producían consecuencias similares. Estados Unidos había entrado en las guerras napoleónicas en 1812, y posteriormente experimentó la expansión bélica, los billetes de banco no convertibles y una inflación dañina equiparable. La diferencia estuvo en que Estados Unidos había logrado deshacerse de su banco central (el Primer Banco de los Estados Unidos) en 1811, así que los efectos inflacionarios se lograron por la licencia que los gobiernos federales concedieron en agosto de 1817 a los bancos privados para suspender los pagos en metálico, permitiéndoles seguir operando y multiplicando el crédito sin tener que rescatar sus billetes o depósitos. Se dejó que esta situación insufrible continuase durante dos años tras la finalización de la guerra, hasta febrero de 1817, cuando la administración Madison estableció un acuerdo inflacionario con los bancos de la nación. Dicho acuerdo estipulaba que EE UU re-fundaría un privilegiado Segundo Banco de los Estados Unidos, que incrementaría el crédito en, al menos, una cantidad acordada, a cambio de que los bancos consintiesen gentilmente en reanudar hacer frente a sus obligaciones contractuales de pagar sus deudas en metálico. Acto seguido y alimentado por el expansivo Segundo Banco, tuvo lugar un auge inflacionista, al que le seguiría el catastrófico pánico de 1819, durante el cual, el Segundo Banco se vio obligado a contraerse para salvarse.

El pánico de 1819 confirmó a Thomas Jefferson en su hostilidad a la reserva parcial bancaria, y ya hemos visto cómo él y su viejo adversario John Adams manifestaron su entusiasmo por el tratado sobre economía radicalmente favo-

---

pro-inglés así como adversario del jacobismo. A finales de los años de 1790 trabajó en Filadelfia como escritor, editor y publicador de periódicos.

Tras su regreso a Inglaterra en 1800, Cobbett inauguró en 1802 su muy influyente *Cobbett's Weekly Political Register*, con cuya publicación continuaría hasta su muerte. También dio a la luz los debates parlamentarios y una historia parlamentaria de Inglaterra en varios volúmenes. En 1804 se pasó repentinamente a una posición radical, alabando la reforma parlamentaria, denunciando el papel moneda y siendo acusado repetidamente de sedición.

rable al dinero metálico de Destutt de Tracy. Jefferson se vio impelido por el pánico a redactar un «Plan para la Reducción del Dinero Circulante», y pidió a su amigo William Cabel Rives que lo introdujese en la asamblea legislativa de Virginia sin revelar su autoría. El objetivo del plan quedaba fijado sin rodeos como «la eterna supresión del papel bancario». El método era reducir proporcionalmente el dinero circulante hasta el nivel del dinero metálico en un periodo de cinco años, hasta que el papel moneda se retirase por completo y quedase convertido enteramente en metálico. A partir de entonces, el único dinero en circulación sería el metálico.

John Adams estaba totalmente de acuerdo. En una carta a su antiguo adversario, el gran teórico libertario jeffersoniano, anti-banca y anti-arancel, John Taylor de Carolina, Adams achacaba a los bancos la depresión de 1819-20. Calificaba de «robo» a toda emisión de papel moneda por encima del numerario del banco, posición que ya había elaborado años atrás: «Cada dólar de banco que se emite más allá de la cantidad de oro y plata que hay en las cámaras acorazadas no representa nada, y, por lo tanto, constituye una estafa a alguien.»[24]

El amigo íntimo y yerno de Thomas Jefferson, el Gobernador de Virginia Thomas Randolph, resumió en su discurso inaugural de diciembre de 1820 la actitud que predominaba en Virginia respecto a los bancos. Randolph señaló que el dinero metálico poseía en la demanda universal un valor relativamente estable, mientras que los bancos causaban grandes fluctuaciones en la oferta y el valor del papel moneda, con sus consiguientes dificultades. Randolph no sólo apoyó la recaudación de todos los impuestos en metálico (lo cual se convertiría más tarde, a nivel federal, en el plan del «Tesoro Independiente») sino que previó una moneda con un respaldo metálico del 100 por 100.

Pero el efecto más importante del pánico de 1819 en el pensamiento americano no fue sin más reafirmar a los defensores del dinero metálico de la generación más vieja. Aquél generaría y estimularía un nuevo y poderoso movimiento ultra-dinero metálico, el que más tarde, en las décadas de 1830 y 1840, se convertiría en el movimiento jacksoniano. La meta de éste era un sistema monetario compuesto totalmente de oro, o de billetes o depósitos respaldados por oro al 100 por 100. Su primer objetivo, logrado tras la gran pugna de la década de 1830, era la eliminación del Segundo Banco de los Estados Unidos; el segundo, conseguido con creces diez años después, era la separación total entre el gobierno federal y el sistema bancario restringiendo los recibos y las operaciones monetarias del primero únicamente a numerario (el «Tesoro Independiente»). Su objetivo final, sólo alcanzado en parte, era proscribir de plano toda reserva parcial bancaria, un objetivo que muy bien pudiera haberse logra-

---

[24] Citado en Mark Skousen, *The 100% Gold Standard: Economics of a Pure Money Commodity* (Washington, DC: University Press of American, 1977), p. 45.

do si el Partido Demócrata no se hubiese escindido fatalmente por la cuestión de la esclavitud.[25]

Un destacado número de futuros líderes jacksonianos aprendieron sus nociones de dinero metálico y contrarias a la banca a partir de la experiencia del pánico de 1819. El propio general Andrew Jackson (1767-1845), un hacendado del algodón de Nashville, Tennessee, adoptó sus puntos de vista contrarios al dinero bancario como consecuencia del pánico: en efecto, en poco tiempo se convirtió en el ferviente líder de la oposición al papel estatal no convertible de Tennessee, así como a las leyes de ayuda a los deudores. El destacado senador jacksoniano Thomas Hart Benton (1782-1858), de Missouri, cariñosamente llamado «Old Bullion» por su defensa del oro y del dinero metálico, designado como sucesor jacksoniano de Martin van Buren en la presidencia, se retractó de sus anteriores puntos de vista inflacionistas merced al pánico de 1819.[26] Y el joven, futuro jacksoniano y, en su momento, presidente, James J. Polk (1795-1849), hacendado del algodón, comenzó su carrera política en la asamblea legislativa de Tennessee en 1820 defendiendo un rápido retorno a los pagos en metálico.

Los historiadores han tenido grandes dificultades a la hora de interpretar la verdadera naturaleza del movimiento jacksoniano, o, en la medida en que guardan relación con ello, las concepciones económicas de Thomas Jefferson y los jeffersonianos. A Jefferson, por ejemplo, generalmente se le ha percibido como «agrario», opuesto al comercio y la fabricación, lo mismo que al jeffersoniano John Taylor de Carolina. Lo cierto es que resulta difícil comprender cómo puede un «agrario» oponerse al comercio, esencial para la exportación de productos agrícolas y para la importación de bienes manufacturados y de otro género para los agricultores. Es verdad que Jefferson, Taylor y otros eran agricultores convencidos y que personalmente les disgustaban las ciudades. Sin embargo, no se oponían al comercio y la industria. A lo que se oponían era a que el gobierno subvencionara y apoyara el crecimiento industrial o urbano. Los jeffersonianos eran partidarios del *laissez-faire*, de los derechos de propiedad privada y del mercado libre, y, en consecuencia, se oponían a los

---

[25] Las metas corolarias del movimiento jacksoniano eran coherentes con el objetivo de lograr una economía y política de mercado libre y *laissez-faire*: librecambio (alcanzada en la década de 1840), pago de toda la deuda nacional (en 1830), ningún tipo de «mejoras interiores» (obras públicas), ni las federales ni las más pequeñas estatales, y, en general, un presupuesto o poder gubernamental ínfimo, por supuesto, en el nivel federal, pero también incluso en los niveles estatal y local.

[26] El plan era que hubiese dos periodos de mandato de Benton como presidente y otros dos de Van Buren después; sin embargo, éste nunca ganó su segundo mandato a causa de la gran escisión que se produjo en 1844 entre los jacksonianos, incluida otra simbólica entre Van Buren y el propio Jackson a raíz de la cuestión clave de si la República de Texas habría de ser admitida o no en la Unión como estado esclavista.

subsidios gubernamentales, a los aranceles proteccionistas y al crédito bancario barato e inflacionario.

Los jacksonianos tenían también una rígida concepción del *laissez faire*, aparte de que, como es natural, la mayor parte de ellos vivían en las ciudades o trabajaban en la industria. Los historiadores han interpretado a los jacksonianos de modo diverso e incluso caóticamente como (a) pueblerinos agrarios extremos opuestos al comercio y al capitalismo (historiadores de comienzos del siglo veinte); (b) precursores del *New Deal*, interesados en forjar un agricultor-trabajador que se alzara contra el capitalismo whig nacional-republicano (Arthur Schlesinger, Jr.); y (c) portavoces de los emergentes empresarios y bancos privados privilegiados de los distintos estados, que trataban de romper las ataduras que el banco central tenía impuestas a la inflación bancaria de los estados (Bray Hammond). Las disparatadas incoherencias de estas interpretaciones provienen de que los historiadores mezclan el mercado libre y el capitalismo de estado. Los jeffersonianos y jacksonianos no eran contrarios al capitalismo, sino fervientes partidarios del mismo, aunque para ellos, frente a sus enemigos los federalistas y *whigs*, el capitalismo genuino sólo tiene lugar cuando el comercio y la industria son libres, libres de subsidios y controles constrictores. Mientras que los federalistas y *whigs* eran mercantilistas favorables a un capitalismo de estado, al crédito barato, al arancel proteccionista, a la deuda nacional y al Gran Gobierno, los jeffersonianos y jacksonianos eran capitalistas a favor del mercado libre o *laissez-faire* que deseaban que el capitalismo y el crecimiento económico se desarrollasen únicamente en condiciones de libertad y de mercados libres, es decir, bajo un sistema de librecambio, de libre empresa, de gobierno mínimo y de dinero metálico.

Ni Jefferson ni los dirigentes jacksonianos eran en modo alguno unos ignorantes o pueblerinos. El propio Jefferson, como la mayoría de los demás líderes, estaba completamente familiarizado con la literatura de la controversia bullionista así como con los clásicos de la economía. Y la mayor parte de la última generación de brillantes pensadores y escritores económicos se encontraba en campo jacksoniano.

Así, Amos Kendall, el influyente editor del *Frankfort (Ky) Argus*, quien más tarde sería uno de los principales expertos del equipo del Presidente Jackson y su principal consejero en la guerra bancaria, se convirtió en un implacable adversario del sistema bancario como consecuencia del pánico de 1819. Encontraba «repugnante» la misma idea de banco. La mejor manera de que resulten inocuos, concluía, era prohibirlos sin más mediante una enmienda constitucional. Si esto no fuese factible, se les debería exigir a los bancos que depositaran una fianza en manos de los tribunales que les permitiera rescatar todo su papel.

El pánico de 1819 transformó por completo el punto de vista económico de uno de los primeros economistas de América, Condy Raguet (1784-1842).

Comerciante y jurista de Filadelfia con ascendencia francesa, Raguet había publicado en 1815 un opúsculo inflacionista y proteccionista, *Inquiry into the Causes of the Present State of the Circulating Medium*. Sin embargo, Raguet, en su calidad de senador estatal por Filadelfia, presidió en pleno pánico una comisión (1820-21) que investigó minuciosamente las causas y posibles remedios a una depresión económica sin precedentes. Raguet concluyó que la depresión había sido causada por la expansión del crédito bancario durante el periodo de auge, seguida de una contracción posterior durante la cual, y a causa de aquél, las cajas de los bancos se vaciaron de numerario. El resultado de todo esto fue que Raguet saliera de la depresión convertido en un consagrado opositor a la reserva parcial bancaria, y en partidario convencido del librecambio. Le impresionó que, de los 19 condados a los que la comisión Raguet envió cuestionarios, 16 respondiesen con rotundidad que «las ventajas del sistema bancario» no «compensan sus males». A partir de entonces, Raguet estuvo a favor de la reserva bancaria del 100 por 100 en metálico, y, aunque políticamente no fuese un jacksoniano, apoyó fielmente el plan jacksoniano del «Tesoro Independiente» que separó tajantemente el tesoro de los bancos o del papel bancario. Amplió sus ideas en su *Of the Principles of Banking* (1830), en *A Treatise on Currency and Banking* (1839, 1840), en *Principles of Free Trade* (1835), así como en una serie de publicaciones periódicas que lanzó a finales de la década de 1830, entre las cuales se contaba una historia documental de la crisis comercial presente, reimpresiones de Ricardo y otros teóricos monetarios, así como del *Bullion Report*.

En su *Treatise on Money and Banking*, Raguet explicaba de qué modo la expansión del crédito bancario produjo un periodo de auge, precios altos, la exigencia de exportación de dinero metálico, y la consecuente circunstancia de una contracción y crisis del dinero metálico en los bancos. Sorprendentemente, también se anticipó en casi una década al James Wilson del *The Economist* al demostrar, con un tratamiento pre-austriaco del ciclo económico, cómo el periodo de auge había traído consigo un exceso de inversión en bienes fijos de capital. Así, Raguet escribía que

> Con la conclusión de la catástrofe, se descubre que durante toda esta operación el *consumo* ha ido aumentando más rápido que la *producción*; que la comunidad es, al final, más pobre que cuando aquélla se inició; que, en vez de alimento y ropas, tiene líneas férreas y canales adecuados para transportar una cantidad de productos y mercancías que dobla la que ha de transportarse; y que toda la apariencia de prosperidad exhibida cuando la cantidad de dinero aumentaba gradualmente era como la apariencia de riqueza y abundancia que el derrochador exhibe mientras agota su hacienda, y que, como ella, está abocada a que le suceda un periodo de penuria e inactividad.[27]

[27] Condy Raguet, *Treatise on Money and Banking* (1839), p. 137, citado en Vera Smith, *The Rationale of Central Banking* (1836, Indianapolis, Ind.: Liberty Press, 1990), p. 84 [trad. esp.: *Fundamentos de la banca central y de la libertad bancaria* (Madrid: Aosta/Unión Editorial, 1994)].

La diferencia está en que el más celebrado Wilson, líder de la así llamada escuela bancaria británica, nunca se percató de que el exceso de inversión estaba causado por la expansión monetaria y del crédito. En una palabra, nunca llegó a estar al nivel de Raguet y de los jacksonianos en los EE UU.

El pánico de 1819 inspiró igualmente la publicación del primer tratado sistemático sobre economía política de los Estados Unidos, los *Thoughts on Political Economy* (1829) del jurista de Baltimore Daniel Raymond (1786-1849).[28] Éste procedía de una familia conservadora federalista de Connecticut, y su libro era un canto de alabanza a los aranceles proteccionistas y al nacionalista Alexander Hamilton, a quien Raymond consideraba el único economista político verdaderamente sólido. Pero, según Raymond, incluso Hamilton se equivocó en la cuestión bancaria, y él mismo se declaró, también, contrario a la expansión del crédito bancario y defendió un sistema bancario 100 por 100 en metálico. Al criticar la afirmación de Hamilton y de Adam Smith de que los billetes bancarios se suman al capital nacional economizando numerario, Raymond citaba la de David Hume en el sentido de que «en la misma proporción en que aumenta el dinero, habrá de depreciarse en valor». El crédito bancario también fomenta la especulación excesiva, las subidas de los precios de los bienes nacionales en los mercados de exportación, y produce un déficit en la balanza comercial. Para Raymond, cualquier emisión de billetes de banco que supere el dinero metálico es, llanamente, un «formidable fraude». Él creía que lo ideal era que el gobierno federal suprimiese por completo el papel bancario, y que abasteciese al país de un papel con un respaldo 100 por 100 en metálico.

Como puede comprobarse a partir del ejemplo de Raymond, los jacksonianos no eran los únicos que mantenían una posición contraria a la reserva parcial de los bancos durante la depresión de 1819-21. El joven representante por el estado fronterizo de Tennessee, proveniente de su parte occidental, Davy Crockett (1786-1841), futuro líder whig y enemigo de los jacksonianos, afirmaba que «consideraba todo el sistema bancario como una especie de estafa a gran escala». El general William Henry Harrison (1773-1841), proteccionista y futuro presidente whig, se presentó con éxito a las elecciones al senado estatal de Ohio de otoño de 1819. Cuando, en el curso de un mitin local preelectoral de ciudadanos se le atacó por ser el director de una sucursal local del Banco de los Estados Unidos, Harrison insistió, en una dilatada réplica, en que él era enemigo declarado de todos los bancos, y en especial del Banco de los Estados Unidos, y que se oponía sin titubeos a su fundación y pervivencia. Y, por último, el secretario de estado y futuro presidente John Quincy Adams compartía plenamente, al menos en este tiempo, la hostilidad de su padre hacia toda reserva parcial bancaria. Así, a un francés que le había remitido un pro-

[28] La segunda y más conocida edición de este libro se publicó con el título de *The Elements of Political Economy* (2 vols., 1823, 1836, 1840).

yecto de papel moneda federal, Adams le recomendaría el famoso Banco de Amsterdam, en el que el papel «siempre y sólo representaba» el numerario de sus cámaras acorazadas.

6.5 Pensamiento monetario y bancario en el Continente

El pensamiento monetario del continente europeo a menudo siguió en paralelo la más rica y desarrollada controversia de Gran Bretaña. Cabe destacar que en Suecia se desarrolló una controversia bullionista medio siglo antes de la más famosa de Gran Bretaña. Como pocos británicos conocían la lengua sueca, la controversia y su importancia pasaron inadvertidas fuera de Suecia.

A mediados del siglo XVIII Suecia experimentó durante cuatro décadas (en concreto, de 1739 a 1772) algo parecido a un gobierno democrático, con el poder político en manos del parlamento, o *Rikstag*, y con representantes electos de los cuatro estados (nobleza, clero, clase media y campesinado). Los dos partidos que se disputaban el poder durante este tiempo fueron, en una terminología que recuerda *Los Viajes de Gulliver*, los «sombreros» y los «gorras». Los sombreros, en el poder desde el comienzo de la que se llamó, no sin grandilocuencia, «Edad de la Libertad» hasta 1765, eran mercantilistas que creían en la inflación como medio para alcanzar el desarrollo económico. A fin de lograr mejoras internas y fomentar las industrias privilegiadas, en particular las manufacturas textiles (lema favorito de los sombreros era «los suecos en ropas suecas»), se aplicaron subsidios a la exportación, subsidios directos, préstamos baratos y elevados aranceles proteccionistas.

El método escogido para financiar estos gastos despilfarradores era la inflacionaria expansión del crédito del Banco de Suecia. La oportuna teoría proto-keynesiana de los sombreros era que el aumento de la oferta de dinero depararía un incremento del desarrollo y la producción, y no precios más altos. En cuanto a la molesta idea de que pudiese seguirse un déficit en la balanza de pagos, no había por qué preocuparse, ya que las importaciones se contendrían mediante controles directos del gobierno, mientras que el aumento de la renta nacional fomentaría, misteriosamente, el aumento de las exportaciones.

Tras varios años de expansión inflacionista del crédito bancario, el gobierno sueco abandonó el patrón plata en 1745, y a partir de entonces se vio libre para inflar *ad libitum*. Así, si el total de billetes de banco no convertibles en circulación en 1745 era de 6.9 millones de *daler*, en 1754 llegó a doblarse con un total de 13.7 millones. A partir de ese momento la inflación monetaria se aceleró, llegando a más del doble en los siguientes cuatro años, alcanzando los 33.1 millones de *daler* en 1758. Por último, la oferta de billetes de banco alcanzó su punto máximo en 1762 con 44.5 millones de *daler*, un incremento del 545 por ciento respecto a 1745, o un aumento medio de un 32.1 por ciento al año.

Como respuesta a la expansión monetaria, los precios permanecieron estables durante unos pocos años para subir luego entre 1749 y 1756, periodo durante el cual el índice general de precios se incrementó en un 23 por ciento. Después de eso, como suele suceder, el alza en los precios se aceleró doblándose en los siguientes ocho años y alcanzando su punto máximo en 1764. El problema mayor fue el tipo de cambio de divisas, que sufrió un incremento aún más abrupto. Así, tras mantenerse en sólo un 5 o 6 por ciento sobre la par de 1752 a 1755, el tipo de los *mark bancos* de Hamburgo en términos de *dalers* subió en 1765 hasta un 247 por ciento sobre la par.

La caída en el valor de cambio del *daler* hizo que el gobierno de los sombreros ensayase un control directo de los tipos de cambio. En 1747 se creó un departamento de divisas con el objetivo de bajar los tipos, haciendo uso de masivas subvenciones del gobierno francés para mantener a flote los *dalers* en el mercado de divisas. El departamento de divisas funcionó durante unos cuantos años, bajando el precio de los *mark bancos* de Hamburgo, por ejemplo, de un 24 por ciento sobre la par en 1748 a un 5 o 6 por ciento sobre la par de 1752 a 1755. Sin embargo, un tipo de cambio que decrece de manera artificial, combinado con unos precios interiores en aumento, significaba una enorme subvención a las importaciones de Suecia. El consecuente y descomunal déficit en la balanza de pagos hizo que surgiera el creciente problema de cómo un país con papel no convertible va a financiar los déficit. Por último, se interrumpieron los préstamos y subvenciones del exterior, se desmoronó el castillo de naipes, y los tipos de cambio de dispararon.

Resulta interesante ver cómo los teóricos del partido Sombrero, dirigidos por un tal Edward Runeberg, explicaron la creciente crisis. Al igual que los anti-bullionistas y los teóricos posteriores de la escuela bancaria de Gran Bretaña, invirtieron —más descarnadamente, si cabe— la cadena causal. Los sombreros afirmaban que el problema se originaba en el déficit de la balanza de pagos. De dónde procediera el déficit era una cuestión mucho más opaca; probablemente se tratara de un acto voluntario fruto de la avidez de los consumidores e importadores. El déficit era entonces la causa de la subida del precio de la divisa, que, a su vez, elevaba los precios de los bienes nacionales en los mercados de exportación, los cuales, por su parte, aumentaban los precios de los bienes interiores. De ahí que toda la inflación nacional se debiese *realmente* al misterioso déficit en la balanza de pagos. La conclusión política estaba clara para los sombreros: restringir las importaciones mediante la coacción.

Ni una sola vez admitieron los teóricos sombrero que pudiese existir una cadena causal que discurriese del aumento en la emisión de billetes de banco hacia los precios y los tipos de cambio. Por el contrario, defendían la necesidad de mayores emisiones de dinero bancario para elevar la producción doméstica, la cual, a su vez, incrementaría de alguna manera las exportaciones, y, de este

modo, los ingresos de divisas, y, de la mano de una restricción forzosa de las importaciones, remediaría el déficit.

Aparte de créditos privados masivos, la inflación de dinero y crédito producida por el Banco de Suecia financió los déficit del gobierno, muchos de los cuales se emplearon en los grandes gastos militares suecos durante su intervención en la guerra multinacional de los Siete Años (1756-63).

Una vez que la inflación empezó a acelerarse en 1756, se fue afianzando la fuerza política de los gorras como reacción no sólo a la espiral inflacionista, sino también a la participación en una guerra muy impopular. Los gorras, cuyos electores potenciales se encontraban entre los pequeños comerciantes y los funcionarios de la administración civil perjudicados por la inflación, estaban a favor del librecambio y del *laissez-faire*, y se oponían al mercantilismo y a los controles del gobierno. A medida que se iba asentando la inflación, los gorras fueron capaces de mostrar cómo esa inflación fraguada por el gobierno favorecía a los fabricantes privilegiados con préstamos bancarios baratos. También demostraron de qué modo los privilegios y subvenciones de los sombreros favorecían a determinados capitalistas comerciales, en particular a los exportadores de hierro. Los pequeños industriales, comerciantes e importadores que se oponían a los privilegios especiales, conformaban la columna vertebral del partido Gorra.

Inquietos por el poder cada vez mayor de los gorras, los sombreros detuvieron la inflación monetaria en 1762, aunque los precios y los tipos de cambio siguieron subiendo ante la persistencia de las previsiones de más inflación. Finalmente, los gorras se impusieron a los sombreros en 1765, e inmediatamente pusieron fin a la inflación mediante una política heroica de deflación monetaria, disminuyendo el total de la oferta de billetes de banco hasta 33.5 millones de *daler* en 1768, o una bajada del 25 por ciento en siete años, en su mayor parte con posterioridad a 1765. Evidentemente, la consecuencia fue una acusada deflación de los precios y de la divisa, con un descenso del tipo *marc banco*, de un 247 por ciento de la par en 1765 a un 117 por ciento de la par tres años después. La producción y el desempleo también disminuyeron.

En todo este ciclo de expansión-depresión los gorras adoptaron con firmeza lo que más tarde se denominaría la posición bullionista. El exceso de emisión de billetes de banco, en especial con una moneda no convertible, traía consigo subidas de precios y en los tipos de cambio. Como hemos indicado, los gorras fueron lo bastante prudentes como para no contentarse con señalar los fallos del razonamiento económico de los sombreros. También atacaron los privilegios especiales de que disfrutaban los sombreros, y mostraron cómo el electorado de los sombreros salía beneficiado por la inflación y el mercantilismo.

El rumbo deflacionario tomado por los gorras en el poder puede justificarse económicamente apuntando que se hacía necesario tomar medidas drás-

ticas para invertir las expectativas inflacionistas. Pero los gorras hicieron hincapié en otro argumento político: ¿Por qué no habrían de pagar los ricos comerciantes e industriales sombrero que se aprovechaban de la inflación el precio principal del regreso al patrón plata y al dinero sano? De este modo, la deflación recompensaría a quienes hubiesen padecido la inflación y, en cierto sentido, quienes hubiesen sacado provecho de dicha inflación pagarían reparaciones para compensar a las víctimas de la misma. No era en absoluto un programa absurdo. Así, los gorras empezaron abiertamente a deflactar los precios y los tipos de cambio hasta los niveles de la inflación anterior a la de los sombrero de 1745 y hasta la antigua paridad de la plata con el *daler*.

Desde una perspectiva económica, los gorras también contaron con un importante argumento: dado que los billetes de banco recibían su valor real a partir de sus reservas de plata, el *daler* habría de designar siempre la misma cantidad, o peso, de metálico.

Sin embargo, dos de los principales economistas gorra argumentaron contra la deflación y, frente a ella, sugirieron regresar a la plata según la paridad entonces existente, que doblaba a la antigua. Uno fue el Rev. Anders Chydenius (1729-1803), un pastor luterano proveniente de una pequeña ciudad de la costa oeste de Finlandia. Al proceder de una ciudad costera de una Finlandia colonizada por los suecos (Reino de Suecia y Finlandia), cuyo comercio tuvo que padecer los privilegios estatales concedidos a Estocolmo y otros intereses suecos, Chydenius no tardó en hablar y escribir numerosos panfletos contra el mercantilismo y a favor del librecambio. También presentó una filosofía iusnaturalista y de derechos naturales individuales. En 1766 Chydenius fue censurado y privado de su condición de representante del clero finlandés en el *Riksdag* por el crimen flagrante (en la «Edad de la Libertad») de escribir un opúsculo, *Socorro del reino mediante un sistema financiero natural*, en el que atacaba la política de deflación orientada hacia la antigua paridad, después de haber votado a favor de ella. Parece ser que no era lícito cambiar de parecer tras una votación. Sin la ventaja de haber leído o tenido noticia de Adam Smith, Chydenius desarrolló en su panfleto algunas nociones de «letras reales» dentro de lo que sería una banca lícita en el seno de un sistema monetario convertible.

El otro opositor gorra a la deflación fue un profesor de economía de la universidad de Uppsala, Pehr Niclas Christiernin. Christiernin empezó en 1761 como adjunto de derecho y economía, luego ascendió a profesor de las mismas materias, después fue titular de una cátedra de filosofía y, por último, acabó siendo rector de la universidad. En contraste con el poco instruido Chydenius, Christiernin estaba empapado de autores de la literatura económica foránea como Cantillon, Hume, Justi, Locke y Malynes. En un panfleto publicado en 1761 (*Compendio de lecciones sobre el elevado precio de las divisas en Suecia*), elaboró una teoría de los tipos de cambio flexibles como mecanismo equilibrador en un sistema de dinero no convertible que se adelantó a los bullionistas y que

fue, con mucho, muy superior a todo lo que se había escrito hasta la fecha. Por desgracia, Christiernin no fue traducido al inglés y, por lo tanto, no se le pudo leer en Gran Bretaña hasta 1971. Christiernin apuntaba que el incremento continuo de la oferta de billetes de banco condujo a una caída en el valor del *daler*, tanto por elevar los tipos de cambio como los precios de los bienes dentro del país. A su vez, el aumento de la emisión de billetes de banco era producto de una política bancaria de préstamos más liberal, que hizo bajar notablemente el tipo de interés a mediados de la década de 1750, así como que la inflación se incrementara merced a la creación de dinero para rescatar todos los títulos del gobierno.

De todas formas, Christiernin no fue, ni mucho menos, un partidario inflexible del dinero metálico. Defendió la utilidad de los billetes de banco, pues aumentaban la productividad y el empleo, y se opuso a la deflación, porque, señalaba, los precios y los salarios sufrían una rigidez a la baja. De todas formas, resulta dudoso que la rigidez a la baja pudiese durar mucho tiempo en el siglo XVIII. Sin embargo, la principal objeción de Christiernin a la deflación era que lo que se proponía no era el dinero metálico y sano sino un deseo prefriedmanita por estabilizar el valor del *daler* y hacer que el nivel de precios se mantuviese constante. Para alcanzar ese objetivo, solicitó que el banco central ejecutase operaciones de mercado abierto. Además, y anticipándose de nuevo a los monetaristas, puestos a elegir entre inflación y deflación, Christiernin mostró abiertamente su preferencia por la primera.

Por desgracia, las heroicas medidas deflacionarias supusieron algunos reveses temporales para los gorras. Los sombreros regresaron al poder en 1769, y, aunque inmediatamente volvieron a inflar, empezaron a prepararse para la restauración del patrón plata. No obstante, cuando los gorras regresaron en 1772, los poderosos comerciantes capitalistas del partido Sombrero se aliaron con la Corona y la nobleza para hacerse con el poder en un *coup d'état* que derrocó la democracia parlamentaria e instaló en el trono a Gustavo III como monarca absoluto. En 1777, el rey Gustavo hizo que Suecia regresase al patrón plata al precio de mercado existente.

Más tarde, las ideas bullionistas se extendieron por zonas del Continente intelectualmente más accesibles. Así, Johann Georg Busch (1728-1800), profesor de matemáticas en el Gimnasio de Hamburgo, denunció en 1816 la banca inflacionaria impulsada por el gobierno. Busch observaba que, por consiguiente,

> El abuso acostumbrado ha sido que se han producido demasiados símbolos de papel en relación con las necesidades de los ciudadanos. Como consecuencia, hay muchos que quieren cambiar de nuevo su papel moneda por el artículo que es y puede ser el símbolo verdadero del valor. Dado que la banca no puede obtener este artículo [oro o plata] de la naturaleza igual que el papel con letras y cifras encima, y puesto que entonces debe reconocer que no puede cumplir su promesa

> [de conversión en metálico], el engañado ciudadano se volverá reacio a aceptar un dinero [el papel] por el otro [metálico].[29]

Busch vio en la financiación de la guerra la principal razón de la situación crítica de la inflación del crédito bancario gubernamental desde comienzos del siglo XVIII.

Mientras tanto, en Rusia, el profesor alemán báltico de economía política, el smithano Heinrich Friedrich Freiherr von Storch, denunció en un extenso apéndice monetario a la edición de 1823 de su *Cours d'économie politique* la incitación gubernamental al crédito bancario y al papel moneda. Storch, como Busch, apuntó directamente a la guerra como la principal razón de la persistente inflación:

> el motivo principal para la introducción de este calamitoso invento [del papel moneda] en casi todos los estados de Europa han sido [*sic*] los desórdenes financieros causados por las guerras, que, si unas veces han sido justas y necesarias, la mayoría han sido estériles... ¿Cuántas guerras podrían haberse evitado sin este desgraciado recurso? ¿Cuántas lágrimas y cuánta sangre podría haberse ahorrado?

El mejor remedio para este mal, afirmaba Storch, sería el retorno de todas las naciones a un patrón puro, 100 por 100 oro o plata. Con todo, Storch estaba dispuesto a conformarse en su defecto con bancos privados libres y competitivos que, cosa que quizá fuera el primero en señalar, serían mucho menos inflacionarios que la banca privilegiada por el gobierno. Como lo expresara el propio Storch:

> los bancos privados son los que presentan más ventajas y menos peligros... Gran Bretaña es el único país de Europa en el que existen bancos privados; en todos los demás estados las operaciones bancarias se concentran en una institución, si no fundada, por lo menos aprobada y privilegiada por el gobierno. Sin embargo, los bancos públicos son más propensos a degenerar que los privados. En la medida en que las compañías bancarias existen aisladas, sus operaciones parecen ser insignificantes: tan pronto como forman una sola y gran institución, llaman la atención del gobierno, toda vez que sus beneficios son más considerables; por ello, la protección especial de que disfrutan o los privilegios que solicitan deben comprarse con favores que modifican su naturaleza y minan sutilmente su crédito.[30]

[29] Citado en Peter Bernholz, «Inflation and Monetary Constitutions in Historical Perspective», *Kyklos*, 36, n.º 3 (1983), pp. 407-8.

[30] *Ibid*., pp. 408-9.

Capítulo VII

PENSAMIENTO MONETARIO Y BANCARIO, III: LA POLÉMICA SOBRE LA ESCUELA MONETARIA

7.1 El trauma de 1825

En 1823, la economía británica se recuperó por fin de la depresión que siguió a la guerra napoleónica y de la que sufriera la agricultura en 1819. Efectivamente, se inició un periodo de auge expansivo de tal magnitud que acalló a los vociferantes defensores de la subida de precios y a los adversarios del retorno al oro. Como era de esperar, la expansión del crédito del Banco de Inglaterra tomó la delantera en este nuevo auge inflacionario, aumentando su crédito total de 17.5 millones de libras en agosto de 1823 a 25.1 millones dos años más tarde, un descomunal aumento del 43 por ciento o del 21.7 por ciento anual. Buena parte de la extraordinaria expansión monetaria y crediticia llegó merced a la inversión en acciones mineras latinoamericanas altamente especulativas. El gran radical del dinero metálico, William Cobett, descargó sin descanso toda su munición sobre esta inflación, en lo cual resulta significativo que se le uniesen, bien es verdad que de un modo más privado, defensores moderados del dinero metálico como William Huskisson, a quien preocupaba que «todo este agiotaje con valores extranjeros llegue a ser el más descomunal fraude jamás conocido».

A finales de 1824, los cambios se volvieron desfavorables y el oro empezó a salir del país; al año siguiente, los británicos empezaron a demandar oro a los bancos en cantidades cada vez mayores. En la primavera de 1825, Huskisson avisó repetidas veces al Gabinete de que, «en su ávida locura, el Banco estaba otra vez jugando a lo mismo de 1817». A finales de junio, un banco de Bristol se negó tajantemente a dar oro a un portador de billetes que rechazaba los pagos en billetes del Banco de Inglaterra, incidente que nada bueno auguraba y que

Cobbett difundió por todas partes. A finales de febrero, las reservas en efectivo del Banco de Inglaterra se hallaban en el nivel más bajo de los últimos cinco años, 8.86 millones de libras; y, de ahí, descendieron alarmantemente a no más de 3.0 millones de libras a finales de octubre. A continuación, se produjeron retiradas masivas de fondos de los bancos y el pánico bancario, y, a mediados de diciembre, en el punto álgido de dicho pánico, un portador de billetes del recalcitrante banco de Bristol distribuyó un pasquín advirtiendo a los habitantes de la ciudad de que: «Por cuanto no se tiene conocimiento de lo que pueda acontecer, adquiera oro, no sea que llegue la restricción y sea demasiado tarde.» Durante el pánico, el importante banco del difunto Henry Thornton, el Pole, Thornton & Co., se fue a pique a pesar del préstamo que a última hora le hiciese el Banco de Inglaterra y de que el presidente del banco, Sir Peter Pole, estuviese relacionado a través de su mujer con el gobernador del Banco de Inglaterra, Cornelius Buller.

Tras una semana de histeria a mediados de diciembre, el Banco de Inglaterra consiguió frenar la retirada de fondos con una política altamente arriesgada de préstamos masivos a los bancos y de redescuento de letras y a pesar de que, para finales de año, sus reservas en efectivo se habían reducido a 1.0 millones de libras.

El país se había salvado por los pelos de una nueva suspensión de pagos en metálico por parte del Banco de Inglaterra. Éste suplicó al gobierno que ordenase dicha suspensión, pero el gobierno tory no se plegó a las demandas del banco en buena medida merced a la encendida presión de Huskisson y Canning. El primer ministro, Robert Banks Jenkinson, conde de Liverpool, coincidía con Huskisson, para disgusto de sus altos colegas torys de la facción del duque de Wellington, en que, en palabras de uno de los destacados hombres de Wellington, «si [el Banco] interrumpiese el pago, sería una buena oportunidad para retirarles el Estatuto de Constitución... por permitir la quiebra del Banco».

El periodo de expansión y crisis de 1825 dio una lección traumática a los analistas reflexivos de la escena económica y monetaria. Porque estos dramáticos acontecimientos demostraron que el patrón oro, aunque importante a la hora de poner coto a la inflación monetaria y bancaria, *no era suficiente*: las quiebras bancarias, los ciclos de expansión y depresión, podían suceder y sucedían. Así que, para hacer realidad la promesa de los bullionistas, era necesario algo más; además del patrón oro, algo que hiciese frente a los males de la expansión-depresión y de la reserva parcial bancaria.

La respuesta más precisa e inmediata al pánico de 1825 fue la decisión del gobierno de proscribir los tipos de billetes más bajos (inferiores a 5 libras), una medida que ya había apoyado incluso un partidario del crédito bancario como Adam Smith. Así, al menos por lo que respecta a estos tipos de billetes más populares y usados, el público sólo emplearía moneda metálica como dinero.

El 22 de marzo de 1826, el Parlamento prohibió a los bancos de Inglaterra y Gales emitir nuevos billetes pequeños o la nueva emisión de billetes viejos a partir de abril de 1829. Pasado junio de 1826, el Banco de Inglaterra seguiría obedeciendo este edicto durante poco más de un siglo. En una nueva reforma bancaria, el Parlamento acabaría con el sistema imperante desde finales del siglo XVIII: la posesión por parte del Banco de Inglaterra del monopolio de toda la banca comercial, exceptuando las sociedades de menos de seis personas. Se trastrocó este monopolio. Por una ley del 26 de mayo de 1826 se permitieron en Inglaterra los bancos corporativos y las grandes sociedades bancarias. Por desgracia, esta liberalización se diluyó al conservar dicha ley el monopolio del banco de las sociedades bancarias y de la banca a gran escala dentro de un radio de 65 millas en torno a la ciudad de Londres. En definitiva, la banca asociativa o por acciones sólo se permitió a los bancos «regionales».

La presión política de los torys escoceses logró que Escocia quedara eximida de esta reforma. En primer lugar, Escocia ya poseía una banca en forma de sociedades y, lo que es más importante, había sido durante mucho tiempo una ciénaga de inflacionismo de billetes de banco pequeños. Aún después de que en 1821 se retomara el patrón oro, Escocia siguió careciendo del mismo en la práctica. Frank Fetter revela así la solución:

> Todavía después de la reanudación de los pagos de 1821, circuló poca moneda metálica; además, existía la tradición muy extendida, casi con fuerza de ley, de que no podía exigirse a los bancos el rescate de sus billetes en moneda metálica. La forma habitual de pagar a los portadores de billetes era el rescate en efectos de Londres. Algo de verdad había en el comentario de un panfletista anónimo (1826): Cualquier loco del sur que tuviese la temeridad de solicitar cien soberanos [monedas de oro], bien podía, si lograba conservar los nervios ante el interrogatorio de que sería objeto en el mostrador del banco, considerarse afortunado con que se le persiguiese hasta la frontera.[1]

Claro es que, para que un patrón oro funcione, éste debe existir realmente, lo mismo en la práctica que en las leyes oficiales.

Los torys escoceses, liderados por el eminente novelista Sir Walter Scott, bloquearon con éxito la aplicación a Escocia de la reforma contraria a los billetes pequeños. Tras elogiar la campaña de Scott, el órgano de expresión del alto torysmo escocés, la *Blackwood's Edinburgh Magazine*, publicó en 1827-28 dos artículos sobre «The Country Banks and the Bank of England» en los que entrelazó dos de los principales rasgos del inflacionismo extremista: salida del patrón oro y alabanza de los bancos regionales. La *Blackwood's* también atacó al Banco de Inglaterra por ser demasiado restrictivo, contribuyendo de este modo a fraguar la leyenda de un banco excesivamente restrictivo y no motor

[1] Frank W. Fetter, *Development of British Monetary Orthodoxy 1797-1875* (Cambridge, Mas.: Harvard University Press , 1965), p.122.

principal de la inflación. Por el contrario, el órgano de expresión de los radicales filosóficos, la *Westminster Review*, se burló de los escoceses por amenazar con «una guerra civil en defensa del privilegio de ser saqueados» por el sistema de crédito bancario.

Fue también en este tiempo, concretamente en 1827, cuando Henry Burgess fundó el poderoso comité de banqueros regionales, cuya influyente publicación periódica, la *Circular to Bankers*, editaría durante 20 años. A lo largo de todo ese periodo, Burguess descargó toda su munición de descalificación del patrón oro, de «esos obstinados proyectistas ignorantes y vanidosos, Huskisson, Peel y Ricardo», y del Banco de Inglaterra por ser demasiado restrictivo en el crédito bancario. De igual forma, denunció a los «Economistas Políticos» como «la lacra del país» por sus ideas generales de dinero metálico. Por su parte, la *Blackwood's Edinburgh Magazine* seguiría durante cerca de tres décadas una rígida línea semejante, denunciando el retorno al oro de 1819 por haber concedido «a los judíos, a los corredores de valores y a los juristas del país una enorme ventaja a costa de las clases vinculadas a la tierra...».

Por otra parte, William Cobbett siguió con su implacable posición contraria al papel bancario proclamando en 1828 que «Desde el momento en que entendí ese compuesto de mil demonios, el papel-moneda, no he deseado sino la destrucción de tan execrable cosa: he aprobado toda medida tendente a producir su destrucción, y censurado toda otra orientada a su conservación». Arremetiendo contra los inflacionistas y privilegiados bancos regionales escoceses con el calificativo de «los monopolistas escoceses», también denunció al escocés John Ramsay McCulloch por defender el papel bancario —«esta estupidez, este engreimiento, esta obstinación e imprudencia escoceses». Cobbett intensificó el ataque afirmando que «durante más de doscientos años Inglaterra ha venido padeciendo la plaga de estos voraces Grajos de Escocia». Por supuesto, cabe comentar que un modo sencillo de que Inglaterra se desembarazase de esa «pestilencia» era devolver a Escocia su independencia, solución que, por alguna razón, ni Cobbett ni el resto de los radicales nacionalistas ingleses tomaron en consideración.

A pesar del persistente inflacionismo de los altos torys y de los Attwood de Birmingham, así como del inminente enfrentamiento de la opinión económica en relación con la reforma bancaria, a partir de mediados de la década de 1820 el grueso de los economistas defendieron con firmeza el patrón oro. En eso había acuerdo y eso se había logrado. Sus diferencias sobre la banca no impidieron la unidad en esta cuestión monetaria fundamental. John Ramsay McCullogh, James Mill y Nassau W. Senior se decantaron unánimemente por el oro. Incluso Malthus, teóricamente un radical y, durante cierto tiempo, un prekeynesiano, expresó su entero respaldo al retorno al patrón oro en 1823 y después. El arzobispo Whately, Mountifort Longfield, Thomas Perronet Thompson, incluso el archi-inductivista e historicista Richard Jones, de Cambridge, todos

fueron fieles defensores del oro. También John Stuart Mill, habitualmente indeciso y conciliador, fue implacable en la defensa del oro. Tras la lectura que en 1821 hizo de la declaración de Thomas Attwood a favor de un patrón combinado de plata y papel fiduciario no convertible, el joven de los Mill denunció la idea de depreciar el patrón como un «gigantesco plan de confiscación». Bramó diciendo que el hecho de que «los hombres que, no siendo unos bellacos en sus negocios privados y debiendo entender, por lo tanto, lo que significa la palabra 'depreciación', aun así la apoyan, [es algo que] habla muy mal de la situación presente de su moralidad».[2]

7.2 La aparición del principio monetario

De todas formas, la prohibición de billetes pequeños apenas atacó el problema principal. El primero en superar este aspecto menor de la banca y en ir directamente al grano de la cuestión fue un pensador brillante e influyente, tan poco conocido por los historiadores como oscuro en su propio tiempo. No sin justicia, Lionel Robbins se ha referido con ingenio a James Pennington (1777-1862) como el «Mycroft Holmes» de la controversia monetaria tardía del periodo clásico.[3]

James Pennington nació en el seno de una destacada familia cuáquera del pueblo de Kendal, en Westmorland; su padre, William, fue un vendedor de libros, impresor y arquitecto que también fue alcalde de Kendal. Tras graduarse en una escuela cuáquera de primer grado de dicha localidad, Pennington se trasladó a Londres. A partir de este momento, poco más se sabe de su vida personal excepto que vivió en Clapham y que, junto a su numerosa familia de siete hijos y abandonando, como es evidente, su cuaquerismo de juventud, fue feligrés de la famosa iglesia parroquial anglicana de Clapham, de cuyo consejo de administración formó parte. Aparte de eso, sabemos que fue comerciante, «caballero» y contable, y que en 1832 llegó a ser por un breve periodo de tiempo miembro de la junta de control para la India. A partir de entonces, retirado del comercio, el gobierno le consultaría en repetidas ocasiones sobre cuestiones técnicas financieras.

Tras la gran crisis bancaria de 1825, Londres se hallaba animada con las discusiones sobre el dinero y la banca. El honorable Club de Economía Política abordó este tema en sus reuniones del 9 de enero y del 6 de febrero de 1826. Pennington estuvo presente en la segunda como invitado, y el debate le animó a escribir una memoria sobre la materia dirigida al poderoso presidente de la

---

[2] En «Currency Juggle», *Tait's Edinburgh Magazine* (Enero 1833). Véase Fetter, *op. cit.* nota 1, pp. 140-41.

[3] Lionel Robbins, *Robert Torrens and the Evolution of Classical Economics* (Londres: Macmillan, 1958), pp. 245-6.

cámara de comercio, el tory liberal William Huskisson. Éste no solicitó el escrito, pero se sabía que era receptivo a las memorias inteligentes sobre temas cruciales. Es posible que este método de promover sus opiniones le fuera sugerido a Pennington por su viejo amigo y uno de los fundadores originarios del Club de Economía Política, el comerciante y economista Thomas Tooke. En la primera memoria que dirigió a Huskisson el 13 de febrero, «On the Private Banking Establishments of the Metropolis», Pennington esbozó con diáfana claridad cómo los bancos, mediante la multiplicación de los préstamos, crean depósitos a la vista que operan como parte de la oferta de dinero. Aunque Walter Boyd y otros ya habían apuntado esto, la exposición de Pennington fue inigualable en su lucidez, y, una vez publicada como apéndice a la *Letter to Grenville* (1829) de Tooke, ejerció gran influencia en las controversias de su tiempo. Por desgracia, la *Letter* no influyó demasiado en el propio terreno de Pennington, la escuela monetaria, la cual, de un modo obstinado y trágico, no cayó en la cuenta de que los depósitos bancarios a la vista formaban parte, lo mismo que los billetes de banco, de la oferta de dinero.

Tras la primera memoria y sin que Huskisson le animase a ello, Pennington escribió una segunda un año después (16 de mayo de 1827), unas «Observations on the Coinage». Después de explicar los procedimientos técnicos del patrón oro, detallaba los peligros que para el oro tenía la existencia de una moneda de papel, añadiendo luego una insinuación atractiva: «Es posible regular una extensa circulación de papel... someter su contracción y expansión... a la misma Ley que la que determina la expansión y contracción de una moneda total y exclusivamente metálica.» Esta era la primera vez que en Gran Bretaña se aludía al «Principio Monetario»: que, para transformar el dinero bancario en un simple sustituto del oro, se necesitaba algo más que la mera capacidad de rescate en oro.

Finalmente, Huskisson tomó nota y escribió a Pennington que:

> Percibo que hacia el final de su escrito sobre la moneda plantea la opinión de que pueden hallarse los medios de evitar esas alteraciones de agitación y depresión que tan alarmantes consecuencias han deparado a este país. Durante mucho tiempo me ha parecido que ésta es una de las cuestiones más importantes que pueden atraer la atención... La gran facilidad de expansión del crédito de papel en un momento dado y la muy pronta contracción del mismo... en otro, es, sin duda alguna, un mal de máxima magnitud.

En suma, Huskisson veía que el crédito bancario y el papel moneda eran responsables del ciclo económico; entonces ¿qué podía hacerse en relación con ello? Le pidió a Pennington que elaborase más esta atractiva sugerencia.

El resultado fue irónico: aunque la tercera memoria que escribió James Pennington como respuesta el 23 de junio, «On the management of the Bank of England», fue la primera elaboración decisiva del justamente famoso principio monetario, apenas contó con la suficiente orientación práctica que convenía

al ministro. En todo caso, las cuestiones monetarias perdieron intensidad temporalmente, y al año siguiente el propio Huskisson renunció a su cargo, falleciendo tres años después. Con todo, la memoria de Pennington fue muy importante en cuanto sostenía que, para estabilizar y vincular al oro el papel moneda bancario, debía regularse de tal forma que se adecuara a las variaciones de la oferta de dicho metal. Si el Banco de Inglaterra tuviese el monopolio de emisión de billetes, aconsejaba proféticamente Pennington, le sería fácil controlar la oferta total; en su defecto, tendría que haber algún modo de que el banco pudiera controlar completa y directamente a los bancos privados de Londres y a los regionales. En cualquiera de los casos, podría obligársele al banco a mantener fija la cantidad total de sus valores (esto es, sus activos rentables); y, si así sucedía, sus emisiones de billetes variarían en la misma dirección y en la misma amplitud que sus reservas de oro. Si el banco no contase con reservas 100 por 100 en oro para sus billetes, la diferencia legalmente fijada entre los mismos procuraría que los billetes de banco (y, por extensión, la oferta total de dinero) variasen en el mismo sentido y en la misma amplitud que la oferta de oro, alcanzándose así una equivalencia 100 por 100 de dinero metálico para las operaciones *adicionales* del banco. Este fue el germen de la gran Ley Peel de 1844, encarnación del principio monetario.

Sin embargo, Huskisson no pudo sacar provecho de esto a causa de las dudas y reservas de Pennington; en concreto, Pennignton sabía muy bien y mejor que nadie que los depósitos bancarios son, lo mismo que los billetes de banco, criaturas del crédito bancario, y que «no sería tarea fácil regularlos [los depósitos] adecuadamente».

Es un misterio que el fundador del principio monetario hubiese prestado tanta atención al papel de los depósitos bancarios como dinero, y que la escuela monetaria sólo se concentrase con intensa insistencia en los billetes de banco. Sus miembros aplicaron esta alternativa del dinero 100 por 100 en oro exclusivamente a los billetes, dejando a los depósitos solos, sin control ni regulación. Algunos historiadores especulan con la posibilidad de que la escuela monetaria tomase la decisión consciente de evitar la aplicación de su principio a los depósitos en razón de una supuesta dificultad de aplicabilidad práctica, y porque creían que era más probable que los portadores de billetes —presumiblemente, una porción de la población más extensa o menos rica— y no tanto los propietarios de depósitos, los canjeasen por oro.[4] Si es así, entonces esta decisión «práctica» de olvidarse de los depósitos resultó ser a largo plazo el colmo de lo *no* práctico; en realidad, fatal para la causa monetaria o del oro al

[4] Como más adelante se verá, la escuela monetaria estuvo dividida en la cuestión de los depósitos como dinero: la mayoría, liderada por George Warde Norman y Samuel J. Loyd (Lord Overstone), defendía la simplista insistencia en los billetes como único dinero bancario, mientras que la posición contraria y correcta la sostuvieron Sir William Clay y el coronel Robert Torrens.

100 por 100. Las prohibiciones de nuevas emisiones de billetes de reserva parcial que impondría la Ley Peel sólo conseguirían que el sistema de la banca dirigido por el Banco de Inglaterra desplazase en exclusiva su atención inflacionaria y expansionista hacia los depósitos, una situación que sigue imperando en todo el mundo.

La miopía de la escuela monetaria en relación con los depósitos apenas se extendió entre sus primos de los Estados Unidos. Por el contrario, líderes defensores del oro al 100 por 100 y teóricos jacksonianos como Condy Raguet, Amos Kendall y el magnífico jacksoniano William M. Gouge, de Filadelfia (1796-1863), fueron perfectamente conscientes de que, en la cuestión del dinero bancario, el papel desempeñado por los depósitos era equivalente al de los billetes. Gouge, editor de Filadelfia, fue funcionario del tesoro en la década de 1830, y como tal permanecería a partir de entonces. Gouge sostenía con firmeza que los depósitos son, en todos los casos, iguales a los billetes, que pueden crearse mediante crédito bancario, y que tienen el mismo efecto inflacionario sobre los precios que los billetes de banco. Solicitó el regreso a las reservas 100 por 100 en oro que respaldaban los depósitos de los bancos modélicos de Hamburgo y Amsterdam. Fue también el principal teórico del sistema de financiación pública ajena a los bancos (*independent treasury system*) de Van Buren-Polk, en el cual el gobierno federal se separaría completamente de la banca, primero, no conservando depósito alguno en los bancos, gastando sus fondos en metálico, y, segundo, aceptando como impuestos sólo dinero metálico y no billetes de banco o depósitos. De esta manera el sistema bancario americano se vería libre, no sólo de un banco central (tal como prometió el presidente Jackson a principios de la década de 1830), sino de cualquier vínculo con o de cualquier apoyo por parte del gobierno federal.[5]

Del pánico de 1825 emergieron otras expresiones del principio monetario. La crisis hizo que el muy influyente banquero y parlamentario Sir Henry Drummond (1786-1860)[6] mostrara en la cuarta edición (1826) de sus *Elementary*

[5] La obra principal de William Gouge se publicó primero en dos volúmenes separados, uno histórico y otro teórico, con el título de *A Short History of Paper Money and Banking* (1833). La mayor parte del segundo volumen se reimprimió en Inglaterra con el título de *The Curse of Paper Money and Banking*, con una introducción muy oportuna del gran radical anti-banca, William Cobbet. Los dos volúmenes se reimprimieron, prácticamente íntegros, en el *Journal of Banking* del propio Gouge (1841-42).

[6] Henry Drummond, hijo mayor del banquero Henry Drummond, nació en Hampshire. Fue criado por su abuelo materno, Henry Dudas, Vizconde Melville, y en su infancia se convirtió en favorito de William Pitt. Educado en Harrow y en el Christ Church de Oxford, Drummond dejó la facultad y se hizo socio del banco londinense de su padre. El aristocrático Drummond fue miembro del Parlamento a partir de 1810 y hasta que, tres años después, su mala salud le obligó a retirarse. Entre tanto, Drummond consiguió que el Parlamento aprobase una ley que proscribía la malversación, por parte de los banqueros, de los valores que custodiaban. Drummond fundó la cátedra de economía política de Oxford en 1825, y, hacia ese

Propositions on the Currency que aquélla le había hecho caer en la cuenta de que no bastaba la mera convertibilidad metálica para evitar las crisis de expansión-depresión en el dinero y los precios. Así, pues, concluyó que debía mantenerse constante la cantidad de papel moneda, de modo que las variaciones en la oferta de dinero sólo reflejasen cambios en las reservas metálicas. El mismo año y bajo el pseudónimo de «Daniel Hardcastle», Richard Page expuso el principio monetario nítidamente: «Sólo se da una situación saneada y bien regulada cuando no circula una cantidad numérica de papel superior a la que, de no existir éste, hubiese circulado de metales preciosos.»[7]

Tras la crisis de 1825 se empezó a formar la opinión general, comenzando por James Pennington y difundiéndose por los círculos cultivados de Gran Bretaña, de que el patrón oro no basta; y de que no se puede permitir que el crédito bancario se expanda en demasía. La escuela monetaria ocupaba el extremo de esta posición con la creencia de que los bancos comerciales deben quedar restringidos 100 por 100 al oro, al menos por lo que a las emisiones futuras de billetes respecta. Por desgracia, la mayor parte de la escuela no incluyó los depósitos a la vista, ya que éstos no formaban parte de la oferta de dinero. Otros líderes de reconocido prestigio como el gobernador del banco, John Horsley Palmer, proponían una medida más moderada consistente en intensificar el control por parte del Banco de Inglaterra: piramidación del dinero bancario sobre la base de una determinada razón entre reservas y pasivos fijada por el Banco de Inglaterra.

Pero, si había que mantener el crédito bancario dentro de los límites marcados por los movimientos del oro para, de este modo, acabar con la amenaza de la inflación y del ciclo económico, *¿mediante qué mecanismo* se lograría esto? En la mayoría de los casos y, sin duda, entre casi todos los partidarios de la escuela monetaria, la respuesta era el propio Banco de Inglaterra: la misma institución que los bullionistas y sus sucesores habían contemplado durante largo tiempo como el agente principal de la inflación y de la expansión del crédito. La idea era que el banco, bien controlase a los bancos privados, bien, según la creciente opinión general, asumiese el monopolio de toda emisión de billetes —permitiéndose a los bancos un tipo de emisión de depósitos a la vista que les vincu-

mismo año, se convirtió en el principal líder, profeta y evangelista del emergente movimiento del milenarismo pre-milenario del cristianismo protestante. En 1847 regresó al Parlamento, donde permanecería como tory independiente hasta el día de su muerte. Era partidario de la guerra, del gobierno y de la iglesia oficial. Escribió muchos panfletos sobre temas financieros y evangélicos.

[7] En sus *Letters to the Editor of the Times' Journal on the Affairs and Conduct of the Bank of England* (1826), citado en Elmer Wood, *English Theories of Central Banking Control 1819-1858* (Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1939), p. 110. Otro escritor del dinero metálico fue el que, bajo el seudónimo de «Benjamin Bullion», escribió las *Letters on the Currency Question* (1826).

lase inexorablemente al Banco de Inglaterra. En suma, lo que la escuela monetaria imaginó y produjo fue el sistema bancario moderno, con todas sus profundas imperfecciones inflacionarias. En nombre del dinero ultra-metálico y sin saberlo, impuso a Gran Bretaña y luego al resto del mundo el moderno sistema bancario centralizado, inflacionario, de reserva parcial y dominado por un banco central. La teoría decía que el banco controlaría a los bancos privados mediante el monopolio de la emisión de billetes y otras medidas, y que el gobierno ejercería un control estricto sobre el propio banco.

El otro instrumento principal del control bancario sobre los bancos privados era la centralización del oro en manos del banco y la conversión de los billetes del Banco de Inglaterra en moneda de curso legal para todos los ciudadanos y bancos. Para ello, se induciría a los bancos a ceder todo su oro al Banco y a llevar a cabo una piramidación con sus préstamos y depósitos sobre la base de sus reservas bancarias. Los depósitos a la vista de aquéllos siempre podrían canjearse por dinero de curso legal. En definitiva, una vez que la propuesta de esta estructura se implantó en Gran Bretaña y en otras partes, al mundo se le endosó el moderno sistema bancario.

Sigue siendo un misterio cómo unos hombres tan profundamente conscientes y críticos del papel cartelizador e inflacionario del Banco de Inglaterra pudieron hacer la propuesta de un control centralizador en manos de un mismo banco, y todo ello con el objeto de acabar con la inflación y de ligar estrechamente el sistema monetario y el oro. Ciertamente era, como dice el proverbio, meter un zorro en un corral de gallinas. Es verdad que una minoría de monetarios defendían otra alternativa, la que originariamente recomendara el padre espiritual de la escuela monetaria, el propio David Ricardo. Influido por una propuesta inédita de J.B. Say de 1814, Ricardo ya había insinuado esta solución en la parte final de un panfleto de 1816, *Economical and Scarce Currency*. En su última y póstuma obra publicada en 1824, *The Plan for the Establishment of a National Bank*, Ricardo elaboraba y proponía el nuevo plan: nombramiento de una junta gubernamental que se hiciese cargo del monopolio de la emisión nacional de billetes limitando las operaciones bancarias del Banco de Inglaterra al crédito y los depósitos. La idea era que, dado que no se podía confiar al banco el monopolio de emisión de billetes, esa función debía encomendarse al gobierno central. Sin embargo, no cabe duda de que en este caso el mando se depositaba en algo peor que un zorro, en un lobo. El gobierno tiende a la inflación monetaria y del crédito tanto, si no más, que cualquier banco privado central. El gobierno siempre puede utilizar la inflación para financiar los déficit que desee y para subvencionar el crédito a sus aliados políticos.

Había modos mucho más eficaces de limitar la expansión del crédito bancario. En los Estados Unidos, durante la era Jackson-Van Buren (aproximadamente entre 1828 y la década de 1840), que, más o menos, coincidió con el periodo británico de las controversias entre las escuelas monetaria y bancaria, el pro-

grama del movimiento jacksoniano del dinero metálico fue mucho más riguroso y, a la larga, mucho más realista que el de sus primos espirituales de la escuela monetaria. Ambos grupos pretendían lograr una moneda fuerte, estrechamente ligada al metal, con el fin de acabar con la inflación y el ciclo de expansión-depresión. Pero, de manera mucho más lógica, en vez de conservar y fortalecer el banco central, los jacksonianos se propusieron como tarea prioritaria destruirlo. Para Gouge, Kendall, Raguet y sus seguidores, entre los cuales se hallaban los presidentes Jackson y Van Buren, el siguiente paso sería separar completamente el gobierno federal del dinero estableciendo un sistema de financiación pública ajena a los bancos (*independent treasury system*), sistema que fue aprobado por la administración Van Buren en 1840, rechazado posteriormente por los whigs y vuelto a instaurar definitivamente en 1846 por la administración jacksoniana de Polk. La idea de un tesoro público independiente suponía, en primer lugar, que éste guardase sus propios fondos y que no los depositase en ningún banco; y, en segundo, que el tesoro público sólo aceptase impuestos y otros derechos *en metálico*, ni siquiera billetes de bancos que rescataran en metálico. Para ello, el gobierno federal jamás fomentaría en modo alguno la circulación de billetes o depósitos bancarios. Otro punto del programa Van Buren que se debatió pero que nunca se aprobó por ser demasiado agresivo era una ley federal sobre la quiebra que hubiese obligado a cerrar sus puertas a todo banco que no hiciese frente a sus obligaciones contractuales de rescate a la vista en metálico de sus billetes o depósitos. Otros artículos del programa jacksoniano incluían la quiebra forzosa impuesta por el estado a todo banco en el instante en que dejara de pagar en metálico, e incluso la proscripción de toda reserva parcial bancaria por ser intrínsecamente fraudulenta al prometer algo que no podía cumplirse: el inmediato rescate en metálico de todas las obligaciones a la vista.[8]

Menos rigurosas que las jacksonianas, pero mejores que la confianza de la escuela monetaria en el banco central, fueron las propuestas de eliminación del Banco de Inglaterra que hiciera en 1825 un consorcio bancario de libre creación. No obstante, los defensores de la banca libre carecían prácticamente de unidad tanto en sus opiniones teóricas como en sus metas; unos deseaban una banca libre que eliminase lo que consideraban que era una restricción impuesta por el Banco de Inglaterra sobre la expansión del crédito bancario; otros deseaban lo mismo por la razón opuesta: acercarse al objetivo de la escuela monetaria de un dinero puramente metálico.

Entre los primeros estaba, por ejemplo, el veterano inflacionista y antibullionista, Sir John Sinclair. Por otro lado, un ejemplo especialmente notable

[8] Un excelente estudio del programa del tesoro independiente y de sus dos secciones clave, así como de la propuesta de quiebra de Van Buren, es el de L. Wilson, *The Presidency of Martin Van Buren* (Lawrence, Kan.: The University Press of Kansas, 1984), p. 73 y *passim*.

dentro del segundo grupo, el del dinero metálico, fue Robert Mushet, antiguo bullionista y secretario de la Real Casa de la Moneda. En su importante libro *An Attempt to Explain from Facts the Effects of the Issues of the Bank of England*... (1826), Mushet proponía un tipo de teoría del ciclo económico según el principio monetario. El Banco de Inglaterra, apuntaba, puso en marcha una política expansionista que produjo un auge inflacionario que más tarde habría de invertirse en la forma de una depresión restrictiva. Al igual que la escuela monetaria posterior, el objetivo de Mushet era llegar a una moneda puramente metálica o a su equivalente, y vio que la banca libre era, frente al banco central, una vía mejor para lograrlo. Así, Mushet alabó la ley de 1826 que permitía la existencia de sociedades anónimas bancarias fuera del área de Londres por cuanto suponía una mejora del sistema precedente, aunque aún no atacaba el «principal mal», «porque aquéllas no reciben el poder que el Banco de Inglaterra posee de aumentar de modo considerable el dinero en circulación». Pero, «cuando expire el monopolio del Banco [en 1833] y el comercio en dinero sea completamente libre, puede ser que emerja un mejor orden de cosas». Ese orden mejor comprendería la estabilidad, una moneda que no sufriese un exceso de expansión y el fin del ciclo de expansión-depresión.[9]

Sin embargo, el defensor más importante, con mucho, de la banca libre y del dinero metálico fue el veterano bullionista Sir Henry Brooke Parnell, un destacado parlamentario que se había unido al campo bullionista en la cuestión del dinero irlandés de 1804, que había sido miembro prominente del *Bullion Committee* y que, había apoyado en 1819 la reanudación. Ya en 1824, Parnell había promovido en el Parlamento que se llevase a cabo una investigación sobre el estatuto jurídico del Banco de Inglaterra. En 1826 denunció el «privilegio exclusivo y dañino» del mismo. En 1826, y de nuevo al año siguiente, organizó un debate en el Club de Economía Política sobre el tema «¿Es posible que la completa liberación del negocio de la banca de sus interferencias legislativas pueda garantizar una buena moneda?» No cabe duda alguna sobre la respuesta afirmativa de Parnell.

Parnell expuso sus opiniones sobre la banca libre en el opúsculo de 1827 *Observations on Paper Money, Banking, and Overtrading* (1827, 2.ª ed., 1829). Siguiendo a Mushet, Parnell comenzaba responsabilizando del pánico de 1825 a las excesivas emisiones del Banco de Inglaterra en los años 1824-25. El problema era que la ley había privado al banco «del gran control sobre los abusos en la emisión de papel moneda propiamente dicho, la competencia de bancos rivales». Más allá de Mushet, Parnell no estaba dispuesto a esperar a que el estatuto jurídico del banco expirase en seis años; el poder que el banco tenía sobre el dinero, y, por lo tanto, sobre los precios y la situación general de los nego-

[9] Sobre Mushet, véase Lawrence H. White, *Free Banking in Britain: Theory, Experience, and Debate, 1800-1845* (Cambridge: Cambridge University Press, 1984), p. 62.

cios, era «tan absolutamente repugnante... que no debía tolerarse por más tiempo». Parnell concluía que el remedio sería un «sistema de banca libre», y, saltándose algunas páginas del final de la obra de Mushet, proclamaba que él era la primera persona de Inglaterra que había enarbolado el estandarte de la banca libre.[10]

Por otra parte, no debe sorprender que, durante este tiempo, el inveterado defensor del subconsumo George Poulett Scrope hubiese sido también un defensor inflacionista de la banca libre. En varios libros y en un artículo para la revista tory *Quarterly Review*, que ya había sido anunciado en esa misma publicación por los artículos de otros autores de ideas afines, Scrope exigía la legalización de los billetes de banco pequeños y que se diese fin al monopolio londinense de emisión de billetes del Banco de Inglaterra. Su programa estaba pensado para que concordase con los objetivos inflacionistas. Así, pues, los bancos competitivos podrían rescatar sus billetes en metal no amonedado en lugar de en moneda metálica. La meta declarada de este programa de banca era, en palabras de Scrope, «disminuir en todas partes los valores de los metales y, con ellos, el del dinero».[11]

7.3 Los nuevos estatutos del Banco de Inglaterra

Los estatutos del Banco de Inglaterra expiraban en 1833, y esto pareció ofrecer a los críticos del sistema existente una oportunidad de oro para llevar a cabo una reforma profunda. En 1832, la Cámara de los Comunes nombró una comisión sobre dichos estatutos para que investigase detalladamente el sistema bancario, centrándose en la cuestión del monopolio de emisión de billetes de Londres y sus alrededores. Las comparecencias ante la misma y la investigación que llevó a cabo constituyeron el examen más concienzudo que hasta la fecha se había realizado sobre la banca británica, pero Parnell, el único miembro de la comisión que votó contra la concesión de nuevos estatutos al banco, se quejó con algo de razón de que la lista de testigos era contraria a los partidarios de la banca libre por las maniobras del canciller del Exchequer del gobierno de Lord Grey, el Vizconde Althorp.[12]

---

[10] Sobre Parnell, ignorado por la mayoría de los historiadores, véase *ibid*., pp. 62-3, y Jacob Viner, *Studies in the Theory of International Trade* (Nueva York: Harper & Bros., 1937), pp. 24-241.

[11] George Poulett Scrope, *An examination of the Bank Charter Question* (1833), p. 456. Véase también Scrope, *The Currency Question Freed from Money* (1830), *On Credit Currency* (1830). Los otros artículos publicados en 1830 en la *Quarterly Review* eran de Edward Edwards y H.A. Nilan. Sobre Scrope, véase Fetter, *op. cit*. nota 1, pp. 137-8. Como es característico, White ignora la diferencia clave entre el inflacionismo de Scrope y los escritores del dinero metálico del ámbito de la banca libre. White, *op. cit*., nota 9, *passim*.

[12] John Charles Spencer, Vizconde Althorp (1782-1845), nació en Londres en el seno de una familia aristocrática; era hijo del Conde Spencer. Tras estudiar en Harrow y en el Trinity

Era evidente que los testimonios de las comparecencias parlamentarias convergían en la necesidad de una centralización de la emisión de billetes en manos de un Banco de Inglaterra reforzado, una política que tanto la escuela monetaria, en su versión equivocada, como la élite de poder moderadamente inflacionista podían apoyar. Sólo unos pocos declarantes se mostraron favorables a la competencia bancaria en la emisión de billetes de Londres, y sólo uno, el comerciante y accionista bancario de Manchester, Joseph Chesborough Dyer, se opuso a la fatídica propuesta de conceder a los billetes del Banco de Inglaterra la condición de moneda de curso legal.

Sobre la base de la investigación de la comisión, el Vizconde Althorp se presentó en 1833 con su programa legislativo: conservar el *status quo* de los estatutos del banco y el monopolio de la emisión de billetes de Londres en un radio de 65 millas, y centralizar aún más la banca concediendo a los billetes de banco el carácter de moneda de curso legal. Esto significaba que, a partir de entonces, los bancos privados y los que estuviesen constituidos en forma de sociedad anónima no necesitarían retener ninguna de sus reservas en oro, ya que la ley obligaría a depositantes y portadores de billetes a aceptar los pagos en billetes de banco; así, únicamente el Banco de Inglaterra tendría que hacer frente a sus obligaciones contractuales de rescate en oro de sus billetes o depósitos. Esta medida de 1833 contribuyó considerablemente a reducir el papel de la moneda de oro en la vida cotidiana y a alentar su sustitución por billetes de banco y depósitos bancarios. En el momento de presentar su programa, Althorp observó que, desde que la comisión iniciara sus comparecencias, «el público se había inclinado a considerar de un modo favorable la administración del Banco de Inglaterra...». En suma, la tendenciosa comisión había hecho bien su trabajo. Por otra parte, presagió el futuro afirmando que su objetivo era conseguir que el Banco de Inglaterra emitiese todos los billetes bancarios, que es lo que conforma el moderno sistema bancario.

College de Cambridge, Althorp recibió en 1802 el grado de *Master of Arts* por el Trinity. Fue parlamentario a lo largo de 30 años a partir de 1804. Si en un primer momento apoyó a Pitt, en el Parlamento adoptó por lo general una postura radical combatiendo contra el impuesto de la piel y a favor de la emancipación católica; tras 1815 se unió a la oposición whig favorable a la reforma, la disminución de los impuestos y al recorte de los presupuestos. En 1830 rechazó el cargo de primer ministro convirtiéndose en canciller del Exchequer del gobierno Gray y en líder de la Cámara de los Comunes.

Tras la muerte de su padre en 1833, Althorp, ahora Lord Spencer, heredó el condado y abandonó la política de primera línea de la Cámara de los Comunes. Con todo, volvió a tener influencia en la cuestión de la paz con Francia y de la revocación de las Leyes del Cereal de la década de 1840.

Propietario de tierras y ganadero en Yorkshire, Althorp amaba la agricultura y la caza. Fundó o contribuyó a fundar la Sociedad Agrícola de Yorkshire así como la Sociedad Agrícola Inglesa (1828), la futura Real Sociedad Agrícola.

Con todo, ante esta amenaza de privilegios de emisión de billetes, el poderoso grupo de presión de la banca regional se alzó muy indignado, por lo que el Gabinete se vio obligado a echar marcha atrás en sus pretensiones de un monopolio de emisión de billetes para el Banco de Inglaterra. Lord Althorp se sintió tan frustrado ante el éxito de esta presión que casi llegó a renunciar a su puesto en el gobierno.

Aunque sólo uno de los declarantes se opuso a la concesión del curso legal a los billetes del Banco de Inglaterra, esta disposición se aprobó en la Cámara de los Comunes únicamente merced al apoyo de los archi-inflacionistas contrarios al patrón oro; el resultado de la votación fue de 214 votos contra 156, y en ella los incondicionales del dinero metálico, Sir Henry Parnell y Sir Robert Peel, líder de la oposición tory, votaron en contra.

Como era de esperar, la indignación del público contra la ley sobre el curso legal fue pilotada por los banqueros regionales. El comité de bancos regionales, dirigido por Henry William Hobhouse, apuntó que la ley «violaría los derechos privados y aseguraría para el Banco de Inglaterra un monopolio injusto y perpetuo». La memoria del comité sólo manifestó que el gobierno había tomado medidas contra las tendencias expansionistas de los bancos regionales ignorando «el funcionamiento del mismo principio» en el Banco de Inglaterra, en su caso, sin la contención de la competencia de otros bancos.

El jurista escocés y prolífico defensor de la banca libre, Alexander Mundell, encabezó la reacción pública contra la ley de la moneda de curso legal. Mundell advertía que la ley de 1833 conduciría a una centralización de las reservas metálicas del país en las manos del Banco de Inglaterra. Denunció que «Vuestra industria [inglesa], a la que ya se le han gravado imposiciones tributarias en virtud de los privilegios exclusivos que posee el Banco de Inglaterra en su actual condición, va a ver cómo se las aumentan a causa de la ampliación del mismo».[13]

7.4 La crisis de 1837 y la polémica sobre la escuela monetaria

La ley de 1826 había permitido la existencia, por vez primera en Inglaterra, de las sociedades anónimas bancarias (excepto para el Banco de Inglaterra). Sin embargo, varias restricciones aún vigentes habían limitado el número de dichas sociedades a catorce; la ley de 1833 había anulado estas restricciones, y su consecuencia fue una verdadera orgía de fundación de bancos privados. Cuarenta y cuatro nuevos bancos aparecieron entre 1831 y 1835, superados por no menos de cincuenta y nueve sólo en 1836, quince de ellos fundados entre

[13] En Alexander Mundell, *The Danger of the Resolutions Relative to the Bank Charter...* (Londres, 1833). Citado en White, *op. cit*. nota 9, pp. 67-8.

el 1 de mayo y el 15 de junio de ese año. Uno de éstos, el poderoso Banco de Londres y Westminster, se fundó en 1834 en el propio Londres, aunque, claro está, se le prohibió la emisión de billetes.

De la mano del aumento del número de bancos sobrevino una expansión del dinero bancario. De modo que la circulación de billetes de los bancos regionales subió de 10 millones de libras a finales de 1833 a 12 millones de libras a mediados de 1836. Casi todo este aumento provino de los nuevos bancos privados: de 1.3 millones de libras a 3.6 en el mismo periodo.

Aunque el Banco de Inglaterra y los bancos regionales privados se quejaran de la nueva competencia, lo que alimentó este florecimiento de bancos y billetes fue la propia expansión del crédito por parte del banco. Los descuentos del banco ascendieron de 1.0 millones de libras en abril de 1833 a 3.4 millones en julio de 1835, y hasta más de 11 millones a finales de este último año. A su vez, el total del crédito bancario se elevó de 24 millones de libras en 1833 hasta los 35 millones de principios de 1837. Esta expansión tuvo lugar frente al descenso de las reservas bancarias en metálico, de 11 millones de libras en 1822 a menos de 4 millones a finales de 1836. Demasiado para el principio monetario y su versión moderada de la «norma Palmer» que el Banco de Inglaterra había venido siguiendo, según explicara su gobernador, John Horsley Palmer, ante la comisión de 1832 sobre el estatuto del banco. No hay modo de hacer que esa práctica —la de multiplicar el crédito al mismo tiempo que descienden las reservas— se aproxime siquiera al ideal monetario de una oferta de dinero que varíe como si de la misma provisión de metálico del país se tratase.

Para acabar con ella, y como venía siendo habitual, la propia expansión del crédito bancario dio lugar a la crisis financiera y pánico de finales de 1836 y principios de 1837, un periodo repleto de retiradas masivas de fondos de los bancos, especialmente de los de Irlanda. Se sucedieron los síntomas típicos de la recesión: contracción del crédito bancario, disminución de la producción, hundimiento de los precios de las acciones, numerosas quiebras de bancos y de otros negocios, y el aumento del desempleo.

No es de extrañar que el nuevo ciclo de expansión-depresión diese lugar a nuevas investigaciones parlamentarias —las comisiones sobre sociedades anónimas bancarias de 1836, 1837 y 1838—, y, aun más, a encendidos debates en panfletos y en la prensa sobre la situación bancaria. De hecho, sólo en 1837 se publicaron más de cuarenta panfletos sobre el sistema bancario, a los que siguieron una buena cantidad el año siguiente.

La guerra de panfletos fue desencadenada por uno excepcional escrito por el coronel Robert Torrens;[14] excepcional, no sólo por ser la mejor exposición de

---

[14] Robert Torrens, *A Letter to the Right Honourable Lord Viscount Melbourne on the Causes of the Recent Derangement in the Money Market and on Bank Reform* (Londres, 1837).

la escuela monetaria, sino también porque supuso el repentino paso de su autor a las filas monetarias. Y es que Torrens, aparte de ser un distinguido economista político, amigo de Ricardo y uno de los principales fundadores del Club de Economía Política, había sido un inflacionista y anti-bullionista entusiasta, casi violento, durante las controversias desencadenadas entorno al *Bullion Report*. Es más, el inflacionismo de Torrens había durado, como poco, hasta 1830.

Más tarde, en el curso de unos discursos confusos y desconcertantes pronunciados en el Parlamento en el año crítico de 1833, Torrens siguió con sus viejos y enconados ataques anti-deflacionistas al acta de reanudación de 1819, aunque, en medio de los mismos, también enunció incoherentemente y con claridad el principio monetario:

> Una dilatada y calamitosa experiencia había probado el hecho de que una moneda compuesta de metales preciosos y de papel convertible a la vista en dichos metales, estaba expuesta a fluctuaciones repentinas y considerables entre los extremos del exceso y la deficiencia... Una moneda mixta... sufriría una contracción mucho más acusada... que otra puramente metálica... A menos que nuestro actual sistema monetario fuese corregido por la oportuna intervención de la Asamblea Legislativa, dicho sistema podría llegar a ocasionar dificultades periódicas y más graves, hasta que, por fin, encontraría su eutanasia en una quiebra nacional.[15]

En otro discurso sobre la concesión al Banco de Inglaterra de nuevos estatutos, Torrens advirtió de que «la adopción de las medidas propuestas por el Gobierno para continuar con y aumentar los privilegios exclusivos del Banco de Inglaterra haría que reapareciesen periódicamente en el país formas de retraimiento comercial y situaciones de pánico más severas en el mercado monetario...».

Finalmente, todas las dudas se despejaron en su *Letter to Lord Melbourne*, y el coronel Torrens se unió a los líderes de las filas de la escuela monetaria. Empezó apuntando, frente a la mayoría de sus colegas monetarios y rindiendo homenaje a James Pennington por haberlo señalado, que, lo mismo que los billetes de banco, los depósitos bancarios son dinero. Torrens explicó con mucha claridad la naturaleza dineraria de los depósitos mostrando que el cambio del pasivo bancario de billetes a depósitos o viceversa no modificaría la cantidad de dinero de banco con el cual los comerciantes y otras personas pueden hacer compras. También observó que, mientras que la mayoría de la gente ha aprendido que un incremento de la moneda metálica y de los billetes de banco eleva los precios y deprecia la divisa, ni el gobierno ni los directores del Banco de Inglaterra entienden cómo pueden hacer lo mismo los préstamos y los de-

[15] Citado en Lionel Robbins, *Robert Torrens and the Evolution of Classical Economics* (Londres: Macmillan, 1958), p. 89. Robbins, biógrafo de Torrens, reconoce que no es capaz de explicar el cambio radical de Torrens en relación al dinero y al inflacionismo. *Ibid*., pp. 73-4.

pósitos. Desafortunadamente, Torrens rechazaría luego los depósitos como poco importantes, parece ser que en razón de que es el banco, y no el público, quien decide si mantener su pasivo en billetes o en depósitos, así como por la errónea suposición de que los bancos regionales y los que constituyen sociedades llevan a cabo una piramidación según una proporción fija sobre la base de sus billetes en tanto que reservas y no sobre los depósitos. A partir de entonces, Torrens escribió y actuó como si los depósitos careciesen de relevancia para la oferta de dinero.

Por desgracia, Torrens también admitió que el banco debe operar como un prestamista de última instancia de los bancos en apuros, aunque después atacó al banco principalmente por alimentar el fuego del crédito inflacionario y por no ajustarse al principio monetario desde el principio. Con el objetivo de imponer al banco el principio monetario, Torrens solicitó al Parlamento, por vez primera en letra impresa, que lo dividiese rigurosamente en un departamento de emisión y en otro de operaciones bancarias. Al departamento de emisión se le obligaría a ceñir sus emisiones de billetes a su provisión actual de oro, de manera que los billetes sólo fluctuasen según los aumentos o disminuciones de las existencias de oro. De este modo, escribió Torrens, «la circulación [de billetes de banco] siempre permanecería en la misma condición, en cantidad y en valor, que si fuese enteramente metálica».

El problema del plan de Torrens, y por lo tanto del monetario, es que el departamento de operaciones bancarias quedaría completamente libre y sin regulación, ya que suponía que el banco podía emitir créditos y depósitos, y que dichos préstamos y depósitos a la vista no eran en absoluto relevantes para la oferta de dinero. La no consideración de los depósitos fue el fallo trágico del plan monetario.

El asalto del Coronel Torrens al banco fue contestado en un panfleto anónimo por el director y antiguo gobernador del banco John Presley Palmer.[16] Lo mismo que durante décadas hicieran los apologistas del banco, Palmer responsabilizó de la inflación y de la recesión a todas las instituciones *menos* al banco: a los envíos de fondos al exterior, a las retiradas masivas de aquéllos de los bancos y a la imprudente expansión del crédito por parte de los bancos privados y societarios ingleses e irlandeses. Concluía que la solución —una de las predilectas del banco— era que éste poseyera el monopolio de toda emisión de billetes. Resulta irónico que la escuela monetaria, tan hostil al banco, propusiese el mismo plan por diferentes razones: para que el gobierno sólo tuviese que regular un único banco central.

[16] *The Causes and Consequences of the Pressure upon the Money-Market* (Londres, 1837). Palmer (1779-1858) era hijo de William Palmer de Essex, un comerciante de Londres, alcalde y agente judicial en Essex. John Horsley Palmer, comerciante de la India Oriental y propietario de barcos, fundó en 1802 una sociedad con su hermano. Fue uno de los directores del Banco de Inglaterra a partir de 1811.

En su *Letter to Melbourne*, Torrens había reconocido el mérito del banquero Samuel Jones Loyd por ser el primero en exponer la idea de una división del Banco de Inglaterra en los departamentos de emisión y operaciones bancarias. Loyd intervino ahora con un panfleto de ataque a Palmer en el que asumía el liderazgo del campo monetario.[17] De manera mucho más simplista que Torrens, afirmaba dogmática aunque fatalmente que los billetes y los depósitos son siempre absolutamente diferentes y, por lo tanto, pueden y deben ser tratados de manera totalmente distinta. El Profesor Fetter ofrece una explicación amena y fiel del triunfo de la postura simplista de Loyd:

> Él [Loyd] declaró como fundamental que ningún hombre en su sano juicio podría cuestionar que la emisión de billetes y las operaciones con depósitos eran cosas completamente distintas y que una circulación mixta de moneda metálica y billetes fluctuaría exactamente igual a como lo haría una circulación completamente metálica. A pesar de su vacuidad teórica, no se podía negar el peso del argumento de Loyd... El prestigio de Loyd como banquero de éxito hizo que sus palabras resultasen convincentes a muchos de los que... pensaban que algo había de hacerse en relación al Banco de Inglaterra y que un hombre que hacía dinero en la banca debía entender la banca.[18]

A lo largo de 1837 y 1838, el principio monetario fue defendido en panfletos muy influyentes, escritos por Loyd otra vez, por el hermano de David Ricardo, Samson, y —en lo que constituyó una declaración especialmente importante— por el que fuera largo tiempo director del Banco de Inglaterra, George Warde Norman. Lo mismo que Loyd, Torrens y Pennington, Norman fue miembro del Club de Economía Política. Su panfleto de 1838 era una revisión de otro que había impreso privadamente cinco años antes.[19] Norman estaba de acuer-

---

[17] En sus *Reflections Suggested by a Perusal of Mr. Horsley Palmer's Pamphlet* (Londres, 1837). Samuel Loyd (1796-1883), más tarde Barón Overstone, era hijo único de un ministro disidente galés, el Rev. Lewis Loyd. La madre de Loyd era hija de un banquero de Manchester, John Jones. Educado en Eton, en 1818 obtuvo el grado de *Bachellor of Arts* por el Trinity College de Cambridge (fue el número uno de su promoción). En 1822 recibiría el de *Master of Arts* por el Trinity. Para entonces, el Rev. Loyd ya había abandonado el ministerio sacerdotal y se había hecho socio del banco de su suegro, pasando a fundar la sucursal londinense del Jones, Loyd & Co.. En 1834, el banco se fusionó con el nuevo Banco de Londres y Westminster. Triunfó como banquero y en 1844 sucedió a su padre en la dirección del Banco de Londres y Westminster. Loyd murió siendo uno de los hombres más ricos de Inglaterra. En 1850 se convirtió en Lord Overstone.

[18] Fetter, *op. cit*. nota 1, p. 171.

[19] Norman, *Remarks Upon Some Prevalent Errors with Respect to Currency and Banking* (Londres, 1838). Norman (1793-1882) había nacido en Kent; su padre, George Norman, comerció con madera en el área de Noruega, y fue agente judicial en Kent. George Warde fue educado en Eton y se unió a su padre en el comercio con Noruega, donde pasó muchos años. Tras la jubilación de su padre en 1824, se convirtió en el único propietario del negocio hasta que en 1830 se fusionó con otra firma comercial. George Warde Norman fue uno de los directores del Banco de Inglaterra entre 1821 y 1872, y fue miembro de la comisión del tesoro del banco

do con Loyd en que los billetes y los depósitos eran completamente diferentes, y también sugirió la concesión al Banco de Inglaterra del monopolio de todos los billetes de banco. Dado que Norman era un director de banco poderoso, podría parecer que su defensa del supuesto principio monetario «anti-banca» era algo así como lo que hiciera B'rer Rabbit, ¡suplicar que no le echasen a las zarzas!

Otro economista que puso su prestigio como uno de los últimos ricardianos al servicio del principio monetario fue el prolífico John Ramsay McCulloch. Y lo hizo en la reseña que escribiera de algunos de los panfletos publicados a lo largo del año para la *Edinburgh Review* de abril de 1837 y, una vez más, en una nueva edición de la *Riqueza de las naciones* de Smith que publicó el año siguiente. En 1840, en la siguiente fase del debate, otro destacado economista irrumpió en las controversias defendiendo el principio monetario: S. Mountifort Longfield, en un renombrado artículo en cuatro partes, «Banking and Currency», aparecido en la *Dublin University Magazine* y muy influido por los escritos de McCulloch.

7.5 La crisis de 1839 y la intensificación de la polémica sobre la escuela monetaria

Un nuevo episodio expansivo acaecido en 1837 y 1838 fue seguido de otra crisis económica hacia finales de 1838 y a lo largo de 1839. Se sucedieron las quiebras y las retiradas masivas de fondos de los bancos, y la reserva de oro del Banco de Inglaterra cayó de los 9.8 millones de libras de diciembre de 1838 a los 2.4 millones de septiembre de 1839. Y no sólo eso, sino que, a pesar de tener mermadas sus reservas, el banco, en lugar de seguir su propia norma Palmer ni nada que se le pareciese (ni que decir tiene el más riguroso principio monetario), multiplicó todavía más el crédito, precipitando con ello una mayor pérdida de oro. En julio y agosto de 1839, el canciller del Exchequer ya estaba empezando a considerar una nueva restricción del pago en metálico en defensa del banco. El banco sólo se salvó gracias a los masivos créditos del Banco de Francia y del de Hamburgo.

Era evidente que la situación bancaria se estaba volviendo insostenible y que algo había que hacer. En 1840 y 1841, el Parlamento nombró comisiones especiales sobre los bancos de emisión, ante las que comparecieron numerosos declarantes en relación a la materia. Se redoblaron las disputas en las compare-

en la década de 1840. Asimismo, fue socio fundador del Club de Economía Política, el último de los miembros originales que sobreviviría.

Norman fue un liberal consagrado al libre comercio y amigo íntimo del gran radical filosófico, banquero y clasicista George Grote. Había leído mucha literatura inglesa, continental, latina y noruega.

cencias parlamentarias así como la controversia de panfletos, más apremiantes, si cabe, tras reconocer Horsley Palmer que al banco le era prácticamente imposible cumplir su norma.

Surgieron varios grupos que cuestionaron la opinión cada vez más extendida de la escuela monetaria. Los defensores de la banca libre siguieron el ejemplo de la escuela monetaria arremetiendo contra la responsabilidad del Banco de Inglaterra en la inflación y el ciclo económico. Sin embargo, la fuerza de su oposición al banco se vició por la apología constante de los bancos regionales y de las sociedades anónimas bancarias. Aunque es cierto que dichos bancos estaban gobernados por las medidas tomadas por el Banco de Inglaterra, su pretensión de que los bancos privados eran totalmente pasivos y estaban libres de toda responsabilidad en el proceso constituyó un error clamoroso. La escuela de la banca libre se desacreditó principalmente por el hecho de que casi todos sus portavoces —a excepción de Sir Henry Parnell, fallecido en 1842 en medio de la controversia— eran banqueros regionales o miembros de alguna sociedad bancaria, de modo que el interés particular de su posición era demasiado evidente. Si este grupo hubiese ceñido su defensa de la banca libre a la cuestión, en buena medida *política*, de que el banco llegaría a ser inevitablemente *más* inflacionario y peligroso que la banca competitiva, habrían sido más convincentes. Sin embargo, esa limitación no suele ser la práctica habitual de quienes hacen alegatos particulares.

El único economista distinguido que hizo suya la causa de la banca libre fue el teórico del valor subjetivo Samuel Bailey. Sin embargo, Bailey había fundado y era en estos momentos presidente de la Compañía Bancaria de Sheffield, así que su apología resultó demasiado sospechosa. Bailey lanzó, en efecto, uno de los ataques más fieros insistiendo en la pasividad de los bancos regionales y los constituidos en forma de sociedad anónima, así como combatiendo la misma idea de que sea errónea la preocupación por los cambios en la cantidad de la oferta de dinero. Al asegurar a sus lectores que la banca competitiva siempre aportaría «un fino ajuste entre el dinero y las necesidades de la gente», Bailey pasaba por alto la verdad ricardiana fundamental de que, una vez creado el dinero mercancía, jamás se da algo así como un valor social que haga que se incremente la oferta de dinero, y que los aumentos inflacionarios del crédito bancario se producen como un proceso de emisión fraudulenta de falsos certificados de depósito de moneda patrón.

Otra escuela de pensamiento que surgió en este periodo fue la escuela bancaria, en estos momentos integrada por un sola persona destacada, Thomas Tooke. Tooke (1774-1858), hijo de un capellán, era por entonces un provecto mercader vinculado con el comercio de Rusia que había empezado a trabajar en San Petersburgo a los 15 años y que se había hecho socio de una empresa mercantil de Londres. Interesado durante mucho tiempo por las cuestiones económicas, Tooke había sido uno de los fundadores del Club de Economía

Política, a cuyas reuniones seguiría asistiendo hasta el día de su muerte. Durante la época de la polémica sobre el metal en pasta fue un fiel bullionista y apoyó la reanudación de los pagos en metálico de 1819. Con todo, Tooke no pasó de ser un pensador confuso y superficial, y toda la sagacidad teórica que pudiera haber poseído parece que se malogró sin remedio por décadas de inmersión en la obra de su vida, una *History of Prices and of the State of the Circulation from 1792* en cuatro volúmenes y publicada entre 1838 y 1848.[20] Por ejemplo, el juego inductivo con sus estadísticas pudo llegar a convencerle, ya en los primeros volúmenes de 1838, de que, en primer lugar, los altos precios al alza de la época napoleónica sólo se debieron a malas cosechas que disminuyeron la oferta de productos agrícolas así como a las obstrucciones impuestas al comercio exterior, y, en segundo, de que *la caída* de precios posterior a la guerra estuvo causada por cosechas más abundantes y por la recuperación del comercio. Con semejantes conclusiones, Tooke fue capaz de seguir adelante, tanto en su tercer volumen de la *History of Prices* de 1840 como en su comparecencia parlamentaria del mismo año, con la fundación de la escuela bancaria partiendo de la siguiente proposición (según palabras de una nítida formulación de Tooke cuatro años posterior): «los precios de las mercancías no dependen de la cantidad de dinero marcada por el volumen de billetes de banco, ni de la cantidad total de moneda corriente, sino que más bien, por el contrario, es la cantidad de moneda corriente la que es resultado de los precios».

Para ser justos con Tooke y sus colegas de la escuela bancaria, ellos no pretendían —o no manifestaron pretender— aplicar, tal y como habían hecho sus predecesores anti-bullionistas, esta antigua falacia al dinero *no convertible*, sino sólo al convertible. Sin embargo, esto no hacía que su análisis fuera un ápice menos absurdo. Merece la pena citar con cierta extensión la magistral crítica llevada a cabo por Torrens: primero apunta que Tooke ha «merecido el honor, que ni siquiera él mismo puede destruir», de haber mostrado «a través de «una extensa inducción a partir de hechos presentes e históricos... que el valor de todo disminuye a medida que aumenta su cantidad en relación con la demanda». Pero, después, observa Torrens, Tooke «se desdice afirmando que el valor del dinero no disminuye a medida que aumenta su cantidad en relación a la demanda». Cuando menos, esto lo dice respecto a un patrón de dinero convertible. Y Torrens concluye incisivamente que los efectos de un aumento son los mismos tanto para un dinero convertible como para otro no convertible. La única diferencia estriba en que el dinero convertible impone límites a los aumentos. De esta manera: «Mr. Tooke cae en el error de suponer que el límite que la no convertibilidad pone a una mayor disminución del valor, impide la

[20] Los dos primeros volúmenes se publicaron en 1838, el tercero en 1840 y el cuarto en 1848. Dos volúmenes posteriores aparecieron en 1857, casi al final de la vida de Tooke, pero fueron escritos en su mayor parte por el co-autor de Tooke, William Newmarch.

existencia previa de la disminución a la que ulteriormente pone freno.» Al igual que Adam Smith, la escuela bancaria daba alegremente por supuesto que los ajustes y limitaciones de la convertibilidad son instantáneos y, por lo tanto, que no se producen problemas en los procesos actuales del mundo real.

La particular estocada que Torrens propinaría a Tooke cuatro años más tarde es incontestable: «A lo largo de interminables páginas llenas de afirmaciones incoherentes [de los volúmenes de la *History of Prices*], reitera la conclusión de que el valor de los bienes ha fluctuado en relación con el dinero y que, por consiguiente, el valor del dinero no ha fluctuado en relación con los bienes.»

El corolario de la escuela bancaria, tomado de los anti-bullionistas y, gracias a Tooke, otra vez en primer plano, es que el Banco de Inglaterra *no puede* incrementar la oferta de dinero (o, como lo expresara de modo descarnado el propio Tooke, «El Banco de Inglaterra no tiene poder para aumentar la circulación»). Aun aplicando este supuesto sólo al dinero convertible, tal como hiciera la escuela bancaria, no es fácil sostener durante mucho tiempo tamaño absurdo. Así, pues, en la práctica, Tooke y el resto de fieles de la escuela bancaria modificaron con frecuencia esta afirmación categórica aplicándola únicamente a los billetes de banco emitidos en préstamos concedidos a prestatarios privados y no a la compra de títulos del estado. ¿Qué diferencia hay? Respondiendo a esta pregunta, John Fullarton brindó en 1844 la principal aportación a la doctrina de Tooke: a saber, que los billetes emitidos en la compra de valores públicos se «pagan definitivamente» y continúan permanentemente en circulación, aumentando de este modo la cantidad de dinero, mientras que los billetes de banco «sólo se *prestan* y *son reintegrables a los emisores*»[21] y, por consiguiente, no es probable que aumenten la oferta de dinero. Esto fue lo que Fullarton denominó el «principio de reflujo» de los billetes que se reintegran a los bancos. Una vez más, el Coronel Torrens lo refutó incisivamente apuntando que, para que el «cacareado principio de reflujo» tenga algún peso exige la devolución *instantánea* de todos los préstamos: «Si se deja que entre el préstamo y la devolución medie algún intervalo, ninguna regularidad de reflujo puede impedir que el exceso alcance cualquier extensión concebible».[22]

---

[21] John Fullarton, *On the Regulation of Currencies* (1844). Fullarton (1780-1849), hijo de un médico, viajó a la India como oficial médico de la Compañía de la India Oriental y llegó a ascender a cirujano asistente de Bengala durante más de una década. En la India se asoció al banco Alexander and Co. de Calcuta y amasó una gran fortuna, regresando a Londres a principios de la década de 1820. Fundador del Carlton Club y autor de diversos artículos pro-torys a principios de la década de 1830, cuando se retiró intervino en la controversia a favor de la escuela bancaria.

[22] Para el papel de Torrens en esta y otras discusiones económicas, con una referencia completa de cada uno de sus escritos, véase el delicioso trabajo de Lionel Robbins, *Robert Torrens and the Evolution of Classical Economics* (Londres: Macmillan, 1958), esp. Capítulos IV, V, y el apéndice bibliográfico.

Las mismas y muchas otras críticas se pueden aplicar a una variante —heredada también de los anti-bullionistas— de la posición de Fullarton y de otros dentro de la escuela bancaria que sostenía que los bancos jamás pueden emitir un exceso de billetes siempre que éstos se emitan en el curso de préstamos a corto plazo, autoliquidables, simultaneados con inventarios de bienes en curso: la llamada doctrina de las «letras reales».

El papel de Torrens en la controversia entre monetarios y bancarios encierra una fascinante simetría inversa con el derrotero seguido por Tooke. Si Torrens empezó como anti-bullionista y apologista del Banco de Inglaterra y ahora acabó como monetario académico y contrario a la inflación del crédito bancario, Tooke comenzó como sólido bullionista y acabó sus días como anti-bullionista favorable al banco.

Entre las diversas y graves incoherencias de la perspectiva de la escuela bancaria, destaca una en particular: si es verdad que los bancos no pueden hacer nada mal (al menos con una moneda convertible), que no pueden emitir billetes en exceso o sobre-expandir el crédito y que, aunque pudiesen, ello no tendría ningún efecto en la subida de los precios ni sería causa del ciclo económico, entonces, ¿por qué no adoptar la banca libre? ¿Por qué un monopolio privilegiado como el del Banco de Inglaterra? Y, sin embargo, la escuela bancaria siguió siendo enemiga acérrima de la banca libre y acérrima defensora del banco. La proclama más famosa de Thomas Tooke fue la sorprendente afirmación: «El libre comercio en la banca es sinónimo del libre comercio en la estafa.» Está bien. Mas, si analizamos este pronunciamiento lógicamente y vemos que la palabra banca es sinónima de estafa, ¿qué razón hay, entonces, para poner el poder del privilegio estatal detrás de un monopolio «estafador»? Pero, admitiendo que la banca sea estafadora, ¿no es mejor una «estafa competitiva» que un monopolio estafador privilegiado por el estado y dominante? Y, sin embargo, Tooke luchó ferozmente por conservar el banco y sus privilegios exclusivos de Londres y sus alrededores; la única reforma que propuso fue la de hacer que el banco tuviese una mayor reserva metálica para sus obligaciones.

La única contribución que hizo la escuela bancaria —algo que Torrens sabía, pero Loyd y Norman no— fue la de seguir haciendo hincapié en que los billetes de banco y los depósitos bancarios a la vista son partes iguales y coordinadas de la oferta de dinero. El error de no reconocer esto (en el caso de Torrens, desestimar los depósitos por cuanto siempre guardan una proporción fija con los billetes) convirtió a los depósitos en la gran laguna de la escuela monetaria y de su encarnación en la Ley Peel en su intento por hacer que la oferta de dinero se ajustara a las variaciones del oro. Como ya hemos observado, sus homólogos de los Estados Unidos no cometerían el mismo error.

Durante esta época, la doctrina del libre comercio y del *laissez-faire* se fue haciendo dominante en Gran Bretaña de la mano de los intrépidos comerciantes, fabricantes y publicistas de Manchester. Mas ¿dónde situarse en la polé-

mica cuestión de la banca? ¿Debe la banca ser libre, o es que la reserva parcial bancaria es realmente una «estafa» y, por lo tanto, difiere de la honesta empresa común? ¿Estaba en lo cierto el canciller del Exchequer Thomas Spring Rice cuando en 1839 declaraba en el Parlamento que «Yo niego la aplicabilidad del principio general de la libertad de comercio a la cuestión de la fabricación de dinero»?

De una cosa sí que estaban seguros los hombres de Manchester: no había que dar cuartel al Banco de Inglaterra. Así, el poderoso presidente de la Cámara de Comercio de Manchester, John Benjamin Smith, informó en 1840 a la cámara de que la crisis de 1839 fue causada por la contracción del Banco de Inglaterra que siguió inexorablemente a su «excesiva expansión monetaria» precedente. Smith denunció los «excesivos privilegios» del banco como el origen del control que éste poseía sobre la vida económica de la nación. En la declaración que ese mismo año hiciera ante el Parlamento, Smith mostró su apoyo público a la escuela monetaria criticando las fluctuaciones en las emisiones de billetes de todos los bancos, también las del Banco de Inglaterra, afirmando a continuación que: «es deseable que cualquier cambio de nuestro sistema se aproxime tanto como sea posible al modo de operar de la moneda metálica; es deseable también que se despoje al plan de todo misterio, y que se haga tan claro y sencillo que todos puedan entenderlo sin dificultad». Smith no sólo respaldó de este modo el principio monetario; llegó incluso a apoyar el plan de Ricardo de creación de un banco nacional gubernamental de emisión de billetes.[23]

Parecido derrotero seguiría Richard Cobden, el brillante príncipe del movimiento del *laissez-faire* de Manchester. Arremetiendo contra el Banco de Inglaterra y contra cualquier idea de un control discrecional de la moneda, Cobden declaró con fervor:

> Sostengo la idea de que la regulación monetaria es un absurdo; los mismos términos de regulación y gestión de la moneda los considero un absurdo; la moneda debería regularse a sí misma; el tráfico y el comercio del mundo deberían regularla; yo no permitiría que el Banco de Inglaterra ni ningún banco privado tuviera a su cargo lo que se denomina gestión de la moneda... Jamás consideraría la posibilidad de cualquier medida correctiva que dejara en manos de individuos la regulación de la cantidad de moneda, sea cual fuere el principio o patrón desde el que ésta se hiciese...

---

[23] Resulta curioso que el Profesor White censure a Marion Daugherty por incluir a Smith en las filas de la escuela monetaria y no en la de los de la banca libre cuando, cuatro páginas después, él mismo reconoce que «El testimonio de los manchesterianos J.B. Smith y Richard Cobden [1840] reveló la tendencia cada vez más acusada en los defensores del laissez-faire, que deseaban liberar la escuela monetaria de la gestión discrecional, a no considerar como solución la banca libre cuanto la restricción del derecho de emisión de un banco estatal rígidamente regulado». White, *op. cit.* nota 9, pp. 71, 75. Véase Marion R. Daugherty, «The Currency-Banking Controversy, Part I», *Southern Economic Journal*, 9 (Octubre 1942), p. 147. Véase en particular Fetter, *op. cit.* nota 1, pp. 175-6.

Al rechazar tanto el control privado como el de un banco central, Cobden comprendía perfectamente que la meta no es la banca libre *per se*, sino poseer una moneda que refleje las fuerzas genuinas de la oferta y la demanda del mercado: esto es, las vicisitudes del dinero oro o del dinero plata. Comprendía que el principio monetario apuntaba precisamente en esa dirección, de donde su respaldo. Y, aunque su apoyo a un banco nacional de emisión del gobierno fue algo así como salirse de Málaga para meterse en Malagón, era comprensible a la luz de su falta de confianza en que el Banco de Inglaterra fuese fiel a la senda monetaria: «Lamentaría tener que confiar en el Banco de Inglaterra de nuevo, una vez que ha violado su propio principio [la norma Palmer]; porque, en un asunto de tal magnitud, jamás me fío de las mismas personas dos veces.»

7.6 La nueva amenaza contra el patrón oro

De este modo, tras la crisis de 1839 se fue extendiendo velozmente una opinión general favorable al principio monetario. Sin embargo, el factor que precipitó que Sir Robert Peel y las esferas de poder promulgasen el principio fue una nueva amenaza contra el patrón oro. Todos los partidos habían estado de acuerdo en cuanto al patrón oro desde la década de 1820 y, tras el retorno del oro, los ataques de estatistas e inflacionistas inveterados como los hermanos Attwood de Birmingham se desvanecieron. Pero ahora, con el estímulo de la crisis económica, los temores al papel fiduciario y otras amenazas inflacionistas contra el patrón oro volvieron a salir a la superficie de nuevo.

Si Manchester era la sede del *laissez-faire* y del dinero sano, Birmingham, la localidad industrial hermana del norte, había sido durante mucho tiempo la sede del inflacionismo auspiciado por el estado. La recesión económica golpeó el área de Birmingham en 1841, así que, una vez más, Birmingham pasó a lanzar un poderoso ataque contra el oro. Aunque el propio Thomas Attwood se había retirado del Parlamento dos años antes, los representantes de Birmingham estaban más que deseosos de hacer suya la vieja causa. Attwood había sido reemplazado por el comerciante y fabricante George Frederick Muntz, que compartía sus puntos de vista monetarios; y Richard Spooner, el tory con quien Muntz había competido en la pugna por hacerse con su escaño, era un inflacionista y socio bancario de Attwood.

Al año siguiente, la Cámara de Comercio de Birmingham, presidida por Richard Spooner, lanzó una furiosa campaña presionando al primer ministro, Sir Robert Peel, para que abandonara el patrón oro. Muntz sacó una nueva edición de un viejo tratado anti-oro y Thomas Attwood, retornando clamorosamente a los tiempos de la guerra, y como era de esperar, publicó artículos y escribió numerosas cartas sobre sus remedios monetarios.

La obra más influyente dentro de este desahogo del inflacionismo de Birmingham fueron las treinta y cinco cartas o *Gemini Letters* publicadas anóni-

mamente por Thomas B. Wright y John Harlow de Birmingham, primero por entregas en un periódico regional a lo largo de 1843, y luego, al año siguiente, en forma de libro bajo el título de *The Currency Question: The Gemini Letters*. Las *Gemini* defendían un inflacionismo puro y duro, proto-keynesiano: el gobierno debía emitir papel moneda no convertible en cantidad suficiente para estimular el poder adquisitivo del consumidor y garantizar el pleno empleo. Además, había que hinchar la deuda pública. Así lo expresaban Wright y Harlow:

> Nos parece que el plan adecuado es elevar la capacidad del consumidor asegurando salarios altos y beneficios copiosos, aliviando de este modo las obligaciones nacionales fijas de la gente... El único límite que pondrían a la emisión de papel moneda serían los niveles de prosperidad que las diferentes cantidades de emisiones produjeran...

Hay una razón de peso para creer que las *Gemini Letters* y la campaña de Birmingham influyeron en todo el país. Henry Burgess y su comité de banqueros regionales utilizaron los intercambios entre la Cámara de Birmingham y Robert Peel para denunciar el patrón oro. Se obligó al *Times* y al nuevo semanario *Economist* a consumir una buena cantidad de energía en la defensa del patrón oro frente a sus «insanos» enemigos. En todo caso, se sabe que Peel poseía una copia de *The Currency Question* y que anotó pasajes clave del libro.

La amenaza contra el oro se reforzó con un nueva campaña para desterrarlo en favor de un patrón bimetálico oro-plata. Haciendo caso omiso del hecho de que el bimetalismo jamás funciona en la práctica (ya que la ley de Gresham expulsa de la circulación el metal subvalorado y fomenta el sobrevalorado), las fuerzas pro-plata hallaron en el bimetalismo una manera de apoyar la inflación monetaria al mismo tiempo que conservaban la respetable posición a favor de los metales preciosos como dinero. Por eso, el primer núcleo de defensores de la plata provino del grupo del papel fiduciario, y entre ellos estaban Spooner, Matthias Attwood, George Muntz y Henry Burgess, a los que se sumaron numerosos banqueros y hombres de negocios como Richard Page, Henry W. Hobhouse, presidente del comité de banqueros regionales, William D. Haggard y el eminente banquero Alexander Baring, ahora Lord Ashburton.

7.7 El triunfo de la escuela monetaria: la Ley Peel de 1844

El triunfo del principio monetario que supuso la Ley Peel de 1844 debió mucho a una persona: el estadista y genio político Sir Robert Peel.[24] Los historiadores

[24] Años después, el líder de la escuela monetaria, S.J. Loyd, declaró que él jamás había mantenido ningún tipo de relación personal o política con Robert Peel. «Lo desconocía todo sobre las disposiciones de la Ley hasta que se publicaron. Hasta donde alcanzo a conocer, la

suelen ridiculizar a Peel como hombre de medias tintas, un político oportunista «flexible», como mucho, una figura de transición que desempeña inconscientemente la función histórica de dar inicio en Inglaterra al sistema de partidos conservador y liberal. Sin embargo, como el Profesor Boyd Hilton ha contribuido a poner de manifiesto, Peel fue una figura bien distinta: un hombre de estado en el mejor sentido, un tory liberal coherente e incluso rígido en sus principios e intenciones, flexible y «emprendedor» sólo a la hora de hacerse con las mejores tácticas para lograr sus firmes objetivos ideológicos. Como demuestra Hilton, Robert Peel fue, en todos los sentidos relevantes, en el económico, en el financiero y en el moral, el Juan Bautista, el fundador, el «progenitor del liberalismo gladstoniano».[25]

Durante buena parte de la década de 1820, Peel fue el titular del Ministerio de Interior en los gobiernos torys. Desde hacía mucho tiempo se había opuesto a la emancipación católica, e incluso en 1827 había renunciado a su puesto en el Gabinete en protesta por el ascenso al cargo de primer ministro de George Canning, cabeza del liberalismo tory y adalid de los derechos católicos. No obstante, dos años más tarde, tras la muerte de Canning y ya de vuelta en el ministerio de interior, Peel se convirtió a la defensa de la emancipación católica como parte de su entusiasmo cada vez mayor por la causa liberal clásica y del *laissez-faire*. En el momento de su conversión, Peel tuvo la cortesía de honrar a los profetas y combatientes de la emancipación católica, aquellos con quienes había estado enfrentado tanto tiempo: Fox, Grattan y el propio Canning.

Desde 1831, Peel lideró el partido Tory, ahora Conservador, y fue también el centro y alma de la facción liberal del mismo. El gran periodo de Peel como primer ministro transcurrió de 1841 a 1846. Durante el mismo, desarrolló vigorosamente una política exterior pacifista, enfrentándose al ala Palmerston, belicista e imperialista, del partido liberal, y firmó la paz con los Estados Unidos en la delicada disputa por la frontera de Oregón. Asimismo, logró reducir los aranceles, aunque salió derrotado en su pugna a favor de un libre comercio completo. Su gran logro en ese frente fue la victoria sobre la feroz oposición de

---

Ley es enteramente la Ley de Sir Robert Peel.» Tampoco Torrens entró en contacto con Peel, y, es más, éste rechazó la solicitud de cierto puesto que el primero le hizo valiéndose de su liderazgo en la escuela monetaria. Tan sólo después de la muerte de Peel recibiría Torrens una pensión del gobierno «en consideración a sus valiosas contribuciones a la Ciencia de la Economía Política». En cuanto al veterano consejero James Pennington, una vez establecidas las principales disposiciones de la Ley Peel sólo se volvió a requerir su consejo en detalles técnicos. Fetter, *op. cit*. nota 1, p. 182n.

[25] Boyd Hilton, «Peel: A Reappraisal», *Historical Journal*, 22 (Septiembre 1979), p. 614. No es que Hilton simpatice con el decidido papel de Peel en la defensa del *laissez-faire* y del dinero metálico. Por el contrario, le horroriza la posición «doctrinaria» de Peel, una valoración desgraciadamente repetida por el Profesor White al referirse al «poco reconocido dogmatismo» de Peel. White, *op. cit.* nota 9, p. 77n.

los torys partidarios de la agricultura dirigidos por Benjamin Disraeli revocando por completo las infames *Corn Laws* que durante décadas habían impuesto un arancel desorbitado a la importación del trigo. En esta lucha contra el precio artificialmente elevado del alimento, Peel fue espoleado por la creciente hambruna de Irlanda. Una vez más, se mostraría generoso en la victoria, elogiando a su adversario, el liberal del *laissez-faire* Richard Cobden, como el verdadero arquitecto de la revocación de las *Corn Laws*. El éxito de éste hizo que el gobierno de Peel fuese derribado por Disraeli; cuatro años más tarde, en 1850, nuestro personaje fallecería en un accidente de caza.

De todas formas, el logro más lustroso de Robert Peel fue su reforma bancaria, su Ley de 1844. La *Bank Charter Act* (Ley del Estatuto del Banco de Inglaterra) de 1833 había previsto para 1844 un posible cambio en el estatuto, de modo que ese era el año de una posible reforma bancaria. Recientes investigaciones han revelado que la Ley Peel no surgió como una «camisa de fuerza» hostil «impuesta, merced a los esfuerzos de la Escuela Monetaria, a un Banco reticente (bien que ulteriormente complaciente)». La Ley salió más bien de dentro del propio banco «como un intento del Banco por encontrar para sí un atajo hacia la gestión monetaria», así como los medios de conseguir el monopolio de emisión de billetes bancarios que durante tanto tiempo había estado persiguiendo.[26] Ya antes, desde 1838, un líder entusiasta de la escuela monetaria, George Warde Norman, venía promoviendo el plan en su calidad de director del banco. Aunque Norman no consiguió salir victorioso dentro del banco con su propuesta monetaria de 1840, siguió insistiendo, y al año siguiente formó parte de una comisión permanente del mismo compuesta de cinco miembros y destinada a discutir el plan. Para enero de 1844, William Cotton, gobernador del Banco de Inglaterra y miembro de la comisión permanente, ya había sido convertido al plan monetario, de modo que, cuando a principios de ese mes Peel solicitó a Cotton y al subgobernador J.B. Heath (miembro también de la comisión) que consultasen con él y con el canciller del Exchequer, Henry Coulburn, en relación a la reforma bancaria fundamental, Cotton ya estaba preparado.[27] En respuesta a estas consultas, Cotton y Heath presentaron el 2 de febrero un resumen de lo que pronto vendría a ser la Ley Peel.

---

[26] J.K. Horsefield, «The Origins of the Bank Charter Act, 1844», en T.S. Ashton y R.S. Sayers (eds.), *Papers in English Monetary History* (Oxford: The Clarendon Press, 1953), pp. 110-11.

[27] William Cotton (1786-1866) era hijo de un capitán de barco, comerciante y director de la Compañía de la India Oriental. A la edad de 15 años, el joven William ingresó en la oficina de contabilidad de un amigo de su padre. En 1807 ya era socio de una empresa comercial de Londres de una de cuyas plantas de fabricación de cuerda había sido director general. Cotton fue director del Banco de Inglaterra durante 45 años, de 1821 hasta su muerte, y se le llegó a conocer como «el padre del Banco de Inglaterra». Fue gobernador del mismo de 1843 a 1845, y le sucedió Heath. Cotton también inventó una máquina automática para pesar soberanos de oro, y fue un distinguido filántropo de la Iglesia de Inglaterra. Había nacido en el condado de Essex donde pasó casi toda su vida, y llegó a ser juez de paz, juez y agente judicial de la corona.

La Ley Peel oficializaba en lo esencial el principio monetario. Dividía el Banco de Inglaterra en un departamento de emisión, destinado a la emisión de billetes de banco, y en otro de operaciones bancarias, para la concesión de préstamos y apertura de depósitos a la vista. Fiel a la rígida separación de la escuela monetaria entre billetes y depósitos, estos últimos quedarían completamente libres y sin regular, mientras que a los billetes se les señalaría un tope de 14 millones de libras con el correspondiente en activos de valores públicos (aproximadamente la extensión de la emisión fiduciaria existente). Cualquier nueva emisión de billetes habría de hacerse sobre la base de una reserva 100 por 100 en oro. La segunda disposición principal era la concesión al Banco de Inglaterra del monopolio de emisión de billetes que durante tanto tiempo había perseguido. Esto no se haría de manera inmediata sino por etapas. En concreto: los bancos de nueva creación no emitirían billetes de ningún tipo, los ya existentes dejarían de emitirlos y el Banco de Inglaterra podría contratar con los banqueros la compra de su parte de billetes ya existentes y su sustitución por los del propio banco. En este sentido, a los billetes de los bancos privados se les aplicaría una cláusula «de exención» (*grandfather clause*), y a dichos bancos (esto es, los bancos en forma de sociedad anónima y los regionales) se les integraría cuidadosamente en un cártel bajo la dirección del banco, capacitándoseles al mismo tiempo para evitar cualquier competencia ulterior. Esa cláusula cartelizadora de «exención» (*grandfather clause*) no fue ideada únicamente para que la transición al nuevo orden se produjese gradualmente; su principal efecto y, quizá, también su pretensión, era la de hacer que los bancos privados —los principales adversarios potenciales del nuevo proyecto de ley— se convirtiesen en partidarios entusiastas del mismo.

Antes de la presentación pública de la Ley Peel, el primer ministro dejó claro en el seno del Gabinete que «si tuviésemos que introducir un nuevo sistema monetario en un nuevo tipo de sociedad», él hubiese preferido el plan ricardiano de billetes del gobierno con la prohibición de los del Banco de Inglaterra o cualesquiera otros; pero que este plan era impracticable en la situación actual del mundo real, en el cual se debía fraguar una coalición entre fuerzas rivales como lo son el propio banco, los ricardianos, los banqueros libres y los banqueros regionales. Peel aconsejó inteligentemente que lo deseable era «tomar la determinación de proponer aquella línea de acción que ellos considerasen en conciencia que era la que mejor reconciliaba las cualidades de ser coherente con principios sólidos y adecuada a la situación actual de la sociedad».

A finales de febrero ya se habían difundido noticias sobre la inminencia del proyecto de ley de Peel en relación al estatuto del banco y, como era de esperar, en marzo y en abril los bancos regionales protestaron enérgicamente contra el proyecto. Finalmente, Peel presentó el proyecto de ley en el Parlamento el 6 de mayo. Dividiendo astutamente a sus adversarios, sólo lo aplicaría en su totalidad a Inglaterra. Aunque extendería a Escocia e Irlanda la prohibición de

emisión de billetes por parte de bancos nuevos, las limitaciones a los bancos existentes sólo se aplicarían a Inglaterra. En cuanto a lo demás, Escocia e Irlanda quedarían libres por el momento.

La introducción del proyecto de ley de Peel desencadenó un aluvión de controversia, con una guerra de panfletos sobre la Ley. En concreto, la nueva controversia dio nuevo impulso a la escuela bancaria, antes sólo representada por Tooke. Tooke intervino con una *Inquiry into the Currency Principle* y John Fullarton se sumó a la refriega con el panfleto antes mencionado, *On the Regulation of Currencies*, un opúsculo que circuló mucho y que tuvo mucha influencia a pesar de que se publicó en agosto de 1844, tras la aprobación de la Ley Peel. S.J. Loyd publicó una defensa del proyecto de ley, mientras que el coronel Torrens arremetió contra Tooke en otro panfleto.

La nueva escuela bancaria se destacó por ser más papista que el Papa, más favorable al Banco de Inglaterra que el propio banco. En dos palabras, la escuela bancaria, junto con la mayoría de los banqueros de Londres, era favorable a la concesión al Banco de Inglaterra del monopolio de emisión de billetes. Sólo discrepaba de las restricciones que el principio monetario imponía a dicha emisión. Este era, sin duda, el tipo de oposición que el Banco de Inglaterra podía tolerar. Aunque la escuela bancaria detectó que el principal punto débil de la escuela monetaria se hallaba en no considerar por igual billetes y depósitos, esta objeción no se orientó a extender a los depósitos bancarios ningún tipo de exigencias de reserva. Por el contrario, una ley Peel que, por ejemplo, hubiese estipulado, lo mismo que para los billetes, una exigencia de reserva al 100 por 100 para todas las obligaciones y depósitos bancarios ulteriores, les hubiese escandalizado notablemente.

Un hecho curioso en relación con la aparición de la escuela bancaria es que llegó tarde; al hacerlo justo cuando el debate en torno a la Ley Peel prácticamente había concluido, su importancia reside más en su planteamiento de cuestiones teóricas y en el interés que suscita en los historiadores del pensamiento económico que en su influencia real en la batalla política.

Otro aspecto reseñable de la refriega fue la aparición de una nueva e insigne estrella dentro del firmamento económico: John Stuart Mill (1806-73), quien, en el curso del debate, se alineó con la escuela bancaria a través de un artículo anónimo, «The Currency Question», aparecido en la radical *Westminster Review*. En realidad, Mill ya había prefigurado la escuela bancaria en otro artículo escrito a los 20 años, «Paper Currency and Commercial Distress», publicado en la efímera *Parliamentary Review*. Como muchos otros, la crisis financiera de 1825-26 hizo que Mill fijara en un primer momento su atención en la banca y en los ciclos económicos. Pero, también a diferencia de muchos otros, en lugar de extender su ricardismo básico a esta área, lo abandonó.[28] En vez de contem-

[28] Morris Pelman ha puesto de manifiesto que James Mill desarrolló en una reseña biblio-

plar el nuevo fenómeno de los ciclos económicos como consecuencia de perturbaciones monetarias, entendió que aquéllos estaban causados por oleadas de «especulación» probablemente generadas por un exceso de optimismo. El dinero y los bancos eran elementos pasivos que respondían a las fluctuaciones de la economía. De ahí su conclusión en relación a que las variaciones en la oferta de dinero, al menos bajo un patrón oro, no tenían ninguna repercusión en los precios o en el comercio. Dentro de un contexto de patrón oro, primero suben los precios, arrastrando en su ascensión a la oferta de dinero, y después caen, haciendo que la oferta de dinero disminuya.

¿Cómo logró Mill hacer cuadrar esta extraña doctrina con su ricardismo general y su tesis de una influencia de la oferta de dinero en el valor de éste? Lo hizo mediante una teoría ingeniosa, aunque rara y falaz, sobre lo que constituye la oferta de dinero. Mill pensaba que la oferta de dinero no sólo se compone de moneda metálica, billetes y depósitos a la vista, sino también de la «capacidad crediticia» de cada miembro de la sociedad. Cada vez que un banco hace préstamos a algún miembro de la sociedad, puede incrementar los billetes o los depósitos en circulación; sin embargo, ese incremento se ve compensado exactamente por una bajada de la «capacidad crediticia» de los ciudadanos prestatarios. Así, pues, cada vez que los bancos prestan dinero a individuos y negocios, la oferta de dinero no aumenta en absoluto. Cuando, en cambio, los bancos adquieren títulos públicos o financian su déficit, entonces sí aumentan directamente la oferta total de dinero en la misma cantidad. De hecho, también la aumentan cuando prestan a ciudadanos privados por encima de su verdadera capacidad de crédito. ¿Cómo se determina esa capacidad crediticia? Limitando los bancos sus préstamos a prestatarios solventes, y al descuento de «letras reales», a corto plazo, simultaneadas con inventarios de bienes en curso, y, por lo tanto, autoliquidables en un breve periodo de tiempo. Así, el crédito bancario sigue arriba y abajo las «necesidades del comercio», y no puede elevar los precios. Aunque la teoría de Mill era completamente falaz, por lo menos tuvo el mérito de aportar *alguna* explicación plausible, lógica, al credo de la escuela bancaria —a duras penas igualada por ninguno de sus colegas.

Por otra parte, la doctrina de Mill suministraba una buena razón de su apego al patrón oro así como de su denuncia bullionista del dinero fiduciario no convertible. Dentro de su teoría, si el gobierno o el banco central emite papel fiduciario no convertible, ese papel no se neutraliza sustrayéndose de la capacidad de crédito, sino que se añade directamente a la oferta de dinero y a la

gráfica de 1808 una versión extrema de la doctrina de las letras reales de la escuela bancaria. En ese caso, James Mill jamás fue un ricardiano en este campo, y puede ser que, lo mismo que hiciese con el ricardismo en el resto de la economía, hubiese estado ejercitando su pietismo filial de recuperación de las visiones monetarias de su padre. Morris Pelman, «Adam Smith and the Paternity of the Real Bills Doctrine», *History of Political Economy*, 21 (Primavera 1989), pp. 88-90.

inflación. Mill siguió siendo fiel al patrón oro. Ya hemos visto su denuncia del plan de papel fiduciario propuesto por Thomas Attwood de 1833.

¿Qué decir de la presunta escuela de la banca libre a la que el Profesor White se refiere como igualmente poderosa y vibrante, y nítidamente diferenciada de las escuelas rivales monetaria y bancaria? Como el propio White reconoce con pena, su supuesta fidelidad a la banca libre no pasó la más amarga de las pruebas, y todos sus integrantes se desvanecieron justo en el momento en que la Ley Peel fue a poner bajo el control del Banco de Inglaterra a todos los bancos comerciales. Porque ahora el banco no sólo poseería el monopolio virtual de la emisión de billetes, sino que, con el fin de obtener billetes a cambio de sus depósitos, el resto de bancos se verían obligados a guardar la mayor parte de sus reservas en el Banco de Inglaterra. White trata de explicar convincentemente la deserción de los defensores de la banca libre diciendo que fueron comprados por la cláusula de cartelización-«exención»: los bancos podrían seguir emitiendo a su nivel actual al mismo tiempo que se proscribía la competencia de nuevos bancos. Pero, aunque esta explicación sea en buena medida cierta, también suscita la cuestión clave: para empezar, ¿hasta qué punto fueron los héroes del Profesor White fieles a la banca libre? ¿Fue la escuela de banca libre algo más que un grupo consagrado a los intereses económicos de los bancos comerciales privados?

Tómese como ejemplo la recién fundada *The Bankers' Magazine*, supuestamente uno de los principales medios de expresión de la banca libre durante el año previo a la Ley. En el número de junio de 1844, cierto escritor, al mismo tiempo que criticaba el principio monetario y las medidas conducentes a la concesión al banco del monopolio de emisiones, aprobaba la Ley Peel en su totalidad por contribuir a los beneficios de los bancos ya existentes con su prohibición de nuevos bancos de emisión.

Fijémonos en el caso particular de James William Gilbart (1794-1863), portavoz destacado de los banqueros regionales, director del Banco de Londres y Westminster y, según el Profesor White, uno de los principales teóricos de la escuela bancaria. Nacido en Londres y descendiente de una familia proveniente de Cornualles, Gilbart había trabajado toda su vida como alto empleado de banco y, desde finales de la década de 1820, había escrito algunas obras sobre la banca. Director del Banco de Londres y Westminster desde 1834, una y otra vez entró en colisión con el Banco de Inglaterra. A pesar de que el Profesor White asegure que los hombres de la escuela de banca libre fueron más entusiastas incluso que los monetarios a la hora de atribuir la causa del ciclo económico a la inflación, Gilbart sostuvo, como era típico en la escuela bancaria, que los billetes de banco se multiplican y contraen de acuerdo con las «necesidades del comercio», y que, en consecuencia, al ser igualados por la producción de bienes, no pueden elevar los precios. Además, la dinámica discurre del «comercio» a los precios y de ahí a la «exigencia» de un mayor flujo de billetes en la

economía. Así, dice Gilbart: «si el comercio aumenta sin que se dé una subida de precios, estimo que se necesitarán más billetes para hacer que circule esa mayor cantidad de bienes; si aumentan los bienes y también suben los precios, es evidente que se necesitará una cantidad mayor de billetes». En definitiva, suban o no suban los precios, ¡la oferta de dinero siempre debe aumentar! Uno se pregunta qué persona aceptaría esas exigencias. Por el contrario, si en el mercado libre se produce un aumento de la producción de bienes, los precios tenderán a bajar y *no* a subir; además, el incremento de la producción del comercio no «exige» o provoca un incremento del dinero de banco. La cadena causal es al revés: el aumento de la emisión de billetes de banco eleva la oferta de dinero y los precios, y *también* el valor monetario nominal de los bienes que se producen.

A excepción del Profesor White, todos los historiadores del pensamiento económico han reconocido claramente en Gilbart a uno de los líderes de la escuela bancaria. Puesto que White parece estar de acuerdo con el análisis falaz de «necesidades del comercio» de Gilbart, y dado que reconoce que este credo es similar al de la escuela bancaria, su creación de la nueva e importante escuela de «banca libre» que cuestiona a las otras dos resulta extremadamente endeble y artificial. La diferencia principal parece ser marginal y política: aunque *todos* los miembros de la escuela bancaria elogiaron el sistema bancario por ser útil e inocuo y *la mayoría* rindieron homenaje al Banco de Inglaterra, Gilbart, él mismo un banquero privado, mostró una mayor preferencia por los bancos comerciales.[29]

A la hora de la verdad, Gilbart, lo mismo que sus colegas de *The Bankers' Magazine*, cedió en lo que el Profesor White supone que fueron sus principios de banca libre. Así, White admite que:

> A él [Gilbart] le tranquilizó que la ley no suprimiera el derecho de emisión de los bancos en forma de sociedad anónima y le agradaron sinceramente sus disposiciones de cartelización: «Se reconocen nuestros derechos, se amplían nuestros privilegios, se garantiza nuestra circulación, y se nos libra de los conflictos con competidores temerarios.»[30]

La explícita posición de James Gilbart como inflacionista de la escuela bancaria y la fiel apuesta de Peel por el dinero metálico se pusieron de manifiesto cuando este último cuestionó la declaración del primero ante el Parlamento en el sentido de que sólo se emitían billetes de bancos regionales en respuesta a las necesidades del comercio, por lo que jamás podría haber una emisión excesiva. *También* defendió que el Banco de Inglaterra jamás podría emitir en exceso siempre que sólo descontara préstamos comerciales y no comprase títulos del

[29] Véase White, *op. cit.* nota 9, pp. 122-90.
[30] *Ibid.*, p. 79.

estado.[31] En este punto, Sir Robert Peel desenmascaró certeramente las simpatías de Gilbert por el sistema bancario. Peel: «¿Piensa usted, entonces, que, en cualquier circunstancia, siempre se puede confiar en las legítimas demandas del comercio como una prueba del volumen de circulación?» Ante lo cual, Gilbert admitió: «Pienso que sí.» (Nada en relación a eximir al Banco de Inglaterra de dicha confianza.) Entonces Peel hizo la pregunta clave. Todos los miembros de la escuela bancaria reivindicaban su fidelidad al patrón oro, de modo que la justificación del crédito bancario por las «necesidades del comercio» *no* era aplicable a una moneda no convertible. Así, sospechando de esa devoción por el oro, Peel inquirió: en los días de la restricción bancaria, «¿piensa usted que las legítimas demandas del comercio constituyeron una prueba segura en la que poder confiar?» A lo cual Gilbart respondió con una evasiva: «Ese es un periodo sobre el que no tengo un conocimiento personal.» Eso, dicho por el autor de *The History and Principles of Banking* (1834), resultaba muy poco creíble. Es más, la cuestión suscitada era evidentemente teórica, por lo que no era necesario un «conocimiento personal» para responder, cosa que Peel puso de manifiesto inmediatamente. Entonces Gilbart arrojó la toalla del patrón oro: «Pienso que, aun entonces, las legítimas demandas del comercio serían una buena guía a seguir...» Cuando Peel insistió en la cuestión, Gilbart comenzó a vacilar, modificó sus puntos de vista, volvió a ellos y luego se recluyó de nuevo en su falta de experiencia.[32]

Peel hizo bien en sospechar de la firmeza de la fidelidad de la escuela bancaria al patrón oro. Más allá de las comprometedoras revelaciones de Gilbart, su colega del Banco de Londres y Westminster, J.W. Bosanquet, solicitó reiteradamente suspensiones bancarias del pago en metálico cada vez que las cosas empezaban a ir mal. Y, aunque Thomas Tooke proclamara con frecuencia su aversión a la escuela de Birmingham, en 1844 escribió que, *aparte* de la convertibilidad al oro, las necesidades del comercio constituían una limitación clave para cualquier emisión excesiva de billetes de banco. Robert Torrens aprovechó la oportunidad para dar de lleno en el blanco:

> Tras un cuidadoso examen de la reciente publicación de Mr. Tooke [1844], no soy capaz de descubrir ninguna diferencia esencial o práctica entre sus principios y los de los economistas de Birmingham. Una vez que nos apartamos de la regla de oro de hacer que las fluctuaciones de nuestra circulación mixta se adecuen a las fluctuaciones de lo que sería una moneda puramente metálica, las compuertas quedan abiertas y desaparecen todos los hitos del terreno.

---

[31] Eso es lo que puede decirse del supuesto entusiasmo de Gilbart por la banca libre unos años antes de que se rindiese a la Ley Peel.

[32] Para este diálogo véase Hilton, *op. cit.* nota 25, pp. 593-4. Es propio de la falta de penetración de la teoría económica del Profesor Hilton que tilde el interrogatorio de Peel de «inepto» y que reproche a éste el burlarse de la importancia del «conocimiento personal» de Gilbart a la hora de juzgar el papel fiduciario no convertible.

> Entre el abandono del patrón metálico recomendado por los economistas de Birmingham y la adopción de medidas que ponen en riesgo el mantenimiento de un patrón metálico recomendada por Mr. Tooke, la diferencia en cuanto a las consecuencias prácticas podría reducirse a nada.[33]

La confesión de John Fullarton fue aún más perjudicial que la de Tooke cuando reconoció en su popular tratado de 1844 que estaba completamente de acuerdo con la «menospreciada doctrina de 1810 de los antiguos Directores del Banco»; a saber, la posición anti-bullionista que decía que, mientras que un banco se aferre a las letras reales a corto plazo, «no puede ser malo emitir tantos [billetes] como el público desee recibir del mismo». 1810 fue, por supuesto, un año de dinero no convertible. No es de extrañar que Robert Peel considerase en el fondo a todos los adversarios del principio monetario como hombres de Birmingham.

Así, pues, si la oposición a la Ley Peel fue importante desde un punto de vista teórico, políticamente hablando fue muy dispersa e ineficaz. El proyecto de ley se aprobó sin contratiempo alguno por abrumadora mayoría, pasando a ser ley el 19 de julio. De igual forma, en septiembre se aprobaría un segundo proyecto de ley Peel destinado a obstruir la fundación de nuevas sociedades bancarias. El fortalecimiento del control y del monopolio del banco, así como de los privilegios de cártel de los bancos ya existentes, trajo como consecuencia que en los siguientes ocho años no se creara en Inglaterra prácticamente ninguna nueva sociedad bancaria.

En ese momento, Peel completó su obra monetaria extendiendo su dominio a Escocia e Irlanda con dos proyectos de ley aprobados el 21 de julio de 1845. Peel se mostró prudente con las dos tradiciones regionales y no fue tan severo con los bancos escoceses e irlandeses como lo había sido con los ingleses. Si los bancos comerciales ingleses ya no podían emitir más billetes, a los escoceses e irlandeses se les trató igual que la Ley Peel de 1844 había tratado al Banco de Inglaterra: sus *ulteriores* emisiones de billetes contarían con la exigencia de reservas 100 por 100 en oro. La banca escocesa jamás había padecido restricciones, había contado con la libertad de fundar sociedades bancarias y de emisión de billetes y depósitos por todo el país. Pero, lo mismo que sucediera con Gilbart y los ingleses, no fue difícil comprar a los banqueros escoceses con privilegios de cártel más lucrativos incluso que los de Inglaterra. Como reconoce White, «Peel, en definitiva, compró el apoyo de todos los bancos existentes eliminando los posibles rivales y la competencia potencial en las cuotas de mercado».[34] Además, Peel fue astuto a la hora de permitir a los bancos escoce-

---

[33] Citado en Fetter, *op. cit.* nota 1, p. 193.

[34] White, *op. cit*. nota 9, p. 80. Así, el tan pregonado entusiasmo escocés por su sistema de banca libre no resultó ser otra cosa que una reivindicación exclusiva. Buena parte del libro de White se dedica a tratar la tesis de que (a) antes de la aprobación de la Ley Peel de 1845, Escocia disfrutaba de un régimen de banca libre no controlado por el Banco de Inglaterra,

ses retener el privilegio, negado a los ingleses (incluido el Banco de Inglaterra) desde la década de 1820, de seguir emitiendo sus pequeños y apreciados billetes (1 libra).

El único desarrollo notable que tuvo lugar en el año que medió entre las dos Leyes Peel fue la tardía irrupción en el gran debate de un nuevo líder de la escuela bancaria, James Wilson, fundador y editor de la nueva y distinguida publicación periódica *The Economist*. Wilson (1805-60)[35] había fundado *The*

---

con las obligaciones convertibles en oro; y (b) que este sistema libre funcionaba mucho mejor que el inglés bajo el dominio de un banco central.

Sin embargo, las dos partes de esta tesis están muy viciadas. En (b) White reduce su prueba sobre la superioridad a la menor tasa de quiebras bancarias en Escocia. Ahora bien, la quiebra bancaria constituye una vía secundaria de estimación del funcionamiento de un sistema bancario. White no aporta ningún dato en relación a si Escocia padeció o no una menor inflación o recesión económica que Inglaterra. Por consiguiente, ante la ausencia de datos, uno sospecha que el historial económico era muy similar en las dos partes del Reino Unido. Por lo que respecta a (a), el problema es que la banca escocesa apenas era «libre». La mayor parte de las reservas escocesas no eran en oro, sino en depósitos del Banco de Inglaterra o, en su defecto, en letras de Londres. Así, pues, los banqueros escoceses, lejos de ser libres e independientes del Banco de Inglaterra, llevaban a cabo una piramidación sobre la base de las obligaciones del banco. Además, en tiempos de crisis, el banco sacó con frecuencia de apuros a los bancos escoceses. Para acabar, diremos que lo cierto es que resultaba extremadamente difícil, social y legalmente, que alguien pudiese recibir oro de los bancos escoceses a cambio de sus obligaciones, sobre todo en tiempos difíciles, cuando la demanda de oro era especialmente acusada.

Sobre la banca escocesa en esta época véase en particular la obra definitiva de Sydney G. Checkland, *Scottish Banking: A History, 1695-1973* (Glasgow: Collins, 1975). Checkland escribe que «La demanda de numerario solía ser denegada cuando no acusada de falta de lealtad», y que «el escocés fue un sistema en el que imperó una suspensión parcial continua de los pagos en metálico. Ciertamente, nadie esperaba poder entrar en un banco escocés... con un buen número de billetes y recibir inmediatamente el equivalente en oro o plata. Por el contrario, todos suponían que se produciría alguna discusión e incluso que se les rechazase. Como mucho, obtendrían un poco de metálico y quizás letras de Londres. Si causaban algún problema se les tomaba nota y en el futuro les resultaría más difícil conseguir un crédito.» Y, por último, «Aunque esta limitación no legal de la convertibilidad jamás se mencionara en informes públicos, contribuyó mucho al éxito de la banca escocesa». *Ibid*., pp. 184-6. También: «la principal y última fuente de liquidez reside en Londres y, en particular, en el Banco de Inglaterra.» *Ibid*., p. 432. Véase también Charles W. Munn, *The Scottish Provintial Banking Companies 1747-1864* (Edimburgo: John Donald, 1981), y Charles A. Malcolm, *The Bank of Scotland, 1695-1945* (Edimburgo: R. & R. Clark, s.f.). Sobre la cuestión de la banca libre escocesa véase Murray N. Rothbard, «The Myth of Free Banking in Scotland», *The Review of Austrian Economics*, 2 (1988), pp. 229-45; Larry J. Sechrest, «White's Free-Banking Thesis: A Case of Mistaken Identity», *Ibid*., pp. 247-57.

[35] Wilson, hijo de William Wilson, un próspero industrial de la lana, se educó en una escuela de Amigos y a los 16 años pasó a ser aprendiz de un fabricante de sombreros. Al poco tiempo, su padre compró la empresa para él y para su hermano. En 1824, se trasladó a Londres y se hizo socio de una empresa comercial que, a partir de 1831, pasaría a llamarse James Wilson & Co. Tras perder gran cantidad de dinero en especulación de altos vuelos, Wilson se retiró de los negocios en 1844. Mientras tanto, empezó a interesarse por la economía y el

Economist con el propósito expreso de defender el librecambio y el *laissez-faire*. Criticó la Ley Peel en el momento de su aprobación en 1844, si bien consagró la mayor parte de sus energías al librecambio. Por último, en la primavera de 1845 Wilson escribió una famosa serie de nueve artículos sobre «Currency and Banking» para *The Economist* en los que atacaba la ampliación de la Ley a Escocia e Irlanda. Wilson adoptó un enfoque de escuela bancaria ortodoxo, aunque la resolución de sus distintas afirmaciones no pudo evitar que emergiesen descarnadamente las incoherencias y contradicciones internas de la escuela. Así, Wilson fue mucho más categórico y combativo que Tooke o Fullarton en relación a la importancia de preservar el patrón oro, tanto, que Torrens llegaría a considerarle más tarde como «el más capaz de los adversarios de la ley de 1844».[36] Y, sin embargo, de los Cuatro Grandes de la escuela bancaria (Tooke, Fullarton, Mill y Wilson), Wilson fue el único que afirmó rotunda y claramente que, aun *careciendo* de convertibilidad metálica, las letras reales a corto plazo y autoliquidables bastarían para proteger a los bancos del exceso de emisión. Así, Wilson declaró que

> siempre que las emisiones se limitasen al descuento de buenas letras de cambio y a préstamos a corto plazo, los billetes de papel no convertible podrían emitirse en la cantidad que los negocios legítimos demandasen sin que hubiese riesgo alguno de depreciación, ya que, de esta manera, jamás podría emitirse una cantidad superior a la que, en breve tiempo, fuese reintegrable al banco en el pago de dichos préstamos.[37]

Además, de los Cuatro Grandes, Wilson fue el más amigo de la banca libre y el que más ahínco puso en salvar el supuesto sistema libre de la banca escocesa.[38] A pesar de todo, solicitó que no se permitiera al Banco de Inglaterra

librecambio, y ya había publicado diversos tratados sobre comercio y las Corn Laws. Los escritos de Wilson ejercieron gran influencia en algunos incondicionales del librecambio como Peel y Gladstone. Por último, Wilson fundó *The Economist* en 1843 redactando él mismo casi todo el número y convirtiéndola en poco tiempo en una publicación de gran influencia. Wilson fue parlamentario de 1847 a 1859 así como secretario de finanzas del Tesoro durante la década de 1850. Bajo el régimen de Palmerston, Wilson fue vicepresidente de la Junta de Comercio (1859), pagador general y miembro del Consejo Privado, siendo enviado con posterioridad, justo antes de su muerte, a la India en calidad de ministro de finanzas, donde, por irónico que parezca, empezó a subir los impuestos y a emitir gran cantidad de papel gubernamental.

[36] Fetter afirma que Torrens «jamás podría haber dicho de las ideas de Wilson lo que dijo de las de Tooke, que 'las compuertas quedan abiertas y desaparecen todos los hitos del terreno'». Fetter, *op. cit.*, nota 1, p. 200.

[37] Véase Lloyd Mints, *A History of Banking Theory in Great Britain and the United States* (Chicago: University of Chigaco Press, 1945), p. 90.

[38] Unos años después, en sus *Principles of Political Economy*, Mill llegó a simpatizar con la libertad de emisión de billetes, bien es verdad que desde un principio de *laissez-faire* general y no partiendo de fundamentos monetarios y bancarios.

emitir en exceso dentro de un sistema de dinero convertible, justo lo contrario al enfoque de la banca libre.

7.8 Tragedia en el triunfo de la escuela monetaria: las consecuencias

Como podrían haber predicho los jacksonianos y otros homólogos monetarios de los EE UU, la escuela monetaria encerraba un error trágico, un talón de Aquiles que la puso fuera de combate e hizo añicos su triunfo: la no consideración de los depósitos bancarios como parte integrante de la oferta monetaria. Así, nada más aprobarse la Ley Peel, el Banco de Inglaterra, felizmente instalado en la madriguera del monopolio, del control central y de la restricción de billetes, aunque también de la libertad de depósitos, empezó a multiplicar sus préstamos y depósitos *ad libitum*. A finales de 1844 los descuentos bancarios habían ascendido a 2.1 millones de libras y el total del crédito bancario a 21.8 millones de libras. Con todo y eso, a finales de febrero de 1846 el crédito bancario había sido tan intenso que los descuentos totalizaban ya 13.1 millones de libras y los créditos 35.8 millones. En suma, en poco más de un año, el total de los créditos bancarios se había incrementado en un 64 por ciento y los descuentos en un espectacular 424 por ciento. A esta expansión contribuyó la drástica bajada que el banco hizo de su tipo de descuento, del 4 por ciento al 2½ por ciento, una reducción que no sólo supuso un descenso cuantitativamente descomunal, sino también la bajada del tipo desde el tradicional «tipo de recargo» por encima del mercado al tipo de interés del mercado que estimuló en gran medida la solicitud de préstamos por parte de otros bancos y deudores.

Durante este tiempo, los billetes del Banco de Inglaterra sólo aumentaron ligeramente; como era de esperar, el gran incremento se produjo en los depósitos. En septiembre de 1844, los depósitos bancarios totalizaban 12.2 millones de libras; para finales de febrero de 1846 ya se habían duplicado en 24.9 millones. En el curso de esta enorme expansión, las reservas bancarias de oro disminuyeron drásticamente.

La mayor parte de esta expansión del crédito bancario fue destinada a satisfacer la obsesión especulativa de invertir en las dudosas líneas férreas nacionales. En 1845 y 1846 se autorizó la construcción de nuevas líneas por un valor superior a 180 millones de libras, cerca del doble del total de la década precedente. Años más tarde, en visión retrospectiva, *The Economist* se referiría a las «escenas de locura» de 1845 y 1846 y a

> la locura, la avaricia, la insufrible arrogancia, el juego y la especulación precipitados, apremiantes y carentes de escrúpulos que arruinaron a la nobleza y a la aristocracia, que enfangaron a senadores y senados, que contaminaron a mercaderes, fabricantes y comerciantes de todas las clases, y que, durante cierto

> tiempo, vertieron sobre el trabajo honesto y la industria honrada una pestilencia espeluznante.

El banco trató de contener débilmente la marea en la primera mitad de 1846, pero, tan pronto como aumentaron sus reservas, el propio banco, que había elevado en noviembre de 1845 su tipo de descuento hasta el 3½ por ciento, lo volvió a bajar hasta el 3 por ciento en agosto del siguiente año. Las reservas bancarias retomaron su descenso vertiginoso, cayendo de 10 millones de libras en agosto de 1846, con un coeficiente moneda metálica-billetes y depósitos del 58 por ciento, a sólo 3.0 millones de libras en abril de 1847, con un coeficiente del 20 por ciento.

Una vez más, el banco trató de contener la marea que él mismo había creado y que seguía produciendo, pero lo poco que hizo, lo hizo tarde. Los tipos de interés subieron de la mano del auge inflacionario, de modo que el aumento hasta el 4 por ciento del tipo de descuento en enero de 1847 dejó todavía el tipo por debajo del mercado, de manera que, entre el 9 de enero y el 10 de abril, el total de los créditos bancarios alcanzó casi los 4.5 millones de libras y los descuentos, los 3.8 millones.

En abril de 1847 el Banco de Inglaterra y todo el sistema financiero y económico se hallaban en una profunda crisis: aquél subió su tipo hasta el 5 por ciento, pero los tipos del mercado ya estaban al 7 por ciento. Desestimando las iniciativas de una minoría de directores de banco para elevar el tipo hasta el 7 y el 6 por ciento, el banco empeoró las cosas manteniendo su tipo al 5 por ciento y, luego, racionando el crédito, interrumpiendo los descuentos, exigiendo el reembolso de los préstamos y rehusando aumentar los mismos sin tener en cuenta la calidad de crédito del prestatario. La negativa del banco a subir los tipos y su discriminación a favor de ciertos prestatarios no impidió que el banco comercial del que era propietario el propio gobernador del banco, W. R. Robinson, suspendiese los pagos en julio, ni que el banco de otros dos directores del mismo se fuese a pique en septiembre.

Los fenómenos repentinos de contracción, de interrupción de los préstamos y de racionamiento del crédito del banco trajeron consigo el pánico económico y financiero en abril y mayo de 1847. Esta drástica terapia alivió finalmente la situación del banco hacia finales de mayo, invirtiéndose temporalmente el proceso de salida de oro. Para principios de julio, las reservas del banco se doblaron de 3.0 millones de libras a 6.0 millones, con un coeficiente de reservas para los depósitos del 32 por ciento. Sin embargo, no bien hubo desaparecido la presión, el banco volvió otra vez a expandirse, empeorando las cosas al mantener su tipo de descuento por debajo del mercado y permitir el racionamiento del crédito específico. En septiembre estalló la segunda gran crisis de 1847, y a lo largo de septiembre y octubre se multiplicaron las quiebras mercantiles. Thomas Tooke se lamentaba de que «Estas quiebras *mercantiles*, por su número y por la cantidad de propiedad involucrada, no tenían precedentes en toda

la historia comercial de este país». En octubre los bancos empezaron a quebrar y se extendieron por las provincias retiradas masivas de fondos. Como consecuencia, los asustados bancos empezaron a contraer drásticamente su crédito y sus depósitos con el fin de incrementar notablemente el porcentaje de sus reservas. Una vez más, las del Banco de Inglaterra disminuyeron de modo considerable, hasta menos del 14 por ciento de sus depósitos. En este punto, el Banco arrojó la toalla y, por vez primera en sus muchas crisis, solicitó al gobierno que suspendiese la restricción de reserva 100 por 100 en oro impuesta a los billetes por la Ley Peel. Diversas delegaciones procedentes de Liverpool y del norte, banqueros privados de Londres y otros asociados de Escocia presionaron también para que se suspendiese la Ley Peel. El órgano de expresión de la banca regional, *Circular to Bankers*, arremetió con que los banqueros de Londres maquinaban la posibilidad de hacer quebrar al Banco de Inglaterra rescatando todos sus depósitos. En ese caso, uno se pregunta cómo podrían haber evitado los bancos comerciales ser, a su vez, arrastrados a la quiebra. Entonces, como era de esperar y por vez primera en muchas crisis, el propio gobierno arrojó la toalla suspendiendo la disposición de la Ley Peel que imponía restricciones de reserva 100 por 100 en oro a la emisión de billetes del Banco de Inglaterra.

El gobierno salvó el sistema de reserva parcial bancaria suspendiendo obedientemente la Ley Peel el 25 de octubre, y, por supuesto, salvando también con ello a los bancos y aliviando la crisis inmediata —a costa, claro está, de una renuncia al principio monetario y a cualquier intento por vincular, de modo directo y en su misma extensión, el sistema monetario y bancario con el comportamiento del oro. A partir de entonces, Gran Bretaña, y también el resto del mundo, jamás se separarían del sistema de reserva parcial bancaria emisor de depósitos a la vista, de piramidación sobre la base de un banco central monopolizador de la emisión de billetes y centralizador del oro de la nación, y de generación de una serie interminable de ciclos expansivo-depresivos de inflación y recesión. Además, la casi completa centralización de las reservas de oro en los bancos centrales facilitaría que esas naciones, en teoría ligadas al patrón oro, pudiesen salirse de dicho patrón y pasarse al papel fiduciario cada vez que alguna crisis —como en el caso de la Primera Guerra Mundial— presentase la exigencia de una rápida inflación del dinero para financiar la campaña bélica.

El corazón y el alma del principio monetario era la vinculación estricta de la emisión de billetes del Banco de Inglaterra con una reserva 100 por 100 en oro; mas, si esta restricción se iba a suspender cada vez que los bancos o los negocios tuviesen problemas, el principio monetario quedaba completamente trastrocado. Como profetizara atinadamente el banquero londinense George Carr Glynn tras la suspensión de 1847, cada vez que se diese una crisis, el público esperaría una nueva suspensión. Y, en efecto, eso es lo que sucedió. Para

hacer frente a la crisis de 1847 se nombraron comisiones parlamentarias de investigación en 1847 y 1848. La suspensión de la Ley Peel durante la crisis de 1857 fue más sencilla y, aunque se formaron comisiones parlamentarias en 1857 y 1858, frente a lo sucedido en la de 1847, no hubo debate alguno en el Parlamento. La suspensión de la Ley Peel de 1866 fue tan rutinaria que ni siquiera se molestaron en designar una sola comisión.

Un hecho destacable es que, desde la primera suspensión de 1847, la escuela monetaria defendiese sin excepción la suspensión de la Ley Peel sin dar muestras de ser consciente de que de este modo abandonaba toda su doctrina.[39] Y es que, si la suspensión en época de crisis debilitó el propósito fundamental de la Ley, el mismo conocimiento de que aquélla acudiría en ayuda animó al banco y al sistema bancario a expandir el crédito como si las restricciones de la Ley Peel no existiesen. Como consecuencia, todo lo que quedó del principio monetario fue la monopolización de los billetes por parte del Banco de Inglaterra.

7.9 Victoria *de facto* de la escuela bancaria

Es un tópico pensar que la gente siente con frecuencia temor ante las consecuencias del logro de metas largo tiempo ansiadas. Al no tener en cuenta los depósitos, la promulgación del principio monetario en la Ley Peel no moderó en absoluto la expansión del crédito bancario o el ciclo de expansión-depresión. Con sus sueños hechos añicos, y como suele suceder con todos los ideólogos a quienes ha abandonado su dios, los integrantes de la escuela monetaria contaban con varias líneas alternativas de acción. Lo más valiente hubiese sido admitir que su principio era extremadamente imperfecto, reconocer la derrota y volver a empezar. Por desgracia, los seres humanos están hechos de tal forma que rara vez optan por este noble camino. Desde luego, ninguno de los integrantes de la escuela monetaria llegó a destacarse por ello en estos momentos de crisis. Por el contrario, recorrieron el mismo trayecto que la mayoría de las escuelas de pensamiento, incluidos los marxistas, proclamando con rotundidad que su teoría gozaba de una excelente salud al tiempo que volvían a definir, de manera sutil aunque esencial, todos sus contenidos.

Por ejemplo, antes de 1844, la escuela monetaria, y el Coronel Torrens en particular, adoptó una teoría monetaria del ciclo económico. Las fluctuaciones económicas se producían por una expansión del crédito bancario a cuyo frente se encontraba el Banco de Inglaterra, una expansión que conducía a la infla-

[39] William Cotton, del Banco de Inglaterra, pensó que la suspensión llegó demasiado pronto, y John R. McCulloch la consideró de dudoso valor, pero ninguno de los de la escuela monetaria atacó la suspensión o dio muestras, ni siquiera, de comprender la significación de la suspensión.

ción y a periodos de auge, tras los que se sucedía una inevitable contracción productora de quiebras y recesiones. Sin embargo, tan pronto como tuvo lugar el ciclo de 1844-47, los hombres de la escuela monetaria dieron marcha atrás y se unieron virtualmente a sus viejos enemigos de la escuela bancaria. La escuela bancaria siempre había proclamado que los bancos y la oferta de dinero eran meros elementos pasivos que respondían a los ciclos de expansión-depresión generados por fuerzas no monetarias de la economía «real». Habitualmente, las culpables fueron ciertas oleadas misteriosas de «especulación» animadas por supuestas oleadas de optimismo o pesimismo excesivos. Ahora bien, la escuela monetaria, incluso el Coronel Torrens, proclamaron que ellos jamás habían prometido un final para el ciclo económico, el cual, después de todo, está gobernado por fuerzas no monetarias como la especulación y el exceso de optimismo o pesimismo. Lo máximo que la regulación monetaria podría conseguir, decía ahora la escuela monetaria, era eliminar todas aquellas partes de las fluctuaciones económicas que estuviesen causadas por variaciones en la oferta de dinero. Y esto, afirmaron con rotundidad, era algo que, efectivamente, la Ley Peel había conseguido. El ciclo económico de 1844-47 pudo haber sido grave, pero habría sido mucho peor si la Ley Peel y el principio monetario no hubiesen operado.

Así, en sus numerosas apologías de la Ley Peel, el Coronel Torrens echó la culpa de la expansión de 1844-46 a un «exceso de comercio» y a las especulaciones ferroviarias, como si esta especulación hubiese provenido de la expansión del crédito bancario de primera clase y no de la del barato. También mencionó que un aspecto del auge inflacionario era la «rápida conversión del capital circulante en capital fijo», esto es, la conversión del capital líquido en una cantidad excesiva de inversiones en activo fijo, a largo plazo. Una vez más, ni se insinuó que lo que había generado este exceso de inversión había sido el exceso de crédito bancario.

Resulta revelador comparar dos de las críticas que Torrens hiciera a la afirmación de Mill de que la escuela monetaria reivindicaba ser capaz de sanar todos los ciclos económicos y todas las «convulsiones comerciales». Como respuesta al ensayo que Mill publicara en la *Westminster Review*, Torrens puso de manifiesto en 1844 que la escuela monetaria *no* reivindicaba la eliminación de todos los males sino sólo aquellos que se originaban «con una moneda que fluctúa alternativamente por encima y por debajo del nivel por el que discurriría una moneda puramente metálica». Sin embargo, en su detallada crítica de 1857 al capítulo consagrado a la banca de los *Principles* de Mill, Torrens modificó su punto de vista. Ahora sostenía que la mayoría de las fluctuaciones se inician, no con una emisión excesiva de los bancos, sino con perturbaciones cuya causa no es el dinero y que rompen la armonía entre la oferta de dinero y la de oro. Por otra parte, Torrens podía contar ya con el apoyo de las citas de Loyd y Norman. En estos momentos, Loyd también estaba centrado en las supuestas

causas no monetarias de las fluctuaciones. Así, destacando el optimismo y la especulación, tal como había venido haciendo desde hacía mucho tiempo la escuela bancaria, afirmó que «Mientras la naturaleza humana siga siendo lo que es, y la esperanza mane eternamente en los pechos humanos, seguirán produciéndose especulaciones ocasionales, con la correspondiente sucesión de periodos alternativos de agitación y depresión.»

Así, pues, con el acercamiento de la escuela monetaria a la bancaria en cuanto a la primacía de las causas no monetarias del ciclo y a la dependencia pasiva de las monetarias, se allanó el camino a un acuerdo *de facto* entre las dos escuelas. Dado que la escuela monetaria parecía darse por satisfecha con el sistema existente en la medida en que disfrutaba de la *etiqueta* del principio monetario, la oferta de dinero bien podía considerarse aceptablemente pasiva. Al mismo tiempo, el Banco de Inglaterra fue lo bastante discreto y flexible como para satisfacer a la escuela bancaria y reconciliarla sin dificultad con el *status quo*. Así, James Wilson, uno de los principales críticos de la Ley Peel dentro de la escuela bancaria, estuvo dispuesto a votar a favor de su mantenimiento en la comisión parlamentaria de 1857-58. La escuela bancaria se dio por pagada con que el sistema bancario británico de 1844-1914 realizase lo *sustancial* de su propio credo concediendo a los orgullosos hombres monetarios el poder regodearse en el *nombre*. Por su parte, los integrantes de la escuela monetaria disfrutaron de los laureles de una victoria vacía: Norman, Torrens y Loyd (Baron Overstone desde 1850) gozaron de gran prestigio mientras proclamaban que el *status quo* constituía una encarnación de sus principios. A los directores del Banco de Inglaterra les satisfizo adoptar el credo monetario supuestamente restrictivo, y los nuevos epígonos monetarios transmitieron lo que había venido a convertirse en la doctrina estándar: interpretación errónea del sistema existente como monetario y desconocimiento del afianzamiento del ciclo de expansión-depresión en la vida económica.[40]

Con la escuela monetaria entregada ya a la teoría no monetaria del ciclo económico basada en el «exceso de comercio» de la escuela bancaria, y con la desaparición de escritores defensores del dinero metálico y de la banca libre como Robert Mushet y Henry Parnell, el análisis monetario del ciclo económico se desvaneció por omisión. Entre los analistas de la escuela bancaria, la elaboración más destacada de la teoría no monetaria del ciclo fue la de James Wilson en su *Capital, Currency, and Banking* (1847).[41] Wilson desarrolló lo que

---

[40] Entre estos epígonos estaban Charles Neate, profesor de Cambridge que publicó sus lecciones, *Two Lectures on the Currency* (1850); R.H. Mills, profesor del Trinity College de Dublín, con su *The Principles of Currency and Banking* de mediados de la década de 1850; *The Price of Money* (1862) de John Inchbald y el popular tratado de George Combe *The Currency Question Considered* (1856), elogiado por el *Times* londinense y del que se hicieron seis ediciones en un solo año.

[41] El libro se componía de los nueve artículos sobre la Ley Peel de 1845, además de otros ensayos posteriores.

tal vez podría denominarse una teoría no monetaria basada en el exceso de inversión que prefiguraba la posterior teoría austriaca del ciclo, aunque carente del elemento causal monetario clave. Se centró en el exceso de inversión ferroviaria como causa del ciclo de 1844-47, y predijo reiteradamente una crisis sobre la base de su análisis de lo sucedido entre 1845 y el momento de la quiebra.

En el brillante análisis de Wilson, la expansión se inicia con una inversión excesiva de ahorros en capital fijo. Los ahorros son capital «flotante» o circulante, el fondo de salarios destinado a contratar a trabajadores y a la compra de materias primas. Sin embargo, por alguna propensión al comercio excesivo, los negocios pueden invertir en capital fijo por encima de la oferta anual de ahorros. A la producción de capital fijo se destinan demasiados ahorros en dinero, mientras que muy pocos se emplean en la producción de bienes de consumo. En suma, la expansión se caracteriza por un desplazamiento excesivo de los recursos desde los bienes de consumo hacia los bienes de capital. Por otra parte, el aumento del gasto de la inversión del capital en activos fijos —en el caso de 1845, una gran inversión ferroviaria— incrementa los salarios que poseen los consumidores. Mas, por cuanto los consumidores vienen a gastar sus salarios en una oferta de bienes de consumo menor, el precio de dichos bienes experimentará inevitablemente una subida. En definitiva, que el consumo y la inversión se han vuelto excesivos en relación con los ahorros disponibles. Los productores de bienes de consumo reaccionarán ante la subida de precios tratando de aumentar la producción, incrementando de este modo su demanda de capital, es decir, su demanda de préstamos. Sin embargo, la escasez de ahorros en relación a la demanda de capital producirá una subida del tipo de interés, y esta subida acusada del tipo precipitará la recesión. En una palabra, los productores del periodo expansivo de las inversiones en activos fijos, en este caso los ferrocarriles y los proveedores de material ferroviario, se verán forzados a sostener una fuerte pugna con los productores de bienes de consumo por el capital repentinamente escaso, y la consiguiente crisis y depresión causará el abandono y aplazamiento indefinido de las excesivas inversiones en activos fijos. Durante el periodo de depresión se abandona la inversión excesiva, lo cual trae como consecuencia el eventual regreso a una situación saneada y normal.

De este modo, aparte de tener en cuenta la inversión poco prudente y excesiva así como el subconsumo y los ahorros insuficientes que se dan en un periodo expansivo, Wilson también demostró que dicho periodo de auge es la distorsión económica que necesariamente genera la desdichada, aunque curativa, depresión que en último término restaura una economía sana. También contempló el modo en que una subida de los tipos de interés, como síntoma de un exceso de consumo y de escasez de ahorros, trae consigo la recesión restauradora. Además, se dio cuenta de que la falta de ahorros era una de las claves

de la recesión y concluyó que una mayor cantidad de ahorros ayudaría a acelerar la recuperación.

Aunque no hay duda de que en un periodo de expansión se da un exceso de inversión en bienes de capital de orden superior, Wilson no atinó demasiado cuando estableció la nítida distinción entre capital circulante y capital fijo. Según Wilson, los ahorros de dinero que se destinan a capital fijo se pierden o «hunden» de alguna manera, desapareciendo así del pago de los salarios. No obstante, el problema no es tanto capital fijo frente a capital circulante, sino consumo frente a exceso de inversión de todo tipo en órdenes superiores de capital, ya sea en instalaciones fijas o en una mayor cantidad de existencias de materias primas.

Sin embargo, el mayor problema del estudio de Wilson fue que no tuvo en cuenta el dinero. Creía que el dinero es, sin más, un artificio ideado para facilitar los intercambios, y, por lo tanto, que jamás podría ser una de las causas de las fluctuaciones económicas, sólo uno de sus efectos. Sin embargo, si el dinero no está involucrado, ¿dónde *consiguen* las firmas ferroviarias más dinero para gastar aun cuando no hayan aumentado los ahorros? La única respuesta a esto, que Wilson ignora, es un incremento del dinero y del crédito bancario prestado a dichas empresas. Y, si la oferta de dinero no ha aumentado, ¿por qué no se *compensan* las subidas en los pagos de los salarios efectuados por las empresas ferroviarias y otros productores de capital con *disminuciones* en los pagos de salarios de las industrias de consumo? En una palabra, ¿por qué el nivel general de precios aumenta desde el principio del periodo expansivo? ¿Por qué los precios al consumidor no bajan, cuando menos, inicialmente? La respuesta, una vez más, está en el incremento de la oferta de dinero y crédito que genera y alimenta el periodo expansivo. Y, por último, ¿cómo es que la tendencia general de los hombres de negocios, incluidos los magnates del ferrocarril, no puede manifestar que sus inversiones están superando los ahorros? ¿Y por qué viene de golpe la eventual subida crítica de los tipos de interés? La respuesta, una vez más, es que la expansión del crédito bancario baja artificialmente el tipo de interés y atrae a las empresas comerciales hacia el fatal exceso de inversión.

A pesar de que Wilson insistía en que no debe confundirse dinero con capital, cayó, sin embargo, en la vieja trampa smithiana de considerar la oferta de oro como capital «ocioso e improductivo» y, por ello, creyó que podía aumentarse el capital y aliviarse de modo considerable la depresión con la emisión gubernamental de 20 millones de libras en billetes de 1 libra que reemplazarían a los 20 millones de libras «ociosas e improductivas» de oro en circulación. Esta descomunal emisión, aseguraba Wilson a sus lectores, no sería inflacionaria porque sólo aumentaría el capital; y, además, añadía con petulancia, no podría haber ningún tipo de inflación, ya que los billetes de papel seguirían siendo convertibles en oro. Mas, ¿qué tipo de convertibilidad en oro, qué clase de

patrón oro existe cuando se supone que el oro desaparece de la circulación? La lección que de todo esto se saca es que, independientemente del entusiasmo profesado por el *laissez-faire* o el patrón oro, en el fondo de cada miembro de la escuela bancaria, incluidos los que adoptan una posición de banca libre, se oculta un pertinaz inflacionista.

En sus *Principles of Political Economy* (1848), John Stuart Mill expuso una teoría del ciclo que combinaba el análisis de Wilson con el énfasis típico de Tooke en la especulación de productos, y que, por desgracia, introducía la oscuridad ricardiana de la supuesta e inevitable tendencia a la baja en la tasa de beneficio a medida que disminuyen los rendimientos de la agricultura. En suma, Mill fusionó el énfasis típico de la escuela bancaria de Tooke en la especulación, en el exceso de optimismo y de comercio con el análisis de la conversión del capital circulante en fijo de Wilson. Una vez más, se trató de una doctrina *no*-monetaria en la que el dinero desempeñaba un papel pasivo, no esencial, como mucho, secundario. Así, Mill adoptó la teoría sobre la causa del reciente ciclo de 1845-47 basada en la inversión ferroviaria de Wilson. El elemento ricardiano hizo que Mill se anticipase a Schumpeter, y le llevó a alabar la expansión inflacionaria como necesaria y vital para lograr el crecimiento económico al facilitar una salida periódica a la caída de la tasa de beneficios. Como consecuencia, Mill fue uno de los primeros en desarrollar la idea de que las fluctuaciones económicas tienden a repetirse como ciclos recurrentes, un proceso que él consideró beneficioso. No le preocupaban las recesiones porque la contracción y la ley de Say garantizaban el pronto retorno al pleno empleo y la prosperidad.

Hubo otra razón de peso para que se diera la fusión efectiva de las escuelas monetaria y bancaria tras la promulgación de la Ley Peel. Después de todo, y a pesar de que la versión de la escuela bancaria tendiese a ser muy atenuada, la máxima prioridad monetaria de ambos grupos era la conservación del patrón oro. Así, tan pronto como la crisis de 1847 devolvió a Inglaterra la controversia monetaria y bancaria, los adversarios ultra-inflacionistas del patrón oro volvieron al ataque, demandando la inflación del papel fiduciario o, mejor, un patrón bimetálico oro/plata. Ante esta arremetida, las escuelas monetaria y bancaria cerraron filas, lo que da buena cuenta, por ejemplo, del hecho de que James Wilson votase en 1858 a favor del mantenimiento de la Ley Peel.

En efecto, bastó la crisis de 1847 para animar a los hombres de Birmingham a reanudar su ataque al oro. El viejo panfleto de Matthias Attwood sobre el dinero fiduciario se reimprimió al punto, una delegación de Birmingham encabezada por George Frederick Muntz apeló al primer ministro y la Asociación para la Reforma Monetaria de Birmingham envió una memoria a la reina. El *Times* se sintió llamado a denunciar a los hombres de Birmingham en uno de sus editoriales y T. Perronet Thompson avisó a un amigo de que había aumen-

tado la circulación de los «panfletos medio disparatados de Birmingham». Otros sectores del norte de Gran Bretaña se sumaron a las protestas. La Asociación para la Reforma Monetaria de Liverpool intervino lo suficiente como para que *The Economist* la denunciara en dos de sus números, y Escocia dejó patente su inclinación inflacionista en un artículo contrario al oro aparecido en la publicación tory *Blackwood's Edinburgh Magazine*. Por otro lado, se reunió en Glasgow la convención organizadora de la Liga Nacional Anti-Ley del Oro a la que asistieron más de 3.000 personas.

La amenaza del bimetalismo de la plata también salió a la superficie durante la crisis de 1847. En este punto hay que destacar especialmente al poderoso banquero Alexander Baring, ahora Lord Ashburton, siempre dispuesto a juguetear con el bimetalismo, así como la petición que hicieron algunos influyentes «Mercaderes, Banqueros y Comerciantes de Londres contra la Ley del Banco». Wilson denunció la doctrina bimetalista de Ashburton y de los peticionarios de Londres por ser «extraordinaria», «inexplicable y carente de razón en grado sumo». La amenaza bimetálica era tan seria que los dos incondicionales de la escuela monetaria, Loyd y Torrens, colaboraron en la redacción de un panfleto anónimo de refutación detallada de la petición de Londres.[42] La crítica fundamental del ataque de Torrens-Loyd consistía en demostrar que la lógica de la posición bimetalista apuntaba directamente a la mucho más coherente, y tanto más peligrosa, política del dinero fiduciario de Birmingham:

> Los filósofos de Birmingham son razonadores coherentes y tienen la sagacidad suficiente para ver que un aumento arbitrario de la circulación fiduciaria es incompatible con el mantenimiento de un patrón metálico. Los firmantes de la petición de Londres, peores lógicos, al mismo tiempo que exigen el establecimiento de un patrón metálico doble, son incapaces de percibir que el aumento del papel moneda mediante el ejercicio... de ese poder laxo que solicitan haría impracticable el mantenimiento de ningún patrón metálico.[43]

El punto culminante del asalto al oro se produjo en las votaciones que tuvieron lugar en el Parlamento en 1848. La moción de denuncia de la Ley Peel por agravar la crisis de 1847, presentada en la comisión de los Comunes por el veterano líder radical Joseph Hume, fue derrotada por 13 votos contra 11. El grupo de los 11 estaba constituido por una coalición de antiguos partidarios de la banca libre como el propio Hume, por inflacionistas y proteccionistas como el tory de Birmingham Richard Spooner y por bimetalistas como Thomas Baring y Lord Bentinck. Por otra parte, el informe de la comisión de la Cámara de los Lores criticó la Ley Peel y recomendó atenuar las disposiciones restrictivas sobre los billetes de banco. Mientras las comisiones deliberaban, el veterano anti-

---

[42] *The Petition of the Merchants, Bankers and Traders of London Against Bank Charter Act; with Comments on Each Clause* (Londres, 1847).

[43] Citado en Fetter, *op. cit*. nota 1, p. 208.

bullionista John Charles Herries hizo gestiones para que se rechazasen las limitaciones impuestas a los billetes de banco por la Ley de 1844 y por todas las leyes de 1845. Esto constituyó un punto de encuentro para los monetarios moderados de toda clase: los hombres de Birmingham, los bimetalistas o los defensores moderados del oro. La moción de Herries fue derrotada por el estrecho margen de 163 votos frente a 142. Los principales discursos a favor de la moción no los pronunciaron los moderados, sino hombres de Birmingham como Richard Spooner. El gran Robert Peel respondió a Spooner señalando que, aunque la doctrina de Birmingham estaba en «clara minoría» dentro de la Cámara de los Comunes, fuera de la misma, «de todos los que hablan sobre la moneda y escriben sobre la moneda, la inmensa mayoría», de hecho, «nueve décimas partes», están de acuerdo con Spooner, es decir, quieren «emisiones de papel sin el control de la convertibilidad».

Ya sea que Peel reaccionara en exceso ante lo que tal vez considerara que eran expresiones del mal, ya sea que la referencia al espectro de Birmingham fuese una argucia para reunir tropas, el caso es que su táctica tuvo éxito y la moción de Herries fue echada abajo sin que llegara siquiera a una votación formal. A partir de entonces y durante una década, el espectro de Birmingham bastó para ganarse a los defensores moderados del oro y a la escuela bancaria en la defensa entusiasta del *status quo* de la Ley Peel. A mediados de la década de 1850, el *Economist* de Wilson adoptó esta orientación y el veterano monetario James Parrington escribió una inquieta carta a un amigo expresándole que «Justo en este momento se halla extendido cierto clamor en demanda de la revocación de la Ley [Ley del Banco de 1844], clamor que, de persistir, pienso que será seguido de otro igualmente elevado a favor de la eliminación absoluta de la obligación de los pagos en metálico».[44]

Para concluir oportunamente nuestra consideración sobre el periodo posterior a la Ley Peel, nos centraremos en dos importantes contribuciones posteriores a la misma que hiciera el más capaz de los integrantes de la escuela monetaria, el Coronel Robert Torrens. En el curso de su crítica de 1857 al capítulo de los *Principles* de Mill dedicado a la escuela bancaria, añadió un elemento clave en la crítica de la idea de que los bancos, por ser pasivos, no tienen capacidad de incrementar sus obligaciones y, por lo tanto, ninguna capacidad de elevar los precios. Torrens puso de manifiesto incisivamente que Mill

> no tiene en cuenta el hecho importante de que los bancos poseen por sí mismos la capacidad de incrementar y disminuir la demanda de préstamos bancarios, cuando aumentan el tipo de descuento, la demanda de prestamos se contrae, y

[44] *Ibid*., p. 216. Fetter describe con ingenio los sentimientos de los partidarios de la Escuela Bancaria y del resto de defensores del oro contrarios a la Ley Peel respecto a la amenaza de la escuela de Birmingham: «La situación sugiere la misma actitud que la tradición atribuye al Duque de Wellington: no temía a sus enemigos, mas la sola idea de sus aliados le aterrorizaba.» *Ibid*.

> cuando la bajan, aquélla se amplía... y, a menos que esté en condiciones de desmentir el hecho de que los bancos pueden bajar el tipo de descuento, no puede sostener coherentemente que su capacidad de aumentar la emisión sea limitada...

Resulta llamativo que, en medio de todos los ataques al sistema de la Ley Peel por parte de los defensores del papel fiduciario de Birmingham, de los bimetalistas, de los pocos que quedaban de la banca libre y de los fieles a la escuela bancaria, ni un solo escritor, ni un solo parlamentario, ningún hombre de negocios solicitase el endurecimiento de las medidas para tapar el enorme agujero del sistema monetario, esto es, mediante la ampliación a depósitos y billetes por igual del principio de reserva al 100 por 100. Ni uno solo de los monetarios admitieron que hubiese algún error en su posición precedente, ni recomendaron, como sí hicieron los jacksonianos en los Estados Unidos, el paso a una posición completa de reserva al 100 por 100 para todas las obligaciones bancarias, incluidos los depósitos. Quien más se acercó a esta perspectiva fue el Coronel Torrens. Justo en uno de los momentos más penosos de la historia del pensamiento económico, Torrens escribió a los 77 años la que sería su última obra publicada, una reseña aparecida en la *Edinburgh Review* de enero de 1858 sobre la compilación que hiciera su viejo amigo y aliado Samuel Loyd, Lord Overstone, y que publicó John R. McCulloch, los *Tracts and Other Publications on Metallic and Paper Currency*. Tras elogiar las contribuciones de Lord Overstone y defender, una vez más, la Ley Peel, Torrens pasaba a explicar el ciclo económico que culminó en la reciente crisis de 1857. Si diez años antes terminó sometiéndose a la escuela bancaria cuando responsabilizó al «exceso de comercio» de la crisis de 1847, ahora, por el contrario, afirmó rotundamente que «Si no hubiese exceso de actividad bancaria, no podría haber (excepto en breves lapsos de tiempo) exceso de comercio y especulación». Evidentemente, desde la Ley Peel, exceso de actividad bancaria significaba depósitos. Porque Torrens no podía ignorar las fluctuaciones que se producían en la cantidad de depósitos bancarios. Así, al tratar sobre la banca de depósitos, Torrens hizo hincapié en que, con la creación de nuevos depósitos a la vista mediante préstamos, los bancos ejercían «la misma influencia sobre los mercados que un incremento en la cantidad numérica de la circulación [de billetes]». Torrens siempre había sido el único monetario que entendió la verdadera importancia monetaria de los depósitos; ahora pasó a condenar enérgicamente a los banqueros comerciales y su expansión de depósitos durante el reciente periodo de auge, así como su contracción y quiebra durante la crisis. Así, Torrens se preguntaba con amargura:

> ¿Está la balanza de la justicia nivelada cuando a un ladrón de poca monta o a un falsificador de un billete de cinco libras se le trata como a un delincuente, y cuando el banquero especulador... consigue del Tribunal de Quiebras la total liquidación de sus deudas y recibe de sus comprensibles amigos y acreedores medio arruinados los medios para volver a empezar su vergonzosa y pícara carrera?

A continuación mostraba cómo los préstamos suplementarios «de depósitos producen efectos en los precios, en el crédito comercial y en los cambios, consecuencias análogas a las producidas por las emisiones adicionales de billetes de banco». Prácticamente reconociendo que la Ley Peel adolecía de no ser aplicable a los depósitos, Robert Torrens sí admitía ahora que «incluso con una moneda exclusivamente metálica [esto es, monedas metálicas sin billetes] el exceso de actividad bancaria y la insolvencia de los bancos de descuento pueden producir desastres tan formidables como los que puedan resultar de un uso no restringido de billetes de banco y de una suspensión de pagos al contado».

En sus conclusiones, Torrens manifestó serias dudas sobre si «las ventajas de la banca [de depósitos] de descuento compensan los daños que infligen». Parece ser que estuvo a punto de aconsejar la ampliación del sistema monetario a los depósitos, y quizás lo habría hecho si hubiese vivido lo suficiente para escribir más acerca del dinero y la banca.

7.10 Las escuelas monetaria y bancaria en el Continente

El florecimiento en Gran Bretaña de los debates de las escuelas monetaria y bancaria, unido a la posterior pujanza de la banca central en el Continente, hizo que en las décadas de 1850 y 1860 se produjesen en Francia y Alemania controversias similares. En términos generales, los resultados fueron los mismos: un triunfo pseudo-monetario en el sentido de que el banco central adquirió el monopolio de la emisión de billetes, y la victoria *de facto* de la escuela bancaria concretada en una reserva parcial bancaria elástica y en los repetidos incrementos y disminuciones en la oferta de dinero.

En Francia, la idea del *laissez-faire* florecía entre los economistas, que demostraron ser los verdaderos herederos de J.B. Say. Profesores, periodistas, la longeva Société d'Économie Politique, el *Journal des Économistes* de la Société, ambos fundados en 1842, y otras publicaciones académicas y populares se consagraron a la causa del librecambio y del *laissez-faire*. En medio de esa atmósfera, los economistas franceses se decantaron por la banca libre frente a la centralizada. La mayoría de ellos, por desgracia, se sintieron obligados a adoptar la doctrina de la escuela bancaria para defender que la banca libremente competitiva, como lo son los bancos en general, jamás puede emitir excesivos billetes o dar lugar a un ciclo económico. De todas formas, fue un grupo de partidarios de la banca libre mucho más auténtico que los británicos, quienes, como hemos visto, fueron defensores de los intereses particulares de la banca comercial y no tanto valedores coherentes de la banca libre. En efecto, tanto en esta como en otras áreas, y frente a los vacilantes, desordenados y pragmáticos británicos, los franceses no temieron ser defensores coherentes, rigurosos, mili-

tantes y, por consiguiente, «extremistas» de la libertad individual y del librecambio.

Uno de los principales y más interesantes teóricos franceses de la banca libre fue Jean Gustave Courcelle-Seneuil (1813-92). Como manifiesta cierto historiador, Courcelle «estaba a favor de una competencia libre e ilimitada y era, desde luego, el más firme de los partidarios de la libertad bancaria en Francia. La única regulación que podía admitirse era la destinada a la prevención del fraude.»[45]

I. Edward Horn (1825-75) fue otro señalado teórico francés de la banca libre. En su *La Liberté des Banques* (1866) llegó incluso a cuestionar la idea de que el estado deba poseer el monopolio de la acuñación. Puso de manifiesto que los banqueros de inversión privada podrían alcanzar con facilidad la misma confianza pública que el estado en la circulación de sus monedas. Horn observó que es mucho más probable que un estado suspenda la obligación de su banco central de rescatar en metálico antes que conceder tal beneficio a los bancos individuales más pequeños. Tal como lo expresa la paráfrasis de Vera Smith:

> Horn llamaba la atención sobre las grandes posibilidades que existen de que la obligación de pagar en metálico a la vista contra la presentación de los billetes fuera revocada y se llegara a un sistema puramente fiduciario en lugar del de billetes convertibles en oro. Un banco bajo el patrocinio del Estado siempre contaría con el Gobierno para que le libere de su obligación de pagar cuando se encuentre próximo a la insolvencia y su bancarrota quedaría legalizada en lugar de entrar en liquidación y de padecer las sanciones habituales de toda insolvencia. Sin duda, la historia de los bancos privilegiados había estado plagada de bancarrotas.

Horn insistía luego en que, en una situación de banca libre, cualquier negativa a pagar en metálico a la vista debe comportar la liquidación inmediata del descarriado banco. Sólo entonces podría funcionar un sistema de banca libre. Horn observa: «Si a los bancos de emisión se les diera a entender que ellos serían los únicos responsables de sus actos y que sólo ellos tendrían que sufrir las consecuencias, serían mucho más prudentes en sus negocios.»[46] El problema consiste en saber cómo podría confiarse al gobierno hacer cumplir la exigencia del pago en metálico de los bancos, en particular en el caso de que muchos o la mayoría de ellos se vieran en apuros al mismo tiempo.

Courcelle y Horn estuvieron muy influidos por el análisis de los periodos expansivos basado en la circulación orientada hacia el capital fijo de James Wilson. Sin embargo, aunque ambos subrayaron con la escuela bancaria que los bancos no pueden llevar a cabo una emisión excesiva de sus billetes, sí admitieron, frente a Wilson, que los bancos pueden equivocarse y se equivo-

---

[45] Vera C. Smith, *The Rationale of Central Banking* (1936, Indianapolis: Liberty Press, 1990), p.94. [trad. esp.: *Fundamentos de la banca central y de la libertad bancaria* (Madrid: Aosta/Unión Editorial, 1993), p. 125].

[46] *Ibid*., p. 108 [p. 136].

can al alimentar durante el periodo de expansión una excesiva inversión en capital fijo. Resulta interesante que Horn, Courcelle y muchos de los defensores franceses de la banca libre considerasen necesario negar, mediante objeciones de tipo legalista, que los billetes de banco sean «dinero», en razón de que el dinero, en su sentido legalista y no en el económico, debe limitarse estrictamente al patrón de moneda metálica en la que son convertibles los billetes.

Sin embargo, los teóricos más fascinantes fueron los integrantes del minúsculo e intrépido grupo de franceses que creyeron en la banca libre y que, al mismo tiempo, fueron *extremistas* de la escuela monetaria que despreciaron por fraudulentos e inflacionarios todos los medios fiduciarios, todas las obligaciones bancarias por encima de la reserva 100 por 100 metálica. Creyeron, de modo muy convincente, que no podía confiarse durante mucho tiempo ni a un banco con privilegio de monopolio ni al gobierno que lo respaldara el mantenimiento de una banca de reserva 100 por 100 en oro. El líder de este pequeño grupo fue Henri Cernuschi, quien, al tiempo que escribía dos pequeños tratados en 1865, afirmó que la cuestión relevante no era el monopolio de emisión de billetes frente a la banca libre o plural, sino si debían o no debían emitirse billetes. Su respuesta fue que no, porque «poseen el efecto de saquear a los propietarios de dinero metálico depreciando su valor». Para ser útiles, no deberían representar al dinero metálico en menos de un 100 por 100; todos los billetes no cubiertos, todos los medios fiduciarios, debían suprimirse por completo. Cernuschi estaba a favor de la banca libre porque sostenía que, a falta de todo privilegio, aliento o aceptación especial por parte del gobierno, y con la obligación de cerrar a la mínima todo banco que rehusase el pago de cualquiera de sus obligaciones, nadie desearía poseer billetes de banco. Ludwig von Mises citó con aprobación a Cernuschi: «Aspiro a que cualquiera pueda emitir billetes, precisamente para que nadie quiera ya aceptarlos.»[47]

Un seguidor de Cernuschi fue Victor Modeste, cuyas conclusiones prácticas resultaron un tanto diferentes y le aproximaron al núcleo duro de los jacksonianos de los Estados Unidos. Modeste era un convencido libertario que creía que el estado es «el amo..., el obstáculo, el enemigo», y cuya meta declarada era sustituir el gobierno por el «gobierno-de-uno-mismo». Estaba de acuerdo con Courcelle y con los defensores de la banca libre de la escuela bancaria en que el comercio y los negocios deben ser libres. También compartía con ellos la opinión de que el monopolio de un banco central era mucho peor y más dañino que la banca de libre competencia, y se opuso también al control administrativo o regulación de los bancos. Por otro lado, ¿qué se ha de hacer con los

[47] En Henri Cernuschi, *Contre le Billet de Banque* (1866), el testimonio aportado por Cernuschi ante la investigación bancaria generalizada del gobierno francés (1865-66). Traducida por Ludwig von Mises, *Human Action* (New Haven: Yale University Press, 1949), p. 443 [trad. esp.: *La acción humana. Tratado de Economía* (Madrid: Unión Editorial, 5.ª ed., 1995), p. 534].

billetes de banco? En esta categoría Modeste incluía explícitamente los depósitos a la vista, que consideraba ilícitos, fraudulentos, inflacionarios, generadores del ciclo económico y portadores de «dinero falso». Su respuesta fue poner de manifiesto que las «falsas» obligaciones a la vista que pretenden ser convertibles en oro, pero que no pueden serlo porque superan el valor de la reserva de oro, no son otra cosa que fraude y robo. Modeste concluía que los falsos títulos y valores siempre «equivalen a robo; que el robo en todas sus formas y cualquier parte merece sus castigos..., que debe advertirse a todos los administradores de bancos... de que hacer pasar por valor aquello que no lo posee,... suscribir un compromiso que no puede cumplirse... son actos criminales que deberían repararse bajo la ley penal». Por lo tanto, la respuesta no es tanto regulación administrativa cuanto prohibición, mediante una ley general, del perjuicio y del fraude.[48]

En Alemania hubo pocos escritores influidos por la escuela bancaria; la mayoría fueron monetarios. A la tradición rigurosamente monetaria perteneció Philip Joseph Geyer. En su *Banken und Krisen* (Los bancos y las crisis) de 1865 y en otro libro escrito dos años más tarde, Geyer afirmaba que, idealmente, la cantidad de dinero en circulación siempre debe ser constante. De hecho, la oferta de dinero no es constante en buena medida porque las continuas emisiones de billetes bancarios no están cubiertas por metálico. En este punto, Geyer aportó uno de los primeros perfiles de la teoría austriaca sobre el ciclo económico por cuanto señaló que las emisiones de billetes de banco no cubiertas inyectan en la economía «capital artificial» (*künstliches Kapital*), capital que, una vez que excede la cantidad del capital «real» (*natürliches*) disponible, hace que el exceso de inversión y la superproducción den lugar a una crisis. No obstante, cuando intentó desarrollar este análisis, Geyer cometió el error garrafal de adoptar una inconsistente teoría del subconsumo.

El alemán Johann Louis Tellkampf (1808-76) fue un monetario académico y de línea dura. El joven prusiano Tellkampf, doctor por la Universidad de Gotinga, emigró a los Estados Unidos, donde impartió clases de derecho, economía política, historia y lengua y literatura alemanas en el Union College. Más tarde, en 1843, se trasladó al Columbia College como profesor de lengua y literatura alemanas. Tres años después, Tellkampf regresó a Prusia y se convirtió en profesor de economía política de la Universidad de Breslau. Con posterioridad fue elegido para el senado prusiano, donde desempeñó un importante papel en la legislación bancaria.

Las observaciones que Tellkampf hiciese de los problemas de la banca descentralizada de los Estados Unidos le llevaron a abogar por reservas 100 por 100 en metálico para los billetes de banco, así como por un banco central mo-

[48] Victor Modeste, «Le Billet des Banques D'Émission Est-Il Fausse Monnaie?» («¿Son los billetes de banco dinero falso?»), *Journal des Économists*, 4 (Octubre 1866), pp. 77-8.

nopolista que pusiera en marcha el plan. Tellkampf contribuyó a difundir el principio monetario co-traduciendo en 1859 al alemán la defensa del principio de McCulloch. Por otra parte, en caso de que su plan del 100 por 100 en metálico no fuese adoptado, Tellkampf estaba dispuesto a considerar la banca libre como una buena segunda opción.

En Alemania, el número de partidarios de la banca libre tendió a ser inferior al de Francia, y estuvieron más próximos a la escuela monetaria que a la bancaria. Un escritor notable en este terreno fue Otto Hübner, líder del Partido Alemán del Comercio Libre. Su obra en varios volúmenes, *Die Banken* (1854), era más que nada un recorrido empírico por los bancos de todo el mundo; en ella sostenía que los bancos más sanos y los que menos en peligro se hallan son los más libres y los menos controlados. Los bancos centrales privilegiados tienden a sufrir retiradas masivas de fondos y se hallan en peligro de padecer insolvencia, como lo demuestra la suspensión de pagos en metálico del Banco nacional austriaco, el cual había financiado los grandes déficit del gobierno. El objetivo de Hübner, como el de Cernuschi en Francia y el de Geyer y Tellkampf en Alemania, era una reserva 100 por 100 en metálico para los billetes de banco. Su preferencia ideal hubiese sido la de un monopolio estatal con una reserva del 100 por 100 en el banco, igual que los viejos bancos de Amsterdam y Hamburgo, pero reconoció el problema de la desconfianza inherente a la banca estatal. Vera Smith parafrasea a Hübner:

> Si fuera verdad que se puede confiar en el Estado para emitir billetes en cantidad igual a las reservas metálicas, la emisión de billetes controlada por el Estado sería el mejor sistema; pero tal y como son las cosas, es de esperar que la mejor aproximación a ese ideal sea un sistema de libre competencia entre bancos que por razón de su propio interés aspiren al cumplimiento de sus obligaciones[49].

[49] Smith, *op. cit*. nota 45, pp. 115-16 [p. 142].

CAPÍTULO VIII

JOHN STUART MILL Y LA REAFIRMACIÓN DE LA ECONOMÍA RICARDIANA

8.1 La importancia de Mill

Los Mill, padre e hijo, ejercieron un impacto funesto en la historia del pensamiento económico. Si James Mill desempeñó un papel clave y desconocido en el desarrollo de la economía ricardiana y de su aliado, el utilitarismo benthamita, así como en la introducción de ambos en el ámbito intelectual británico, su hijo John fue, con mucho, la fuerza más importante en la nueva imposición del dominio ricardiano que tuvo lugar dos décadas después de que éste hubiese empezado a declinar. Resulta irónico que el destino de la vida intelectual británica decimonónica dependiese tanto de la interacción psicológica entre el famoso padre y el famoso hijo, irónico, ya que ambos pretendieron ser, por encima de todo, «científicos» rigurosos. Uno y otro no pudieron haber diferido más en carácter y mentalidad. James Mill, como hemos visto, fue un ejemplo típico de hombre de «equipo» radical, obstinado, implacable y seguro de sí mismo tanto en la acción como en sus ideas, original a la hora de labrarse un sistema arquitectónico de economía, filosofía y teoría política, y, luego, extremadamente enérgico a la hora de organizar a la gente y las instituciones en torno a su persona para tratar de llevarlos a la práctica. James trató de educar a John Stuart (1806-73) para que le sucediese en el liderazgo de su equipo filosófico radical, pero esta educación no dio sus frutos. Tras la famosa crisis nerviosa que padeció a los 20 años, el más joven de los Mill emergió prácticamente como lo opuesto a su padre, tanto en temperamento como en tipo de inteligencia. En lugar de la inteligencia obstinada propia de los hombres de equipo, John Stuart fue la quintaesencia de la blandura, no de la radicalidad, un hombre sensiblero de ideas vagas que contrastaba notablemente con su acerado padre. John Stuart Mill fue la clase de hombre que, cuando lee o escucha un punto de vista que parece diferir completamente del suyo, dice «Sí, hay

algo en eso», y pasa a incorporar esta nueva corriente de opinión inconsistente a su espaciosa y confusa concepción del mundo. De ahí que esa «síntesis» intelectual en permanente ampliación de Mill no fuera más que un vertedero de posiciones diversas y contradictorias. Como consecuencia, Mill constituiría a partir de entonces un lugar idóneo para que los doctorandos pudiesen sacar alguna tajada en el juego del publica o muere. El debate sobre «qué es lo que Mill *realmente* creyó» se ha convertido en un pozo sin fondo. ¿Fue Mill un liberal del *laissez-faire*? ¿Un socialista? ¿Un romántico? ¿Un clásico? ¿Un libertario civil? ¿Alguien que creía en la moralidad impuesta por el estado? La respuesta es siempre sí. Además, hay materia suficiente para un debate sin fin, porque, en su larga y prolífica vida, Mill fue todas esas cosas y ninguna, un caleidoscopio en constante modificación, transformación y contradicción.

La enorme popularidad y talla de Mill dentro del mundo intelectual británico se debió, en parte, a su mismo batiburrillo mental. He aquí esta persona de cualidades intelectuales indiscutibles, erudito formado en el seno de un círculo de académicos y activistas distinguidos, y, sin embargo, he aquí esta eminencia que descubre lo bueno de todas las posiciones concebibles, incluso en las del lector, quienquiera que sea. Añádase a éste otro rasgo poco habitual: su agradable estilo. Y es que, en la historia del pensamiento, el estilo refleja en buena medida el tipo de mente; por lo general, los pensadores con ideas claras son a menudo escritores lúcidos, y los confusos y desordenados escriben con frecuencia del mismo modo. El estilo enrevesado y tortuoso de Ricardo reflejaba las confusas complejidades de su doctrina. Sin embargo, el caso de Mill fue especial, ya que su estilo elegante y lúcido le valió para enmascarar la gran confusión de su bagaje intelectual. Ricardo gozó, por lo menos, de cierta popularidad merced a su misma oscuridad, aunque en la difusión de su doctrina contó con la inestimable ayuda de escritores tan claros como James Mill y John McCulloch. John Mill, no obstante, alcanzó fama e influencia, en parte, por la elegancia de su redacción.

Si Mill el viejo hubiese conocido el alcance de la falta de carácter e inteligencia de su hijo, probablemente se hubiese desesperado. Pero nunca llegó a descubrirlo, porque John aprendió muy pronto a disimular, jugando a dos bandas mientras su padre vivió. Así, fue perfectamente capaz de publicar un artículo elogiando al filósofo favorito de su padre, Jeremy Bentham, al mismo tiempo que escribía otro anónimo tremendamente crítico con el mismo autor. La duplicidad intelectual de Mill contrastó de modo notable con la franqueza de su padre.

Mas, por muy extraño que resulte, considerando la totalidad de la carrera de John, James bien podría haberse dado ciertamente por satisfecho. Porque, a pesar de todo el batiburrillo, de la fofa y ñoña «moderación» que distinguió al John Mill adulto y que, con cada nueva generación, aún atrae a los liberales moderados, lo que en última instancia triunfó fue la piedad filial. Llegado el

momento de la verdad, John Stuart se decantó, bien que «moderadamente», por los dos ídolos de su padre, Bentham y Ricardo. En filosofía, abandonó el benthamismo radical de equipo por el más laxo y «moderado» utilitarismo benthamita. En economía, no sólo fue básica y manifiestamente ricardiano; también alegró el espíritu de su padre reinstaurando el trono del ricardismo en el seno de la economía británica, una hazaña que consiguió merced a la enorme popularidad y ascendencia de sus *Principles of Political Economy* (1848). Así, pues, aunque John Stuart sustituyera la democracia plena por la moderada y, lo que es más alarmante, el *laissez-faire* de su padre por el estatismo y el socialismo moderados, James Mill se podría haber alegrado ante la capacidad de su hijo para volver a imponer el ricardismo en el mundo de la economía. En efecto, los grandes avances de los anti-ricardianos de las décadas de 1820, 1830 y 1840 se olvidaron con el restablecimiento que Mill llevó a cabo de la teoría del valor basada en el coste, de hecho, en el trabajo, de la teoría ricardiana de la renta, de la teoría malthusiana de los salarios y la población, y de lo que quedaba del aparato ricardiano. No era la primera ni la última vez que en la historia del pensamiento económico y social el error desplazaba a la verdad de su posición dominante dentro de la esfera intelectual. Es probable que, al volver a colocar a Ricardo en el trono de la economía, John Stuart estuviese realizando una de las metas y de los principios más deseados —también de los más falaces— de su padre.

Debe tenerse presente que la vida de John Stuart a la sombra de su padre no sólo fue psicológica u organizativa. A los 16 años, John ingresó en la oficina de su progenitor en la Compañía de la India Oriental, y allí le ayudó durante muchos años, hasta que, tras su fallecimiento en 1836, le sucedió en su elevado cargo. Mill trabajaría a tiempo completo en la compañía hasta que su liquidación en 1858 le permitió disponer de una generosa pensión durante los últimos 15 años de su vida.

8.2 La estrategia de Mill y el éxito de los *Principios*

La razón inmediata del enorme éxito e influencia de los *Principios* fue el éxito de ventas del primer libro de Mill, *A System of Logic* (1843), obra que se puso de moda entre intelectuales y lectores en general como ningún otro volumen de lógica y epistemología lo había hecho antes o lo haría después[1]. Los *Principios* de Mill fueron hábilmente planteados como un tratado exhaustivo y general en tres volúmenes según el patrón de la *Riqueza de las naciones*, accesible

[1] «La relación entre el entusiasmo que por ella mostraban los individuos y la competencia de los mismos para juzgarla no era muy satisfactoria». Schumpeter, *The History of Economic Analysis* (Nueva York: Oxford University Press, 1954), pp. 449, 449n.

por igual a economistas y legos. Se hicieron no menos de siete ediciones en vida de Mill, aparte de una edición «popular» y de otra abreviada para el mercado americano. Los *Principles* seguirían siendo el texto estándar de economía hasta principios del siglo XX.

El Profesor de Marchi sostiene en un fascinante artículo que buena parte de la aparente confusión, del galimatías y de la moderación que inundan los *Principios* de Mill respondió a una estrategia deliberada concebida para ablandar y conciliar a los numerosos enemigos del ricardismo a fin de poder ganar, así, su apoyo en el restablecimiento encubierto del dominio ricardiano. Dicho de una manera más clara que el Profesor de Marchi, Mill desplegó una estrategia de duplicidad para confundir al enemigo, con el objetivo de recabar su apoyo, al menos, por lo que respecta a las cuestiones esenciales de la verdadera doctrina ricardiana. Si de Marchi está en lo cierto, en la vacilante «apertura» de Mill a todos los puntos de vista hay más Maquiavelo de lo que se ha llegado a suponer.[2] De Marchi observa que, a partir de 1829, Mill habría adoptado lo que él mismo denominó la estrategia del «escepticismo práctico», que se limita a tranquilizar y desarmar al enemigo y, a través de una conciliación aparente, a manipularle para hacerle creer que habría llegado «espontáneamente» a lo que Mill sostenía que era la verdad; en definitiva, una estrategia de engaño y duplicidad.[3]

No es posible determinar en qué medida las contradicciones, reservas y alteraciones inveteradas y eternas de John Stuart Mill respondieron a una confusión honesta y en qué medida a una maniobra intelectual de engaño y distracción. ¿Lo supo el propio Mill? En cualquier caso, la táctica parece haber funcionado, por cuanto todos los enemigos de la teoría económica en general y del ricardismo en particular quedaron encantados con su benevolencia de medias tintas para con todo el mundo. Puede ser que no les convirtiese al ricardismo, ya sea el moderado o el extremo, pero todos quedaron virtualmente impresionados con las concesiones que, punto por punto, les hizo a unos y a otros. (Todos, por supuesto, menos Marx, quien, como buen ejemplo de hombre de equipo, vertió un justo menosprecio sobre su «sincretismo superficial» y su «intento de reconciliación de lo irreconciliable»). Unos tras otros, *tories*, románticos, socialistas y «hombres prácticos» tomaron aprecio por Mill y sus supuestos logros.

Así, ya hemos visto de qué manera introdujo Mill, y logró hacer dominante en la economía, la desgraciada metodología hipotética del positivismo frente al sistema praxeológico de deducción que parte de axiomas verdaderos y completos que defendieron y aplicaron Say y Senior. (Ricardo no había mani-

---

[2] Véase Neil B. de Marchi, «The Success of Mill's *Principles*», *History of Political Economy*, 6 (Verano de 1974), pp. 119-57.

[3] *Ibid*., pp. 122, 143.

festado ideas metodológicas, aunque, en la práctica, su método fue el de la deducción a partir de unos pocos axiomas no reales y completamente erróneos). Al reivindicar este método, Mill introdujo la desastrosa y falaz hipótesis del «hombre económico», que dejaría a la economía merecidamente expuesta al ridículo por falsear la naturaleza del hombre. Sin embargo, la introducción del positivismo hipotético o, cuando menos, provisional y modesto, cautivó a los enemigos de la praxeología deductiva.

Por ejemplo, en la Universidad de Cambridge había surgido un grupo de inductivistas baconianos, hombres que rechazaban airadamente, por «no científica», cualquier tipo de teoría abstracta en las ciencias sociales. Estos antiteóricos militantes, que sostenían que la teoría verdadera sólo puede ser una paciente enumeración y colección de incontables «hechos» empíricos, fueron los ancestros del institucionalismo americano y de la Escuela Histórica alemana. El grupo de Cambridge estaba integrado por cuatro antiguos amigos de facultad encabezados por William Whewell (1794-1866), miembro del Trinity College, eminente matemático, profesor de mineralogía y luego de filosofía moral en el mismo College, y por dos veces vice-canciller de la Universidad. Otra poderosa figura del grupo era Richard Jones (1790-1855), que sucedió a Nassau Senior como profesor de economía política en el King's College de Londres y después a Malthus como profesor de economía política e historia en Haileybury.[4] Whewell, autor de una *History of the Inductive Sciences* (1837) en tres volúmenes y de una *Philosophy of the Inductive Sciences* (1840), se había referido una y otra vez a Bacon como «el supremo Legislador de la moderna República de la Ciencia», «el Hércules» y el «Héroe de la revolución» del método científico.

De todas formas, Whewell se vio forzado a reconocer finalmente que, en economía, el método inductivo no parecía ser capaz de ir más allá de una crítica destructiva de cualquier tipo de construcción de un cuerpo de ley económica. Quizás fuera esa la razón por la que Whewell acabara jugueteando con los modelos matemáticos ricardianos, flirteando con el tipo de economía abstracta que durante tanto tiempo había despreciado.[5]

Mill no convirtió a Whewell del inductivismo al positivismo, pero éste acabó aprovando globalmente los *Principios* de Mill. Otros a quienes Mill encandiló fueron los escritores *tories* que desde hacía tiempo se habían mostra-

[4] Los otros dos influyentes inductivistas eran John Herschel (1792-1871), un distinguido matemático y astrónomo que recibió el rango de caballero; y Charles Babbage (1792-1871), profesor de matemáticas en Cambridge y padre reconocido de la computadora. Otro inductivista asociado al grupo de Cambridge era John Cazenove (1788-1879), procedente de una familia de corredores de valores. Antiguo miembro del Club de Economía Política, Cazenove se unió al ataque de Malthus contra la ley de Say.

[5] Véase S.G. Checkland, «The Advent of Academic Economics in England», *The Manchester School of Economic and Social Studies*, 19 (Enero de 1951), pp. 59-66.

do hostiles a la economía política y a sus conclusiones de librecambio. Así, la *Blackwood's Magazine* publicó una reseña de los *Principios* favorable en términos generales por «el interés perpetuo, concienzudo y jamás olvidado,...» de su autor «por las grandes cuestiones que hoy se plantean en relación con la condición social del hombre». Y G.F. Young, en el curso de un virulento ataque proteccionista a la economía en la *Quarterly Review*, elogió a Mill como «uno de los más filosóficos y francos dentro de la escuela moderna de economía», en particular, por su aceptación positivista del hecho de que la economía política no se funda en supuestos correctos sino sólo *parcialmente* verdaderos.

La renuncia más llamativa de Mill a la economía política clásica en general y al ricardismo en particular fueron las numerosas concesiones que hizo al socialismo y su apostasía del *laissez-faire*. En términos generales, los economistas clásicos británicos, frente a lo que sucediera con J.B. Say y su escuela francesa, incluida gente como Charles Comte, Charles Dunoyer, Fréderic Bastiat, Gustave de Molinari y sus numerosos seguidores, no habían sido coherentemente fieles al *laissez-faire*. En Gran Bretaña, los defensores consecuentes del *laissez-faire* se habrían de encontrar entre escritores, intelectuales y hombres de negocios de Manchester como Richard Cobden, John Bright y la recién triunfante Liga Anti-Ley del Cereal. También en *The Economist*, editado por James Wilson, en concreto, entre escritores de su equipo editorial como Thomas Hodgskin (1787-1869) y el joven Herbert Spencer (1820-1903). Y, aunque los economistas clásicos no fueron firmes defensores del libre mercado, por lo menos se movieron considerablemente en esa dirección; si no un principio, para ellos el *laissez-faire* era al menos una guía o tendencia con la que poder orientar en definitiva su posición. Sin embargo, Mill rompió abruptamente con todo eso. Empapado siempre de un elevado tono moral, dio origen a la desgraciada tradición intelectual que primero reconoce en el socialismo, e incluso en el comunismo, el sistema social «ideal» y luego da marcha atrás lamentándose de que no es probable que aquél pueda realizarse en este mundo práctico y cruel. Los pro-capitalistas que empiezan reconociendo el fundamento moral de sus adversarios se exponen a perder la guerra a largo plazo, si no la batalla inmediata, contra el socialismo.

No es extraño, por lo tanto, que diversas facciones de socialistas elogiasen los *Principios* de Mill. Los owenitas, por aquel entonces el principal grupo socialista de Gran Bretaña, los aprobaron con entusiasmo. Aparte de las palabras de encomio del propio Robert Owen (1771-1858), el escritor y conferenciante George Jacob Holyoake (1817-1906) estaba particularmente encantado. Editor de *The Reasoner*, Holyoake elogió los *Principios* de Mill con entusiasmo. «Se solía sostener —manifestó— que la gente estaba hecha para la economía política», pero, ahora, con los *Principios* de Mill, «por fin la economía política se hace para la gente». Holyoake alabó también a Mill por haber hablado del comunismo «con mayor genialidad que cualquier escritor precedente»,

y a sus lectores de la clase trabajadora les concedió el beneficio de buena parte de ese libro tan apreciado imprimiendo extensos extractos en el *Reasoner*. No cabe duda de que a Holyoake también le satisfizo el ideal expresado por Mill de una comunidad de cooperativas, dado que él mismo fue uno de los fundadores y, durante mucho tiempo, instigador del movimiento cooperativista británico.

Los *Principios* también encantaron al socialista Thornton Hunt (1810-73), editor del semanario *Leader*, la principal publicación socialista con posterioridad a 1850. Hunt, que creía en la propiedad y control comunales, acogió con especial satisfacción la reivindicación que Mill hacía del comunismo como estado ideal.

Sin embargo, fue precisamente la menos ricardiana de todas las afirmaciones de los *Principios* la que constituyó un estímulo aún más importante para el estatismo y el socialismo; la que decía que, mientras que los procesos de producción se hallan sometidos a las férreas leyes de la economía política, no ocurre lo mismo con la distribución, que es libre y sólo está sujeta a la voluntad humana y a los ordenamientos establecidos por los hombres. Ante una observación de tal calibre, Ricardo, cuyo sistema se basaba en unas supuestas leyes férreas de la distribución, se habría revuelto al instante en su tumba. Esta separación entre «producción» y «distribución» era completamente artificial y carecía de validez, porque, en el mercado, la gente percibe rentas precisamente por participar en la producción, y las dos se hallan íntimamente entrelazadas. Con esta distinción, Mill dio origen a la noción calamitosa y todavía predominante de que la distribución puede modificarse prácticamente a placer mediante los impuestos, las subvenciones u otros planes estatistas sin que el mercado deje de funcionar o sin que la producción se vea alterada.

Ciertamente, no sorprende que las reverencias morales de Mill a los cooperativistas y al comunismo recibieran el caluroso aplauso del nuevo y floreciente movimiento socialista cristiano. De la *troika* de jóvenes anglicanos que lideraban a los socialistas cristianos, el Rev. Charles Kingsley (1819-1875) elogió los *Principios*, lo mismo que el jurista John Malcolm Ludlow en la *Fraser's Magazine*[6]. *Fraser's* había sido comprada en 1847 por John William Parker, que se convirtió en su editor *de facto*; Parker era amigo de Kingsley y simpatizante del movimiento cristiano socialista. El hecho de que él fuese también el editor de los *Principios* de Mill no hizo un ápice menos fastuoso el encomio del crítico de *Fraser's*.

[6] El tercer cabecilla de los socialistas cristianos era el Rev. John Frederick Denison Maurice (1805-72).

8.3 La teoría del valor y de la distribución

El tratamiento que Mill dio a la teoría del valor fue el típico en él: un núcleo principal de piedad filial envuelto en capas de misterio y desorden. Así, la teoría del valor basada en el trabajo/coste de producción volvió a ocupar una posición dominante dentro de la economía clásica, bien que oculta tras la retahíla habitual de reservas evasivas y de auto-protección propias del autor. De este modo, Mill aceptó la demolición que Bailey hiciera de la búsqueda de Ricardo de una imposible medida invariable del valor. Pero, por otra parte, mostró su desprecio incluso por la idea de que el consumo y la utilidad pudiesen tener algún tipo de influencia en el valor, eliminando el consumo de su ubicación tradicional como parte básica del discurso económico. Frente a ello, los *Principios* de Mill quedaron divididos en «Producción», «Distribución», «Intercambio» y «Gobierno», sin la menor mención al consumo.

No obstante, y a pesar de su inconsistencia y desorden, su modestia se transformó súbitamente en la arrogante reivindicación de que sus afirmaciones constituirían para siempre la última palabra respecto a la teoría del valor. En un famoso *faux pas*, Mill proclamó que, «felizmente, no queda nada ya en las leyes del valor que el escritor actual o futuro deban aclarar: la teoría sobre este punto está terminada». Es verdad que Mill tuvo la mala suerte de escribir estas palabras sólo dos décadas antes de que la «revolución marginalista» le diese la vuelta a la teoría del valor. Ahora bien, aun así, resulta imperdonable que alguien tan conocedor del método científico y de la historia de la ciencia, como se suponía que era Mill, fuese sorprendido escribiendo este tipo de afirmación. Schumpeter nos dice que el mismo tipo de *hybris* había caracterizado su *System of Logic*.[7] Por cierto, resulta paradójico contemplar a un pensador que cambia con frecuencia de rumbo y que matiza todo pensamiento y hecho ¡insistir *todavía* en que la suya es la última palabra concebible sobre una cuestión en particular!

Al conservar y restaurar el dominio de la teoría del beneficio de Ricardo, Mill insistió en regresar a la afirmación ricardiana de que los beneficios dependen de los salarios y son inversamente proporcionales a los mismos. Rindiendo astutamente pleitesía al concepto de «abstinencia» de su amigo Nassau Senior, y concordando con él en que los beneficios (el interés) son «la remuneración por la abstinencia», Mill consiguió debilitar el concepto y volver a insistir de alguna manera en el trabajo como la única *causa* de los beneficios.[8]

---

[7] Schumpeter, *op. cit.*, nota 1, pp. 451, 530. Estas críticas de Schumpeter tienen tanto más valor por cuanto proceden de un libro que, curiosamente, es en buena medida favorable a Mill.

[8] Marx, que parece haber calado a Mill, observa que, al intentar combinar la teoría del beneficio de Ricardo con la teoría de la abstinencia de Senior, aquél «se halla en su propia casa con sus absurdas contradicciones». Tratando de salvar a Mill, Bela Balassa replica con

Por lo que respecta a los salarios, Mill retornó claramente a Malthus, con la única salvedad de albergar esperanzas de una mejora del supuesto problema del crecimiento de la población mediante una aplicación entusiasta y decidida del control de natalidad. La diferencia estaba en que, hacia mediados de siglo, el predicador severo ya había dejado paso al feminista «progresista». El comentario que Alexander Gray hace sobre la pasión de Mill contra lo que él consideraba que era un exceso de nacimientos es agudo y pertinente:

> Al escribir sobre la cuestión de la población, su [de Mill] voz tiembla con una indignación escandalizada que produce una violencia de lenguaje inexistente en Malthus. Para Mill, el exceso de procreación está al mismo nivel que el alcoholismo o que cualquier otro exceso físico, y a los culpables se les debería reprender y despreciar en consecuencia.[9]

Uno de los pasos más famosos que dio John Stuart Mill en el ámbito de la teoría económica fue su «retractación» típicamente dramática, emocional y, sin embargo, encubierta, de la doctrina del fondo de salarios. Lo mismo que hicieran otros economistas clásicos, una vez explicada la oferta de trabajo mediante la cantidad de población, Mill pasaba entonces a explicar con cierta sensatez la demanda del mismo como la cantidad de ahorro bruto, o de capital circulante, de que se dispone para pagar a los trabajadores hasta que el producto se fabrique y se venda: a esa cantidad disponible la denominó «fondo de salarios». Este concepto se utilizó, una vez más, con cierta inteligencia para demostrar que, si los sindicatos de trabajadores fuesen capaces de aumentar los salarios de una parte de la fuerza laboral, este incremento sólo podría tener lugar a costa de una disminución de los salarios en algún otro lugar.

En cierto sentido, relevante para nosotros, el análisis de la demanda de trabajo basado en el fondo de salarios supuso un retroceso con respecto a Say y a quienes subrayaron que la demanda y los precios de los factores de producción vienen determinados por su capacidad de producción de aquellos bienes de consumo que la sociedad desea y demanda. Para Mill, este retroceso era

---

firmeza que la teoría de Mill es una «síntesis» de las otras dos. Bela Balassa, «Karl Marx and John Stuart Mill», *Weltwirschaftliches Archiv*, 82 (1959, n.º 2), pp. 149ss.

[9] Alexander Gray, *The Development of Economic Doctrine* (Londres: Longmans, Green, 1931), p. 283. A modo de confirmación, repárese en lo que dice Mill: «¿Hay alguien a quien se le reprenda mínimamente? O, mejor dicho, ¿acaso hay alguien que no reciba muestras de comprensión y benevolencia por los daños que haya podido causarse a sí mismo o a los que de él dependen por esta especie de incontinencia? Si todos los que hacen profesión de moralidad censuran y desprecian al que no se contiene con la bebida, uno de los principales argumentos que se emplean cuando se recurre a la beneficencia de otros es que el demandante posee una familia numerosa... Poco cabe esperar que mejore la moralidad mientras la producción de familias numerosas no se trate con los mismos sentimientos que el alcoholismo o que cualquier otro exceso físico. Mas, si la aristocracia y el clero son los primeros que dan ejemplo de este tipo de incontinencia, ¿qué se puede esperar de los pobres?» John Stuart Mill, *Principles of Political Economy* (5.ª ed., Nueva York: D. Appleton & Co., 1901), I, 459, 459n.

una parte esencial de su pretendido retorno a Ricardo. Por otra parte, la doctrina del fondo de salarios era hasta cierto punto correcta: en un momento dado, existe una cantidad de ahorro bruto disponible para la inversión en el pago a los factores de producción. Por lo tanto, pagar más en un lugar a causa de la presión de los proveedores de trabajo reducirá necesariamente la demanda y los pagos en algún otro lugar. De todas formas, sólo se trata de una primera aproximación, ya que: el fondo de capital circulante en un momento dado no sólo se emplea para pagar salarios, sino también la renta a los propietarios de tierras y el interés (beneficio) a los capitalistas.

William Thomas Thornton (1813-80), amigo y colega de Mill como alto funcionario de la Compañía de la India Oriental, escribió un libro crítico con la doctrina del fondo de salarios de Mill titulado *On Labour*. Se presentó, en parte, como un intento necesario de reintroducción en el análisis de la demanda de los consumidores y, en particular, la demanda *prevista* de los mismos. Sin embargo, la crítica principal de Thornton era que el fondo de capital no sólo es un fondo de salarios sino también un fondo con el que se paga los beneficios a los capitalistas (y las rentas de la tierra, podría haber añadido).

La reseña que Mill hizo del libro de Thornton en la *Fortnight Review* era lo bastante dramática como para ser tomada por una «retractación» y como un indicio de que los sindicatos pueden, de hecho, elevar el nivel medio de los salarios de los trabajadores. Como apunta Schumpeter, lo que en realidad hacía Mill no era otra cosa que explicar la doctrina con más cuidado, y poner de manifiesto lo que debiera haber sido evidente: que sí, que cabía la posibilidad de que los salarios subiesen a costa de reducir los beneficios a cero, pero que la consecuencia, en un plazo no muy largo, sería la imposibilidad de conservar y ampliar el capital, y, por lo tanto, el empobrecimiento de todos, incluso de la clase trabajadora. No hay aquí nada que contradiga la doctrina del fondo de salarios. Sí debemos añadir que el Coronel Robert Torrens ya había hecho la misma «concesión» en relación al fondo de salarios 35 años antes y entonces no se le prestó ninguna atención ni mereció comentario alguno.[10] Lo esencial de la mal llamada teoría del «fondo de salarios» no era sino una parte de la bien cimentada y fundada teoría Turgot-Smith del capital.[11] La poca trascendencia que Mill concedió a su «retractación» queda demostrada por la ausencia de variaciones en su consideración del fondo de salarios en la séptima y última edición de los *Principios* que publicó en vida (1871), en cuyo prefacio explicaba que el debate no había madurado lo suficiente como para introducir dicho cambio.

El Profesor Hutt ha puesto de manifiesto en su clásica obra que la extendida idea de que la modificación de la teoría del fondo de salarios llevaba directa-

[10] En Torrens, *On Wages and Combinations* (1834).

[11] Véase Schumpeter, *op. cit* nota 1, pp. 667-71.

mente a los economistas a justificar el sindicalismo y la negociación colectiva no fue más que un cuento chino y un recurso de distracción creado por Mill para la ocasión. Adam Smith y McCulloch habían justificado la negociación colectiva desde la vaga noción de una supuesta «desventaja» de los trabajadores a la hora de negociar en el mercado de trabajo. El propio Mill, por cierto, ofreció en sus *Principios*, al mismo tiempo que mantenía su punto de vista original sobre el fondo de salarios, la misma justificación, más la idea ricardiana de que, sin dicha negociación colectiva, los salarios bajarían hasta el nivel de subsistencia (¡una vez más, la ley de hierro de los salarios!). Es más, Henry Fawcett (1833-84), profesor de economía política en Cambridge y milliano consagrado, siguió aferrándose a la versión original de la teoría del fondo de salarios así como al argumento favorable a los sindicatos de la «desventaja» de los trabajadores. Por otra parte, Mountifort Longfield, por ejemplo, un proto-teórico de la productividad marginal, adoptó una línea dura oponiéndose a los sindicatos por su absoluta incapacidad de lograr un incremento general de los salarios.[12]

La persistente adhesión de Mill a la teoría Turgot-Smith-Ricardo del ahorro y del capital queda demostrada por una de sus famosas «proposiciones fundamentales» sobre el capital; que «la demanda de bienes no es demanda de trabajo». No se equivocó Mill por lo que respecta a la naturaleza fundamental de esta proposición, ni en cuanto a la incapacidad de captarla por parte de la mayoría de los economistas, como tampoco a la hora de elogiar a Ricardo y Say como dos de los que sí insistieron en ella. No es de extrañar que los economistas modernos, imbuidos en las falacias de Keynes, encuentren la proposición «desconcertante». Lo que quiere decir es que, por lo menos en lo que respecta a la demanda inmediata de trabajo, ésta la aporta el ahorro, aun y cuando la demanda final la puedan aportar los consumidores. Más aún: aquí Mill habría defendido el descubrimiento básico de Turgot de una estructura temporal del capital, el hecho de que el ahorro paga a los factores antes de la producción y la venta, y de que los consumidores son los últimos en la cadena de la producción. Además, el ahorro levanta una estructura del capital e incrementa los fondos pagados a los salarios y otros factores, a los que no se puede pagar a menos que el ahorro se obtenga previamente de la renta que los consumidores pagan a los productores. Esta teoría del capital aportó el sillar fundamental de la desarrollada teoría austriaca de la estructura temporal del capital.

No sorprende, por lo tanto, que Mill también defendiese la ley de Say, a la que tanto había contribuido su padre.[13] Por lo que respecta a la teoría mone-

---

[12] Véase W.H. Hutt, *The Theory of Collective Bargaining, 1930-1975* (San Francisco: Cato Institute, 1980), pp. 1-6.

[13] Por otra parte, la descripción que Mill hizo de la ley de Say en los *Principios* fue relativamente pobre y permitió la calamitosa tergiversación que un siglo después haría Keynes. Véase W.H. Hutt, *A Rehabilitation of Say's Law* (Athens, Ohio: Ohio University Press, 1974), pp. 24-6.

taria, Mill se situó claramente en la tradición ricardiana, en encendida oposición al papel moneda no convertible. Sin embargo, y como hemos visto, abandonaría dicha tradición por la escuela bancaria. Y, a pesar de que, a través de su mentor en la escuela bancaria, James Wilson, Mill tuvo conocimiento de las inversiones inadecuadas, concretamente en capital fijo, que tienen lugar durante los periodos expansivos de los ciclos económicos, también adoptó la desastrosa opinión de que el dinero juega un papel pasivo e insignificante en dichos periodos cíclicos de expansión y depresión. Resulta significativo que en esta creencia retornase a la única diferencia que su padre mantuvo con Ricardo. De hecho, también adoptó la visión pre-schumpeteriana que contempla estos periodos expansivos de inversión excesiva seguidos de recesiones correctivas como necesarios para el crecimiento económico.

8.4 El giro al imperialismo

El liberalismo clásico, sea el de los derechos naturales o el utilitarista, sea el inglés, el francés o el alemán, defendió una política exterior de paz. Su firme oposición a la guerra y al imperialismo era el corolario libertario y de gobierno mínimo en asuntos exteriores de su postura de gobierno mínimo en asuntos interiores. Aun cuando los liberales clásicos no fueron defensores totalmente coherentes del *laissez-faire* tanto en política interior como en exterior, su idea principal apuntó en esa dirección. La paz y el librecambio eran políticas gemelas —y alcanzaron el punto más alto de coherencia en las posiciones y en la acción política de Richard Cobden, John Bright, la escuela de Manchester y la Liga Anti-Ley del Cereal.

La tradición que dominó entre los liberales clásicos británicos fue la de la no-intervención y el anti-imperialismo. El colonialismo y los privilegios especiales para invertir en el exterior eran considerados correctamente como partes integrantes de los privilegios y controles de monopolio impuestos por el mercantilismo que no reportan ningún beneficio a la población nacional; en realidad, suponen la imposición de considerables desventajas. En términos generales, Jeremy Bentham, James Mill y el resto fueron sólidos anti-imperialistas y propugnaron que Gran Bretaña renunciase a sus colonias y les concediese la independencia. En un principio, Bentham incluía a la India en esta emancipación; sin embargo, fue James Mill, que ocupaba un alto cargo de funcionario en el seno de la organización que gobernaba dicho territorio, la Compañía de la India Oriental, quien le convenció de lo contrario. La excepción que James Mill hizo con la India se fundamentó en un argumento utilitarista tipo «responsabilidad del hombre blanco», esto es, que, aunque Inglaterra saliese económicamente perdiendo por gobernar la India, debía seguir haciéndolo en bien de los indios, gentes demasiado salvajes como para ser capaces de gobernarse a

sí mismos. De esta manera, James Mill pudo dar una pátina altruista-utilitaria a la represión, con frecuencia sangrienta, que Inglaterra llevó a cabo en la India así como a su propio papel en la misma.

Mill fue también capaz de presentar su propio ataque ricardiano a la clase de los terratenientes. Siguiendo la doctrina ricardiana que decía que los propietarios de tierras no servían para nada y que eran improductivos, Mill propuso una imposición tributaria especial sobre la renta del suelo; él creía que, por ser un alto funcionario de la India, su influencia en los impuestos y en el sistema jurídico sería mayor allí. De ahí que propugnara la nacionalización británica del suelo indio, y que el estado arrendase la tierra a los campesinos indios en calidad de arrendatarios a largo plazo; así, en una expresión georgista pre-George, el estado absorbería todos los ingresos provenientes de la renta de la tierra. Por su parte, John Stuart Mill estuvo encantado de defender el mismo plan.

Bentham y James Mill también excluyeron a Irlanda de su anti-imperialismo general, pero, en este caso, no prorrumpiendo en ataques al «salvajismo», sino afirmando llanamente que la liberación de Irlanda sería políticamente imposible. ¡Extraña postura en dos teóricos acostumbrados a ser audaces en la defensa de medidas impopulares! De todas formas, podemos conjeturar una explicación alternativa: desde finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX,las masas liberales y radicales de Inglaterra poseyeron en general una orientación favorable al *laissez-faire*, hasta que los *tories* consiguieron despertar el feroz anti-catolicismo de los protestantes evangélicos, no-conformistas y disidentes, y, por consiguiente, fracturar las filas liberales. El anti-catolicismo constituyó, durante mucho tiempo, el azote del liberalismo británico.

Sin embargo, John Stuart Mill, que en este terreno mostró poca piedad filial, contribuyó a modificar el rostro del liberalismo británico del siglo XIX. Fue capaz de adoptar una doctrina liberal en términos generales anti-belicista y anti-imperialista, bien que con unas pocas excepciones llamativas, y de transformarla en una apología del imperialismo y de la conquista exterior. En vez de exigir con insistencia la renuncia al imperio, tal y como habían hecho su padre y otros, John Stuart Mill reclamaba su expansión. Es más, Mill fue la principal fuerza que intervino en el aplastamiento parlamentario de 1838 del partido de los radicales filosóficos, lo que consiguió dividiendo las filas de aquél y apoyando la violenta represión de la rebelión canadiense de ese año.

Mill el joven mantuvo el argumento altruista de su padre en relación con la India y lo amplió al resto de pueblos del Tercer Mundo. Todos eran unos bárbaros que necesitaban someterse a un despotismo «benévolo». Extendió su línea dura también a Irlanda, lamentando no poder aplastarla por completo, dado que legalmente constituía una parte del Reino Unido. «Yo siempre he sido favorable a un buen despotismo fuerte para gobernar Irlanda igual que la India», afirmó Mill. John Stuart Mill, él mismo un alto funcionario de la

Compañía de la India Oriental, abogó por que el gobierno de colonias bárbaras como la India se confiase mejor a cuerpos públicos/privados de «expertos» como el de la propia Compañía y no a los caprichos del Parlamento y de la sociedad inglesa. No obstante, tras la disolución de la compañía en 1854, Mill no vio ningún inconveniente en que el Parlamento nombrase comisiones integradas por expertos como él mismo y que les delegara el gobierno de la India.

Aunque John Mill aceptó a regañadientes que había que conceder la independencia a las colonias desarrolladas de población blanca, aún albergó esperanzas de que siguiesen siendo gobernadas por Gran Bretaña. Y es que, frente a su padre y a otros liberales, Mill creía que las colonias reportaban ventajas económicas al país de origen. Durante cierto tiempo, Bentham había sucumbido a la preocupación por el capital «excedente» dentro del país, cosa que se subsanaría con la expansión imperial. Pero Mill logró persuadirle de que no era así. Mill el viejo se había dado cuenta, como adepto y cofundador de la ley de Say, de que ésta significaba que no se producirían «excesos» por superproducción o capital excedente; así, pues, no se necesitaba ninguna válvula de escape colonial o imperial. John Stuart Mill, no obstante, se convirtió a la idea del capital excedente por su viejo amigo Edward Gibbon Wakefield (1796-1862), hijo de Edward Wakefield, un radical filosófico amigo de Bentham y de James Mill.

El joven Wakefield inauguró el movimiento herético pro-imperialista con su *Letter from Sydney* (1829), escrita, no desde Australia, sino desde una prisión inglesa donde había ido a parar convicto de detención ilegal de una joven heredera. En esta pequeña obra, Wakefield fundó el movimiento «reformista colonial», y John Mill se autoproclamó su primer converso. Mill estaba demasiado comprometido con la ley de Say como para tragarse la idea de una producción excedentaria necesitada de mercados exteriores, pero no lo bastante con los temores ricardianos de una tasa decreciente de beneficio como para tratar de aplazar su caída mediante la subvención a la inversión de capital británico en el exterior. La preocupación por un «capital excedente», que no podía invertirse en el interior, bien pudiera haber quedado olvidada si Mill se hubiese comprometido de verdad con la ley de Say. En cuanto a la tasa decreciente de beneficio, Mill no pudo ir más allá del esquema ricardiano para darse cuenta de que, primero, no hay nada inevitable en relación con una tasa decreciente de beneficio (esto es, interés), ya que los salarios no presionan de forma inevitable sobre los beneficios; y, segundo, de que el descenso de las tasas de beneficio en el tiempo se debe a tasas de preferencia temporal decrecientes, y, por lo tanto, no constituye una tragedia, ni es causa de depresión o estancamiento, dado que este interés o tasa de beneficio sólo refleja los deseos y valores de quienes participan en el mercado. Además, dado que los tipos de interés no vienen determinados por la provisión de capital, ni son inversos a la misma, no hay garantía alguna de que estos tipos sean más altos en el exterior que en los países de origen como Inglaterra.

Así, al convertirse a la falacia de Wakefield sobre la acumulación inevitable de capital excedente en los países capitalistas avanzados, John Stuart Mill puso su gran prestigio al servicio de la idea de que el capitalismo necesita económicamente el imperio para poder invertir, para deshacerse del ahorro o capital excedente. En definitiva, Mill fue uno de los principales fundadores de la teoría leninista del imperialismo.

8.5 Los millianos

Si Mill fue capaz de desbaratar buena parte de la oposición proveniente de los enemigos originales de la economía ricardiana, también lo fue de asentar el dominio de su propia versión confusa merced a la conversión de los jóvenes —para bien o para mal, el primer grupo que siempre adopta cualquier nueva corriente o sistema de pensamiento importante. La poderosa y secreta Sociedad de Apóstoles de Cambridge se hizo con los *Principios* para llevar a cabo un extenso estudio y debate. Entre los Apóstoles de 1848 estaban: James Fitzjames Stephen (1829-93), futuro periodista y jurista de renombre; E.H. Stanley (más tarde Lord Derby) (1826-93), un conservador que ocuparía por dos veces el cargo de ministro de asuntos exteriores; Vernon Harcourt (1827-1904), futuro parlamentario del partido liberal, y Whewell, profesor de derecho internacional en Cambridge. Poco después, a principios de la década de 1850, llegaron a Cambridge jóvenes millianos como el hermano de Stephen, Leslie (1832-1904), que llegaría a impartir clases en Cambridge, para retirarse luego a escribir obras de historia y filosofía, entre las que cabe destacar su obra maestra, los tres volúmenes de *The English Utilitarians* (1900). Al grupo milliano también perteneció Henry Fawcett, quien, a pesar de quedar ciego en un accidente de caza cuando rondaba los 25 años de edad, llegaría a convertirse en profesor de economía política de Cambridge y a escribir un *Manual of Political Economy* (1856) para facilitar a estudiantes y profanos el acceso a los *Principios* de Mill. El *Manual* de Fawcett se empleó durante muchos años como libro de texto en las facultades inglesas y americanas, y de él se hicieron seis ediciones. Con posterioridad, Fawcett llegaría a ser parlamentario y director general de correos.

Aunque Mill no causó tanto impacto en Oxford como en Cambridge, estamos seguros de que, «como lógico y como economista político, ya era todo un clásico a principios de la década de 1850».[14]

Dos jóvenes economistas que elogiaron los *Principios* en reseñas bibliográficas recibieron una gran influencia de Mill. Uno fue el ejecutivo de seguros William Newmarch (1820-82), que intervino en la redacción del último

[14] Véase de Marchi, *op. cit*. nota 2, p. 154.

volumen de la *History of Prices* de Thomas Tooke; y el otro, Walter Bagehot (1826-77), que llegaría a convertirse en un periodista y economista financiero de gran influencia. A Bagehot le satisfizo en particular contemplar el debilitamiento de los preceptos de *laissez-faire* de la economía política producido por la dañina distinción de Mill entre «producción» y «distribución». Es lamentable que este cínico semi-estatista, un jurista que se incorporó al negocio de su padre-banquero, llegase a ser yerno de James Wilson, y que sucediera a éste como editor de *The Economist* poco antes de morir en 1860. Este cambio supuso el fatídico paso de una línea de *laissez-faire* militante a otra de defensa estatista, entre otras cosas, del engrandecimiento del Banco de Inglaterra en el seno del sistema monetario. Juntamente con su abandono del *laissez-faire*, Bagehot fue abandonando progresivamente la misma teoría económica de Mill y decantándose hacia un institucionalismo nihilista e historicista.

Por desgracia, el millismo llegaría a ser dominante, no sólo en Cambridge y Oxford, sino incluso en el Trinity College de Dublín. Durante casi dos décadas, la cátedra Whately del Trinity había sido el baluarte de la teoría de la utilidad en tanto que enfrentada al ricardismo. De todas formas, antes pasaría por ella el sucesor en 1851 del catedrático William N. Hancock, Richard Hussey Walsh (1825-62). Interesado por las cuestiones monetarias, Walsh regresó a una teoría del valor basada en el coste de producción. Se había graduado por el Trinity en 1846, y sus lecciones se publicaron bajo el título de *An Elementary Treatise on Metallic Currency* (1853). Por su condición de católico romano, Walsh quedaba legalmente excluido de la carrera académica dentro del país, así que, concluido el periodo oficial como profesor de la Whately, se trasladó a la colonia de la isla Mauricio en calidad de administrativo y funcionario del censo.

A Walsh le sucedió el destacado John Elliot Cairnes (1824-75), quien se convertiría, con mucho, en el más importante seguidor académico de Mill. Nacido en Irlanda, Cairnes estudió en el Trinity College y, tras su graduación, ingresó en la abogacía. Accedió a la cátedra Whately en 1856 y al año siguiente demostró su valía con la publicación de su más importante obra económica, *The Character and Logical Method of Political Economy*. Hasta ahí siguió el patrón de los titulares de la cátedra Whately; sin embargo, rompió los moldes al ser el primero de los profesores de la Whately que consagró toda su vida a la carrera de la enseñanza universitaria. En 1859 fue nombrado profesor de economía política y jurisprudencia en el Queen's College de Galway; siete años más tarde se trasladó al University College de Londres, donde permanecería hasta que la enfermedad le obligó a abandonar en 1872.

A J.E. Cairnes se le ha conocido como «el último de los economistas clásicos». Tras la muerte de Mill, la gente le concedió el título de economista británico excepcional, y en 1874 (en *Some Leading Principles of Political Economy*) arremetió, sin comprenderla, contra la revolucionaria teoría de la utilidad marginal de William Stanley Jevons. Cairnes fue un defensor convencido de

la teoría del coste de producción, en la que únicamente introdujo la significativa excepción de su bien conocida «teoría de los trabajadores no competitivos». Esta teoría admitía que, allí donde los factores de producción, en concreto, los trabajadores, no compiten entre sí de un modo inmediato y pleno, sus precios los determina la demanda y no el coste. Por desgracia, Cairnes tomó esta teoría de las *Lectures on Political Economy* de Longfield sin reconocer el mérito de su autor; y sabemos que no lo hizo por desconocimiento de su distinguido predecesor, ya que en sus clases trabajó con la obra de Longfield.[15]

La obra más valiosa de Cairnes, su *Character and Logical Method*, aunque incorporó algo del positivismo milliano, fue fundamentalmente una obra de metodología, inserta en la gran tradición praxeológica de Nassau Senior. Así, tras convenir con Mill en que en las ciencias sociales no puede haber experimentos controlados, añade la importante cuestión de que, de todas formas, las ciencias sociales poseen una ventaja clave respecto a las ciencias físicas. Y es que, en las segundas, «*el género humano no posee un conocimiento directo de los últimos principios físicos*». Las leyes de la física no resultan evidentes por sí mismas a nuestra conciencia, ni son directamente patentes; su verdad descansa sobre el hecho de que dan cuenta de fenómenos naturales. Por el contrario, prosigue Cairnes, «*El economista parte con un conocimiento de las causas últimas*». ¿Cómo? Porque el economista se percata de que «los principios últimos que gobiernan los fenómenos económicos» son ciertos «sentimientos mentales y ciertas propensiones animales de los seres humanos; [y] las condiciones físicas bajo las cuales tiene lugar la producción». Para llegar a estas premisas de la economía «no se requiere ningún proceso complejo de inducción». Porque basta con «dirigir nuestra atención hacia la cuestión» para obtener «en nuestra conciencia el conocimiento directo de las causas de lo que acontece en nuestras mentes y de la información que nuestros sentidos nos envían... de los hechos exteriores». Ese conocimiento general y básico de los motivos de la acción incluye el deseo de riqueza; y todo el mundo sabe «que, de acuerdo con sus propias luces, uno avanzará hacia su objetivo por el camino más corto que se le presente...».[16]

---

[15] El sucesor de Cairnes en la cátedra Whately (1861) y último titular de la misma en vida del arzobispo fue Arthur Houston (1833-1914), que seguiría en el seno de la tradición Mill-Cairnes del coste de producción. En sus *Principles of Value in Exchange* (1864), Houston mantuvo que «el coste de producción neto» era la principal fuerza causal en la determinación del valor, e incluso trató de llegar a una «unidad de sacrificio» expresada en términos matemáticos que pudiese medir dicho coste. Como observó Black, la «crítica» de esta teoría «estaría de más». R.D.C. Black, «Trinity College, Dublin, and the Theory of Value, 1832-1863», *Economica*, n.s. 12 (Agosto de 1945), p. 148. Houston escribió otros libros sobre derecho comparado y el drama inglés. J.G. Smith, «Some Nineteenth Century Irish Economists», *Economica* n.s. 2 (Febrero 1935), pp. 30-31.

[16] J.E. Cairnes, *The Character and Logical Method of Political Economy* (2.ª ed., Londres: Macmillan, 1875) pp. 83-7, 88.

Cairnes demuestra también que el economista emplea experimentos mentales como sustitutos de los experimentos de laboratorio del científico físico. Asimismo, pone de manifiesto que las leyes económicas que se deducen son leyes de «tendencia» o del tipo «si-entonces», y que, además, son necesariamente cualitativas y no cuantitativas, por lo que no admiten una expresión matemática o estadística. Así, no es posible determinar el alcance de una subida de precios debida a una disminución de la oferta, ya que los valores y preferencias subjetivos no pueden medirse con precisión. En su prefacio a la segunda edición de *Character*, escrita dos décadas más tarde, en 1875, Cairnes advirtió contra la creciente utilización del método matemático de la economía, criticando justamente a escritores como Jevons. Porque, frente a lo que sucede en las ciencias físicas, en economía ese método no puede dar lugar a nuevas verdades; y, además, «a menos que se muestre que los sentimientos mentales admiten una expresión precisa en forma cuantitativa o que, de otra parte, los fenómenos económicos no dependen de sentimientos mentales, me siento incapaz de ver cómo pueda evitarse esta conclusión». En el curso de sus investigaciones metodológicas y en sus disputas con Jevons, John Cairnes se acercó a la teoría del valor subjetivo y se alejó de Mill, más, quizás, de lo que él creyó.

8.6 Cairnes y los yacimientos de oro

Aunque la principal contribución de Cairnes al análisis económico fue considerada en un tiempo «ejemplo» admirable «del pensamiento y la investigación económicos», ha sido ignorada por los historiadores de los últimos tiempos. Los repentinos hallazgos de oro que tuvieron lugar en California a finales de la década de 1840, seguidos inmediatamente por los de Australia en 1851, así como el consiguiente incremento de la producción de oro, hicieron que en Gran Bretaña se plantearan importantes preguntas sobre sus consecuencias, y sobre si la libra de oro se depreciaría en términos de bienes. En el ámbito político, los anti-inflacionistas trataron de minimizar el impacto de este incremento de la oferta en los precios, mientras que los inflacionistas manifestaron con alborozo que, cuando menos, los precios subirían considerablemente. Entre los economistas, hombres como Mill y Torrens, antes en la vanguardia de las controversias entre las escuelas monetaria y bancaria, mostraron muy poco interés por todo este proceso. La mayoría de los economistas que se interesaron adoptaron la primitiva posición proto-keynesiana de que el nuevo dinero de oro tendría un efecto mínimo en los precios. ¡Como si jamás se hubiese descubierto la teoría monetaria!

Quizás, la más banal y absurda de las alabanzas que se hicieron a los nuevos yacimientos de oro fue la expresada por William Newmarch, el discípulo de Thomas Tooke. En un discurso dirigido en 1853 a la Asociación Británica para

el Progreso de la Ciencia, Newmarch se regocijaba de que, en Australia, «el efecto del nuevo oro haya sido el de añadir al resto de grandes y múltiples causas que producen un rápido desarrollo, el estímulo de un tipo de interés muy bajo y de una abundancia de capital».

Newmarch concluía que

> en términos generales, tenemos razones para describir los efectos del nuevo oro como casi enteramente beneficiosos. Ha conducido al desarrollo de nuevos sectores empresariales, a nuevos descubrimientos... En nuestro país ya ha elevado la condición de las clases trabajadoras y más pobres; ha acelerado y ampliado el comercio; y, hasta ahora, ha ejercido una influencia beneficiosa allí donde se ha dejado sentir.[17]

Las estupideces inflacionistas (esto es, inflacionista-monetarias) de Newmarch las volvió a repetir en la *Blackwood's Magazine* el escocés Sir Archibald Alison (1792-1867), un destacado jurista, proteccionista y archi-inflacionista. Incluso el Profesor Henry Fawcett siguió la misma línea, logrando hacer uso de la teoría del fondo de salarios para sacar conclusiones inflacionistas. Suponiendo alegremente que el nuevo oro constituye nuevo capital, Fawcett concluyó que, por consiguiente, el fondo de salarios se incrementará, subiendo de este modo los salarios. El biógrafo de Fawcett, Lelsie Stephen, nos dice que fue su artículo de 1859 sobre esta cuestión lo que, de hecho, condujo al «descubrimiento de Fawcett». Desde su propia perspectiva, Marx estaría de acuerdo con el artículo de Fawcett, lamentando que los nuevos hallazgos de oro de California y Australia ampliasen la viabilidad del capitalismo y retrasasen su crisis revolucionaria. El *Economist* de Bagehot también se entusiasmó con el «descubrimiento» de Fawcett y demostró su superficialidad al elogiar su artículo como una de esas «muy raras ocasiones» en las que «puede presentarse una verdad absolutamente nueva a ese gremio».[18]

Por otra parte, todavía había un grupo de economistas que manifestaban las verdades propias de la «teoría cuantitativa», en concreto, que el efecto de los nuevos yacimientos de oro sería una subida de los precios más o menos proporcional al aumento de la producción de oro, acompañada de efectos distributivos perniciosos, así como de un despilfarro de recursos en la extracción de una mayor cantidad de oro.[19] La voz más significativa que se alzó para advertir de las consecuencias inflacionarias que en los precios tendrían los yacimientos de oro fue la del destacado economista y librecambista francés

---

[17] Citado en Crauford D. Goodwin, «British Economists and Australian Gold», *Journal of Economic History*, 30 (Junio de 1970), p. 412.

[18] Citado en *ibid*., p. 414, 414n.

[19] De todas formas, conviene no olvidarse de que, desde el punto de vista *no*-monetario de un incremento de la oferta de oro para usos industriales y consumo, no existe «despilfarro» alguno. Como tampoco lo hay dentro de un marco general de conservación del patrón mercancía (oro) más útil en tanto que dinero producido por el mercado y no por el estado.

Michel Chevalier (1806-79). Chevalier expresó su opinión sobre el tema a lo largo de la década de 1850, y Richard Cobden tradujo su libro bajo el título de *On the Probable Fall in the Value of Gold*, publicado en 1859. El ensayista y poeta Thomas De Quincey (1785-1859), veterano y consagrado ricardiano, denunció en 1852 a «California y la Fiebre de Extracción de Oro» arremetiendo con que «cada onza de oro australiano... era, localmente, bastante más del necesario». Bonamy Price, un teórico de la escuela bancaria, sucesor de Senior en la cátedra de economía política de Oxford, denunció en 1863 «La Apostasía del Oro de la Gran Ciudad», observando que la opinión financiera dominante que alababa los yacimientos de oro constituía una vuelta aberrante a la falacia mercantilista-inflacionista.

La respuesta más importante a los yacimientos de oro fue la de John Cairnes, cuyo interés por el problema se despertó en 1856, merced a las «afirmaciones ignorantes y ridículas» de William Newmarch y otros inflacionistas. En una serie de artículos publicados entre 1857 y 1863, Cairnes presentó el análisis cuantitativo, aunque también lo superó brillantemente resucitando el análisis de procesos escolástico-Cantillon al percatarse de que los efectos «distributivos» del proceso de cambio monetario constituían partes importantes del cuadro que no debían ignorarse. Cairnes puso de manifiesto que el país que cuente con nuevas minas de oro será el primero en sentir sus perniciosos efectos —subidas de precios y despilfarro de recursos—, tras lo cual, a medida que el nuevo oro salga del país a cambio de bienes, dichos efectos se «exportarán» gradualmente al resto del mundo. Frente al entusiasmo de los inflacionistas, Cairnes mostró que el primer país en padecer el despilfarro de recursos por el nuevo oro era Australia, donde la floreciente agricultura anterior había quedado prácticamente arruinada.

De todas formas, para finales de la década de 1850 la sociedad y la prensa británicas perdieron todo su interés por la cuestión. Y la razón fue que, tras el pánico financiero de 1857, los precios retrocedieron hasta un punto un poco por encima de lo que habían estado diez años antes. No obstante, Cairnes puso de manifiesto muy acertadamente que esta ligera diferencia ocultaba lo que venía a ser una depreciación considerable de la libra de oro, quizás del orden de un 20 o 25 por ciento. Y es que observó que, «teniendo en cuenta la coyuntura favorable, la marcha del comercio libre, la ausencia de guerra, la contracción del crédito [tras la crisis de 1857] y la tendencia generalizada a una reducción del coste merced al avance del conocimiento, de no haber otras causas que estuviesen operando», «en el momento presente» se tendría que haber producido «un descenso muy acusado de los precios, comparados con, por ejemplo, los de hace ocho o diez años». En definitiva, que, sin la inflación del oro, se habría producido una *caída* sustancial de los precios, y que esa ligera subida reflejaba, por el contrario, una considerable depreciación inflacionaria de la libra de oro. Profundo y correcto, por cierto; pero demasiado teórico para

el público británico, que se conformó con dejar pasar el problema en la medida en que los efectos de la depreciación dejaron de ser descarnadamente visibles.

8.7 La supremacía de Mill

De este modo, merced a la autoridad intelectual conferida por décadas de prominencia personal y familiar, por su obra lógica, por el vigor de su personalidad y las astutas estratagemas empleadas en su libro, John Stuart Mill fue capaz de convertir sus *Principles of Political Economy* en la fuerza dominante dentro de la economía británica desde el mismo instante en que se publicaron (1848). Mill y sus *Principios* dominarían durante tres décadas la economía británica como un coloso, y, como veremos en otro volumen, en la de 1870 Inglaterra conseguiría rechazar la revolución marginalista de Jevons, cuando menos en su versión original, no diluida. Mill había conseguido endosarle a Gran Bretaña: una teoría diluida del valor basada en el trabajo o, por lo menos, una teoría del valor basada en el coste de producción; un método positivista confuso que daba cabida a los críticos inductivistas e incluso a los organicistas; una devoción por el patrón oro contrarrestada con una teoría inflacionista y de escuela bancaria sobre las crisis y los ciclos, y sobre la producción del oro, y una adhesión al *status quo* de control y manipulación inflacionista del sistema monetario británico por parte del Banco de Inglaterra. De hecho, John Stuart Mill volvió a imponer en todas las áreas el sistema de Ricardo y de su padre, bien que de una manera mucho más confusa y diluida. En la esfera de la política pública se sustituyó también el viejo entusiasmo ricardiano por el *laissez-faire* por una vaga creencia en el librecambio en la que Mill y sus seguidores siempre estuvieron dispuestos a introducir amplias excepciones; hasta tal punto se habían liberado del «dogmatismo» clásico y ricardiano precedente. Desde un punto de vista intelectual, por muy errónea que hubiese sido la mayor parte del ricardismo, sus posiciones fueron, al menos, consistentes y claras —aun cuando el razonamiento que sostuviera dichas conclusiones fuera, en general, enrevesado e incoherente. Ahora bien, el nuevo neo-ricardismo milliano careció de tales virtudes; este sistema fue, por el contrario y fundamentalmente, un revoltijo inasible y contradictorio. No había posiciones netamente definidas, sólo tendencias vagas plagadas de vueltas atrás y reservas. Sin embargo, la economía británica se iba concentrando cada vez más en personas del ámbito académico y no en hombres de negocios, banqueros o excéntricos oficiales del ejército, y los académicos y sus círculos confunden muy a menudo la oscilación contradictoria con la complejidad, la sabiduría y el juicio sano.

CAPÍTULO IX

LAS RAÍCES DEL MARXISMO: EL COMUNISMO MESIÁNICO

9.1 El comunismo primitivo

Durante siglos, el presunto ideal del comunismo se había manifestado como un credo mesiánico y milenarista. Diversos visionarios, en particular Joaquín de Fiore, habían profetizado la última etapa del género humano como de perfecta armonía e igualdad, un estado en el que todas las cosas se poseen en común, en el que no existe la necesidad de trabajar o de repartir el trabajo. En el caso de Joaquín, evidentemente, los problemas, no ya de la producción y la propiedad, sino de la escasez en general, se «solucionarían» porque el hombre dejaría de poseer un cuerpo físico. Referida a los hombres en tanto que espíritus puros, como entidades psíquicas iguales y armoniosas que se pasan el tiempo alabando a Dios, la idea comunista podría tener algún sentido. Sin embargo, aplicada a la humanidad física que aún necesita producir y consumir, es algo muy distinto. En cualquier caso, el ideal comunista siguió planteándose como una doctrina religiosa, milenaria. En el Volumen I ya hemos visto su enorme influencia en el ala anabaptista de la Reforma en el siglo XVI. Las ensoñaciones milenaristas y comunistas también inspiraron a diversas sectas marginales durante la Guerra Civil inglesa de mediados del XVI, en particular a los cavadores (*Diggers*), a los declamadores (*Ranters*) y a los Hombres de la Quinta Monarquía (*Fifth Monarchy Men*).

Entre los sectarios protestantes del tiempo de la Guerra Civil, el precursor más importante del comunismo marxiano fue Gerrard Winstanley (1609-60), fundador del movimiento de los cavadores y un hombre muy admirado por los historiadores marxistas. Hijo de un mercader textil, el joven Gerrard fue aprendiz en el negocio de tejidos y ascendió hasta convertirse en comerciante del género por su cuenta. Sin embargo, el negocio fracasó, teniendo que rebajarse al trabajo agrícola por cuenta ajena entre 1643 y 1648. Según se fue inten-

sificando la revolución protestante, Winstanley se puso a escribir panfletos que propugnaban el mesianismo místico. Hacia finales de 1648 ya había ampliado su doctrina quiliástica hasta abarcar el comunismo igualitario universal en el que todos los bienes se poseen en común. Su teología fundamental era la herética visión panteísta que contempla a Dios dentro de cada hombre, no como una deidad personal exterior a él. Este Dios panteísta ha decretado la «cooperación», cosa que para Winstanley significaba comunismo forzoso y no economía de mercado, frente al credo contrario del Diablo, que glorificaba el egoísmo individual. En el esquema de Winstanley, Dios, que significa Razón, creó la tierra, pero el Diablo creó después el egoísmo y la institución de la propiedad privada. Winstanley añadía la absurda visión de que Inglaterra había disfrutado de la propiedad comunista antes de la Conquista normanda de 1066, conquista que introdujo la institución de la propiedad privada. Así, hizo una llamada al retorno al sistema comunista supuestamente original.[1]

En la última y más desarrollada versión de su sistema, *The Law of Freedom in a Platform, or the True Magistracy Restored* (1652), Winstanley imaginó una sociedad fundamentalmente agrícola en la que todos los bienes serían propiedad comunal, y en la que se proscribiría todo trabajo asalariado y cualquier género de comercio o negocio. De hecho, toda venta o compra de bienes se castigaría con la muerte por constituir una traición al sistema comunista. Dado que no existiría ningún género de comercio, el dinero sería evidentemente innecesario, por lo que es probable que también fuese prohibido. El gobierno crearía almacenes para la recogida y distribución de todos los bienes, y se impondrían severos castigos a los «holgazanes». En estos momentos, el panteísmo de Winstanley ya había empezado a transformarse en ateísmo, toda vez que se proscribiría cualquier tipo de clero profesional, no se respetaría el *Sabbath* y a los «ministros» se les elegiría por votación a fin de que pronunciasen lo que, en esencia, serían sermones seculares que impartiesen la enseñanza generalizada de las virtudes del sistema comunista. La educación sería gratuita y obligatoria, y a la mayoría de los niños se les orientaría hacia los oficios útiles —una prefiguración del credo educativo progresista. No se fo-

---

[1] Por otro lado, la mayor parte de los grupos protestantes sostuvieron la opinión muy distinta, y esencialmente correcta, de que la Conquista normanda impuso con la fuerza del estado, propiedades territoriales feudales a una Inglaterra que habría sido lo más parecido a un idilio de genuina propiedad privada.

Engels y otros historiadores y antropólogos también consideraron las sociedades tribales primitivas anteriores al mercado como el primer comunismo original o Edad de Oro. Sin embargo, la moderna investigación antropológica ha demostrado que la mayoría de las sociedades primitivas tribales se basaron en la propiedad privada, en el dinero y en las economías de mercado. Véase, por ejemplo, Bruce Benson, «Enforcement of Private Property Rights in Primitive Societies: Law Without Government», *Journal of Libertarian Studies* (Invierno de 1989), pp. 1-26.

mentaría el aprendizaje a partir de libros, algo que el poco instruido Winstanley consideraba muy inferior a las habilidades profesionales prácticas.

La receta estratégica de Winstanley para alcanzar la victoria comunista era que los diversos grupos de seguidores, o cavadores, ocupasen pacíficamente los eriales o tierras comunales, y que erigiesen en ellas las sociedades comunistas. En abril de 1649, el primer grupo de cavadores se trasladó bajo la guía de Winstanley a los yermos próximos al sur de Londres, donde, a lo largo del siguiente año, fundarían diez asentamientos. Sólo treinta cavadores formaron parte de la primera comuna y un centenar escaso erigió comunas por el país. La idea era que estos asentamientos comunistas igualitarios animasen de tal modo a las masas que éstas abandonasen el trabajo asalariado o la propiedad privada y se trasladasen a los asentamientos cavadores, poniendo fin al mercado y la propiedad privada. Mas lo cierto es que las masas trataron a las comunas de cavadores con gran hostilidad, causando su supresión en poco tiempo. Por el tiempo en que escribiera su *magnum opus*, en 1652, Winstanley anduvo solicitando en vano al dictador Oliver Cromwell que impusiera su apreciado sistema desde arriba. A la vista de los hechos, se abandonó rápidamente la idea de una acción directa de la masa para imponerlo.

Otra secta comunista aún más mística del tiempo de la Guerra Civil fue la de los medio-locos declamadores. Los declamadores eran antinomistas clásicos, es decir, creían que todos los seres humanos se salvan automáticamente por la existencia de Jesús, y que, por lo tanto, todos los hombres poseen la libertad de desobedecer todas las leyes y de transgredir todas las normas morales. En efecto, suponían que era bueno y deseable cometer tantos pecados como fuese posible a fin de demostrar que uno está libre de pecado, y para purgarse de la falsa conciencia de culpa por la comisión de pecados. Para los puros de corazón, afirmaban los declamadores, todas las cosas son puras. Al igual que Joaquín de Fiore y que los anabaptistas, proclamaban la inminente llegada de la edad del Espíritu Santo, espíritu que actuaba en todos los hombres. La diferencia esencial con el calvinismo o puritanismo es que, en estos últimos, las realizaciones del Espíritu Santo se hallan estrechamente vinculadas a la Sagrada Escritura —esto es, a la Biblia. Sin embargo, para los declamadores y otros grupos que sostenían la presencia interior, todas las posibilidades estaban literalmente abiertas. Los declamadores se fueron decantando hacia el panteísmo: como dijera uno de sus líderes: «Tanta esencia de Dios había en una hoja de hiedra como en el más glorioso Ángel.»

Así, los declamadores combinaron su creencia en el comunismo con una libertad sexual completa, que comprendía la práctica del comunismo de mujeres, así como orgías comunales homosexuales y heterosexuales.[2]

---

[2] Debemos decir algo aquí sobre el más destacado de estos grupos, los hombres de la quinta monarquía. Aunque no eran necesariamente comunistas, se parecían a los anabaptistas

9.2 El comunismo milenarista secularizado: Mably y Morelly

Durante la confusión y agitación del periodo de la Revolución Francesa, el credo comunista así como las profecías milenaristas volvieron a aparecer como meta gloriosa de la humanidad, aunque esta vez con un marcado carácter secular. Sin embargo, los nuevos comunistas seculares se encontraron con un grave problema: ¿cuál sería el factor agente de este cambio social? Resumiendo, los quiliastas religiosos jamás tuvieron problemas en relación a esa cuestión, es decir, en relación a cómo se produciría este tremendo cambio. El agente sería la mano de la Providencia; en concreto, el Segundo Advenimiento de Jesucristo (para los pre-milenaristas) o algunos profetas o grupos de vanguardia elegidos que fundarían el milenio anticipándose al eventual regreso de Jesús (para los post-milenaristas). King Bockelson y Thomas Müntzer son buenos ejemplos de lo segundo. Ahora bien, si los milenaristas cristianos estaban seguros de que la mano de la Divina Providencia lograría realizar su objetivo, ¿cómo podrían los seculares disponer de una certeza y auto-confianza similares? Daba la impresión de que tendrían que recurrir a la mera educación y a la exhortación.

Sin embargo, la tarea de los seculares se complicó aún más por el hecho de que los milenaristas religiosos contemplaron el final de la historia y la realización de su meta a través de un episodio de Apocalipsis sangriento. El reinado postrero de la paz y la armonía milenarias sólo podría alcanzarse en el curso de un periodo conocido como «la tribulación», el combate final del bien contra el mal, el triunfo final sobre el Anticristo.[3] Todo lo cual venía a significar que, si los comunistas seculares deseaban emular a sus precursores cristianos, entonces tendrían que alcanzar su meta mediante una revolución sangrienta —algo, como poco, complicado. Así, pues, no es una casualidad que los violentos tiempos de la Revolución Francesa generasen tales esperanzas y aspiraciones revolucionarias.

Los primeros comunistas secularizados aparecieron en Francia a mediados del siglo XVIII en las figuras de dos individuos aislados. Más tarde, en

---

de la Reforma en que eran post-milenaristas que creían que sólo ellos, los elegidos, se salvarían. Creían, también, que su misión histórica era la de destruir al resto de habitantes del mundo a fin de liberar a éste del pecado y dar principio a la inminente Segunda Venida de Jesús y al establecimiento del Reino de Dios sobre la tierra.

[3] Estamos simplificando las grandes complejidades que con frecuencia encierra el pensamiento milenarista. Por ejemplo, en las muy desarrolladas doctrinas pre-milenaristas del «fundamentalismo» del siglo XX, el periodo de tribulación durará siete años muy intensos, la «semana septuagésima» del *Libro de Daniel*, durante la cual, no sólo reinará el Anticristo («La bestia»), sino también «El Dragón» (el Antidios), el «Falso Profeta» (el Antiespíritu), «La Mujer Escarlata» y muchos otros seres malignos. Véase, por ejemplo, George M. Marsden, *Fundamentalism and American Culture: The Shaping of Twentieth-Century Evangelicalism: 1870-1925* (Nueva York: Oxford University Press, 1980), pp. 58-9.

medio de la atmósfera propicia y de las repentinas convulsiones de la Revolución Francesa, las obras de estos dos hombres darían lugar a un movimiento activista revolucionario. Uno fue el aristócrata Gabriel Bonnot de Mably (1709-85), hermano mayor del filósofo liberal partidario del *laissez-faire* Etienne Bonnot de Condillac. En contraste con su hermano, el distinguido filósofo, Mably se dedicó toda su vida a escribir sobre una gran variedad de temas.[4] Un hombre cuyas obras son, en palabras de Alexander Gray, «lamentablemente numerosas y extensas». Los prolijos y confusos escritos de Mably fueron tremendamente populares en su tiempo, de lo cual da buena cuenta el hecho de que en los años siguientes a su muerte se publicasen cuatro ediciones diferentes de sus obras completas integradas por entre 12 y 26 volúmenes.

El principal punto de atención de Mably fue insistir en que todos los hombres son «perfectamente» iguales y uniformes, que todos los hombres son uno y el mismo en todas partes. Afirmaba abiertamente que él percibía esta supuesta verdad en las leyes de la naturaleza. Así, en su obra más destacada, *Doutes proposés* (1786), un ataque a la teoría libertaria de los derechos naturales de Mercier de la Rivière, Mably presume de ser el intérprete de la voz de la Naturaleza: «la Naturaleza nos dice... os quiero a todos por igual».[5]

Como en el caso de la mayoría de los comunistas posteriores, Mably se tuvo que enfrentar a uno de los grandes problemas del comunismo: si toda propiedad se posee en común y cada persona es igual, entonces el estímulo para trabajar es negativo, ya que sólo se beneficia el almacén común y no el trabajador individual en cuestión. Mably tuvo que hacer frente a este problema en particular, puesto que él también sostenía que el estado natural y original del hombre fue el comunismo, y que la propiedad privada surgió para arruinarlo todo precisamente por la indolencia de unos cuantos que quisieron vivir a costa de otros.[6]

Las soluciones que Mably dio a este grave problema resultaban insuficientes. Una era la de exigir que todos se apretasen el cinturón, que deseasen menos y que se contentasen con una austeridad espartana. Su otra respuesta consistía en plantear lo que el Che Guevara y Mao tse-Tung llamarían más tarde «incentivos morales»: sustituir los crasos premios monetarios por el reconocimiento fraterno de los méritos de cada cual, en forma de bandas, medallas, etc... Alexander Gray observa que Mably hace uso de dichas «distinciones» o «Cuadros de Honor de Nacimientos» como estímulo para que todos trabajen. Y a continuación pone de manifiesto que cuantas más «distinciones» se repartan como incentivos, menos distinguirán de verdad y, en consecuencia,

---

[4] A pesar de que Mably había abandonado el clero hacía muchos años, en su tiempo y después se le seguiría llamando el «abate».

[5] Citado y traducido en Alexander Gray, *The Socialist Tradition* (Londres: Longmans Green, 1946), p. 87.

[6] *Ibid*., p. 88.

menos influencia ejercerán. Además, Mably «no dice cómo o quién va a otorgar sus distinciones».

Gray añade que, en una sociedad comunista real, muchos de los que *no* reciban honores pueden sentirse y probablemente se sientan contrariados y resentidos por la supuesta injusticia que ello implica, aunque su «celo no flaquee».[7]

Así, en las dos soluciones propuestas por Gabriel de Mably, éste hacía descansar su esperanza en una milagrosa transformación de la naturaleza humana, lo que los marxistas contemplarían más tarde como el advenimiento del Nuevo Hombre Socialista, deseoso de ligar sus deseos y sus incentivos a las necesidades de y a las chucherías concedidas por la colectividad. Sin embargo, a pesar de toda su devoción por el comunismo, Mably en el fondo era realista, de modo que no albergó esperanza alguna de su triunfo. Por el contrario, el hombre se halla tan impregnado del pecado del egoísmo y de la propiedad privada que ya sólo son posibles los paliativos de la distribución forzosa y las prohibiciones al comercio. No es de extrañar que Mably fuera incapaz de inspirar y estimular el nacimiento y crecimiento de un movimiento comunista revolucionario.

Si Gabriel de Mably fue un pesimista, no puede decirse lo mismo de la muy influyente obra del desconocido Morelly, autor de *Le Code de la Nature* (*El código de la Naturaleza*), del que se publicarían seis ediciones entre 1755 y 1773. Morelly no tuvo ninguna duda en relación a la viabilidad del comunismo: para él no existía el problema de la pereza o de incentivos negativos. En una palabra, que no era necesario en absoluto que se produjera algún cambio en la naturaleza del hombre o la creación de un Nuevo Hombre Socialista. Vulgarizando a Rousseau, que el hombre es en todas partes bueno, altruista y entregado al trabajo: sólo las instituciones son degradantes y corruptas, principalmente, la de la propiedad privada. Sea abolida esa institución, y la bondad natural del hombre triunfará sin dificultad. (Duda: ¿de dónde surgieron estas instituciones corruptas si no es del hombre?) Destiérrese la propiedad y desaparecerá el crimen.

Tampoco encerraría dificultad alguna para Morelly la administración de la utopía comunista. Parece ser que el asignar a cada persona la tarea a desempeñar a lo largo de su vida y decidir qué bienes materiales y servicios colmarían sus necesidades constituiría una cuestión nimia para el ministerio de trabajo o de consumo. Para él, todo esto no era más que un asunto de simple enumeración, de listado de personas y cosas. He aquí el antecedente de la negativa de Marx y Lenin a considerar los grandes problemas de la administración y distribución socialistas por tratarse de una cuestión de mera contabilidad.

---

[7] *Ibid.*, pp. 90-91.

Sin embargo, las cosas no iban a ser tan sencillas. Da la impresión de que Mably, el pesimista de la naturaleza humana, estaba dispuesto a dejar el asunto en manos de las acciones voluntarias de los individuos. Pero Morelly, el presunto optimista, se inclinó alegremente por el uso de métodos coactivos brutales a fin de mantener a raya a todos los «buenos» ciudadanos. Como en Mably, la Naturaleza sería la encargada, una vez más, de redactar de manera clara los edictos de este proyecto de estado a través de su revelación al fundador Morelly. Éste elaboró un intrincado proyecto para el gobierno y la sociedad que proponía basado enteramente en los claros dictados de la ley natural y que sería, en su mayor parte, inmutable y eterno —para Morelly, una parte clave de su plan.

En concreto, no existirá propiedad privada de ningún tipo, excepto en lo relativo a las necesidades diarias: la colectividad mantendrá y empleará a todas las personas, todo hombre está obligado a trabajar, a contribuir al almacén comunal de acuerdo con sus capacidades, del cual, luego, se le adjudicarán bienes de acuerdo con sus necesidades, a ser educado comunalmente y en términos de rigurosa igualdad por lo que respecta a la alimentación, la vestimenta y la instrucción. Las doctrinas filosóficas y religiosas quedarán absolutamente prohibidas; no se tolerarán las diferencias; y no se corromperá a los niños con ningún género de «fábulas, cuentos o ficciones ridículas». Todos los edificios habrán de ser iguales y se agruparán en bloques iguales; toda la ropa se confeccionará a partir del mismo tejido. El estado limitará y asignará las distintas ocupaciones.

Por último, estas leyes serán sagradas e inviolables, y a quien pretenda modificarlas se le aislará y encarcelará de por vida.

Como pone de manifiesto Alexander Gray, lo mismo que sucede con el resto de las utopías comunistas, las de Mably y Morelly son de aquellas en las que «ningún hombre en su sano juicio y bajo ninguna condición aceptaría vivir si tuviese la oportunidad de escapar». Y la razón, aparte de la grave carencia que todas poseen de incentivos a la producción o a la innovación, es que «la vida ha alcanzado un estado estático... Nada sucede, nada puede suceder en ellas».[8]

Cabría añadir que estas utopías eran versiones degradadas, secularizadas, de las visiones de los milenaristas cristianos. En el milenarismo cristiano, Jesucristo (o bien sus sucedáneos o predecesores) regresa a la tierra para poner fin a la historia; y es muy probable que la glorificación de Dios sea una actividad lo bastante embelesadora como para tener que preocuparse por la ausencia de cambios en la tierra. Como hemos visto, esto es especialmente cierto por lo que respecta al milenio previsto por Joaquín de Fiore, caracterizado por la ausencia de cuerpos terrenales. Ahora bien, en las utopías secularizadas lo

[8] *Ibid*., p. 62-3.

menos que impera es cierta penumbra gris y una inmovilidad absolutamente contrarias a la naturaleza del hombre en la tierra.

Con todo, el milenarismo cristiano también tuvo su rebrote en estos tiempos de convulsiones. Así, a mediados del siglo XVIII, el pietista germano-suabo Johann Christoph Otinger profetizó el advenimiento mundial de un reino teocrático de santos que vivirían comunalmente, sin rango ni propiedad, como miembros de una república cristiana milenarista. Especialmente influyente entre los pietistas tardíos alemanes fue el místico y teósofo francés Louis Claud de Saint-Martin (1743-1803), quien, en su *Des Erreurs et la Verité* (*Los errores y la verdad*) (1773) describió una «iglesia interior de los elegidos», que había existido desde los albores de la historia y que se haría con el poder en la edad venidera. Este tema «martinista» fue desarrollado por el movimiento rosacruz centrado en Baviera. Los rosacruz bávaros, que, originalmente y a lo largo de los siglos XVII y XVIII, fueron místicos alquimistas, comenzaron a insistir en una próxima toma del poder mundial por parte de la iglesia interior de los elegidos en lo que sería el inicio de la edad milenaria. El autor rosacruz bávaro de mayor influencia, Carl von Eckartshausen, expuso este tema en dos obras muy leídas, *Información sobre la Magia* (1788-92) y *Sobre la Perfectibilidad* (1797). En la segunda desarrolló la idea de que la iglesia interior de los elegidos se remontaba en el tiempo hasta Abraham y se prolongaba en el futuro hacia lo que habría de ser un gobierno mundial dominado por los depositarios de la luz divina. Esta tercera y última edad de la historia, la edad del Espíritu Santo, era inminente. Los iluminados elegidos destinados a gobernar el nuevo mundo comunal serían, como es obvio, los miembros de la Orden de la Rosacruz, toda vez que la principal prueba de la llegada de la tercera edad era la rápida propagación del martinismo y del propio movimiento rosacruz.

Efectivamente, en las décadas de 1780 y 1790, estos movimientos experimentaron un periodo expansivo. El Rey de Prusia Federico Guillermo II, junto con buena parte de su corte, se convirtió al movimiento rosacruz a finales del decenio de 1780, lo mismo que el Zar de Rusia Pablo I una década más tarde, sobre la base de la lectura de Saint-Martin y Eckartshausen, a quienes consideraba transmisores de la revelación divina. Saint-Martin también alcanzó cierta influencia merced a su liderazgo de la Masonería de Rito Escocés de Lyon, siendo, además, la figura principal de lo que podría denominarse el ala cristiano-apocalíptica del movimiento masónico.[9]

[9] Sobre Saint Martin, Eckartshausen y su influencia, véase el revelador artículo de Paul Gottfried, «Utopianism of the Right: Maistre and Schlegel», *Modern Age*, 24 (Primavera de 1980), pp. 150-60.

9.3 La conspiración de los Iguales

Inspirado por las obras de Mably y, en particular, de Morelly, un joven periodista de Picardía decidió fundar en medio de la confusión de la Revolución Francesa una organización revolucionaria de conspiradores para instaurar el comunismo. Desde un punto de vista estratégico, esto ya suponía un avance respecto a los dos fundadores, que no habían tenido ni idea, sólo nociones simplistas, de cómo alcanzar su meta. François Noël («Cayo Graco») Babeuf (1764-97), periodista y funcionario notarial en Picardía, llegó a París en 1790 empapándose del embriagador ambiente revolucionario. Para 1793, Babeuf ya estaba comprometido con la igualdad económica y el comunismo. Dos años más tarde, fundó la secreta Conspiración de los Iguales, organizada en torno a su nuevo periódico, *La Tribuna del Pueblo*. La *Tribuna*, lo mismo que el *Iskra* de Lenin un siglo después, se utilizó para dar una orientación coherente a su equipo y a sus seguidores públicos. En palabras de James Billington, la *Tribuna* de Babeuf «fue la primera publicación periódica de la historia constituida en brazo legal de una conspiración revolucionaria no legal».[10]

El ideal último de Babeuf y de su Conspiración era la igualdad absoluta. La naturaleza, reivindicaba, demanda la igualdad perfecta; toda desigualdad es injusta: por lo tanto, debía instaurarse la comunidad de la propiedad. Como proclamara enfáticamente la Conspiración en su *Manifiesto de los Iguales* —escrito por uno de los principales ayudantes de Babeuf, Sylvain Maréchal— «Exigimos la igualdad verdadera, o la Muerte; eso es lo que debemos conseguir.» «Por ella —proseguía el *Manifiesto*— estamos preparados para todo; estamos dispuestos a erradicarlo todo. Si es necesario, que desaparezcan todas las artes, siempre que nos quede la genuina igualdad.»

En la sociedad comunista ideal perseguida por la Conspiración, la propiedad privada quedaría abolida, toda propiedad sería comunal y se almacenaría en depósitos comunales. Desde estos almacenes, los superiores —¡por lo visto en este mundo tan «igual» existiría un equipo de «superiores»!— distribuirían «equitativamente» los bienes. El trabajo sería universal y obligatorio, «sirviendo a la patria... con el trabajo útil». Los profesores y los científicos «deberán presentar certificados de lealtad» a los superiores. El *Manifiesto* reconocía que en el mundo comunista se produciría un enorme incremento de los funcionarios y burócratas estatales, cosa inevitable en un lugar en el que la «patria controla al individuo desde su nacimiento hasta su muerte». Se impondrían severos castigos de trabajos forzosos a las «personas de ambos sexos que den a la sociedad mal ejemplo de carencia de mentalidad cívica, de holgazanería, de vida suntuosa, de licenciosidad». Estos castigos, descritos, como observa

[10] James H. Billington, *Fire in the Minds of Men: Origins of the Revolutionary Faith* (Nueva York: Basic Books, 1980), p. 73.

un historiador, «primorosamente y con todo lujo de detalles»,[11] consistían en la deportación a islas prisión.

La libertad de expresión y la prensa se tratan como uno podría esperar. A la prensa no se le permitiría «poner en peligro la justicia de la igualdad» o someter a la República «a discusiones interminables y perjudiciales». Más aun, «No se permitirá que nadie manifieste ideas que contradigan directamente los sagrados principios de la igualdad y de la soberanía del pueblo». Como cuestión de hecho, sólo se permitiría imprimir un libro «si los guardianes de la voluntad de la nación consideran que su publicación puede beneficiar a la República».

En cada comuna, todas las comidas se harían en público y a ellas estarían obligados a asistir, por supuesto, todos los miembros de la comunidad. Además, nadie podría obtener «su ración diaria» fuera del distrito en el que viviera: exceptuando únicamente «cuando uno se halle de viaje con permiso de la administración». Toda diversión privada quedaría «terminantemente prohibida», no sea que «la imaginación, libre de la supervisión de un juez estricto, engendre vicios abominables y contrarios al bien de la comunidad». Y en cuanto a la religión, «todo lo que se llama revelación debería proscribirse por ley».

El objetivo comunista igualitario de Babeuf no fue lo único de este autor que influyó de modo notable en el marxismo-leninismo posterior; lo mismo puede decirse de su teoría y práctica estratégicas de organización concreta de la actividad revolucionaria. Hay que expoliar a los no iguales, proclamaban los seguidores de Babeuf, los pobres deben alzarse y saquear a los ricos. Antes que nada, lo que hay que hacer es «completar» y volver a hacer la Revolución Francesa; el cataclismo debe de ser total (*bouleversement total*), como total debe ser la destrucción de las instituciones existentes para poder construir sobre los escombros un nuevo mundo perfecto. Como lo expresara Babeuf al concluir su propio *Manifiesto Plebeyo*: «Que todo regrese al caos y que del caos emerja un nuevo mundo regenerado.»[12] El *Manifiesto Plebeyo*, publicado muy poco antes que el *Manifiesto de los Iguales*, en noviembre de 1795, fue, de hecho, el primero de una sucesión de manifiestos revolucionarios que alcanzaría su punto culminante medio siglo después con el *Manifiesto Comunista* de Marx.

Los dos manifiestos hicieron patente la existencia de una diferencia importante entre Babeuf y Maréchal, que bien pudo haber causado una escisión si la represión policial no hubiera aplastado poco después a los iguales. Y es que,

---

[11] Para esta frase y otras citas traducidas del *Manifiesto*, véase Igor Shafarevich, *The Socialist Phenomenon* (Nueva York: Harper & Row, 1980), pp. 121-4. Véase también Gray, *op. cit.* nota 5, p. 107.

[12] Billington, *op. cit*. nota 10, p. 75. Véase asimismo Gray, *op. cit*. nota 5, p. 105n. Como comenta Gray, «lo que se desea es la aniquilación de todas las cosas, confiando en que del polvo de la destrucción pueda surgir una ciudad justa. Animado por esa esperanza, cuán alegremente aguardaría Babeuf el tumulto». *Ibid*., p.105.

en su *Manifiesto Plebeyo*, Babeuf había comenzado a acercarse al mesianismo cristiano, rindiendo homenaje no sólo a Moisés y Josué, sino de modo particular también a Jesús en tanto que «co-atleta» de Babeuf; por otra parte, Babeuf había escrito en prisión *Una nueva historia de la vida de Jesucristo*. Sin embargo, la mayoría de los iguales eran ateos militantes, encabezados por Maréchal, quien gustaba referirse a sí mismo con el altisonante acrónimo l'HSD, *l'homme sans Dieu* (el hombre sin Dios).

Aparte de la idea de una conspiración revolucionaria, Babeuf, a quien le fascinaban las cuestiones militares, comenzó a desarrollar la de una guerra de guerrillas del pueblo: la idea de una revolución fraguada en distintas «falanges» por hombres cuya ocupación permanente sería la de hacer la revolución —lo que Lenin llamaría más tarde «revolucionarios profesionales». También jugó con la idea de falanges militares que operasen a partir de una base geográfica inicial segura: «avanzando por grados, consolidando todo el territorio que vayamos ganando, seremos capaces de organizar las cosas».

Un círculo íntimo, secreto, de conspiración, una falange de revolucionarios profesionales, todo ello supuso inevitablemente que la perspectiva estratégica de Babeuf encerrase algunas paradojas fascinantes. Y es que, en nombre de un fin de armonía y perfecta igualdad, los revolucionarios serían dirigidos por una jerarquía que impondría una obediencia total; el equipo íntimo manejaría a placer a la masa. En su momento, un líder absoluto, a la cabeza de un equipo todopoderoso, daría la señal que diera comienzo a una sociedad de igualdad perfecta. Se haría la revolución para poner fin a todas las revoluciones; sería necesaria una jerarquía todopoderosa para acabar para siempre con la jerarquía.

Pero, como hemos visto, es evidente que aquí no había una paradoja real, ninguna pretensión de eliminar la jerarquía. Los cánticos de alabanza a la «igualdad» servían de pobre camuflaje al objetivo verdadero, el permanente afianzamiento de una dictadura absoluta, o, empleando la impactante imagen de Orwell, «una bota estampándose en el rostro del hombre —para siempre».

Tras sufrir la represión policial a finales de febrero de 1796, la Conspiración de los Iguales se hizo aún más clandestina y un mes más tarde se autoconstituyó en el Directorio de Seguridad Pública. Los siete directores secretos se reunían todas las tardes, tomaban decisiones colectivas y anónimas y, después, cada uno de los miembros de este comité central transmitía a 12 «instructores» las actividades a realizar, cada uno de los cuales movilizaría un grupo de insurrección aún mayor por cada uno de los 12 distritos de París. Así, la Conspiración consiguió movilizar a 17.000 parisinos; sin embargo, la impaciencia de la directiva secreta por reclutar elementos dentro del ejército acabó por delatar al grupo. Un informador hizo posible el arresto de Babeuf el 10 de mayo de 1796, seguido de la destrucción de la Conspiración de los Iguales. Babeuf sería ejecutado el año siguiente.

De todas formas, la represión policial siempre es incapaz de impedir que nuevos focos de disidentes vuelvan a rebelarse, así que, en este caso, la antorcha del comunismo revolucionario pasó a un seguidor de Babeuf que, a pesar de ser arrestado con su líder, consiguió escapar a la ejecución. Filippo Giuseppe Maria Lodovico Buonarroti (1761-1837) era el hijo mayor de una familia aristocrática florentina venida a menos y descendiente directo del gran Miguel Ángel. Mientras cursaba los estudios de derecho en la Universidad de Pisa a principios de la década de 1780 fue convertido por los discípulos de Morelly. Como periodista y editor radical, Buonarroti participó entonces en la batalla a favor de la Revolución Francesa y contra las tropas italianas. En la primavera de 1794 se le puso a cargo de la ocupación francesa en el pueblo italiano de Oneglia, donde anunció a los habitantes que todos los hombres serían iguales, y que todas las distinciones entre ellos constituían una violación de la ley natural. De regreso en París, Buonarroti se defendió con éxito en un juicio contra su supuesto empleo del terror en Oneglia, y, finalmente, ingresó en la Conspiración de los Iguales de Babeuf. Su amistad con Napoleón le permitió escapar a la ejecución y, en su momento, que fuera liberado de la prisión y enviado al exilio de Ginebra.

Durante el resto de su vida, Buonarroti se convirtió en lo que su biógrafo moderno llama «el Primer Revolucionario Profesional», tratando de poner en marcha revoluciones y de crear organizaciones de conspiración por toda Europa. Antes de la ejecución de Babeuf y los demás, Buonarroti había prometido a sus camaradas escribir toda su historia, cosa que cumplió cuando, a sus 67 años de edad, publicó en Bélgica *La conspiración por la igualdad de Babeuf* (1828). Hacía tiempo que Babeuf y sus camaradas habían caído en el olvido, así que esta voluminosa obra vino a contar por vez primera el relato más completo de la saga babeuvista. El libro inspiró a las agrupaciones revolucionarias y comunistas, y se vendió extremadamente bien; 50.000 ejemplares, en poco tiempo, de la traducción inglesa de 1836. Los siguientes diez años de su vida, el antes oscuro Buonarroti fue venerado por toda la extrema izquierda europea.

Dándole vueltas a los fracasos revolucionarios anteriores, Buonarroti aconsejó que, inmediatamente tras la llegada al poder de las fuerzas revolucionarias, era necesario el gobierno de una elite de hierro. En resumidas cuentas, el poder de la revolución debía cederse a una «voluntad inmutable, fuerte, constante e ilustrada» que «dirigiese toda la fuerza de la nación contra los enemigos internos y externos», y que preparase gradualmente al pueblo a hacerse cargo de su soberanía. Para Buonarroti, la cuestión era que «el pueblo es incapaz de regenerarse por sí mismo o de designar a la gente que tenga que dirigir la regeneración».

9.4 El florecimiento del comunismo

Las décadas de 1830 y 1840 contemplaron por toda Europa el florecimiento de grupos comunistas y socialistas mesiánicos y quiliásticos; en especial en Francia, Bélgica, Alemania e Inglaterra. Surgieron e interactuaron los owenitas, los cabetistas, los fourieristas, los saint-simonianos y muchos otros. No es necesario que entremos a examinar en detalle estos grupos y sus diferencias de matiz.[13] Aunque el galés Robert Owen (1771-1858) fue el primero que publicó impresa la palabra «socialista» en 1827 y también jugó con la de «comunionista», la que se impuso finalmente como etiqueta más popular para el nuevo sistema fue la de «comunista». Fue impresa por vez primera en una obra popular, la novela utópica de Étienne Cabet, *Viaje a Icaria* (1839),[14] y, de ahí, se propagó como el fuego por toda Europa, espoleada por el reciente desarrollo de los servicios regulares de correos en barco de vapor y los primeros telégrafos. Cuando Marx y Engels escribieron en la primera frase de su *Manifiesto Comunista* culminante de 1848 que «Un espectro recorre Europa —el espectro del comunismo», aunque la expresión tenía algo de retórica hiperbólica, no andaba muy desencaminada. Como manifiesta Billington, la palabra talismán «comunismo» «se propagó por todo el continente a una velocidad sin precedente alguno en la historia de ese tipo de epidemias verbales».[15]

En este fárrago de individuos y grupos, hay algunos interesantes que merecen nuestra atención. El primer grupo exiliado alemán de revolucionarios fue la Liga de Forajidos, fundada en París por Theodore Schuster bajo la inspiración de los escritos de Buonarroti. El panfleto de Schuster, *Profesión de fe de un forajido* (1834), fue, quizás, la primera proyección de la futura revolución en tanto que creación de forajidos y marginados sociales, aquellos que caían fuera del circuito de la producción a quienes Marx, como es comprensible, rechazaría abruptamente como *Lumpenproletariat*. En el *Lumpen* haría hincapié más tarde, en la década de 1840, el destacado anarco-comunista ruso Mikhail Bakunin (1814-76), de forma semejante a como lo harían diversas corrientes de la Nueva Izquierda de finales de las décadas de 1960 y 1970.

---

[13] Exceptuando las importantes aportaciones de los seguidores de Saint Simon a la «lucha de clases», que se tratarán más adelante.

[14] El francés Cabet (1788-1856) había sido un jurista de prestigio y máxima autoridad legal de Córcega, si bien fue destituido por sus actitudes radicales hacia el gobierno francés. Tras fundar un periódico radical, Cabet se exilió en Londres durante la década de 1830 convirtiéndose virtualmente en un owenita. A pesar de la nacionalidad de Cabet, el libro se escribió y publicó originalmente en inglés, edición a la que siguió la francesa el año siguiente. Comunista pacifista más que revolucionario, entre 1848 y el momento de su muerte, Cabet intentó llevar a cabo varios proyectos fallidos de fundación de comunas utópicas en los Estados Unidos.

[15] Billington, *op. cit*. nota 10, p. 243.

La de los Forajidos fue la primera organización internacional de revolucionarios comunistas, compuesta por unos 100 miembros en París y cerca de 80 en Francfort del Meno. Con todo, la Liga de los Forajidos se desintegró en torno a 1838, y muchos de sus integrantes, incluido Schuster, pasaron a la agitación nacionalista. A ésta le sucedió rápidamente un grupo mucho mayor de exiliados alemanes, la Liga de los Justos, también con sede en París. Los grupos comunistas alemanes siempre tendieron a ser más cristianos que los demás. Así, Karl Schapper, líder de la sección de jefatura de la Liga de los Justos de París, se dirigió a sus seguidores como «Hermanos en Cristo» y elogió la inminente revolución social como «el gran día de la resurrección del pueblo». El destacado comunista alemán y sastre, Wilhelm Weitling (1808-71), intensificó aún más el tono religioso de la Liga de los Justos. Así, en el manifiesto que escribiera para la Liga, *La humanidad como es y como debería ser* (1838), que, a pesar de ser publicado en secreto, alcanzó gran difusión y fue muy leído, se autoproclamó el «Lutero social» y denunció al dinero como la fuente de toda corrupción y explotación. Había que abolir toda propiedad privada y todo dinero, y calcular el valor de todos los productos en «horas de trabajo» —la teoría del valor basada en el trabajo tomada pero que muy en serio. Por lo que respecta a las obras públicas y a la industria pesada, Weitling propuso movilizar un «ejército industrial» centralizado, alimentado con el reclutamiento de todos los hombres y mujeres con edades comprendidas entre los 15 y 18 años.

Expulsada de Francia tras los conflictos revolucionarios de 1839, la Liga de los Justos se trasladó a Londres, donde fundaría en 1840 un gran grupo de primera línea, la Sociedad Educativa de los Trabajadores Alemanes. Los tres máximos líderes de la sociedad, Karl Schapper, Bruno Bauer y Joseph Moll consiguieron ampliar el total de sus miembros a cerca de 1.000 en 1847, incluidos los 250 que poseía diseminados por países de Europa y Latinoamérica.

Un contraste fascinante es el que ofrecen las personas de dos jóvenes comunistas, ambos líderes del movimiento en la década de 1840, y los dos completamente olvidados por las generaciones posteriores, incluso por la mayoría de los historiadores. Cada uno representó una cara distinta de la perspectiva comunista y, juntos, dos corrientes diferentes dentro del movimiento.

Uno fue el visionario y fantasioso cristiano inglés, John Goodwyn Barmby (1820-?). A los 20 años de edad, Barmby, entonces un owenita, llegó a París con la propuesta de erigir una asociación internacional de socialistas de todo el mundo; llegó a formarse un comité provisional, presidido por el owenita francés Jules Gay, pero nada se hizo del plan. La propuesta, no obstante, prefiguró la Primera Internacional. Más importante aún es que Barmby descubrió en París la palabra «comunista», que adoptó y difundió con enorme fervor. Para Barmby, «comunista» y «comunitario» eran términos intercambiables. Él contribuyó a organizar por toda Francia lo que refirió a los owenitas ingleses como «banquete(s) sociales de la escuela Comunista o Comunitaria». De

nuevo en Inglaterra, su entusiasmo no decayó. Fundó una sociedad de propaganda comunista que pronto se llamaría Sociedad Universal Comunitaria, y un periódico, *The Promethean or Communitarian Apostle*, que al poco tiempo sería rebautizado con el nombre de *The Communist Chronicle*. Para Barmby, comunismo era tanto la «ciencia societaria» como la última religión de la humanidad. Su *Credo*, expuesto en el primer número de *The Promethean*, manifestaba que «lo divino es el comunismo, lo demoniaco, el individualismo...». Tras ese breve comienzo, Barmby escribía himnos y oraciones comunistas, solicitaba la construcción de comunitarios, todos dirigidos por una comunarquía presidida por un comunarca y una comunarquesa. Proclamó reiteradamente «la religión del Comunismo» y procuró que las cosas empezasen bien llamándose a sí mismo el «Pontifarca de la Iglesia Comunista».

El subtítulo de *The Communist* revelaba su mesianismo neo-cristiano: «El Apóstol de la Iglesia Comunista y de la Vida Comunativa: Comunión con Dios, Comunión de los Santos, Comunión de los Sufragios, Comunión de la Obras y Comunión de los Bienes». La lucha por el comunismo, afirmaba Barmby, sería apocalíptica, abocada a concluir con la unión mística de Satán en Dios: «en la santa Iglesia Comunista, el diablo se convertirá en Dios... Y en esta conversión de Satán, Dios convoca al pueblo...a la comunión de los sufragios, de las obras y de los bienes, espirituales y materiales...en estos último días».[16] La llegada a Londres en 1844 de Wilhelm Weitling hizo que él y Barmby colaborasen en la promoción del comunismo cristiano; sin embargo, para finales de 1847 ya habían fracasado y el movimiento comunista se desplazaba decisivamente hacia el ateísmo.

El cambio crucial se produjo en junio de 1847, cuando los dos grupos comunistas más ateos: la Liga de los Justos de Londres y el reducido (15 miembros) Comité de Correspondencia Comunista de Bruselas, liderado por Karl Marx, formaron la Liga Comunista. En su segundo congreso de diciembre, las controversias ideológicas internas de la liga se resolvieron cuando se le pidió a Marx que redactase la declaración del nuevo partido, la que llegaría a conocerse como *Manifiesto Comunista*.

En cualquier caso, Cabet y Weitling, cada uno por su lado, se trasladaron definitivamente a los Estados Unidos en 1848 para tratar de introducir allí el comunismo. Ambos intentos se fueron a pique ignominiosamente en medio de una sociedad americana en expansión y extremadamente individualista. Los icarianos se asentaron en Texas y después en Nauvoo, Illinois, y volvieron a escindirse una y otra vez hasta que Cabet, expulsado por sus antiguos seguidores de Nauvoo, se dirigió a San Luis donde falleció en 1856 menospreciado por casi todos. Por lo que respecta a Weitling, éste claudicó mucho antes. En Nueva York se hizo seguidor del programa individualista, aunque ligado a

---

[16] Billington, *op. cit.* nota 10, p. 257.

la izquierda ricardiana del dinero-trabajo de Josiah Warren, y en 1854 se desvió aún más pasando a incorporarse como burócrata al servicio de inmigración de los EE UU y consumiendo la mayor parte de sus últimos 17 años de vida en la promoción de diversos inventos. Sea como sea, parece ser que Weitling había decidido finalmente incorporarse al orden capitalista «haciendo mutis por el foro».

Mientras tanto, Goodwin Barmby se recluyó, una tras otra, en las Islas del Canal, tratando de fundar una comunidad utópica, y denunció a un antiguo seguidor por fundar un *Communist Journal* que «violaba su *copyright*» de la palabra «comunismo». De todas formas, Barmby abandonó poco a poco su universalismo y empezó a llamarse a sí mismo «Nacional Comunista». En 1848 se trasladó a Francia, se hizo ministro unitario, amigo de Mazzini y abandonó el comunismo por el nacionalismo revolucionario.

Por otra parte, el joven comunista francés Théodore Dézamy (1808-50) representaba una corriente competidora de ateísmo militante y una perspectiva agresiva de equipo. Secretario personal de Cabet, Dézamy encabezó en su juventud la repentina expansión comunista de los años 1839 y 1840. Hacia 1841 se convirtió posiblemente en el fundador de la tradición marxista-leninista de excomunión política e ideológica de todas las desviaciones de la doctrina correcta. En efecto, en 1842, Dézamy, autor de panfletos muy prolífico, arremetió contra su antiguo mentor, Cabet, denunciándole en *Calumnias y políticas de Mr. Cabet* por sus vacilaciones crónicas. En el mismo escrito, y por vez primera, Dézamy sostuvo que el movimiento comunista requería disciplina ideológica y política.

Y, lo que es más importante, Dézamy quiso purgar el comunismo francés de la influencia del código comunista cuasi-religioso, poético y moralizante propuesto por Cabet en su *Viaje a Icaria* y, en particular, en su *Credo Comunista* de 1841. Dézamy intentó ser rigurosamente «científico» y reivindicó que la revolución comunista era racional e inevitable. No es de extrañar que Marx le admirase tanto.

Por otra parte, había que rechazar los medios pacíficos o graduales. Dézamy insistió en que una revolución comunista debe confiscar inmediatamente toda propiedad privada y todo dinero. Tomar medidas a medias, afirmaba, no satisfaría a nadie y, lo que es más, en paráfrasis de Billington, «Un cambio rápido y total sería menos sangriento que un proceso lento, porque el comunismo libera la bondad natural del hombre...»[17]

El comunismo no sólo sería inmediato y total: también sería global y universal. En el mundo comunista futuro existiría un «congreso de la humanidad» global, una sola lengua y un único servicio de trabajadores, llamados «atletas industriales», que llevaría a cabo su trabajo organizando festivales co-

[17] Billington, *op. cit*. nota 10, p. 251.

munales de jóvenes. Más aún, el nuevo «país universal» no sólo aboliría el nacionalismo «estrecho», sino también lealtades disgregadoras como las que conforman la familia. En fuerte contraste práctico con su carrera de excomulgador ideológico, Dézamy proclamó que en el comunismo el conflicto sería lógicamente imposible: «entre los comunistas no pueden existir divisiones; nuestros conflictos sólo pueden ser conflictos de armonía o razonamiento...», porque los «principios comunitarios» representan «la solución de todos los problemas».

De todas formas, en medio de este ateísmo militante hubo algo de fervor, incluso de fe, religioso. Dézamy llegó a referirse a «esta sublime devoción que constituye el socialismo» e instó a los proletarios a reingresar en «la iglesia igualitaria, *fuera de la cual no existe salvación*».

Su arresto y procesamiento en 1844 inspiró a comunistas alemanes de París como Arnold Ruge, Moses Hess y Karl Marx. Hess empezó a trabajar en una traducción alemana del código de Dézamy con el apoyo de Marx, quien declaró que el código era «socialista científico, materialista y de un humanismo real».[18]

[18] Véase J.L. Talmon, *Political Messianism: the Romantic Phase* (Nueva York: Praeger, 1960), p. 157.

CAPÍTULO X

LA VISIÓN DE MARX SOBRE EL COMUNISMO

10.1 El comunismo milenarista

La clave del intrincado y gigantesco sistema de pensamiento creado por Karl Marx (1818-83) es, en el fondo, muy sencilla: *Karl Marx fue un comunista*. Una afirmación que parece banal o manida al lado de la miríada de conceptos plagados de jerga que posee el marxismo en filosofía, en economía, en historia, en cultura, etc. No obstante, la devoción de Marx por el comunismo fue su punto clave, mucho más central que la dialéctica, que la lucha de clases, que la teoría de la plusvalía y todo lo demás. El comunismo era la meta, el gran fin, el desiderátum, el fin último que haría que los sufrimientos del género humano a lo largo de la historia mereciesen la pena. La historia es la historia del sufrimiento, de la lucha de clases, de la explotación del hombre por el hombre. Lo mismo que en la teología cristiana el regreso del Mesías pondría fin a la historia y fundaría un nuevo Cielo y una nueva Tierra, así el comunismo pondría fin a la historia humana. Y, justamente al igual que en los cristianos post-milenaristas el hombre fundaría el Reino de Dios sobre la Tierra guiado por los profetas y los santos de Dios (según los milenaristas, Jesús contaría con un buen número de colaboradores humanos en la fundación de dicho Reino), así en Marx y otras escuelas comunistas el género humano fundaría sobre la tierra un reino celestial secularizado bajo la guía de una vanguardia de santos seculares.

En los movimientos religiosos mesiánicos, el milenio es invariablemente instaurado por una gran convulsión violenta, un Harmaguedón, un gran combate apocalíptico entre el bien y el mal. Tras este conflicto titánico, se instauraría sobre la tierra un milenio, una nueva era de paz y armonía, un reino de justicia.

Marx rechazó con insistencia a los utópicos que pretendían llegar al comunismo a través de un proceso gradual y evolutivo, a través de un firme progreso del bien. No, Marx regresó a los apocalípticos, a los coercitivos anabaptistas post-milenaristas alemanes y holandeses del siglo XVI, a las sectas milenaristas de la Guerra Civil inglesa y a los diversos grupos de cristianos pre-milenaristas que pronosticaron para los Últimos Días, antes de que se pudiese fundar el milenio, un sangriento Harmaguedón. En la versión de Marx, el instrumento que conduciría al advenimiento de su milenio, del comunismo, sería una violenta revolución mundial llevada a cabo por el proletariado oprimido.

En efecto, al igual que los pre-milenaristas (o que los «milenaristas»), Marx llegó a sostener que el reino del mal sobre la tierra alcanzaría su punto álgido justo antes de la Apocalipsis. Para Marx y para los milenaristas, escribe Ernest Tuveson,

> El mal del mundo alcanzará su punto máximo antes de que una gran convulsión devastadora lo erradique por completo...
>
> El pesimismo milenarista en relación a lo perfectible del mundo existente es contrarrestado con un optimismo supremo. El milenarista cree que la historia opera de tal forma que, cuando el mal haya alcanzado su punto máximo, la situación desesperada se invertirá. Se restablecerá el estado original, el estado verdaderamente armonioso de la sociedad, en la forma de algún género de orden igualitario.[1]

En contraste con los diversos grupos de socialistas utópicos, pero al igual que los mesiánicos religiosos, Karl Marx no esbozó en detalle los rasgos de su comunismo futuro. No concreta, por ejemplo, el número de gente de su utopía, la forma y ubicación de sus casas, el modelo de sus ciudades. En primer lugar, aquellas utopías cuyos creadores planifican hasta el último detalle poseen cierto aire intrínseco de locura. Pero, lo que es más importante, explicar meticulosamente los detalles de un ideal de sociedad, elimina de ese supuesto mundo futuro inevitable el elemento clave del sobrecogimiento y el misterio. Es lo que sucede con cualquier película de ciencia ficción, que pierde su encanto y fascinación cuando los monstruos misteriosos y poderosos antes invisibles se concretan en la segunda parte en criaturas verdes y amorfas de movimientos lentos que han perdido toda su aura misteriosa y se han convertido prácticamente en objetos corrientes.

---

[1] Ernest L. Tuveson, «The Millenarian Structure of *The Communist Manifesto*», en C.A. Patrides y Joseph Wittreich (eds.), *The Apocalypse: in English Renaissance Thought and Literature* (Ithaca: Cornell University Press, 1984), pp. 326-7. Tuveson especula con la posibilidad de que Marx y Engels puedan haber sido influidos por la explosión de milenarismo que tuvo lugar en Inglaterra en la década de 1840. Acerca de este fenómeno, en concreto la súbita erupción de los milenaristas de Inglaterra y EE UU que predijeron el fin de mundo para el 22 de octubre de 1844, véase la obra ya clásica sobre el milenarismo moderno, Ernest R. Sandeen, *The Roots of Fundamentalism: British and American Millenarianism 1800-1930* (Chicago: University of Chicago Press, 1970). Véase Tuveson, *ibid*., p. 340, n. 5.

No obstante, en todas las visiones del comunismo hay ciertos rasgos que son, en líneas generales, semejantes. Se elimina la propiedad privada, se tira por la borda el individualismo, se echa abajo la individualidad, toda propiedad se posee y controla comunalmente y las unidades individuales del nuevo organismo colectivo son, en cierto sentido, borrosas e iguales entre sí.

Este énfasis milenarista en lo colectivo está muy alejado de la insistencia cristiana ortodoxa, agustiniana, en el alma individual y su salvación. En el cristianismo ortodoxo no-milenarista, el individuo no alcanza, o no deja de alcanzar, la salvación hasta que Jesús regresa y pone fin a la historia, marcando así el comienzo del Día del Juicio. No hay ningún milenio en la tierra; el Reino de Dios sigue estando imperturbable, y convenientemente, en el cielo. Ahora bien, el énfasis del milenarismo en la consecución de un Reino de Dios *sobre la tierra* vino a subrayar de modo inevitable —sobre todo en la exigencia de un agente humano propia de los post-milenaristas— la inexorable marcha colectiva hacia el Reino en y a través de la historia. Como hemos visto en el Volumen I, en la que podemos denominar como versión «inmediatista» de la doctrina post-milenarista, esto es, en los hermanos del espíritu libre, los coercitivos anabaptistas de la Reforma, en los comunistas cristianos y en su versión secularizada del marxismo, el objetivo es hacerse con el poder presente mediante una revolución violenta, y purgar el mundo de pecadores y herejes, es decir, de todos aquellos que no sean seguidores de la secta en cuestión, para, así, fundar el milenio, condición previa del Segundo Advenimiento de Jesús. Frente a éstos, y de un modo menos violento y precipitado, los post-milenaristas *gradualistas*, que a lo largo del siglo XIX lograrían hacerse con el control de la mayor parte de las iglesias protestantes del norte de los Estados Unidos, pretendían utilizar el poder estatal para imponer la moralidad y la virtud, y fundar el Reino de Dios en todo el mundo, no sólo en los EE UU. La penetrante conclusión de un historiador en relación con uno de los más destacados economistas y científicos sociales post-milenaristas de finales del siglo XIX constituye un pasaje que bien podría aplicarse a todo el movimiento:

> Para [Richard T.] Ely, el gobierno era el instrumento que Dios nos había concedido y con el que teníamos que trabajar. Su preeminencia como instrumento divino tenía su fundamento en la abolición post-reformada de la división entre lo sagrado y lo secular, y en la capacidad del Estado para aportar soluciones éticas a problemas públicos. Esa misma identificación entre lo sagrado y lo secular... le permitió a Ely tanto divinizar el estado como socializar el cristianismo: consideró el gobierno como el principal instrumento de Dios para la redención...[2]

Todos los milenaristas, tanto los gradualistas como los inmediatistas, han causado graves perturbaciones sociales y políticas al «hacer inmanente el

[2] En versiones extremas como la de los herejes gnósticos de los primeros tiempos de la era cristiana, la creación de la materia era en sí misma algo malo, un acto del Diablo, o Demiurgo; sólo el espíritu retenía un carácter divino.

éskhaton» —empleando la expresión poco lograda, aunque penetrante, del filósofo político Eric Voegelin. Como cristianoortodoxo que era, Voegelin creía que había que desligar rigurosamente «el *éskhaton*» —los Últimos Días, el Reino de Dios— del ámbito de los asuntos terrenales, confinándolo en exclusividad en los reinos ultra-mundanos del Cielo y el Infierno. Ahora bien, sacar el «*éskhaton*» del Cielo y reducirlo a procesos de la historia humana conlleva la aparición de problemas y consecuencias graves: consecuencias que Voegelin contempló incorporadas en movimientos inmanentes y mesiánicos como el marxismo y el nazismo.

Al igual que otros socialistas y comunistas utópicos, Marx buscó en el comunismo la apoteosis de la especie colectiva —el género humano como un nuevo super-ser en cuyo seno el individuo sólo cobra sentido como partícula insignificante dentro de un organismo colectivo. Uno de los principales teóricos bolcheviques de principios del siglo XX, Alexander Alexandrovich Bogdanov (1873-1928), trazó una perspicaz semblanza del organicismo colectivo marxiano en lo que no es más que un canto al Nuevo Hombre Socialista que se ha de crear a lo largo del proceso de comunización. Como hiciera Joaquín de Fiore, Bogdanov hablaba de «tres edades» de la historia humana: primero hubo una sociedad religiosa, autoritaria, con una economía autosuficiente. Luego vino la «segunda edad», una economía de cambio caracterizada por la diversidad y la aparición de la «autonomía» de la «personalidad individual humana». Sin embargo, este individualismo en un principio progresista pasa después a obstaculizar el progreso por cuanto entorpece y «contradice las tendencias unificadoras de la edad de la máquina». Es entonces cuando surgirá la tercera edad, la última etapa de la historia, el comunismo, una edad que es, bien que en un sentido diferente al de Joaquín, la del Espíritu Santo. Esta última fase estará caracterizada por una economía colectiva autosuficiente y por

> la fusión de las vidas personales en una totalidad colosal, armoniosa en las relaciones de sus partes, que agrupa sistemáticamente todos los elementos para una lucha común —la lucha contra la espontaneidad sin fin de la naturaleza... Para sacar adelante esta tarea se necesita una gran cantidad de actividad creadora. Requiere las fuerzas, no del hombre, sino del género humano, y sólo trabajando en esta tarea el género humano se revela como tal.[3]

El colmo del comunismo mesiánico lo encontramos en la desenfrenada fantasmagoría en tres volúmenes escrita por el distinguido alemán, mezcla de mesiánico cristiano y de marxista-leninista-estalinista, Ernst Bloch (1885-1977). Bloch sostenía que la «verdad interior» de las cosas sólo podría descu-

---

[3] Citado en S.V. Utechin, «Philosophy and Society: Alexander Bogdanov», en Leopold Labedz (ed.), *Revisionism: Essays on the History of Marxist Ideas* (Nueva York: Praeger, 1962), p. 122.

brirse tras «una transformación completa del universo, una gran Apocalipsis, el descenso del Mesías, un nuevo cielo, una nueva tierra». Como dice J.P. Stern en su crítica de los tres volúmenes del *Principio esperanza* de Bloch, el libro contiene notables afirmaciones altisonantes del tipo «*Ubi Lenin, ibi Jerusalem*» («Donde Lenin, allí Jerusalén») y «la realización bolchevique del comunismo» es parte esencial de «la antigua lucha por Dios». También descubrimos en Bloch algo más que una insinuación en relación a que con la llegada del comunismo no sólo se abolirá la enfermedad sino incluso la muerte.[4]

Frente a ello, no existe una defensa más elocuente del individualismo y de la repugnancia al colectivismo propios del cristianismo ortodoxo que la crítica que hiciera G.K. Chesterton a las ideas de una destacada socialista fabiana, Mrs Annie Besant; es una crítica en la que Chesterton acaba de un plumazo con el budismo panteísta de Mrs Besant:

> Según Mrs Besant, la Iglesia universal es sencillamente el Yo universal. Se trata de la doctrina de que todos somos realmente una persona; de que no hay muros verdaderos de individualidad entre hombre y hombre... Ella no nos dice que amemos a nuestro semejante, sino que seamos nuestros semejantes... el abismo intelectual entre el budismo y el cristianismo es que, para el budista o teósofo, la personalidad constituye la caída del hombre, para el cristiano, tal es el propósito de Dios, todo el propósito de su idea cósmica.[5]

Pasemos a considerar algunos de los rasgos principales del comunismo. En el típico futuro milenarista comunal, tiempo de dicha y armonía, *el trabajo*, la necesidad de trabajar, pierde protagonismo o desaparece por completo. Para mucha gente, el trabajo, por lo menos el orientado a conservar y mejorar el nivel de vida de uno mismo, no suena mucho a genuina utopía. Así, en la visión de quien fuera, quizás, el primer milenarista medieval, Joaquín de Fiore, ningún tipo de trabajo vendría a perturbar la celebración y oración sin fin, ya que los seres humanos habrían alcanzado el estado de objetos inmateriales. Es verdad que, si el hombre fuese espíritu puro, el problema económico —el problema de la producción y de los niveles de vida— desaparecería necesariamente. Ahora bien, como Marx era, por desgracia, ateo y materialista, no podía recurrir precisamente a un comunismo de espíritu puro tipo Fiore. ¿Cómo podrían solventar de un modo satisfactorio los seres humanos el problema de la producción y de la conservación y ampliación de sus niveles de vida?

La negativa de Marx a tratar en detalle la etapa comunista fue premeditada. Su utopía era vaga. Por un lado, Marx dio por supuesto y afirmó que, en la futura sociedad comunista, habría sobreabundancia de bienes. Siendo así, es

[4] J.P. Stern, «Marxism on Stilts: Review of Ernst Bloch, *The Principle of Hope*», *The New Republic*, 196 (9 de marzo de 1987), pp. 40, 42; Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism* (Oxford: Oxford University Press, 1984), III, pp. 423-4.

[5] G.K. Chesterton, *Orthodoxy* (Nueva York: 1927), pp. 244-5. Citado en Thomas Molnar, *Utopia: the Perennial Heresy* (Nueva York: Sheed & Ward, 1964), p. 123.

evidente que no había ninguna necesidad de referirse al problema económico universal de la escasez de medios y recursos en tanto que aplicados a unos fines. Ahora bien, al dar por supuesta la inexistencia del problema, lo que hizo fue trasladar el interrogante a las generaciones posteriores, y así los marxistas han acabado por dividirse en relación a esta cuestión: ¿será el comunismo el que dé lugar a este estado mágico de sobreabundancia o habrá que esperar *hasta* que el capitalismo traiga consigo la sobreabundancia antes de que nosotros instauremos el comunismo? En general, los grupos marxistas han resuelto este problema más en el terreno práctico (o «praxis») que en la teoría, adhiriéndose a cualquier vía que les permitiese conquistar o conservar su poder. Así, cada vez que las vanguardias o partidos marxistas han visto la oportunidad de hacerse con el poder, se han mostrado invariablemente dispuestos a saltarse las «etapas de la historia» preestablecidas por su maestro y a poner en práctica su voluntad revolucionaria. Por otra parte, las élites marxistas ya afianzadas en el poder han dejado prudentemente para un futuro cada vez más lejano la consecución del objetivo último del comunismo. Así, los soviéticos no tardaron en insistir en el trabajo duro y en el gradualismo a la hora de avanzar hacia el objetivo final.[6]

Existen otras razones probables que explican el hecho de que Marx no detallara los rasgos del comunismo final o, es más, las fases necesarias para alcanzarlo. La primera es que a Marx no le interesaban lo más mínimo los rasgos económicos de su utopía; bastaba sencillamente con suponer, eludiendo la cuestión, una abundancia ilimitada. Como veremos, los aspectos del comunismo que más interesaron a Marx fueron, no ya los filosóficos, sino los religiosos. Segundo, para Marx el comunismo era una forma invertida de Hegel y de su filosofía de la historia; era el fin revolucionario de su propia versión neo-hegeliana de la «alienación» y del proceso «dialéctico» por el cual la *Aufhebung* (trascendencia) y negación de una fase histórica viene a ser ocupada por otra distinta y opuesta. En este caso, la negación del funesto mal de la propiedad privada y de la división del trabajo, y el establecimiento del comunismo en el que se alcanza la unidad del hombre con el hombre y la naturaleza. Al igual que en Hegel, en Marx la historia avanza necesariamente a través de esta mágica dialéctica, en la que cada etapa da lugar de forma inevitable a otra posterior y opuesta. Sólo que, para este último, la «dialéctica» es material, no espiritual.[7] Marx jamás publicó sus neo-hegelianos *Manuscritos económicos y*

[6] «Por tratarse de un partido de comunismo científico, el P.C.U.S [Partido Comunista de la Unión Soviética] anticipa y soluciona los problemas de la construcción comunista a medida que las condiciones materiales y espirituales de los mismos se fraguan y maduran, siendo guiado en ello por el hecho de que no se deben pasar por alto las fases necesarias del desarrollo...», *Fundamentals of Marxism-Leninism* (2º ed. rev., Moscú: Foreign Languages Publishing House, 1963), p. 662. Véase también *ibid*., pp. 645-6, 666-7, 674-5.

[7] Sobre la alienación y la dialéctica véase el Capítulo XI.

filosóficos de 1844, en los que exponía la base filosófica del marxismo y uno de cuyos ensayos, «Propiedad privada y comunismo», contenía su descripción más completa de la sociedad comunista. Una razón de su negativa a publicarlos era que en las últimas décadas la filosofía hegeliana había dejado de estar de moda incluso en Alemania, y los seguidores de Marx estaban más interesados por los aspectos económicos y revolucionarios del marxismo.

10.2 El comunismo salvaje

Otra razón importante que explica el hecho de que Marx no publicase esos manuscritos es la cándida descripción de la sociedad comunista que hizo en el ensayo «Propiedad privada y comunismo». Aparte de tratarse de un ensayo filosófico y no económico, Marx describía una etapa de la sociedad horrorosa, aunque necesaria en teoría, justo *después* de la necesaria revolución mundial del proletariado y antes de que se alcanzase el comunismo final. La sociedad post-revolucionaria de Marx, la del comunismo «irreflexivo» o «salvaje», no era una sociedad que alentase las energías revolucionarias de los fieles marxianos.

Y es que Marx se tomó a pecho dos críticas implacables del comunismo que habían cobrado notoriedad en Europa. Una, la del anarquista mutualista francés Pierre-Joseph Proudhon, que denunció el comunismo como «opresión y esclavitud» y a quien Marx se refería explícitamente en su ensayo. La otra era un libro fascinante escrito por el conservador monárquico hegeliano Lorenz von Stein (1815-1890), encargado en 1840 por el gobierno prusiano de estudiar las nuevas e inquietantes doctrinas socialistas y comunistas que proliferaban en Francia. Marx no sólo mostró una «minuciosa familiaridad textual» con el libro de Stein (1842), sino que incluso basó su concepto del proletariado como fundamento y motor de la revolución mundial en la visión de Stein de las nuevas doctrinas revolucionarias como racionalizaciones de los intereses de clase del proletariado.[8]

---

[8] Stein trató el socialismo y comunismo franceses como ideologías del proletariado no propietario que pretendían destruir los pilares históricos de la sociedad europea, basados en los principios de personalidad individual y propiedad privada. Por supuesto, la diferencia está en que, frente a otros socialistas y comunistas «sin clases», Marx aceptó esta conexión con el proletariado, mientras que Stein la condenó y advirtió contra ella. Véase la excelente e iluminadora obra de Robert C. Tucker, *Philosophy and Myth in Karl Marx* (Cambrige: Cambridge University Press, 1961), pp. 114-7. El libro de Lorenz von Stein, *Der Socialismus und Communismus des Heutigen Frankreichs* (Leipzig: 1842) sigue sin traducirse. (Las ediciones posteriores se publicaron bajo el título *Geschichte des socialen Bewegung in Frankreich*, 1850, 1921). Stein consumió sus años de madurez como profesor de finanzas públicas y administración pública en la Universidad de Viena, 1855-88.

Sorprendentemente, Marx admitió estar de acuerdo con la descripción de Proudhon, y especialmente con la de Stein, de la primera etapa de la sociedad post-revolucionaria, que, con el segundo, coincidió en llamar «comunismo salvaje». Stein pronosticó que el comunismo salvaje sería un intento de imposición por la fuerza del igualitarismo, expropiando y destruyendo brutal y ferozmente la propiedad, confiscándola, y poniendo coactivamente en común las mujeres lo mismo que la riqueza material. La valoración que Marx hizo del comunismo salvaje, de la etapa de la dictadura del proletariado, fue, de hecho, aún más negativa que la de Stein: «Del mismo modo que la mujer cambiará el matrimonio por la prostitución general [es decir, universal], así, todo el mundo de la riqueza, esto es, el ser objetivo del hombre, cambiará la relación de matrimonio exclusivo que mantiene con el dueño de la propiedad privada por otra de prostitución general con la comunidad.» Y no sólo eso, sino que, como manifiesta el Profesor Tucker, Marx reconoce que el «comunismo salvaje no constituye la verdadera trascendencia de la propiedad privada, sólo su universalización, no la victoria sobre la avaricia, sino su generalización, y no la abolición del trabajo sino sólo su extensión a todos los hombres. Sólo se trata de una nueva forma en la que la inmundicia de la propiedad sale a la superficie». En definitiva, en la fase de puesta en común de la propiedad privada se potenciarán al máximo aquellos rasgos de la propiedad privada que Marx considera peores. Más aun: Marx reconoce la verdad de la acusación de los anti-comunistas de su tiempo y de nuestros días en el sentido de que el comunismo y la puesta en común no es sino expresión, en palabras del propio Marx, de la «envidia y del deseo de reducirlo todo a un nivel común». Lejos de conducir a lo que se supone que Marx reivindica, esto es, a un florecimiento de la personalidad humana, él mismo reconoce que el comunismo la negará totalmente:

> Al negar completamente la *personalidad* de los hombres, este tipo de comunismo no es, ciertamente, sino la expresión lógica de la propiedad privada. La *envidia* general, constituyéndose ella misma como poder, es el disfraz con el que la *avaricia* se instaurara y se da satisfacción a sí misma, sólo que de *otro* modo... En el enfoque de la *mujer* como botín y sierva de la lujuria comunal queda impresa la infinita degradación en la que el hombre existe consigo mismo.[9]

La descripción que Marx hace del comunismo salvaje se parece mucho, en términos generales, a los monstruosos regímenes impuestos por los coactivos anabaptistas del siglo dieciséis.[10]

---

[9] Citado en Tucker, *op. cit*. nota 8, pp. 155. El subrayado es de Marx.

[10] En efecto, no es casualidad que los historiadores marxianos, de Engels a Ernst Bloch, hayan sido grandes admiradores de esos regímenes y movimientos; primero, por su comunismo, segundo, porque se trataba de «movimientos populares» que bullían desde las clases más bajas.

El Profesor Tucker añade, quizás subrayando lo obvio, que «Es muy probable que estas vívidas indicaciones de los manuscritos de París sobre cómo concebía y valoraba Marx el periodo post-revolucionario inmediato expliquen la extrema reserva que en relación a este tema siempre mostraría en sus publicaciones posteriores».[11]

Mas, si se reconoce que este comunismo es tan monstruoso, un régimen de «infinita degradación», ¿por qué habría nadie de dar su apoyo o, ni mucho menos, de consagrar la propia vida y desencadenar una revolución sangrienta para instaurarlo? Marx recurre aquí, como tantas otras veces en su pensamiento y escritos, a la mística de la «dialéctica» —esa maravillosa palabra mágica por la cual un sistema social origina su propia trascendencia y negación. Y, en este caso, merced a la cual todo el mal —que, curiosamente, coincide con la dictadura post-revolucionaria del proletariado y no con el capitalismo precedente— pasa a transformarse en bien absoluto.

Baste decir que Marx ni puede ni intenta explicar de qué modo un sistema de total avaricia puede transformarse en una situación de ausencia absoluta de la misma. Lo deja a la magia de la dialéctica, una dialéctica que, a pesar de hallarse ya despojada del supuesto motor de la lucha de clases, transforma de algún modo la monstruosidad del comunismo salvaje en el paraíso de la «etapa superior» del mismo.

10.3 El comunismo superior y la erradicación de la división del trabajo

El Infierno de la etapa primera o inferior del comunismo lo ha expresado Marx con nitidez. ¿Qué decir del Paraíso de la etapa superior, del «humanismo positivo» del comunismo final? De haber publicado Marx sus *Manuscritos*, los rasgos del Paraíso resultan, por desgracia, ciertamente vagos y opacos, quizás demasiado insustanciales, como para haber eclipsado los horrores tan evidentes del comunismo salvaje. La clave está en que el hombre queda supuestamente liberado de la necesidad del trabajo. Tras la orgiástica culminación de la avaricia que se alcanza con el comunismo salvaje, la eliminación de la propiedad privada le libera de la avaricia. En concreto, el hombre queda liberado de la división del trabajo, de la especialización que le impide desarrollar «todas» sus facultades por el puro disfrute de hacerlo y le «obliga» a trabajar para otros —sea en el mercado, bajo el poder despótico del feudalismo o del despotismo oriental, o bajo la dictadura del proletariado en la primera etapa del comunismo. Sin la división del trabajo y eliminado, finalmente, el mal del intercambio de bienes y servicios, el hombre se halla ahora liberado de la «alie-

[11] Tucker, *op. cit.* nota 8, pp. 155-6.

nación» de no poder consumir su propio producto. Esta alienación no es, como muchos marxistas parecen creer, consecuencia de la supuesta sustracción que hacen los capitalistas del «excedente» producido por los trabajadores. Se trata de algo más profundo; esta alienación es el resultado de la división del trabajo y de la misma especialización. En la mística neo-hegeliana de Marx, una vez suprimida esa división, el hombre retornará «a sí mismo», se hallará unido «a sí mismo» y, por lo tanto, se pondrá fin a la alienación.

Todo esto tiene algún sentido si se tiene presente que, para Marx y Hegel, «hombre» es un ente orgánico colectivo, no individual. Para ambos, la historia del «hombre» es la historia, el devenir, de lo que viene a ser un único organismo colectivo. Según Marx, si existe división del trabajo, especialización e intercambio, eso quiere decir que el «hombre» se halla trágicamente escindido dentro de «sí», de manera que el proceso que conduce a la etapa superior del comunismo, el fin de la historia humana en el mismo sentido en que lo había sido el Reino de Dios sobre la tierra, es un proceso por el cual el hombre deja de estar alienado de su «yo» colectivo y alcanza la unidad consigo mismo. Y, al mismo tiempo, un proceso por el que «él» alcanza la unidad con la «naturaleza», porque, en el sistema marxiano, la única «naturaleza» que existe es la que han creado los siglos de trabajo y actividad humanos. Así, pues, como pone de manifiesto Robert Tucker, con frecuencia se ha interpretado mal la famosa declaración de Friedrich Engels sobre el comunismo, incluidos muchos marxistas poco familiarizados con la naturaleza filosófica de su propio sistema. Friedrich Engels (1820-95) escribió en su *Anti-Dühring*:

> Todo el ámbito de las condiciones de vida que circundan al hombre y que hasta ahora le han dominado está ya bajo el dominio y el control del hombre, que, al haberse adueñado de su propia organización social, se ha convertido por vez primera en señor verdadero y consciente de la Naturaleza... La propia organización social del hombre, hasta ahora enfrentada a él como necesidad impuesta por la naturaleza y la historia, es ya resultado de su propia acción libre. Las fuerzas objetivas extrínsecas que hasta hoy han gobernado la historia pasan al control del hombre... Es el ascenso del hombre desde el reino de la necesidad al reino de la libertad.[12]

Como pone de manifiesto Tucker, para el lector poco familiarizado con la filosofía marxiana este pasaje bien pudiera interpretarse como referido al dominio humano de la naturaleza mediante la tecnología. Sin embargo,

[12] *Anti-Dühring* se convirtió en el nombre común para *La Revolución en la Ciencia de Herr Eugen Dühring*, que vio la luz en 1878, cinco años antes del fallecimiento de Marx. Tres capítulos generales que no tratan sobre Dühring aparecieron en francés en 1880 bajo el título de *Socialismo: utópico y científico*, obra que llegaría a convertirse a finales del siglo XIX en la principal exposición popular del marxismo, después del *Manifiesto Comunista*. La traducción inglesa, autorizada por Engels, se publicó en 1892, por lo que cabe hacer responsable a éste de una locución tan torpe como es la del verbo «environ». Véase R.C. Tucker (ed.), *The Marx-Engels Reader* (2.ª ed., Nueva York: W.W. Norton, 1972), pp. 715-6.

> en realidad, se refiere al dominio de la tecnología como la propia naturaleza del hombre exterior a él. El reino de la necesidad es el mundo alienado de la historia, el reino del objeto-esclavitud. Las «fuerzas objetivas extrínsecas» sobre las que ha de enseñorearse el hombre en el reino de la libertad se entienden como las fuerzas exteriorizadas del yo de la especie. La naturaleza de la que el hombre ya no será por más tiempo siervo es su propia naturaleza.[13]

En definitiva, como sucede en otros muchos lugares de Marx, un pasaje que parece contener, al menos superficialmente, un mínimo de sentido —bien que falaz—, tras un estudio más profundo no resulta ser más que una porción de la jerga de la filosofía neo-hegeliana de Marx.

Para Marx, un hecho muy importante es que el comunismo acaba con la división del trabajo. Al liberarse de la especialización, de la división del trabajo y del trabajo para otros (incluidos los consumidores), el hombre en tanto que trabajador queda liberado de todos los límites. Así liberado, «el hombre produce con el fin de realizar su naturaleza como ser que posee diversas capacidades creativas que demandan su libre expresión en 'una totalidad de actividades-vitales humanas'».[14] O, como lo expresara Engels en su *Anti-Dühring*, la desaparición de la división del trabajo permitirá que el trabajo productivo conceda a «cada individuo la oportunidad de desarrollar todas sus facultades, físicas y mentales, en todas direcciones, y ejercitarlas plenamente».

La idea de que todo el mundo desarrolla todas sus facultades «en todas direcciones» es alucinante, y hace pensar en el absurdo cuadro de un mundo de diletantes autistas, cada uno haciendo caso omiso de la demanda social de sus servicios o productos y chapoteando caprichosamente en todas las actividades. Esta imagen la confirma el pasaje más conocido de Marx que describe el sistema comunista, un pasaje incluido en la Parte I de *La ideología alemana*, ensayo inédito escrito en 1845-46. En él manifiesta que el comunismo «equivale al desarrollo de los individuos como individuos completos y a la supresión de todas las limitaciones naturales». ¿Cómo se suprimen «todas las limitaciones naturales»? —eso es, en efecto, mucho pedir. Mas, dejemos que Marx se explique. Tan pronto como la división

> del trabajo cobra existencia, cada hombre posee una esfera de actividad particular, exclusiva, que le es impuesta... Es cazador, pescador, pastor o crítico escrupuloso, y deberá seguir siéndolo si no quiere perder el medio de ganarse la vida; mientras que en la sociedad comunista, en la que nadie posee una esfera exclusiva de actividad sino que cada cual puede llegar a ser hábil en cualquier área que desee, la sociedad regula la producción general, y hace así posible que yo pueda hacer hoy una cosa y mañana otra, cazar por la mañana, pescar por la tarde, criar ganado por la noche, criticar después de cenar, justo como yo quiera y sin convertirme jamás en cazador, pescador, pastor o crítico.[15]

---

[13] Tucker, *op. cit*. nota 8, pp. 196-7.

[14] *Ibid*., p. 198.

[15] Tucker, *op. cit*. nota 12, p. 160. En su *Anti-Dühring*, Engels despreció de forma parecida el «socialismo prusiano», el cual retendría la división del trabajo por ser «inevitable en la

Uno de los comentarios más acertados sobre este pasaje es la humorística afirmación de Alexander Gray. «Un breve fin de semana en una granja podría haber convencido a Marx de que es posible que el ganado pusiera alguna objeción a que se le criase de esta manera ocasional, por la noche.» De un modo más general, Gray observa que el hecho de «que cada individuo tenga la oportunidad de desarrollar *todas* sus facultades físicas *y* mentales en todas direcciones es un sueño que sólo alegrará la vista a quienes poseen pocas luces, ajenos a las restricciones que imponen los estrechos límites de la vida humana». «Porque la vida —apunta Gray— es un conjunto de actos electivos, y cada elección es, al mismo tiempo, una renuncia...» La necesidad de elegir, nos recuerda Gray agudamente, existirá aun bajo el comunismo:

> Incluso el habitante del futuro país de ensueño de Engels tendrá que decidir tarde o temprano si desea ser Arzobispo de Canterbury o Primer Lord del Mar, si ha de tratar de destacar como violinista o púgil, si ha de elegir saberlo todo sobre la literatura china o sobre los aspectos desconocidos de la vida de la caballa.[16]

La abolición del trabajo también conlleva la necesidad de la eliminación de todas las diferencias —y, por lo tanto, de la «oposición»— entre aldea y ciudad mediante una industria uniformemente extendida por todo el país (¿el mundo?). Por consiguiente, todas las grandes ciudades tendrían que ser destruidas. Como dijo Engels en *Anti-Dühring*: «Es cierto que en las grandes poblaciones la civilización nos ha legado una herencia de la que costará mucho tiempo y esfuerzo desprenderse. Sin embargo, por muy prolongado que pueda ser el proceso, deberemos desprendernos y nos desprenderemos de ella.»[17]

No sorprende que las autoridades soviéticas no tuviesen una opinión muy favorable del comunismo marxiano. Las poco realistas afirmaciones marxianas poseen un alcance limitado. Así, la publicación teórica del Partido Comunista Soviético, *Kommunist*, se refirió favorablemente a la obra inédita de un economista soviético, V.M. Kriukov, quien escribió que

---

naturaleza de las cosas». Engels proclamó, por el contrario, que en el comunismo futuro, «En el tiempo venidero, ya no habrá peones o arquitectos profesionales, y que el hombre que durante media hora da instrucciones como arquitecto también llevará una carretilla otro tiempo, hasta que se le vuelva a requerir que actúe de nuevo como arquitecto». *Ibid*., p. 718. En consonancia con este espíritu, la China maoísta del tiempo de la Revolución Cultural llegó a intercambiar al azar cirujanos y celadores de los hospitales.

Por último, en su obra *Mujer y socialismo* (1883), el fiel marxista alemán y promotor de la clase trabajadora, August Bebel (1840-1913), parafraseó el pasaje de Marx dedicado al papel de la mujer en el comunismo: «En cierto momento es trabajadora práctica de alguna industria, el siguiente, educadora, profesora y enfermera: en la tercera parte del día ejercita algún arte o cultiva alguna ciencia; y en la cuarta, desempeña alguna función administrativa.» Citado en Ludwig von Mises, *Socialism: An Economic and Sociological Analysis* (Indianapolis: Liberty Classics, 1981), p. 168n.

[16] Alexander Gray, *The Socialist Tradition* (Londres: Longmanss, Green, 1946), p. 328.

[17] Tucker, *op. cit.* nota 12, p. 723.

> Sólo una persona poco inteligente e ignorante podría formarse su propio cuadro del comunismo aproximadamente así: te levantas por la mañana y te preguntas, ¿a dónde iré a trabajar hoy —seré ingeniero jefe de la fábrica o dirigiré la brigada de pesca? O ¿bajaré a Moscú y celebraré un encuentro urgente del comité ejecutivo de la Academia de Ciencias?

Kommunist añade la advertencia: «No sucederá así.» Muy atinado, sin duda. Pero las autoridades soviéticas no reconocieron el hecho de que, al repudiar esta noción «poco inteligente», estaban renunciando a la clave de todo el sistema marxiano, a lo esencial y al objetivo de toda la lucha.[18]

Más importante, si cabe, es el hecho de que las autoridades soviéticas arrojaran por la borda el objetivo principal del marxismo al renunciar a la idea de que el comunismo eliminaría la división del trabajo. La revisión comenzó en 1952, con la última obra de Stalin, poco antes de su muerte, y se intensificó tras ella. Eludiendo y, a veces, falsificando los escritos de los Fundadores, los revisionistas soviéticos fueron relativamente sólidos en realismo y economía pero endebles en cuanto a la herencia marxiana. De vez en cuando, los expertos soviéticos simple y llanamente afirmaban hechos: «Un hombre no puede, literalmente, hacerlo todo»; «En el sistema de relaciones de la producción comunista, la división y especialización del trabajo seguirá siendo esencial»; y «Es absolutamente obvio que la sociedad comunista es inconcebible sin una división del trabajo en constante desarrollo e intensificación». Sustitúyase la palabra «comunista» por «moderna» o «industrial» y la apreciación de los economistas soviéticos sería correcta. Mas, ¿en qué sentido sigue siendo esto «comunismo»?[19]

Parece ser que, seis años antes de *Anti-Dühring*, Engels traicionó toda la visión marxiana en el curso de una enconada polémica con los anarquistas. Defendiendo la idea del autoritarismo bajo el comunismo, Engels recordó a los anarquistas que se declaraban anti-autoritarios que «una revolución es ciertamente la cosa más autoritaria que existe; es la acción por la que una parte de la población impone su voluntad a la otra con fusiles, bayonetas y medios bélicos autoritarios...». Y, lo que es más importante, Engels se mofó de la idea de que en una fábrica comunista no habría autoritarismo y, por consiguiente, tampoco división del trabajo. Puso de manifiesto que la producción fabril requiere ambos así como que los trabajadores se subordinen a las necesidades tecnológicas. Así, por ejemplo: «mantener las máquinas en funcionamiento exige un ingeniero que cuide de la máquina de vapor, mecánicos que lleven a cabo las reparaciones habituales y muchos otros trabajadores cuyo cometido es el de trasladar los productos...». Además, apuntaba, la tecnología y las

---

[18] Tucker, *op. cit*. nota 8, p. 197n.

[19] En relación al debate sobre esta cuestión dentro de la Unión Soviética, véase Herman Akhminov, «The Prospects for the Division of Labour», *Bulletin of the Institute for the Study of the USSR* (julio de 1964), pp. 3-18.

fuerzas de la naturaleza someten al hombre a un «verdadero despotismo independiente de toda organización social». «Querer abolir la autoridad en la industria a gran escala —advertía— es tanto como querer abolir la misma industria, destruir el potente telar para volver a la rueca.»[20]

Palabras serias y reconfortantes, sin duda, pero completamente extrañas al espíritu del marxismo y, como es evidente, a todo lo que Marx dijo o escribió sobre el tema, lo mismo que a la mayor parte del resto de escritos de Engels. Según Marx, en el comunismo futuro todo trabajo ya no es económico sino *artístico*, la creatividad libre y espontánea que se supone propia del artista. En su *magnum opus*, el *Capital*, manifiesta que el hombre comunista se ha constituido merced a la transformación del hombre alienado en hombre estético que considera todo en términos artísticos. Así, pues, bajo el comunismo, la producción industrial fabril carecerá de dirección autoritaria, y la unidad se alcanzará igual que lo hacen los músicos de una orquesta.

Con todo, el caso de Engels resulta interesante. Más economista que Marx y quien iniciara a su amigo y socio en la economía clásica británica, fue capaz de alternar las fantasías utópicas más disparatadas del comunismo con una aguda comprensión inusitada de sus dificultades económicas. Así, también en *Anti-Dühring* llega a admitir en cierto momento que, a medida que el capitalismo avanza rápida e inexorablemente hacia su colapso, «la tarea de la ciencia económica» es «revelar, en medio de los cambios de la transición económica, los elementos de la nueva organización futura de la producción y del intercambio que harán desaparecer el mal funcionamiento precedente [de la economía capitalista]». De todas formas, esa es una tarea que ni Engels ni Marx se tomaron jamás la molestia de emprender.

Por otro lado, en «Los principios del comunismo», un ensayo escrito a finales de 1847 que se convertiría en la primera versión del *Manifiesto comunista*, Engels puso al descubierto uno de los supuestos cruciales, y a menudo implícitos, de la sociedad comunista —que la sobreabundancia acabaría con el problema de la escasez:

> La propiedad privada sólo se puede abolir cuando la economía sea capaz de producir el volumen de bienes que se requieren para satisfacer las necesidades de todos... La nueva tasa de crecimiento industrial producirá bastantes bienes como para satisfacer todas las demandas de la sociedad... La sociedad alcanzará una producción que será suficiente para las necesidades de todos sus miembros.

Esta sobreabundancia se alcanzaría de un modo u otro merced a un extraordinario progreso económico que eliminaría la necesidad de cualquier género de división del trabajo.

---

[20] Friedrich Engels, «Sobre la autoridad», escrito en 1872 y publicado por vez primera en una recopilación italiana de 1874. Tucker, *op. cit*. nota 12, p. 731.

De todas formas, en medio de esta atrevida suposición, Engels se vio obligado a dudar y a reconocer que este milenio comunista no podría alcanzarse «inmediatamente» o «de golpe». Ya que «sería imposible aumentar inmediatamente las fuerzas de producción existentes hasta el punto de poder producir una cantidad suficiente de bienes que satisficiese todas las necesidades de la comunidad». Durante el periodo de transición, afirma Engels, «la industria tendrá que ser dirigida por la sociedad como un todo en beneficio de todos. Tendrá que ser administrada por todos los miembros de la sociedad de acuerdo con un plan común... Además, tendrá que abolirse la propiedad privada, que será sustituida por un reparto de todos los bienes de acuerdo con un plan convenido».[21]

Cualquier creyente en la teoría del valor-trabajo que pretendiera presentar un proyecto de cálculo económico bajo el socialismo seguramente albergaría la idea de una determinación de los precios y del pago de salarios de acuerdo con el tiempo de trabajo consumido en la producción. La emisión de vales de tiempo de trabajo fue precisamente el plan que propusieron Robert Owen, el anarquista-individualista ricardiano Josiah Warren y el socialista ricardiano alemán Johann Karl Rodbertus (1805-75). Una de las ideas más agudas de Friedrich Engels apareció precisamente en el curso de su demolición del socialismo utópico basado en el dinero de vales de trabajo propuesto por Rodbertus, quien, por aquel entonces, gozaba de gran estimación en Alemania.[22]

Engels denunció la doctrina de Rodbertus en el prefacio a la primera edición alemana de *La miseria de la filosofía* de Marx, justo un año después de la muerte de éste (1884). En dicho escrito, Engels cometió la imprudencia de condenar la teoría del dinero-trabajo de Rodbertus como «puerilmente ingenua», y de seguir insistiendo en menospreciar a Rodbertus por pasar por alto la ley económica y el proceso del mercado competitivo:

> En una sociedad de productores que intercambian sus bienes, querer fijar la determinación del valor por el tiempo de trabajo, impidiendo que sea la competencia

[21] Traducción inglesa de William O. Henderson, *The Life of Friedrich Engels* (Londres: Frank Cass, 1976) I, pp. 369-76. Citado en T.W. Hutchison, *The Politics and Philosophy of Economics: Marxians, Keynesians and Austrians* (Oxford: Basil Blackwell, 1981), pp. 9-12, 14.

[22] En relación con los socialistas ricardianos y con la teoría del ciclo económico de Rodbertus, véase más adelante el Capítulo XIII. Rodbertus fue un político y funcionario público prusiano rico e independiente que vivió la mayor parte de su vida como un señor rural prusiano ocioso y erudito. (Compró una finca cerca de la localidad de Jagetzow, en Prusia oriental, cambiándose rápidamente el nombre por el de Rodbertus von Jagetzow). Su idea básica era la de que el trabajo se halla sujeto a la ley de hierro o de bronce de los salarios (como veremos, así la denominó Lassalle); sin embargo, el régimen socialista puede imponer la justicia a través del estado, un organismo vivo literalmente divino, auto-creativo, cuyo mejor gobierno es el de un rey (en suma, un socialismo monárquico). De todas formas, Rodbertus advertía con pesimismo que la gente no era aún lo suficientemente moral para ese socialismo —y tampoco lo sería durante otros quinientos años. Véase Gray, *op. cit*. nota 16, pp. 343-51.

> la que fije esta determinación del valor en el único sentido en que puede fijarse, a través de la presión de aquélla sobre los precios, sólo demuestra, por lo tanto, que... uno ha adoptado el habitual desprecio utópico por las leyes económicas.

Engels afirma luego que la competencia, al «activar las leyes del valor de la producción de bienes en una sociedad de productores que intercambian sus artículos», crea la única organización posible de la producción social «en tales circunstancias». A continuación se enfrasca en una crítica desdeñosa y perspicaz de las pretensiones socialistas de cálculo (al menos, por lo que a la versión de Rodbertus respecta):

> Los productores individuales de bienes conocen por fuerza qué cosas y cuántas demanda o no demanda la sociedad por la infravaloración o sobrevaloración de los productos. Sin embargo, es precisamente este único regulador el que aboliría la Utopía que también comparte Rodbertus. Y si preguntamos qué garantía tenemos de que se produzca la cantidad necesaria, y no más, de cada producto, de que no pasaremos hambre de cereal o carne mientras nos atiborramos de azúcar de remolacha y nos ahogamos en licor de patata, de que no careceremos de pantalones que cubran nuestra desnudez al mismo tiempo que nos vemos inundados por millones de botones de pantalón —Rodbertus muestra con triunfalismo su famoso cálculo según el cual se ha distribuido el certificado correspondiente para cada libra de azúcar sobrante, para cada barril no vendido de licor, para cada botón de pantalón no utilizable, un cálculo que «funciona» con precisión y según el cual «se satisfarán todas las demandas y se hará una liquidación correcta».[23]

Engels añade que «si se impide a la competencia hacer saber a los productores, a través de la subida o bajada de los precios, cuál es la situación del mercado mundial, entonces se les deja completamente ciegos».

El comentario que el Profesor Hutchison hace sobre esta manifestación de Engels es muy oportuna:

> Mises y Hayek no podrían haber planteado la cuestión de un modo más convincente. Lo que resulta más extraordinario es la combinación de una comprensión crítica penetrante de la función vital del mecanismo del precio competitivo en tanto que aplicada a las nociones utópicas de Rodbertus, con una complacencia totalmente acrítica y obtusa en relación con los presupuestos utópicos propios y de Marx (tal y como él mismo los revelara con anterioridad en sus «Principios del comunismo» a través de expresiones vacuas e irresponsables del tipo «la explotación conjunta y premeditada de las fuerzas de producción por la sociedad como un todo»)... Esos miles de funcionarios prusianos infalibles y «el Socialismo del Estado Prusiano» en los que se apoya Rodbertus, razón por la que le reprende Engels, volverían inevitablemente a ser requeridos (y, como es sabido, han sido utilizados) muchas veces para la «planificación» de Marx y de Engels.[24]

[23] Hutchison, *op. cit*. nota 21, p. 15. Hutchison observa que «la advertencia de Engels en relación con los desequilibrios en la oferta de pantalones y botones de pantalón ha adquirido recientemente una relevancia embarazosa» en la Rusia soviética. En 1980, *Pravda* (Moscú) se lamentaba de que, en relación con la prioridad en la oferta, «en la industria textil los pantalones se hallan en la lista de los 'más importantes' y, sin embargo, las cremalleras, no». *Ibid*., p. 20.

[24] *Ibid*., pp. 15-16.

De todas formas, esas ideas de Engels caen bajo la categoría de lo que él mismo denominó en cierta ocasión «errores garrafales». Dejándolas a un lado, el comunismo final lograría ingenuamente la trascendencia del trabajo y su división. Y no sólo eso. De la mano de la trascendencia y negación de la propiedad privada vendrá la negación de casi todos los aspectos de la civilización moderna, que Marx consideraba igualmente como «modos subsidiarios de producción» que alienan al hombre de su presunta naturaleza verdadera. Así:

> La religión, la familia, el estado, la ley, la moralidad, la ciencia, el arte, etc..., sólo son modos *particulares* de la producción, bajo cuya ley general caen. La superación positiva de la *propiedad privada*, en tanto que apropiación de la vida *humana*, es, en consecuencia, la superación positiva de toda alienación y, de este modo, el regreso del hombre de la religión, de la familia, del estado, etc., a su existencia *humana*, es decir, *social* (cursivo de Marx).[25]

Ahora bien, si al hombre se le despoja sin remilgos de todas estas preciadas instituciones, ¿qué le queda entonces a esta pobre criatura «liberada»? Porque, no nos engañemos, a estas criaturas post-marxianas se les privaría de todas las interrelaciones que conforman la sociedad. Estos individuos «completos» carecerían de ley, familia, costumbre, religión y, por supuesto, de todo intercambio de bienes y servicios, es decir, serían criaturas completas herméticamente cerradas, cada una aislada de todas las demás. Así, pues, resulta irónico que los izquierdistas que habitualmente denuncian, bien que falsamente, a los pensadores individualistas por defender un mundo de individuos «atómicos» herméticamente cerrados, veneren a un teórico cuya visión del futuro ideal es precisamente ese mundo monstruoso. Por supuesto, cada uno recibirá al mismo tiempo el consuelo de saber que todos son partículas insignificantes en el seno de un inmenso organismo colectivo ahora unido «consigo mismo» —y que cualquier vaguedad o inconsistencia de este cuadro se resolverá mediante la fórmula mágica de la «dialéctica», en la que todas las contradicciones trascienden sus negaciones en una unidad de orden superior.[26]

Lo que al hombre le quedará bajo el comunismo es una nueva y extraña forma de arte o estética. Se verá despojado de riquezas y posesiones, pero será mucho más «rico» en otro sentido: no alienado y realizándose en todas direcciones, abordará sus creaciones con gran capacidad de apreciación de la belleza. Según lo expresara Marx en «Propiedad privada y comunismo», será un «hombre rico en plena posesión de todos sus sentidos», realizará su tendencia

[25] «Propiedad privada y comunismo», en Tucker, *op. cit.* nota 12, p. 85.

[26] En palabras de Tucker, «La humanidad socializada es una colectividad sin estado, sin ley, sin familia, sin religión y, en general, sin estructura, compuesta de individuos completos que viven en armonía consigo mismos, unos con otros y con la naturaleza antropológica exterior a ellos. No es necesario poner de manifiesto que esta sociedad sin estructura social no constituye un orden social en el sentido pleno de ese término. Como diría el joven Marx, se trata de una no-sociedad.» Tucker, *op. cit.* nota 8, p. 201.

natural a ordenar todas las cosas «de acuerdo con las leyes de la belleza». Antes del comunismo, la apreciación humana de la belleza habría sido mancillada por la avaricia y la posesión. Sin embargo, para Marx, *tener*, poseer, supone la «mera alienación de todos los sentidos humanos [físicos y espirituales]...».

El Profesor Tucker, que ha hecho mucho por explicar la visión del comunismo de Marx, concluye que «la actividad económica pasará a ser actividad artística... y que el planeta mismo se convertirá en la obra de arte del nuevo hombre. El mundo alienado dejará paso al mundo estético». Ahora bien, si el comunismo final abandona y elimina todo sentido de tener, de propiedad, para así liberar al hombre para la creación y la contemplación puramente estéticas, entonces habrá que trascender el comunismo *en sí mismo*, toda vez que el comunismo aún supone alguna forma de tener o poseer. Como pone de manifiesto Tucker, «Por consiguiente, la condición final del hombre estará más allá de toda propiedad, más allá del principio de propiedad, y, en este sentido, *más allá del comunismo.*»[27] De ahí que Marx termine su consideración más completa del comunismo (en «Propiedad privada y comunismo») con estas frases un tanto preocupantes:

> El comunismo es el lugar de la negación de la negación, y, por lo tanto, el *verdadero* paso necesario hacia la siguiente etapa del desarrollo histórico en el proceso de emancipación y recuperación humanas. El *comunismo* es la pauta necesaria y el principio dinámico del futuro inmediato, pero el comunismo en cuanto tal no es la meta del desarrollo humano —la estructura de la sociedad humana.[28]

Así, pues, ¿cuál es la etapa *aún más allá* del comunismo, la *Aufhebung* final-final, la gran transcendencia, la negación última? Es un mundo más allá de toda propiedad y de toda posesión, un mundo liberado por completo para el florecimiento espontáneo de todas las facultades en todas direcciones y para la apreciación no mancillada y enteramente sensible de la belleza pura. Perdónesenos que concluyamos que, a sabiendas o no —y en el caso de Marx resulta difícil saberlo—, la etapa final-final es la etapa del cementerio de la raza humana. Tras la confusión y agitación de todas las *Aufhebungs* llegará la «paz» del camposanto universal. Porque la ausencia de propiedad, el nulo empleo de recursos, no implica otra cosa más que una rápida muerte universal por inanición. Privado de todo trabajo con finalidad productiva y de toda posesión, al género humano le quedará poquísimo tiempo para la apreciación de la belleza pura.

Fuesen conscientes o no de todo el horror del «humanismo positivo» final de Marx, lo cierto es que los soviéticos siempre se sintieron inquietos ante la idea de este abismo. Analizando el pasaje de arriba, el editor soviético de la traducción rusa de los manuscritos de Marx publicada en 1956 afirma que «por

[27] *Ibid.*, pp. 158-61.
[28] Tucker, *op. cit*. nota 12, p. 93.

comunismo en cuanto tal» Marx entendió el comunismo salvaje de la etapa inicial. Esto constituye, sin embargo, una tergiversación casi premeditada de las últimas palabras de Marx en relación con el periodo más allá de la etapa final. Los soviéticos tuvieron muchos problemas con la «consunción del Estado» que tendría lugar en la etapa superior del comunismo, cosa que para ellos significaba, como mucho, el paso de una propiedad estatal oficial de todos los recursos a otra cuya titularidad correspondería a organizaciones «sociales» o «administrativas» oficialmente declaradas como no-estados.[29] La razón de que Marx rechazara en vida la publicación de este ensayo parece similar a la ocultación soviética de su presunta meta final-final. Decir que la sociedad marxista «no» se halla «aún preparada para ella» es una afirmación que se queda muy corta; uno confía en que jamás lo esté.

En el ámbito de la práctica socialista, aunque los países comunistas jamás alcanzaron la «etapa superior», no hay prueba de que existiese una apreciación significativa de la belleza o una gran creatividad espontánea o artística. Es probable incluso que el panorama sombrío y lóbrego, que, como todo el mundo sabe, invadió los regímenes socialistas del siglo XX, se debiera más a privaciones físicas relativas que a la rápida agonía absoluta y universal por inanición de un «más allá del comunismo» de dichos regímenes.

Sin embargo, todos estos problemas quedan hábilmente ocultados por la premisa general, aunque implícita, que subyace a todas las consideraciones de Marx sobre el comunismo: el supuesto gratuito e incuestionado de que, en medio de todos estos cambios, la producción sigue siendo satisfactoriamente abundante, si no sobreabundante. Así, pues, el problema económico se supone simple y llanamente inexistente.

Alguien podría objetar que en nuestra consideración del comunismo no hemos mencionado el rasgo que generalmente se considera distintivo de dicho sistema: el eslogan «De cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades.» Esta frase parece contradecir nuestra idea de que lo esencial del comunismo sea una religión secularizada y no la economía. Sin embargo, el *locus classicus* en el que Marx proclama este famoso eslogan del socialismo francés se halla en su virulenta *Crítica al programa de Gotha* de 1875, en la que denunciaba a los desviados seguidores de Lassalle, que entonces estaban formando el nuevo Partido Socialdemócrata Alemán. Y, por el contexto de su

[29] La versión soviética del comunismo final apenas difirió de la primera etapa de la vida soviética misma. Todos los elementos novedosos, centrales, inquietantemente mesiánicos o extravagantes del comunismo se minimizan u ocultan. Así, para los soviéticos, el comunismo superior o verdadero *no* era el final de la historia, sino únicamente una sociedad en «permanente cambio y progreso». La abundancia comunista *no* estaría constituida en absoluto por tierras fabulosas «de las que mana leche y miel». Lo único que habrá será un «progreso rápido y continuo» de «la ciencia y la tecnología socialistas». *Fundamentals of Marxism-Leninism*, cit. nota 6, pp. 698-717.

consideración, se deja ver que este eslogan tiene para él una importancia menor y periférica. En el punto 3 de su *Crítica*, Marx denuncia la cláusula del programa que exige la puesta en común de la propiedad y una «distribución equitativa del producto del trabajo». A lo largo de su discurso afirma que la desigualdad en la renta de trabajo es «inevitable en la primera etapa de la sociedad comunista... justo en el momento en que, tras prolongados dolores de parto, ésta acaba por surgir de la sociedad capitalista. El derecho jamás puede ser superior a la estructura económica de la sociedad y al desarrollo cultural que ello determina». Por otro lado, prosigue Marx,

> En una fase superior de la sociedad comunista, una vez desaparecida la subordinación esclava de los individuos a la división del trabajo y, con ella, la antítesis entre trabajo físico y mental; una vez... que se hayan incrementado las fuerzas productivas con el desarrollo completo del individuo, y que todas las fuentes de riqueza cooperativa fluyan en abundancia —sólo entonces puede dejarse atrás el angosto horizonte del derecho burgués y la sociedad grabar en sus estandartes: ¡De cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades![30]

Por este pasaje y de su contexto resulta evidente que la última frase de Marx, lejos de constituir el núcleo y el punto culminante de su discurso, fue expresada en términos concisos para que no se la tuviera en cuenta. Lo que Marx está diciendo es que la clave del mundo comunista no es ningún principio de distribución de bienes, sino la erradicación de la división del trabajo, el desarrollo completo de las facultades individuales y la sobreabundancia resultante. En ese mundo, el famoso eslogan sólo adquiere una importancia trivial. En

[30] Karl Marx, *Crítica al programa de Gotha* (Nueva York: International Publishers, 1938), p. 10. La crítica la publicó por vez primera Engels tras la muerte de Marx, en 1891. Los lasalleanos eran los seguidores de Ferdinand Lassalle (1825-64), un dandy fanfarrón muy popular en Alemania, muy querido por la clase trabajadora y destacado promotor del proletariado. Para variar, Lassalle falleció prematuramente de una forma aristocrática y muy poco proletaria —en un duelo por una dama. Una de las dos desviaciones principales de Lassalle con respecto al marxismo fue su devoción ultra-malthusiana por la teoría de los salarios de subsistencia en tanto que determinados por el crecimiento de la población, teoría que le hizo muy famoso y que popularizó en su versión más rígida bajo el supuesto nombre de «ley de hierro de los salarios». En realidad, Lassalle la denominó «ley de bronce de los salarios», aunque su expresión más habitual fue la de «horripilante ley de bronce de los salarios» (*das eherne und grausame Gesetz*).

La otra y más importante desviación de Lassalle fue su aceptación y veneración del estado. Marx consideró el estado como un instrumento tiránico de la explotación de la masa que había que derrocar mediante una revolución violenta. Lassalle, por su parte, rindió un culto hegeliano al estado como guía y elemento de desarrollo de la libertad, como fusión del hombre en una totalidad espiritual y como instrumento eterno de regeneración moral. Para él, el único problema que había con el estado era que aún no se hallaba controlado por los trabajadores, aunque esto podría subsanarse mediante la mera promulgación del sufragio universal, tras lo cual, aquél sería gobernado por un partido de trabajadores, que *se convertirían* en el estado, y todo marcharía bien. El estado transferiría inmediatamente el control de la producción a las asociaciones de trabajadores, que, de este modo, podrían eludir la ley de bronce apropiándose de los beneficios que actualmente obtienen los capitalistas. Véase Gray, *op. cit*. nota 16, pp. 332-43.

efecto, inmediatamente después de este pasaje, Marx se refiere críticamente a ese «derecho igual» y «distribución equitativa» de que hablan los socialistas como «sinsentido ideológico sobre el 'derecho' y otras sandeces habituales de los demócratas y los socialistas franceses...». Luego se apresura a añadir que, «en general, fue un error que se formase tanto revuelo por la así llamada 'distribución' y que se insistiese en ella como la cuestión principal».[31,32]

La absoluta miseria y horror de la etapa final (y, *a fortiori*, de la etapa más allá de la final) del comunismo debería ser ya totalmente evidente. La erradicación de la división del trabajo llevaría en poco tiempo el hambre y la miseria económica a todo el mundo. La abolición de todas las estructuras de interrelación humana supondría para todas las personas enormes privaciones sociales y espirituales. Incluso el supuesto desarrollo intelectual y creativo «artístico» de todas las facultades del hombre en todas direcciones quedaría truncado por la proscripción de toda especialización. ¿Cómo puede darse un verdadero desarrollo intelectual o creación sin un esfuerzo concentrado? En definitiva, el terrible sufrimiento económico del género humano bajo el comunismo se correspondería con su penuria intelectual y espiritual. Considerando la naturaleza y consecuencias del comunismo, llamar a esta anti-utopía un ideal noble y «humanista» es, como poco, una broma truculenta de dudoso gusto. Por ejemplo, la idea imperante de que el comunismo marxiano constituye un ideal glorioso distorsionado por el último Engels o por Lenin o Stalin, puede contemplarse ya en su verdadera perspectiva. Ninguno de los horrores perpetrados por Lenin, Stalin u otros regímenes marxista-leninistas puede igualar la monstruosidad del «ideal» comunista de Marx. El que más se aproximó, quizás, fue el efímero régimen de Pol Pot en Camboya, que, en un intento por abolir la división del trabajo, consiguió imponer la proscripción del dinero —de modo que el pueblo dependía totalmente de la mezquina generosidad del equipo comunista para obtener sus minúsculas raciones de víveres. Por otro lado, logró eliminar las «contradicciones entre la ciudad y el campo» siguiendo el objetivo de Engels de destruir las grandes ciudades, y despoblando por la fuerza, de la noche a la mañana, la capital, Phnom Penh. En unos pocos años, el grupo de Pol Pot llegó a eliminar a un tercio de la población camboyana, lo cual es posible que constituya un récord de genocidio.[33]

---

[31] Lo que Marx plantea a continuación es realmente útil: que la distribución siempre es consecuencia de «las condiciones de la producción» y que, por lo tanto, no puede desligarse de ellas. A uno le gustaría pensar que no sólo se trata de un argumento contra los «socialistas vulgares» sino también de un tirón de orejas implícito a J.S Mill, quien creyó que, aunque la producción estuviese sometida a la ley económica, la «distribución» podía desligarse de ella y ser sometida a reforma mediante la intervención del estado.

[32] Véase el excelente tratamiento que de esta cuestión hace Tucker, *op. cit.* nota 8, p. 200.

[33] El pueblo soviético se libró del cataclismo total del comunismo cuando Lenin, maestro pragmatista, dio marcha a atrás en el primer intento soviético (1918-21) de abolición del dinero

Dado que bajo el comunismo ideal todos podrían y tendrían que hacer de todo, es evidente que, antes incluso de que se declarase el hambre universal, podrían hacerse muy pocas cosas. Puesto que, para Marx, todas las diferencias entre individuos son «contradicciones» que quedarían eliminadas con el comunismo, hay que suponer que todos ellos serían uniformes e intercambiables.[34] Aunque da la impresión de que Marx dio por supuesta la existencia, aun bajo el comunismo, de capacidades intelectuales corrientes, parece ser que, para algunos marxistas posteriores, las dificultades podrían aliviarse gracias a la aparición de seres sobrehumanos. Según Karl Kautsky (1854-1938), el marxista alemán que asumió el máximo liderazgo del marxismo con ocasión de la muerte de Engels en 1895, con el comunismo «surgirá un nuevo tipo de hombre... un superhombre... un hombre superior». León Trotsky lo ensalzó aún más: «El hombre se volverá incomparablemente más fuerte, sabio, excelente. Su cuerpo, más armonioso, sus movimientos, más rítmicos, su voz, más musical... La media humana se elevará hasta el nivel de un Aristóteles, un Goethe, un Marx. Más allá de estas cimas descollarán otras cumbres.» Si la etapa más allá de la final del comunismo es lo bastante duradera como para alimentar una nueva super-raza, podemos dejar sin cuidado que los teóricos comunistas de ese tiempo futuro resuelvan el problema de si cabe aceptar o no la existencia de una «contradicción» como es la de «permitir» que un super-Aristóteles haga sombra a un Aristóteles.[35]

Que no se llamen a engaño los libertarios por la meta marxiana de la «consunción del estado» bajo el comunismo o por el empleo de la frase, tomada

---

y de avance rápido hacia el comunismo (el mal llamado después, deliberadamente, «comunismo de guerra»), y retrocedió a la economía, en buena medida capitalista, de la Nueva Política Económica. Mao trató de alcanzar el comunismo en dos desastrosas oleadas: el Gran Salto Adelante, que pretendió eliminar la propiedad privada y las «contradicciones» entre la ciudad y el campo construyendo una acería en el jardín de cada casa; y la Gran Revolución Cultural Proletaria, que intentó eliminar la «contradicción» entre el trabajo intelectual y el manual destinando a una generación entera de estudiantes al trabajo forzoso en los desiertos de Sinkiang. Sobre el mito del «comunismo de guerra», véase el iluminador estudio en Paul Craig Roberts, *Alienation and the Soviet Economy* (Alburquerque: University of New Mexico Press, 1971), pp. 20-47.

[34] Durante el periodo de la Nueva Izquierda de finales de la década de 1960, el *Liberated Guardian* rompió en una graciosa nota con la publicación cuasi-maoísta *The Guardian* de Nueva York, en razón de que la segunda funcionaba de la misma manera que cualquier publicación periódica «burguesa», con editores, mecanógrafos, lectores de pruebas, personal comercial, etc... especializados. El *Libertarian Guardian* fue dirigido por un «colectivo» en el que, se decía, cada persona realizaba todas las tareas sin especialización. La misma crítica, seguida de la misma solución, aportó la camarilla de mujeres que confiscaron la propiedad del semanario de la Nueva Izquierda *Rat*. Como cabría esperar, ambas publicaciones tuvieron una muerte rápida y feliz. Véase Murray N. Rothbard, *Freedom, Inequality, Primitivism, and the Division of Labour* (Menlo Park, Calif. Institute for Humane Studies, 1971), pp. 15n, 20.

[35] Véase von Mises, *op. cit*. nota 15, p. 143. Véase también Rothbard, *op. cit*. nota 34, pp. 8-15.

del objetivo albergado por los libertarios franceses del librecambio Charles Comte y Chales Dunoyer: un mundo en el que «el gobierno de las personas sea reemplazado por una administración de cosas». Desde la perspectiva libertaria del *laissez-faire*, en esta formulación se dan cita dos errores graves. Primero, tal y como puso de manifiesto insistentemente el anarco-comunista ruso Mikhail Bakunin (1814-76): es absurdo tratar de alcanzar la no estatalidad a través de la maximización absoluta del poder del estado en una dictadura totalitaria del proletariado (o, para ser más realistas, en una vanguardia selecta del mismo). La consecuencia sólo puede ser un estatismo máximo y, por lo tanto, máxima esclavitud. Anticipándose a la ley de hierro de las oligarquías de Michels y Mosca, Bakunin, el primero, quizás, de los teóricos de la «nueva clase», avisó proféticamente de que, después de la revolución marxiana, una clase dirigente minoritaria volvería a gobernar a la mayoría:

> Los marxistas dicen, no obstante, que esta minoría estará compuesta de trabajadores. Sí, no cabe duda... de antiguos trabajadores que, tan pronto como llegan a convertirse en gobernadores o representantes del pueblo, dejan de serlo y empiezan a mirar por encima del hombro a la masa trabajadora desde la posición dominante de la autoridad estatal; representantes, no del pueblo, sino de sí mismos y de su reivindicación del derecho a gobernar a otros. Quien pueda dudar de esto no conoce nada sobre la naturaleza humana... Los términos «socialista científico» y «socialismo científico» que encontramos una y otra vez en las obras y discursos de los... marxistas bastan para probar que el presunto estado del pueblo no será otra cosa más que un despotismo sobre las masas, practicado por una nueva y minúscula aristocracia de «científicos» reales o ilusorios... Ellos [los marxistas] afirman que sólo la dictadura, evidentemente la suya, puede traer la libertad al pueblo; nosotros respondemos que una dictadura no puede tener otra finalidad que la de perpetuarse, y que no puede engendrar ni alimentar otra cosa más que la esclavitud del pueblo sometido a ella. Sólo la libertad puede crear libertad...[36]

En efecto, sólo quien crea en la absurda nigromancia de la «dialéctica» podría pensar de otro modo, esto es, creer que un estado totalitario pueda transformarse de forma inevitable y casi instantáneamente en su opuesto, y que, por consiguiente, el modo de deshacerse del estado sea trabajar tanto como sea posible en la maximización de su poder.

Ahora bien, el problema de la dialéctica no es el único y, por cierto, tampoco el principal, del comunismo marxiano. Ya que el marxismo comparte con los anarquistas un grave problema inherente a la etapa superior del comunismo puro, suponiendo por un instante que pudiese alcanzarse alguna vez. La cuestión clave es que, tanto para anarquistas como para marxistas, el comunismo

---

[36] Bakunin, *Statehood and Anarchy*: citado en Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism: Its Origins, Growth and Dissolution* (Nueva York: Oxford University Press, 1981), I, pp. 251-2. Véase también Abram Harris, *Economics and Social Reform* (Nueva York: Harper & Bros, 1958), pp. 149-50.

ideal es un mundo sin propiedad privada y en el que toda propiedad y todos los recursos se poseerán y controlarán en común. Como es sabido, la principal queja de los anarco-comunistas contra el estado es que se trata supuestamente del principal valedor y garante de la propiedad privada, por lo que, en consecuencia, para erradicar la propiedad privada debe abolirse también el estado. Por supuesto, la verdad es justamente la contraria: el estado ha sido a lo largo de la historia el principal expoliador y saqueador de la propiedad privada. Por lo tanto, una vez abolida misteriosamente la propiedad privada, la eliminación del estado bajo el comunismo (sea la versión marxiana o la anarquista) no dejaría de ser más que un mero camuflaje de un nuevo estado que surgiría para controlar y tomar decisiones respecto a los recursos de propiedad comunal. Sólo que, en vez de llamarse así, se le pondría un nombre nuevo, algo parecido a «departamento estadístico del pueblo», tal y como se ha hecho recientemente en la Libia de Gadafi, y se le dotaría de los mismos poderes. Poco consuelo les reportará a las futuras víctimas, encarceladas o fusiladas por cometer «actos capitalistas entre adultos que consienten» (por citar la frase que popularizara Robert Nozick), saber que sus opresores no son ya el estado sino sólo un departamento estadístico del pueblo. El estado bajo cualquier otro nombre soltará un tufo acre. Además, por la ley de hierro de las oligarquías, una élite especializada *tendrá* que tomar «las decisiones comunales mundiales», de modo que la clase gobernante volverá indefectiblemente a aparecer, sea en la forma del comunismo bakuniano o de cualquier otro.[37]

Además, como ya hemos indicado, en la etapa «más allá del comunismo», la etapa de la no-propiedad universal y, por lo tanto, de la inacción y del nulo empleo de recursos, tendrá lugar la rápida muerte de toda la raza humana.

Marx y sus seguidores jamás han demostrado ser conscientes en grado alguno de la importancia vital del problema de la asignación de recursos escasos. Su idea del comunismo es que todos esos problemas económicos son triviales y no requieren ni la empresa ni un sistema de precios ni un cálculo económico genuino —que todos los problemas podrían resolverse rápidamente mediante mera contabilidad y registros. El absurdo clásico en relación con este tema lo estableció Lenin, quien expresó fielmente el punto de vista de Marx afirmando que las funciones de la empresa y de la asignación de recursos han sido «*simplificadas* por el capitalismo» hasta convertirlas en simples cuestiones de contabilidad y en las «operaciones extremadamente sencillas de ver, registrar y emitir recibos, al alcance de cualquiera que sepa leer y escribir, y que conozca las cuatro reglas básicas de la aritmética». Ludwig von Mises comenta irónica y justamente que los marxistas y otros socialistas no han alcan-

[37] Sobre la autoposesión del individuo y la imposibilidad de la propiedad comunal, véase Murray N. Rothbard, *The Ethics of Liberty* (2.ª ed., Atlantic Highlands, NJ: Humanities Press, 1983), pp. 45-50 [trad. esp.: *La ética de la libertad* (Madrid: Unión Editorial, 1995)].

zado «una percepción de lo esencial de la vida económica superior a la del mozo de los recados, cuya única idea sobre el trabajo del empresario es que llena hojas de papel con letras y números».[38]

Que ahora sepamos que es posible que la idea del comunismo como mera cuestión de libros, contabilidad y registros la originara el visionario apocalíptico francés e inspirador de Marx, Théodore Dézamy, es algo que encaja demasiado bien.[39]

10.4 La llegada al comunismo

Karl Marx tuvo un problema fundamental. Al contrario que los despreciados socialistas «utópicos», no estuvo meramente interesado en exhortar a todo el mundo para que emprendiera la senda comunista hacia la sociedad perfecta. No propuso dejar la consecución del comunismo en manos de las imperfectas voluntades libres que componen el género humano. Él reivindicó un derrotero determinado e «inevitable», una «ley de la historia» que demostraría la absoluta inexorabilidad de la llegada de la misma a su gloria final en una sociedad comunista. En esta cuestión, no obstante, se encontró en desventaja frente a las diversas alas cristianas del comunismo mesiánico: a diferencia de ellas, no había aquí ningún Mesías inevitable que hubiera de venir a fundar un Reino de Dios sobre la tierra. Antes bien, a semejanza de los post-milenaristas, la fundación de dicho Reino correspondía al género humano y no al Mesías. Aun sin un Mesías, una vanguardia vigilante y cada vez mayor podría fundar el Reino; e incluso, como en el caso de diversas versiones pre-milenaristas del milenarismo, servir de apoyo. El liderazgo de una vanguardia consagrada era algo que estaba muy ligado a la tradición mesiánica.

Como pone de manifiesto el Profesor Tucker, Marx no careció de una teoría moral. Él fue, sin duda, un moralista, aunque un tanto curioso. En su «visión mística», el «bien», lo «moral», consiste en la participación en el triunfo inevitable de la revolución proletaria, mientras que lo «malo» o «inmoral», es tratar de impedirla.

> La respuesta a la pregunta en relación a qué debe hacerse viene dada en la visión mística misma, y puede resumirse en una sola palabra: «¡Participa!»... Así, Marx... manifiesta que no se trata de una cuestión de traer a la existencia un sistema utópico u otro (es decir, de definir una meta social y de pretender realizarla con

[38] La cursiva es de Lenin. V.I. Lenin, *State and Revolution* (Nueva York: International Publishers, 1932), pp. 83-4; von Mises, *op. cit*. nota 15, p. 189. Véase también Harris, *op. cit*. nota 36, p. 152-3n.

[39] Véase la clásica biografía de Marx escrita por David McLellan, *Karl Marx: His Life and Thought* (Nueva York: Harper & Row, 1973), p. 118.

> determinación), sino, sencillamente, de «participar conscientemente en el proceso revolucionario histórico de la sociedad que tiene lugar ante nuestros ojos».[40]

De esta manera, ser moral significa ser «progresista», hallarse en sintonía con las inevitables realizaciones futuras de la historia, mientras que la condena más severa se reserva para los «reaccionarios», los que osan obstaculizar, incluso con éxito parcial, esos giros de los acontecimientos supuestamente inexorables. Es así como los marxistas son especialmente vehementes a la hora de denunciar los momentos revolucionarios en los que el existente gobierno de «progresistas» es reemplazado por «reaccionarios», y en los que, haciendo uso de la metáfora de la inexorabilidad historicista, se da «marcha atrás», milagrosamente, al reloj. Por ejemplo: el alzamiento nacional de Franco contra la república española y el derrocamiento de Allende por parte de Pinochet en Chile.

Mas, aunque cierto cambio sea verdaderamente inevitable, *¿por qué* es importante que la acción humana eche una mano o, lo que es más, combata decididamente a su favor? En este punto nos encontramos con el tema decisivo del calendario (*timing*). Aunque un cambio pueda ser inevitable, la intervención del hombre puede acelerar y acelerará el más deseado de los acontecimientos. Según una de las metáforas favoritas de Marx relacionadas con la obstetricia, el hombre puede funcionar como «comadrona» de la historia.[41] La intervención del hombre podría aportar un empujón beneficioso a lo inevitable.

Sin embargo, las analogías de la obstetricia sólo constituyen un intento poco convincente de eludir la auto-contradicción entre la idea de la inexorabilidad y la intervención para alcanzar lo inevitable. Porque, de acuerdo con Marx, el calendario así como la naturaleza de los acontecimientos vienen determinados por la dialéctica material de la historia. El socialismo se alcanza, escribió Marx en *El Capital*, por «la operación de las leyes inmanentes a la propia producción capitalista». Como señala von Mises, para Marx

> Las ideas, los partidos políticos y las acciones revolucionarias sólo son superestructurales; no pueden ni retrasar ni acelerar la marcha de la historia. El socialismo llegará cuando las condiciones materiales para su aparición hayan madurado en el útero [¡otra vez la obstetricia!] de la sociedad capitalista, ni antes ni después. Si Marx hubiese sido coherente no se habría embarcado en ninguna actividad política. Habría esperado quieto a que llegase el día en que «suene el toque de difuntos por la propiedad privada capitalista».[42]

Marx pudo no haber sido lógico o coherente, pero su actitud estaba claramente anclada en la tradición milenarista. Como afirma el Profesor Tuveson:

[40] Tucker, *op. cit.* nota 8, p. 229.

[41] Sobre las metáforas de la obstetricia en el marxismo, véase Gray, *op. cit*. nota 16, pp. 299 y 299n.

[42] Ludwig von Mises, *Theory and History* (1957, Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 1985), p. 81.

> Diversas características de los movimientos comunistas históricos recuerdan las convulsiones milenaristas. Ahí está, precisamente, el bien conocido fanatismo de los creyentes milenaristas... La firme convicción de que la secuencia de los acontecimientos que conducen hacia la redención universal se halla ordenada (o «determinada») parecería conducir a la pasividad del individuo... Sin embargo, existe una limitación vital e importante que es característica. Aunque la sucesión de acontecimientos está profetizada, su *calendario* puede verse retardado por el error del género humano. Así, pues, retrasar la llegada de la redención es un gran pecado cometido contra los semejantes, contra la posteridad, contra el poder que ha ordenado los acontecimientos. Sin embargo, la participación sin reservas, entusiasta, en los deberes históricamente determinados, hacer lo que los antiguos milenaristas llamarían «ejecutar la voluntad de Dios», aporta un especial *éclat*. En la mayoría de los grupos milenaristas hay algo que se corresponde con el «Partido Comunista». En el mismo Apocalipsis encontramos los ciento cuarenta y cuatro mil, «los primeros frutos para Dios y el Cordero», los que carecen de astucia porque «son intachables ante el trono de Dios» (Apocalipsis XIV: 4-5). Así, al igual que el colectivo de los que han participado de la salvación, todo el proletariado se halla libre de culpa condenatoria, si bien el grupo de los más distinguidos... son los elegidos de los elegidos.[43]

Pero aún quedaba un problema: *¿de dónde* proviene la inexorabilidad dentro del esquema marxiano? La prueba de que su apreciado ideal comunista llegaría de forma inevitable y «científicamente» le ocuparía a Marx el resto de su vida. Por supuesto, encontró las líneas generales de dicha prueba en las misteriosas obras de la dialéctica hegeliana, que adaptó a sus fines.

10.5 El carácter de Marx y su camino hacia el comunismo

Karl Marx, como todo el mundo sabe, nació en 1818 en Tréveris, venerable ciudad de Renania, hijo de un distinguido jurista y nieto de un rabino. De hecho, los dos progenitores de Marx descendían de rabinos. Su padre, Heinrich, fue un liberal racionalista que no sintió grandes reparos a la hora de convertirse forzosamente al luteranismo oficial en 1816. Lo que se conoce menos es que quien fuera bautizado como Karl fue en sus primeros años un cristiano militante. En sus ensayos de graduación de 1835 por el *gymnasium* de Tréveris, el joven Marx ya prefiguró su desarrollo posterior. El ensayo que escribió sobre el tema que se le asignó, «Sobre la unión de los fieles en Cristo», no se apartó de la ortodoxia evangélica cristiana, aunque también incluyó algunas insinuaciones sobre el tema fundamental de la «alienación» que más tarde descubriría en Hegel. La consideración que hizo sobre la «necesidad de unión» en Cristo hizo hincapié en que esta unión pondría fin a la tragedia del supuesto rechazo divino del hombre. En un ensayo que acompañaba a éste, «Reflexiones de un joven sobre la elección de profesión», Marx expresó cierta preocupación en

[43] Tuveson, *op. cit.*, nota 1, pp. 339-40.

relación a su propio «demonio de la ambición», de la gran tentación que sentía de «arremeter contra la Divinidad y de maldecir al género humano».

Durante su época de estudiante de derecho, primero en la Universidad de Bonn y luego en la nueva y prestigiosa Universidad de Berlín, Marx no tardó en convertirse al ateísmo militante, en pasarse al estudio de la filosofía y en incorporarse a un *Doktorclub* de jóvenes (izquierdistas) hegelianos, del cual llegó a ser en poco tiempo líder y secretario general.

Este deslizamiento hacia el ateísmo dejó inmediatamente el campo libre a su demonio de la ambición. Particularmente revelador del carácter del Marx joven y adulto es el gran número de sus poemas, perdidos en su mayoría y de los que en los últimos años se han podido recuperar unos pocos.[44] Al referirse a ellos, los historiadores tienden a descartarlos como imperfectos anhelos románticos; sin embargo, resultan demasiado congruentes con las doctrinas sociales y revolucionarias del Marx adulto como para rechazarlos con indiferencia. No cabe duda de que nos hallamos ante lo que parece ser un lugar en el que se revela nítidamente un Marx (el primero y el último) unificado. Así, en su poema «Sentimientos», dedicado al amor de su infancia y futura esposa, Jenny von Westphalen, Marx expresaba su megalomanía y su enorme sed de destrucción:

> Desearía abarcar el cielo
> atraer el mundo hacia mí;
> Viviendo, odiando, trato
> de que mi estrella resplandezca con brillo

y

> ...Aniquilaría los mundos
> ya que no puedo crear ninguno;
> ya que nunca atienden a mi llamada...

He aquí una expresión clásica de la supuesta razón del odio y de la rebelión de Satán contra Dios.

En otro poema, Marx escribe sobre su triunfo una vez que haya destruido el mundo creado de Dios:

> Entonces podré caminar en triunfo,
> como un dios, por las ruinas de su reino.
> Cada una de mis palabras es fuego y acción.
> Mi pecho es como el del Creador.

[44] Los poemas fueron escritos principalmente en 1836 y 1837, durante sus primeros meses de estancia en Berlín. Dos de los poemas, editados en 1841 en el *Berlin Atheneum*, fueron las primeras obras que Marx publicó. El resto se han perdido en su mayor parte.

Y en su poema «Invocación de un desesperado», escribe:

> Erigiré mi trono muy en lo alto,
> su cima será fría, descomunal.
> Su baluarte —el temor supersticioso
> su capitán —la congoja más lúgubre.[45]

El tema de Satán se presenta de un modo mucho más explícito en «La fídula», dedicado a su padre:

> ¿Veis esta espada?
> El príncipe de las tinieblas
> me la vendió.

Y

> He sellado mi pacto con Satán.
> Él anota los signos, marca los tiempos por mí.
> Yo ejecuto la marcha fúnebre veloz y libre.

Su extenso, aunque inconcluso, drama poético de juventud *Oulanem, Una tragedia* resulta especialmente iluminador. A lo largo de este drama, su héroe, Oulanem, pronuncia un destacable soliloquio que derrama continuas invectivas, odio al mundo y al género humano, odio a la creación, y la amenaza y visión de una destrucción completa del mundo.

Oulanem vierte su ira:

> ...Aullaré monstruosas maldiciones contra el género humano:
> ¡Ah! ¡Eternidad! Eterno dolor...
> Nosotros mismos somos ingenios de relojería, ciegamente mecánicos,
> construidos para ser abyectas medidas del Tiempo y del Espacio,
> nuestro propósito no es otro que acontecer, ser destruidos,
> para que haya algo que destruir...
> Si existe algo que devora,
> yo me arrojaré en su interior, aunque reduzca el mundo a ruinas,
> el mundo que se extiende entre mí y el Abismo
> lo haré añicos con mis perpetuas maldiciones.
> Rodearé con mis brazos su cruda realidad:
> abrazándome, el mundo sucumbirá en silencio,
> y luego se hundirá en la nada absoluta,
> aniquilado, sin existencia alguna —¡eso sería realmente vivir!

---

[45] Richard Wurmbrand, *Marx and Satan* (Westchester, Ill: Crossway Books, 1986), pp. 12-13.

Y

> ...el mundo sombrío nos tiene apresados,
> y nos encontramos encadenados, aniquilados, vacíos, atemorizados,
> eternamente sujetos a esta roca marmórea de la Existencia...
> y nosotros,
> nosotros somos los monos de un Dios frío.[46]

Todo esto revela el espíritu que con frecuencia parece animar el ateísmo militante. Éste, frente a la versión no militante que expresa una mera creencia en la no existencia de Dios, da la impresión de que cree implícitamente en Su existencia, si bien Le odia y hace la guerra para lograr Su destrucción. Este tipo de espíritu es el que claramente se manifestó en la réplica del ateo militante Bakunin al famoso comentario a favor del teísmo que hiciese el deísta Voltaire: «Si Dios no existiese, habría que crearlo.» A lo cual, el histérico Bakunin respondió: «Si Dios existiese, habría que destruirlo.» Al parecer, lo que inspiró a Karl Marx fue el temor a un Dios creador más grande que él mismo.

Hubo otro rasgo que Marx manifestó en su juventud y del que nunca se desprendería, anticipando lo que llegaría a ser: un desvergonzado gorroneo a amigos y familiares. Ya a principios de 1837, Heinrich Marx, censurando el gasto licencioso del dinero de otros que hacía su hijo Karl, le escribió que «sobre cierta cuestión... has considerado sabiamente oportuno guardar un silencio aristocrático; me estoy refiriendo al tema mezquino del dinero». Así es, Marx tomó dinero de toda fuente disponible: su padre, su madre y, a lo largo de toda su vida adulta, su muy sufrido amigo y discípulo abyecto, Friedrich Engels, todos alimentaron su capacidad para gastar dinero como si fuese agua.[47]

Gastador insaciable de dinero ajeno, Marx siempre se quejó de la falta de medios financieros. A Engels le reprochó una y otra vez la insuficiencia de su

---

[46] Para la traducción completa de *Oulanem*, véase Robert Payne, *The Uknown Karl Marx* (Nueva York: New York University Press, 1971), pp. 81-3. En relación con los poemas y con Marx fundamentalmente como mesiánico, resulta también excelente Bruce Mazlish, *The Meaning of Karl Marx* (Nueva York: Oxford University Press, 1984).

El pastor Wurmbrand observa que *Oulanem* es un anagrama de Emmanuel, el nombre bíblico de Jesús, y que tales inversiones de nombres santos constituye una práctica habitual de los cultos satánicos. De todas formas, no existen pruebas de que Marx participase de dicho culto. Wurmbrand, *op. cit*. nota 45, pp. 13-14 y passim.

[47] Friedrich Engels (1820-95) era hijo de un destacado industrial y fabricante de algodón, también acérrimo pietista, del territorio alemán de Barmen, Renania. Barmen era uno de los principales centros del pietismo de Alemania, y Engels recibió una rígida educación en ese sentido. Ateo y, para 1839, hegeliano, Engels acabó en la Universidad de Berlín y en las juventudes hegelianas en 1841, moviéndose en los mismos círculos que Marx, de quien se hizo rápidamente amigo en 1844.

generosidad al tiempo que le sacaba dinero. Por ejemplo, en 1868 Marx insistió en que no podía conformarse con una renta anual de menos de 400-500 libras, una suma cuantiosa teniendo en cuenta que la *décima parte superior* de los ingleses ganaban por aquel entonces una renta media de sólo 72 libras al año. Marx derrochaba tanto que despilfarró en poco tiempo la herencia de 824 libras aportada en 1864 por un seguidor alemán, así como las 350 libras con que Engels le obsequió el mismo año.

En suma, Marx fue capaz de dilapidar en dos años la generosa cantidad de 1.200 libras, y, dos más tarde, de aceptar otro regalo de Engels de 210 libras para liquidar las nuevas deudas acumuladas. Finalmente, Engels vendió en 1868 su parte de la fábrica familiar de algodón y le asignó a Marx una «pensión» anual de 350 libras. Aun así, las continuas quejas de Marx en relación con el dinero no disminuyeron.[48]

Como en el caso de otros sacacuartos y pedigüeños de la historia, Karl Marx fingió odio y desprecio por el mismo recurso material que tanto ansiaba conseguir por la cara y emplear con tan poca prudencia. La diferencia está en que Marx creó toda una filosofía en torno a sus propias actitudes corruptas respecto al dinero. El hombre, bramó, se encuentra atado al «fetichismo» del dinero. El problema era la existencia de esta cosa perversa, no las actitudes voluntariamente adoptadas por alguna gente respecto a ella. Maldijo el dinero como «la celestina [que media] entre... la vida humana y los medios de subsistencia», la «puta universal». La utopía del comunismo era una sociedad en la que se aboliría esta plaga, el dinero.

Karl Marx, el autoproclamado enemigo de la explotación del hombre por el hombre, no sólo explotó financieramente a su fiel amigo Friedrich Engels, también lo hizo psicológicamente. Sólo tres meses después de que su mujer, Jenny von Westphalen, diera a luz a su hija Franziska en marzo de 1851, la criada que Marx había «heredado» de la familia aristocrática de Jenny, Helene («Lenchen») Demuth, dio también a luz a su hijo ilegítimo, Henry Frederick. Deseoso de seguir las convenciones *haute bourgeois* y de mantener unido su matrimonio, Karl jamás reconoció a su hijo, antes bien, persuadió a Engels, que tenía reputación de mujeriego, para que lo reconociese como suyo. Marx y Engels, cuyo presunto resentimiento por ser utilizado de este modo le reportó una buena excusa, trataron al desventurado Freddy extremadamente mal. Marx le mantuvo permanentemente alejado y nunca le permitió visitar a su madre. Como afirmó Fritz Raddatz, biógrafo de Marx, «si Henry Frederick Demuth fue efectivamente hijo de Karl Marx, el nuevo Predicador del género humano vivió prácticamente toda su vida en la mentira, y despreció, humilló

[48] Véanse los cálculos ilustradores de Gary North, *Marx's Religion of Revolution: The Doctrine of Creative Destruction* (Nutley, NJ: Craig Press, 1968), pp. 26-8. Véase también *ibid*. (2.ª ed., Tyler, Texas: Institute for Christian Economics, 1989), pp. 232-56.

y repudió al único hijo que sobrevivió».[49] Engels, por supuesto, cargó con el muerto de la educación de Freddy. De todas formas, éste fue educado para ocupar un lugar en el seno de la clase trabajadora, lejos del estilo de vida de su padre natural, el líder cuasi-aristocrático del oprimido proletariado revolucionario del mundo.[50,51]

El gusto personal de Marx por la aristocracia le duró toda la vida. De joven se encariñó con su vecino, el padre de Jenny, Barón Ludwig von Westphalen, a quien dedicó su tesis doctoral. Es más, este comunista proletario esnobista siempre insistió en que Jenny imprimiese en su tarjeta de visita «née von Westphalen».

---

[49] Fritz J. Raddatz, *Karl Marx: A Political Biography* (Boston: Little Brown & Co., 1978), p. 134.

[50] El celo de Marx a la hora de encubrir su indiscreción fue correspondido, al menos, por los historiadores del régimen comunista, que consiguieron hacer desaparecer la verdad sobre Freddy Demuth hasta hace pocos años. Aunque algunos marxistas destacados como Bernstein y Bebel conocieron la verdad, la noticia de la paternidad ilegítima de Marx no fue desvelada hasta 1962, en *Marx* de Werner Blumenberg. Véase en concreto W.O. Henderson, *The Life of Friedrich Engels* (Londres: Frank Cass, 1976), II, pp. 833-4. Algunos marxistas fieles se niegan todavía a aceptar estos hechos detestables. Véase, por ejemplo, el afectuoso trabajo del reciente líder del ala «draperita» del movimiento trotskysta, Hal Draper, *Marx-Engels Cyclopedia* (3 vols., Nueva York: Schoken Books, 1985).

[51] Por lo que a Engels respecta, se negó a casarse con su amante Mary, ya que era de ascendencia «humilde». Tras la muerte de Mary, su hermana Lizzie ocupó su lugar como amante de Engels. Éste, en un gesto de magnanimidad, se casó con Lizzie en su lecho de muerte «para, así, proporcionarle un 'último placer'».

Capítulo XI

ALIENACIÓN, UNIDAD Y LA DIALÉCTICA

11.1 Los orígenes de la dialéctica: la creatología

Para Marx, «alienación» no guarda relación alguna con la palabrería de los intelectuales marxoides de finales del siglo XX. No significa un sentimiento psicológico de ansiedad o extrañamiento del que pudiese hacerse responsable al capitalismo o a la «represión» cultural o sexual. Para él, alienación es algo más fundamental, más cósmico. Significa, cuando menos, y como hemos visto, las instituciones del dinero, la especialización y la división del trabajo.[1] La erradicación de estos males es necesaria para unir el organismo colectivo o especie humana «consigo mismo», para cerrar estas escisiones dentro de «sí», y entre el hombre y «sí mismo» en tanto que naturaleza creada por él. Sin embargo, el mal radical de la alienación es aún más cósmico que eso. Es metafísico, una parte profunda de la filosofía y de la visión del mundo que Marx tomó de Hegel, y que, de la mano de la «dialéctica», le brindó el perfil del motor que nos traería inevitablemente el comunismo como una ley de la historia, con la inexorabilidad de una ley de la naturaleza.

Todo empezó con el filósofo platónico del siglo tercero, Plotino, y sus seguidores, y con una disciplina teológica en apariencia alejada de los asuntos políticos o económicos: la *creatología*, la «ciencia» de los Primeros Días. De hecho, ya hemos visto que otra rama de la teología afín y con un grado casi semejante de alejamiento —la *escatología* o ciencia de los Últimos Días— puede tener, aparte de ramificaciones, enormes consecuencias políticas y económicas.

---

[1] Sobre la alienación en Marx en tanto que enraizada en el intercambio y en la división del trabajo, y no meramente en la relación salarial, véase Paul Craig Roberts, *Alienation and the Soviet Economy* (Alburquerque, NM: University of New Mexico Press, 1971); y Paul Craig Roberts y Matthew A. Stephenson, *Marx's Theory of Exchange, Alienation, and Crisis* (2.ª ed., Nueva York: Praeger, 1983).

La cuestión medular de la creatología es: ¿por qué creó Dios el universo? La respuesta del cristianismo agustiniano ortodoxo, y de ahí la de católicos, luteranos y calvinistas por igual, es que Dios, ser perfecto, creó el universo por su bondad y amor hacia Sus criaturas. Y punto. Además, esta parece ser también la única respuesta políticamente segura. La que darían herejes y místicos desde los tiempos de los primeros cristianos es, no obstante, muy diferente: Dios no creó el universo por su perfección y amor, sino por un sentimiento de necesidad e imperfección. En una palabra, Dios creó el universo por un sentimiento de inquietud, de soledad o de lo que sea. En el principio, antes de la creación del universo, Dios y el hombre (evidentemente, la especie orgánica colectiva, no algún individuo particular), se hallaban reunidos en una, por así decirlo, nebulosa cósmica. Cómo pueda hablarse de «unidad» entre Dios y el hombre antes de que el hombre fuese creado es un enigma que tendrá que ser aclarado por alguien más docto en misterios divinos que el presente autor. En cualquier caso, la historia se convierte entonces en un proceso, es más, en un proceso pre-determinado, a través del cual Dios despliega *Su* potencial, y el hombre, la especie colectiva, el *ello* (¿o el de *él*?). Sin embargo, al mismo tiempo que tiene lugar este despliegue, y que Dios y el hombre se desarrollan y se hacen más perfectos en y a través de la historia, también ha acontecido una cosa terrible y trágica que contrarresta este «buen» desarrollo: el hombre ha sido alejado, desligado, «alienado» de Dios y del resto de hombres, o de la naturaleza. De ahí el concepto omnipresente de la alienación. La alienación es cósmica, irremediable y metafísica, inherente al mismo proceso de creación o, mejor dicho, irremediable hasta que, inexorablemente, llegue el gran día: cuando el hombre y Dios, plenamente desarrollados ya, pongan fin al proceso y a la historia re-fundiéndose, reuniéndose de nuevo en la fusión unificadora de estas dos grandes nebulosas cósmicas.

Repárese, primero, en cómo tiene lugar este gran proceso histórico. Se trata del proceso «dialéctico» inevitable y pre-determinado de la historia. Se dan, como siempre, tres etapas. La primera es la original: hombre y Dios conforman una unidad feliz y armoniosa (¿unidad de pre-creación?), si bien, en lo tocante a la raza humana, no existe desarrollo. Después, la mágica dialéctica hace su trabajo, tiene lugar la segunda etapa, y Dios crea el hombre y el universo, ambos desarrollando sus potencialidades, con la historia como registro y proceso del mismo. Pero, como sucede en la mayoría de los dialécticos, la creación resulta ser un arma de doble filo, ya que el hombre padece por su separación cósmica y alienación de Dios. Según Plotino, por ejemplo, el Bien es unidad, o Lo Uno, mientras que el Mal se identifica con cualquier clase de diversidad o multiplicidad. En el género humano, el mal proviene de la auto-centralidad de las almas individuales, «desertora[s] del Todo».

Mas, entonces, pasado mucho tiempo, el proceso de desarrollo se completará finalmente, la segunda etapa despliega su propia *Aufhebung*, su propio

«ascenso», su propia trascendencia en su opuesto o negación: la reunión de Dios y el hombre en una unidad gloriosa, un «éxtasis de unión» y fin de la alienación. En esta tercera etapa, las nebulosas se reúnen en un nivel mucho más elevado que en la primera. La historia ha concluido. Y todos vivirán (?) felices para siempre.

Obsérvese, no obstante, la enorme diferencia que hay entre esta dialéctica de la creatología y la escatología, y la del escenario cristiano ortodoxo. En primer lugar, en la tradición dialéctica, de Plotino a Hegel, la alienación, la tragedia del hombre, es metafísica, ineludible a partir del acto mismo de creación. Mientras que en la judeo-cristiana el extrañamiento del hombre respecto a Dios sólo es moral. Para los cristianos ortodoxos, la creación fue puramente buena, no se vio contaminada de raíz por el mal; los problemas sólo aparecieron con la Caída de Adán, una falla moral, no metafísica.[2] En la visión cristiana ortodoxa, Dios abrió después una vía, a través de la Encarnación de Jesús, merced a la cual la alienación podría eliminarse y el individuo alcanzar la salvación. Ahora bien, repárese de nuevo en que: el cristianismo es un credo profundamente individualista, dado que lo que importa es la salvación de cada individuo. La salvación o la ausencia de tal es algo que alcanzará cada individuo; el destino de cada individuo es la preocupación central, no el destino de la supuesta nebulosa u organismo colectivo, el Hombre con mayúscula. Dentro del esquema cristiano ortodoxo, cada individuo es el que va al Cielo o al Infierno.

Ahora bien, en la visión mística supuestamente optimista (hoy en día denominada «teología del proceso»), la única salvación, el único final feliz es el del organismo colectivo, la especie, en la que se produce el brusco aniquilamiento de cada miembro individual del organismo.

Esta teología dialéctica, en concreto su creatología, apareció ya plenamente acabada con el místico cristiano del siglo IX Juan Escoto Erígena (c. 815 - c. 877), filósofo irlandés-escocés establecido en Francia e influido por Plotino, y se prolongó a través de una serie clandestina de místicos cristianos heréticos como es el caso del alemán del siglo XIV Meister Johannes Eckhart (1260?-1327?). El punto de vista panteísta de los místicos era similar al llamamiento que hiciera la budista-teósofa-socialista Mrs Annie Besant: tal y como apuntó agudamente y con humor Chesterton, no es que amemos a nuestro vecino sino que *somos* nuestro vecino. Los místicos panteístas invitan a cada individuo a que se «una» con Dios, lo Uno, aniquilando su yo individual, separado y, por lo tanto, alienado. Aunque los medios de los místicos puedan diferir de los joaquinistas o hermanos del espíritu libre, sea a través de un proceso histórico

[2] En versiones extremas, como la de los herejes gnósticos de principios de la era cristiana, la creación de la materia fue en sí misma puro mal, un acto del Diablo o Demiurgo, frente al espíritu, que es lo divino.

o de un Harmaguedón inevitable, el *objetivo* sigue siendo el mismo: la destrucción del individuo en su «reunión» con Dios, lo Uno, y el fin de la «alienación» cósmica, cuando menos en el nivel de cada individuo.

Un autor que influyó notablemente en G.W.F. Hegel y otros pensadores de esta tradición fue el zapatero y místico alemán de principios del siglo XVII Jacob Boehme (1575-1624), que incorporó al brebaje cabezón de este panteísmo el presunto mecanismo, la fuerza que dirige esta dialéctica a través del curso inevitable de la historia. ¿De qué manera, se preguntó, el mundo de la precreación se auto-trascendió en la creación? Antes de la creación, respondió, existía una fuente originaria, una unidad eterna, una, literalmente, Nada (*Ungrund*) indiferenciada, indistinta. (A propósito, típico de Hegel y de sus seguidores idealistas fue creer que, por capitalizar un concepto elevado, aunque fuese ininteligible, ya le conferían grandiosidad y explicación.) Para Boehme, curiosamente, esta No-cosa poseía en su seno un empeño interior, un *afán*, un impulso hacia la auto-realización. Este impulso es el que crea una fuerza opuesta y trascendente, la *voluntad*, que crea el universo transformando la Nada en Algo.

11.2 Hegel y el hombre-Dios

El paso clave en la secularización de la teología dialéctica y, por lo tanto, clave en el allanamiento del camino hacia el marxismo, lo dio el gigante de la filosofía alemana, Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831). Nacido en Stuttgart, Hegel estudió teología en la Universidad de Tubinga, y después enseñó teología y filosofía en las universidades de Jena y Heildelberg, antes de convertirse en el principal filósofo de la nueva joya de la corona académica prusiana, la Universidad de Berlín. Hegel llegó a esta ciudad en 1817, donde permanecería hasta su muerte, acabando sus días como rector de su universidad.

En el espíritu del movimiento romántico de Alemania, Hegel persiguió el objetivo de unificar hombre y Dios a través de una casi identificación de Dios con el hombre, y, de este modo, sumergiendo al primero en el segundo. Goethe había popularizado recientemente el tema de Fausto, que giraba en torno al intenso deseo de éste por alcanzar el conocimiento divino o absoluto así como el poder divino. Como se sabe, la arrogante soberbia del hombre en su pretensión de alcanzar un conocimiento y poder similares a los divinos constituye en el cristianismo ortodoxo la causa radical del pecado y de la Caída del hombre. Hegel, por el contrario, quien, por cierto, era un luterano muy herético, tuvo la temeridad de generalizar el impulso fáustico en una filosofía del mundo y en una presunta comprensión de la marcha inevitable del proceso histórico.

Tal como lo expresa el Profesor Tucker, el hegelianismo fue una «religión filosófica del yo en forma de teoría de la historia. La religión se fundamenta

en una identificación del yo con Dios».[3] Huelga añadir que «el yo» al que se hace referencia aquí no es el individual, sino el «yo» colectivo y orgánico de la especie. En un revelador ensayo juvenil escrito a los 25 años de edad sobre la «La positividad de la religión cristiana», Hegel pone objeciones al cristianismo por «separar» hombre y Dios excepto «en un solo individuo aislado» (Jesús), y por ubicar a Dios en otro mundo más elevado, un mundo al que la actividad humana no podía afectar en nada. Cuatro años más tarde, en 1799, Hegel resolvió este problema presentando su propia religión en su «El espíritu del cristianismo». Frente al cristianismo ortodoxo, en el cual Dios se hace hombre en Jesús, para Hegel, el logro de Jesús fue ¡hacerse, *como hombre*, Dios! Tucker lo resume perfectamente. Según Hegel, Jesús

> no es Dios hecho hombre sino el hombre hecho Dios. Esta es la idea clave sobre la que habría de levantarse todo el edificio del hegelianismo: no existe ninguna diferencia absoluta entre la naturaleza humana y la divina. No son dos cosas separadas entre las que medie un abismo intransitable. El yo absoluto en el hombre, el *homo noumenon*, no es meramente divino..., *es Dios*. Por consiguiente, cuando el hombre se esfuerza por llegar a ser «como Dios», lo único que hace es esforzarse por ser su propio yo real. Y cuando se deifica a sí mismo, lo único que hace es reconocer su propia naturaleza.[4]

Si el hombre es verdaderamente Dios, ¿qué es, entonces, la historia? ¿Por qué el hombre o, mejor, los hombres cambian y se desarrollan? Porque el hombre-Dios no es perfecto o, por lo menos, porque no aparece en un estado perfecto. El hombre-Dios inicia su vida en la historia completamente inconsciente de su condición divina. Así, pues, para Hegel la historia es un proceso por el cual el hombre-Dios aumenta su conocimiento, hasta que por fin alcance el estado del conocimiento absoluto, es decir, alcance el conocimiento y comprensión plenos de que él es Dios. Entonces es cuando el hombre-Dios realiza finalmente la potencialidad de un ser infinito sin límites, en posesión de un conocimiento absoluto.

¿Por qué, entonces, el hombre-Dios, también llamado por Hegel el «espíritu del mundo» (*Weltgeist*) creó el universo? No, como dice el relato cristiano, por un desbordamiento de amor y bondad sino por un sentimiento de necesidad de hacerse consciente de sí como yo-del-mundo. Este proceso de conciencia progresiva se alcanza a través de la actividad creativa por la que el yo-del-mundo se exteriorizó a sí mismo. Esta exteriorización tiene lugar, primero, a través de la creación de la naturaleza o mundo original, pero, segundo —y aquí nos encontramos con un importante añadido al resto de teologías—, a lo largo del historia humana se produce una auto-exteriorización continua. El

[3] Robert C. Tucker, *Philosophy and Myth in Karl Marx* (Cambridge: Cambridge University Pres, 1961), p. 39.

[4] *Ibid.*, p. 41. Estos y otros ensayos tempranos de Hegel se publicaron por vez primera en 1907 en la recopilación *Primeros escritos teológicos*.

proceso más importante es el segundo, ya que a través de él el hombre, el organismo colectivo, acrecienta su edificio de civilización, su exteriorización creativa, y, *de ahí*, el conocimiento cada vez mayor que posee de su propia divinidad y, por consiguiente, del mundo como su propia auto-actualización. Este segundo proceso: el de saber de un modo cada vez más completo que el mundo es realmente el yo del hombre, es el proceso que Hegel describe como final gradual de la «alienación-de-sí» del hombre, que, por supuesto, para él también era alienación respecto a Dios. En resumidas cuentas, según Hegel, el hombre percibe el mundo como hostil *porque* no es él mismo, porque es extraño. Todos estos conflictos quedan resueltos cuando finalmente se percata de que el mundo *es* realmente él mismo. Este proceso de toma de conciencia es la *Aufhebung* de Hegel, merced a la cual el mundo es des-alienado y asimilado al yo del hombre.

Ahora bien, ¿por qué, cabe preguntar, el hombre de Hegel es tan extraño, tan neurótico que considera toda cosa que no sea él mismo como extraña y hostil? La respuesta es crucial para la mística hegeliana. Eso es así porque Hegel, o el hombre de Hegel, no puede soportar la idea de sí sin ser Dios y, en consecuencia, sin poseer un espacio infinito y sin límites. Contemplar cualquier otro ser o cualquier otro objeto existir significaría que él mismo no es infinito o divino. En una palabra, la filosofía de Hegel es una megalomanía solipsista implacable y cósmica a gran escala. El Profesor Tucker desarrolla la cuestión con su característica agudeza:

> Para Hegel, alienación es finitud, y finitud, a su vez, es limitación. La experiencia de auto-extrañamiento ante la presencia de un mundo objetivo aparente es una experiencia de esclavización,... Cuando se enfrenta a un objeto u «otro», el espíritu [o el yo-del-mundo] tiene *ipso facto* conciencia de sí mismo sólo como ser finito, en tanto que abarcando hasta aquí y no más de realidad, y extendiéndose hasta aquí y no más lejos. El objeto es, por lo tanto, un «límite» (*Grenze*). Y, puesto que el límite contradice la idea que de sí posee el espíritu como ser absoluto, esto es, ser-sin-límite, el límite necesariamente se entiende como «barrera» o «grillete» (*Schranke*). Es una barrera a la conciencia que el espíritu tiene de sí como aquello que concibe que verdaderamente es —la totalidad de la realidad. Al enfrentarse con un objeto aparente, el espíritu se siente prisionero en la limitación. Experimenta lo que Hegel denomina «congoja de la finitud».
>
> La trascendencia del objeto a través del conocer es el modo en que el espíritu se rebela contra la finitud y escapa hacia la libertad. En la concepción casi única que de ella tiene Hegel, libertad significa conciencia del yo como ilimitado: es la ausencia de un objeto limitador o no-yo... Esta conciencia de «ser solo consigo»... es justamente lo que entiende por conciencia de libertad.
>
> Así, pues, el incremento del auto-conocimiento del espíritu en la historia puede describirse alternativamente como progreso de la conciencia de libertad.[5]

[5] *Ibid.*, pp. 53-4.

11.3 Hegel y la política

Como es habitual, todo esquema determinista deja convenientes vías de escape implícitas a sus creadores y defensores, capaces de elevarse de algún modo por encima del férreo determinismo que nos aflige al resto. Hegel no fue diferente en esto, a excepción del hecho de que sus vías de escape fueron pero que muy explícitas. Aunque Dios y el absoluto hacen referencia al hombre como organismo colectivo más que a sus insignificantes y desdeñables miembros individuales, de vez en cuando surgen individuos, hombres «históricos» capaces de encarnar más que otros los atributos del absoluto y de actuar como agentes significativos de la siguiente gran *Aufhebung* histórica —el siguiente gran empellón hacia el hombre-Dios o avance del alma-del-mundo en su «autoconocimiento». Así, por ejemplo, cuando la mayoría de los patriotas prusianos estaban reaccionando violentamente contra las conquistas imperiales de Napoleón y movilizaban sus fuerzas de oposición, Hegel respondió de manera muy diferente. Escribió a un amigo extasiado por haber contemplado personalmente a Napoleón bajando a caballo por una calle de la ciudad: «El Emperador —esta alma-del-mundo— montando a lomos de un caballo por la ciudad pasando revista a sus tropas —ciertamente resulta maravilloso contemplar a un hombre así.»[6]

Hegel se entusiasmó con Napoleón por su función histórica de dotar a Alemania y al resto de Europa de un estado fuerte. Si la escatología y dialéctica fundamentales de Hegel prefiguraron el marxismo, lo mismo sucedió con su filosofía, más directamente política, de la historia. Así, siguiendo al escritor romántico Friedrich Schiller, en un ensayo de 1795 afirmó que el equivalente del comunismo primero o primitivo fue la Grecia antigua. Schiller y Hegel alabaron a Grecia por la supuesta homogeneidad, unidad y «armonía» de su *polis*, que ambos imaginaron, errónea y gravemente, como libre de toda división del trabajo. La consiguiente *Aufhebung* perturbó esta maravillosa unidad y fragmentó al hombre, si bien —el lado bueno de la nueva etapa histórica— condujo al crecimiento del comercio, de los niveles de vida y del individualismo. Por otra parte, según Hegel, la siguiente etapa anunciada por su filosofía lograría que se produjera la reintegración de hombre y estado.

Con anterioridad a 1796, y lo mismo que muchos otros intelectuales de toda Europa, mostró entusiasmo por la Revolución Francesa, el individualismo, la democracia radical, la libertad y los derechos del hombre. Pero, al igual otra vez que muchos intelectuales europeos, al poco tiempo se desilusionó con esa revolución volviéndose hacia el absolutismo estatal reaccionario. En concreto, Hegel fue muy influido por el estatista escocés Sir James Steuart, un exiliado jacobita que pasó buena parte de su vida en Alemania y cuya *Inquiry into the*

[6] Citado en Raymond Plant, *Hegel* (Bloomington, Ind.: Indiana University Press, 1973), p. 120.

Principles of Political Economy (1767) había recibido una influencia notable de los mercantilistas ultra-estatistas alemanes del siglo XVIII, los cameralistas. Hegel leyó la traducción alemana de los *Principles* de Steuart (publicada entre 1769 y 1772) entre 1797 y 1799 y tomó extensas notas. Dos aspectos de la posición de Steuart influyeron en él de modo especial. Uno sostenía que la historia avanza por etapas, «evolucionando» determinísticamente de una etapa (nómada, agrícola, de intercambio, etc...) a la siguiente. El otro tema era la necesidad de una intervención y control generalizados por parte del estado en orden a conservar una economía de cambio.[7] No resulta sorprendente que la principal desilusión que a Hegel le produjo la Revolución Francesa proviniese de su individualismo y falta de unidad bajo el estado. Anticipándose una vez más a Marx, cobró especial importancia que el hombre (el organismo colectivo) superase el ciego destino inconsciente y que tomase «conscientemente» el control de «su» destino a través del estado. Así, Hegel no sólo fue un gran admirador de Napoleón como conquistador poderoso del mundo, sino también como minucioso regulador de la economía francesa.

Hegel dejó muy claro que lo que de verdad necesitaba el nuevo estado fuerte en desarrollo era una filosofía global de un Gran Filósofo que proporcionase a su gobierno coherencia y legitimidad. De no ser así, como explica el Profesor Plant, «ese estado, carente de comprensión filosófica, parecería una imposición meramente arbitraria y opresiva de la libertad de ciertos individuos orientada a perseguir su propio interés».

No hace falta reflexionar mucho para saber qué filosofía o qué Gran Filósofo se suponía que eran tales. De esta manera, dotado de la filosofía hegeliana

---

[7] Hegel también recibió la influencia del gran rival de Steuart, Adam Smith, pero, por desgracia, en la dirección incorrecta. De la *Riqueza de las naciones* Hegel sacó la conclusión de que la división del trabajo había traído al hombre la miseria de la especialización, la alienación, etc... Más interesante para nosotros es que, a partir de la famosa idea de una sucesión de acontecimientos «producto de la acción pero no del propósito humano» propuesta por el amigo de Adam Smith, el Rev. Adam Ferguson, Hegel adoptase la idea del individuo como agente intencionalmente inconsciente del alma-del-mundo en la persecución de sus objetivos. Este es su famoso concepto de la «astucia de la razón» que opera en la historia.

Ferguson llegó por su cuenta a esa famosa frase, no, como da a entender Hayek, por un análisis del mercado libre, sino a partir de su intento por mostrar que la revuelta que tuvo lugar en Escocia en 1745, y que estuvo a punto de hacer que el poder pasase a manos de los temidos jacobitas católicos, persiguió inconscientemente la realización del propósito bondadoso de Dios de sacar a los presbiterianos escoceses —que, por supuesto, se les identificaba con la iglesia verdadera— de su apatía religiosa. En una palabra, aunque los católicos escoceses trataron de alcanzar de modo consciente fines malos, realizaron, sin saberlo, los planes de Dios. A partir del mal aparente, el bien. Del mismo modo, cuando Hegel elogió más tarde a Napoleón como el hombre «histórico», lo contempló en tanto que tratando de realizar el mal, pero, al mismo tiempo, haciendo avanzar inconscientemente el plan bondadoso de Dios. Véase Richard B. Sher, *Church and University in the Scottish Enlightenment* (Princeton, NJ: Princeton University Pres, 1985), pp. 40-44.

y con Hegel como su principal fuente y gran líder, «este aspecto extraño que posee el estado moderno progresista desaparecería, y se consideraría, no como una imposición, sino como un despliegue de la auto-conciencia. Regulando y codificando muchos aspectos de la práctica social proporciona al mundo moderno una racionalidad y una posibilidad de predicción de las que, de otro modo, carecería...».[8]

Provisto de esa filosofía y de ese filósofo, el estado moderno ocuparía el lugar que divinamente le ha sido asignado en la cúspide de la historia y de la civilización en tanto que Dios en la tierra. Así: «Al manifestar la realidad de la comunidad política, bien podría considerarse al Estado moderno, entendido filosóficamente, como la más elevada articulación del Espíritu, o Dios en el mundo contemporáneo.» El estado es entonces «manifestación suprema de la actividad de Dios en el mundo» y «el Estado está por encima de todo; es el Espíritu que se sabe esencia y realidad universal»; «El Estado es la realidad del reino de los cielos.» Y, por último: «El Estado es la Voluntad de Dios.»[9]

De las diversas formas de estado, la monarquía es la mejor, ya que permite que «todos» los súbditos sean «libres» (en el sentido hegeliano) sumergiendo su ser en la sustancia divina, que es el estado autoritario, monárquico. La gente sólo es libre cuando se convierte en partícula insignificante de esta sustancia divina unitaria. Como escribe Tucker, «la concepción de la libertad de Hegel es totalitaria en el sentido literal de la palabra. El yo-del-mundo ha de tener experiencia de sí como totalidad de ser o, en palabras del propio Hegel, ha de ascender a 'una realidad auto-comprensiva' con el fin de alcanzar la conciencia de libertad. Todo lo que no llegue a esto, vaticina alienación y congoja de la finitud».[10]

Según Hegel, el último desarrollo del hombre-Dios, la irrupción última en la totalidad e infinitud, era inminente. El estado más desarrollado de la historia del mundo ya está en marcha —la monarquía prusiana del Rey Federico Guillermo III.

La apoteosis de la monarquía prusiana existente defendida por Hegel era justamente lo que necesitaba su monarca. Cuando en 1818 el rey Federico Guillermo III fundó la nueva Universidad de Berlín para que contribuyese al

---

[8] Plant, *op. cit*. nota 6, p. 96.

[9] Véase *ibid.*, pp. 122, 123, 181.

[10] Tucker, *op. cit*. nota 3, pp. 54-5. E. F. Carritt pone de manifiesto que, para Hegel, «libertad» es «desear por encima de todo que se cumpla la voluntad de Dios...». Si un individuo piensa que debe hacer algo que *no* promueve el triunfo y la gloria del estado, entonces «habrá que 'obligarle a ser libre'». ¿Cómo *sabe* alguien qué acción redundará en la gloria del estado? La respuesta era sencilla para Hegel. Todo lo que exijan los gobernantes del estado, porque «el hecho mismo de que ellos sean gobernantes constituye el indicio más seguro de que la voluntad de Dios es que lo sean». ¡Una lógica impecable, sin duda! Véase E.F. Carritt, «Reply» (1940), reimpreso en W. Kaufmann (ed.), *Hegel's political Philosophy* (Nueva York: Atherton Press, 1970), pp. 38-9.

sostenimiento y propaganda de su poder absoluto, ¿qué mejor persona para la cátedra de filosofía que Friedrich Hegel, el divinizador del estado? El rey y su partido absolutista necesitaban un filósofo oficial que defendiese al estado de los odiosos ideales revolucionarios de la Revolución Francesa, y que justificase la purga que hiciera de los reformadores y liberales clásicos que le habían ayudado a derrotar a Napoleón. Como dice Karl Popper:

> Hegel fue designado para cumplir esta exigencia, y él lo hizo reviviendo las ideas de los primeros grandes enemigos de la sociedad abierta [sobre todo, Heráclito y Platón]... Hegel redescubrió las Ideas platónicas que se esconden tras la perenne sublevación contra la libertad y la razón. El hegelianismo es el renacimiento del tribalismo... [Hegel] es, por decirlo así, el «eslabón perdido» entre Platón y las formas modernas del totalitarismo. La mayoría de los totalitaristas,... saben que están en deuda con Hegel, y todos ellos han crecido en la pesada atmósfera del hegelianismo. Se les ha enseñado a adorar el estado, la historia y la nación.[11]

En relación con la adoración del estado por parte de Hegel, Popper cita pasajes escalofriantes y reveladores:

> El Estado es la Idea Divina tal y como existe sobre la tierra... Debemos, en consecuencia, rendir culto al Estado como la manifestación de lo Divino sobre la tierra... El Estado es la marcha de Dios a través del mundo... El Estado debe comprenderse como un organismo... Al Estado total corresponde, esencialmente, conciencia y pensamiento. El Estado sabe lo que quiere... El Estado... existe para sí mismo... El Estado es la vida moral realizada, realmente existente.[12]

Popper caracteriza atinadamente toda esta perorata como «platonismo ampuloso e histérico».

Buena parte de todo esto tuvo su inspiración en amigos y predecesores inmediatos, hombres como el último Fichte, Schelling, Schlegel, Schiller, Herder y Schleiermacher. Sin embargo, fue Hegel quien llevó a cabo la tarea de destinar sus turbias doctrinas a la elaboración de apologías del poder absoluto del estado prusiano existente. Así, su admirado discípulo F.J.C. Schwegler reveló lo que sigue en su *Historia de la Filosofía*:

> Con todo, la plenitud de su [de Hegel] fama y actividad sólo data, propiamente hablando, de su llamada a Berlín en 1818. Allí surgió en torno suyo un grupo de académicos numeroso, muy extendido y... extremadamente activo; allí consiguió también, gracias a sus conexiones con la burocracia prusiana, reconocimiento político de su sistema como la filosofía oficial; no siempre en beneficio de la libertad interna de su filosofía o del valor moral de la misma.[13]

Con Prusia como punto central de difusión, el hegelianismo pudo barrer la filosofía alemana durante el siglo XIX, dominando todos los territorios excepto

---

[11] Karl R. Popper, *The Open Society and its Enemies* (5.ª ed., Princeton, NJ: Princeton University Press, 1966), II, pp. 30-31.

[12] *Ibid*., p. 31.

[13] *Ibid*., p. 33.

las zonas católicas del sur de Alemania y Austria. Como dice Popper, «así, tras su tremendo éxito en el continente, no es fácil que el hegelianismo pudiese dejar de recibir en Gran Bretaña el apoyo de quienes [creían] que un movimiento tan poderoso algo tenía que ofrecer...». En efecto, quien por vez primera presentara a Hegel ante los lectores ingleses, el Dr. J. Hutchison Stirling, comentó con admiración un año después de la fulminante victoria prusiana sobre Austria que «¿No es, por cierto, a Hegel, y en particular a su filosofía ética y política, a quien debe Prusia esa vida y organización poderosas que en estos momentos desarrolla a toda velocidad?»[14] Finalmente, Arthur Schopenhauer, contemporáneo y conocido de Hegel, denunció la alianza estado-filosofía que hizo que el hegelianismo se convirtiese en una fuerza poderosa del pensamiento social:

> Se abusa de la filosofía, por parte del estado como un instrumento, por otra parte como un medio de sacar ganancia... ¿Puede alguien realmente pensar que la verdad saldrá a la luz de este modo, como un producto secundario?... *Los gobiernos hacen de la filosofía un medio que sirve a sus intereses, y los académicos la convierten en un negocio*... (la cursiva es de Schopenhauer).[15]

Además de la influencia política, Popper ofrece una explicación complementaria de la, por lo demás, desconcertante influencia generalizada de G.W.F. Hegel: la atracción que sienten los filósofos por la jerga y los galimatías altisonantes en sí mismos, seguida de un público crédulo que se traga todo. En este sentido, Popper cita una declaración del hegeliano inglés Stirling: «La filosofía de Hegel constituía... un examen del pensamiento tan profundo que en su mayor parte resultaba ininteligible.» ¡Profundo por su propia ininteligibilidad! ¡La falta de claridad como virtud y prueba de profundidad! Popper añade:

> aun en nuestros días, los filósofos han conservado en torno suyo algo de la atmósfera del mago. La filosofía se considera como una cosa extraña y abstrusa que versa sobre las mismas cuestiones que la religión, aunque de una forma que no puede «revelarse a bebés» o a la gente común; se piensa que es demasiado profunda para eso, y que constituye la religión y la teología de los intelectuales, eruditos y sabios. El hegelianismo encaja a la perfección con estas visiones; es justamente lo que esta superstición popular piensa que es.[16]

11.4 Hegel y la Edad Romántica

Desgraciadamente, G.W.F. Hegel no constituyó una fuerza aberrante y extravagante dentro del pensamiento europeo. Él sólo fue uno, si bien el más influyente y el más enrevesado e hipertrofiado, de lo que ha de considerarse como el paradigma imperante en su tiempo, la celebrada Edad del Romanticismo.

[14] En 1867. Véase *ibid*., p. 34.

[15] *Ibid*., p. 33.

[16] *Ibid*., pp. 27, 30. Para una explicación de lo que Popper quiere decir con «estilo-scherzo» en su capítulo sobre Hegel, véase *ibid*., p. 393-5.

Los escritores románticos de la primera mitad del siglo XIX, especialmente de Alemania y Gran Bretaña, tanto poetas y novelistas como filósofos, en sus diferentes versiones y estilos, todos estuvieron dominados por una creatología y escatología similares. Podría denominarse como el mito de la «alienación y el retorno» o «reabsorción». Dios creó el universo por imperfección y sentimiento de necesidad, separando trágicamente al hombre, la especie orgánica, de su unidad con Dios anterior a la creación. Aunque esta trascendencia, esta *Aufhebung* de la creación, ha permitido a Dios y al hombre, o Dios-hombre, desarrollar sus facultades y progresar, la trágica alienación perdurará hasta el día, inevitable y determinado, en que Dios y el hombre se fundan en una nebulosa cósmica. O, mejor dicho, puesto que, como Hegel, eran panteístas, hasta que el hombre descubra que él es hombre-Dios, y la alienación del hombre respecto al hombre, del hombre respecto a la naturaleza y del hombre respecto a Dios concluya con la fusión de todo en una gran nebulosa, el descubrimiento de la realidad de y, por lo tanto, la fusión en una Unicidad cósmica. La historia, predeterminada hacia esta meta, llegará entonces a su conclusión. Según la metáfora romántica, el hombre, el «organismo» genérico se entiende, no el individuo, por fin «regresará a casa». Así, pues, la historia es una «espiral ascendente» orientada hacia el destino determinado del hombre, el retorno a casa, bien que en un nivel muy superior a la unidad, u hogar originario con Dios del tiempo anterior a la creación.

El destacado crítico literario del Romanticismo, M.H. Abrams, ha expuesto brillantemente el dominio de este paradigma sobre los escritores románticos, llamando la atención sobre esta corriente principal de la literatura inglesa que va de Wordsworth a D.H Lawrence. Wordsworth, subraya Abrams, dedicó prácticamente toda su producción a un «argumento romántico heroico» o «elevado», al intento de rebatir y trascender el memorable poema de Milton y su visión cristiana ortodoxa del hombre y de Dios. Para hacer frente a la idea cristiana de Milton sobre el Cielo y el Infierno como alternativas de las almas individuales, y a la del Segundo Advenimiento de Jesús como fin de la historia y regreso del hombre al paraíso, Wordsworth contrapone, en su propia «argumentación», su visión panteísta de la espiral ascendente de la historia hacia la unificación cósmica y el consecuente regreso del hombre a casa procedente de la alienación.[17] El fin escatológico eventual, el Reino de Dios, se toma de su ubicación cristiana en el Cielo y se le hace descender a la tierra, creando así, como siempre que se hace inmanente el fin escatológico,

[17] M.H. Abrams, *Natural Supernaturalism: Tradition and Revolution in Romantic Literature* (Nueva York: Norton, 1971). La descripción que Milton hace de la Caída y del Segundo Advenimiento es verdaderamente elocuente y conmovedora. Sobre la pérdida del Edén: «Adiós felices campos/Morada eterna de la dicha...» Y sobre el Segundo Advenimiento: «Retrocederá el tiempo y traerá de vuelta la edad de oro», «Y, por fin, nuestra ventura/es plena y perfecta,/Mas ahora empieza...».

problemas ideológicos, sociales y políticos especialmente graves. O, empleando un concepto de Abrams, la visión romántica representaba la secularización de la teología.

La épica griega y romana, afirmaba Wordsworth, cantó a las «armas y al hombre», «hasta entonces, el único Argumento heroico tenido en cuenta». En contraste con ello, Milton declara al comienzo de su gran *Paraíso Perdido*:

> Que en la culminación de este gran Argumento
> pueda afirmar yo la Providencia Eterna
> y justificar ante el hombre los caminos de Dios.

Wordsworth proclamaba ahora que su propio Argumento, superior al de Milton, se lo habían infundido los «santos poderes y facultades» de Dios, permitiéndole crear (como presagio de los anhelos de Marx) su propio mundo, aun y cuando, en un inusitado fogonazo de realismo, se dio cuenta de que «algunos lo llamaban locura». Y es que «en su interior habitaban el genio, el poder, la creación y la misma divinidad». Wordsworth concluía que «éste es, en verdad, un argumento heroico», un «argumento/no menos sino más heroico que la cólera/del robusto Aquiles». Otros ingleses que se empaparon del paradigma de Wordsworth fueron su fiel seguidor Coleridge, Shelley, Keats e incluso Blake, quien, con todo, trató de amalgamar cristianismo y panteísmo.

A todos estos escritores les habían imbuido de la doctrina cristiana, a partir de la cual pudieron elaborar su propia versión herética y panteísta del milenarismo. Al mismo Wordsworth le educaron para ser sacerdote anglicano. Coleridge fue un filósofo y predicador laico que estuvo a punto de convertirse en ministro unitario y que se empapó de neoplatonismo y de las obras de Jacob Boehme; Keats fue discípulo declarado del programa de Wordsworth, al que calificó de vía para alcanzar la salvación secular. Y Shelley, a pesar de ser un ateo confeso, idolatró al «sagrado» Milton por encima del resto de poetas, y anduvo permanentemente embebido en el estudio de la Biblia.

Debe observarse que, lo mismo que Hegel, el joven Wordsworth fue en su tiempo un seguidor entusiasta de la Revolución Francesa y de sus ideales liberales, pero luego, desilusionado, se pasó al estatismo conservador y a la visión panteísta de la redención inevitable a través de la historia.

Los románticos alemanes guardaron un contacto más estrecho con la religión y el misticismo que sus homólogos ingleses. Hegel, Friedrich von Schelling, Friedrich von Schiller, Friedrich Hölderlin, Johann Gottlieb Fichte, todos fueron estudiantes de teología, en su mayoría junto a Hegel, en la Universidad de Tubinga. Todos trataron de aplicar explícitamente la doctrina religiosa a su filosofía. Novalis se enfrascó en la Biblia. Y Hegel, en sus *Lecciones sobre historia de la filosofía*, le prestó bastante, y favorable, atención a Boehme, a quien Schelling calificó de «fenómeno milagroso de la historia del género humano».

Por otra parte, el mentor de Hegel, Friedrich Schiller, fue influido por el escocés Adam Ferguson en la denuncia de la especialización y de la división del trabajo como alienadoras y fragmentadoras del hombre, y fue él quien influyó en Hegel en la década de 1790 al acuñar el concepto explícito de *Aufhebung* y dialéctica.[18]

En Inglaterra, algunas décadas más tarde, el tempestuoso estatista conservador Thomas Carlyle rindió homenaje a Friedrich Schiller escribiendo en 1825 una biografía del escritor romántico. A partir de entonces, la visión hegeliana estaría presente en los escritos de Carlyle. La unidad es buena, la diversidad o separación mala y enfermiza. La ciencia, lo mismo que el individualismo, es división y desmembramiento. La individualidad, despotricaba Carlyle, es alienación respecto a la naturaleza, respecto a los otros y respecto a uno mismo. Sin embargo, llegará el día del gran avance, del renacer espiritual, liderado por figuras históricas («grandes hombres») por el que el hombre regresará a casa, a un mundo amistoso, merced a la cancelación definitiva, la «aniquilación del yo» (*Selbst-tödtung*).

Finalmente, en *Past and Present* (1843), Carlyle aplicó su visión profundamente anti-individualista (y podría añadirse que anti-humana) a los asuntos económicos. Denunció el egoísmo, la avaricia material y el *laissez-faire*, que, al alimentar la ruptura entre los hombres, habían conducido a un mundo «que se ha convertido en un otro inanimado, desligado igualmente del resto de seres humanos en el seno de un orden social en el que el 'pago al contado es... el único nexo entre un hombre y otro'». Frente a este mal metafísico del «nexo del dinero al contado» está la relación familiar con la naturaleza y los semejantes, la relación de «amor». La escena quedaba preparada para Karl Marx.[19]

11.5 Marx y la izquierda hegeliana revolucionaria

El fallecimiento de Hegel en 1831 inauguró indefectiblemente una época nueva y muy distinta dentro de la historia del hegelianismo. Se suponía que Hegel había traído consigo el final de la historia, pero ahora Hegel estaba muerto, y la historia seguía su curso. Así que, si el propio Hegel no era la culminación final de aquélla, quizás el estado prusiano de Federico Guillermo III tampoco constituyese su etapa final. Y, si éste no era la última fase de la historia, ¿no podría ser que la dialéctica de la historia estuviese disponiéndose para un nuevo giro, otra *Aufhebung*?

[18] Sobre la influencia en Hegel, Marx y en la sociología posterior de las concepciones del organicismo y la alienación de Schiller, véase Leon Bramson, *The Political Context of Sociology* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1961), p. 30n.

[19] Véase Abrams, *op. cit*. nota 17, p. 311.

Así razonaron los grupos de jóvenes radicales que, a finales de las décadas de 1830 y 1840, formaron en Alemania y muchas otras partes el movimiento de las juventudes o de la izquierda hegelianas. Desilusionados con el estado prusiano, las juventudes hegelianas proclamaron la inevitable llegada de una revolución apocalíptica que destruiría y transcendería ese estado, una revolución que *realmente* traería consigo el final de la historia en la forma de un comunismo nacional o mundial.

Uno de los primeros y más influyentes miembros de la izquierda hegeliana fue un polaco, el conde August Cieszkowsky (1814-94), quien en 1838 escribió en alemán sus *Prolegómenos para una historiosofía*. Cieszkowsky introdujo en el hegelianismo una nueva dialéctica de la historia, una nueva variante con tres edades del hombre. La primera, la edad de la antigüedad, fue, por alguna razón, la edad de la emoción, la época del sentimiento puro, de la ausencia de pensamiento reflexivo, de la inmediatez elemental y de la unidad con la naturaleza. El «espíritu» estaba «en sí» (*an sich*). La segunda edad del género humano, la era cristiana, que abarcó desde el nacimiento de Jesús hasta la muerte de Hegel, fue la edad del pensamiento, de la reflexión en la que el «espíritu» se movió «hacía sí mismo», en la dirección de la abstracción y la universalidad. Pero el cristianismo, la edad del pensamiento, fue también la edad de la insoportable dualidad, del hombre separado de Dios, del espíritu separado de la materia, y del pensamiento separado de la acción. Por último, la tercera edad culminante, ya inminente y anunciada por el conde Cieszkowsky, iba a ser la edad de la acción. En resumidas cuentas, la tercera edad post-hegeliana sería una época de acción práctica que transcendería el pensamiento del cristianismo y de Hegel, los cuales se encarnarían en un acto de voluntad, una revolución postrera que derrocaría y transcendería las instituciones existentes. Para el término «acción práctica» y a fin de sintetizar la nueva edad, Cieszkowsky empleó el término griego *praxis*, palabra que en poco tiempo llegaría a convertirse en un talismán dentro del marxismo. Con el tiempo, esta última edad de la acción alcanzaría la dichosa unidad de pensamiento y acción, teoría y praxis, espíritu y materia, Dios y mundo, así como la «libertad» absoluta. Con Hegel y los místicos, Cieszkowsky insistió en que *todos* los acontecimientos del pasado, incluso los aparentemente malos, fueron necesarios para la salvación final y culminante.

En una obra publicada en francés en París en 1844, Cieszkowsky anunció también cuál sería la nueva clase destinada a convertirse en guía de la sociedad revolucionaria: la *intelligentsia*, una palabra que hacía poco acababa de acuñar un polaco de formación alemana, B.F. Trentowsky, en una obra que había visto la luz en la ciudad polaca de Poznan, entonces bajo ocupación prusiana.[20] De esta manera, Cieszkowsky anunció y glorificó lo que vendría

[20] B.F. Trentowsky, *La relación entre la filosofía y la cibernética* (Poznan, 1843), en la que el autor también acuñó el vocablo «cibernética» para referirse a la nueva forma emergente de

a ser cierta línea de desarrollo, cuando menos implícita, del movimiento marxista (después de todo, los grandes marxistas, incluidos Marx, Engels y Lenin, fueron todos intelectuales burgueses y no hijos del proletariado). Si no en la teoría, en la «praxis» la historia del marxismo ha estado ciertamente marcada por el control que la «nueva clase» de la *intelligentsia* ha ejercido sobre los movimientos y gobiernos marxistas. Este dominio de una nueva clase ha sido comentado y atacado desde los inicios del marxismo hasta el presente: durante la década de 1890 y después, principalmente por el anarco-comunista Bakunin y por el revolucionario polaco Jan Waclaw Machajski (1866-1926).[21] La constatación de que algo parecido sucedía en el Partido Socialdemócrata alemán fue lo que hizo que Roberto Michels abandonase el marxismo y desarrollase su famosa «ley de hierro de las oligarquías» —que todas las organizaciones, sean privadas, estatales o partidos marxianos, acabarán siendo dominadas por una élite de poder.

De todas formas, Cieszkowski no estaba destinado a liderar el movimiento futuro del socialismo revolucionario. Ya que, en el camino hacia la nueva sociedad, tomó la vía del cristianismo mesiánico y no la del ateísmo. En su voluminosa e inconclusa obra de 1848, *Nuestro padre* (*Ojcze nasz*), Cieszkowski defendió que la nueva edad del comunismo revolucionario sería la tercera edad, la edad del Espíritu Santo (¡sombras de joaquinismo!), un tiempo que haría descender el Reino de Dios a la tierra «tal y como es en el cielo». Así, el Reino de Dios sobre la tierra reintegraría a toda la «humanidad orgánica», borraría todas las identidades nacionales en un mundo gobernado por un Gobierno Central de Todo el Género Humano, a cuya cabeza se hallaría un Consejo del Pueblo.

Con todo, en aquel tiempo la vía del mesianismo cristiano aún no estaba claramente destinada a ser la perdedora del debate interno socialista. Así, Alexander Ivanovich Herzen (1812-70), uno de los fundadores de la tradición revolucionaria rusa, quedó extasiado con la corriente izquierdista hegeliana de Cieszkowski, escribiendo que «la sociedad futura no ha de ser la realización del corazón, sino de lo tangible. Hegel es el nuevo Cristo que trae a los hombres el mundo de la verdad...».[22] Poco después, Bruno Bauer, amigo y mentor de

---

tecnología social racional que transformaría el género humano. Véase James H. Billington, *Fire in the Minds of Men: Origins of the Revolutionary Faith* (Nueva York: Basic Books, 1980), p. 231.

[21] Sobre Machajski, véase Paul Avrich, *The Russian Anarchists* (Princeton: Princeton University Press, 1967), p. 102-6. La principal solución que Machajski aportó al problema del control de los intelectuales resultó poco convincente. Machajski hizo una llamada a la formación de una organización secreta de trabajadores revolucionarios: la Conspiración de Trabajadores que él mismo dirigiría y que lideraría la revolución proletaria para fundar una sociedad «sin clases», despojada de las perjudiciales distinciones entre trabajo mental y manual.

[22] Billington, *op. cit*. nota 20, p. 225.

Karl Marx y líder del *Doktorclub* de las juventudes hegelianas de la Universidad de Berlín, elogió a finales de 1841 la nueva filosofía de la acción como «La Llamada de la Trompeta del Juicio Final».[23]

Como ya hemos señalado, la corriente que habría de triunfar eventualmente en el seno del movimiento socialista europeo sería el ateísmo de Karl Marx. Si Hegel había *panteizado* y ampliado la dialéctica de los mesiánicos cristianos, Marx ahora «le dio la vuelta a Hegel» *ateizando* la dialéctica, y fundamentándola, no en el misticismo o en la religión o en el «espíritu» o en la idea absoluta o en la mente-del-mundo, sino en la base presuntamente sólida y «científica» del materialismo filosófico. Marx tomó su materialismo del izquierdista hegeliano Ludwig Feuerbach, principalmente de su libro *La esencia del cristianismo* (1843). Frente a la insistencia hegeliana en el «espíritu», Marx estudiaría las leyes científicas de la materia que supuestamente operan en la historia. En suma, Marx tomó la dialéctica y la convirtió en lo que podríamos denominar una «dialéctica materialista de la historia».

El galimatías que se ha formado en relación con esta terminología ha sido tan notable como innecesario. Muchos marxistas han defendido furiosamente que Marx jamás empleó el término «materialismo dialéctico» —como si el mero hecho de no utilizar *palabras* pudiese sacar del atolladero a Marx— y también que dicho concepto sólo apareció en obras tardías de Engels como *Anti-Dühring*. Sin embargo, *Anti-Dühring*, publicada antes de la muerte de Marx, recibió, lo mismo que el resto de escritos similares de Engels, el visto bueno previo de aquél; de modo que hemos de suponer que Marx dio su aprovación.[24]

El alboroto proviene del hecho de que el término «materialismo dialéctico» fue extensamente subrayado por el movimiento marxista-leninista de las décadas de 1930 y 1940, un movimiento hoy en día universalmente desacreditado. Engels, que de los dos fundadores era al que más interesaban las ciencias naturales, aplicó el concepto a la biología. Y aplicado a la biología, tal y como lo hizo en *Anti-Dühring*, el materialismo dialéctico adquiere un inequívoco aire de locura. En un estilo ultra-hegeliano, la lógica y las contradicciones lógicas, o «negaciones», se confunden por completo con los procesos de la realidad. Así: las mariposas «empiezan a existir a partir del huevo por la negación [o trascendencia] del huevo... y son negadas cuando mueren». Y la «semilla de la cebada... es negada y suplantada por la planta de la cebada, la negación de la semilla... La planta crece... da fruto y produce de nuevo semillas de cebada, y, tan pronto como éstas maduran, la espiga marchita, es negada. Como conse-

[23] Es a Bauer a quien debe el mundo los términos de «crítico» y «crítica» que durante tanto tiempo han utilizado los marxistas a modo de eslóganes repetidos hasta la saciedad; por ejemplo, «Crítica de la teoría crítica», «Estudios crítico-legales», etc.

[24] Además, según Schumpeter, Marx fue coautor de *Anti-Dühring*. Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy* (Nueva York: Harper & Bros., 1942), p. 39n.

cuencia de esta negación de la negación hemos obtenido la semilla de cebada original... en una cantidad diez, veinte o treinta veces superior».[25]

Por otro lado, el propio Marx, y no sólo Engels, mostró gran interés por Darwin y la ciencia biológica. Así, le escribió al segundo diciéndole que la obra de Darwin «me sirve como fundamento científico natural de la lucha de clases en la historia», y que «este es el libro que contiene la base histórica natural de nuestra visión».[26]

Sea como fuere, el caso es que, al rehacer la dialéctica en términos materialistas y ateos, Marx abandonó el poderoso motor de la dialéctica por lo que a su modo de operar en la historia respecta: sea el mesianismo cristiano, la providencia o la creciente auto-conciencia del espíritu del mundo. ¿Cómo pudo Marx dar con un sustituto materialista «científico», basado nuevamente en «leyes de la historia» inexorables que explicarían lo inevitable de la transformación inminente y apocalíptica del mundo en el comunismo? Una cosa es fundamentar la predicción de un Harmaguedón próximo en la Biblia; otra muy distinta es deducir este acontecimiento de leyes supuestamente científicas. La exposición de los detalles de este motor de la historia habría de ocuparle a Marx el resto de su vida.

Aunque Marx consideró a Feuerbach indispensable a la hora de adoptar posiciones ateas y materialistas rigurosas, pronto se dio cuenta de que el segundo se había quedado corto. Aunque Feuerbach fue un comunista filosófico, fundamentalmente creyó que bastaba con que el hombre renunciase a la religión para acabar con la alienación de su yo. Para Marx, la religión sólo era uno de los problemas. Todo el mundo del hombre (el *Menschenwelt*) era alienador, así que había que echarlo abajo de raíz, de cabo a rabo. Sólo la destrucción apocalíptica de este mundo del hombre permitiría que se realizara la verdadera naturaleza del hombre. Sólo entonces el «no-hombre» (*Unmensch*) existente se convertiría en hombre de verdad (*Mensch*). Como dijera Marx en la cuarta de sus «tesis sobre Feuerbach», «uno debe pasar a destruir [la] 'familia terrenal' [como es] 'en la teoría y en la práctica'».[27]

En concreto, Marx afirmó que, tal y como había sostenido Feuerbach, el hombre verdadero es un «ser comunal» (*Gemeinwesen*) o «ser especie»

---

[25] Engels, *Anti-Dühring*, citado en Ludwig von Mises, *Theory and History* (3.ª ed., Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 1985), p. 105. Véase igualmente el comentario sardónico de Alexander Gray sobre este pasaje en *The Socialist Tradition* (Londres: Longmanns, Green, 1946), p. 300n. Gray comenta también el resumen que hace Marx de la dialéctica en la *Miseria de la filosofía*, sobre la que dice que «no carece de valor como entretenimiento»: «El sí se convierte en no, el no, en sí, el sí pasa a ser al mismo tiempo sí y no, el no, no y sí, los contrarios se equilibran, neutralizan y paralizan unos a otros.»

[26] Marx a Engels, 16 de enero de 1861 y 19 de diciembre de 1860. Véase Gray North, *Marx's Religion of Revolution: Regeneration Through Chaos* (2.ª ed., Tyler, Texas: Institute for Christian Economics, 1989), pp. 89n-99n.

[27] Tucker, *op. cit*. nota 3, p. 101.

(*Gattungswesen*). Aunque el estado deba negarse o trascenderse en su condición actual, la participación del hombre en el estado hace las veces de dicho ser comunal. El verdadero problema se presenta en la esfera privada, en el mercado o en la «sociedad civil», en la que el no-hombre actúa como un egoísta, como persona privada, tratando a los demás como medios y no colectivamente como amos de su destino. Además, en la sociedad actual prima, por desgracia, la sociedad civil, y el estado o la «comunidad política» es lo secundario. Lo que hay que hacer para realizar plenamente la naturaleza del género humano es trascender el estado y la sociedad civil mediante la politización de toda la vida, colectivizando todas las acciones del hombre. Entonces, el hombre individual real pasará a constituirse en «ser especie» verdadero y completo.[28]

Ahora bien, sólo una revolución, sólo una orgía de destrucción puede llevar a cabo esta tarea. Y aquí es donde Marx evocó la llamada a la destrucción total que había animado la visión del mundo de sus poemas de juventud. Así, en un discurso pronunciado en Londres en 1856, dio expresión gráfica y minuciosa a esta meta de su «praxis». Mencionó que en la Alemania medieval existió un tribunal secreto llamado el *Vehmgerich*. Y explicó: «Si se veía una cruz roja en la puerta de una casa, la gente sabía que su dueño había sido condenado por el *Vehm*. Todas las casas de Europa están en estos momentos marcadas con la misteriosa cruz. La historia es el juez —su ejecutor, el proletariado.»[29]

En realidad, a Marx no le satisfacía el comunismo filosófico al cual les había convertido, a él y a Engels por separado, un izquierdista hegeliano un poco mayor que ellos, Moses Hess (1812-75), a principios de la década de 1840. A finales de 1843, Marx añadió al comunismo de Hess la insistencia crucial en el *proletariado*, no sólo como clase económica, sino en tanto que destinado a convertirse en la «clase universal» una vez que se hiciese realidad el comunismo. Como hemos apuntado más arriba, Marx tomó su visión del proletariado como la clave de la revolución comunista de la obra de 1842 de Lorenz von Stein, un enemigo del socialismo que interpretó los movimientos socialista y comunista como racionalizaciones de los intereses de clase del proletariado. Marx descubrió en el ataque de Stein el motor «científico» de la inevitable llegada de la revolución comunista. El proletariado, la clase más «alienada» y presuntamente «carente de propiedad», sería la clave.

Marx ya poseía el perfil de su visión mesiánica secular: una dialéctica material de la historia junto con la revolución apocalíptica final que llevaría a cabo el proletariado. Mas, ¿cómo se lograría esto en concreto? La visión no bastaba. ¿Qué leyes científicas de la historia podrían dar lugar a esta preciada meta? En su empeño por hallar una solución, Marx tuvo la suerte de tener a

[28] *Ibid*., p. 105.
[29] *Ibid*., p. 15.

su disposición un ingrediente crucial: el concepto saint-simoniano de la historia humana en tanto que gobernada por una pugna inherente entre clases económicas. La lucha de clases, junto con el materialismo histórico, habría de constituirse en un ingrediente esencial de la dialéctica material marxiana.

11.6 El Marx utópico

A pesar de que Marx reivindicase que él era un «socialista científico», despreciando a todos los demás socialistas, a los que rechazó por moralizadores y «utópicos», debe quedar claro que el propio Marx perteneció, más incluso que sus competidores «utópicos», a la tradición mesiánica utópica. Y es que él no sólo trató de dar con la sociedad futura que pondría fin a la historia: reivindicó haber descubierto que el camino que conducía a esa utopía se hallaba inexorablemente determinado por las «leyes de la historia».

Marx fue ciertamente un utópico y, además, furibundo. Elemento distintivo de toda utopía es un deseo militante de poner fin a la historia, de congelar la humanidad en una condición estática, de acabar con la diversidad y la voluntad libre del hombre, y de ordenar la vida de todos de acuerdo con el plan totalitario de la utopía. Muchos de los primeros comunistas y socialistas expusieron sus rígidas utopías con todo lujo de detalles absurdos, determinando el tamaño de las viviendas de todo el mundo, lo que comerían, etc... Marx no fue tan estúpido como para hacer eso, pero todo su sistema, como pone de manifiesto Thomas Molnar, es «la búsqueda que hace la mente utópica de una estabilización definitiva del género humano o, en términos gnósticos, de su reabsorción en lo intemporal». Como hemos visto, su búsqueda de la utopía venía a ser, para Marx, un ataque explícito a la creación de Dios y el deseo feroz de destruirla. La idea de demoler los muchos y diversos aspectos de la creación y de regresar a una supuesta unidad perdida con Dios apareció, como dijimos más arriba, con Plotino. Molnar lo sintetiza así:

> Desde esta perspectiva, la misma existencia constituye una herida que se inflige al no-ser. Ciertos filósofos, de Plotino a Fichte y otros posteriores, han sostenido que la reabsorción del universo polícromo en el Uno eterno sería preferible a la creación. Aparte de esa solución, proponen organizar un mundo en el cual el cambio quede bajo control, para así acabar con una voluntad inquietantemente libre y con los movimientos ignotos de la sociedad. Aspiran a regresar del concepto lineal hebreo-cristiano al ciclo greco-hindú —esto es, a una perennidad inmóvil, intemporal.

Para los utópicos, incluido Marx, el triunfo de la unidad sobre la diversidad significa que «puede abolirse la sociedad civil con su preocupante diversidad». Entonces Molnar plantea la interesante cuestión de que, cuando Hayek y Popper refutan el marxismo demostrando

> que ninguna mente —tampoco la de un *politburó* equipado con supercomputadoras— puede alcanzar una visión general de los cambios del mercado ni de los miles de individuos y sus interacciones que lo integran, no hacen mella alguna. Marx está de acuerdo con ellos. Ahora bien, él desea abolir el mercado y sus componentes tanto económicos como intelectuales («legales, políticos, filosóficos, religiosos, estéticos») para, así, restaurar un mundo sencillo —un paisaje monocromo. Su economía no es economía sino un instrumento de control absoluto.[30]

De acuerdo, pero, como ha mostrado la historia de los países comunistas, no hay muchos seguidores de Marx que estén dispuestos a contentarse con un mundo en el que no sea posible ningún cálculo económico, y en el que, por lo tanto, la producción se colapse, dejando paso al hambre universal.

El lugar de la voluntad de Dios o de la dialéctica hegeliana del espíritu-del-mundo o idea absoluta lo ocupa en Marx el materialismo monista con su supuesto central de que, en palabras de Molnar, «el universo está constituido por materia, más algún tipo de ley unidimensional inmanente a la misma». En tal caso «el propio hombre queda reducido a un compuesto material complejo pero manipulable, que vive en compañía de otros compuestos, y que forma super-compuestos cada vez mayores llamados sociedades, cuerpos políticos, iglesias». Los científicos marxistas extraen entonces las supuestas leyes de la historia como evidentes e inmanentes a esta misma materia.

El proceso marxiano que conduce a la utopía es, entonces, la comprensión progresiva del hombre de su propia naturaleza y, luego, la reorganización del mundo de acuerdo con esa naturaleza. Engels, de hecho, proclamó explícitamente el concepto hegeliano del hombre-Dios: «Hasta ahora, la pregunta siempre ha sido: ¿Qué es Dios? —y la filosofía alemana [hegeliana] ha respondido a ella como sigue: Dios es el hombre... Ahora el hombre deberá reorganizar el mundo de un modo *verdaderamente* humano, de acuerdo con las exigencias de su *naturaleza*.»[31]

Sin embargo, este proceso está plagado de contradicciones: por poner un ejemplo decisivo, ¿cómo puede la materia llegar a una comprensión de su propia naturaleza? Como dice Molnar: «porque ¿cómo puede comprender la materia? Si comprende, no es enteramente materia, sino una materia *superior*».

En este presunto proceso inevitable de llegada a la utopía comunista proletaria una vez que la clase proletaria ha tomado conciencia de su propia naturaleza, ¿qué papel desempeña el propio Karl Marx? Si, en la teoría hegeliana,

---

[30] Thomas Molnar, «Marxism and the Utopian Theme», *Marxist Perspectives* (Invierno de 1978), pp. 153-4. Aunque el economista David McCord Wright no ahondó en las raíces religiosas del problema, sí insistió en que cierto grupo de la sociedad, el de los estatistas, persigue «realizar un modelo ideal fijo de organización social tecnológica. Una vez que se alcance este ideal, o que se produzca una aproximación notable al mismo, no queda más que repetirlo indefinidamente en el futuro». David McCord Wright, *Democracy and Progress* (Nueva York: Macmillan, 1948), p. 21.

[31] Molnar, *op. cit*. nota 30, pp. 149, 150-51.

Hegel es la figura histórica final y más grande, en la visión de Marx, éste se halla en el centro de la historia como el hombre que trajo al mundo el conocimiento clave de la verdadera naturaleza del hombre y de las leyes de la historia, haciendo de este modo las veces de «comadrona» del proceso que pondría fin a la misma. Como lo expresa Molnar:

> Al igual que otros escritores gnósticos y utópicos, a Marx le interesan menos las etapas de la historia hasta el presente (el *presente* egoísta de todos los autores utópicos) que las finales, en las que el tiempo se concentra más, en las que el drama se aproxima a su desenlace. En realidad, el escritor utópico concibe la historia como un proceso que conduce hasta él, porque él, el último que *comprende*, se halla en el centro de ella. Es natural que las cosas se aceleren y lleguen a un punto de inflexión durante su propia vida: *él* domina el Antes y el Después.[32]

Por otra parte, la realización de la utopía marxista depende del liderazgo y gobierno del equipo marxista, compuesto por los depositarios del verdadero conocimiento de las leyes de la historia, los que pasarán a transformar al género humano en el nuevo hombre socialista mediante el uso de la fuerza. En la tradición judeo-cristiana, la existencia del mal se explica por la voluntad libre del individuo. Los sistemas monistas deterministas suponen, en cambio, que toda la historia se halla determinada por leyes invariables, de modo que el mal sólo puede ser *aparente*, algo que opera, en un sentido profundo, al servicio del bien superior. Todo mal aparente ha de ser verdaderamente bueno, y ha de estar al servicio de algún tipo de plan determinado, sea el despliegue del Dios-hombre o cualquier otra variante atea. En una sociedad justa, la coerción que cierto equipo ejerce sobre la gente con el objetivo de crear un nuevo hombre socialista no puede ser mala o inaceptable. Al contrario, el deber de la vanguardia marxista, integrada por quienes están al servicio de la siguiente etapa inevitable de la historia, es imponer ese régimen. La historia, esa presunta realidad a cuyo servicio se encuentra el equipo, y «la que» (¿«lo que»?) está llamada a juzgar las acciones del pasado, tiene el deber de juzgarlas como morales o inmorales, como promotoras u entorpecedoras del nacimiento de ese futuro en teoría inevitable. En definitiva, la historia o el equipo posee el privilegio y el deber de juzgar a cualquier persona o movimiento, bien como «progresista» (es decir, impulsor de la marcha determinada de la historia), bien como «reaccionario» (ralentizador de la misma).

[32] *Ibid*., pp. 151-2.

CAPÍTULO XII

EL SISTEMA MARXIANO, I: EL MATERIALISMO HISTÓRICO Y LA LUCHA DE CLASES

12.1 La estrategia marxiana

Marx buscó a la desesperada una dialéctica materialista de la historia, una dialéctica que diera cuenta de todos los cambios históricos fundamentales y que condujera inevitablemente a la revolución comunista. Sin un «afán» o impulso místico interior como el de Boehme que le sirviese como motor de la misma, tuvo que recurrir al conflicto de clases que albergaba el materialismo histórico. Sin embargo, como era habitual en él, Marx expuso este capítulo clave del sistema marxiano, junto con otras consideraciones importantes, en párrafos o en fragmentos extremadamente concisos, repartidos aquí y allá por sus escritos y los de Engels. El sistema ha de construirse a partir de todos estos fragmentos aislados. Por ello o, quizás, por la grave debilidad inherente al argumento, la terminología de Marx resulta invariablemente vaga y confusa, y las pretendidas conexiones con rango de ley de la dialéctica, prácticamente inexistentes. A menudo se trata de afirmaciones sin fundamento. Como consecuencia, el sistema marxiano no es sólo un mero entramado de falacias; es un entramado de falacias y conexiones endebles.

Ninguna teoría económica o social está obligada a formular predicciones correctas, en el sentido de pronósticos del futuro. Pero la doctrina marxiana es diferente. Al igual que los pietistas pre-milenaristas, que siempre están prediciendo un Harmaguedón inminente, Marx reivindica que lo que plantea son «leyes de la historia», según él, «científicas» y no místicas. Ahora bien, si es cierto que Marx conocía las leyes de la historia, debería haber presentado predicciones correctas a partir de esas leyes supuestamente fijas. Y, sin embargo, todas sus predicciones han resultado ser completamente erróneas. Aquí, los marxistas recurren invariablemente a cambiar la predicción o a apuntar

(retrospectivamente) a algún factor contrario que retrasa temporalmente el cumplimiento de la predicción. Así, como veremos más adelante, una de las predicciones de Marx, clave en la senda que conduce al socialismo, fue la de que la clase trabajadora padecería una pobreza y miseria cada vez mayores. Por el contrario, cuando en el mundo occidental se vio que las clases trabajadoras seguían aumentando espectacularmente sus niveles de vida, los apologistas marxianos echaron mano de la afirmación de que Marx se refirió únicamente a la pobreza «en relación con» la clase capitalista. Ahora bien, es muy dudoso que el proletariado lleve a cabo una revolución sangrienta por tener un solo yate y no la docena de ellos que posee cada capitalista. La miseria «relativa» es harina de otro costal. Los marxistas vinieron entonces con la idea de que los niveles de vida de los trabajadores occidentales estaban aumentando a causa de un retraso «temporal» producido por el imperialismo occidental, que permitía a dichos trabajadores ser «capitalistas» en relación con el explotado Tercer Mundo. El hecho de que Marx y Engels estuvieran a favor del imperialismo occidental, particularmente del alemán, en tanto que motor del progreso, es algo que con frecuencia pasan por alto los escritores marxianos.

En el ámbito de las cuestiones teóricas, la estrategia de los marxistas es similar. Cada vez más, a medida que se hace evidente que las doctrinas marxianas clave, esto es, el determinismo tecnológico de toda vida o la teoría del valor trabajo, se vuelven demasiado absurdas como para ser defendidas con seriedad, el marxista las abandona, pasando de inmediato a reivindicar con cabezonería que él todavía es «marxista», y que el marxismo sigue siendo esencialmente válido. Pero esta es la actitud del fiel religioso místico y no la del científico o la de un pensador racional.

Un arma que con frecuencia blandieron los marxistas, y también el propio Marx, fue «la dialéctica». Dado que la dialéctica supone que el mundo y la sociedad humana se componen de tendencias conflictivas o «contradictorias» próximas o incluso dentro del mismo conjunto de circunstancias, *cualquier* predicción puede justificarse como consecuencia de la profunda comprensión que uno posee del término de la dialéctica contradictoria que en cierto momento prevalezca, sea el que sea.[1] En una palabra, puesto que *A* o no-*A* pueden acontecer, los marxistas pueden cubrirse las espaldas sin temor a que alguna de sus predicciones pueda ser refutada alguna vez. Se ha dicho que Gerry Healy, líder absoluto del movimiento izquierdista del trostkysmo británico hasta que el escándalo acabó con él en años recientes, fue capaz de conservar su poder reivindicando la facultad exclusiva de comprensión del funciona-

[1] Como dice ingeniosamente Gray, al «lego o ignorante que está fuera» a menudo le parece que la dialéctica «viene a ser un simple juguete que permite considerar el más mínimo vaivén de cualquier péndulo como encarnación de un gran principio filosófico». Alexander Gray, *The Socialist Tradition* (Londres: Longmans, Green, 1947), p. 300.

miento enigmático de la dialéctica. En el caso de Marx, un buen ejemplo de ese modo de cubrirse las espaldas aparece descrito en una carta dirigida a Engels. Marx le dice a éste que acaba de predecir algo en su columna de la *New York Tribune*. Añade, cínica y reveladoramente, que: «Es posible que me desacredite. Pero, en ese caso, aún será posible salir adelante con la ayuda de un poco de dialéctica. Ni que decir tiene que redacté mis predicciones de tal manera que, aun en caso contrario, no me equivocase.»[2]

12.2 El materialismo histórico

No hay otro lugar de su sistema en el que Marx sea más confuso o menos sólido que en su propio fundamento: el concepto de materialismo histórico, la clave de la inevitable dialéctica de la historia.

En la base del materialismo histórico y de la visión de la historia de Marx se halla el concepto de «fuerzas productivas materiales». Estas «fuerzas» constituyen el motor que produce todos los acontecimientos y cambios históricos. ¿Qué son estas «fuerzas productivas materiales»? Jamás queda claro. Lo más que se puede decir es que las fuerzas productivas materiales hacen referencia a «métodos tecnológicos». Por otro lado, también nos encontramos con la expresión «modo de producción», que parece ser la misma cosa que las fuerzas productivas materiales, o el conjunto o los sistemas de métodos tecnológicos.

En cualquier caso, estas fuerzas productivas materiales, estas tecnologías y «modos de producción», crean de modo único y monocausalmente todas las «relaciones de producción» o «relaciones sociales de producción», con independencia de las voluntades de la gente. Estas «relaciones de producción», asimismo muy vagamente definidas, parecen ser, fundamentalmente, relaciones jurídicas y de propiedad. El conjunto de estas relaciones de producción conforman de algún modo la «estructura económica de la sociedad». Esta estructura económica es la «base» que determina causalmente la «superestructura», en la que se incluye la ciencia natural, las doctrinas jurídicas, la religión, las filosofías y el resto de formas de «conciencia». En suma, en el fondo de esta base se encuentra la tecnología, la cual, a su vez, constituye o determina los modos de producción, que, por su parte, determinan las relaciones de producción, o las instituciones del derecho o la propiedad, que son las que, por último, determinan las ideas, los valores religiosos, el arte, etc...

Así, pues, ¿cómo acontecen los cambios históricos dentro del esquema marxiano? *Sólo* pueden producirse en los métodos tecnológicos, ya que el resto de lo que hay en la sociedad viene determinado por el estado de la tecnología

[2] En Igor Shafarevich, *The Socialist Phenomenon* (Nueva York: Harper & Row, 1980), p. 210.

en un momento dado. Esto es, si el estado de la tecnología es *T* y todo lo demás es la superestructura determinada *S*, entonces, según Marx,

$$T_n \rightarrow S_n$$

donde *n* es cualquier punto en el tiempo. Pero, entonces, la única forma en la que puede tener lugar el cambio social es a través del cambio en la tecnología, en cuyo caso

$$T_{n+1} \rightarrow S_{n+1}$$

Como lo expresara Marx en su *Miseria de la filosofía*, en lo que viene a ser la exposición más clara y nítida de su visión tecnológico-determinista de la historia:

> Al hacerse con nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción, y al cambiar su modo de producción, su medio de ganarse la vida, cambian el resto de todas sus relaciones sociales. El molino manual te da la sociedad del señor feudal; la máquina de vapor, la del capitalista industrial.

La primera falacia grave de este fárrago está justo al principio: ¿De dónde proviene esta tecnología? ¿Cómo cambian o mejoran las tecnologías? ¿Quién las pone en marcha? Una de las claves del entramado de falacias que conforma el sistema marxiano es que Marx jamás trata de dar una respuesta. Y lo cierto es que no puede, ya que si atribuyese a las acciones humanas, individuales, el estado de la tecnología o el cambio tecnológico, todo su sistema se vendría abajo. Porque, en ese caso, la conciencia humana, y la individual en particular, estaría determinando las fuerzas productivas materiales y no al revés. Como pone de manifiesto von Mises:

> Podemos sintetizar la doctrina marxiana así: Primero están las «fuerzas productivas materiales», esto es, el equipo tecnológico de los esfuerzos productivos humanos, las herramientas y las máquinas. No se admite ninguna pregunta en relación a su origen; se dan, y eso es todo; hemos de suponerlas como caídas del cielo.[3]

Y cabe añadir que, por consiguiente, cualquier cambio que se produce en esa tecnología debe venir igualmente del cielo.

Además, como también demostró von Mises, lo que predomina en la tecnología es la conciencia y no la materia:

> un invento tecnológico no es algo material. Es el producto de un proceso mental, de un discurrir y concebir nuevas ideas. Las herramientas y las máquinas pueden llamarse materiales, pero la operación mental que las creó es ciertamente espi-

[3] Ludwig von Mises, *Theory and History* (1957, Auburn, Ala.: Mises Institute, 1985), pp. 111-12.

> ritual. El materialismo marxiano no da cuenta del origen de los fenómenos «superestructurales» e «ideológicos» remontándose hasta sus raíces «materiales». Explica estos fenómenos como causados por un proceso esencialmente mental, esto es, la invención.[4]

Las máquinas son ideas encarnadas. Por otro lado, los procesos tecnológicos no sólo requieren invenciones. Han de salir de la fase de invención y deben encarnarse en máquinas y procesos concretos. Y eso, además de invención, exige ahorro e inversión de capital. Pero, si admitimos este hecho, entonces las «relaciones de producción», el sistema jurídico y de derechos de la propiedad, son los que contribuyen a determinar si se fomentará o no el ahorro y la inversión. Una vez más, el orden causal discurre *de* las ideas, los principios y la «superestructura» jurídica y de derechos de propiedad *hacia* lo que se supone que es la «base».

De igual forma, no se invertirá en máquinas a menos que en la sociedad se dé una división del trabajo suficientemente extendida. De nuevo, son las relaciones sociales, la división del trabajo y el intercambio cooperativos de la sociedad los que determinan la extensión y el desarrollo de la tecnología, y no al contrario.[5]

Aparte de estas deficiencias lógicas, la doctrina materialista es fácticamente absurda. Es evidente que el molino manual que imperó en la antigua Sumeria *no* «te dio» una sociedad feudal: más aun, ya hubo relaciones capitalistas mucho antes de que apareciese la máquina de vapor. El determinismo tecnológico hizo que Marx alabase todo invento nuevo importante como *la* «fuerza productiva material» mágica que daría lugar, de modo inexorable, a la revolución socialista. Wilhelm Liebknecht, destacado marxista alemán y amigo de Marx, refiere que, en cierta ocasión, Marx acudió a una exposición de locomotoras eléctricas en Londres y concluyó, encantado, que la electricidad originaría la inevitable revolución comunista.[6]

Engels llevó tan lejos el determinismo tecnológico que llegó a afirmar que fue el invento del fuego el que separó al hombre de los animales. Supongo que el grupo de animales entre los que apareció el fuego se vio determinado a evolucionar a partir de ese instante; la aparición del hombre sólo fue una parte de la superestructura.

Aun admitiendo por un una vez la tesis de Marx por mor del argumento, su teoría del cambio histórico tiene que hacer frente todavía a algunos problemas insuperables. En efecto, ¿por qué la tecnología, que se desarrolla de algún modo como algo automáticamente dado, cambia simple y lisamente las «rela-

---

[4] *Ibid.*, pp. 109-10.

[5] En la *Miseria de la filosofía*, Marx denunció irritado a Proudhon por plantear esta misma cuestión, que la división del trabajo precede a las máquinas.

[6] Véase M.M. Bober, *Karl Marx's Interpretation of History* (2.ª ed. rev., Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1948), p. 9.

ciones de producción» y la «superestructura» que están por encima de ella? Es más, si la base determina en cada momento el resto de la superestructura, ¿cómo es que un cambio en dicha base *no* puede determinar un cambio ligero correspondiente en el resto de la estructura? Una vez más, en el sistema marxiano se introduce un elemento misterioso. A medida que la tecnología y los modos de producción progresan, entran periódicamente en conflicto o, dicho en la peculiar jerga hegeliano-marxiana, en «contradicción» con las relaciones de producción, que siguen estando en las condiciones correspondientes al periodo y la tecnología precedentes. Así, estas relaciones se convierten en «cadenas» que bloquean el progreso tecnológico. Puesto que aquéllas impiden el crecimiento, la nueva tecnología da lugar a una inevitable revolución social que echa abajo las viejas relaciones de producción y la superestructura, creando otras nuevas, las que antes estaban en una situación de bloqueo o cautivas. Así es como el feudalismo da lugar al capitalismo, el cual dará lugar, a su vez, al socialismo.

Ahora bien, si la tecnología determina las relaciones sociales de producción, ¿qué misteriosa fuerza es la que retrasa el cambio en esas relaciones? No podría ser ni la cabezonería ni el hábito ni la cultura humanos, puesto que Marx nos acaba de informar de que, aparte de las meras voluntades de los hombres, los modos de producción son los que les empujan a establecer las relaciones sociales.

Como apunta el Profesor Plamenatz, sólo se nos *dice* que las relaciones de producción se convierten en cadenas de las fuerzas productivas. Marx únicamente afirma esto, y jamás intenta aportar una causa, sea material o de cualquier otro tipo. Plamenatz expresa todo el problema así:

> entonces, todo de improviso, sin previo aviso ni explicación, [Marx] nos dice que, no obstante, de tiempo en tiempo surge una incompatibilidad entre ellas [las fuerzas productivas y las relaciones de producción] que sólo la revolución social puede resolver. Parece ser que esta incompatibilidad surge porque la variable dependiente [las relaciones] empieza a impedir la operación libre de la variable de que depende [las fuerzas productivas materiales]. Ésta es una afirmación increíble y, sin embargo, Marx puede pronunciarla sin percatarse, siquiera, de que exige una explicación.[7]

El Profesor Plamenatz ha mostrado que una parte de esta gran confusión viene generada y camuflada por el hecho de que Marx no llega a definir adecuadamente las «relaciones de producción». Da la impresión de que este concepto incluye las relaciones jurídicas de propiedad. Sin embargo, si las relaciones jurídicas de propiedad fuesen las responsables de este retraso dialéctico en el ajuste, de este poner las «cadenas», entonces Marx estaría reconociendo

[7] John Plamenatz, *German Marxism and Russian Communism* (Nueva York: Longmans, Green & Co., 1954), p. 29.

que el problema es realmente legal o político y no económico. Pero él quería que la base determinante fuese *puramente económica*; lo político y lo ideológico tenían que ser sólo una parte de la superestructura determinada. Así, pues, las cadenas eran las, en teoría económica, «relaciones sociales de producción»; ahora bien, esto sólo tiene sentido si por éstas entendemos los derechos de propiedad o el sistema jurídico. Consecuentemente, Marx evitó su dilema mostrándose tan confuso y ambivalente con respecto a las «relaciones de producción» que éstas podían considerarse, bien *incluyendo* la estructura de la propiedad, bien en tanto que *idénticas* a dicha estructura, o, si no, una y otra como dos entidades completamente *separadas*.

En concreto, Marx logró alcanzar su objetivo oscurantista afirmando que el sistema de derechos de propiedad era una parte de la «expresión jurídica» de las «relaciones de producción» —pudiendo, así, ser parte al mismo tiempo de la superestructura y de las «relaciones de producción» económicas. Ni que decir tiene que tampoco se definió el concepto de «expresión jurídica». Plamenatz resume esto diciendo que el concepto entero de «relaciones de producción», tan necesario para la tesis del determinismo material o económico de Marx, le sirve a éste a modo de «batallón fantasma que cierra una brecha vital en el frente de la teoría marxiana».[8] Aun así, no hay manera de que el concepto de «relaciones de producción» haga inteligible el determinismo económico, ni de que estas relaciones puedan ser determinadas por los modos de producción *o* ellas mismas determinar el sistema de derechos de propiedad.

Frente a ello, la única cadena causal coherente posible es la contraria: de las ideas a los sistemas de derechos de propiedad, al fortalecimiento o debilitamiento del crecimiento del ahorro y la inversión, y del desarrollo tecnológico.

Los marxistas del siglo XX, de Luckacs a Genovese, han tratado a menudo de salir airosos de la situación embarazosa del determinismo tecnológico de Marx y de sus seguidores inmediatos. Defienden que todos los marxistas sofisticados saben que la causalidad no es unilineal, que, en realidad, la base y la superestructura se influyen mutuamente. A veces tratan de forzar los datos para reivindicar que el propio Marx adoptó esa postura elaborada. En uno u otro caso, lo que de verdad están haciendo es esconder típicamente el hecho de que ya han abandonado el marxismo. El marxismo sólo es un determinismo tecnológico monocausal, más el resto de falacias que hemos descrito, que no ha llegado a demostrar que exista un mecanismo dialéctico inevitable ni aun probable.[9]

---

[8] *Ibid*., p. 27.

[9] Para la defensa que hiciera el fundador del marxismo ruso, George V. Plejanov (1857-1918), de la monocausalidad tecnológica como una de las claves del marxismo, véase Plejanov, *The Development of the Monist View of History* (Nueva York: International Publishers, 1973). Cf. David Gordon, *Critics of Marxism* (New Brunswick, MJ: Transaction Books, 1986), p. 22. Para una crítica del marxismo-plejanovismo, véase Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism* (Oxford: Oxford University Press, 1981), pp. 340-2.

12.3 La lucha de clases

Aun suponiendo que exista esa incompatibilidad no explicada entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, ¿por qué no habría de persistir siempre? ¿Por qué la economía no cae sencillamente en un estancamiento permanente de las fuerzas tecnológicas? Esta «contradicción», por llamarla así, no bastaba para originar el objetivo de Marx de una revolución comunista y proletaria inevitable.

La respuesta que aporta Marx, el motor de las revoluciones inevitables de la historia, es un conflicto de clases inherente, pugnas inherentes entre clases económicas. Y es que, aparte del sistema de derechos de propiedad, una de las consecuencias de las relaciones de producción en tanto que determinadas por las fuerzas de producción es la «estructura de clases» de la sociedad. Según Marx, las cadenas las ponen invariablemente las «clases dominantes» privilegiadas, que, de algún modo, hacen las veces, o son encarnaciones vivas, de las relaciones sociales de producción y del sistema jurídico de propiedad. Frente a ello, otra clase económica en inexorable «ascenso» encarna las tecnologías y los modos de producción oprimidos o prisioneros.

La «contradicción» entre las fuerzas productivas materiales prisioneras y las relaciones sociales de producción que las aprisionan viene a encarnarse así en una determinada lucha entre las clases «en ascenso» y las «dominantes» destinada a resolverse, merced a la dialéctica inevitable (material) de la historia, en una revolución triunfante de las primeras. El triunfo de la revolución armoniza finalmente las relaciones de producción y las fuerzas productivas materiales o sistema tecnológico. Todo es entonces paz y armonía, hasta que el desarrollo tecnológico origina nuevas «contradicciones», nuevas cadenas y un nuevo conflicto de clases del que saldrá victoriosa la clase económica emergente. Así es como el feudalismo, determinado por el molino manual, dio origen a las clases medias cuando se creó el motor de vapor, y como las clases medias en ascenso, las manifestaciones vivientes del motor de vapor, rompieron entonces las cadenas impuestas por la clase de los señores feudales de la tierra. De este modo, la dialéctica material toma un sistema socio-económico, por ejemplo, el feudalismo, y afirma que éste «da origen» a su opuesto, o «negación», así como a su propia sustitución por el «capitalismo», que, de esta manera, «niega» y trasciende el feudalismo. De igual forma, la electricidad (o lo que sea) dará inevitablemente origen a una revolución proletaria que permitirá que aquélla triunfe sobre las cadenas que le imponen los capitalistas.

No resulta difícil exponer esta posición sin rechazarla inmediatamente como una sandez. Aparte de todas las deficiencias del materialismo histórico que hemos visto más arriba, no existe ninguna cadena causal que enlace una tecnología con una clase, o que permita que las clases económicas encarnen la tecnología o las cadenas de «relaciones de producción» de la misma. No hay

ninguna razón que explique que esas clases deban o puedan actuar como marionetas a favor o en contra de nuevas tecnologías. ¿Por qué los señores feudales tienen que tratar de suprimir el motor de vapor? ¿Por qué no han de poder esos señores invertir en ellas? Y ¿por qué no pueden los capitalistas invertir alegremente en electricidad lo mismo que en el motor de vapor? Por cierto, eso es algo que ya han hecho de buen grado, tanto en electricidad como en el resto de tecnologías ahorrativas que han triunfado (aparte de ser los primeros en introducirlas). ¿Por qué es inevitable que los capitalistas se hallen oprimidos bajo el feudalismo? ¿Y por qué el proletariado se encuentra en una situación similar bajo el capitalismo? (Sobre el intento de respuesta a esta última pregunta que lleva a cabo Marx, véase más abajo.)

Si la lucha de clases y la dialéctica material dan lugar finalmente a una revolución proletaria inevitable, ¿por qué, como sostiene Marx, se acaba en ese punto la dialéctica? La razón está en que una de las claves tanto del marxismo como de otros credos milenaristas y apocalípticos es que esa dialéctica no puede en absoluto durar siempre. Al contrario, el que defiende el quiliasmo, sea pre o post-milenarista, considera inminente el fin de la dialéctica o de la historia. Muy pronto, inminentemente, la tercera edad, o el regreso de Jesús, o el Reino de Dios en la tierra, o la auto-conciencia absoluta del hombre-Dios, pondrán realmente fin a la historia. También la dialéctica atea de Marx previó la inminente revolución proletaria, la cual daría lugar, tras la etapa del «comunismo salvaje», a otra de «comunismo superior» o, quizá, de un «más allá del comunismo», que sería una sociedad sin clases, una sociedad de igualdad total, sin ningún tipo de división del trabajo, una sociedad sin gobernantes. Y, puesto que para Marx la historia es una «historia de conflictos entre clases», la etapa comunista final sería la última, la que, efectivamente, pondría fin a la historia.

Por supuesto, los críticos de Marx, de Bakunin a Milovan Djilas, pasando por Machajski, han puesto de manifiesto, tanto profética como retrospectivamente, que la revolución proletaria, en cualquiera de sus etapas, no elimina las clases, antes bien, establece una nueva clase dominante y otra de dominados. No existiría igualdad alguna, sino otra desigualdad de poder e, inevitablemente, de riqueza: la elite oligárquica, la vanguardia, como dominante, y el resto de la sociedad como dominada.

Para redondear su sistema, Marx se interesó por el funcionamiento dialéctico del pasado, el paso del despotismo oriental o el «modo asiático de producción» al mundo antiguo, de éste al feudalismo y del feudalismo al capitalismo. Sin embargo, su principal interés, como es compresible, era demostrar el mecanismo preciso por el cual se suponía que el capitalismo iba a dar paso de modo inminente a la revolución proletaria. Después de elaborar este sistema general, la mayor parte del resto de su vida la dedicaría a demostrar y desarrollar estos supuestos mecanismos.

12.4 La doctrina marxiana de la «ideología»

Incluso Marx se ve forzado a reconocer sutilmente que en el mundo real no son las «fuerzas productivas materiales» las que actúan, como tampoco las «clases», sino sólo la conciencia y elección individuales. En el propio análisis marxiano, cada clase, o los individuos que la integran, debe llegar a ser consciente de sus «verdaderos» intereses de clase a fin de perseguirlos o alcanzarlos. Según Marx, el pensamiento de cada individuo, sus valores y teorías, todos están determinados, *no* por su interés privado personal, sino por el interés de la clase a la que se supone que pertenece. Esta es la primera deficiencia fatal del argumento. ¿Por qué todo individuo habría de tener siempre en mayor estima a su clase que a su propia persona? Segundo, de acuerdo con Marx, este interés de clase determina los pensamientos y puntos de vista del mismo, y así *debe* ser, porque cada persona sólo es capaz de «ideología» o falsa conciencia a favor del interés de su clase. No es capaz de una búsqueda desinteresada, objetiva, de la verdad, ni de perseguir su propio interés o el de todo el género humano. Ahora bien, como ha puesto de manifiesto von Mises, aun cuando Marx pretende que su teoría sea ciencia pura, no-ideológica, la redacta expresamente con el fin de promover el interés de clase del proletariado. Y aunque él mismo interpretase toda la economía «burguesa» y el resto de disciplinas del pensamiento como falsas por definición, como racionalizaciones «ideológicas» del interés de clase burgués, los marxistas

> no fueron lo bastante coherentes como para atribuir a sus propias doctrinas un carácter meramente ideológico. Daban por supuesto que los principios marxianos no son ideologías. Ellas eran un anticipo del conocimiento de la futura sociedad sin clases, la cual, libre de las cadenas de los conflictos de clase, se hallará en condiciones de elaborar el conocimiento puro, no contaminado por tachas ideológicas.[10]

El Dr. David Gordon ha resumido este punto atinadamente:

> Si todo pensamiento sobre cuestiones sociales y económicas está determinado por la posición de clase, ¿qué sucede con el propio sistema marxista? Si, como proclamó orgulloso Marx, él pretendía aportar una ciencia para la clase trabajadora, ¿por qué habría de aceptarse alguna sus ideas como verdadera? Mises observa correctamente que la visión de Marx se auto-refuta: si todo pensamiento social es ideológico, entonces *esta* proposición es ella misma ideológica y se ha minado el fundamento para creer en ella. En sus *Teorías de la plusvalía*, Marx no puede contener su desprecio de las «apologías» de varios economistas burgueses. No se dio cuenta de que con sus constantes burlas al sesgo de clase de sus colegas economistas estaba cavando la fosa de su gran labor de propaganda en defensa del proletariado.[11]

---

[10] Von Mises, *op. cit*. nota 3, p. 126.

[11] David Gordon, «Mises Contra Marx», *The Free Market*, 5 (julio de 1987), pp. 2-3.

Von Mises plantea también la cuestión de que es absurdo creer que a los intereses de cualquier clase, incluida la de los capitalistas, pudiese jamás servir mejor una doctrina falsa que otra correcta.[12] Según Marx, el meollo de la filosofía era la consecución de algún objetivo práctico. Ahora bien, si, como sucede en el pragmatismo, verdad sólo es «lo que funciona», entonces es seguro que no se servirá a la burguesía aferrándose a una teoría de la sociedad que sea falsa. Si la respuesta marxiana sostiene, como lo hace, que para justificar la existencia del dominio capitalista se necesita una teoría falsa, entonces, como pone de manifiesto von Mises, desde el propio punto de vista marxiano la teoría no sería necesaria. Puesto que cada clase persigue despiadadamente su propio interés, los capitalistas no tienen ninguna necesidad de justificarse a sí mismos su dominio ni su supuesta explotación. Tampoco hay necesidad alguna de utilizar estas doctrinas para mantener al proletariado en su condición servil, ya que, para los marxistas, el dominio o el derrocamiento de cualquier sistema social depende de las fuerzas productivas materiales, y no es posible que la conciencia pueda retrasar o acelerar este desarrollo. O, si es posible, cosa que los marxistas aceptan con frecuencia, entonces en el corazón de la propia teoría marxiana encontramos un error grave y contraproducente.

Una ironía bien conocida y otro error grave del sistema marxiano es que, a pesar de toda la exaltación marxiana del proletariado y de la «mente proletaria», todos los marxistas destacados, empezando por Marx y Engels, fueron, sin ningún género de dudas, burgueses. Marx era hijo de una rico jurista, su mujer pertenecía a la nobleza prusiana y su cuñado era ministro del interior prusiano. Friedrich Engels, su benefactor y colaborador a lo largo de toda su vida, era hijo de un rico fabricante, cosa que él mismo fue. ¿Por qué *sus* ideas y doctrinas no estaban igualmente determinadas por los intereses de clase burgueses? ¿Qué fue lo que permitió que *sus* conciencias se alzasen por encima de un sistema tan poderoso que determina las ideas de todos los demás?

En este sentido, todo sistema determinista trata de aportar una válvula de escape para los que creen en él, quienes, de algún modo, son capaces de eludir las leyes deterministas que afligen a todos los demás. Así, sin saberlo, estos sistemas se vuelven contradictorios en sí mismos y se auto-refutan. En el siglo XX, marxistas como el sociólogo alemán Karl Mannheim intentaron elevar esta válvula de escape a la categoría de una teoría de altos vuelos: que, de alguna manera, los «intelectuales» son capaces de «flotar libres», de levitar por encima de las leyes que determinan al resto de clases.

---

[12] Para una refutación de otra cuestión relacionada con la teoría de la ideología de Marx, la de que cada clase económica posee una estructura lógica de la mente distinta [«polilogismo»], véase Ludwig von Mises, *Human Action* (New haven, Conn.: Yale University Press, 1949), pp. 72-91 [trad. esp.: *La acción humana* (Madrid: Unión Editorial, 5.ª ed. 1995), p. 90-107].

12.5 La contradicción interna del concepto de «clase»

Una «clase» es un conjunto de entes que poseen algo identificable en común. Así, existe la clase de las «águilas calvas» o la de los «geranios». Una clase puede ampliarse o reducirse: por ejemplo, la clase de «los geranios que crecen en Nueva Jersey». Una «clase social» es una clase de seres humanos con algo en común. El número de clases sociales que pueden identificarse es prácticamente infinito. Por ejemplo: está la «clase de gente que mide más de 6 pies y 4 pulgadas», la «clase de gente que se llama Smith», la «clase de quienes pesan menos de 160 libras», etc... *ad libitum*. Algunas de estas clases resultarán útiles para determinados tipos de análisis sociales (por ejemplo, la «clase de gente mayor de 65 años con diabetes»), a efectos médicos, de seguros o demográficos. Mas, desde nuestro punto de vista, estas clases carecen de valor en un estudio de la teoría de clases marxiana, ya que, entre ellas, no existe ningún tipo de conflicto inherente. En la economía de mercado, en la división del trabajo e intercambio de productos internacionales, no existe ningún conflicto inherente entre la gente baja y la alta, entre la gente que no pesa lo mismo o que no se llama igual, etc... Todas las clases viven en armonía en el intercambio voluntario de bienes y servicios que benefician mutuamente a todos. Es más, en una sociedad libre, o en una economía de mercado, no hay razón alguna para que un individuo tenga que actuar en defensa de «los intereses de su clase» antes que en la del suyo propio, ni siquiera a modo de subrogación. Cuando una persona delibera sobre dónde trabajar o qué inversión llevar a cabo, ¿consultará, primero y antes que nada, a su «interés de clase» como miembro que es de la «clase de los que miden más de 6 pies de altura»? La misma idea es absurda.

¿No hay, entonces, ningún momento en el que las clases sociales se hallen en conflicto inherente? Sí, existen, pero sólo cuando algunas clases se ven privilegiadas por la coerción estatal al tiempo que otras son limitadas u oprimidas por la misma. Ludwig von Mises utilizó perspicazmente el término «casta» para identificar a los grupos privilegiados u oprimidos por el estado en tanto que diferentes de las «clases», que sólo son grupos de gente del mercado libre sin ningún conflicto inherente. El sistema de castas de la India constituyó un ejemplo clásico. Las castas privilegiadas o «dominantes» se hicieron con el poder, adquirieron renta y posición gracias a la coerción estatal; a las castas subordinadas o «dominadas» se les impidió, por ejemplo, abandonar las ocupaciones humildes de sus ancestros. Otras «castas» o clases dominantes y dominadas no son tan rígidas como en el sistema de castas indio, pero aún comparten una posición que es determinada por coerción. De este modo, la casta de los brahmanes, privilegiada por el estado, se hallaba en conflicto inherente con los intocables, subordinados como clase por el estado. Estas clases poseen entonces un interés de clase (o «casta») en conflicto: los brahmanes,

conservar sus privilegios, los intocables u otras castas subordinadas, liberarse de sus cargas. Lo relevante aquí es que, mediante el empleo del poder del estado, cada brahmán individual posee el interés común o de «clase» de conservar sus privilegios; mientras que cada intocable posee el interés común de clase de liberarse a sí mismo de la opresión.

De esta manera, incluso en casos menos rígidos que el sistema absoluto de castas, la clase de la gente baja y alta, o la de la gente que se llama Smith, que normalmente viven en paz y armonía, podrían *llegar a ser* clases en conflicto inherente. Supóngase, por ejemplo, que el estado decreta un cuantioso subsidio para la toda la gente que mida más de 6 pies de altura o un impuesto especialmente oneroso a recaudar entre todos los que midan 5 pies y 5 pulgadas. Si a la gente que se llamase Smith se le colmara de privilegios, ésta sería entonces una clase privilegiada a costa de todos los demás, y existiría el incentivo económico de intentar unirse a la «clase dominante», a los que se llaman Smith, lo antes posible.

Aun en esas situaciones, algo que Marx no podía negar en los hechos, existieron y existen individuos que, por diversas razones de orden ideológico u oportunismo, no siguen su propio interés-de-clase común. Hubo y hay brahmanes que ponen las exigencias de justicia (es decir, ideas o principios) por encima de su interés de clase, o intocables que, por interés personal, están dispuestos a someterse al orden existente.

Hay una grave contradicción interna en el centro del sistema marxiano, en el concepto clave de clase. En la dialéctica marxiana, dos grandes clases sociales se enfrentan una a la otra en un conflicto inherente, los dominantes y los dominados. En los dos primeros conflictos más importantes de la historia: «el despotismo oriental» y el «feudalismo», Marx define las clases sociales a la manera libertaria o de Mises que hemos visto: como clases privilegiadas u oprimidas por el estado. Así, en el «despotismo oriental», o «modo de producción asiático», el emperador y su burocracia tecnócrata controlan el estado y constituyen su «clase dominante». Esta clase recibe privilegios del estado, y grava con impuestos y controla a las clases «dominadas», esto es, a todos los demás, principalmente al campesinado, aunque también a los artesanos y mercaderes. Aquí Marx adopta la definición libertaria (que ya hemos visto anticipada por James Mill) de un sistema de dos clases, los pocos que se han hecho con el control del estado, que gobiernan y explotan a los muchos dominados. En el feudalismo se aplica un concepto similar. La clase de los señores de la tierra ha adquirido territorios haciendo la guerra y por conquista, y se ha puesto a oprimir al campesinado, a los comerciantes y artesanos mediante la imposición de rentas, tributos, controles y la servidumbre. Una vez más, las categorías de clase de Marx son categorías de «casta»: la clase dominante lo es en virtud de que ella se ha hecho con el control del estado, el principal aparato social de coerción.

Hasta aquí, de acuerdo. Pero, entonces, cuando Marx llega al capitalismo, la categoría de clase cambia súbitamente sin que se reconozca. Ahora la clase dominante no se define, sin más, como la que controla el aparato de estado. De repente, el acto original de dominio o «explotación» es el contrato salarial voluntario del mercado, el mismo acto por el que un capitalista contrata a un trabajador y por el que un trabajador acepta su contratación. Según Marx, esto instaura por sí mismo un «interés-de clase» común a los capitalistas que explotan a la «clase común» de los trabajadores. Es verdad que Marx también consideraba que esta «clase capitalista» controla el estado, pero sólo en calidad de «comisión ejecutiva de la clase dominante», es decir, de una clase dominante que *existía previamente* en el mercado libre a causa del sistema de salarios. De modo que, lo que Marx consideraría, como analista del despotismo oriental y del feudalismo, que es la explotación de clase-dominante, aún existe bajo el capitalismo, pero sólo como *addendum* a la explotación capitalista preexistente de los trabajadores a través del sistema de salarios. La explotación de clase-dominante bajo el capitalismo es única en el hecho de que pone en práctica una *doble* explotación: *primero*, en el mercado como parte del contrato salarial, y *segundo*, la supuesta explotación del estado como comisión ejecutiva de la clase dominante.

Debe quedar claro que el análisis de clase de Marx es, en estos momentos, un batiburrillo totalmente desorganizado; se contraponen dos definiciones contradictorias de clase sin fusionarse y sin que se reconozca. ¿Por qué, de entre todos los sistemas, el capitalismo habría de ser capaz de imponer una explotación «doble» de la que ninguna otra clase dominante puede disfrutar en el esquema histórico de Marx?

Sin embargo, la cuestión clave es que la definición que Marx hace de clase y de conflicto de clases bajo el capitalismo resulta irremediablemente confusa y completamente errónea. ¿Cómo es que los «capitalistas» de una misma industria, no digamos de todo el sistema social, pueden poseer algo crucial en común? En el sistema de castas, los brahmanes y los esclavos disfrutan ciertamente de un interés de clase común en conflicto con otras castas. Mas ¿cuál es el «interés de clase» común de la «clase capitalista»? Al contrario, todas las empresas capitalistas se hallan en una situación de mutua competencia y rivalidad permanentes. Compiten por las materias primas, por la mano de obra, por las ventas y por los clientes. Compiten en precios y en calidad, y en la búsqueda de nuevos productos y nuevos modos de superar a sus competidores. Marx, por supuesto, no negó la realidad de esta competencia. Así, pues, ¿cómo es posible considerar a todos los capitalistas o, siquiera, a la «industria del acero», como una clase con intereses comunes? Una vez más, sólo hay modo de hacerlo: la industria del acero disfruta de intereses comunes sólo en caso de que pueda inducir al estado a que los cree mediante privilegio especial. Una intervención estatal que imponga un arancel al acero o un cártel del acero

con una producción restringida y precios elevados, *crearía*, sin duda, una «clase dominante» de industriales del acero. Ahora bien, antes de que esa intervención tenga lugar, en el mercado no pre-existe ninguna clase con intereses comunes. Sólo el estado puede crear una clase privilegiada (o una clase subordinada y oprimida), interviniendo en la economía o en la sociedad. En el mercado libre no puede haber ninguna «clase capitalista dominante».

Por lo mismo, en el mercado libre no puede haber ninguna «clase trabajadora» con intereses de clase comunes. Los trabajadores compiten entre sí. Y, de nuevo, si los grupos de trabajadores son capaces de utilizar el estado para excluir a otros grupos, puede ser que lleguen a convertirse en una clase dominante enfrentada a los grupos excluidos. Por ejemplo, si las restricciones impuestas por el gobierno a la inmigración excluyen a los nuevos trabajadores, los nativos pueden beneficiarse (al menos a corto plazo) a costa de las rentas de los inmigrantes; o si los trabajadores blancos son capaces de excluir a los negros de los trabajos cualificados mediante la coerción estatal (como se hizo en Sudáfrica), los primeros pasan a ser una clase privilegiada o dominante a costa de los segundos.

Lo importante aquí es que *cualquier* grupo que logre hacerse con el control del estado u obtenga de él privilegios puede llegar a ocupar su lugar entre los explotadores: ya sean grupos específicos de trabajadores, de hombres de negocios, de miembros del Partido Comunista o de lo que sea. No hay razones para suponer que sólo los «capitalistas» pueden adquirir tales privilegios.

En su análisis de clase, Marx tuvo que enfrentarse constantemente con el hecho de que, en la práctica, ni los capitalistas ni los trabajadores actúan como si fuesen miembros de clases monolíticas en conflicto. Por el contrario, los capitalistas, lo mismo que los trabajadores, siguen compitiendo entre sí. Incluso en su encendido *Manifiesto comunista*, Marx y Engels tuvieron que reconocer que «La organización de los proletarios en una clase, y, por consiguiente, en un partido político, se ve frustrada una y otra vez por la competencia entre los propios trabajadores». Cierto.

Sin embargo, hay problemas más graves. Porque Marx contó con un análisis basado en dos clases según el cual todas las pugnas titánicas de la historia se producen fundamentalmente entre dos grandes clases sociales: los que dominan frente a los dominados; la clase en ascenso en sintonía con las nuevas fuerzas productivas materiales y la que está en decadencia y no sintoniza. No obstante, una cosa es utilizar este análisis de dominantes frente a dominados de acuerdo con las definiciones millianas o libertarias; concepto que, aunque se trate de una simplificación toda vez que existen intereses y conflictos de casta, no deja de ser importante y verosímil; y otra ¿qué hacer con el mundo complejo y de clases múltiples de la economía de mercado capitalista? ¿Cómo utilizar en este caso un modelo de dos clases para la acción de mercado o política?

No cabe duda de que Marx se decanta por el modelo de dos clases: capitalistas frente a proletarios. El resto de clases desaparecen, de modo que la poderosa clase explotada y miserable puede alzarse y se alzará como un monolito para derrocar a la «clase capitalista». Como Marx y Engels dicen en el *Manifiesto comunista*: «Nuestra época, la época de la burguesía, posee, con todo, este rasgo característico: ha simplificado los antagonismos de clase: la sociedad como un todo se halla cada vez más escindida en dos grandes campos hostiles, en dos grandes clases directamente enfrentadas: la burguesía y el proletariado.»[13]

De todas formas, en la práctica, a la hora de analizar la historia reciente o los acontecimientos presentes, Marx y Engels se vieron obligados a hablar de muchas clases y grupos, y de sus interacciones, traicionando de forma implícita, aunque rotundamente, su absurdo modelo de dos clases. Y, así, nos encontramos con el problema de que las dos clases de Marx no son en modo alguno monolitos, que sus miembros compiten permanentemente y rara vez colaboran entre sí, y también que es imposible analizar la acción histórica en la sociedad capitalista encerrando a todos los actores humanos en dos clases.

Sea como sea, el caso es que en la práctica, a la hora de analizar los acontecimientos históricos, Marx y otros marxistas emplean por fortuna un modelo multi-clase: «capital del acero», «capital textil», «capital de armamento», «capital financiero», etc... Sin embargo, no parecen percatarse de que, a pesar de que están siendo mucho más realistas que cuando parlotean sobre «capitalistas» frente a «proletarios» como dos clases monolíticas, están traicionando por completo la propia dialéctica marxiana. De una pugna multi-clase, por ejemplo, jamás se seguirá una revolución inevitable —desde luego, no la proletaria auspiciada por Marx.

Marx, y los marxistas en general, han dedicado muchos millones de palabras al concepto y uso del término «clase». Y, sin embargo, Marx nunca lo definió en ninguno de sus escritos. Y lo cierto es que, si hubiese llevado a cabo alguna tentativa de definición, la fuerte contradicción interna del concepto, la oscilación entre la creación estatal y la acción de mercado, se habría hecho descarnadamente patente, y habría tenido que hacer alguna concesión.

---

[13] En la primera sección del *Manifiesto comunista*, «Burgueses y Proletarios», Marx y Engels confunden constantemente los conceptos de «casta» y «clase», es decir, clase como privilegio especial frente a conjuntos de individuos del mercado libre. Así: «En las primeras épocas de la historia, encontramos casi en todas partes un complejo ordenamiento de la sociedad en diversos órdenes, una gradación múltiple del rango social. En la Roma antigua tenemos patricios, caballeros, plebeyos, esclavos; en la Edad media, señores feudales, vasallos, maestros de gremios, oficiales, aprendices, siervos; y en casi todas estas clases, nuevos grados de subordinación [esto es, clases por castas]». Más adelante: «La sociedad burguesa moderna que ha brotado de las ruinas de la sociedad feudal ha... establecido nuevas clases, nuevas condiciones de opresión... [salto incuestionado de una situación de casta-clase a otra de libre mercado]».

Así, en el *magnum opus* teórico de Marx, *El Capital*, no hay ningún intento de definición de clase. En vida de Marx sólo se publicó el Volumen I incompleto (1867), cuando él ya había acabado sustancialmente de trabajar en el libro. Tras su muerte en 1883, Engels trabajó, editó y publicó el manuscrito restante en dos volúmenes (1885, 1894).[14] Únicamente en el famoso capítulo último del tercer volumen llega a intentar definir Marx aquello sobre lo que él y Engels habían hablado y escrito durante cuatro décadas. Se trata de un capítulo inconcluso y sorprendentemente breve, cinco escuetos párrafos. En este capítulo, «Clases», Marx comienza con la tríada clásica ricardiana: que en la economía de mercado el origen de la renta total son los salarios, los beneficios y las rentas, y que los perceptores de dicha renta constituyen las «tres grandes clases de la sociedad moderna» —trabajadores, capitalistas y terratenientes.[15] Hasta ahí, bien. Pero, después, Marx añade que, incluso Inglaterra, el país capitalista «con un desarrollo mayor y prototípico», incluye «estratos medios e intermedios [que], aun aquí, difuminan por todas partes las líneas de demarcación». No obstante, al momento se apresura a asegurar a sus lectores que este problema es irrelevante, ya que la concentración y polarización de las clases está teniendo lugar a un ritmo acelerado.

A continuación, Marx inicia el tercer párrafo de este capítulo aparentemente culminante. «La primera pregunta a la que hay que responder es ésta: ¿Qué es lo que constituye una clase?» Cierto. Después añade que la respuesta a esta pregunta «se sigue naturalmente» de la respuesta a un segundo interrogante relacionado: «¿Qué es lo que hace que los trabajadores asalariados, los capitalistas y los terratenientes constituyan tres grandes clases sociales?» Ya se nos ha predispuesto a recibir una respuesta, primero a la segunda pregunta ricardiana y luego al primer interrogante crítico sobre lo que constituye una clase.

En relación a la segunda pregunta, Marx afirma que, «en principio», la respuesta es la identidad entre las rentas y sus fuentes. Después de todo, los trabajadores perciben los salarios de su trabajo, los capitalistas obtienen beneficios a partir de su capital y los terratenientes reciben la renta de su tierra. Sin embargo, Marx nos advierte inmediatamente de que esta respuesta sencilla no es válida. Porque:

> No obstante, partiendo de ahí, los médicos y los funcionarios, por ejemplo, constituirían también dos clases, dado que pertenecen a dos grupos sociales distintos cuyos miembros reciben en cada caso sus ingresos de una y la misma fuente. Lo mismo podría decirse también de la infinita fragmentación de intereses y rangos

[14] Durante la década de 1870, Marx hizo creer a Engels que estaba trabajando duro y sin descanso en los volúmenes II y III del *Capital*. Con ocasión de la muerte de Marx, Engels se quedó pasmado al descubrir que prácticamente no había trabajado nada en el manuscrito desde 1867; en una palabra, que Marx había mentido descaradamente a su amigo y patrón. Véase W.O, Henderson, *The Life of Friedrich Engels* (Londres: Frank Cass, 1976), II, p. 563.

[15] Véase más adelante la contribución ricardiana a la teoría de clases marxiana.

> que ha producido la división del trabajo social tanto en los trabajadores como en los capitalistas y terratenientes —en los últimos, por ejemplo, en propietarios de viñedos, propietarios de granjas, propietarios de minas y propietarios de piscifactorías.

Justo. Marx ha lo ha expresado muy bien; su querido modelo monolítico de dos clases (o de tres clases, si incluimos el «residuo feudal» supuestamente en declive, la clase de los terratenientes) queda completamente arruinado.[16]

De esta manera, la teoría de clases marxiana, y, por consiguiente, el marxismo, es destruida por su propio creador. Sin embargo, si el momento de mayor oscuridad es el que precede al alba, si el sufrimiento de la clase oprimida es mayor justo antes de la revolución apocalíptica, cabría esperar que Karl Marx tomase entonces cartas en el asunto y resolviese triunfalmente la situación. ¿Cómo lo hace? ¿Cuál es el desenlace del drama? En lo que constituye uno de los instantes menos gloriosos en la historia del pensamiento social, el manuscrito concluye con las líneas que acabamos de mencionar. Sólo una críptica nota a pie de página de Engels: «El manuscrito se interrumpe aquí.»

La manera en que Engels lo expresa hace suponer que el Maestro falleció justo en el instante en que su pluma se disponía a enarbolar la Respuesta que salvaría a la ruinosa teoría de clases marxiana dotándole de fundamentos sólidos. Pero sabemos que esto no es cierto, porque la «interrupción» se produjo 16 años antes de la muerte de Marx. Así, pues, éste tuvo tiempo suficiente para dar su dramática y concluyente respuesta. ¿Por qué no la buscó? Sólo podemos concluir que no pudo, que se vio bloqueado, que se dio cuenta de que no *había* respuesta alguna, y de que, para solventarla, en adelante el marxismo tendría que apoyarse en la repetición y la soflama.

---

[16] Cf. estas ideas del destacado crítico del marxismo del siglo XX Ludwig von Mises: «La teoría del conflicto irreconciliable de clases resulta ilógica ya que divide la sociedad en apenas tres o cuatro grandes clases. Llevada hasta sus conclusiones lógicas, la teoría tendría que llegar a dividir la sociedad en grupos de interés hasta alcanzar grupos cuyos miembros cumpliesen exactamente la misma función. No basta con dividir los propietarios en terratenientes y capitalistas. La diferenciación ha de continuar hasta llegar a grupos como el de los hilanderos de algodón que fabrican la misma cantidad de hilo, o hasta los fabricantes de cuero de cabrito negro, o los que elaboran cerveza suave... A los propietarios de terreno cultivable, de bosques, de viñedos, de minas o de suelo urbano, no les une ningún interés común especial... Tampoco existen intereses comunes a los trabajadores. El trabajo homogéneo es algo tan inexistente como el trabajador universal. El trabajo del hilandero es distinto del trabajo del minero y del trabajo del doctor... Tampoco es homogéneo el trabajo no especializado. Un individuo que busca su sustento entre las basuras no es lo mismo que un maletero.» Ludwig von Mises, *Socialism: An Economic and Sociological Analysis* (4.ª ed., Indianapolis: Liberty Classics, 1981), pp. 300-301 [trad. esp.: *Socialismo. Análisis económico y sociológico* (Nueva York: Western Books Fundation, s/f)].

12.6 El origen del concepto de clase

Ya hemos visto más arriba que en las primeras décadas del siglo XIX James Mill desarrolló una teoría de clases con dos clases; una teoría simple aunque convincente y efectiva. La clase dominante que controla el estado y el resto de la sociedad, que constituye la de los dominados. Por el mismo tiempo, durante el periodo francés de la Restauración posterior a la caída de Napoleón en 1814, un grupo de teóricos libertarios partidarios del *laissez-faire* elaboraron una versión mucho más sofisticada del mismo modelo, un modelo que incluía una dimensión histórica y sociológica ausente en James Mill. Este grupo lo integraban los descendientes espirituales y físicos de los ideólogos del periodo napoleónico, con J.B. Say como principal vínculo. Say fue el inspirador y el hombre de estado de más edad de este grupo de la Restauración, grupo liderado por su yerno Charles Comte (François Charles Louis Comte, 1782-1837) y Charles Dunoyer (Barthélemy Charles Pierre Joseph Dunoyer, 1786-1862). Un seguidor importante de Comte y de Dunoyer fue el joven Augustin Thierry (1795-1856), quien en poco tiempo llegaría a ser el más destacado de los historiadores franceses. A principios de la Restauración y hasta 1820, Comte y Dunoyer fundaron y editaron sucesivamente *Le Censeur* y *Le Censeur Européen*, publicaciones periódicas que se convirtieron en el centro del nuevo movimiento del *laissez-faire*.

Al igual que Mill, Comte y Dunoyer definieron las clases en conflicto como aquellas que se hacen con el control del aparato de estado frente a las que son controladas por el mismo. Ahora bien, también manifestaron que la historia había sido la historia de esas luchas de clases (o «castas»). Bajo el despotismo oriental, el emperador y su burocracia conformaron la clase dominante; en la Europa primitiva, las tribus conquistadoras se asentaron entre las conquistadas e instituyeron un estado con una clase dominante; así, desde un punto de vista histórico, otro rasgo constitutivo de la clase dominante es que, al menos inicialmente, ésta pertenecía a un grupo étnico diferente al de los dominados. En este sentido, la represión étnica vino a reforzar la opresión político-económica del estado.

No obstante, el nuevo elemento, el factor que, según Comte y Dunoyer, haría que se produjera la inevitable aparición y triunfo de una sociedad sin clases (en el sentido de «sin castas»), era lo que ellos denominaron *industrielisme*. La aparición de la sociedad industrial requería de una economía de libre mercado internacional que le permitiese funcionar; de ahí que Comte y Dunoyer contemplasen como inevitable la ampliación a toda Europa y, eventualmente, a todo el mundo, de una economía de libre mercado que disolvería las clases dominantes, y que daría lugar a una región y un mundo libertarios, un mundo libre de la opresión del estado. Así, en esta visión, el estado se extinguiría, se disolvería en la economía de cambio, de mercado, y, tal y como

lo expresan Comte y Dunoyer, «el gobierno de las personas sería reemplazado por una administración de cosas».

Así, los dos contemplaban el mundo escindido en clases productivas (trabajadores, empresarios, productores de todo género) y en clases «no-productivas» que perjudicaban y oprimían a las primeras. Los «no-productores» eran, en concreto, los políticos, los funcionarios gubernamentales y los *rentiers* que viven de los títulos del estado, además de los hombres de negocios subvencionados o los receptores de privilegios estatales. La «máxima perfección», a la que creían que se podía llegar, «se alcanzaría si todo el mundo trabajase y nadie gobernase».

En su análisis, Comte y Dunoyer superaron, con gratitud, a su mentor J.B. Say, añadiendo las dimensiones filosófico-históricas, sociológicas y políticas a la estrictamente económica.

Los integrantes del movimiento Comte-Dunoyer fueron creyentes firmes y militantes en la libertad individual y en los derechos de propiedad. De ahí el ataque de Dunoyer al igualitarismo: «La igualdad sería la inversión de esa ley fundamental de la humanidad y la sociedad» que dispone que la renta y la posición de cada hombre «dependa más que nada de su conducta, y que sea proporcional a la actividad, a la inteligencia y a la moralidad y constancia de sus esfuerzos». Y sobre la libertad escribió que durante 40 años había defendido «los mismos principios: libertad en todo, en religión, en filosofía, en literatura, en industria, en política», entendiendo por libertad «el triunfo de la individualidad...».[17]

El gusano de la manzana, el modo en que el análisis libertario de clases sociales se transformó en una mezcla de sí mismo y de su opuesto, lo introdujo un charlatán aristócrata francés, Henri Conde de Saint-Simon (Claude Henri de Rouvroy, Conde de Saint-Simon, 1760-1825). A este pensador irremediablemente confuso no le ayudó en su confusión existencial su inclinación a recoger oralmente ideas en los salones, en lugar de proceder a una lectura sistemática.[18] Durante cierto tiempo, en la época del *Censeur*, Saint-Simon, que había recogido las ideas de Comte-Dunoyer en los salones, fue lo que bien pudiera llamarse un compañero de viaje de las mismas, que introdujo en su propia publicación periódica, *L'Industrie* (1816-18). Después, no obstante, se fue haciendo cada vez más autoritario y hostil al liberalismo del *laissez-faire*. Tras haberse empapado del análisis de clases libertario a partir de Comte y Dunoyer, y como era de esperar, confundió los conceptos e introdujo una

[17] Véase James Bland Briscoe, «Saint-Simonianism and the Origins of Socialism in France, 1816-32» (tesis doctoral en historia, Columbia University, 1980), p. 59.

[18] No es difícil convenir con la valoración que Alexander Gray hace de Saint-Simon según la cita del filósofo social francés Émile Faguet: «Saint-Simon constituye un raro ejemplo de incoherencia en su vida, de incoherencia en su carácter y de incoherencia en el detalle de sus ideas, combinadas con cierta fijeza en sus principios dominantes.» Gray, *op. cit*. nota 1, p. 160n.

contradicción fatídica y no reconocida: entre las clases en conflicto en el sentido de los que gobiernan o de los que son gobernados por el estado, y las mismas en el de los patronos en relación con los asalariados del mercado libre. El embrollo marxiano constituyó la dudosa contribución de Saint-Simon al pensamiento social. Tras la muerte de éste, acaecida en 1825, su discípulo Olinde Rodrigues, ingeniero e hijo de un burócrata, fundó con Enfantin y Bazard el periódico *Le Producteur*, publicación que, junto con las conferencias y tratados que le siguieron durante los años restantes de la década de 1820, convirtieron la confusa filosofía social de su difunto maestro en una propuesta militante de un sistema socialista totalitario. Este sistema habría de ser dirigido por la clase que según los saint-simonianos representaba de verdad el *industrielisme*: una alianza entre ingenieros y otros intelectuales tecnócratas con banqueros inversionistas, coordinada y dirigida por un banco central dominado por banqueros.

En suma, en contraste con el socialismo comunista, que, al menos, fue manifiestamente igualitario, el saint-simonismo fue abiertamente elitista, sería controlado por las clases «buenas» y supuestamente modernas. Así, los seguidores de Saint-Simon, los primeros en emplear el término «socialismo», mostraron su repulsa por los capitalistas y los empresarios en defensa de los banqueros y de las clases intelectuales, expresión de los trabajadores-productores. Quizás no sea tanta coincidencia que, de los dos máximos co-líderes del saint-simonismo, Enfantin y Bazard, Barthélemy Prosper Enfantin fuese hijo de banquero, que recibiese formación de banquero y de ingeniero, y que hubiese sido alumno de Olinde Rodrigues en el estudio de las matemáticas. Tampoco resulta sorprendente que el saint-simonismo apelase tanto a los banqueros inversionistas, toda vez que el *Producteur* estuvo financiado por el destacado banquero Jacques Laffitte. El punto máximo de la extraordinaria influencia que el saint-simonismo tuvo en Francia se alcanzó entre 1830-32, tras el cual, los dos papas de este culto político-religioso, Enfantin y Saint-Amand Bazard (1791-1832), se distanciaron acaloradamente por la cuestión del amor libre, sobre la que se exigía a todo discípulo que tomase partido inmediato. Por desgracia, la escisión destructiva entre los dos papas llegó demasiado tarde, de modo que el movimiento socialista saint-simoniano ya había llegado a ejercer una influencia pasmosa por toda Europa. En Francia, los artistas y los escritores se hicieron saint-simonianos, incluyendo a George Sand, Balzac, Hugo y Eugène Sue; en el campo musical, Berlioz trató de aplicar los principios saint-simonianos componiendo una *Canción sobre la instalación de la vía férrea*, y Franz Liszt tocó el piano en las reuniones de los seguidores de Saint-Simon.

En Inglaterra, el romántico reaccionario y panteísta Thomas Carlyle se adhirió inmediatamente al socialismo saint-simoniano y se convirtió en su principal portavoz, llegando incluso a traducir e intentar publicar la última obra del maestro, *El nuevo cristianismo*, en la que anunciaba el desarrollo de

su movimiento como culto de una nueva religión. Mayor y más prolongada fue la profunda influencia que ejerció el saint-simonismo en John Stuart Mill. Y es que los saint-simonianos fueron los responsables iniciales y principales de la cuasi-conversión que Mill experimentó de los rígidos puntos de vista de libre mercado paternos al semi-socialismo. Mill explica en su *Autobiography* que leyó todos los tratados saint-simonianos y que fue «en parte gracias a sus escritos como se [le] abrieron los ojos al valor muy limitado y pasajero de la vieja economía política, que toma la propiedad privada y la herencia como hechos indiscutibles y la libertad de producción e intercambio como el *dernier mot* de la mejora social». Es más, en una carta dirigida al destacado saint-simoniano francés Gustave d'Eichtal, amigo de Rodrigues, Mill llegó incluso a admitir que alguna forma de socialismo saint-simoniano «es la que parece que va a constituir la condición última y permanente de nuestra raza», si bien discrepaba de ellos al considerar que a la humanidad le llevaría mucho tiempo llegar a ser capaz de alcanzar ese dichoso estado.[19]

De todas formas, ningún país se adhirió al saint-simonismo con más gusto que Alemania. A principios de la década de 1830, el saint-simonismo «penetró en el mundo literario alemán como un fuego que lo arrasa todo».[20] Entre los entusiastas adeptos se encontraron el destacado escritor político Friedrich Buchholz y el famoso poeta Heinrich Heine, así como los miembros de la escuela alemana de jóvenes poetas. Sin embargo, donde más influencia ejerció el saint-simonismo en Alemania fue entre las juventudes hegelianas; poetas jóvenes como T. Mundt y G. Kuehne fueron profesores hegelianos de filosofía en la universidad. De un modo más directo, el saint-simonismo ejerció una influencia formativa en Marx. En primer lugar, la ciudad que viera nacer a éste, Tréveris, había formado parte del área renana alemana ocupada por Francia durante las dos décadas de las guerras revolucionarias. De ahí que la ciudad hubiese estado expuesta a la recepción de influencias francesas. Como consecuencia, durante la adolescencia de Marx, Tréveris se vio invadida por la agitación saint-simoniana; y tanto, que el arzobispo se sintió obligado a condenar las doctrinas saint-simonianas desde el púlpito. Ludwig Gall, antiguo secretario del consejo de la ciudad de Tréveris, fue un destacado y prolífico escritor saint-simoniano. Es casi seguro que Marx leyó sus escritos.

Otra influencia poderosa que recibió Marx fue la de uno de sus profesores favoritos de la Universidad de Berlín, Eduard Gans, uno de los discípulos predilectos de Hegel que impartía lecciones de derecho penal. Gans fue a un mismo tiempo hegeliano y saint-simoniano. La mezcla de ambas doctrinas en Alemania dio forma a las concepciones de las juventudes hegelianas, de las

---

[19] Véase F.A. Hayek, *The Counter-Revolution of Science* (Glencoe, Ill.: The Free Press, 1952), p. 158.

[20] *Ibid.*, p. 159.

que Marx llegó a ser uno de sus líderes. Como observa Billington, «De hecho, todo el fenómeno de la izquierda hegeliana no ha sido descrito más que como 'un saint-simonismo hegelizado o un hegelianismo saint-simonizado'».[21] Empapado de Saint-Simon y de Hegel, Marx encontró el concepto de la lucha de clases, en la versión ampliada por las lentes defectuosas de los saint-simonianos, a su disposición y en condiciones de ser incorporado a su Gran Plan. Además de la lucha de clases entre proletarios y capitalistas, Marx también adoptó la versión saint-simoniana de la industria y de quienes la personifican (para los saint-simonianos y Marx, los trabajadores), a quienes presentaba como inexorablemente victoriosos, junto con la idea de la consunción del estado y de «una sustitución del gobierno de las personas por una administración de cosas» como meta futura de la historia. Como es evidente, entre este concepto frustrado y su original existía una diferencia clave. Para Comte y Dunoyer, el estado utópico iba a ser una sociedad puramente libre de propietarios individuales y de personas que hacen intercambios en el mercado libre; para Marx iba a tratarse de una propiedad colectiva y comunal «unitaria» de todos los bienes por parte del «hombre», en la que no existiría ni división del trabajo ni dinero ni intercambio alguno.

El propio Marx ha corroborado la idea de la gran influencia que sobre él habría tenido el saint-simonismo, en los términos en que se lo habría transmitido su apreciado mentor, padre putativo y futuro suegro, el Barón Ludwig von Westphalen. Hacia el final de su vida, Marx le comunicó a su gran amigo y admirador, el aristócrata liberal ruso Maxim Kovalesky, que él se había empapado de saint-simonismo a través de von Westphalen, quien, parece ser, fue un admirador entusiasta de dicha doctrina.

Ya hemos visto que Marx y Engels se deslizaron en el *Manifiesto comunista* hacia la teoría de clases libertaria original y no tanto hacia la saint-simoniano-marxiana, confundiendo a quienes reciben privilegios del estado con los capitalistas que contratan trabajadores en el mercado. En un agudo estudio, el Profesor Ralph Raico ha puesto de manifiesto que el uso continental del término «burgués» fue lo que aportó la base para que se diera esa confusión. Como observa Raico:

> Cuando Marx dice que la *burguesía* es la principal clase explotadora y parásita de la sociedad moderna, «burguesía» puede entenderse de dos maneras distintas. En Inglaterra y en los Estados Unidos ha tendido a sugerir la clase de los capitalistas y empresarios que se ganan la vida comprando y vendiendo en el mercado (más o menos) libre... En el Continente, no obstante, el término «burguesía» no está vinculado necesariamente con el mercado: puede significar tanto la clase de los «funcionarios» y de los *rentiers* de la deuda pública como

[21] James Billington, *Fire in the Minds of Men: Origins of the Revolutionary Faith* (Nueva York: Basic Books, 1980), p. 225.

> la de los hombres de negocios involucrados en el proceso de la producción social.[22]

Raico afirma a continuación que la explotación sistemática de otras clases por parte de burócratas y propietarios de deuda pública «fue un lugar común dentro del pensamiento social del siglo XIX»; Tocqueville, por ejemplo, denuncia como sigue el dominio de la «clase media» bajo la «monarquía *burguesa*» de Luis Felipe (1830-48): «Se introdujo en todos los departamentos, aumentó prodigiosamente el número de empleos y se habituó a vivir del Tesoro público tanto casi como de su propia industria.»[23]

Pero eso no es todo. El Profesor Raico muestra que a la hora de analizar acontecimientos históricos concretos, en particular la historia francesa contemporánea, Marx y Engels siguieron deslizándose hacia el análisis basado en dos clases y ligado al estado, un análisis de tipo libertario. Considérese, por ejemplo, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1852), que analiza los acontecimientos que precedieron al golpe de estado de Luis Bonaparte del 2 de diciembre de 1851, que el propio Marx describió como una «demostración de cómo la *lucha de clases* creó en Francia las condiciones y relaciones que hicieron posible que una grotesca mediocridad hiciese el papel de héroe». En el *Dieciocho brumario*, Marx escribe indignado sobre

> Este poder ejecutivo, con su descomunal burocracia y organización militar, con su ingeniosa maquinaria de estado que abarca extensos estratos, con un ejército de funcionarios que suman el medio millón, este cuerpo parasitario atroz que enmaraña el de la sociedad francesa como una red y que cierra todos sus poros, surgió en los días de la monarquía absoluta... A la sociedad se le privó de todo interés *común*, a ella se le opuso éste en tanto que *interés* general superior, un interés arrebatado a la actividad de los miembros de la sociedad y convertido en objeto de la del gobierno, desde el puente, la escuela y la propiedad comunal de una comunidad aldeana a los ferrocarriles, a la riqueza nacional y a la universidad nacional de Francia... En lugar de acabar con ella, todas las revoluciones perfeccionaron esta máquina. Los partidos que en cada momento se disputaron el poder consideraron la posesión de este grandioso edificio estatal como el botín principal del vencedor... [B]ajo el segundo Bonaparte... el estado parece haberse hecho completamente independiente. Frente a la sociedad civil, la máquina del estado ha consolidado su posición...[24]

---

[22] Ralph Raico, «Classical Liberal Exploitation Theory: A Comment on Professor Liggio's Paper», *The Journal of Libertarian Studies*, 1 (Verano 1977), p. 179.

[23] Alexis de Tocqueville, *Recollections*, ed. por J.P. Mayer y A.P. Kerr (Garden City, Nueva York; Doubleday & Co. 1970), p. 5.

[24] Raico, *op. cit*. nota 22, pp. 179-80. Curiosamente, el Profesor Tucker elogia *El dieciocho brumario* como una «brillante obra maestra» y como aplicación del análisis de lucha de clases y de la concepción materialista de la historia. Pero ¿no constituye esta obra más bien una demostración de lo contrario? Véase Robert C. Tucker (ed.), *The Marx-Engels Reader* (2.ª ed., Nueva York: W.W. Norton, 1978), p. 594.

Marx no sólo emplea aquí un análisis del conflicto de clases basado en dos clases y ligado al estado, sino que prefigura el desarrollo libertario de la idea del estado como instrumento anti-social, tal y como sucede en el avanzado análisis libertario del «poder estatal» como elemento inherentemente enfrentado al «poder social» y explotador del mismo que llevaron a cabo Herbert Spencer y Franz Oppenheimer, e incluso Albert Jay Nock en el siglo XX.

Pues bien, *¿dónde* aparecen aquí los capitalistas y su utilización del estado como «comisión ejecutiva» para intensificar la explotación del proletariado? Más aún: ¿es que aparecen, *siquiera*, los capitalistas y el proletariado? Como apunta Raico, nos encontramos aquí con una ironía deliciosa. Y es que los analistas libertarios sofisticados no sólo hablan del poder del estado, sino también de los diversos grupos históricos —del despotismo burocrático asiático, de los señores feudales, de los partidos comunistas o de lo que sea— que han conseguido hacerse con el control del estado y que emplean su aparato coercitivo de dominio explotador sobre el resto de la sociedad. Así, como observa Raico, el análisis marxiano «ignora aquí por completo el uso masivo que del poder estatal hacen determinados *segmentos de la clase capitalista*, limitándose a las actividades explotadoras de quienes poseen un control directo del aparato estatal». ¿Por qué Marx y Engels «habrían de tomarse la molestia de lavar la cara a los capitalistas en este sentido»? Raico concluye con ironía que «no puedo saberlo».[25]

Marx volvió a hacer un análisis similar 20 años después en su *La guerra civil en Francia* (1871), obra en la que trataba sobre el triunfo y la caída de la Comuna de París. Esa Comuna, escribió, tuvo como objetivo devolver «al cuerpo social las fuerzas que del libre movimiento de la sociedad se habían llevado las tragaderas y las trabas del Estado parásito». En concreto, la Comuna pudo triunfar, al menos durante cierto tiempo, «merced a la destrucción de las dos principales fuentes del gasto [gubernamental]: el ejército permanente y el funcionariado».

Por último, en su prefacio de 1891 a la *Guerra civil en Francia*, Engels aplicó este mismo análisis libertario tan poco marxiano a la situación política de los Estados Unidos:

> En ningún otro lugar los «políticos» forman una sección [¿clase?] más separada y poderosa de la nación que en Norteamérica. Allí, cada uno de los dos partidos principales que se suceden alternativamente en el poder es controlado a su vez por la gente que hace de la política un negocio... En América es donde mejor se ve cómo tiene lugar este proceso de auto-independización del poder estatal respecto a la sociedad... descubrimos dos grandes bandas de especuladores políticos que toman alternativamente posesión del poder estatal y lo explotan mediante los medios más corruptos y para los fines más corruptos —la nación se

[25] Raico, *op. cit*. nota 22, p. 180.

> halla impotente frente a estos dos grandes cárteles de políticos que, en apariencia, son sus servidores, pero que en realidad la dominan y saquean.[26]

El Profesor Raico concluye su análisis así:

> Parece ser, por lo tanto, que dentro del marxismo existen *dos* teorías del estado (y, correlativamente, dos teorías de la explotación): la que se acostumbra a estudiar y ya muy familiar [y la que promulgó el propio Marx] del estado como instrumento de la clase dominante (junto con la teoría concomitante que localiza la explotación dentro del proceso de producción); y la teoría del estado que contrapone éste a «sociedad» y «nación» (dos términos sorprendentes y significativos en este contexto...). Por otro lado, da la impresión de que esta *segunda* teoría es la que predomina en aquellos escritos de Marx que, en razón de su tratamiento matizado y elaborado de la realidad política concreta e inmediata, muchos escritores consideran que son las mejores exposiciones del análisis histórico marxiano.[27]

12.7 El legado de Ricardo

Cuando Karl Marx se metió de lleno en la que sería su ocupación durante el resto de su vida, la economía del capitalismo, encontró a mano un arma maravillosa: la economía ricardiana. Frente a J.B. Say y la tradición francesa, Ricardo no se centró en el intercambio de mercado y su inevitable núcleo de actores y comerciantes individuales que de él se benefician, sino en la «producción» seguida de la «distribución» de la renta como un proceso distinto y separado. Ricardo se centró principalmente en cómo se «distribuye» esta renta social proveniente de la producción. Mientras que Say y Turgot estudiaron los factores individuales de la producción y cómo surgen sus rentas a partir de la producción y el intercambio, Ricardo sólo se detuvo en las «clases» de productores como totalidades supuestamente homogéneas: trabajadores que perciben salarios, capitalistas que obtienen «beneficios» y terratenientes que reciben rentas. Como puso de manifiesto von Mises: «En el mercado sólo hay individuos aislados... Marx mismo tuvo que reconocerlo: 'Dado que las compras y las ventas no pueden llevarse a cabo sino entre individuos aislados, no se puede buscar en ello relación de clases sociales tomadas en conjunto'.»[28]

Así, pues, según Ricardo, y de un modo tautológico, *dada* la producción total, algo que está misteriosamente *ahí* y que no se explica, la obtención de una porción mayor del total invariable del pastel por parte de una clase redu-

---

[26] *Ibid*., p. 180, 183, n. 4.

[27] *Ibid*., p. 180.

[28] Von Mises, *op. cit*. nota 16, p. 292; observa que este pasaje del Vol. I del *Capital* no apareció en la primera edición de 1867, sino que fue añadido por Marx a la edición francesa (1873). El añadido guardaba relación con los cambios desesperados que Marx hizo en su teoría en el Volumen III del *Capital*, no publicado hasta después de su muerte [trad. esp., p. 331 y nota].

cirá las de las otras clases. Como sabemos, en Ricardo no hay empresarios, toda vez que los ricardianos fijaron su atención en el equilibrio a largo plazo, que se supone que es el que describe la realidad viva, y en el que, al no haber cambio o incertidumbre, no hay sitio para la empresa. De esta manera, por lo que a Ricardo respecta, las condiciones para una teoría de la economía capitalista basada en la lucha de clases ya estaban dadas.

Pero eso no es todo, ya que el complacido Marx constató que la doctrina ricardiana era, en efecto, una teoría del valor basada en la cantidad de trabajo. Abandonada la utilidad, y puesto que sólo se consideraban explicables los bienes reproducibles y no los no-reproducibles como pudieran serlo los cuadros de Rembrandt, el único determinante del valor incorporado a los bienes que se tuvo en consideración fue el coste de producción. Y puesto que Ricardo descartó con argucia la «renta» en tanto que parte no integrante del coste, el único coste posible, aparte de las horas de trabajo, era el beneficio (interés) o coste del capital, pero éste era tan escaso que podía despreciarse. Además, los beneficios sólo son, en teoría, un residuo decreciente que queda tras el pago de los salarios, los cuales están abocados a seguir elevándose en dinero y no en términos reales a medida que la población presiona sobre la oferta de alimentos.

En la sombría visión de Ricardo hay dos modos lógicos de exigir un cambio en el *status quo*. Para Marx, la teoría del valor-trabajo, la idea de que el trabajo es lo único que produce valor, significaba que el rendimiento de los capitalistas, el beneficio, era la extracción explotadora de «plusvalía» proveniente de los trabajadores. Éstos producen todo valor, pero, de algún modo, los capitalistas son capaces de obligarles a aceptar salarios por debajo del producto total. Es más, adoptando la visión de la población malthusiano-ricardiana, a los trabajadores se les paga un salario de subsistencia, mientras que los capitalistas extraen el resto del producto de los trabajadores como su plusvalía o beneficio. Volviendo al viejo problema malthusiano: ¿no frustraría el problema de la superpoblación una economía socialista? La respuesta marxiana fue la de que esa ley de hierro de los salarios (empleando los términos de Lassalle) no sería aplicable bajo el socialismo.

Curiosamente, ni Marx ni sus críticos se dieron jamás cuenta de que hay un lugar en la economía en el que la teoría marxiana de la explotación y de la plusvalía *sí* se cumple: no en la relación de mercado capitalista-trabajador, sino en la relación entre amo y esclavo bajo un régimen de esclavitud. Puesto que los amos son los propietarios de los esclavos, sólo les pagan a éstos su salario de subsistencia: lo suficiente para seguir viviendo y reproducirse, al tiempo que los amos se embolsan el excedente del producto marginal de los trabajadores sobre su coste de subsistencia. Esta plusvalía extraída de los esclavos constituye el beneficio que los amos obtienen de la propiedad de esclavos. Frente a esto, en una sociedad libre, los trabajadores, propietarios de sus

propios cuerpos y de su trabajo, se embolsan la totalidad de su producto marginal (rebajado, como añadiría un austriaco, por el rendimiento de interés que los trabajadores libremente y de buen grado pagan a los capitalistas por adelantarles el valor de su producción ahora en lugar de aguardar hasta que se produzca y venda el propio producto).

Ahora bien, el proceso de capitalización opera de tal manera en el mercado que, en un sistema esclavista que se halle en medio de una economía de mercado generalizada (como es el caso del sur americano), la plusvalía se capitalizará (ofertando al alza el valor, y, en consecuencia, el precio de venta o compra de esclavos). La tendencia a largo plazo del negocio de esclavos será la de proporcionar un rendimiento igual al de cualquier otra industria. Los beneficios del excedente se ofertarán según la tasa general de rendimiento del capital.

Regresando a Marx, a éste también le vino muy bien el concepto smithiano (en honor a la verdad, no muy utilizado por Ricardo) de que la producción o el valor sólo está constituido por *bienes* materiales y no por servicios inmateriales. Los bienes materiales son trabajo congelado, mientras que los servicios de trabajo no material son, en expresión de Marx, «improductivos». En este terreno, Marx dio un paso gigantesco hacia atrás, de Ricardo a Adam Smith. De todas formas, todo esto encajaba a la perfección con el materialismo filosófico marxiano.

Marx constató igualmente que Ricardo ya había considerado todo el trabajo como homogéneo, con algunas diferencias cualitativas fácilmente sopesables mediante algún tipo de tabla que las reduzca a cantidad de horas de trabajo.

Es evidente que una opción lógica para un radical ricardiano era la de exigir la expropiación de la plusvalía, y el establecimiento de un sistema en el cual los trabajadores percibiesen el valor total de su producto. Como veremos dentro de poco, ésta fue la orientación que adoptaron los escritores «ricardianos socialistas» de Gran Bretaña. Sin embargo, había otra opción más lógica. Después de todo, los ricardianos pudieron decir y dijeron que los capitalistas obtenían beneficios a partir del suministro que hacían a los trabajadores de bienes de capital, de «trabajo congelado». Ese servicio es evidente, de otro modo, los trabajadores no hubiesen tenido que depender de los capitalistas para conseguir dinero mientras trabajan en el producto. La respuesta de Marx en el sentido de que, puesto que los bienes de capital son trabajo congelado, deberían ser poseídos por los trabajadores, no entiende que *algo*, algún servicio deben haber añadido los capitalistas —servicio que, como ya hemos visto, era, esencialmente, ahorros, de manera que, si se nos permite la expresión, los capitalistas adelantaban el «tiempo congelado» de los trabajadores.

Una alternativa radical muy distinta, mucho más ricardiana y, de hecho, ya seguida por James Mill, era centrarse en la otra clase maldita del sistema ricardiano: los terratenientes, aquellos que simplemente extraen un rendimiento a cambio de ningún servicio, sólo por «sentarse sobre los poderes originales e

indestructibles del suelo». Además, en su propia visión de las leyes históricas, los ricardianos ortodoxos contemplaban a los capitalistas perdiendo beneficios, a los trabajadores estacionados en el nivel de subsistencia, y a la clase parásita de los terratenientes consumiendo cada vez más el producto social. Así, pues, otros discípulos optaron por la nacionalización de la renta de la tierra, incluido el último de los radicales ricardianos coherentes, Henry George.

Sin embargo, ¿cómo ha conseguido Marx prescindir de la cuestión de la tierra que tanto inquietó a Ricardo y a Mill? Para empezar, Marx fue el gran profeta del hombre como trabajador; en su versión del hegelianismo, el hombre *creó* la naturaleza, es más, todo el universo. Y puesto que la tierra es una criatura del hombre, no cabe preocuparse por ella o por el valor creado de la misma. El trabajo lo es todo. Segundo, la tierra como fundamento de la tecnología, de la economía y del sistema social, fue la clave del sistema feudal; ahora bien, el feudalismo era parte del moribundo orden «pre-capitalista» y pre-industrial, un vestigio reaccionario apenas digno de atención. Por lo tanto, lo que Marx hizo fue, más que nada, asimilar la tierra al «capital» y los rendimientos de la tierra a los beneficios. De esta manera, la tierra —la superflua y molesta tercera clase de factores— puede desaparecer y dejar paso a la formidable polarización de dos clases y a la lucha final entre capitalistas y trabajadores.

12.8 El socialismo ricardiano

Marx no fue precisamente la primera persona que extrajo conclusiones proletarias radicales a partir del sistema ricardiano y de la teoría del valor-trabajo. Entre Ricardo y Marx mediaron los «socialistas ricardianos», cuya influencia en Marx, a pesar de ser considerable, ha sido despreciada por los marxistas —incluido el propio Marx— a quienes agrada creer que la genialidad única del maestro en la llegada al socialismo neo-ricardiano no tuvo predecesores.

El primer socialista ricardiano fue William Thompson (1775-1833), un próspero terrateniente irlandés del condado de Cork. De su farragosa y repetitiva obra, *An Inquiry into the Principles of the Distribution of Wealth*, publicada en 1824, se hicieron tres ediciones en los siguientes cincuenta años. En ella, Thompson, un utilitarista benthamita extremista, también afirmaba sin rodeos que el «trabajo es el *único* progenitor de la riqueza». Nada tenían que ver con ella la utilidad, el placer o la escasez. De esta afirmación categórica se deducía rápidamente la teoría del valor-trabajo. Como dice Alexander Gray, empleando su humor característico, «es evidente que, si la definición seleccionada asegura por anticipado que el trabajo es el *único* progenitor de la riqueza, esto ya constituye una ayuda considerable para probar que la riqueza puede atribuirse por completo al trabajo».[29]

[29] Gray, *op. cit*. nota 1, p. 271.

Thompson abogó por un mundo de intercambios libres y voluntarios como modo de asegurar que los trabajadores ganen su producto. Mas ¿qué sucede con el sistema de intercambio *existente*? Según Thompson, y anticipándose a Marx, estos intercambios se hacían bajo coacción, ya que los capitalistas «se apoderan por la fuerza de los productos de su [de los trabajadores] trabajo». Sin embargo, en este punto, a las puertas del marxismo, Thompson retrocedió a un análisis de clases libertario. Porque ¿en qué consiste dicha coacción? En una gama completa de «subvenciones, proclamas, aprendizajes, gremios, corporaciones, monopolios», cosa que recuerda mucho a Comte, Dunoyer o James Mill.

Pero Thompson sigue adelante. La renta y el beneficio son, en concreto, «plusvalía» (según la frase original de Thompson) que se extrae de los trabajadores explotados. Sin embargo, una vez más vuelve a retirarse de su visión completa admitiendo que «el trabajador debe pagar por el uso de éstos [bienes de capital], en caso de que tenga la desgracia de no poseerlos». Así, aunque Thompson abunda en invectivas contra los avaros y codiciosos capitalistas, reconoce que desempeñan una función necesaria. ¿Cuánto habría, entonces, que pagarles? No sorprende que Thompson se quedara sin saber qué decir al tratar de encontrar ese principio.

Thompson no acabó siendo un revolucionario; por el contrario, su solución moderada, algo así como pre-John Stuart Mill, fue la de fomentar cooperativas como medio de alcanzar la armonía entre clases (en su *Labor Rewarded*, 1827). No obstante, ésta no fue su única herejía como pre-marxiano. Porque, consagrado como estaba al librecambio, tuvo que aceptar con sensatez que a partir del intercambio a menudo se origina acumulación, y de la acumulación, la temida clase capitalista. Así: «tú no puedes limitar los intercambios y las acumulaciones consecuentes del capitalista sin limitar al mismo tiempo todo trueque». Y, además, aceptando el retorno al Edén de la serpiente de los salarios y de la renta: «¿Por qué no permitir que el trabajador dé algo a cambio por el uso de una casa, de un caballo, de una máquina, además de por su posesión?»[30]

Al igual que Thompson, el otro padre fundador del socialismo ricardiano de la década de 1820, John Gray (1799-1883), poseía un espíritu de moderación muy poco marxiano. En 1825, siendo aún joven empleado de una casa mayorista de Londres, publicó sus socialistas *Lectures on Human Happiness*. Ultra-utilitarista y defensor de la teoría ricardiana del valor-trabajo, Gray despotricó contra los capitalistas como explotadores de la clase trabajadora, y, al igual que Marx, vio las semillas de dicha explotación en el comercio y en el trueque. Si la innovación de Thompson fue la expresión «plusvalía», la aportación particular de John Gray al brebaje marxiano fue la de recuperar la absurda distinción fisiocrática y smithiana de trabajo productivo frente a trabajo impro-

[30] En *Labor Rewarded*. Véase Gray, *op. cit*. nota 1, p. 276.

ductivo, rescatando así este concepto viciado del olvido ricardiano. Y no sólo eso: Gray redujo de modo considerable el criterio smithiano de trabajo productivo. Como dijera el propio Gray, «*los únicos* miembros productivos de la sociedad son los que emplean *sus propias manos* en el cultivo de la tierra, o bien en la preparación y acondicionamiento de los productos de la misma para los usos de la vida». Así, una vez reducida la definición de lo productivo, empezó a hacer concesiones curiosas, aceptando, por ejemplo, que algunas ocupaciones, aunque «improductivas», pueden ser hasta cierto punto «útiles».

Después dio un repaso a la lista de ocupaciones británicas, atribuyendo de un modo clara y puramente arbitrario porcentajes de «productividad» o «utilidad» a cada una. De esta manera, Gray sostiene que los comerciantes, fabricantes y el resto de los que no son más que «meros distribuidores de riqueza», aún podrían ser «útiles», bien que «sólo en un número *suficiente*». Concluía que las clases productivas sumaban prácticamente la mitad de toda la población.

Retornando, quizás sin saberlo, a los griegos antiguos, reservó su veneno más selecto para los minoristas, a quienes atacó con fiereza por ser «productores» sólo de «engaño y falsedad, capricho y extravagancia, esclavitud de lo corpóreo, y prostitución de las facultades intelectuales del hombre».[31]

Resulta que para Grey el pecado principal, el mal fundamental, es la competencia. La competencia del trabajo hace que los salarios de los trabajadores bajen hasta un mínimo. Sin duda, el precio estándar marxiano. Pero, además, aunque suponga que el trabajo es el único creador de valor, también le inquieta que la competencia reduzca, de un modo igualmente pernicioso, los beneficios y la renta a un mínimo.[32]

John Gray concluye con el principio general de que todos los individuos de la sociedad, exceptuando únicamente a los que viven de rentas fijas, ven que la competencia limita y oprime sus rentas.

Resulta que la explotación de los trabajadores, en realidad de *todo el mundo*, la fragua la competencia misma, que «limita» la producción. Póngase, entonces, fin a la competencia y no sólo llegará un mundo en el que el trabajador percibe la totalidad del producto, sino que la riqueza se multiplicará «hasta límites insospechados». El mundo sólo se empobrece por la competencia; elimínese ésta, y la riqueza será abundante para todos.[33]

Aunque Gray sostuvo que la competencia podría abolirse de manera inmediata y que eso sólo produciría efectos beneficiosos, resultó inquietantemente vago en relación a cómo conseguir esta proeza. Da la impresión de que se decantó por algún tipo de cooperativa poli-abarcante, cosa que le aproximó

---

[31] *Ibid*., p. 290n.
[32] *Ibid*., p. 294.
[33] *Ibid*., pp. 294-5.

bastante al reformismo thompsoniano. De todas formas, al poco tiempo desplazó su atención hacia las supuestas «limitaciones» que el dinero metálico imponía a la producción, así que, cada vez más, pasó a exigir el incremento de las cantidades de dinero barato y fácil.

De este modo, su libro *The Social System* exigía crédito barato y abundante para alimentar y financiar el aumento de la producción, bajo la guía de un banco estatal nacional. Por supuesto, Gray también abogó por el papel moneda no convertible y por la abolición del patrón oro. Este análisis lo desarrollaría en su última obra, *Lectures on the Nature and Use of Money* (1848).

De 1848 en adelante, sus manifestaciones de protesta social cesaron por completo, hasta el punto de que, hasta hace poco, los historiadores suponían que habría fallecido «en torno a 1850». Pero lo cierto es que poco antes de la publicación de su *Lecture of Human Happiness* fundó con su hermano James la famosa editorial J. & J. Gray de Edimburgo. Como la empresa prosperara, sobre todo a partir de 1850, Gray se instaló en una cómoda existencia, falleciendo en 1883 a la avanzada edad de 84 años.

Década y media después de Thompson y Gray hizo su aparición el tercero de los principales socialistas ricardianos: John Francis Bray (1809-97). Su obra más destacada, muy citada por Marx, fue *Labour's Wrongs and Labour's Remedy* (1839). Bray nació en Washington DC, en el seno de una familia de actores ingleses, y, tras la muerte de su madre, su enfermizo padre le trajo de vuelta a la ciudad inglesa de Leeds (1822). Allí se hizo cajista, y se implicó plenamente en el movimiento sindicalista, convirtiéndose en 1837 en tesorero de la Asociación de Trabajadores de Leeds.

Benthamita extremista como el resto, Bray afirma en *Labour's Wrongs* que Dios había pretendido que el hombre fuese feliz, pero la desdicha se introdujo en el mundo a causa de la institución de la propiedad privada, que destruyó la justa institución de la propiedad comunal, especialmente de la tierra. De la propiedad privada surgió la odiosa división del trabajo y el conflicto entre clases, la explotación de los trabajadores y la extracción de su plusvalía por parte de la clase capitalista. Brey afirmaba que el problema raíz es el supuesto hecho del intercambio desigual. A pesar de entender que en los intercambios que se producen en el mercado cada parte se beneficia, afirma que esto resulta insuficiente por lo que al contrato de trabajo respecta, que el intercambio y sus beneficios deben ser «iguales».

Sin caer en la cuenta de que *cualquier* intercambio carece de todo sentido a menos que el valor de cada uno de los bienes que se intercambian sea, para cada hombre, *desigual*, Bray afirma en un señalado pasaje pre-marxiano:

> Los hombres sólo poseen dos cosas que pueden intercambiar entre sí, a saber, el trabajo y el producto del trabajo; por lo tanto, que cambien cuanto quieran, sólo darán, por decirlo así, trabajo por trabajo. Si se actuase en un sistema de intercambios, el valor de todos los demás podría venir determinado por la totalidad

> del coste de producción, de modo que siempre se cambiaran valores iguales por valores iguales.[34]

Aquí resumimos brevemente algunas de la falacias marxianas fundamentales: que sólo se producen bienes y que sólo éstos tienen importancia (frente a los servicios supuestamente improductivos); la antigua falacia aristotélica de que el intercambio *supone* igualdad de valor; la teoría del valor-trabajo; y la idea de que, en un mundo justo, todos los precios serán iguales a su coste de producción, fundamentalmente la cantidad de horas de trabajo consumidas en la producción.

Para John Bray, como luego para Marx, el remedio de este mal sistémico es el comunismo, «la forma más perfecta de sociedad que puede instituir el hombre». Pero, frente a Marx, Bray no contempló ningún mecanismo inevitable de la historia que fuera a producir ese gran acontecimiento. Por el contrario, y a diferencia de muchos otros comunistas de su tiempo, John Bray percibió que, para funcionar, el comunismo necesitaba de un Nuevo Hombre Comunista, aunque también que era indudable que el advenimiento de éste no estaba en el horizonte. Cualquier comunismo se toparía con «el nauseabundo y repugnante egoísmo que, en mayor o menor medida, acompaña hoy día toda acción, se adhiere a todo pensamiento y contamina toda aspiración».[35]

En cambio, Bray centró su visión, no en el último objetivo remoto, sino en la meta social de transición o intermedia que él suponía factible. Y tal resultó ser una versión hipertrofiada de los planes cooperativos que tan atractivos les habían resultado a Thompson y a Gray. Propuso que el mundo se organizara en una vasta red cartelizada de sociedades cooperativas: es decir, cooperativas organizadas sobre el principio de un accionista, un voto. La red cartelizada se lograría mediante la *compra de las partes* de todos los capitalistas existentes que realizarían trabajadores y cooperativistas. Da la impresión de que Bray no comprendía que la adquisición del capital para financiar la más masiva compra de acciones de todos los tiempos podría ser aún menos factible que organizar la violenta revolución proletaria de Marx.

Detrás de cualquier socialista de este periodo se esconde un maniático del dinero. No cabe duda de que Bray preveía que, una vez fundado el cártel cooperativo, éste eliminaría el dinero existente y lo reemplazaría por un banco nacional que emitiría billetes para cada trabajador sobre la base de la cantidad de tiempo-trabajo que hubiese consumido en la producción. Los bienes que comprara el trabajador llevarían, a su vez, el precio correspondiente a la cantidad de tiempo-trabajo incorporada en ellos. Si Marx hubiese estado interesado

[34] Citado en G.D.H. Cole, *Socialist Thought: The Forerunners, 1789-1850* (Londres: Macmillan, 1959), p. 137.

[35] Gray, *op. cit*. nota 1, p. 287.

alguna vez en trazar su futura economía comunista, quizás los billetes de tiempo-trabajo podrían haber formado parte de su paquete de propuestas.

Estrictamente hablando, no habría ninguna razón por la que incrementar los billetes marxianos de tiempo-trabajo; sin embargo, Bray, como inflacionista que era, no lo vio de esa manera. La función de este banco nacional sería la de mantener la emisión de dinero y hacer que éste circulase «igual que la sangre en el interior del cuerpo viviente,... uniformemente por todos los rincones de la sociedad, e infundir salud y vigor universales». Evidentemente, la emisión de billetes se mantendría «dentro de los límites señalados por el capital actual y real existente» —una formulación del argumento de las «necesidades del comercio» tan absurda, cuando menos, como la versión habitual.[36] Porque es evidente que el «valor» nominal del capital existente aumentaría a medida que siguiese incrementándose la oferta de dinero.

Pocos años después de la publicación de *Labour's Wrongs* (1842), Bray regresó a los Estados Unidos. Concluyó el manuscrito de un segundo libro, *A Voyage from Utopia*, inédito hasta la década de 1950. El resto de su vida Bray sólo escribió de forma esporádica, redactando muchas cartas para publicaciones periódicas de trabajadores y socialistas, así como, a mediados de la década de 1850, algunos capítulos de su inconclusa obra *The Coming Age*. Su vida fue tan esporádica como su producción. Le costó ganarse la vida, con trabajos temporales como el de tipógrafo de periódicos, y lamentándose, cosa un tanto incoherente con sus doctrinas, de que los patronos americanos fuesen mucho más explotadores que los británicos, porque los «yanquis», como manifiesta el Profesor Dorfman parafraseando a Bray, «parecen más jugadores y embaucadores que hombres de negocios honestos».[37]

En cierto momento, Bray se trasladó hacia el oeste, a Michigan, donde había heredado algunas tierras, y donde se ganó la vida a duras penas como empleado de periódicos y pequeño agricultor. En las décadas de 1870 y 1880 fue vicepresidente de la Liga Americana para la Reforma del Trabajo y miembro de la asociación socialista de los Caballeros del Trabajo. Sus últimos escritos, algunos de los cuales denunciaron el espiritualismo, intensificaron los ataques contra el patrón oro y la exigencia de una abundancia de papel moneda estatal que, en teoría, haría bajar los tipos de interés hasta cero. Fue entonces cuando abandonó, por utópico, el ideal comunista.

Dos de sus últimos escritos son dignos de mención. Aunque en *Labour's Wrongs* se opuso a la esclavitud, su oposición a la Guerra Civil en un panfleto anónimo contrario a la guerra, *American Destiny: What Shall it Be, Republican or Cossack?* (1864), le llevó a juzgar la esclavitud como algo no mucho peor

[36] En Joseph Dorfman, *The economic Mind in American Civilization, 1606-1865* (Nueva York: Viking Press, 1946), II, p. 688.

[37] *Ibid*., p. 689.

que los países aquejados de una deuda pública descomunal. Además, la condición natural del hombre negro, según Bray, es la «desnudez y la indolencia», de modo que un Sur que liberase a sus esclavos entraría irremediablemente en decadencia, perdería su capital y sus plantaciones retornarían al estado salvaje.

En su último libro, *God and Man a Unity and All Mankind a Unity* (1879), John Bray añadió a su obsesión por el dinero la idea de una «religión no-teológica», según la cual el establecimiento de unas instituciones sociales justas haría realidad un tipo de «inmortalidad» terrenal.

Un caso sorprendentemente anómalo es el de un autor que escribió en la década de 1820 y después, y que los historiadores siempre mencionan como destacado socialista ricardiano, pero que, no obstante, ni fue ricardiano ni fue socialista. Thomas Hodgskin (1787-1869) fue un brillante e innovador teórico político autodidacta que, más que socialista, fue un libertario del *laissez-faire*, hasta el punto de que podemos considerarle como un anarquista individualista. Era hijo de un almacenista de astilleros navales que enroló a su hijo en la armada a la edad de 12 años. Con el tiempo, los instintos y principios individualistas de Hodgskin chocaron con la disciplina naval, y un buen día escribió: «me quejé ante un mando por el daño que él mismo me había hecho, empleando el lenguaje que yo consideré adecuado; me había privado injustamente de toda opción de promoción por mis propios esfuerzos, y eso me privaba de toda esperanza.»[38]

Como era de esperar, el mando naval de Hodgskin no recibió demasiado bien el arrebato de indignación justificada, por lo que al muchacho se le aplicó el retiro forzoso de la armada, a medio sueldo y a la edad relativamente temprana de 25 años. Irritado, Hodgskin se vengaría puntualmente de la armada con la publicación de su primer libro, *An Essay on Naval Discipline* (1813), un ataque virulento contra la tiranía militar. De forma elocuente, Hodgskin comenzaba su obra plasmando la lección principal que había aprendido: «El sometimiento paciente a la opresión (por venir de un superior) constituye un vicio: superar tus miedos a ese superior y oponerle resistencia es una virtud.»[39]

Su propia experiencia le convirtió en furibundo enemigo del gobierno y de la intervención gubernamental en todas sus formas; y los diversos años que se pasó viajando por Europa, leyendo y conociendo gente, afirmaron y profundizaron estas convicciones. Ya en Gran Bretaña, Hodgskin publicó un libro de viajes en dos volúmenes, *Travels in the North of Germany* (Edimburgo, 1820), en el que, como dice Alexander Gray, «entre *Reisebilder* inocentes se intercalan digresiones anarquistas, sin duda, para asombro y turbación de sus lectores».[40]

[38] Élie Halévy, *Thomas Hodgskin* (Londres: Ernest Benn, Ltd, 1956), p. 30.

[39] *Ibid*., p. 31.

[40] Gray, *op. cit*. nota 1, p. 278.

Establecido en Londres, Hodgskin trabajó el resto de su vida como conferenciante y periodista. Durante cierto tiempo lo hizo con gente que parecía ser su aliada natural en la defensa del *laissez-faire*: Francis Place, James Mill y los radicales filosóficos. Pero inmediatamente quedó claro que existían profundas diferencias filosóficas entre ellos. En primer lugar, Hodgskin abandonó su temprano utilitarismo benthamita, reemplazándolo por una posición incisiva y militante de ley natural y de derechos naturales. En su brillante y consistente libro, *The Natural and Artificial Right of Property Contrasted* (1832), ofrece una visión lockeana radicalizada de los derechos de propiedad. Ardiente defensor del derecho de propiedad privada, incluida una defensa de la de la tierra basada en la adquisición legal de la misma como explotación rural (*homesteading*), Hodgskin corrigió las diversas lagunas de Locke desde una posición «lockeana» coherente. Para él, estaba muy claro que los derechos «naturales» de propiedad eran sólidos y justos (como el que posee cada hombre a su propia persona, a la propiedad que él mismo crea o tierra que cultiva, o a la propiedad que adquiere en un intercambio de títulos de propiedad justos). Por otra parte, los derechos de propiedad «artificiales», esto es, los derechos artificialmente creados por el estado que se saltan la ley natural y los derechos naturales, son muy dañinos. La obra de Hodgskin sigue siendo hoy día una de las mejores exposiciones de la doctrina de los derechos naturales de propiedad.

Otra diferencia con los benthamitas era que, por desgracia y paradójicamente, Hodgskin se empapó de la teoría del valor-trabajo a partir de otro influyente «socialista ricardiano» del momento cuyo pseudónimo era «Piercy Ravenstone».[41] Piercy denunció la posesión privada de la tierra y del capital porque crean propiedad robada, «artificial», mientras que, dado que el trabajo es lo único que produce, toda la renta debería revertir, por derecho o naturalmente, sobre él. La renta y el beneficio, afirmaba Ravenstone, se extraen del producto del trabajo: este «fondo para el mantenimiento de los holgazanes es el producto excedente del trabajo de los industriosos». Es más, Ravenstone proponía una extravagante teoría del capital en la que éste constituye un concepto inexistente pensado para encubrir el robo del excedente del trabajo. El capital, afirmaba de manera absurda, «puede aumentarse hasta alcanzar cualquier cantidad imaginable sin aumentar por ello las riquezas reales de una nación».[42]

---

[41] Piercy Ravenstone, *A Few Doubts as to the Correctness of some Opinions Generally Entertained on the Subjects of Population and Political Economy* (Londres, 1821).

[42] Halévy, *op. cit.* nota 38, pp. 89n-90n. Parece ser que Ravenstone tampoco fue socialista. Todo apunta a que se trataba del Rev. Edward Edward, un miembro del alto clero anglicano tory, o de Richard Puller, otro tory hijo de un directivo de la Compañía de los Mares del Sur, el proyecto tory de banca especulativa. Parece ser que el objetivo de Ravenstone era dar un golpe efectivo contra el capitalismo y los mercados libres través de algunos de sus más antiguos enemigos, los altos torys defensores del estatismo y del gobierno fuerte.

A partir de entonces, Hodgskin se vio aquejado de una extraña combinación de anarquismo tipo *laissez-faire* y de teoría del valor-trabajo ravenstoniana. ¿Cómo cuadrar ambas posiciones? En un principio, Hodgskin trató de conseguirlo atribuyendo la explotación, la «plusvalía» del trabajo, únicamente a la intervención gubernamental, como en el caso de las Leyes de Asociación (*Combination Laws*), que limitaban el derecho a la formación de sindicatos de trabajadores. Así, intervino en la fundación de *Mechanic's Magazine*, y luego en la de su afiliado Insituto Londinense de Trabajadores Manuales, dedicado a impartir conferencias a las clases trabajadoras. Durante la exitosa agitación ricardiano-benthamita a favor de la revocación de las Leyes de Asociación que tuvo lugar en 1824, Hodgskin escribió un folleto de tinte ravenstoniano, *Labour Defended Against the Claims of Capital* (1825), al que siguió la publicación de sus conferencias en el Instituto de Trabajadores Manuales bajo el título de *Popular Political Economy* (1827).

Especialmente extravagante resulta el desarrollo que Hodgskin hizo de la idea ravenstoniana de que el capital es irrelevante e inexistente. Niega que en el capital participe ahorro alguno, ningún anticipo obtenido a partir de un consumo sacrificado. El capital circulante, afirma falazmente, no se produce por adelantado; el pan que compra el trabajador se elabora cada día, el capitalista no lo almacena por adelantado. En efecto, es evidente que nadie defiende que el capitalista almacene por adelantado el alimento y otros medios de subsistencia de los trabajadores; sin embargo, el ahorro de su dinero constituye el adelanto que se hace al trabajador por la producción y la venta, adelanto que le permite a éste adquirir sus medios de subsistencia ahora en vez de tener que esperar unos años. En cuanto al capital fijo, no sólo se trata de trabajo almacenado —un argumento socialista ricardiano generalizado—, antes bien, estas máquinas sólo son «materia inerte, deteriorada y muerta» a menos que «unas manos especializadas las guíen, gobiernen y las pongan en marcha». Hodgskin concluye que el «capital fijo no deriva su utilidad del trabajo precedente, sino del presente», ignorando de forma grotesca el hecho de que precisamente porque el capital y el trabajo se necesitan uno a otro, éste último no viene a ser el *único* factor de producción. Poniendo la guinda al absurdo, declara que «considerar el capital como algo ahorrado constituye un error miserable».

No hay ninguna duda de que el ultra-laborismo de Hodgskin influyó en Karl Marx. Sin embargo, su extremista teoría del valor-trabajo no le convierte en ricardiano, ni mucho menos en socialista. De hecho, él fue extremadamente crítico con Ricardo y con el sistema ricardiano, denunció la metodología abstracta y la teoría de la renta de éste, y se consideró a sí mismo como smithiano antes que ricardiano. La doctrina smithiana de la ley natural y del mercado libre en el que se da una armonía de intereses también le resultó más grata a Hodgskin.

Aunque siguió siendo laborista, el movimiento laborista inglés, con su interés creciente por la intervención estatal, le fue mostrando un rechazo cada vez mayor. Para él, el remedio, ni que decir tiene que la panacea, no estaba ya en los sindicatos de trabajadores. Comprobó, cada vez más, que el único modo de reconciliar el laborismo y el *laissez-faire* era presionar para que se revocase toda intervención gubernamental, es más, para que se revocase toda ley positiva que no fuese una mera reformulación de la ley natural y de los derechos naturales. Todas esas leyes constituían una violación de los derechos de propiedad. En contraste con los socialistas ricardianos que ensalzaban las cooperativas tipo-cártel, Hodgskin exigía la desaparición de todas las restricciones estatales sobre la competencia libre e ilimitada. Se unió con entusiasmo a Cobden y Bright en su encendida reacción a favor de la revocación de las Leyes del Cereal, así como en la revocación de las leyes feudales restrictivas que conllevaban la imposibilidad de la venta libre de la tierra fuera de la familia. De 1846 a 1855, Hodgskin trabajó como editor del *Economist*, el adalid periodístico del *laissez-faire*, sin que en todo ese periodo se evidenciasen grandes divergencias de ideas con el editor-jefe, James Wilson. Aquí se hizo amigo y mentor del joven Herbert Spencer, elogiando la obra anarquista de éste, *Social Statics*, si exceptuamos la denuncia, favorable al individualismo lockeano, del primer socialismo agrario pre-georgista de aquél.

Además, aun en su etapa más laborista durante la década de 1820, Thomas Hodgskin, en contraste con John Gray, amplió la definición de «trabajo». La actividad mental, sostenía, es tan «trabajo» como el ejercicio muscular, advirtiendo así contra la reducción del término «trabajo» a «operaciones manuales». Es más: de igual forma, Hodgskin mostró convincentemente que con mucha frecuencia el capitalista es también administrador y, por lo tanto, «trabajador». Por consiguiente, aunque los capitalistas puedan ser opresores, los hombres de negocios en tanto que administradores o «patronos» «son tan trabajadores como sus jornaleros». Y no hay nada de malo en las remuneraciones por administración.[43]

Cabe añadir que el Hodgskin de la década de 1820 elogió a los minoristas por ser «agentes indispensables», y alabó a mayoristas y comerciantes en términos smithianos por reportar beneficios a la sociedad con la persecución de sus propios intereses. Incluso los banqueros «son muy importantes, y han sido durante mucho tiempo trabajadores muy útiles». La banca, «no lo olvidemos... es un negocio completamente privado, por lo que no necesita mayor regulación por parte de los entrometidos hombres de estado que el negocio de la fabricación de papel». Por último, en su *Popular Political Economy*, Hodgskin ensalzó el sistema de precios de mercado, que, en un sentido profundo, es «el dedo del Cielo que indica a todos los hombres de qué modo emplear su tiempo y

[43] Gray, *op. cit*. nota 1, p. 282.

sus talentos para mayor provecho suyo y máximo beneficio de la toda la sociedad».[44]

Tras su retirada del consejo editorial del *Economist*, Hodgskin siguió escribiendo artículos para esa publicación. En ella alabó el comercio («Todos somos comerciantes... y... el comercio sólo es servicio mutuo a través del trato mutuo»); la especulación («sin especulación no tendríamos ningún ferrocarril, ningún puerto, ninguna compañía poderosa...») y la competencia («el alma de la excelencia, da a cada hombre su justa recompensa»).[45]

En su última publicación, que recoge conferencias de derecho penal pronunciadas en 1857, Thomas Hodgskin resumió su filosofía económica y política. La necesidad que la gente tiene de niveles de vida más elevados, afirmaba, «sólo se puede satisfacer con más libertad y menos impuestos». Las normas de librecambio de la década de 1840 sólo han de ser un peldaño hacia un *laissez-faire* cada vez más puro y sólido. Finalmente, todos los servicios estatales tendrán que privatizarse y someterse a las exigencias del mercado libre:

> La competencia ilimitada establecida por la naturaleza debe ser la norma de todas nuestras transacciones; y, al igual que sucede con el beneficio del tendero y con los salarios de los trabajadores, los de los funcionarios [estatales] y los pagos al clero deben regularse por el regateo del mercado, una acción recíproca y libre.

Al publicar sus conferencias, Hodgskin anunció su intención de completar y sacar a la luz una obra maestra, *The Absurdity of Legislation Demonstrated*, que mostraría, «de una manera lógica y didáctica», que «toda legislación, incluido, por supuesto, el Gobierno, se basa en supuestos falsos».[46]

Por desgracia, Hodgskin jamás concluyó su trabajo ni volvió a publicar, y, con ocasión de su fallecimiento en 1869 a los 82 años de edad, no apareció en toda la prensa londinense una sola nota necrológica sobre quien tanta influencia tuviera en otro tiempo. De todas formas, sabemos lo suficiente como para descartar la idea de que este individualista, a pesar del laborismo con el que influyó en Marx, fuese en algún sentido socialista o incluso ricardiano.

---

[44] *Ibid*., p. 280. Gray, adepto a la Escuela Austriaca, hace un comentario bromista e ingenioso sobre sus colegas austriacos: «Incluso a un economista ortodoxo de nuestros días, educado en las Leyendas de los bosques vieneses, bien se le puede disculpar que su fe titubee cada vez que se siente llamado a identificar el sistema de precios con el dedo del Cielo.».

[45] En Halévy, *op. cit.* nota 38, pp. 148-9.

[46] *Ibid*., p. 164.

Capítulo XIII

EL SISTEMA MARXIANO, II: LA ECONOMÍA DEL CAPITALISMO Y SU INEVITABLE FINAL

13.1 La teoría del valor-trabajo

Ya hemos visto que, durante la segunda mitad de su vida, Karl Marx, exiliado en Gran Bretaña, lejos del tumulto revolucionario político o posible, consumió los últimos años de su vida buscando el mecanismo por el que la economía del capitalismo daría lugar de forma inevitable a su propio derrocamiento revolucionario. En una palabra, el mecanismo por el que el proletariado revolucionario expropiaría a la clase capitalista, y que marcaría el comienzo de las diversas etapas del comunismo.

Marx descubrió en la teoría del valor-trabajo de Ricardo una de las claves fundamentales de este mecanismo, lo mismo que en la tesis socialista ricardiana de que el trabajo es el único determinante del valor, con la «plusvalía» que el capitalista extrae del producto creado por los trabajadores como la parte del capital o los beneficios. El «capital» sólo es «trabajo congelado», de modo que cualquier posible aportación al producto revierte igualmente al trabajo.

Sin embargo, para llegar a la teoría del valor basada en el trabajo, o en la cantidad de horas de trabajo, Marx tuvo que deshacerse en su obra sistemática *El Capital* de otros aspirantes subjetivos a la determinación del valor. Tuvo que demostrar también que el valor se halla de alguna manera objetivamente incorporado al producto (bien material, se entiende, dado que Marx, con Smith, había descartado los servicios inmateriales por «improductivos»). Intentó realizar esta hazaña al comienzo del Volumen I del *Capital*, y la manera como lo hizo resulta muy instructiva.

Marx comienza su *Capital* centrándose en el «bien», un objeto —como hemos visto, una *sustancia material*— que posee la utilidad de satisfacer las necesidades humanas. Al igual que Ricardo, excluye de esta idea a los servicios

inmateriales, y omite el estudio del valor de los productos no-reproducibles, que no poseen costes de producción constantes. Al igual que Ricardo, Marx también empieza por la necesidad de utilidad, pero, como su maestro, descarta inmediatamente este hecho por ser muy poco o nada útil para explicar el «valor de cambio», la proporción según la cual se intercambian los bienes en el mercado. Así, pues, como sucede en Smith y Ricardo, se desligan uno del otro el «valor en uso» y el «valor de cambio» de los bienes. ¿Cómo explicar, entonces, el valor de cambio? ¿Cómo explicar, en definitiva, las proporciones según las cuales se intercambian bienes en el mercado?

Marx añade que, superficialmente, da la impresión de que los valores de cambio son relativos, que fluctúan unos en relación con otros, y que, por consiguiente, no hay nada objetivamente «intrínseco» al producto que determine el valor. A continuación se propone corregir este supuesto error. Este es el párrafo fundamental:

> Tomemos dos artículos, por ejemplo, cereal y hierro. Cualquiera que pueda ser la proporción según la cual sean intercambiables, siempre se puede representar mediante una ecuación en la que una cantidad dada de cereal se iguale a otra de hierro: por ejemplo, 1 *quarter* de cereal = x *cwt* de hierro*. ¿Qué nos dice esta ecuación? Pues nos dice que en dos cosas diferentes —en 1 *quarter* de cereal y x *cwt* de hierro— existe algo común a ambas en cantidades iguales. Por lo tanto, las dos cosas deben ser iguales a una tercera, que, en sí misma, no es ni la una ni la otra. Como valor de cambio, cada una de ellas ha de reducirse a esta tercera... de la que ambas representan una cantidad mayor o menor.[1]

De este modo, Marx introduce su error fundamental en el inicio mismo de su sistema. El hecho de que dos artículos se cambien uno por otro en alguna proporción *no* significa que, por consiguiente, sean «iguales» en valor y que se puedan representar mediante una ecuación. Como ya sabemos desde Buridan y los escolásticos, dos cosas se cambian porque son *desiguales* en valor para cada una de las partes que intervienen. *A* entrega *x* a *B* a cambio de *y*, porque *A* prefiere *y* a *x*, y *B*, por el contrario, prefiere *x* a *y*. El signo de igualdad falsea la verdadera idea. Además, si los dos artículos, *x* e *y*, fuesen realmente iguales en valor desde el punto de vista de los que realizan el intercambio, ¿por qué demonios se tomarían el tiempo y la molestia de llevarlo a cabo? El hecho de concentrarse en el «bien» fue lo que le hizo a Marx desviarse del punto de partida correcto, ya que el foco de atención no debería haber estado en la cosa, el objeto material, sino en los individuos, los actores que *hacen* el intercambio, y que deciden si hacer o no esa transacción comercial.

---

* N. T.: *cwt* es abreviación de *hundredweight*, medida anglosajona de peso equivalente a 112 libras (50,80 kg) en Gran Bretaña y a 100 libras (45,35 kg) en los Estados Unidos. *Quarter* es la cuarta parte de 1 *hundredweight*, 25 libras en los Estados Unidos, 28 en Gran Bretaña.

[1] Karl Marx, *Capital*, Vol. I (Nueva York: International Publishers, 1967), p. 37.

Si no existe igualdad de valor, entonces es evidente que no hay una tercera «cosa» a la que deban ser iguales estos valores. Marx agrava su error original con otro, suponiendo que, si hay igualdad de valores, existe, por lo tanto, una tercera cosa tangible a la que han de ser iguales, y mediante la que pueden medirse. No hay justificación para dar este salto desde la igualdad de valor a la medida de un tercer ente objetivo; el supuesto implícito, y falaz, es que el «valor» es un ente objetivo como el peso o la longitud, que pueden medirse científicamente en relación a un patrón tercero y externo.

Tras cometer dos errores fatales y mayúsculos en un solo párrafo, Marx prosigue imparable con su conclusión. Insistiendo gratuitamente en que la utilidad no puede tener nada que ver con los valores de cambio, cuestión clave en su argumento, defiende que los valores en uso no tienen nada que ver con los valores de cambio o precios. Esto quiere decir que todos los atributos reales de los bienes, sus naturalezas, sus cualidades variables, etc... se abstraen de, o pueden no tener nada que ver con sus valores. Al desterrar del debate todas las propiedades reales, Marx se queda ineludiblemente con los bienes en tanto que cristalización de horas de trabajo puras, abstractas e indiferenciadas, la cantidad de horas de trabajo homogéneas incorporadas al producto.

Marx sabe, por supuesto, que este enfoque encierra graves problemas. ¿Qué decir al respecto de esta cuestión escolástica capital: acaso el mercado cubrirá los costes, el enorme número de horas de trabajo que se necesitan para fabricar un producto siguiendo un procedimiento obsoleto? En el supuesto de que un libro se imprima o se escriba a mano ¿va el mercado a cubrir el pago de la enorme cantidad de horas de trabajo que requiere el proceso de copiado manual? ¿Va a pagar el mercado los costes de trabajo del transporte terrestre de bienes una vez comparados con los del transporte marítimo? La manera como Marx se desembarazó de estas incómodas preguntas fue mediante la creación del concepto de tiempo de trabajo «socialmente necesario». El determinante del valor de un bien no es cualquier tiempo de trabajo previo consumido en, o incorporado a, su producción, sino sólo el tiempo de trabajo que es «socialmente necesario». Ahora bien, esto es una evasiva que elude la cuestión esquivando la pregunta. El valor de mercado sólo es determinado por la cantidad «socialmente necesaria» de tiempo de trabajo. Mas ¿qué es lo «socialmente necesario»? Todo lo que decida el mercado. De modo que un elemento clave a la hora explicar el valor de mercado lo constituyen las propias decisiones del mercado, los propios valores del mercado.

Marx define el «tiempo de trabajo socialmente necesario» como «el que se necesita para producir un artículo en condiciones normales de producción, y con el nivel medio de cualificación e intensidad imperantes en cierto momento».[2] Esto trae consigo un corolario problemático: ¿cómo fusionar una

[2] *Ibid.*, I, p. 39.

pléyade de distintas cualidades y cualificaciones de trabajo en una «hora de trabajo» abstracta y homogénea? Aquí, haciendo suya una insinuación de Ricardo, Marx introduce los conceptos de «promedio» y «normal». Todo ello resulta en un promedio. Mas ¿cómo se obtiene este promedio? Se obtiene mediante ponderaciones, en donde el trabajo de mayor calidad, extraordinariamente productivo, tendría un peso mayor en cantidad de unidades de tiempo de trabajo que el trabajo de alguien no cualificado. Pero ¿quién resuelve las ponderaciones? Una vez más, entra en juego la metodología esquiva de Marx. Ya que Marx reconoce que eso lo hace el *mercado*, sus precios y salarios relativos, los cuales determinan las ponderaciones, es decir, qué trabajo es más productivo o de mayor calidad y en qué grado respecto a otras formas de trabajo. Así, pues, se emplean valores, precios y productividades para tratar de explicar los determinantes de esos mismos valores y precios.[3]

13.2 Tasas de beneficio y «plusvalía»

Marx sigue adelante con su modelo de una manera ricardiano-socialista. Pero, frente a Ricardo, la tierra y la renta son asimiladas sin mayor complicación al «capital», ya que se supone que, en todo caso, la tierra fue creada por el trabajo humano, y que su importancia y la del feudalismo van desapareciendo a medida que el capitalismo sigue su curso. No es necesario, por lo tanto, considerar o explicar los valores y los precios de la tierra. Por lo tanto, en el capitalismo existen dos grandes clases: los trabajadores homogéneos, el proletariado; y «los capitalistas» [por supuesto, como en Smith y Ricardo, los empresarios no existen. Todo se halla en un equilibrio a largo plazo en lento movimiento]. Ahora bien, los valores de los bienes sólo son producto de cantidades de horas de trabajo. Los capitalistas, merced a algún tipo de coacción, gracias al conjunto de relaciones de propiedad que han impuesto, extraen por la fuerza un «beneficio» del producto de los «explotados» trabajadores. Este beneficio es la «plusvalía», el valor confiscado por los capitalistas del valor total producido.

Para Marx, el beneficio *sólo* proviene de la explotación de los trabajadores; es el plus de valor más allá de los salarios necesarios para la subsistencia de los trabajadores. Por otro lado, los beneficios no guardan ninguna relación con la cantidad de capital invertida; ya que el capital sólo es materia muerta, trabajo almacenado o congelado y, en consecuencia, ya no puede «explotarse» para la obtención de beneficios corrientes.[4] Así, pues, sólo el empleo de trabajo

---

[3] Compárese con la consideración que hace David Conway, *A Farewell to Marx: An Outline and Appraisal of His Theories* (Harmondsworth, Mddx: Penguin Books, 1987), pp. 83-9.

[4] Como más tarde pondría de manifiesto Böhm-Bawerk, aun cuando elijamos este planteamiento de coste-de-producción, hemos de reconocer que el capital no sólo incorpora trabajo y tierra, sino también *tiempo*. Como veremos más adelante, Marx descartó la tierra fusionándola con el capital; y si se hubiese reconocido el tiempo como un factor importante, entonces

«vivo» puede reportar beneficios al capitalista. Ahora bien, si el total de los beneficios sólo se extrae del trabajo, esto quiere decir que cualquier acumulación de capital *reducirá* necesariamente la *tasa* de beneficio que el capitalista percibe. Por ejemplo, supóngase que no se emplea ningún capital o, en términos marxianos, ningún capital «constante»,[5] y que la inversión sólo tiene lugar en la forma del «capital variable» destinado al pago de los salarios. Supóngase que los beneficios provenientes de la producción de los bienes ascienden a 100 dólares y el total del capital variable, o el pago de los salarios, a 1.000 dólares. En ese caso la tasa de beneficio es del 10 por ciento. Supóngase, por otro lado, que se hace una inversión en bienes de capital por un importe de, pongamos, otros 1.000 dólares. El total de la inversión de capital es entonces de 2.000 dólares, pero, como los beneficios sólo provienen del trabajo, éstos siguen ascendiendo a 100 dólares, así que la tasa de beneficio ha descendido ahora hasta el 5 por ciento.

¿Qué es lo que determina los salarios, la cantidad que la clase capitalista les da de mala gana a los trabajadores? Aquí hacen su vital aparición Malthus y la ley de hierro de los salarios, que fijan siempre los salarios al nivel de los medios de subsistencia. Marx, claro está, no se cansa de hacer que su utopía comunista quede a salvo de todo problema de orden malthusiano, afirmando que Malthus y la ley de hierro sólo tienen vigencia en el capitalismo, y que, sin duda, carecerían de toda aplicación al comunismo.

Debemos insistir en que la ley de hierro es fundamental para todo el sistema marxiano. Según Marx, el valor y el precio de todo bien viene determinado por el coste, esto es, la cantidad de horas de trabajo que comprende su producción. Marx creía que, en el mercado, los capitalistas pagan a los trabajadores el «valor de su fuerza de trabajo», y por éste *no* entendía, como es evidente, su productividad o productividad marginal, sino el «coste» de la producción y mantenimiento de la mano de obra, esto es, el coste o la cantidad de horas de trabajo necesarios para producir los medios de subsistencia de los trabajadores.[6]

En su, en términos generales, excelente estudio y crítica de Marx, el Profesor Conway afirma que la teoría de la plusvalía de éste no *necesita* la ley de hierro de los salarios, ya que, aun cuando los salarios fuesen más altos que el salario

---

tendría que haberse reconocido la preferencia temporal, y todo el sistema marxiano se hubiese colapsado.

[5] «Constante» porque, según Marx, los bienes de capital, al ser peso muerto, no pueden generar ningún beneficio o plusvalía.

[6] El Profesor Conway resume perfectamente la idea de Marx: «...en su salario diario, al trabajador se le paga un total de valor igual en cantidad al valor de un día de su fuerza de trabajo. Como el valor de un día de fuerza de trabajo es igual a la cantidad de trabajo que se necesita para producir un día de fuerza de trabajo, se sigue que el valor de un día de fuerza de trabajo es igual a la cantidad de trabajo que se requiere para producir los medios de subsistencia que el trabajador consume en un día». Conway, *op. cit*. nota 3, pp. 96-7.

de subsistencia, los capitalistas todavía podrían extraer alguna plusvalía. Muy cierto, sólo que, *en ese caso*, en el sistema marxiano los salarios quedarían indeterminados, y, como es evidente, no habría ninguna razón para suponer que la plusvalía exista en absoluto, o que sea lo bastante considerable como para tener alguna relevancia. Además, si los salarios no quedan bloqueados en el nivel craso de los medios de subsistencia, pudiera ser que la difícil situación de los trabajadores bajo el capitalismo no fuese en modo alguno tan lastimosa. Y, entonces, ¿qué sucedería si no hubiese elementos de peso que alentasen a los trabajadores a implicarse en ese derrocamiento revolucionario del capitalismo que Marx considera inevitable? Por eso, Marx y Engels proclamaron con insistencia en el *Manifiesto comunista* que el salario medio siempre es «el salario mínimo, es decir, la cantidad de medios de subsistencia [*Lebensmittel*] absolutamente necesaria [*notwendig*] para hacer que el trabajador siga existiendo meramente como tal. En consecuencia, aquello de lo que se apropia el trabajador asalariado mediante su trabajo sólo alcanza a prolongar y reproducir su mera existencia».[7,8] Y, en su tardía obra, *Anti-Dühring* (1878), Engels afirma que la industria a gran escala «reduce el consumo de las masas del país hasta el nivel mínimo de hambre...».

El modelo de Marx plantea problemas considerables. Su teoría supone que, puesto que los beneficios sólo provienen de la explotación del trabajo, las *tasas* de beneficio son necesariamente menores en las industrias fuertemente capitalizadas que en aquellas con gran intensidad de trabajo. Sin embargo, todos, incluido Marx, se ven obligados a reconocer que es evidente que esto *no* es verdad

---

[7] En un pasaje anterior del *Manifiesto*, Marx y Engels habían escrito que «el precio de un bien, y, por consiguiente, también del trabajo [luego modificado como 'fuerza de trabajo'], es igual al coste de producción». Además, «el coste de producción de un trabajador se limita casi por completo a los medios de subsistencia que necesita para su mantenimiento y la propagación de su raza». Véase Robert C. Tucker (ed.), *The Marx-Engels Reader* (2.ª ed., Nueva York: W.W. Norton, 1972), pp. 479, 485.

[8] Sobre la dependencia del sistema marxiano respecto a la ley de hierro de los salarios, véase Ludwig von Mises, «The Marxian Theory of Wage Rates», en Eugen von Böhm-Bawerk, *The Exploitation Theory of Socialism-Communism* (3.ª ed., South Holland, Ill.: Libertarian Press, 1975), pp. 147-51. El ensayo de Mises se publicó originariamente en *Christian Economics*, mayo de 1961.

Como pone de manifiesto von Mises, a Marx no le gustaba el *nombre* de «ley de hierro de los salarios» porque había sido acuñado por su gran rival dentro de la teoría política socialista alemana, Ferdinand Lassalle (1825-64), pero se adhirió firmemente al *concepto*.

Curiosamente, la famosa expresión de Lassalle, traducida al inglés como «the iron law» («la ley de hierro»), debería haberse traducido, como señala Alexander Gray, por «the brass (o brazen) law» («ley de latón») de los salarios. Con su característico humor, Gray añade que, «en cualquier caso, mientras sea metálica, no tiene demasiada importancia. Un maníaco de la precisión bien podría apuntar que su [de Lassalle] expresión más frecuente era la de '*das aherne* [latón] *und grausame* [cruel] *Gesetz* [ley]', cosa que, de algún modo, suena aún más horrible». Alexander Gray, *The Socialist Tradition* (Londres: Longmans, Green, 1946), p. 336.

por lo que respecta al mercado. Como bien sabían Smith y Ricardo, la tendencia del mercado es hacia tasas de beneficio que tienden a igualarse en todas las industrias. Pero ¿cómo sucede esto si las tasas de beneficio son necesaria y sistemáticamente mayores en las industrias con gran intensidad de trabajo?

No cabe duda de que aquí nos encontramos con la laguna más palmaria del modelo marxiano. Marx reconoció que, en el mundo real, las tasas de beneficio tienden claramente hacia la igualdad (o, como él mismo la denominó, hacia una «tasa de beneficio media»), y que, por consiguiente, los precios reales o valores de cambio de los mercados capitalistas no operan según sus valores marxianos de cantidad de trabajo. Marx aceptó este problema fundamental, y prometió que podría resolverlo con éxito en un próximo volumen del *Capital*. Lidió con este problema el resto de su vida, y jamás lo resolvió —quizás sea ésta una de las principales razones que expliquen el hecho de que muy pronto dejara de trabajar en el *Capital* y de que no llegase a publicar jamás el resto de volúmenes. En la primera edición de su gran *Historia y Crítica de las Teorías del Interés del Capital*, publicada en 1884, el año siguiente a la muerte de Marx, el destacado teórico austriaco Eugen von Böhm-Bawerk puso de manifiesto en su crítica a Marx que éste «se dio cuenta del hecho de que aquí había una contradicción, y, para resolverla, se vio en la necesidad de prometer abordarla con posterioridad. Sin embargo, la promesa jamás se cumplió, y, de hecho, no podía cumplirse».[9]

Böhm-Bawerk observó más tarde que la creciente legión de adeptos marxianos seguían conservando su fe en que el maestro se presentaría finalmente con una solución a este grave error del sistema marxiano, un error supuestamente no erradicable.[10] Entonces, en el prefacio del segundo volumen póstumo del *Capital*, Engels anunció en tono provocativo y un tanto puerilmente que, en un próximo volumen, Marx solucionaría el famoso problema de la tasa de beneficio y del valor, invitando a todos los marxianos y al resto de economistas a una especie de concurso de ensayos para tratar de conjeturar cómo resolvería Marx esta contradicción que parecía irresoluble. En los nueve años que siguieron hasta la publicación del culminante Volumen III del *Capital*, un número sorprendentemente elevado de economistas probaron suerte en este pequeño juego. En el prefacio del esperado Volumen III, publicado en 1894, un año antes de su muerte, Engels fue capaz de demostrar triunfalmente que ninguno de estos economistas había hecho méritos suficientes para hacerse con el galardón.[11] Así, pues, Engels fue mucho menos cauto que Marx en su favorable disposición a

[9] Eugen von Böhm-Bawerk, *Capital and Interest* (Londres: Macmillan, 1890), p. 390.

[10] Eugen von Böhm-Bawerk, *Karl Marx and the Close of His System* (Nueva York: A.M. Kelley, 1949), p. 5. [En español: *La conclusión del sistema marxiano* (Unión Editorial, 2000), p. 30.]

[11] *Ibid*., pp. 5-6. Entre los «concursantes» estaban el estadístico alemán Wilhelm Lexis (1885), el marxista Conrad Schmidt (1889, 1892-93), el marxista italiano Achille Loria (1890), el liberal del *laissez-faire* Julius Wolf (1891) y unos cuantos economistas italianos a lo largo de 1884.

hacer pública y anunciar a bombo y platillo una «solución» que, por lo que parece, el segundo no habría considerado digna de que saliese a la luz.[12]

Dos años después, Böhm-Bawerk llevó a cabo una demolición detallada, fulminante y completa del Volumen III en su extenso ensayo crítico *La conclusión del sistema marxiano*.[13] Pasados cien años de esta devastadora refutación de la solución aportada por el Volumen III y, por ende, del sistema marxiano, ésta continúa siendo definitiva. Arrasó entre los economistas profesionales, y desde entonces ha seguido imponiéndose, vacunándoles con éxito, al menos, contra el virus marxiano y, sin duda, contra la teoría del valor-trabajo. Por desgracia, el excesivo carácter técnico del argumento de Böhm-Bawerk impidió que éste llegara a producir algún efecto fuera de las filas de los economistas, razón que explica el hecho de que a partir de ese instante los que se han sentido más atraídos por el marxismo hayan sido sociólogos, historiadores, aficionados a las letras y otros desconocedores de la economía.

En una palabra, Böhm-Bawerk planteó con claridad y nitidez la grave contradicción interna de la teoría marxiana: Marx defendía que los bienes se cambian en el mercado según la proporción de las cantidades de trabajo incorporadas a ellos (es decir, que sus valores son determinados por la cantidad de horas de trabajo que se requieren para producirlos), y *también* admitió que las tasas de beneficio de todos los bienes tendían a ser iguales. Ahora bien, si la primera cláusula es verdadera, las tasas de beneficio disminuirían sistemáticamente en proporción a la intensidad de la inversión de capital, y aumentarían en proporción al grado de intensidad de trabajo en la producción. Marx prometió resolver esta insoluble contradicción y reconciliar estas dos proposiciones radicalmente contradictorias en el Volumen III.

Böhm-Bawerk demostró en *La conclusión del sistema marxiano* que la «solución» ofrecida por Marx no era más que una impostura, y que lo que realmente hizo fue arrojar la toalla y reconocer que, en el mercado capitalista, las tasas de beneficio son iguales y, por lo tanto, que los precios *no* son proporcionales a la cantidad de horas de trabajo invertidas en la producción de los bienes ni están determinados por ellas. Lo que realmente hizo en la práctica fue adoptar la clásica teoría ricardiana y admitir que los precios están de hecho determina-

[12] Recuérdese que, como ya hemos observado al tratar sobre la definición de clase, Marx había dejado de trabajar en el *Capital* justo a mitad de camino. Había interrumpido la elaboración de su *magnum opus* cuando se publicó el Volumen I, y se había pasado década y media mintiendo a su fiel amigo y patrón en relación a su trabajo constante en dicha obra.

[13] Publicado por vez primera en 1896 bajo el título de *Zum Abschluss des Marxschen Systems* en un *Festschrift* dedicado a Karl Knies, y otra vez ese mismo año como separata. Tuvo un éxito inmediato, se tradujo al ruso el año siguiente y la edición inglesa apareció en 1898. Por desgracia, el término *close* [cierre] resulta extraño y equívoco; un título mucho más preciso hubiese sido *Karl Marx and the Completion of His System* [*Karl Marx y la finalización de su sistema*] [véase la edición española citada en n. 10, p. 13].

dos por los costes (o, dicho en sus propios términos, los «precios») de producción, más la tasa de beneficio media. Así, al tiempo que creyó haber salvado su teoría hablando grandilocuentemente sobre la competencia, que transforma «valores en precios de producción», lo que de verdad había hecho era abandonar por completo la teoría del valor trabajo y hundir todo su sistema.

Böhm-Bawerk se embarca entonces en una crítica sistemática de diversos argumentos marxianos que tratan de salvar el fenómeno, incluido el sinsentido del «valor total» en tanto que equivalente al total de los precios de todos los productos.

Resulta iluminador observar la reacción de los marxistas al Volumen III y a la exposición y demolición que Böhm-Bawerk llevara a cabo del sistema marxiano poniendo al descubierto sus graves contradicciones. La mayoría reaccionó como devotos religiosos y no como científicos honestos. Esto es, cuando se detectan falacias o contradicciones mayúsculas en su sistema, los devotos salvan la teoría *modificando los términos* del argumento. Es decir, afirman que la teoría expresaba algo muy distinto o que la predicción había sido en verdad otra. Algo parecido fue lo que sucedió con el popular movimiento milenarista de principios de la década de 1840, que había predicho con seguridad la fecha exacta del Segundo Advenimiento de Jesús para 1843. Como Jesús no llegara en la fecha prevista, y como era de esperar en ellos, los milenaristas adujeron un pequeño error en sus cálculos y aplazaron la dichosa fecha hasta unos pocos meses después. Como Jesús tampoco apareciera esta segunda vez, la mayoría de ellos se dispersaron, si bien algunos de los fieles más inflexibles cambiaron los términos del argumento insistiendo en que Jesús había venido realmente en la fecha esperada, sólo que tal advenimiento había sido invisible y había dejado pendiente para una fecha futura su parte más visible. (Este último grupo se transformaría en el de los adventistas del séptimo día.) De la misma manera, los apologistas marxianos recurrieron a una posición que afirmaba escandalosamente que Marx jamás *pretendió decir* que sus valores basados en la cantidad de trabajo determinasen o incidieran en modo alguno sobre los precios de mercado. Afirmaron con presunción que a Marx no le interesaban cuestiones irrelevantes como la del precio de mercado; sus «valores» en cuanto producto de la cantidad de trabajo se hallan místicamente incorporados en los bienes del mercado, suponiendo de este modo que no guardan ninguna relación con el mundo real del capitalismo de mercado.

Paul Sweezy, por ejemplo, aseguró que Marx no se ocupó en absoluto de los precios, sino sólo de «lo que hoy en día se denominaría sociología económica».[14] G.D.H. Cole, en su *What Marx Really Meant*, trató de defender que,

---

[14] Paul M. Sweezy, «Professor Cole's *History of Socialist Thought*», *American Economic Review*, 47 (1957), p. 990. Citado en Gary North, *Marx's Religion of Revolution* (Nutley, NJ: The Craig Press, 1968), p. 163. Sweezy también sostuvo que el alemán Ladislaus Bortkiewicz había

para Marx, al contrario que para otros economistas, el valor no guarda relación alguna con la determinación de los precios, sino que es, *por definición* y fundamentalmente, la cantidad de horas de trabajo incorporadas a un producto. Alexander Gray dirigió a Cole una crítica ingeniosa y devastadora:

> No cabe duda de que, en las primeras páginas del *Capital*, Marx creyó haber *demostrado* la identidad entre valor y trabajo incorporado (algo que, por lo tanto, debía probarse)... Si la identidad entre el valor y el trabajo es una cuestión de definición y suposiciones, entonces, por lo menos conocemos el significado que Marx atribuye a «valor»: mas, en ese caso, la pretendida prueba del primer capítulo es un mero cuento chino; porque se afirma pero no se prueba. También en ese caso cabe sospechar que, puesto que descansa sobre una definición arbitraria que supone la conclusión a la que quiere llegar, la totalidad del *Capital* constituye un ejemplo de cómo dar vueltas en vano en torno a un círculo, mucho más de lo que los críticos más acérrimos hubiesen creído posible. Si, por el contrario, la identidad entre valor y trabajo es una cuestión de prueba y no de definición, todavía seguimos sin dar con el sentido que Marx atribuye al «valor».[15]

Mientras que todos los marxistas oficiales han tomado esta vía de escape —salvar la teoría del valor-trabajo haciéndola irrelevante—, el único intento de refutación a gran escala de Böhm-Bawerk lo llevó a cabo el marxista austriaco Rudolf Hilferding (1877-1941) en *La crítica de Böhm-Bawerk a Marx*, obra publicada en 1904 y cuya traducción inglesa aparecería en 1920. La apología de Hilferding, que recurre a la línea argumental que defiende que Marx jamás pretendió decir que los valores determinasen los precios, es una obra farragosa y confusa. Resulta interesante que su amigo y destacado colega teórico austromarxista, Otto Bauer, le desautorizase por no haber entendido de verdad la naturaleza del problema. Bauer se apuntó al gran seminario organizado por Böhm-Bawerk en la Universidad de Viena a fin de aprender lo bastante como para poder refutar la célebre crítica del segundo. Al final, Bauer abandonó el empeño admitiendo que la teoría marxiana del valor-trabajo era ciertamente indefendible.[16] La mayoría de los estudiosos marxistas modernos consideran que la teoría del valor-trabajo constituye un problema embarazoso, y los más sofisticados la han abandonado por completo, aunque, por desgracia, sin renunciar al sistema del que ella es parte fundamental y necesaria.[17]

---

refutado la crítica de Böhm-Bawerk a Marx, pero Samuelson puso de manifiesto que la posición de Bortkiewicz estuvo más cerca de la de Böhm-Bawerk que de la de Marx. Paul Samuelson, «Wages and Interest: A Modern Discussion of Marxian Economic Models», *American Economic Review*, 47 (1957), pp. 890-92.

[15] Gray, *op. cit*. nota 8, p. 319.

[16] Véase Ludwig von Mises, *Notes and Recollections* (South Holland, Ill.: Libertarian Press, 1978), pp. 39-40.

[17] Para una crítica completa de los recientes intentos que un grupo de «marxistas analíticos» han llevado a cabo para desprenderse de la teoría del valor-trabajo, conservando, no obstante, el marxismo, véase David Gordon, *Resurrecting Marx* (New Brunswick, NJ.: Transaction Books, 1990).

Un caso curioso dentro de la apologética marxista es el de un libro que ha sido promocionado por todas partes, y exageradamente, como la *crítica* definitiva del marxismo. En su *Marxism*, el Profesor Thomas Sowell adopta la línea de Hilferding, a la que añade nuevos errores de su propia cosecha. Así, reprende a Böhm-Bawerk por haber «entendido mal, una y otra vez» a Marx, cuando lo cierto es que el meticuloso Böhm-Bawerk lo hizo pero que muy bien, y sigue a Hilferding al afirmar erróneamente que Böhm-Bawerk y otros críticos se equivocaron al sostener que Marx identificó «valores» y precios. Todo lo contrario, Böhm-Bawerk y el resto se dieron perfecta cuenta de que los «valores» producto del trabajo son los que, en teoría, determinan —aunque no sean lo mismo que— los valores de cambio o precios. Resulta igualmente irónico que un autor que tanto reprende a ciertos economistas conocidos por escribir sobre economía marxiana sin citar una sola vez a Marx, aún hiciese la afirmación lamentable y grandilocuente de que, «a pesar de la abundante —e indocumentada— literatura interpretativa en sentido contrario», Marx no se refirió «en ninguna parte a una *teoría* del valor». Como apunta un crítico de Sowell, esa referencia de Marx puede encontrarse fácilmente en el Volumen III del *Capital*.[18]

Aunque es evidente que los marxistas ortodoxos no lo reconocen, la posición a la que recurre Hilferding, si bien es cierto que salva la igualación del beneficio en el mundo real, lo hace a costa de abandonar la teoría del valor trabajo. O, lo que es lo mismo, dejándola como un cascarón vacío y carente de sentido. Ahora bien, sin teoría del valor-trabajo, no hay plusvalía, ni explotación, como tampoco razón alguna para que el proletariado se rebele contra un mundo en el que la clase capitalista no le está confiscando sistemáticamente su producto.

El caso más interesante y llamativo de un marxista apasionado que al enfrentarse a la aguda contradicción entre los volúmenes I y III del *Capital* se comportó con honorabilidad fue el del economista italiano Achille Loria (1857-1943). Para éste, el primer volumen del *Capital* había sido una «obra maestra en la que todo es grande, todo igualmente incomparable y maravilloso». El Volumen III, sin embargo, no hizo otra cosa que dar el golpe de gracia al propio sistema de Marx. Loria, de hecho, no tuvo que aguardar a la crítica de Böhm-Bawerk; en su propia crítica del Volumen III atacó el libro por ser una «mistificación» y no una «solución». Loria denunció el libro «como la campaña rusa» [de Napoleón] del sistema marxiano, su «completa quiebra teórica», un «suicidio científico» y «la más explícita renuncia a sus propias enseñanzas».[19]

[18] La afirmación de Sowell está en la página 153 de la edición londinense de Lawrence y Wishart. Sowell niega también de modo absurdo que Marx creyese en absoluto en una teoría del valor-trabajo. Thomas Sowell, *Marxism: Philosophy and Economics* (Londres: Unwin Paperbacks, 1986), pp. 3-5ss.

[19] Böhm-Bawerk, *op. cit.*, nota 10 p. 30. Véase también Gray, *op. cit*. nota 8, p. 317.

Dejemos que Alexander Gray ponga un último acento penetrante y cómico sobre la teoría del valor de Marx:

> Presenciar cómo Böhm-Bawerk o Mr. [H.W.B.] Joseph despedazan a Marx sólo es un placer pedestre; porque éstos sólo son autores pedestres, tan pedestres como para tratar de aferrarse al significado evidente de las palabras, sin darse cuenta de que lo que Marx realmente quiso decir [Cole] no guarda relación necesaria alguna con lo que innegablemente dijo. Ahora bien, contemplar a Marx rodeado de sus amigos constituye un disfrute de orden completamente diferente. Porque es casi evidente que ninguno de ellos sabe realmente qué es lo que de verdad quiso decir Marx; incluso no saben muy bien de qué estaba hablando; existen indicios de que tampoco Marx sabía lo que hacía. En concreto, no hay ninguno que nos diga qué es lo que Marx entendía por «valor». Pero, lo que de verdad revelan todas estas conjeturas es algo increíble, y me atrevería a decir que único. En cierto sentido, el *Capital* es un tratado en tres volúmenes que expone una teoría del valor y sus múltiples aplicaciones. Pero Marx nunca accede a decir qué entiende por «valor», que, por consiguiente, es lo que uno quiera hacer de él a medida que lee el rollo desplegado entre 1867 y 1894. Tampoco sabe nadie en qué mundo tiene aplicación todo esto. ¿Es el mundo en el que Marx escribió? O ¿un mundo capitalista abstracto, «puro», que no existe más que como idea de la imaginación? [Croce] O (por muy extraño que parezca la sugerencia) ¿no podría haber estado pensando Marx (probablemente de modo inconsciente) en términos de condiciones medievales? [Wilbrandt]. Nadie lo sabe. ¿Nos interesa la *Wissenschaft*, los eslóganes, los mitos o las fórmulas mágicas? Se ha dicho que Marx fue un profeta; quizás esta sugerencia nos brinde el mejor enfoque. Uno no somete a Ezequiel y a Jeremías a las pruebas a las que se hallan sujetos hombres menos inspirados. El error del mundo y de la mayoría de los críticos quizá sólo haya sido el no haber considerado a Marx lo bastante profeta, un hombre más allá de la lógica, que pronuncia palabras crípticas e incomprensibles que cada cual puede interpretar como le plazca.[20]

13.3 Las «leyes del movimiento», I: la acumulación y centralización del capital

Así es cómo Karl Marx estableció, al menos para su propia satisfacción, la teoría del valor basada en el trabajo y la reconciliación de ésta con la tendencia a la igualdad de las tasas de beneficio. Pero Marx no estaba especialmente interesado en las leyes explicativas del funcionamiento del sistema capitalista. Le interesaba seguir adelante con las que él mismo denominara «leyes del movimiento» (¡un término mecanicista revelador!) del sistema capitalista, esto es, de la inevitable marcha de éste hacia la victoria del comunismo revolucionario, una marcha que se produciría «con la inexorabilidad de las leyes de la naturaleza». ¿Cómo y hacia dónde estaba destinado a desplazarse el capitalismo?

[20] Gray, *op. cit*. nota 8, pp. 321-2.

Un aspecto clave del destino inevitable del capitalismo es la ineludible ley de la tasa decreciente de beneficio. Según Marx, la uniforme tasa de equilibrio existente estaba abocada a seguir decreciendo. Smith y Ricardo defendieron sendas teorías, ambas falaces, de la tasa decreciente de beneficio, a las que llegaron por vías completamente diferentes. Para Smith, la tasa de beneficio (o interés) viene determinada por el capital; cuanto mayor sea la cantidad de capital acumulado, menor será la tasa de beneficio. A Ricardo, por el contrario, le inquietaba la presión cada vez mayor que ejercen los terratenientes sobre la economía a medida que el crecimiento inexorable de la población hace que se cultiven tierras cada vez peores. Las horas de trabajo requeridas para la producción aumentan, subiendo de este modo los salarios monetarios y las rentas, y, por consiguiente, comiéndose cada vez más los beneficios.[21]

En Marx, la tasa decreciente de beneficio se sigue de la acumulación de capital en el tiempo, pero de manera distinta a como sucede en Smith y Ricardo.[22] Como hemos visto, porque el capital de Marx es peso muerto, y no aporta beneficio alguno al capitalista. Todo el beneficio de éste proviene de la explotación del trabajo «vivo», de modo que la acumulación de más capital baja necesariamente su tasa de beneficio, la razón de su beneficio total dividido por el total del capital que ha invertido. Y, puesto que el elemento distintivo del desarrollo capitalista es la acumulación continua de capital, esto quiere decir que el capitalismo está abocado a unas tasas de beneficio siempre decrecientes.

Sin embargo, si la acumulación de capital reduce drásticamente los beneficios, cabe preguntarse por qué los capitalistas, cuya motivación evidente es la búsqueda de beneficios mayores y no menores, insisten en seguir acumulando. ¿Por qué persisten en tirar piedras contra su propio tejado?

Una respuesta marxiana a este misterio es la «competencia». A los leninistas, en particular, les gusta explicar el desarrollo supuestamente reciente del «capitalismo monopolista» y del imperialismo como intentos de los capitalistas de formar cárteles y encontrar mercados en el exterior, como intentos de evitar las temibles consecuencias de la competencia.[23] Ahora bien, la sola

---

[21] Evidentemente, los salarios *reales* siguen en el nivel de subsistencia.

[22] Como es sabido, Marx no mostró interés alguno por la cuestión de la tierra, ya que suponía que ésta estaba perdiendo toda relevancia de la mano de la desaparición de los últimos vestigios de «tierra-feudal» con el firme avance del capitalismo. Además, Marx estaba ansioso por ponerse a trabajar en su modelo biclásico, de capitalistas frente a proletarios, así que asimiló, sin más, la tierra al concepto de «capital».

[23] La teoría leninista depende de la afirmación de que el capitalismo monopolista de estado y el imperialismo son posteriores al capitalismo competitivo, no imperialista, que es el que imperaba durante la vida de Marx. Sin embargo, el imperialismo —tribus o naciones-estado que conquistan o agreden, y que roban a otras tribus o naciones— es algo tan viejo como la historia, y el capitalismo monopolista de estado se remonta, por lo menos, a la época mercantilista.

mención de la «competencia» resulta una respuesta poco adecuada. Es verdad, por ejemplo, que un nuevo descubrimiento o una nueva industria producirán al principio beneficios elevados, y que, en la búsqueda de dichos beneficios, la aparición de nuevas empresas competitivas disminuirán eventualmente la tasa de beneficio en la industria. Pero, al menos a corto plazo, y antes de que se dé el equilibrio, estos capitalistas aún obtienen beneficios elevados y por encima de lo normal. Por el contrario, el hombre de negocios marxiano que acumula capital, *pierde* beneficios *a cada paso* y no sólo a largo plazo. Por lo tanto, resulta complicado entender por qué cualquier capitalista habría de sentirse tentando a incorporarse a la marcha acumulativa.

La última respuesta de Marx a este misterio es engañosamente sencilla: a pesar de la disminución inmediata y futura de sus beneficios, los capitalistas acumulan porque, en fin, poseen un impulso o «instinto» irracional e irresistible a hacerlo. Como es evidente, esto no constituye en absoluto una explicación; renuncia a cualquier explicación genuina bajo la tapadera del rótulo altisonante, pero, en definitiva, carente de sentido, del «impulso» o «instinto». Comete el mismo error que la legendaria pretensión de «explicar» por qué el opio adormece a la gente proclamando solemnemente que el opio «posee propiedades adormecedoras». Obsérvese el *Leitmotif* de irracionalidad del análisis que Marx lleva a cabo en el Volumen I del *Capital* de las razones que explican la acumulación de los capitalistas: «¡Acumulad, acumulad! ¡Ahí están Moises y los profetas!... Así, pues, ¡ahorrad, ahorrad, esto es, reconvertid la mayor cantidad posible de plusvalía, o de producto excedente, en capital! Acumular por acumular, producir por producir.»[24]

¡*No* por los beneficios! Un tema parecido aparece en un ensayo anterior de Marx, *Trabajo asalariado y capital*: «Esa es la ley que saca una y otra vez de su viejo cauce a la producción burguesa y que impele al capital a intensificar las fuerzas productivas del trabajo, *por* haberlas intensificado antes..., la ley que no da ningún descanso al capital y que continuamente le susurra al oído: ¡Sigue! ¡Sigue!»[25]

Por supuesto, Marx y los marxistas contaban con otra posibilidad de rescate de la racionalidad de la acumulación de capital, y ésta era la de adoptar la vía alternativa de Hilferding, abandonando la teoría del trabajo como doctrina relevante en el mundo real. Marx, de hecho, optó por esta posibilidad tanto como por la reivindicación de un impulso místico hacia la acumulación «por la acumulación». En esta nueva manifestación, u osadía, de Marx, los capitalistas que innovan obtienen inicialmente cuantiosos beneficios por encima de la tasa «media» uniforme que impera en el mercado; esos pioneros, seguidos de sus imitadores y competidores, obtienen «beneficios-extra» hasta que la tasa

---

[24] Marx, *op. cit*. nota 1, I, p. 595.
[25] Tucker, *op. cit.* nota 7, p. 213.

de beneficio retrocede finalmente al punto de equilibrio o tasa media. Perfecto. En esta variante, al menos, se impone la realidad. De todas formas, una vez más, el precio que se paga por reconocer la realidad resulta prohibitivo: porque, si esto es lo que suele suceder en el mercado, ¿por qué tiene que decrecer la tasa de beneficio *en absoluto* o, menos aún, presentarse ante nosotros con una tendencia inexorable y persistente? Otra vez, como sucede en la disputa Böhm-Bawerk-Hilferding, los marxistas sólo pueden adoptar la realidad abandonando el sistema marxiano. Por supuesto, y por desgracia, ellos no reconocen esta renuncia, y siguen proclamando que la realidad sólo ha impuesto un ligero ajuste en la doctrina verdadera.

Sea cual fuere el rumbo que tomen los marxistas, les resulta indispensable salvar la acumulación permanente de capital, puesto que es precisamente por ella por lo que tienen lugar y se asientan en la economía el incremento de la productividad y las innovaciones tecnológicas concretas. Y recordemos que es a través de la innovación tecnológica como los capitalistas cavan su propia tumba, porque el sistema capitalista y las relaciones capitalistas se constituyen en las cadenas que bloquean el desarrollo tecnológico. Alguna tecnología que el capitalismo no pudiese aprisionar, y que, al final de su vida, Marx creyó que sería la electricidad, haría saltar la chispa, aportaría la base necesaria y suficiente para el derrocamiento del capitalismo y el ascenso al poder de la clase histórica «final», el proletariado.

Según Marx, de la supuesta tendencia a la acumulación de capital y del progreso de la técnica se seguían necesariamente dos consecuencias. La primera es la «concentración del capital», por la cual entendía la inexorable tendencia de cada empresa a aumentar su tamaño en orden a ampliar la escala de la producción.[26] Es cierto que en el mundo moderno se produce una notable ampliación de las dimensiones de la empresa y de sus instalaciones. Pero, por otro lado, la ley tiene muy poco de apodíctico. ¿No puede la acumulación de capital reflejarse en un crecimiento del *número* de empresas y no en un aumento del tamaño de cada una de ellas? Y aunque muchas industrias crecen aumentando la dimensión óptima, otras prosperan con un tamaño relativamente pequeño y flexible. Las innumerables fábricas de automóviles de Henry Ford resultaron económicas y beneficiosas durante cierto tiempo; pero, más tarde, en la década de 1920, produjeron graves pérdidas, ya que esa inversión masiva resultó ser poco flexible para hacer frente a los cambios en la naturaleza y forma de la demanda de los consumidores. Y aun en el caso de que las plantas de fabricación de automóviles sean de gran tamaño, normalmente las fábricas

[26] Así, en el Volumen I del *Capital*, Marx escribió que «Una ley que tiene su origen en el carácter técnico de la fabricación es que la cantidad mínima de capital que el capitalista debe poseer tiene que seguir creciendo» y que «el desarrollo de la producción capitalista hace que sea necesario el incremento constante de la cantidad de capital que se invierte en una industria». Cf. Conway, *op. cit.* nota 3, pp. 126-7.

y empresas de *componentes* de automóviles tienen un tamaño reducido. Es más, por lo general han sido empresas nuevas y pequeñas las que han anulado la competencia de los grandes mastodontes introduciendo inventos e innovaciones tecnológicas —el concepto que tanto interesaba a Marx. Las compañías a gran escala tienden a volverse burocráticas, rígidas y a enfangarse en intereses intelectuales y financieros creados en torno al tipo de instalaciones y modos de producción existentes. Una y otra vez, sólo empresas nuevas y pequeñas son capaces de llevar a cabo la importante tarea de la innovación tecnológica.[27]

Si la ley de la «concentración del capital» de Marx no es en absoluto cierta, entonces, la tesis que le sigue, la «ley de la centralización del capital», resulta aún más endeble. Marx afirmaba que, merced a esta ley, las empresas más pequeñas de cada rama de la industria se van al garete, y son absorbidas por empresas gigantes cuyo número es cada vez menor —en suma, una tendencia hacia la monopolización de la industria. Una razón de ello es que la competencia «siempre acaba con la ruina de muchos pequeños capitalistas, cuyos capitales pasan, en parte, a manos de sus conquistadores y, en parte, desaparecen por completo». Marx apuntalaba su ley llamando la atención sobre la reciente aparición de las sociedades por acciones, o anónimas, con su capacidad para concentrar masas de capital reducido. Sin embargo, este proceso de centralización o monopolización puede ser y ha sido contrarrestado por acontecimientos como la aparición de nuevos procedimientos (como se ha visto más arriba) y la propagación geográfica de la competencia. Así, el supuesto dominio de los Tres Grandes del automóvil de los EE UU ha sido erradicado, además de por la ya mencionada aparición de pequeños innovadores, por el crecimiento de la competencia extranjera (japonesa, germano-occidental, etc...). Más aún, aunque durante la década 1930 las pequeñas tiendas «familiares» de comestibles fueron desbancadas por la supuesta monopolización del negocio minorista de la alimentación por parte de A&P, ésta fue pulverizada por el desarrollo de la nueva tecnología de supermercados. Mientras tanto, las pequeñas tiendas de alimentación han regresado en la nueva forma de tiendas de horario continuo las 24 horas del día. En los últimos años, las pequeñas tiendas familiares coreano-americanas de horario continuado han anulado la competencia de los supermercados más grandes de Nueva York en lo que a la calidad y variedad de sus frutas y verduras respecta. En la América de finales del siglo XIX y principios del XX, el monopolio del refinado del petróleo en manos de la Standard Oil se tambaleó por su incapacidad burocrática de perci-

[27] Esto ha sido espectacularmente cierto por lo que respecta a la industria de ordenadores. En el caso de la xerografía y de la fotografía Polaroid, las innovaciones pioneras que fundaron la industria se encontraron también con la incomprensión y el rechazo de los mastodontes del campo de la fotografía. Para estos y otros ejemplos anteriores al ordenador, véase John Jewkes, David Sawers y Richard Stillerman, *The Sources of Invention* (1959, 2.ª ed., Nueva York: Norton, 1968).

bir que los nuevos campos petrolíferos de Texas y Oklahoma representaban el futuro del crudo, así como por no darse cuenta a tiempo de que el queroseno sería reemplazado en breve por la gasolina como producto petrolífero dominante. Este error de bulto permitió la irrupción de nuevos y pequeños empresarios pujantes como los de la Gulf y Texaco, que eliminaron el dominio de la Standard en el campo de los carburantes.

Un último ejemplo iluminador del exceso de escala en la empresa y de monopolio no rentable es la consecuencia que trajo consigo el periodo de auge de grandes fusiones de 1899-1901, durante el cual decenas —en el sentido literal de la palabra— de industrias, atraídas por el aliciente de los beneficios de monopolio, se fusionaron en una sola compañía de monopolio, sufriendo en casi todos los casos fuertes pérdidas y viéndose obligadas a dejar paso a la vigorosa competencia multi-empresarial.[28]

Así, pues, nadie puede predecir por dónde soplarán los vientos de la competencia, de la creación y el declive, de la innovación y la decadencia. No cabe duda de que una de las tendencias del capitalismo es hacia una gran variedad y gama en la calidad de los productos, y esta tendencia promueve la «descentralización» y no la centralización marxiana. Baste decir que, a pesar de los numerosos intentos del gobierno federal de dar un impulso artificial a la centralización, no hay pruebas de que la industria americana esté hoy más centralizada que a principios del siglo XX.[29]

Por último, hay otro aspecto del auge de las sociedades anónimas que Marx, naturalmente, omite. El mismo instrumento a través del cual una compañía de capital social puede reunir masas de capital que, de otro modo, no estarían disponibles, ha transformado la economía desde una situación integrada por un pequeño número de capitalistas a otra en la que cada sujeto, por pequeña que sea su dimensión, puede convertirse y se convierte en capitalista. Es decir, casi todo el mundo posee unas cuantas acciones, o participa en un fondo de pensiones invertido en acciones o bonos. «Un hombre, un capitalista» es, en el mundo de hoy día, una condición extendida más que un esperanzado eslogan de futuro.

Subrayar demasiado este punto le deja a uno expuesto al ridículo de marxistas y de liberales de izquierda, que, de manera obvia, ponen de manifiesto que

---

[28] Sobre el movimiento de fusiones que tuvo lugar con ocasión del cambio de siglo y sobre su colapso, véase Gabriel Kolko, *The Triumph of Conservatism: A Reinterpretation of American History, 1900-1916* (Glencoe, Ill.: The Free Press, 1963); Arthur S. Dewing, *Corporate Promotion and Reorganizations* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1924); idem, *The Financial Policy of Corporations* (5.ª ed., Nueva York: Ronald Press, 1953), 2 vols.; y Naomi R. Lamoreaux, *The Great Merger Movement in American Business, 1895-1904* (Nueva York: Cambridge University Press, 1985).

[29] Es una pena que, en su, en términos generales, iluminadora obra sobre el marxismo, el Profesor Conway acepte sin reservas la afirmación marxiana sobre la tendencia de las grandes empresas a dominar cada rama de la industria. Conway, *op. cit.* nota 3, p. 128.

un capitalista individual dueño de unas cuantas acciones ejerce poco poder dentro del ámbito de las sociedades. Ahora bien, ese ridículo es ignorante y no viene al caso, ya que la idea central aquí es que los accionistas son como los consumidores. El consumidor individual tiene poco que decir sobre los tipos y cantidades de bienes y servicios producidos, pero la masa conjunta de los consumidores ejercen todo el poder económico. De igual forma, el hombre que es dueño de una acción puede ser que no tenga ni voz no voto en las decisiones de una sociedad; sin embargo, incluso la desafección de una minoría relativamente pequeña puede tener consecuencias costosas para los accionistas mayoritarios si los desafectos venden sus acciones y hacen que los valores de las mismas caigan en picado. Los accionistas mayoritarios ejercerán el control directo de una sociedad, pero un poder indirecto mucho mayor está en las manos de la masa de accionistas minoritarios, de la misma manera que el último poder económico de cada empresa lo ejerce la masa de consumidores cuando decide si compra o no, y cuánto, del producto de la compañía.

Volviendo a Marx y a sus leyes de la concentración y centralización del capital, ya empezamos a ver los rasgos característicos de por qué, según Marx, el capitalismo se dirige raudo hacia su anunciado fracaso. Como es evidente, primero Marx ha de apoyarse en su absurdo modelo basado en dos clases monolíticas, encerrando en ellas a toda la sociedad, cada una con sus intereses comunes: los capitalistas y el proletariado. Ahora bien, la ley de la centralización del capital supone que las filas de los capitalistas disminuyen constantemente (como hemos visto, a pesar de la evidente universalización de dichas filas merced al desarrollo de los mercados de capitales y de las sociedades). De hecho, el número siempre decreciente de los cada vez más ricos y poderosos capitalistas triunfa «expropiando» a sus colegas capitalistas y haciéndoles pasar a las filas del proletariado (dado que, dentro del esquema de dos clases de Marx, no tienen otro sitio adonde ir).[30] Antes incluso de que los propios trabajadores entren en escena, ya podemos ver que, a medida que disminuyen las filas de los capitalistas, éstas se ven cada vez más apuradas.

El auténtico absurdo de esta representación lo puso de manifiesto, sin saberlo, el marxista alemán Karl Kautsky, designado por Engels, en sucesión apostólica, como el próximo papa del movimiento marxiano. Kautsky prosiguió de modo simplista con la lógica de su maestro. Así resumió este proceso en su libro sobre el programa de Erfurt:

> la producción capitalista tiende a reunir los medios de producción, monopolizados ya por la clase capitalista, en un número cada vez menor de manos. Esta evolución hace que los medios de producción de una nación, en realidad, de toda

[30] Empleando el vistoso lenguaje de Marx, la centralización del capital consiste en «la expropiación de muchos capitalistas por unos pocos» o, en una expresión aún más retórica, «Un solo capitalista siempre mata a muchos». Marx, *op. cit.* nota 1, I, p. 763.

> la economía mundial, pase a ser propiedad privada de un único individuo o compañía, que dispone de ellos arbitrariamente. Toda la economía se verá dominada por una empresa colosal, en la que cada cosa ha de servir a un patrón. En la sociedad capitalista, la propiedad privada de los medios de producción acaba con todas las personas, menos una, desposeídas. Conduce, por lo tanto, a su propia abolición, a que todos carezcan de propiedad y a la esclavitud de todos.[31]

Más aún, avanzamos hacia este estado de cosas «más rápido de lo que la mayoría de la gente cree».

Parece como si Kautsky pudiese atisbar en estos momentos un poco del absurdo de la posición en que le ha colocado la lógica del sistema marxiano. Para que no nos sintamos tentados a cruzarnos de brazos a esperar a que un Goldfinger, valorado en tropecientos cuatrillones de dólares, tenga subyugados a todos los empobrecidos esclavos, Kautsky se apresura a decirnos que el mundo no tendrá que aguardar a que se complete *todo* el proceso. En lugar de eso, «la mera aproximación a esta situación incrementará en tal grado los sufrimientos, los conflictos y las contradicciones de la sociedad, que éstos se harán intolerables, la sociedad romperá sus cadenas y se hará añicos...».[32] De todas formas, Kautsky no acertó a retirarse a tiempo antes de revelar, sin querer, cuán ridículo resulta de verdad el modelo marxiano.

13.4 Las «leyes del movimiento», II: el empobrecimiento de la clase trabajadora

El corolario del sistema marxiano, de la disminución permanente de los capitalistas centralizados, es el engrosamiento permanente de las filas del proletariado y el aumento de su pobreza y miseria. Las dos clases antagónicas participan en una dialéctica propia, la dialéctica culminante del sistema marxiano. De un lado, la disminución permanente de unos capitalistas que aumentan continuamente su riqueza, hasta (o casi hasta) que un solo hombre se adueña de toda la riqueza mundial; de otro, el engrosamiento permanente de un proletariado cuyo empobrecimiento es continuo, hasta que las masas proletarias se rebelan y toman el poder. Pero, dejemos que sea el propio Marx quien lo relate en lo que viene a ser su enardecedora perorata del último capítulo del Volumen I del *Capital*:

> De la mano de esta centralización, o de esta expropiación de muchos capitalistas por parte de unos pocos, se desarrolla, a escala cada vez mayor, la forma cooperativa del proceso del trabajo, la consciente aplicación técnica de la ciencia,... la implicación de todos los pueblos en la red del mercado mundial y, con esto, el carácter internacional del régimen capitalista. Con la constante disminución del

[31] Citado en Ludwig von Mises, *Socialism: An economic and Sociological Analysis* (2.ª ed., New Haven: Yale University Press, 1951), p. 362.

[32] *Ibid*.

> número de los magnates del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, aumenta el volumen de miseria, de opresión, de esclavitud, degradación, explotación; pero, con esto, también crece la sublevación de la clase trabajadora, una clase cada vez más numerosa, y disciplinada, unida, organizada por el propio mecanismo del proceso mismo de la producción capitalista. El monopolio del capital aprisiona el modo de producción que ha surgido y prosperado con y bajo él mismo. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan finalmente a un punto en el que se hacen incompatibles con su tejido capitalista. El tejido se descompone. Suena la marcha fúnebre por la propiedad privada. Los expropiadores son expropiados.[33]

He aquí una idea decisiva y fundamental del argumento marxiano. El empobrecimiento progresivo de la clase trabajadora es una de las claves de este sistema, porque sobre él descansa la inevitable caída del capitalismo y su sustitución por el proletariado.[34] Si no se da un empobrecimiento creciente, la clase trabajadora no tiene razón alguna para reaccionar contra una explotación que se intensifica para descomponer su «tejido capitalista», las cadenas impuestas al modo de producción tecnológico. Así, pues, ¿cómo demuestra Marx el aumento de la pobreza del proletariado?

En este punto, Marx parece desesperar y plantear un número variado de diferentes argumentos, algunos mutuamente contradictorios. Da la impresión de que Marx trata de multiplicar a lo loco los argumentos, por muy poco convincentes que sean, con la esperanza de que uno, al menos, aguante, y de poder así demostrar lo inevitable de la siguiente etapa, proletaria y comunista, de la historia. Sin embargo, todos estos intentos de probar el aumento de la miseria se topan, primero y antes que nada, con un obstáculo insuperable, un obstáculo que sólo Ludwig von Mises ha mostrado con claridad.[35] En efecto,

---

[33] Marx, *op. cit.* nota 1, I, p. 763.

[34] Así, Marx vuelve a escribir en el *Capital*: «Cuanto mayor sea la riqueza social, el funcionamiento del capital, la amplitud y energía de su crecimiento y, por lo tanto, también la masa absoluta del proletariado y la productividad de su trabajo, tanto mayor es el ejército industrial de reserva... Por consiguiente, la masa relativa del ejército industrial de reserva aumenta con la energía potencial de riqueza. Ahora bien, cuanto mayor sea este ejército de reserva en proporción al ejército activo de trabajadores, mayor será la masa del exceso de población que se consolida... Por último, cuanto más extenso... sea el ejército industrial de reserva, mayor será la pobreza oficial. *Esta es la ley general absoluta de la acumulación capitalista*.» (La cursiva es de Marx.) Marx, *op. cit*. nota 1, I, p. 664.

[35] Así, von Mises escribe que Marx trató de demostrar que el comunismo es inevitable «mediante el famoso pronóstico de que el capitalismo genera necesaria e ineludiblemente un empobrecimiento progresivo de las masas asalariadas. Cuanto más se desarrolla el capitalismo —dice— tanto más crece la masa de miseria, de opresión, de esclavitud, de explotación. Con el 'progreso de la industria' el trabajador 'se hunde más y más', hasta que, finalmente, cuando sus padecimientos se vuelven insoportables, las masas se sublevan e instituyen la dicha imperecedera del socialismo».

Sin embargo, von Mises comenta después que este argumento clave «contradice toda la teoría marxiana de la determinación de los salarios... Su [esta] teoría afirma que, en el capita-

si la ley de hierro de los salarios hace que los trabajadores se encuentren ahora y siempre en el nivel de los medios de subsistencia, ¿cómo es que los trabajadores pueden *ir a peor*? Éstos han permanecido durante mucho tiempo en, por así decirlo, el nivel de pobreza superior. Ahora bien, si por esa razón no pueden ir a peor, ¿dónde está la dinámica que ha de hacer que se rebelen y echen abajo el sistema? Podemos admitir, por supuesto, que los nuevos proletarios, lanzados sin contemplaciones por sus colegas capitalistas hacia las filas de la clase trabajadora, estén tensos y contrariados con su nuevo tipo de vida. Sin embargo, no cabe duda de que Marx no se contentaría con *reducir* sus trabajadores revolucionarios al grupo relativamente pequeño de los capitalistas que acaban de descender de clase. Sobre todo, porque la gran mayoría de los trabajadores siguen estando sencillamente donde siempre han estado: en el límite de la subsistencia.[36]

Dejando a un lado por el momento esta grave contradicción interna con la ley de hierro de los salarios, *¿cómo* pretende establecer Marx esta supuesta ley del progresivo empobrecimiento del proletariado? Una respuesta es que la tasa eternamente decreciente del beneficio presiona fuertemente a los capitalistas y les lleva a buscar más beneficios haciendo sudar y explotando de un modo más intenso al proletariado, obligándole a trabajar más duro y durante más tiempo. Sin embargo, aparte del problema de la presencia permanente de esta ley de hierro, Marx se enfrenta a este otro: ¿por qué los capitalistas permitieron que su tasa de explotación decayese hasta el punto de tener que ser finalmente espoleados por una tasa de beneficio decreciente? ¿Es que los capitalistas

---

lismo, los salarios son siempre y necesariamente tan bajos que, por razones físicas, ya no pueden bajar más sin exterminar a toda la clase de los asalariados. ¿Cómo es posible, entonces, que el capitalismo produzca un empobrecimiento progresivo de los asalariados? Con su predicción del empobrecimiento progresivo de las masas, Marx contradijo las enseñanzas esenciales de su propia teoría». Von Mises, *op. cit.* nota 8, pp. 150-51.

[36] En un torbellino extraordinariamente frenético y nada convincente de apologías marxianas, el Profesor Sowell trata de absolver a Marx de su contradicción negando *las dos* partes: la adhesión marxiana a la ley de hierro de los salarios, *y* el empobrecimiento progresivo de la clase trabajadora. Por lo que respecta a la primera, Sowell se aferra a las insinuaciones anti-Lassalle que aparecen en una nota a pie de página de Engels y en la correspondencia entre Marx y éste, presentándose luego con una definición de «subsistencia» espectacularmente original que apunta, no a una existencia pelada, sino ¡a un nivel de vida creciente! En relación con el empobrecimiento progresivo, rechaza este concepto como propio del primer Marx del *Manifiesto comunista*, ya rebatido por el Marx maduro del *Capital*, apoyándose una y otra vez en el economista marxista-leninista Ronald Meeck. Para defender esta absurda interpretación, Sowell se ve obligado a despreciar pasajes comprometedores del *Capital* favorables a la tesis del empobrecimiento como los que ya hemos visto en razón de que se trata de comentarios «lúgubres» sólo aplicables a *determinados* grupos de trabajadores, así como a ignorar oportunamente el capítulo-perorata del *Capital*. Sowell, *op. cit.* nota 18, pp. 128-31. Marx también adoptó la línea argumentativa del empobrecimiento en su *Valor, precio y beneficio* (1865). Véase North, *op. cit.* nota 14, pp. 140-141.

no tratan siempre y en todo momento de maximizar sus tasas de beneficios? Si así es, y a menos que supongamos una repentina intensificación de la avaricia o de las ansias de beneficio de los capitalistas, entonces no es cierto que éstos sean negligentes o que se relajen a la hora de extraer de los trabajadores la mayor cantidad posible de beneficios. Pero, entonces, ¿cómo puede una tasa de beneficio decreciente estimularles a alcanzar cotas siempre mayores? No cabe duda de que no se trata sencillamente de un deseo de beneficio.

Para dar cuenta de este incremento de la explotación de la mano de obra y de la tasa decreciente del beneficio, Marx sugiere en este punto un mecanismo: el crecimiento acelerado de un «ejército industrial de reserva», una legión creciente de desempleados. Es precisamente el aumento de la competencia entre los desempleados lo que fuerza la bajada de los salarios, hecho que se intensifica con el desarrollo del capitalismo.

Sin embargo, ¿cómo es posible que exista un ejército permanente de desempleados cuando sus salarios son cero? ¿Cómo es que los desempleados no se mueren de hambre antes de poder llegar a constituirse en una amenaza para el proletariado que trabaja? Si Marx responde que los desempleados son absorbidos rápidamente en las filas de los que tienen empleo, bajando de este modo los salarios, entonces renuncia a la condición del empobrecimiento progresivo: el aumento de un ejército de desempleados permanente y en expansión. Así, pues, ¿cómo se sostienen y cómo siguen existiendo?

Además, ¿de dónde proviene el ejército industrial de reserva? Los economistas de mercado saben que el desempleo se elimina rápidamente bajando los salarios. El desempleo es permanente sólo en caso de que los salarios se alcen por encima del nivel de equilibrio del mercado; de modo que si, como mantiene Marx, el ejército de desempleados *baja* los salarios merced a la competencia, entonces aquél debería desaparecer rápidamente y dejaría de ser un problema.

Pero ¿de dónde surge en un primer momento el ejército industrial de reserva? Según Marx, se trata de una antigua pesadilla, del desempleo tecnológico. La industria se mecaniza, y los trabajadores pierden, se dice que permanentemente, sus puestos de trabajo. Sin embargo, ¿qué sucede con la expansión de la cantidad demandada y de la producción que trae consigo la innovación tecnológica? Y ¿qué decir del incremento de la demanda de producción y recursos en *otras* industrias ahora liberadas merced a los productos más baratos de la industria en expansión tecnológica? El desempleo tecnológico es un viejo y, con frecuencia, desacreditado coco. Por ejemplo, cuando se introdujo el mecanismo automático de llamada telefónica se propagó un lamento generalizado y piadoso por los pobres y queridos operadores telefónicos, quienes perderían sus trabajos merced a esta productiva, aunque cruel, innovación. Y, sin embargo, la reducción del precio del servicio telefónico produjo una enorme expansión del mercado telefónico, *incluyendo* un aumento sustancial en el número de operadores. De igual forma, el desarrollo de grúas, excava-

doras eléctricas y otras máquinas de la construcción ha hecho que el número de los trabajadores de la industria de la construcción se haya *incrementado*, y no reducido drásticamente, en comparación con los viejos tiempos de las excavadoras manuales. En términos generales, para que el argumento del desempleo tecnológico sea válido en orden a demostrar el empobrecimiento progresivo, cada innovación tecnológica sucesiva no sólo tendría que producir un desempleo permanente, sino que este efecto tendría que acelerarse en el tiempo, y, por lo tanto, tendría que contrarrestar cualquier factor de equilibrio del mercado tendente a un aumento del empleo.

En nuestra consideración del supuesto ejército industrial de reserva, nos hemos ocupado de la afirmación de Marx en el sentido de que se da un aumento permanente y secular del mismo. Más abajo lo haremos de otra doctrina marxiana, la de la recurrencia del desempleo *cíclico*, que, junto con unas depresiones cíclicas cada vez más agudas, podría aportar el motor de la miseria galopante y de la revolución proletaria.

Otro argumento marxiano a favor del empobrecimiento inevitable de la clase trabajadora lo encontramos, principalmente, en el *Manifiesto comunista*. A medida que se desarrolla la maquinaria y que los capitalistas acumulan capital, se lamentan Marx y Engels, el trabajo pierde su diversidad de cualificaciones, y el proletariado se ve impelido a desempeñar tareas cada vez más sencillas, más monótonas y menos cualificadas. Esta des-cualificación hace bajar el salario medio.[37]

Este débil argumento suena especialmente hueco en nuestros días, en que los amigos de los trabajadores de la izquierda liberal tratan de vendernos precisamente la queja *contraria*: en un tiempo en el que cada vez hay más trabajadores que desempeñan labores informáticas y electrónicas altamente cualificadas, ¿qué le puede suceder al pobre trabajador ya entrado en años y no cualificado que ha quedado rezagado de la marcha del progreso?

Un argumento marxiano relacionado con esto subraya, no tanto el empobrecimiento progresivo de la clase trabajadora, cuanto su miseria cada vez mayor por un agravamiento de su «alienación», el progresivo carácter monótono o repugnante del trabajo producido por la expansión de la mecanización. Aunque es cierto que el propio Marx se refiere a esa miseria en expansión por lo que respecta al trabajo de la clase trabajadora, ya vimos más arriba en detalle que, para él, «alienación» no tiene nada que ver con la psicología subjetiva o con la monotonía del trabajo, sino que es algo que se halla universalmente arraigado en el moderno sistema básico de intercambio y en la división del

[37] «Debido al uso extensivo de maquinaria y a la división del trabajo, el... [trabajador] se convierte en un apéndice de la máquina, y la única habilidad que se le exige es la más simple, la más monótona y la que se adquiere más fácilmente. De ahí que el coste de producción de un trabajador quede reducido casi por completo a los medios de subsistencia que necesita para su mantenimiento y para la propagación de su raza.» Tucker, op. cit., nota 7, p. 479.

trabajo como específico atributo de los mismos, y, por encima de ello, en el alejamiento de los hombres individuales del Hombre y de la Naturaleza, una «alienación» que iba a sanar, y que sólo podía sanar, el comunismo. Aparte del problema empírico de saber cómo se produce realmente el creciente trabajo monótono, y contrastando con la naturaleza liberadora de una variedad cada vez mayor de necesidades, productos y ocupaciones, resulta complicado comprender de qué modo y por qué habría de *aumentar* en el tiempo cualquier «alienación», y, mucho más, cómo se transfiere la misma a la clase trabajadora. No; o el argumento de una miseria cada vez mayor como acicate de la revolución es palmario y objetivo o deja de ser tal.

Nos quedamos con la doctrina del creciente empobrecimiento del proletariado, una doctrina tan fundamental en Marx que no puede trivializarse como una mera «predicción» que, por alguna razón, no se cumplió. Esta «predicción» resulta absolutamente decisiva para la supuesta tendencia inevitable de los trabajadores hacia la rebelión y el derrocamiento del capitalismo, una tendencia que se acentúa y acelera a medida que progresa el capitalismo. Y, sin embargo, todo el mundo reconoce la evidencia descarnada de que uno de los hechos de máxima importancia en el siglo y medio que ha transcurrido desde el nacimiento del marxismo ha sido el crecimiento continuado y espectacular de los salarios reales y del nivel de vida de la clase trabajadora y de la población en su totalidad. Es más, durante este periodo hemos asistido al crecimiento de la industrialización y de los niveles de vida más espectacular de toda la historia mundial. Por otro lado, un hecho particularmente contundente frente a Marx es que ese avance de la clase trabajadora ha sido muy llamativo en los países capitalistas desarrollados de Occidente, justo en los que se suponía que presagiaban el creciente empobrecimiento del proletariado. Un hecho sólido e implacable al que todo marxista debe enfrentarse, un hecho que puede y debe destruir por sí solo el sistema marxiano. ¿Cómo han lidiado los marxistas este grave problema?

Algunos marxistas han abandonado, sin más, la nave, bien proclamando ruidosamente su derrota, bien saliendo en silencio del redil. A unos pocos, observa desconcertado Schumpeter, «la verdad es que no les importa adoptar la ridícula posición que asegura que, en efecto, se puede observar cierta tendencia a disminuir el nivel de vida de la clase trabajadora».[38] Pero, por lo general, los marxistas han tratado de salvar el fenómeno, de rescatar la teoría, mediante posiciones alternativas o diversas formas de evasión. Una estrategia popular afirma que la *tendencia* subyacente hacia la pobreza aún existe, aunque ha sido «temporalmente» (¿uno o dos siglos?) contrarrestada por factores contrarios.

---

[38] Schumpeter, *History of Economic Analysis* (Nueva York: Oxford University Press, 1954), p. 686n. Muchos marxistas han afirmado, cuando menos, que el nivel de vida de los trabajadores ingleses disminuyó con ocasión del advenimiento de la Revolución Industrial, es decir, entre mediados o finales del siglo XVIII y mediados del XIX; sin embargo, los estudios de R. Max Hatwell y otros han desechado completamente esta crítica.

Una variante leninista popular, aunque extravagante, afirma que los trabajadores de Occidente se han beneficiado de la explotación o de la inversión imperialista occidental en el Tercer Mundo, de modo que, en cierto sentido, y a escala internacional, los trabajadores se convierten en «capitalistas». En primer lugar, en esta transmutación del proletariado oprimido de Occidente en «capitalistas» explotadores del Tercer Mundo, ¿qué ha pasado con la inevitable *reducción* de la clase capitalista? Segundo, como ha demostrado P.T. Bauer en muchas obras, lo grotesco de esta doctrina se puede calibrar constatando que, por pobre que sea, la mayor parte del Tercer Mundo *también* se ha desarrollado a gran velocidad en las últimas décadas, elevando a ritmo constante el nivel de vida de sus masas trabajadoras. Y no sólo eso; este desarrollo y elevación de los niveles ha tenido lugar precisamente en aquellas áreas y regiones del Tercer Mundo (por ejemplo, ciudades portuarias) en estrecho contacto comercial y de inversión con los países occidentales desarrollados. Por otra parte, son las áreas remotas del Tercer Mundo, no abiertas aún al comercio con Occidente, las que se han quedado atrás en este crecimiento económico. Nada de esto puede conciliarse con la imagen de un mundo occidental que hace grandes progresos a lo largo del siglo a costa de lo que habría de ser un empobrecimiento y una mayor miseria de las masas del Tercer Mundo.[39]

Aparte del imperialismo, diversos marxistas han declarado que la interposición de otros factores es la que ha interrumpido temporalmente la activación del empobrecimiento inevitable. Una alternativa muy popular a principios del siglo XX fue el establecimiento de la frontera occidental de los Estados Unidos. Finalmente, la tesis de la frontera fue perdiendo popularidad a medida que el acontecimiento desaparecía de la memoria y los niveles de vida de los trabajadores seguían con su inexorable progreso, si bien fue curiosamente revivida en la estrafalaria «tesis del estancamiento» de finales de la década de 1930, en la que se vino a suponer que el establecimiento de la frontera (junto con otros factores mal escogidos) había salido repentinamente de su tumba de cuatro décadas para golpear la economía con una inexplicable miseria retardada.

Sin embargo, la más popular de las posiciones a las que se ha recurrido ha sido la de modificar los términos del argumento y de la predicción. Frente a la evidencia, estos marxistas arguyen que Marx «realmente no quiso decir» empobrecimiento «absoluto», una disminución constante de los niveles de vida, sino una disminución de la renta *relativa* de los trabajadores, relativa, por supuesto, al nivel de vida de la clase capitalista. «Empobrecimiento relativo», no «absoluto», es lo que se supone que Marx quiso decir, y lo que proclamarían hoy día los marxistas.[40]

---

[39] Cf. Conway, *op. cit.* nota 3, p. 132.

[40] Schumpeter, que por lo general trata a Marx con excesiva delicadeza, desprecia como es debido a los teóricos del empobrecimiento relativo: «Otros intérpretes han hecho incluso

Como cuestión empírica, el empobrecimiento relativo puede ser o no ser verdad en distintos tiempos y lugares, pero, su poder de convicción resulta ciertamente dudoso. Es evidente que el grado de desigualdad, por ejemplo, bajo el despotismo oriental o en la Francia absolutista de Luis XIV fue muchísimo mayor que bajo el capitalismo moderno. Pero más importante es el absurdo de confiar en el «empobrecimiento relativo» como motor suficiente para que la clase trabajadora acometa una revolución sangrienta que eche abajo a la clase capitalista. Si un trabajador posee un yate, ¿se rebelará porque haya otros en la sociedad que poseen dos o tres? O, expresándolo de un modo más realista, ¿hará la revolución un trabajador que tiene dos aparatos de TV porque Rockefeller o Lee Iacocca o Hugh Hefner poseen uno más grande en cada habitación? Estamos muy lejos, pero que muy lejos, de la miseria. La inminente e inevitable furia del proletariado se ha convertido, finalmente, en una farsa.

Y, aun así, incluso la cabeza del marxismo oficial después de Engels, Karl Kautsky, cuando en 1899 se vio obligado a reconocer que el nivel de vida de los trabajadores se estaba elevando, se sintió impelido a recurrir a la visión de que Marx se refirió en realidad a la pobreza relativa o, como él mismo la denominara, «social». Por «pobreza social» Kautsky entendió abiertamente la envidia, o la «codicia», de manera que tuvo que recurrir a la idea de que el hecho de percibir una renta y ver que *otros* ganan más bastaría para encender la envidia de los trabajadores lo suficiente como para rebelarse y derrocar todo el sistema.[41] En cualquier caso, resulta mucho más plausible que, en lugar de estallar en una destrucción revolucionaria de todo el sistema, la envidia se institucionalizase en campañas políticas a favor, por ejemplo, de un impuesto sobre la renta progresivo o de subsidios estatales.

Todo esto no niega la existencia de pasajes en Marx que sólo describen un empobrecimiento relativo de la clase trabajadora y el aumento de su envidia respecto a los que son más ricos.[42] Sin embargo, lo importante es que *también* hay en los escritos de Marx otra línea discursiva dominante que predice y subraya un empobrecimiento *absoluto*, real y objetivo, de la clase trabajadora.

Por último, en el corazón de la economía marxiana hay una contradicción manifiesta que nunca se resuelve. Si los capitalistas se ven afectados a lo largo

---

grandes esfuerzos para hacer que la ley de Marx sólo se refiera a la miseria relativa, es decir, a una reducción de la parte relativa que corresponde a los trabajadores, lo cual, además de ser igualmente insostenible, viola de manera evidente el sentido que le diera Marx.» Schumpeter, *op. cit.* nota 38, p. 686n. Sobre el empobrecimiento absoluto, véase también M.M. Bober, *Karl Marx's Interpretation of History* (2.ª ed., Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1948), pp. 213-21.

[41] Von Mises, *op. cit.* nota 31, pp. 381-4. Como pone de manifiesto von Mises, existe, como poco, la misma probabilidad de que un *incremento* en el igualitarismo y en su condición relativa despierte la envidia de los trabajadores, produciendo de este modo una irritación mayor ante una desigualdad que ahora es *menor*.

[42] Cf. Conway, *op. cit.* nota 3, p. 133.

del tiempo por una tasa decreciente de beneficio y los trabajadores por un empobrecimiento progresivo, ¿quién se *beneficia* de la distribución del pastel económico? En el sistema ricardiano, los capitalistas padecen una tasa decreciente de beneficio y los trabajadores se mantienen en el nivel básico de subsistencia, pero, por lo menos, *algún* grupo sigue apoderándose de todos los beneficios sociales: los parásitos terratenientes que absorben el producto social a través de la renta de la tierra. En el sistema marxiano, empero, los terratenientes han desaparecido merced a su asimilación veloz y progresiva por la clase capitalista. Así, pues, ¿cómo es posible que en el seno del capitalismo en desarrollo estas *dos* grandes clases salgan perdiendo?[43]

13.5 Las «leyes del movimiento», III: las crisis del ciclo económico

Una variante final del intento de Marx por demostrar lo inevitable de la revolución proletaria guardaba una relación estrecha con la doctrina del empobrecimiento absoluto. Sin embargo, esta variante no insistía en una tendencia secular hacia un empobrecimiento creciente o hacia un ejército industrial de reserva, sino más bien hacia unas crisis y depresiones del ciclo económico cada vez más destructivas y caracterizadas por el empobrecimiento y el desempleo cíclico. Pasamos ahora a la teoría o, mejor, a las diversas *teorías* de los ciclos y las crisis de Marx, ya que sus escritos contienen varias teorías muy diferentes e incompatibles. Quizá, Marx, desesperado, estuviera dispuesto a presentarse con unas cuantas teorías con la esperanza de que al menos una de ellas pudiese aguantar.

13.5.1 *Subconsumismo*

La principal variante de la teoría del ciclo de Marx es la explicación de la depresión basada en el subconsumo, tal y como lo evidencian, por ejemplo, los ataques repetidos que él y Engels lanzaron contra la ley de Say y la adhesión de Ricardo a la misma.[44] La idea central, tal como la elaboró Marx en sus *Teorías de la plusvalía* (escrito en 1861-63), es que, a medida que progresa la acumulación y la producción capitalista, ésta supera la capacidad de consumo de los

[43] Véase Gottfried Haberler, «Marxist Economics in Retrospect and Prospect», en M. Drachkovitch (ed.), *Marxist Ideology in the Contemporary World - Its Appeals and Paradoxes* (Hoover Institution, Nueva York: Praeger, 1966), pp. 118, 183.

[44] «Si la valoramos por la cantidad de espacio que se le dedica y, sobre todo, por las continuas referencias que encontramos en los primeros y en los últimos escritos suyos y de Engels, da la impresión de que la teoría del subconsumo domina sobre el resto.» Bober, *op. cit.* nota 40, p. 232. Estamos en deuda con Bober por su clásico estudio de las teorías del ciclo en Marx, en *ibid.*, pp. 232-57.

explotados trabajadores, que ganan mucho menos que el valor de su producto. La masa de los trabajadores no puede consumir lo bastante como para comprar el producto capitalista, y los explotadores capitalistas, mucho más interesados en acumular que en consumir, no absorben el exceso de oferta. Por lo tanto, Say se equivoca, y existe una superproducción general sistémica en la que la producción supera la capacidad de consumo de las masas.[45] Como Marx reitera una y otra vez, «la mayoría de la gente, la población trabajadora, puede consumir dentro de unos límites muy estrechos».

Marx retorna a su tema dominante del subconsumismo en el Volumen III del *Capital*. En el capitalismo, escribe Marx, la «capacidad de consumo de la sociedad» viene determinada por «condiciones de distribución antagónicas» que «reducen el consumo de la mayoría de la población a un mínimo variable dentro de unos límites más o menos estrechos». Además,

> la capacidad de consumo es restringida aún más por la tendencia a acumular, el ansia de expansión del capital y de una producción de plusvalía a mayor escala... Por ello, el mercado ha de ser permanentemente ampliado... Ahora bien, tanto como se desarrolle la capacidad productiva, tanto discrepará ésta de la estrecha base sobre la que descansan las condiciones del consumo.

Marx escribe también en el Volumen III del *Capital* que: «La razón última de todas las crisis reside en la pobreza y el consumo limitado de las masas, a pesar del impulso que lleva a desarrollar las fuerzas productivas como si su único límite fuese el del consumo absoluto de la sociedad.»[46]

El problema más evidente y notorio de una teoría subconsumista de las crisis económicas es que explica demasiadas cosas. Porque, si el consumo de las masas jamás resulta suficiente para rescatar el producto y hacer que el negocio siga siendo rentable, ¿cómo es que no se da una depresión *permanente*? ¿Cómo es que hay *periodos de auge* lo mismo que depresiones profundas? Parece ser que Marx y Engels percibieron este problema, y que, por lo tanto, compren-

---

[45] Así, en *Teorías de la plusvalía*, Marx dice que: «La ley general de la producción de capital es la condición específica de la superproducción... mientras que, por otro lado, la masa de productores están limitados —y, sobre la base del sistema de producción capitalista, deben estarlo— a una cantidad media de necesidades.» Véase Bober, *op. cit.* nota 40, p. 240. Véase también Tucker, *op. cit.* nota 7, pp. 443-65. Es significativo que los pasajes que presentan la teoría del subconsumismo del Capítulo XVII de *Teorías de la plusvalía* sea la *única* consideración de la teoría de la crisis que encontramos en el *Reader* de Tucker. En el encabezamiento de la selección, tras poner de manifiesto que Marx, curiosamente, «no nos dejó una explicación más elaborada de sus ideas sobre las crisis», el Profesor Thomas Ferguson añade que el Capítulo XVII de *Teorías* «contiene el tratamiento mejor y más sistemático que Marx hiciera de las crisis económicas». Tucker, p. 443.

[46] Sorprendentemente, Sowell no sólo sostiene que en Marx no hay ni rastro de subconsumismo, sino que quienes lo afirman lo único que hacen es citarse entre sí y no a Marx. Para empezar, parece ser que no ha tenido noticia de la obra clásica de Bober. Sowell, *op. cit.* nota 18, pp. 78-9, 85-8.

dieron que era necesaria, cuando menos, una teoría suplementaria. Así, aparte de lo expresado en la cita anterior, Marx reconoció en el Volumen III del *Capital* que antes de las crisis se dan periodos de auge, siquiera temporales, en los que aumentan los salarios y los trabajadores obtienen una porción mayor del producto.[47] También Engels, en *Anti-Dühring*, establece primero que «la industria a gran escala, a la caza de nuevos consumidores por todo el mundo, reduce el consumo de las masas nacionales hasta un mínimo de hambre, minando así su propio mercado interior». Pero luego, un poco más adelante en la misma obra, tras afirmar que el «subconsumo de las masas es también, por lo tanto, una condición necesaria de las crisis», reconoce que el concepto no puede explicar «por qué hay crisis hoy en día» cuando «no las hubo en épocas pasadas».

De todas formas, por el tiempo en que Engels escribiera el prefacio a la primera edición inglesa del Volumen I del *Capital*, el problema ya había sido resuelto a su satisfacción. Aunque es cierto, opinaba, que hasta 1867 habían predominado los ciclos económicos de auge y depresión, la economía inglesa se hallaba ahora satisfactoriamente enfangada en una depresión permanente. Cualesquiera que fuesen las causas subsidiarias de los periodos de auge, éstos ya se habían acabado, y la depresión permanente pronto daría paso a la revolución proletaria. En medio del mar de escombros de las confiadas «predicciones» marxianas, ésta fue, en su error, una de las más absurdas y sorprendentes. Así, dice Engels:

> El ciclo decenal de estancamiento, prosperidad, super-producción y crisis, recurrente entre 1825 y 1867, parece que, en efecto, ha seguido su curso; pero sólo para meternos en la ciénaga de desesperanza de una depresión crónica y permanente. El ansiado periodo de prosperidad no llegará; tan pronto como parece que percibimos los síntomas que lo anuncian, al instante se desvanecen en el aire. Mientras tanto, cada invierno que pasa nos devuelve, renovada, la gran pregunta: «qué hacer con los desempleados»; sin embargo, mientras el número de desempleados sigue creciendo de año en año, no hay nadie que la responda; y ya casi alcanzamos a calcular el momento en que los desempleados tomarán las riendas de su propio destino.[48]

Llegado el momento, y como era de esperar, la prosperidad se presentó en Inglaterra mucho antes que la revolución proletaria.

Se utilice para explicar crisis cíclicas o depresiones permanentes, el subconsumismo es, en cualquier caso, una teoría completamente viciada. En primer

---

[47] Marx y Engels también estimaron necesario alejarse tanto como fuera posible del subconsumismo declarado, a la vista del hecho de que dos de sus grandes rivales y adversarios alemanes eran fervientes subconsumistas. Tales eran el aristócrata prusiano y socialista de estado evolucionista Johann Karl Rodbertus (1805-75) y el economista y reformador social de la universidad de Berlín Eugen Karl Dühring (1833-1921).

[48] Engels, «Preface to the British Edition», en Marx, *op. cit.* nota 1, I, p. 6.

lugar, los ahorros no se «escapan» de la economía; se emplean en inversiones vitales en recursos y bienes de capital. Algo más importante es que, como sucede en todas las teorías endebles, el sistema de precios abandona la escena, y nos quedamos con las apisonadoras agregativas de la «producción» y el «consumo» enfrentadas una a la otra. No existe la superproducción; sólo se produce demasiado para el *precio* que los consumidores están dispuestos a pagar, un precio que, durante las crisis, no cubre los costes asumidos por los hombres de negocios. Ahora bien, una vez que reconocemos *eso*, también debemos saber que para equilibrar la producción y el consumo, para eliminar el problema de una oferta, o provisión de bienes, que excede a la demanda, todo lo que tiene que suceder es que bajen los precios. Bájense los precios y en breve equilibrarán la oferta y la demanda, y las pérdidas sólo serán temporales. Esta cuestión le lleva al analista a dar un paso más: ¿cómo es que esta vez los hombres de negocios —empresarios con un historial general excelente en la previsión de la demanda y los costes— pujaron de un modo tan excesivo sobre los costes que ahora sufren pérdidas al tratar de vender el producto? En definitiva, ¿por qué los hombres de negocios cometieron esta serie de errores graves de previsión que caracterizan a un periodo de crisis económica? Por supuesto, nada de esto pudieron plantearse Marx y los subconsumistas, que no se tomaron la molestia de tener en cuenta el sistema de precios. Es más, al igual que Smith y que Ricardo antes que él, Marx carece de toda concepción sobre el empresario o sobre la función de la empresa.

Por último, es bien sabido que las crisis se inician siempre, no en las industrias de bienes de consumo, como nos llevaría a suponer el subconsumismo, sino precisamente en las industrias de bienes de capital, y en las industrias más remotas y alejadas del consumidor. El problema parecería entonces consistir en *exceso*, no en *escasez*, de consumo.[49]

13.5.2 *La tasa decreciente del beneficio*

La segunda teoría de la crisis, dominante en el Volumen III del *Capital*, gira en torno a la tasa decreciente del beneficio marxiana. El impulso incesante que hace que los capitalistas acumulen produce en la tasa de beneficio una tendencia secular de caída. Finalmente, cuando el beneficio decrece por debajo «de determinada tasa», se interrumpe el crecimiento del capital y se sucede una crisis económica. Así como el capitalismo conduce a una superproducción de bienes, así también produce una sobre-acumulación de capital. El cese de la inversión de capital conduce a una recesión en las industrias de bienes de capital que luego se extiende a una depresión general.

---

[49] Para otra crítica del subconsumismo, véase Murray N. Rothbard, *America's Great Depression* (4.ª ed., Nueva York: Richardson & Snyder, 1983), pp. 55-8.

Aunque esta segunda explicación de las crisis económicas tiene, al menos, el mérito de centrarse en las industrias de bienes de capital y no en el consumo, apenas constituye una mejora. En primer lugar, una vez más, la tasa decreciente de beneficio parece describir una ley de disminución secular; pero, ¿por qué habría de llevar a un colapso económico *concreto*, y, ni que decir tiene, a una serie cíclica de periodos de auge y depresión? Aun cuando la tasa de beneficio decrezca, ¿por qué habrían de dejar de invertir los hombres de negocios y, en particular, por qué habrían de hacerlo todos súbitamente? Es más, aun cuando la tasa de beneficio decrezca, el aumento innegable de la masa de capital ahorrado bien podría subir la *cantidad absoluta* de beneficios agregados, de modo que, aunque la *tasa* decrezca, el proceso puede estimular aún una notable inversión adicional.

Además, aunque Marx pudiese dar cuenta de un punto superior de inflexión y de un hundimiento pronunciado, ¿por qué habría de haber nunca una *recuperación*? Este es uno de los puntos especialmente débiles de Marx: durante la crisis, el capital se *desacumula*, de modo que el nivel general de capital baja realmente, y, por ello, la tasa de beneficio para la inversión total sube. Este proceso puede generar de nuevo más inversión y otro periodo de auge. De todas formas, la probabilidad de que una depresión sea lo bastante pronunciada como para consumir realmente el capital y subir *también* las tasas de beneficio por encima de la supuesta tendencia continua a decrecer de la tasa de beneficio, es muy baja. Y, aunque se inicie la recuperación, ¿por qué habría de seguirse un periodo de auge sólido?

Por último, en Marx o Engels no se nos dice nada de por qué se supone que estos ciclos o depresiones aumentan en intensidad, se universalizan y agudizan con el tiempo, hasta acabar en una depresión permanente y en una revolución.

En términos generales, la corriente de la teoría del ciclo basada en la tasa decreciente del beneficio es particularmente vaga y muy poco convincente.

13.5.3 *Desproporcionalidad*

Con la teoría de la «desproporcionalidad» (*disproportionality*) de Marx regresamos, en un sentido profundo, a nuestro punto de partida, o, mejor dicho, al de Marx: al comunismo y el deseo de erradicar el mercado y la división del trabajo. Entrelazada con los temas tratados en el *Capital* y en *Teorías de la plusvalía* (escrito en 1861-63), encontramos la tesis de que los ciclos y las crisis surgen de forma inevitable del proceso del mercado. Para Marx, se trata de un problema endémico de la economía de mercado y, en particular, de la economía monetaria o de cambio indirecto. Puesto que, según Marx, se supone que el mercado no posee ningún mecanismo coordinador, toda producción e

intercambio es caótico, falto de coordinación, un régimen de lo que él denominó «la anarquía de la producción». Bober lo resume así:

> Esta teoría se ocupa de los desajustes y desproporcionalidades que tienen su origen en la anarquía de la competencia: en los movimientos vacilantes y faltos de coordinación de los capitalistas individuales; en las complejidades de la multiplicidad de elementos que deben encajar entre sí en un mundo enormemente complejo, y que lo hacen, si no por planificación, sí por puro accidente; y en los caprichos del viento y del tiempo atmosférico.[50]

Marx formuló un argumento contundente contra los ricardianos, los clásicos británicos de su tiempo. El mundo ciertamente no sestea feliz en la tierra de nunca jamás del equilibrio a largo plazo. Sin embargo, lo que Marx no tuvo en cuenta es justamente lo mismo que no tuvieron en cuenta los ricardianos: si hubiesen trasladado su punto de atención de la nebulosa del equilibrio al mundo real de la economía de mercado, habrían descubierto un mundo muy distinto. Habrían visto lo mismo que vieron Turgot, los escolásticos y los franceses e italianos: que existen dos elementos fundamentales que coordinan el mundo real, si no de un modo perfecto, sí armonioso y dinámico: un sistema de precios al que se le permite fluctuar para igualar las fuerzas cambiantes de la oferta y la demanda; y los empresarios, que, en su permanente búsqueda de mayores beneficios y en su constante pretensión de evitar pérdidas, llevan a cabo esta labor de coordinación. Los clásicos británicos, sin embargo, al centrarse en el equilibrio a largo plazo, habían eliminado tanto el sistema de precios del mundo real como el papel vital que desempeña la empresa en la economía de mercado —la exitosa anticipación del cambio en un mundo mutable e incierto. Si no existe un sistema de precios para el intercambio de títulos de propiedad de bienes y servicios, y no hay capitalistas-empresarios, entonces la producción sí que se encuentra en un estado de «anarquía».

Marx también comprendió que la falta de coordinación podría causar una sobre-acumulación de capital, así que enlazó este tema con la versión precedente —la tasa decreciente del beneficio— en un intento por explicar los ciclos y las crisis. Algunos economistas posteriores, principalmente el economista marxista ruso Tugan-Baranowsky, desarrollaron estos apuntes en lo que se ha llamado una teoría del ciclo económico «no monetaria basada en la sobreinversión».[51]

---

[50] Bober, *op. cit.*, nota 40, pp. 251-2.

[51] Mikhail Ivanovich Tugan-Baranowsky (1865-1919). Estrictamente hablando, Tugan-Baranowsky fue un ucraniano que enseñó en la San Petersburgo rusa. La primera vez que enunció su teoría del ciclo económico fue en su tesis doctoral «Las crisis industriales en Inglaterra», publicada en ruso en 1894. Enseñó economía política en San Petersburgo hasta 1917, en que pasó a ser ministro de finanzas y secretario general de la Rada Central de Ucrania. El año siguiente ocupó el cargo de director del departamento socio-económico de la Academia Ucraniana y de su Instituto para el Estudio de los Ciclos Económicos. El año de su muerte,

Marx comprendió que el sistema monetario y de crédito jugaban un importante papel en los ciclos y en las crisis: el crédito es importante en la centralización del capital: fomenta la especulación, intensifica la crisis y acelera la superproducción. Sin embargo, insistir en el crédito bancario como causa fundamental del ciclo hubiese podido resultar fatal para su intento de achacar los ciclos y las crisis a determinadas fuerzas inherentes a la economía de mercado capitalista. Así, pues, se vio forzado a rechazar cualquier insistencia de la escuela monetaria en el papel causal del crédito bancario: «La superficialidad de la Economía Política —escribe Marx en el *Capital*— se manifiesta en el hecho de que considera la expansión y contracción del crédito, que sólo es un mero síntoma de los cambios periódicos del ciclo industrial, como su causa.»[52]

De este modo, y a pesar de su manifiesto desprecio hacia John Stuart Mill, Marx se vio empujado a apoyar implícitamente la teoría del ciclo económico de Mill, Tooke y de la escuela bancaria.[53] Como hemos visto, los mismos escritores de la escuela monetaria tuvieron que admitir esta visión tras el aparente fracaso de la Ley Peel de 1844 en la erradicación de los ciclos económicos. Aunque todos los teóricos de la desproporcionalidad *no*-monetaria y de la sobre-inversión próximos a la escuela bancaria tuvieron que reconocer que la expansión monetaria y del crédito bancario eran condiciones necesarias para que se diese un periodo de auge, todos ellos proclamaron que los ciclos del crédito sólo eran consecuencias pasivas de ciclos no-monetarios de «exceso» o «deficiencia» de actividad comercial, o bien de «especulación». De este modo, la teoría del ciclo económico no-monetario fue calando entre las filas de los economistas, y les animó, incluido el propio Marx, a responsabilizar a la economía de mercado capitalista de la recurrencia de los ciclos económicos. Las

---

1919, Tugan era consejero económico de la delegación ucraniana en Versalles. Véase Sergio Amato, «Tugan-Baranowsky...», en I.S. Koropeckyj (ed.), *Selected Contributions of Ukrainian Scholars to Economics* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1984), pp. 1-59. Sobre las teorías no-monetarias del ciclo basadas en la sobre-inversión, véase Gottfried Haberler, *Prosperity and Depression* (4.ª ed., Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1958), pp. 72-85. Amato sostiene que el economista alemán Arthur Spiethoff (1873-1957), que presentó su propia versión de la teoría del ciclo en 1902-3, la sustrajo de la traducción alemana de Tugan-Baranowsky publicada en 1901, reivindicando después que era un descubrimiento original suyo. Amato, «Tugan-Baranowsky», p. 6.

[52] Véase Bober, *op. cit.* nota 40, p. 275. Por otra parte, Sowell defiende que Marx sostuvo que el dinero y el crédito eran la única causa del ciclo económico. Sowell, *op. cit.* nota 18, pp. 92-5.

[53] En realidad, toda la teoría monetaria de Marx estuvo profundamente influida por Thomas Tooke y la escuela bancaria. Marx creía, con Tooke, que las variaciones en los niveles de precios determinan cambios en la cantidad de dinero y no *viceversa*, y que los déficit en la balanza de pagos están determinados a su vez por factores reales y no monetarios. De ahí que Marx fuese, en su teoría monetaria y de los efectos del dinero, lo contrario a un ricardiano. Véase Arie Arnon, «Marx's Theory of Money: the Formative Years», *History of Political Economy*, 16 (Invierno de 1984), pp. 560-75.

observaciones de la desaparecida escuela monetaria, la de considerar que el dinero y el crédito, en tanto que *condiciones necesarias*, era algo que se aproximaba bastante a la idea de *causa*, y la original de que para distorsionar las señales que el mercado comunica a los empresarios y para que se produzca un ciclo de auge-depresión hace falta una expansión del crédito bancario, cayeron en el olvido, hasta que Ludwig von Mises las descubrió o redescubrió en 1912.

13.6 Conclusión: el sistema marxiano

Así fue como Karl Marx creó lo que al observador superficial le parece que es un sistema de pensamiento impresionante e integrado que explica la economía, la historia del mundo e incluso el funcionamiento del universo. En realidad, no creó otra cosa que un auténtico entramado de falacias. Cada punto nodular de la teoría es erróneo y falaz, y su «tejido» —para emplear un término marxiano adecuado— lo forma una telaraña de falacias. El sistema marxiano está hecho trizas y arruinado; el «tejido» de la teoría marxiana se ha «descompuesto» mucho antes de la aniquilación del sistema capitalista que anunciaba. Además, lejos de ser una estructura de leyes «científicas», esta chapucería se construyó y apuntaló para servir al fanático y demente objetivo mesiánico de la destrucción de la división del trabajo y, por supuesto, de la propia individualidad humana, así como a la creación apocalíptica de un orden mundial colectivista supuestamente inevitable, una versión *ateizada* de una antigua herejía cristiana.

En la década de 1960, a los marxistas mesiánicos y románticos les agradaba establecer una clara distinción entre el Marx de la primera época, encantador, idealista y «humanista», y el último Marx, miserable, inflexible, y «economista» proto-stalinista. Pero, nosotros ya sabemos que esa división no existe. Una vez que adoptó el comunismo en la década de 1840, sólo hubo un Marx, sea anterior o posterior. Hay incluso buenas razones para pensar en un solo Marx que abarcaría toda su vida, incluidos los alocados poemas demoniacos que llamaban a la destrucción universal de sus años de colegial en Berlín. De hecho, el Marx humanista apenas contrarresta al economista último —más bien todo lo contrario. Todos los diferentes Marx estuvieron al servicio de su fanática y mesiánica visión del comunismo. Que los conocidos horrores del comunismo del siglo XX: de Lenin, de Stalin, de Mao y de Pol Pot, puedan considerarse como el desarrollo lógico, la encarnación, de la visión decimonónica de su maestro, Karl Marx, es un argumento que resulta convincente.

Capítulo XIV

DESPUÉS DE MILL: BASTIAT Y LA TRADICIÓN FRANCESA DEL *LAISSEZ-FAIRE*

14.1 La escuela francesa del *laissez-faire*

La conquista de la economía británica que John Stuart Mill llevó a cabo con su tratado de 1848, *The Principles of Political Economy*, logró imponer sobre aquélla una atmósfera infecta durante, por lo menos, un cuarto de siglo. En efecto, en algunos aspectos, la frustrada revolución subjetivista (o, como reza su nombre común, «marginalista») contra Mill que liderara Jevons en la década 1870 jamás logró arraigar en Gran Bretaña. La opresiva atmósfera de Mill impuso una adhesión vaga e incoherente a la teoría del trabajo, o, como poco, a la teoría del valor basada en el coste de producción; a la metodología del positivismo, suavizada por un inductivismo confuso; al individualismo, enmarañado por el organicismo; a una preferencia vaga, vacilante, por el libre mercado, que se anulaba ante casi cualquier objeción, sobre todo, ante la supuesta capacidad que los sindicatos de trabajadores tenían de hacer que se produjesen subidas generalizadas de los precios, y ante la teórica superioridad moral del socialismo. En definitiva, desde un punto de vista político, Mill se hallaba en una posición estratégica que le permitía ser el santo patrón tanto del *laissez-faire* como de casi todos los ataques contra el mismo; en una palabra, el filósofo del *status quo* tal y como existía o como podía llegar a ser. Al mismo tiempo, Mill llegó a ser el espantapájaros defensor del *laissez-faire* favorito del intelectual liberal moderno, el que siempre está dispuesto a hacer dañinas concesiones a sus adversarios. Dicho intelectual podía, así, entonar la marcha triunfal: «Pero incluso Mill reconoce...», y aún esperar salir victorioso por la sola invocación de la autoridad.

En lo tocante a las cuestiones monetarias y bancarias, Mill fue ciertamente el gurú del *status quo* que impusiera la Ley Peel de 1844 y que seguiría vigente

hasta la Primera Guerra Mundial: esto es, un compromiso general con el dinero metálico en la forma del patrón oro, pero hábil y radicalmente viciado por un sistema de reserva parcial bancaria bajo el control monopolista del Banco de Inglaterra, el cual podía inflar el dinero y el crédito de manera inmediata dentro de un sistema teóricamente sólido.

Aunque la ciencia económica británica fue la que alcanzó un mayor prestigio a lo largo del siglo XIX (y hasta la Segunda Guerra Mundial), no fue capaz de ejercer una total hegemonía en la economía de otros países. En Francia, en particular, el legado de J.B. Say condujo a una tradición muy distinta de utilidad subjetiva y de coherente *laissez-faire* que consiguió retener su dominio sobre la economía francesa durante cerca de un siglo. Ya hemos visto que la economía francesa del *laissez-faire* fue fundada en el periodo de la Restauración posterior a 1815 por un grupo de economistas y de teóricos sociales jóvenes inspirados por J.B. Say y dirigidos por Charles Dunoyer y por el yerno del primero, Charles Comte. Aunque Comte murió a una edad relativamente joven, Dunoyer vivió lo bastante como para escribir los tres volúmenes de su *magnum opus*, *De la liberté du Travail* (*Sobre la libertad del trabajo*) (1845), y para presidir, más allá de su fundación, en 1842, la destacada Société d'Économie Politique, cuyas reuniones mensuales seguirían celebrándose durante décadas, así como su publicación académica, *Journal des Économistes*, inaugurada unos meses antes que la sociedad. A partir de entonces y hasta la Primera Guerra Mundial, un equipo admirable y productivo de economistas ocuparían los principales puestos académicos, editarían y escribirían para numerosas publicaciones eruditas, formarían asociaciones y celebrarían congresos, y escribirían y darían clases sin descanso en defensa de la armonía de intereses y de la prosperidad general alcanzables a través de los mercados libres, del librecambio y del *laissez-faire*. Hay que reseñar que al menos tres generaciones de economistas franceses se formaron en esta tradición del *laissez-faire*, le dieron continuidad y la desarrollaron. A pesar de las generaciones de modas cambiantes y de las enormes tentaciones provenientes del estatismo y del privilegio especial, los economistas franceses consiguieron aferrarse durante un siglo a sus opiniones y seguir siendo firmes defensores del *laissez-faire* y enemigos de la intervención estatal y del privilegio especial.

En este punto podríamos prestar atención a aquellos hombres que colaboraron en la primera enciclopedia de economía, una obra excelente en dos volúmenes, *Dictionnaire d'Économie Politique* (París: Guillaumin, 1852-53), coeditada y publicada por Gilbert Guillaumin (1801-64), editor incansable de numerosas obras francesas de economía y de *laissez-faire*. El otro co-editor, Charles Coquelin (1805-52), él mismo uno de los principales colaboradores del diccionario, falleció, por desgracia, poco antes de que aquél se publicara. Se tiraron cuatro ediciones. Otra de las principales cabezas y secretario fundador de la Société d'Économie Politique fue Joseph Garnier (Clément Joseph

Garnier, 1813-81), el que fuera, durante años, editor jefe del *Journal des Économistes* y autor de diversos manuales de economía que llegaron a tener mucho éxito, entre ellos *Éléments d'économie politique* (1845, diversas ediciones) y *Élements des Finances* (1858, diversas ediciones).

Los economistas franceses del *laissez-faire* fueron los pioneros, no sólo de las enciclopedias de economía sino también del estudio de la historia de la disciplina. La primera historia del pensamiento económico fue la *Histoire de l'économie politique en Europe* (1837, 4ª edición, 1860; traducción inglesa, 1880), de Jérome-Adolphe Blanqui (1798-1854), que estudió economía política con Say, al que sucedió como profesor. Blanqui fue también durante muchos años editor jefe del *Journal des Économistes*. Joseph Garnier había sido alumno de Blanqui. Blanqui, por su parte, era yerno de Michel Chevalier (1806-79). Ingeniero y socialista saint-simoniano en su juventud, Chevalier se convirtió en liberal del *laissez-faire*, llegando a ser profesor de economía política en el Collège de France y publicando un *Cours d'Économie Politique* en tres volúmenes (1842-50). Chevalier fue también un hombre de estado, interviniendo en las negociaciones del famoso acuerdo de comercio libre con Inglaterra (representada por el gran Richard Cobden) de 1860, una elaborada filigrana del movimiento decimonónico europeo del librecambio y del libre mercado. Otro destacado alumno de Chevalier fue Henri (Joseph Léon) Baudrillart (1821-92), que enseñaría economía política en el Collège de France, y de cuyo *Manuel d'Économie Politique*, publicado en 1857, se hicieron numerosas ediciones.

Otro economista destacado fue el polaco Louis Wolowski (1810-76), cuñado de Michel Chevalier. Nacido en Varsovia, Wolowski emigró a Francia en 1834, fundando y editando durante muchos años la *Revue de législation et jurisprudence*. Doctor en derecho y en economía política, Wolowski llegaría a ser banquero, hombre de estado y profesor, aparte de estar asociado durante muchos años al *Journal des Économistes*. El sobrino de Wolowski, Émile Levasseur (1828-1911), llegó a ser un historiador económico sobresaliente y sucesor de Baudrillart en el Collège de France. Levasseur publicó una famosa obra sobre la *Histoirie des classes ouvrières en France* (1859), así como, en 1867, un *Précis d'Économie Politique* del que se hicieron diversas ediciones. Cabe comentar que Wolowski y Levasseur escribieron un brillante artículo en defensa de los derechos de propiedad titulado «Propiedad» para la *Cyclopaedia of Political Science* en tres volúmenes de Lalor, publicada en los Estados Unidos en 1884.

Dentro de la escuela francesa del *laissez-faire*, un digno sucesor de Jérome-Adolphe Blanqui como historiador del pensamiento económico fue Maurice Block (1816-1901). Nacido en Berlín pero emigrado a Francia, Block trabajó en el departamento estadístico del ministerio de agricultura, industria y comercio. Cumplidos los 40, Block se dedicó por entero a las labores de edición y a escribir textos sobre economía. Durante 44 años, desde 1856 hasta prácticamente el día de su muerte, Block fue editor del *Annuaire d'économie politique et*

de la statistique, del *Dictionnaire générale de la Politique* (desde 1862 y en años posteriores) y del *Dictionnaire de l'Administration Française* (1855 y años posteriores); además, también escribió diversos libros importantes sobre teoría de la estadística, sobre el socialismo, sobre las finanzas francesas, así como un *Petit manuel d'économie politique*, publicado en 1873 y del que se hicieron numerosas ediciones. Erudito y estudioso incansable, Maurice Block trabajó durante más de 40 años como informador del *Journal des Économistes*, al que daba noticia sobre todos los escritos económicos que se publicaban en Europa, culminando su carrera con una gran historia del pensamiento económico en dos volúmenes, *Le progrès de la science économique depuis Adam Smith* (1890). En ella, Block elogió la nueva escuela austriaca y denunció el historicismo y la oposición a la ley económica de la escuela histórica alemana.

Tres generaciones de los Say también jugaron un papel importante en el movimiento francés de la economía del *laissez-faire*. El único hijo de Jean-Baptiste, Horace-Émile Say (1794-1860), comerció durante cierto tiempo en los Estados Unidos y, principalmente, en Brasil, y trabajó como juez comercial y consejero de estado durante el periodo de la Segunda República, 1859-61. Horace Say escribió un libro sobre la historia de las relaciones comerciales entre Francia y Brasil. Su hijo, Jean-Baptiste Léon Say (1826-96), llegó a ser un destacado hombre de estado consagrado al librecambio y al *laissez-faire*. Éste escribió numerosos artículos para el *Journal des Économistes*, fue propietario de la publicación de orientación liberal *Journal des Débats* y ministro de finanzas entre 1872 y 1879, y, de nuevo, en 1882. Fue también presidente del Senado francés en 1882. Léon Say firmó en 1880 un acuerdo preliminar de libre comercio con Inglaterra, y se opuso con éxito a la introducción de un impuesto sobre la renta.

Uno de los últimos anti-intervencionistas y defensores del mercado libre exaltados e inflexibles de la escuela francesa fue Yves Guyot (1843-1928), un escritor prolífico que fue también concejal de París (1876-85) y ministro de obras públicas (1889-92). Guyot sucedió al célebre Gustave de Molinari cuando éste abandonó su puesto como editor del *Journal des Économistes* en 1909.

La escuela del *laissez-faire* dominó tanto en la Francia del siglo XIX que sus enseñanzas llegaron a empapar la cultura popular. Escritores populares, periodistas y novelistas hablaron de la armonía de intereses y sobre el beneficio mutuo y la prosperidad general que traía consigo el mercado libre. Así, probablemente no se haya escrito jamás un manual y un canto de alabanza al funcionamiento del mercado libre más lúcido e inspirado que las lecciones a los trabajadores franceses recogidas en el *Manual de economía social: o el ABC de los trabajadores* del popular novelista Edmond About (1825-85).[1]

[1] Del *Manual* de About se hicieron muchas ediciones. Véase la traducción inglesa, *Handbook of Social Economy, or the Worker's ABC* (Londres: Strahan & Co., 1872).

Ahora bien, lo cierto es que los economistas clásicos británicos, que, por lo general, eran escritores oscuros y densos, y podían contraponer su elegancia de estilo a los franceses para, así, denunciar su pensamiento y erudición superficiales, volvieron la lucidez y popularidad de aquéllos en su contra. Esta tradición se ha visto reforzada por los historiadores modernos, cuya intensa hostilidad hacia las conclusiones políticas de los franceses intensifica su áspero rechazo. En concreto, los historiadores modernos desechan injustamente a los escritores franceses como meros divulgadores carentes de profundidad teórica.

14.2 Frédéric Bastiat: la figura central

Uno de los que más han sufrido el olvido histórico ha sido el más famoso de los economistas franceses del *laissez-faire*, Claude Frédéric Bastiat (1801-50), a quien se dedicaron, con reconocimiento y afecto, los dos volúmenes del *Dictionaire d'Économie Politique* (1852). Bastiat fue, en efecto, un escritor lúcido y espléndido, cuyos brillantes e ingeniosos ensayos y fábulas siguen conservando hoy día el carácter de demoliciones excepcionales y devastadoras del proteccionismo y de todas las formas de subvención y control estatales. Fue un defensor verdaderamente brillante de un mercado libre sin restricciones. La justamente famosa «Petición de los Fabricantes de Velas» todavía se incluye en las antologías de textos económicos. En esta sarcástica petición dirigida al parlamento francés, la asociación comercial de fabricantes de velas solicita al gobierno que proteja su industria, que emplea a muchos miles de hombres, de la abusiva, injusta e intrusiva competencia de una fuente de luz externa: el sol. Los fabricantes de velas de Bastiat solicitan al gobierno que apague la luz solar en toda Francia, ardid proteccionista que daría empleo a muchos millones de respetables fabricantes de velas.

Su fábula de la ventana rota refutó también de un modo brillante el keynesianismo casi un siglo antes de su aparición. En ella describe tres niveles de análisis económico. Un niño travieso arroja una piedra contra el cristal del escaparate de una tienda y lo rompe. A medida que la multitud se concentra alrededor, el primer nivel de análisis, el sentido común, comenta el suceso. El sentido común deplora la destrucción de la propiedad en la rotura de la ventana, y simpatiza con el tendero por tener que gastarse el dinero en repararla. Pero, después, dice Bastiat, viene el analista sofisticado de segundo nivel, que nosotros podríamos denominar proto-keynesiano. El keynesiano dice: ¡oh!, no os dais cuenta que la rotura de la ventana es *en verdad* una bendición económica. Porque, al tener que reparar la ventana, el tendero, con su desembolso, da vigor a la economía y trabajo a los cristaleros y sus empleados. Así, pues, la destrucción de la propiedad, merced al gasto forzoso, estimula la eco-

nomía y posee un «efecto multiplicador» vigorizador sobre la producción y el empleo.

Pero luego interviene Bastiat, el tercer nivel de analista, y pone de manifiesto la grave falacia de la posición destructiva proto-keynesiana. El crítico supuestamente sofisticado, dice Bastiat, se concentra en «lo que se ve» y no tiene en cuenta «lo que no se ve». El sofisticado *ve* que el tendero debe dar empleo a los cristaleros gastándose dinero en la reparación de su ventana. Pero lo que no ve es la oportunidad perdida del tendero. Si no tuviese que gastarse el dinero en reparar la ventana, podría haber *aumentado* su capital, y el nivel de vida de todos, y, de este modo, haber empleado a gente en la acción de elevar la provisión actual de capital, en vez de tratar meramente de conservarla. O, quizá, el tendero podría haberse gastado el dinero en su propio consumo, empleando a gente en *esa* forma de producción.

En este sentido, el observador de tercer nivel de Bastiat, el «economista», reivindica el sentido común y refuta la apología de la destrucción del pseudo-sofisticado. Considera lo que no se ve y lo que se ve. Bastiat, el economista, es el analista *verdaderamente* sofisticado.[2]

Frédéric Bastiat fue también un teórico político o político-económico perspicaz. Atacando el estatismo como una carga parásita cada vez más pesada que se impone a los productores del mercado, definió el estado como «la gran ficción mediante la cual todos tratan de vivir a costa de los demás». Y en su obra *La Ley* (1850) insistió en que la ley y el gobierno deben limitarse exclusivamente a defender a las personas, la libertad y la propiedad de la gente frente a la violencia; todo lo que vaya más allá de ese papel destruiría la libertad y la prosperidad.

Aunque a menudo se le ha alabado como un divulgador con talento, Bastiat ha sido sistemáticamente ridiculizado e infravalorado como teórico. Criticando la distinción clásica smithiana entre trabajo «productivo» (sobre bienes materiales) e «improductivo» (productor de servicios inmateriales), Bastiat hizo una importante aportación a la teoría económica poniendo de manifiesto que *todos* los bienes, incluidos los materiales, son productivos y tienen valor precisamente porque producen servicios inmateriales. El intercambio, señalaba, consiste en el comercio mutuamente beneficioso de esos servicios. Al subrayar la centralidad de los servicios inmateriales en la producción y el consumo, Bastiat se basó en la insistencia de J.B. Say en que todos los recursos son «productivos» y en que toda renta de los factores productivos son pagos por dicha productividad. También se apoyó en la tesis que Charles Dunoyer expusiera

---

[2] Un siglo después, la falacia de la ventana rota de Bastiat serviría de inspiración y de eje central del excelente y afamado manual económico de Henry Hazlitt, *Economics in One Lesson* (Nueva York: Harper & Bros, 1946) [trad. esp.: *La economía en una lección* (Unión Editorial, 4.ª ed., 1996)].

en su *Nouveau traité d'économie social* (1830) en el sentido de que «el valor se mide por los servicios prestados, y [de] que los productos se cambian de acuerdo con la calidad de los servicios que se almacenan en ellos».[3]

Pero tal vez lo más importante fuera el hecho de que Bastiat insistiera de nuevo, en fuerte contraste con la exclusiva preocupación de la escuela clásica de Smith-Ricardo por la producción, en el objetivo de los esfuerzos económicos —el consumo— como el fin y, por lo tanto, como el determinante de la actividad económica. La muy repetida tríada de Bastiat: «Necesidades, Esfuerzos, Satisfacciones» lo sintetiza a la perfección: las necesidades constituyen el fin de la actividad económica, dan origen a esfuerzos y, eventualmente, rinden satisfacciones. Es más, Bastiat observó que las necesidades humanas son ilimitadas y que los individuos las ordenan en escalas de valor.[4]

Otra aportación muy importante fue su insistencia sobre el *intercambio* y el análisis del mismo, sobre todo frente a la de los clásicos británicos en la producción de riqueza material. Fue esta insistencia lo que le llevó, junto con la escuela francesa, a subrayar la manera en que el mercado libre conduce a una organización tranquila y armoniosa de la economía. De ahí la importancia del *laissez-faire*.[5]

Frédéric Bastiat nació en 1801 en la ciudad de Bayona, en el sudoeste de Francia, hijo de un terrateniente y destacado mercader en el comercio con España. Huérfano a la edad de nueve años, ingresó en el negocio de su tío en 1818; cuando siete años más tarde heredó las fincas de su abuelo, abandonó la empresa e inició una vida de hacendado agrícola. Sin embargo, ni el comercio ni la agricultura le interesaban, sólo el estudio de la economía política. Con su dominio del inglés, el italiano y el español, se sumergió en toda la literatura existente en esas lenguas. Aparte de un intento frustrado de fundar una compañía de seguros en Portugal a principios de la década de 1840, así como de pertenecer al consejo de la región y de su cómodo servicio como juez rural, Bastiat consumió dos décadas en el estudio y la reflexión pausados de los problemas económicos. Fue influido de modo notable por J.B. Say, en parte por Adam Smith y Destutt de Tracy, y, de modo especial, por los cuatro volúmenes de la obra libertaria de *laissez-faire* escrita por Charles Comte, *Tratado de legislación* (1827). De hecho, en su época de adolescente ya había sido suscriptor de *Le Censeur*, la publicación de Comte y Dunoyer. De este último llegaría a ser amigo y colega en la lucha por el librecambio.

---

[3] Dean Russell, *Frédéric Bastiat: Ideas and Influence* (Irvington-on-Hudson: Foundation for Economic Education, 1965), p. 20.

[4] Véase Joseph T. Salerno, «The Neglect of the French Liberal School in Anglo-American Economics: A Critique of Received Explanations», *The Review of Austrian Economics*, 2 (1988), p. 127.

[5] Véase la incisiva apreciación que de esta aportación de Bastiat hace Israel M. Kirzner, *The Economic Point of View* (Princeton, NJ: D. Van Nostrand, 1960), pp. 82-4.

Bastiat se inició en la literatura económica con un ataque brillante al proteccionismo en Francia y en Inglaterra publicado a finales de 1844 en el *Journal des Économistes*, un artículo que causó sensación. A este le siguió otro a principios de 1845 en el que se denunciaba el socialismo y cierto concepto de «derecho de trabajo». Durante los pocos años que vivió apartado del mundo, Bastiat produjo una gran cantidad de escritos lúcidos e influyentes. Los dos volúmenes de sus *Sofismas económicos* (1845), colección de ensayos ingeniosos sobre el proteccionismo y los controles estatales, se agotaron rápidamente, y de ellos se hicieron varias ediciones, traduciéndose rápidamente al inglés, español, italiano y alemán. Ese mismo año publicó *Cobden et la Ligue*, su homenaje a Cobden y a la Liga Anti Ley del Cereal: una historia de la Liga que incluía los artículos y discursos más destacados de Cobden, Bright y otros miembros incondicionales de la misma.

Tras fundar, en 1846, una asociación de librecambio en Burdeos, Bastiat se trasladó a París, donde redobló sus esfuerzos literarios y organizó una asociación nacional defensora del librecambio. Fue secretario general de la misma, así como editor jefe de *Le Libre-Échange*, la publicación periódica de la asociación. Aunque su salud era frágil, participó también en la revolución de 1848, siendo elegido para la asamblea constituyente y después para la legislativa, en la que permanecería desde 1848 hasta el día de su muerte.

Las actividades políticas finales de Bastiat han sido infravaloradas por la mayoría de los historiadores. Aunque, en general, votó con la minoría de la asamblea en tanto que defensor incondicional de la libertad y del *laissez-faire*, su influencia como vice-presidente (y, con frecuencia, como presidente efectivo) de la comisión de finanzas de la asamblea fue notable. En ella luchó incansablemente para disminuir el gasto del gobierno, para bajar los impuestos y a favor de una moneda sólida y del librecambio. Aunque combatió con entusiasmo los programas socialistas y comunistas, eligió ocupar su escaño con la izquierda en tanto que defensor del *laissez-faire* y de la república, y como adversario del proteccionismo, de la monarquía absoluta y de una política exterior belicista. Como libertario civil coherente, también hizo frente al encarcelamiento de los socialistas, a la proscripción del sindicalismo pacífico o a la promulgación de la ley marcial. Dejó igualmente su impronta al convertir, al menos en parte, al hombre que llegaría a ser presidente de la república provisional de 1848, el eminente poeta y orador Alphonse Marie Louis Lamartine (1790-1869), haciéndole pasar de su anterior socialismo a una (no siempre coherente) posición de *laissez-faire*.[6]

---

[6] Sobre las pruebas y tribulaciones por las que tuvieron que pasar los liberales del *laissez-faire* durante la Revolución de 1848, que, por lo general, repercutieron negativamente en el movimiento, véase David M. Hart, «Gustave de Molinari and the Anti-Statist Liberal Tradition, Part I», *The Journal of Libertarian Studies*, V (Verano de 1981), pp. 273-6.

Bastiat murió joven, en 1850, sin concluir la publicación de su *magnum opus* teórico, los dos volúmenes de *Harmonies économiques*; lo que aún restaba por publicarse saldría a la luz póstumamente. Un digno homenaje a su memoria fue que su amigo Michel Chevalier, a quién había convertido al librecambio y al *laissez-faire*, firmara con Richard Cobden el gran acuerdo de libre comercio anglo-francés de 1860.

Bastiat conoció a Cobden en su primer viaje a Inglaterra en el verano de 1845, y a partir de entonces y hasta el final de su vida conservaron una estrecha amistad, manteniendo una correspondencia frecuente y visitándose a menudo. Se influyeron mutuamente de modo notable; Bastiat aportó a la devoción por el librecambio de Cobden una visión teórica más amplia, y éste fue quien inspiró al primero en la organización en Francia de un movimiento similar a la Liga Anti-Ley del Cereal. En concreto, Cobden tomó de Bastiat la estima por la ley natural y los derechos naturales; la insistencia en la armonía de los individuos, de los grupos y de las naciones a través de los beneficios recíprocos del mercado libre; la oposición firme a la guerra y a la política exterior intervencionista; y la afición a la paz internacional. Los dos compartieron también una firme entrega al *laissez-faire*, carente de las numerosas vacilaciones y reservas impuestas por los economistas clásicos, o de la pesimista hostilidad ricardiana hacia los terratenientes o la renta de la tierra.[7]

14.3 La influencia de Bastiat en Europa

En diversos países de Europa se fundaron asociaciones de librecambio inspiradas en el sentido organizador y las teorías de Bastiat. Bélgica formó una poco después que Francia, cuyos miembros mantuvieron una correspondencia constante con Bastiat y su *Libre-Échange*. El antiguo ministro Charles de Brouckère, burgomaestre de Bruselas, fue el presidente de la misma. En Italia, una asociación de este tipo fundó en otoño de 1846 la publicación periódica *Contemporaneo*, con una declaración que elogiaba la asociación librecambista francesa. Aunque la declaración alabó a la Liga Anti-Ley del Cereal, no dejó de hacer lo propio con la asociación francesa, mucho más universal en su posición de libre mercado: «La Asociación británica sólo ha declarado la guerra contra uno de los males de su propio país [los aranceles y las Leyes del Cereal], mientras que la Asociación francesa ha adoptado un plan mucho más general que abarca toda la raza humana. Desea inducir a todas las naciones a confraternizar, e invita a todos al banquete de la producción y el consumo.»[8]

---

[7] Para el elogio que Cobden hace de Bastiat, véase Russell, *op. cit.* nota 3, pp. 73-4.

[8] *Ibid.*, p. 90.

Uno de los destacados firmantes de la declaración italiana fue el Profesor Raffaele Busacca, enérgico defensor del librecambio y escritor prolífico sobre temas estadísticos, históricos y teóricos relacionados con la economía.

Un seguidor y admirador de Frédéric Bastiat particularmente importante fue el hombre que llegaría a convertirse en líder indiscutible y fuerza dominante en el seno de la teoría y la política económica italiana del siglo XIX. Se trata del siciliano Francesco Ferrara (1810-1900), defensor incondicional del *laissez-faire*, profesor de economía política en la Universidad de Turín, y maestro y mentor de la mayoría de economistas italianos de la siguiente generación. Ferrara también desempeñó un importante papel político en la unificación de Italia y llegó a ser en cierto momento ministro de finanzas de la nueva nación. Además, fue un destacado historiador del pensamiento económico, al cual contribuyó con la edición de las dos primeras series de volúmenes de traducciones de la *Biblioteca dell'Economista* (Turín, 1850-69) y, fundamentalmente, con los dos tomos de su *Esame storico-critico di economisti e dottrine economiche* (1889-92). Durante muchos años fue profesor de la Universidad de Turín, donde instruyó a muchos destacados economistas italianos. Aparte de Bastiat, a quien dedicó 100 páginas de su gran *Esame*, alabó de modo especial las obras de Say, Dunoyer y Chevalier.

Al igual que las de Bastiat, las aportaciones teóricas de Ferrara han sido infravaloradas de manera sistemática por la severidad de los críticos modernos contrarios al *laissez-faire*, críticos que ven difícil poder creer que, como en el caso de Bastiat, nadie que sea defensor entusiasta y consistente del *laissez-faire* pueda llegar a ser un estudioso y un teórico económico de importancia. Así, recientemente se ha mostrado que la teoría del valor basada en el «coste de producción» de Ferrara, a menudo desechada como una versión torpe del «coste de producción» ricardiano, es, por el contrario, y en parte, una precursora de la teoría de la utilidad marginal, subjetiva.[9]

Durante varias décadas, la economía de Ferrara, centrada en el intercambio, ejerció una influencia notable sobre los economistas italianos. No obstante,

---

[9] De este modo, Piero Barucci escribe que la teoría del valor de Ferrara «se pretendió que fuese una réplica crítica a la teoría del valor-trabajo de Ricardo, en la que Ferrara no veía ningún elemento de subjetividad. Con su coste de reproducción trató de idear una teoría del valor que tuviese en cuenta tanto el elemento del coste como el de la utilidad de los bienes. En este sentido, el valor de un bien sería la comparación entre la utilidad atribuida por el sujeto al propio bien y el coste que él estima que tendría que afrontar para reproducirlo. Es evidente que esta teoría insistía en el hecho de la utilidad de los bienes». Piero Barucci, «The Spread of Marginalism in Italy, 1871-1890», en R.D.C. Black, A.W. Coats, y C.D.W. Goodwin (eds.), *The Marginal Revolution in Economics: Interpretation and Evaluation* (Durham, NC: Duke University Press, 1973), p. 260. Véase también el importante artículo de Salerno, *op. cit.* nota 4, p. 121. Y véase *ibid.*, p. 144, n. 10, y F. Caffè, «Ferrara, Francesco», *The New Palgrave: Dictionary of Economics* (Londres: Macmillan, 1987), II, p. 302.

en la década de 1870, las corrientes estatistas interrelacionadas del proteccionismo y de la escuela histórica alemana, además del socialismo declarado, empezaron a infestar la economía italiana. Ferrara combatió con valentía las nuevas corrientes. En 1874 se produjo una escisión formal, cuando los estatistas más jóvenes, centrados en Padua, crearon la Asociación para el Desarrollo de los Estudios Económicos, publicando el que al poco tiempo vendría a ser el *Giornale degli Economisti*. Por otra parte, los ferraristas, radicados en Florencia, formaron la Sociedad Adam Smith, y lanzaron el semanario *L'Economista*. Aunque el grupo de Ferrara era inferior en número, consiguió formar algunos jóvenes discípulos destacados, entre los que se encontraron Domenico Berardi, que publicó en 1882 una crítica de la intervención estatal y, 30 años después, un libro sobre el dinero; A. Bertolini, que escribió en 1889 una crítica del socialismo; y Fontanelli, que redactó otra de los sindicatos y las huelgas. De modo particular, podríamos mencionar a Tulio Martello, de Bolonia, conocido como el último de los ferraristas. Con el característico tono medio desdeñoso que solía reservar para los defensores enardecidos del *laissez-faire*, Schumpeter escribió sobre la desafiante demanda de polimetalismo que Martello hizo en *La Moneta* (1883) como medio para alcanzar una libertad monetaria completa, que «su valor queda ligeramente empañado por algunas vaguedades liberales sobre la libre acuñación».[10]

Aunque daba la impresión de que estaban combatiendo a la desesperada en una situación de desigualdad aplastante, Ferrara y su escuela resistieron el tiempo suficiente como para volver las cosas a su favor, influyendo en el «nuevo ejército de liberales-marginalistas» liderados por Maffeo Pantaleoni. El grupo se hizo con el control del diario económico dominante (el *Giornale degli Economisti*) en 1890, que continuó siéndolo durante años.[11]

Suecia fue un país muy influido por Bastiat, que llegó a ser la principal autoridad económica y política. Un joven sueco, Johan August Gripenstedt (m. 1874), conoció a Bastiat en un viaje a Francia, quedando profundamente marcado para el resto de su vida por el líder francés del *laissez-faire*. Gripenstedt, aparte de ser el político más influyente de Suecia, fue el más destacado de los liberales económicos del país en las décadas de 1860 y 1870.

---

[10] J.A. Schumpeter, *History of Economic Analysis* (Nueva York: Oxford University Press, 1954), p. 1081.

[11] Véase Barucci, *op. cit.* nota 9, p. 264. Achille Loria, el destacado socialista e historicista italiano de este periodo, observó que Ferrara y su escuela elogiaban a Bastiat, consideraban a Ricardo y Stuart Mill como teóricos sofistas y peligrosos, y aborrecían a los economistas alemanes por ser «defensores del intervencionismo y del socialismo». Aunque se opuso a todo aquello que defendió Ferrara, Loria fue lo suficientemente perspicaz –y elegante– como para referirse a él como «el economista italiano más grande del siglo diecinueve» y, «sin duda, el mayor genio del que hace gala la ciencia económica de nuestro país». Salerno, *op. cit.* nota 4, p. 144, n. 8. Véase también *ibid.*, pp. 121-2.

Prácticamente sin la ayuda de nadie, Gripenstedt consiguió eliminar todas las prohibiciones a la importación y la exportación vigentes en Suecia, abolir todos los derechos de exportación, reducir los aranceles sobre los bienes manufacturados, y de introducir el librecambio en los productos agrícolas.

Al poco de morir Gripenstedt, sus seguidores y discípulos fundaron, en 1877, la Sociedad Económica de Estocolmo, consagrada a los principios de Bastiat y Gripenstedt. Algunos de sus miembros más destacados fueron: Johan Walter Arnberg, director del Banco de Suecia, quien advirtió del peligro de socialismo proveniente de las solicitudes de subsidios estatales que hacían los hombres de negocios; G.K. Hamilton, profesor de economía de la Universidad de Lund, que se consagró con tal intensidad al estudio de Bastiat que en 1865 le puso a su hijo el nombre de «Bastiat»; A.O. Wallenberg, fundador del Stockholm Euskilda Bank; y Johan Henrik Palme, destacado banquero entregado al librecambio.

Debemos mencionar a dos líderes políticos del *laissez-faire* miembros de la Sociedad Económica. Uno fue Axel Gustafsson Bennich, director general de aduanas y mano derecha de Gripenstedt. Bennich fue toda su vida un batallador incansable y risueño a favor del librecambio y del *laissez-faire*. El otro fue el presidente de la Sociedad Económica de Estocolmo, Carl Freidrich Waern, un comerciante de Gotemburgo que llegó a ser ministro de finanzas y presidente de la cámara de comercio. Renunció a este segundo puesto al negarse a firmar una ley que imponía la protección de los árboles jóvenes de los bosques, una medida que denunció como una egregia invasión de los derechos de propiedad privada.

Lo mismo que sucediera con los pensadores y activistas del *laissez-faire* de Inglaterra y de Francia, los libertarios suecos se dividieron en relación a qué hacer con la banca. El banquero central Johan Arnberg y el economista Hans Forssell estaban a favor del Banco central de Suecia como medio de suprimir todos los billetes de bancos privados, que consideraban perniciosos e inflacionarios. Por otro lado, el banquero A.O. Wallenberg abogaba por la libre creación de bancos.

De todas formas, hacia mediados de la década de 1880, el estatismo comenzó a retornar con éxito y a ser cada vez más dominante tanto en Suecia como en el resto de Europa. El proteccionismo empezó a infiltrarse en la Sociedad Económica a mediados de la década de 1880, y Suecia adoptó en 1888 un sistema de aranceles proteccionistas. El indicador del triunfo proteccionista fue la elección, en 1893, de un proteccionista como presidente del otrora núcleo central del librecambio, la Sociedad Económica de Estocolmo. Durante la década de 1880, y a pesar de los ataques de Forssell y de otros fundadores incondicionales, la sociedad empezó a defender el bienestar social y otras políticas *Katherdersozialist* («de socialismo de cátedra»). En este sentido, durante esta década la teoría económica y la política suecas se desplazaron de la original

orientación de *laissez-faire* francés hacia la escuela histórica alemana y el «socialismo monárquico». Este cambio radical se vio catalizado por la designación, en 1878, del alemán como primera lengua extranjera de las escuelas públicas suecas.[12]

No obstante, incluso en Prusia se fundó a finales de la década de 1840 un partido del librecambio consagrado a los principios de Bastiat. El movimiento del librecambio prusiano estuvo liderado por John Prince Smith (1809-74), de padre inglés y de madre alemana, quien mantuvo una correspondencia frecuente con Bastiat. En una de sus cartas, Prince Smith le dijo a Bastiat que:

> Los amigos a los que he mostrado su libro [*Armonías económicas*] se han entusiasmado con él. Le prometo que nuestros mejores pensadores lo leerán con avidez... Esperamos constituir una alianza formal entre los demócratas y los librecambistas... «Tráigase a Bastiat», me dijo uno de los líderes democráticos, «y yo prometo llevar 10.000 hombres en procesión para celebrar su visita a nuestra capital».[13]

Hijo de un abogado, John Prince Smith nació en Londres en 1809. Tras la muerte de su padre, comenzó a trabajar a los 13 años para una compañía mercantil londinense.[14] Más tarde se pasó al periodismo, viajando al país de su madre, y en 1831 fue profesor de inglés y francés en un *gymnasium* de la ciudad portuaria de Elbing, en Prusia oriental. Aprendió economía en Alemania y en la década de 1830 comenzó a escribir artículos abogando por el libre mercado. Defendió enérgicamente a siete profesores expulsados en 1837 de la Universidad de Gotinga por protestar contra la revocación de la constitución liberal hanoveriana. Los problemas que a continuación tuvo con la administración educativa prusiana le hicieron abandonar su puesto de profesor en 1840 y dedicarse al periodismo a tiempo completo.

Prince Smith no sólo se declaró, en general, a favor del libre mercado, también inauguró una posición anti-bélica y anti-militarista que le llevó a abogar por la eliminación del baluarte del estado prusiano, el ejército permanente, y su sustitución por una milicia de ciudadanos mucho más barata y controlada por el pueblo.

En 1843, Prince Smith lanzó la campaña de su vida en defensa de la libertad de comercio, situando ésta en un contexto histórico y sociológico que re-

---

[12] Por lo que a Noruega respecta, sabemos que un tratado popular de economía estuvo inspirado por Bastiat (H. Lehmann, *Velstandslaere*, 1874). Sobre la Sociedad Económica Sueca, véase Eli F. Heckscher, «A Summary of Economic Thought in Sweden, 1875-1950», *The Scandinavian Economic History Review*, 1 (1953), pp. 105-25.

[13] Russell, *op. cit.* nota 3, p. 91.

[14] Quizá sea significativo que el padre de Prince Smith, John Prince Smith el viejo, escribiese opúsculos a favor de la ley natural y del librecambio, como, por ejemplo, *Elements of the Science of Money* (1813). Véase Donald G. Rohr, *The Origins of Social Liberalism in Germany* (Chicago: University of Chicago Press, 1963), pp. 85ss.

cordaba a los escritos de Comte y Dunoyer. Además, dejó claro que, para él, «librecambio» no significaba sólo ausencia de las barreras internacionales del comercio sino también un mercado libre nacional absoluto, reduciendo el estado a la protección policial.[15]

En 1846, remitió, junto con otros colegas, una misiva a Robert Peel en la que felicitó al primer ministro británico por su excepcional éxito al conseguir revocar las Leyes del Cereal. La cortés respuesta en tono de declaración de principios que envió Peel causó sensación en Prusia, y animó a Prince Smith a fundar, en diciembre de ese año, el Sindicato Libre Alemán.[16] El sindicato, compuesto de hombres de negocios y estudiosos destacados, celebró su primera reunión como organización el siguiente marzo en el *hall* de la Bolsa de Berlín. La inmensa mayoría de los 200 asistentes eran hombres de negocios.

El resto de su vida, John Prince Smith lideraría la agitación en defensa de los mercados libres y del librecambio. En 1860, fundó la Sociedad Económica como sucesora del Sindicato Libre. Su casa de Berlín (se había casado con la hija de un rico banquero de esta ciudad) se convirtió en salón de reuniones de políticos prusianos, algunos de los cuales fundaron el Partido Progresista. En 1858 participó en la fundación del congreso anual de economistas alemanes, consagrado al *laissez-faire* hasta su última reunión, en 1885.

En dicho congreso, Prince Smith pronunció conferencias atacando las leyes de usura, criticando las patentes y denunciando el papel moneda no convertible. En 1863 participó como co-editor en la fundación de la *Revista trimestral de economía, política e historia cultural* (*Vierteljahrschrift für Volkwirtschaft, Politik, und Kulturgeschichte*) junto con el ultra-individualista Julius Faucher, su colaborador más cercano. La *Vierteljahrschrift* no tardó en convertirse en «el órgano de expresión teórica del liberalismo clásico de Alemania»,[17] y siguió publicándose durante 30 años. Prince Smith, que dominaba el francés, escribió artículos para el *Journal des Économistes*, y participó en la organización y elaboración del *Handwörterbuch der Volkwirtschaftslehre*, según el modelo del *Dictionnaire d'Économie Politique* francés de orientación librecambista.

---

[15] «Prince Smith empleó el término 'librecambio' en un sentido amplio, como se manifiesta en su afirmación... de que 'el librecambio no asigna al estado otra tarea más que ésta: la producción de seguridad'.» Ralph Raico, «John Prince Smith and the German Free Trade Movement», en W. Block y L. Rockwell (eds.), *Man, Economy, and Liberty: Essays in Honor of Murray N. Rothbard* (Auburn, Ala.: The Ludwig von Mises Institute, 1988), p. 349, n. 8.

[16] Véase W. O. Henderson, «Prince Smith and Free Trade in Germany», *Economic History Review*, 2.ª ser., 2 (1950), p. 297, reimp. en W.O. Henderson, *Britain and Industrial Europe, 1750-1870* (Liverpool, 1954).

[17] Raico, *op. cit.* nota 15, p. 346. Sobre el anarquismo casi-individualista de Julius Faucher, véase Andrew R. Carlson, *Anarchism in Germany, Vol. I: The Early Movement* (Metuchen, NJ: The Scarecrow Press, 1972), pp. 65-6.

Durante las décadas de 1870 y 1880, los puntos de vista del *laissez-faire* fueron rápidamente reemplazados en Prusia y Alemania por el dominio de la escuela histórica alemana, el estatismo y el «socialismo de cátedra». Este cambio radical fue alimentado en buena medida por el triunfo político de Bismarck y del militarismo prusiano sobre el liberalismo clásico, y por la unión de la inmensa mayoría de la nación alemana bajo la dominación prusiana a «sangre y hierro».

El momento culminante del movimiento europeo del librecambio llegó muy pronto, y se produjo con ocasión del famoso congreso internacional de economistas organizado en Bruselas por la asociación belga del librecambio entre el 16 y 18 de septiembre de 1847. Alentado por la victoria de la Liga Anti-Ley del Cereal y por el movimiento de Bastiat, así como por un viaje triunfal de catorce meses que realizó Cobden por Europa en 1846-47, el congreso se convocó para resolver la cuestión del librecambio. Fue presidido por el belga Brouckère, y a él asistieron 170 delegados de 12 países entre los que, además de economistas, hubo publicistas, fabricantes, agricultores, comerciantes y hombres de estado. Aunque Bastiat no pudo acudir, Brouckère le alabó en su discurso de apertura como el «celoso apóstol de nuestras doctrinas». La participación en el congreso de la delegación francesa fue especialmente activa, en particular Louis Wolowski, Charles Dunoyer, Jérome-Adolphe Blanqui y Joseph Garnier; también intervino activamente John Prince Smith, jefe de la delegación prusiana. Otros asistentes destacados fueron el coronel Thomas Perronet Thompson, del parlamento inglés, y James Wilson, editor de *The Economist*.

Aunque hubo un pequeño contingente de proteccionistas que habló en el congreso, éstos se vieron abrumados por los librecambistas, que aprobaron una declaración categórica a favor de la libertad de comercio. Por desgracia, los proyectos de futuros encuentros del congreso quedaron frustrados por la Revolución de 1848, hecho que supuso un serio revés para el movimiento europeo de la libertad económica, del que tardaría algunos años en recobrarse. Tras el periodo de maduro esplendor de la década de 1860, en las de 1870 y 1880 el movimiento del *laissez-faire* favorable a los mercados libres, al librecambio y a la paz internacional comenzó trágicamente a ceder el paso a la Europa del proteccionismo, del militarismo, de los estados del bienestar, de los cárteles forzosos y de los bloques internacionales enfrentados. Europa empezó a ser dominada por una economía nacionalista y estatista, y por un recrudecimiento industrial del mercantilismo comercial.

14.4 Gustave de Molinari, el primer anarco-capitalista

Entre los principales economistas libertarios franceses de mediados y finales del siglo XIX, el más extraordinario fue el belga Gustave de Molinari (1819-1912). Nacido en Lieja, hijo de un médico y barón belga que había sido oficial del ejército napoleónico, Molinari se pasó la mayor parte de su vida en Francia, donde fue un autor y editor incansable y prolífico en la promoción del *laissez-faire*, de la paz internacional, y en la crítica decidida e intransigente a toda forma de estatismo, de control gubernamental y de militarismo. Frente al laxo utilitarismo británico en política pública, Molinari fue un adalid inquebrantable de la libertad y la ley natural.

A los 21 años de edad, en 1840, se trasladó a París, centro cultural y político del mundo francófono; allí ingresó en la Société d'Économie Politique justo el año de su constitución, 1842, y fue secretario de la asociación para el librecambio de Bastiat en el momento mismo de su fundación, 1846. Al poco tiempo, pasó a ser uno de los editores de la publicación periódica de la asociación, *Libre-Échange*. Molinari empezó a publicar extensamente en la prensa del librecambio y del libre mercado de París, llegando a ser en 1847 editor del *Journal des Économistes*. En 1846 publicó el primero de sus numerosos libros, *Études Economiques: sur l'Organisation de la Liberté industrielle et l'abolition de l'esclavage*.

No obstante, en 1849, el joven Molinari convulsionó la Société d'Économie Politique, de clara orientación pro-*laissez-faire*, con su obra más famosa y original. Elaboró una ponencia en la que exponía, por vez primera en la historia, un *laissez-faire* puro y coherente, llegando a exigir la introducción de la competencia libre y sin obstáculos en aquellos servicios que, por lo general, se considera que son exclusivamente «públicos»: en concreto, la esfera de la protección policial y judicial de la persona y de la propiedad privada. Si la competencia es mejor y más eficiente a la hora de suministrar *todos los demás* bienes y servicios, razonaba, por qué no ha de serlo por lo que respecta a este último bastión de la protección policial y judicial, punto de vista que más de un siglo después vendría a denominarse «anarco-capitalismo».

Molinari expuso primero sus ideas en un artículo para el *Journal des Économistes*, la publicación periódica de la Société, en febrero de 1849.[18] El artículo no tardó en convertirse en libro, *Les Soirées de la Rue Saint-Lazare*, una serie de diálogos ficticios entre tres protagonistas: el conservador (defensor de aranceles elevados y del privilegio de monopolio estatal); el socialista; y el economista (evidentemente, él mismo). La última *Soirée*, la undécima, preci-

[18] Gustave de Molinari, «De la production de la securité», *Journal des Économistes*, XXV (feb. 1849), pp. 277-90. Traducida como Gustave de Molinari, *The Production of Security* (trad. J. McCulloch, Nueva York: Center for Libertarian Studies, mayo de 1977).

saba cómo podría funcionar en la práctica su concepto de un mercado libre de los servicios de protección.[19]

Una de las reuniones de la Société d'Économie Politique de otoño de 1849 se consagró a la teoría radicalmente nueva de Molinari, tal como ésta aparecía expuesta en las *Soirées*. Una vez que Molinari expuso lo fundamental de su propuesta, los dignatarios libertarios allí reunidos comenzaron a debatir. Parece ser que la nueva teoría les desconcertó, ya que, por desgracia, ninguno atendió a lo esencial de la nueva doctrina. Charles Coquelin y Frédéric Bastiat sólo alcanzaron a lanzar la furibunda crítica de que la competencia no puede darse en ninguna parte sin un respaldo de la autoridad suprema del estado (Coquelin), y de que la fuerza que se necesitaba para garantizar la justicia y la seguridad *sólo* la puede imponer un «poder supremo» (Bastiat). Los dos se pusieron a hacer afirmaciones sin aportar argumentos, y prefirieron ignorar un hecho que, en otros contextos, conocían pero que muy bien: que, ni en el pasado ni en el presente (ni que decir tiene en el futuro...), este «poder supremo» había resultado ser una garantía fiable de la propiedad privada.

De todos los libertarios reunidos, sólo Charles Dunoyer se dignó tratar de refutar el argumento de Molinari. Lamentó que Molinari se hubiese dejado llevar por las «ilusiones de la lógica», y defendió que la «competencia entre las compañías estatales es quimérica, porque conduce a enfrentamientos violentos». Aparte de ignorar los enfrentamientos *verdaderamente* violentos que siempre se han producido *entre estados* en el seno de la «anarquía internacional» existente, Dunoyer no lidió con los incentivos reales que, en un mundo anarco-capitalista, tendrían las compañías de defensa para establecer acuerdos, contratos y arbitrajes.[20] Por el contrario, Dunoyer propuso basarse en la competencia entre los partidos políticos *dentro* del sistema representativo, lo cual, desde un punto de vista libertario, anti-estatista, no era en absoluto una solución satisfactoria para el problema del conflicto social. Dunoyer también expresó la opinión de que era más prudente dejar la fuerza en manos del estado, «donde la civilización la ha puesto» —¡esto lo decía uno de los grandes creadores de la teoría del estado basada en la conquista!

---

[19] Véase la traducción completa de la undécima *soirée* en «Appendix», David M. Hart, «Gustave de Molinari and the Anti-statist Liberal Tradition, Part III», *The Journal of Libertarian Studies*, VI (Invierno de 1982), pp. 88-102.

[20] Véase Murray N. Rothbard, *For a New Liberty: the Libertarian Manifesto* (1973), ed. rev., Nueva York: Libertarian Review Foundation, 1985). Para un tratamiento profundo de Molinari y del concepto de la privatización total de la protección frente al crimen, véase Bruce L. Benson, «Guns for Protection and Other Private Sector Responses to the Fear of Rising Crime», en D. Kates (ed.), *Firearms and Violence: Issues of Public Policy* (San Francisco: Pacific Institute for Public Policy Research, 1984), pp. 346-56. Véase también Benson, *The Enterprise of Law* (San Francisco: Pacific Institute, 1990).

Por desgracia, quitando estos pocos comentarios, los economistas libertarios reunidos no tuvieron en cuenta la tesis de Molinari, dedicándose a criticarle, más que nada, por ir demasiado lejos en el ataque a todo uso que el estado pudiese hacer del poder de dominio eminente (derecho de expropiación).[21]

Resulta especialmente interesante el tratamiento que el inconformista Molinari recibió de los economistas libertarios franceses del *laissez-faire*. Aunque él siguió insistiendo durante muchas décadas en la defensa de sus puntos de vista anarco-capitalistas o de libre mercado en relación con la protección (por ejemplo, en *Les Lois Naturelles de l'Économie Politique*, 1887), no por ello le trataron como a un paria. Al contrario, le consideraron como lo que realmente era: la culminación lógica de sus propias ideas de *laissez-faire*, algo que ellos respetaban aunque no pudieran compartir plenamente. En 1881, con ocasión de la muerte de Joseph Garnier, Molinari pasó a ser el editor del *Journal des Économistes*, puesto que ocuparía hasta su nonagésimo aniversario, en 1909.[22] Molinari sólo daría marcha atrás en sus ideas anarquistas en sus últimas obras, empezando por su *Esquise de l'organisation politique et économique de société future* (1899). En ella, retrocedió a la idea de una sola compañía monopolista de defensa y protección, servicio que el estado central contrataría a una única sociedad privada.[23]

El tratamiento que recibió de sus colegas puede verse en una nota a pie de página de Joseph Garnier, el editor del *Journal*, con ocasión de su presentación del primer artículo revolucionario de Molinari de 1849. Ganier comentó que:

> Aunque este artículo pueda parecer utópico en sus conclusiones, creemos, no obstante, que debemos publicarlo a fin de llamar la atención de economistas y

[21] Para el debate en relación con la tesis de Molinari, véase el *Journal des Économistes*, XXIV (15 de octubre de 1849), pp. 315-6. Para una mayor información sobre el mismo, véase Murray N. Rothbard, «Preface», Molinari, *op. cit.* nota 18, pp. i-iii.

[22] En la década de 1850, Molinari vivió en Bélgica. Regresó a ese país con ocasión del *coup d'état* de Luis Napoleón de diciembre de 1851, hecho que precipitaría el despotismo de Bonaparte en Francia. Con el apoyo de su amigo Charles Brouckère se le nombró profesor de economía política del Real Museo Belga de Industria de Bruselas y del Instituto Superior de Comercio de Amberes. Sus lecciones del museo sirvieron de base para la redacción de su obra teórica más importante, su *Cours d'Économie Politique* (2 vols., París, 1863). Durante su periodo belga, Molinari siguió escribiendo artículos y reseñas para el *Journal des Économistes*, fundando también, en 1855, el *Économiste Belge*, una publicación más abiertamente radical que saldría a la luz durante 13 años. Molinari regresó a París en 1860, y, entre 1871 y 1876, fue editor jefe de la publicación defensora del *laissez-faire*, *Journal des Débats*.

[23] Por desgracia, este libro fue la única obra de Molinari que se tradujo al inglés, bajo el título de *The Society of Tomorrow* (Nueva York: G.P. Putman's Sons, 1904). Sobre la retirada de Molinari en sus últimos años, y para una exposición detallada de sus ideas en general, véase David M. Hart, «Gustave de Molinari and the Antistatist Liberal Tradition, Part II», *The Journal of Libertarian Studies*, V (Otoño de 1981), pp. 399-434.

> periodistas sobre una cuestión que hasta ahora se ha tomado muy poco en serio, y que, en nuestro tiempo, debería tratarse con mayor detalle. Hay tanta gente que exagera la naturaleza y prerrogativas del gobierno, que se ha hecho útil trazar con rigor los límites más allá de los cuales la intervención de la autoridad deja de ser protectora y beneficiosa, y se vuelve anárquica y tiránica.[24]

Cincuenta y cinco años después, con ocasión de la aparición de la primera traducción inglesa de la obra de Molinari, su colega octogenario, el jurista y economista del *laissez-faire*, Frédéric Passy (1822-1912), rendiría un conmovedor homenaje a su viejo amigo y colega. Se refirió a su «estima y admiración del carácter y talento» del hombre «que es el decano de nuestros... economistas liberales —aquellos hombres con quienes, ¡ay!, aunque sean pocos, he tenido la dicha de convivir durante más de medio siglo». A continuación afirmaba que esos principios liberales habían sido proclamados por Cobden, Gladstone y Bright en Inglaterra, y por Turgot, Say, Chevalier y Bastiat en Francia. «Y cada año que pasa me reafirmo en mi convicción de que, de no ser por estos principios, las sociedades del mundo actual carecerían de riqueza, de paz, de grandeza material o de dignidad moral». Molinari, añadía Passy, «ha conservado estos principios desde su juventud», desde su *Soirée de la Rue St. Lazare* del tiempo de la Revolución de 1848, pasando por sus lecciones y escritos, hasta su dirección del *Journal des Économistes*, «la importante Revista de la que es editor jefe», y que «mes a mes los repite renovados». Y, por último, en relación con sus libros: «cada año, por así decirlo, aparece un libro más, que se distingue tanto por la claridad de conocimientos como por un estilo literario admirable, para dar fe de la constancia de sus convicciones no menos que del vigor no menguado de sus ideas y de la serenidad viril de su juvenil avanzada edad».[25]

14.5 Vilfredo Pareto, un seguidor pesimista de Molinari

Una persona importante que rara vez se asocia con la escuela Bastiat-Ferrara del *laissez-faire* fue el eminente sociólogo y teórico económico, Vilfredo Federico Damaso Pareto (1848-1923). Pareto nació en París en el seno de una noble familia genovesa. Su padre, el marqués Raffaelle Pareto, ingeniero hidráulico, había huido de Italia por su condición de republicano y por apoyar a Mazzini.

---

[24] Molinari, *op. cit.* nota 18, p. 1-2.

[25] Frédéric Passy, «Prefatory Letter», en Molinari, *op. cit.* nota 23, pp. xxviii-xxix. Passy, que también fue un autor prolífico de obras sobre economía, llegó a ser en cierto momento presidente de la Société d'Économie Politique, así como miembro de la Cámara de Diputados francesa, 1881-88. Fue co-fundador, en 1867, de la Liga Internacional para la Paz, y por su obra en defensa de la paz y del arbitraje internacional recibió el Premio Nobel de la Paz de 1901.

Pareto el viejo regresó a Italia a mediados de la década de 1850 y alcanzó una posición elevada dentro de la administración pública. Pareto el joven estudió en el Politécnico de Turín, donde alcanzó el grado de ingeniero en 1869; su tesis de graduación versó sobre el principio fundamental del equilibrio en los cuerpos sólidos. Como veremos en un próximo volumen, su tesis le llevó a la idea de que el equilibrio de la mecánica constituye el paradigma adecuado de la investigación en economía y ciencias sociales.[26] Tras su graduación, Pareto paso a ser uno de los directores de la sucursal florentina de la Compañía de Ferrocarriles de Roma, y en unos años ascendió al puesto de director gerente de una compañía florentina que manufacturaba hierro y productos de hierro.

Poco después, Pareto se puso a escribir intensamente sobre temas políticos, adoptando una decidida posición favorable al *laissez-faire* y en contra de todas las formas de intervención estatal, defendiendo la libertad personal y económica, y atacando las subvenciones y los privilegios plutocráticos de los negocios con igual fervor que sus denuncias de la legislación social o de las formas socialistas de intervención. Fue uno de los fundadores de la Sociedad Adam Smith de Italia, y, a principios de la década de 1880, se presentó en dos ocasiones a las elecciones al Parlamento, saliendo elegido en ambas.

Molinari, que influyó mucho en él, tuvo noticia de los escritos de Pareto en 1887. Fue entonces cuando el primero invitó a éste a que presentase artículos al *Journal des Économistes*. Pareto conoció a los liberales franceses y entabló amistad con Yves Guyot, el futuro sucesor de Molinari como editor del *Journal*, y quien habría de escribir su nota necrológica en 1912. Poco después de entrar en contacto con Molinari, la madre de Pareto falleció; fue entonces cuando pudo abandonar su puesto como industrial, desempeñar tareas de técnico asesor, casarse y retirarse, en 1890, a su villa para dedicar el resto de su vida a escribir, al estudio y a las ciencias sociales. Liberado de sus deberes económicos, se entregó de lleno a lanzar una campaña en solitario contra el estado y el estatismo, entablando una estrecha amistad con el economista marginalista neoclásico del *laissez-faire*, Maffeo Pantaleoni (1857-1924), que fue quien le inició en la teoría económica técnica. Tras haberse convertido, bajo la tutoría de Pantaleoni, en un walrasiano, Pareto sucedió al propio Léon Walras como profesor de economía política de la Universidad de Lausana. Allí permaneció, enseñando también sociología, hasta 1907, año en que enfermó y se retiró a una villa junto al Lago de Ginebra, donde proseguiría estudiando y escribiendo hasta el día su muerte.

[26] El papel de Pareto en el desarrollo de la neoclásica teoría matemática del equilibrio general se tratará en un volumen posterior; la sección que nos ocupa contempla su economía política. De todas formas, sobre la controversia Pareto-Croce en relación con la alternativa entre positivismo y praxeología como métodos de la economía, véase M. Rothbard, *Individualism and the Philosophy of the Social Sciences* (San Francisco: Cato Institute, 1979), pp. 54-6.

Su deslizamiento hacia la teoría técnica neoclásica no rebajó un ápice su lucha a favor de la libertad y contra todas las formas de estatismo, incluido el militarismo. Nos podemos hacer una idea de su incisivo liberalismo de *laissez-faire* a partir de su artículo sobre «Socialismo y libertad» publicado en 1891:

> Así, podemos agrupar a socialistas y proteccionistas bajo el nombre de *restriccionistas*, mientras que a los que desean basar la distribución únicamente en la libre competencia se les puede llamar *liberacionistas*...
>
> Los *restriccionistas* se dividen en dos tipos: los socialistas, que son los que desean modificar, mediante la intervención del estado, la distribución de la riqueza a favor de los menos ricos; y el resto, que, aunque a veces no sean plenamente conscientes de lo que hacen, favorecen a los ricos —éstos son los que apoyan el proteccionismo comercial y una organización social militarista. A Spencer debemos la demostración de la estrecha analogía existente entre estos dos tipos de proteccionismo. Esta similitud entre proteccionismo y socialismo la entendieron muy bien los liberales ingleses de la escuela de Cobden y los de la de John Bright, y quedó clarificada en los escritos de Bastiat.[27]

Por otro lado, los escritos de Pareto se hallan jalonados de citas agradecidas y, con frecuencia, extensas de Molinari. Así, en el mismo artículo «Socialismo y libertad», Pareto elogia a Molinari por proponer un sistema único y atrevido que «discurre hacia la conquista de la libertad, empleando todo el conocimiento que ofrece la ciencia moderna».

En su «Introducción al *Capital* de Marx», incluida en un libro sobre el marxismo (*Marxisme et économie pure*, 1893), Pareto muestra una clara influencia del concepto libertario francés, compartido por Dunoyer y Comte, centrado en la idea de «clase dominante» como cualquier grupo que controla el estado. El capítulo concluía con una extensa cita admirativa tomada de Molinari, que fue quien puso en práctica esta doctrina libertaria de clases. Pareto finalizaba la cita con la frase: «En todas partes las clases dominantes tienen un único pensamiento —sus propios intereses egoístas— y utilizan el gobierno para satisfacerlos.»[28]

El primer gran tratado de economía de Pareto, el *Cours d'Économie Politique* (1896), estuvo muy influido por Molinari y por Herbert Spencer. En toda organización política, observa, existe una minoría dominante que explota a la mayoría dominada. Considera los aranceles como un ejemplo del expolio, el saqueo y el robo legales. No cabe ninguna duda de que su objetivo era erradicar ese saqueo legal. Como pone de manifiesto Placido Bucolo, Pareto *no* adoptó en su *Cours*, como reivindican algunos analistas, una visión marxiana de la lucha de clases. Todo lo contrario, adoptó la doctrina de clases libertaria francesa. Así, en el *Cours* nos dice que:

---

[27] En P. Bucolo (ed.), *The Other Pareto* (Londres: Scolar Press, 1980), p. 44.

[28] Tomada de *Précis d'économie politique et de la moral* (1893) de Molinari, Bucolo, *op. cit.* nota 27, p. 68.

> la lucha de clases siempre adquiere dos formas. Una consiste en la competencia económica, que, cuando es libre, produce la máxima ofelimidad [utilidad]... [Porque] cada clase, lo mismo que cada individuo, aun cuando sólo actúe en su propio provecho, es, de un modo indirecto, útil a las demás... La otra forma de lucha de clases es aquella merced a la cual cada clase hace todo lo que puede para hacerse con el poder y para convertirlo en un instrumento para saquear a las demás.[29]

Durante buena parte del siglo XIX, el liberalismo del *laissez-faire* había sido un genuino movimiento de masas: sin duda alguna por lo que respecta a los Estados Unidos y a Gran Bretaña, y, en parte, por lo que toca a Francia, Italia, Alemania y a toda Europa occidental. En la segunda mitad del siglo, liberales clásicos como Pareto y Spencer consideraron casi siempre que la amenaza que suponía la idea socialista para la libertad era menor que el sistema existente del estatismo militarista y belicista dominado por hombres de negocios y terratenientes, el sistema que Pareto denominaría gráfica y despectivamente «pluto-democracia». Con el cambio de siglo, no obstante, los liberales del *laissez-faire* empezaron a ver claro que las masas habían quedado cautivadas por el socialismo, y que éste representaría una amenaza para la libertad mucho mayor que el sistema neomercantilista y pluto-democrático precedente.

La mayor parte del siglo XIX, los liberales del *laissez-faire* de toda Europa habían sido gloriosamente optimistas. Era evidente que la libertad aportaba el sistema más racional, más próspero, el sistema más en consonancia con la naturaleza humana, el sistema que favorece la armonía y la paz de todos los pueblos y naciones. Sin duda, el tránsito secular del estatismo hacia la libertad, del «estado al contrato» y de «lo militar a lo industrial» que había dado lugar a la Revolución Industrial y a una mejora inmensa de la raza humana, estaba destinado a prolongarse y extenderse, siempre adelante, siempre hacia arriba. Por supuesto, la libertad y el mercado mundial estaban abocados a extenderse, y el estado a atrofiarse gradualmente.

Sin embargo, el regreso, primero, del estatismo económico agresivo en la década 1870, seguido de un apoyo de las masas cada vez mayor al socialismo en la de 1890, interrumpieron abruptamente el arraigado optimismo de los liberales del *laissez-faire*. Los pensadores del *laissez-faire* vieron que el siglo XX traería las sombras de la noche, y que pondría fin a la gran civilización —el reino del progreso y de la libertad— producto del liberalismo del siglo XIX. Como era de esperar, el pesimismo y la desesperanza comenzaron a apoderarse de ese linaje en lento proceso de extinción que era el de los liberales del *laissez-faire*. Ellos vaticinaron el aumento universal del estatismo, de la tiranía, del colectivismo, de las guerras masivas y el declive social y económico.

[29] Citado en *ibid*., p. 144.

Ante esta tendencia trascendental y fatídica, cada uno de los viejos liberales del *laissez-faire* reaccionó a su manera. Spencer siguió luchando hasta el final y, frente al estatismo económico que antes había combatido, insistió más en lo que él consideraba que era la amenaza principal del socialismo. Pareto cambió radicalmente de posición, adoptando un amargo cinismo. El mundo, concluía ante el declive inexorable de las ideas y movimientos libertarios, no lo gobierna la razón sino la irracionalidad, de modo que lo que ahora tocaba era analizar y hacer una relación de esas irracionalidades. Así, Pareto comenta en un artículo de 1901 que el socialismo y el nacionalismo-imperialismo están aumentando por toda Europa, y que, entre los dos, están echando por tierra el liberalismo clásico: «el partido liberal está desapareciendo de toda Europa, lo mismo que los partidos moderados... Los extremistas se hallan cara a cara: de un lado, el socialismo, la gran religión en ascenso de nuestro tiempo; de otro, las viejas religiones, el nacionalismo y el imperialismo.»[30]

Ante la frustración de sus esperanzas y el amenazador infierno estatista del siglo XX, Vilfredo Pareto, en palabras de su perspicaz biógrafo S.E. Finer, decidió «retirarse a Galápogos», una isla remota que, en el argot del tiempo de Pareto, le sirvió de metáfora y como punto estratégico para llevar a cabo un análisis y crítica completamente detallados de la amenazadora locura que se avecinaba en torno suyo.[31] El último empujón que recibió Pareto en su viaje hacia «Galápogos» tuvo lugar en 1902, cuando el Partido Socialista Italiano abandonó su oposición a la política proteccionista del gobierno estatista «burgués». ¡Los dos enemigos eternos del liberalismo del *laissez-faire* habían unido ahora sus fuerzas! A partir de entonces, el repliegue de Pareto hacia una amargura olímpica, distante y aristocrática fue completo.[32]

El primer libro de Pareto en el que se hace dominante la nueva posición pesimista es *Les Systèmes Socialistes* (2 vols., 1901-2). De todas formas, esta nueva postura distante no significa en absoluto que él hubiese abandonado sus ideales libertarios o su método de análisis social. Finer, de hecho, dice que Molinari fue «un hombre a quien admiró [Pareto] hasta el día de su muerte».[33] Así, Pareto escribe con amargura sobre cuánto más fácil y, por consiguiente, atractivo resulta en la sociedad robar a través del gobierno que trabajar intensamente para adquirir riqueza. En un pasaje mordaz que anticipó a teóricos libertarios del siglo XX como Franz Oppenheimer y Albert Jay Nock escribió:

[30] *Ibid*., p. 141.

[31] Véase el iluminador artículo de S.E. Finer, «Pareto and Pluto-Democracy: the Retreat to Galapogos», *American Political Science Review*, 62 (1968), pp. 440-50. Aún más importante es la introducción de Finer a los *Sociological Writings* de Vilfredo Pareto (ed. S.E. Finer, Londres: Pall Mall Press, 1966).

[32] Véase Bucolo, *op. cit.* nota 27, p. 166.

[33] Finer, en Pareto, *op. cit.* nota 31, p. 18.

> Es frecuente que los movimientos sociales sigan la línea de la menor resistencia. Mientras que la producción directa de los bienes económicos resulta con frecuencia muy trabajosa, tomar posesión de los bienes que producen otros es muy fácil. Esta facilidad se ha incrementado *a partir del momento en que la confiscación ha sido posible por ley y ha dejado de ser contraria a ella* [cursivo de Pareto]. Para ahorrar, un hombre debe poseer cierto control de sí mismo. Cultivar el campo para producir grano requiere trabajo duro. Esperar en el lindero del bosque para atracar a quien pase por allí resulta peligroso. Por otro lado, ir a votar es mucho más fácil, y si hacerlo permite que todos los inadaptados, inútiles y holgazanes obtengan comida y alojamiento, éstos se apresurarán a hacerlo.[34]

Por desgracia, Pareto defendió una metodología positivista acorde con su confianza en el modelo de la física y la matemática. Sin embargo, esto se vio más que compensado por suministrarnos la anécdota imborrable de una defensa brillante de la ley económica natural frente a los «anti-economistas» de la escuela histórica alemana. Una anécdota que a Ludwig von Mises le gustaba relatar en su seminario:

> En cierta ocasión, durante un discurso que estaba pronunciando en un congreso estadístico en Berna, Pareto se refirió a las «leyes económicas naturales», ante lo cual, [Gustav] Schmoller, que estaba presente, dijo que eso no existía. Pareto no dijo nada, sólo sonrió e hizo una reverencia a Schmoller. Más tarde, le preguntó a éste a través de una de las personas que estaban junto a él si estaba familiarizado con Berna. Como le respondiera que sí, Pareto le volvió a preguntar si conocía de alguna posada en la que uno pudiese comer gratis. Se dice que el elegante Schmoller lanzó una mirada entre compasiva y desdeñosa al modestamente vestido Pareto —aunque se sabía que tenía dinero— y que respondió que había una buena cantidad de restaurantes baratos, pero que uno tenía que pagar algo en todas partes. Ante lo cual, Pareto dijo: ¡De modo que *hay* leyes naturales de la economía política![35]

14.6 Un converso académico alemán: Karl Heinrich Rau

Mientras John Prince Smith y sus colegas combatían con arrojo por el *laissez-faire* en el ámbito de los negocios y de la opinión pública, la causa iba ganándose al más destacado economista académico de Alemania, un converso con mucha influencia. Karl Heinrich Rau (1792-1870) fue el economista académico más importante de Alemania de la primera mitad del siglo XIX y, quizá, hasta el día de su muerte, acaecida en 1870. Rau nació en Erlangen, una ciudad protestante del norte de Baviera, hijo de un pastor luterano y profesor de teología en la universidad de dicha localidad. Graduado en Erlangen en 1812,

---

[34] Bucolo, *op. cit.* nota 27, pp. 149-50.

[35] Theo Suranyi-Unger, *Economics in Twentieth Century* (Nueva York: W.W. Norton, 1931), p. 128.

impartió clases en la escuela secundaria, y en 1818 pasó a ser profesor de economía política de la Universidad de Giessen. Cuatro años más tarde, lo fue de la Universidad de Heilderberg, puesto que retuvo hasta su muerte, cerca de medio siglo después. Además de ser un profesor muy querido e influyente, Rau desempeñó un papel activo en el gobierno de Baden, contribuyendo, de hecho, a ordenar el panorama del funcionariado de Baden durante 50 años.

Aparte de ser durante mucho tiempo asesor del gobierno de Baden, Rau trabajó también como consejero de la corte con ocasión de su ascenso a la cátedra de Heilderberg, y, en 1845, como consejero privado en Baden. En diversas ocasiones trabajó para la Dieta de Baden, y en 1848 fue elegido miembro del Parlamento de Francfort.

Formado en el seno del cameralismo alemán, en las dos primeras décadas de su dilatada carrera sus puntos de vista fueron moderados y contemporizadores, tratando de compensar el sistema smithiano de libertad natural con el cameralismo, la teoría deductiva con un compendio de hechos y estadísticas. Moderado cauto, mostró recelo a la hora de abolir los gremios, y defendió, frente a Smith, una visión organicista del estado.

Con el tiempo, Rau fue abandonando paulatinamente su estatismo, pasándose al liberalismo del *laissez-faire*. Su conversión gradual, aunque rápida, se inició a principios de la década de 1820; en 1819-20, tradujo los seis volúmenes de un tratado del smithiano moderado Heinrich Friedrich von Storch, un alemán del Báltico que enseñaba en Rusia y escribía en francés. La traducción alemana del *Cours d'économie politique* de Storch se publicó en tres volúmenes.

No obstante, cabe destacar la importancia de los varios volúmenes que conforman su manual sobre economía, el *Lehrbuch der politischen Ökonomie*. El primer volumen de esta obra se publicó en 1826 y el segundo en 1828. El *Lehrbuch* pronto se convirtió en el texto de economía estándar de Alemania; de él se hicieron ocho ediciones en vida de Rau, y una novena del Volumen I, aparecida seis años después de su muerte. Es más, el *Leherbuch* de Rau se tradujo a ¡no menos de ocho lenguas![36]

Las ideas cada vez más liberales de Rau se vieron reflejadas en las sucesivas ediciones del *Lehrbuch*. Y, aún más, en las páginas de la publicación económica que él mismo fundara en 1835, el *Archiv der politischen Ökonomie und Polizeiwissenschaft*.

---

[36] Para ser más precisos, en vida de Rau aparecieron ocho ediciones del Volumen I (sobre cuestiones teóricas), cinco del Volumen II (sobre política económica) y cinco del Volumen III (sobre finanzas públicas), iniciándose la publicación en 1832. Una sexta edición póstuma del Volumen III fue revisada por un antiguo alumno y paisano de Rau, el Profesor Adolph Wagner. Fue éste también quien re-escribió y publicó en 1876 la novena edición del Volumen I. Véase Keith Tribe, *Governing Economy: The Reformation of German Economic Discourse 1750-1840* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), pp. 183 y 183n.

La culminación de la conversión de Karl Rau al *laissez-faire* coincidió con el momento de mayor expansión de la opinión libertaria en Europa, en los años en torno a 1847. En su discurso dirigido a la comunidad universitaria de Heilderberg en noviembre de 1847, Rau denunció la intervención del estado como una creación siempre creciente de privilegios especiales que ayudan a grupos con intereses egoístas; así, pues, la intervención estatal sólo puede beneficiar a una persona o grupo a costa de otro. Además, en lugar de sanar los problemas sociales, crea por sí misma otros muchos. En su discurso, Rau advertía del peligro que corrían las libertades por los controles y la planificación estatales, y, en particular, de la extensión de las «fantasías» socialistas y comunistas; sin propiedad y sin iniciativa privada sólo la fuerza podría hacer que la gente trabajase.[37]

14.7 Un disidente escocés: Henry Dunning Macleod

Henry Dunning Macleod (1821-1902) fue un disidente escocés profuso y prolífico que, en medio del monolito milliano que dominó Gran Bretaña desde 1848, jamás fue reconocido por los economistas o académicos británicos.[38] Hijo de un terrateniente escocés, Macleod nació en Edimburgo y estudió matemáticas en el Trinity College de Cambridge, graduándose en 1843. Se hizo jurista y fue admitido en la abogacía seis años después. Dos años más tarde escribió un informe sobre la administración de la ayuda a los pobres en diversas parroquias escocesas, y fundó la primera organización jurídica de pobres de Escocia. En 1854 se le nombró director del Real Banco Británico, hecho que despertó en él una fascinación por la economía, y, principalmente, por las cuestiones monetarias y bancarias, que ya no le abandonaría.

Escribió con profusión sobre temas monetarios, y una de sus obras, de la que se hicieron cinco ediciones, *Theory and Practice of Banking* (1855), llegó a tener mucha influencia. Macleod adoptó una posición firme favorable al patrón oro y a la banca libre, aunque, por desgracia, también hizo suya la apología de la banca inflacionaria y de la reserva parcial propia de la escuela bancaria. Macleod introdujo en la economía el término «ley de Gresham», y aportó un análisis importante sobre cómo actúa el crédito de reserva parcial bancaria, en concreto, sobre el modo en que los préstamos bancarios *crean* depósitos

---

[37] Véase Donald G. Rohr, *The Origins of Social Liberalism in Germany* (Chicago: University of Chicago Press, 1963), pp. 78-84. Véase también H.C. Recktenwald, «Rau, Karl Heinrich», *The New Palgrave*, cit. nota 9, IV, p. 96.

[38] Esto puede decirse también del tratamiento actual de los estudiosos británicos; como prueba, el continuo desprecio que inunda el artículo de Murray Milgate y Alastair Levy, «Henry Dunning Macleod», *The New Palgrave*, cit. nota 9, III, pp. 268-9.

que luego operan en el mercado igual que los billetes, esto es, como sustitutos del dinero.

Si Macleod hubiese ceñido su obra económica al dinero y a la banca, podría haberse granjeado un respeto considerable de los economistas británicos; aunque se distanciaba de la corriente principal en su defensa de la banca libre, sus opiniones favorables al patrón oro y contrarias al bimetalismo, así como su orientación en la línea de la escuela bancaria, se acercaban lo suficiente a la ortodoxia imperante como para que fuese aclamado como merecía.[39] Sin embargo, el hecho de que se opusiese con rotundidad a la teoría británica del valor-trabajo y al concepto material de riqueza de Smith-Ricardo-Mill, hizo que en Gran Bretaña se levantase un muro de oposición contra él. Como consecuencia, Macleod jamás llegaría a materializar su sueño de ser profesor.

Inspirado por el arzobispo Whately, Macleod retrocedió hasta finales del siglo XVIII y descubrió al abate de Condillac, a quien proclamó, frente a la teoría del trabajo y a la doctrina materialista de Adam Smith, como el verdadero fundador de la economía. Abrazando con entusiasmo el concepto de «cataláctica» como el método genuino de la economía, Macleod afirmó que Condillac había sido el fundador de este enfoque al haber considerado aquélla como la ciencia de los intercambios, no de la «riqueza». Al igual que los economistas italianos del siglo XVIII, observaba Macleod, Condillac «sitúa el origen y la fuente del valor en la mente humana, y no en el trabajo, que es lo que arruina la economía inglesa». Además, Condillac estuvo en lo cierto al considerar que el valor de cambio se deriva del valor que los consumidores confieren a los bienes, de modo que el valor y la demanda tienen su origen en los deseos de aquéllos. Frente a Smith y Ricardo, que creían que el trabajo de los productores es lo que confiere valor a los productos, «El valor no tiene su origen en el trabajo del productor, sino en el deseo del consumidor».[40]

Puesto que el valor proviene de la valoración subjetiva de los consumidores, decía Macleod, se sigue que los hombres realizan el intercambio precisamente en razón de que la ganancia de cada uno es mayor que aquello de lo que se desprende; de no ser así, no se hubiese embarcado en el intercambio. De ahí que, recordando a los teóricos escolásticos y continentales, de Jean Buridan en adelante, en todo intercambio las dos partes salgan ganando en valor. En un espíritu proto-austriaco, Macleod decía a continuación que los precios de mercado *anticipados* son los que determinan los costes, y no al revés:

[39] Para una consideración positiva de Macleod por parte de un teórico moderno francés pro-patrón oro de la escuela bancaria, véase Charles Rist, *History of Monetary and Credit Theory* (1940, Nueva York; A. M. Kelley, 1966), pp. 73, 102, 203, 205, 261.

[40] Salerno, *op. cit.* nota 9, pp. 130-1. Véase también Murray M. Rothbard, «Catallactics», *New Palgrave*, cit. nota 9, II, p. 377.

> Una verdad indiscutible es que las cosas no son valiosas porque se produzcan con gran gasto, sino que la gente gasta mucho dinero en la producción porque espera que otros paguen un precio elevado para obtenerlas... Los compradores no pagan precios altos porque los vendedores se hayan gastado mucho dinero en la producción, sino que los vendedores se gastan mucho dinero en la producción porque confían encontrar compradores que paguen más.[41]

Como si no hubiese mortificado ya lo bastante a la corriente principal de la economía de los siglos XIX y XX, Henry D. Macleod remató sus crímenes elogiando al gran libertario y catalácico Frédéric Bastiat, a quien saludó como «el genio más brillante que jamás adornara la ciencia de la Economía». Bastiat, decía, «arrancó de raíz esas falacias perniciosas que son la Economía de Adam Smith y de Ricardo... Lo único que hizo fue clarificar el tremendo caos y confusión, la masa de contradicciones de Adam Smith...».[42]

En su revolucionaria obra de 1871, introductora en Inglaterra del marginalismo y, como poco, de una posición semi-austriaca, W. Stanley Jevons lanzó un grito sincero contra la «nociva influencia» de la sofocante ascendencia de John Stuart Mill sobre la economía inglesa. En su ansia permanente por descubrir y redescubrir precursores olvidados, Jevons elogió a Bastiat y Macleod, lo mismo que a Senior, Cairnes y otros. Por desgracia, y como evidencia el tratamiento de que es objeto en *New Palgrave*, la reputación de Macleod necesita ser restaurada de nuevo.[43]

14.8 La plutología: Hearn y Donisthorpe

Otro precursor y contemporáneo alabado por el revolucionario marginalista Stanley Jevons fue el economista irlandés-australiano William Edward Hearn (1826-88). Nacido en el condado de Cavan, Irlanda, Hearn fue uno de los últimos alumnos de los economistas whatelyanos del Trinity College de Dublín, donde ingresó en 1842 y se graduó cuatro años más tarde. Allí aprendió una economía muy distinta de la de la escuela milliana británica, una economía empapada de la teoría de la utilidad subjetiva y con un enfoque cataláctico del intercambio. Primer profesor de griego del recién creado Queen's College de Galway, Irlanda, a los 23 años, Hearn recibió cinco años más tarde, en 1854, el nombramiento de profesor de historia moderna, lógica y economía política

[41] Salerno, *op. cit.* nota 9, p. 131. Véase Henry Dunning Macleod, *The Elements of Political Economy* (Londres: Longman, Brown, 1857), pp. 98-100, 111, 127. Véase también Macleod, *The History of Economics* (Nueva York: G.P. Putnam's, 1896); e *idem.*, *A Dictionary of Political Economy*, Vol. I (Londres, 1863).

[42] Salerno, *op. cit.* nota 9, p. 132.

[43] W. Stanley Jevons, *The Theory of Political Economy* (Baltimore: Penguin Books, 1970), pp. 57, 261. Véase también Israel M. Kirzner, *The Economic Point of View* (Nueva York: D. Van Nostrand, 1960), pp. 73, 202-3.

así como el de profesor visitante de lenguas clásicas de la nueva Universidad de Melbourne, Australia. En un país, por otro lado, vacío de economistas, Hearn encontró pocos alicientes para seguir los estudios de economía; llegó a ser decano de la facultad de derecho y rector de la universidad. La mayor parte de sus investigaciones versaron sobre materias tan dispares como la situación de Irlanda, el gobierno de Inglaterra, sobre teoría de los derechos y deberes legales y un estudio sobre la familia Aryan, cuestiones sobre las que publicó sendos libros que aparecieron en Londres y Melbourne. Hearn trabajó también como miembro del consejo legislativo del estado de Victoria y como director de la Victoria House.

En su nido australiano, Hearn sólo escribió un libro de economía, pero éste llegó a tener mucha influencia en Inglaterra. *Plutology, or the Theory of the Efforts to Satisfy Human Wants* se publicó en Melbourne en 1863 y fue reimpreso en Londres el año siguiente.[44] El término de «plutología» lo tomó Hearn del economista francés del *laissez-faire* J.G. Courcelle-Seneuil (1813-92), de su *Traité théorique et pratique d'économie politique* (1858), para referirse a una ciencia económica pura, a un análisis científico de la acción humana. En Hearn, en efecto, hay indicios de que perseguía una ciencia general de la acción humana que superara incluso los límites de la cataláctica, o del intercambio.[45]

La *Plutology* de Hearn tomó como modelo a Bastiat. Como éste, aportó una *Harmonielehre*, demostrando la «regla infalible» de que la persecución del interés privado produce en el mercado una corriente de servicios según el «orden de su importancia social». Al igual que Bastiat, Hearn comenzó por un capítulo sobre las necesidades humanas, cuya satisfacción constituye el centro del sistema económico. Las necesidades humanas, apuntaba, se hallan ordenadas de modo jerárquico, satisfaciéndose primero las más intensas, y disminuyendo el valor de cada una a medida que aumenta la oferta de bienes que la colman. En suma, Hearn se acercó bastante a una teoría completa de la utilidad marginal decreciente. Puesto que en todo intercambio cada parte saca provecho de la transacción, esto quiere decir que lo que cada persona gana es más que lo que pierde; de modo que en todo intercambio se da una desigualdad de valor y una ganancia mutua.

---

[44] J.A. LaNauze dice de la obra de Hearn que «Comenzar un tratado con un capítulo sobre las necesidades humanas y hacer de la satisfacción de éstas el tema central constituyó toda una novedad dentro de la economía política inglesa... Sin embargo, su innovación sólo es tal en el seno de la literatura inglesa. La prioridad que Hearn atribuye a las necesidades no es más que una idea tomada de sus lecturas de obras francesas. Algunos pasajes de su capítulo son prácticamente transcripción literal de las *Harmonies* de Bastiat, y su subtítulo recuerda la repetida frase de éste, '¡Necesidades, Esfuerzos, Satisfacciones!'» J.A. LaNauze, *Political economy in Australia* (Carlton, Australia: Melbourne University Press, 1949), pp. 56-8. Véase también el tratamiento que Salerno hace de Hearn, *op. cit.* nota 9, pp. 125-9.

[45] Kirzner, *op. cit.* nota 43, pp. 202n7, 212n2.

El valor de todo bien, mostraba Hearn, está determinado por la interacción entre su utilidad y su grado de escasez. Así, la oferta y la demanda interactúan para determinar el precio, al tiempo que la competencia tiende a bajar los precios hasta el coste mínimo de producción de cada producto. De esta manera, la Providencia realiza, a través de la competencia y de la economía de libre mercado, un orden social beneficioso, una armonía natural.

Todas estas doctrinas anticiparon el advenimiento de la Escuela Austriaca de economía, y, en ellas, Hearn repitió y se apoyó en los mejores análisis de utilidad/escasez/armonía-beneficio mutuo de la economía continental. Su análisis de la empresa también anticipó la Escuela Austriaca, apoyándose, de igual forma, en Turgot y en diversos escritores franceses e ingleses del siglo XIX, incluido John Rae. El empresario contrata con los trabajadores y con el «capital» (esto es, los prestamistas) a un precio fijo, adquiere pleno derecho sobre la producción resultante, y luego asume los beneficios o las pérdidas que se contraen en la venta final al empresario particular en la siguiente fase de la producción.

Hearn mostró también que la acumulación de capital incrementa la cantidad de capital en relación con la oferta de trabajo, y que, por lo tanto, eleva la productividad del trabajo y los niveles de vida de la economía. Vio que el capital podía acumularse y que, en consecuencia, los niveles de vida de la economía podían incrementarse sin límite. Además, generalizó la ley de los rendimientos decrecientes, ampliándola de la tierra a todos los factores de producción, teniendo cuidado de dar por supuestos una determinada tecnología y determinados suministros de recursos naturales.

Defensor del librecambio, William Hearn demandó la desaparición de las trabas impuestas a los católicos en Gran Bretaña, la liberalización de la industria irlandesa de la lana, la abolición de las leyes de usura y la eliminación de todas las restricciones impuestas a las transacciones de la tierra. Oponiéndose a la intervención estatal, Hearn manifestó que la única función del gobierno es preservar el orden y hacer que se cumplan los contratos, dejando el resto de cuestiones al interés individual.

La *Plutology* de Hearn se utilizó en Australia como libro de texto durante seis décadas, hasta 1924; de hecho, fue el único libro de economía que se publicó en ese país antes de la década de 1920. Aunque el libro pasó inadvertido con ocasión de su publicación en Londres en 1864, al poco tiempo se ganó los elogios de diversos economistas, sobre todo de Jevons, quien la ensalzó como la mejor y más avanzada obra de economía hasta la fecha. Jevons incluyó muchas citas de *Plutology* en su pionera *Theory of Political Economy* (1871). Sin embargo, dejando a un lado estas citas, la obra de Hearn sólo contó con un único discípulo plutológico. El abogado y propietario de minas Wordsworth Donisthorpe (1847-?) publicó sus *Principles of Plutology* (Londres: Williams & Norgate, 1876), una obra que, por lo que parece, ningún libro de su tiempo ni

ninguna historia o estudio general del pensamiento económico mencionaría hasta la publicación del *New Palgrave* en 1987. Aunque no fuese una obra de suma importancia, las 206 páginas del libro de Donisthorpe no merecían, ciertamente, desaparecer sin dejar rastro.[46]

La mayor parte de *Principles of Plutology* se consagró a la metodología aclaratoria, a la discusión de definiciones, y a lanzar ataques contra el gran rival metodológico de la plutología, la «economía política». Sin embargo, en Donisthorpe, un escritor lúcido que deseaba forjar una ciencia económica que distinguiera claramente entre el análisis y la defensa de posiciones éticas y políticas, aún encontramos valiosos contenidos sustantivos. Tras definir la plutología como la investigación científica pura de la uniformidad o de las relaciones entre los valores, Donisthorpe señalaba a continuación que todos los valores son relativos; y que estos valores, incluido el del dinero, y frente a unidades fijas e invariables como los pesos, cambian continuamente y de un modo que no es predecible. Existen diferentes intensidades de necesidades y distintos grados de utilidad, y la interacción entre estas utilidades y la escasez relativa determina los valores.

De una manera proto-austriaca, Donisthorpe distinguió también entre bienes directa e indirectamente útiles, y mostró cómo los segundos poseen grados variables de lejanía respecto al nivel de los bienes que producen placer; en una palabra, Donisthorpe emprendió un análisis sofisticado de la estructura temporal de la producción. También llevó a cabo un análisis pionero de la influencia de los bienes sustitutivos y complementarios («co-elementos») sobre los valores. Aunque su tratamiento de las curvas de la demanda (esto es, tablas), de la oferta y del precio era interesante, aunque irremediablemente confuso (por ejemplo, negó que un aumento en el deseo que los consumidores tienen de un producto elevase la demanda de ese producto), presentó un anticipo muy claro de la idea que Philip Wicksteed expondría cuatro décadas más tarde en el sentido de que la retención de existencias de un producto por parte de los proveedores equivale a su «demanda mínima» de ese producto. Así, dice Donisthorpe:

> En primer lugar, los vendedores y los compradores no son dos clases, sino una... Rechazar cierto precio por un artículo es dar ese precio por el mismo. Un propietario que se niega a vender un caballo por cincuenta guineas da virtualmente cincuenta guineas por el caballo con la esperanza de poder obtener más por él otro día, o, si no, porque el caballo le proporciona una gratificación mayor que las cincuenta guineas. Los propietarios que no venden deben ser considerados como verdaderos compradores de sus bienes.[47]

---

[46] Williams & Norgate era una importante editorial de la época, la que publicó las obras de Herbert Spencer y la revista filosófica *Mind.* Esto no es sorprendente a la vista de la filosofía individualista libertaria común a Donisthorpe y Spencer.

[47] Wordsworth Donisthorpe, *Principles of Plutology* (Londres: Williams & Norgate, 1876),

Al igual que Hearn antes que él, quizá fuese su decepción ante la acogida que tuvo el libro lo que le hizo abandonar para siempre la teoría económica y la plutología, y consagrar las siguientes dos décadas a la lucha en defensa del liberalismo y del individualismo en derecho y en filosofía política.[48]

14.9 Bastiat y el *laisse-faire* en América

Los escritos de Frédéric Bastiat hallaron un clima propicio en los Estados Unidos, país de clara orientación *laissez-faire*. Esto fue particularmente cierto por lo que respecta al distinguido político y científico social Francis Lieber (1800-72), un joven investigador prusiano que había abandonado una Europa central poco hospitalaria con el nacionalismo alemán. En 1835, Lieber sucedió al jeffersoniano Thomas Cooper como profesor de economía política e historia en la Universidad de Carolina del Sur. Los dos volúmenes de su *Manual of Political Ethics* (1838-39) eran una defensa de los derechos absolutos de propiedad privada, así como de su corolario, el derecho al cambio libre de esa propiedad. «El hombre anhela —decía Lieber— ver su individualidad representada y reflejada en las realizaciones de sus esfuerzos, en la propiedad.» La propiedad, observaba, existió antes que la sociedad y que el estado, y la función del estado es defender de toda agresión los derechos de propiedad, el derecho ilimitado de cambio, las acumulaciones y las donaciones. El papel del poder judicial independiente, una institución creada en los Estados Unidos, era el de hacer de guardián de la propiedad privada mediante la aplicación del derecho civil, «un cuerpo de normas de acción surgido espontánea e independientemente de la acción directa legislativa o ejecutiva».

En 1856, Lieber accedió a la cátedra de historia y de ciencia política (antes cátedra de economía política e historia) de la Universidad Columbia, en la ciudad de Nueva York. En su discurso inaugural, Lieber hizo un canto de alabanza al librecambio, algo fundamental en la vida civilizada.

Por fortuna, Lieber enseñó economía política a partir del *Traité* de Say, y expresó su punto de vista de que la economía enseña la idea de ese «estado natural, sencillo e imperturbable de cosas en el que al hombre se le permite hacer uso de sus medios como mejor considere». Lieber se entregó de tal manera a la libertad de comercio que creía que llegaría el tiempo en que las naciones incluirían el librecambio en su carta de derechos fundamentales. Lieber fue precisamente quien escribió la introducción de la primera traducción in-

---

p. 132. Véase también Peter Newman, «Donithorpe, Wordsworth», *New Palgrave*, cit. nota 9, I, pp. 916-7.

[48] Sobre Donisthorpe como libertario, véase W.H. Greenleaf, *The British Political Tradition*, Vol. II, *The Ideological Heritage* (Londres: Methuen, 1983), pp. 277-80.

glesa de los *Sophisms of Political Economy* de Bastiat, publicada en 1848. Esa traducción había sido obra de una amiga de suya, Louisa Cheves McCord (1810-79), hija del antiguo director del Banco de los Estados Unidos, Langdon Cheves, y esposa del coronel David McCord, protegido de Thomas Cooper y banquero, hacendado, abogado y editor de periódicos de Carolina del Sur. Admiradora devota de Bastiat, Mrs McCord también escribió artículos contra el socialismo y el comunismo.

Pero los dos seguidores más destacados de Bastiat en los Estados Unidos fueron Francis Amasa Walker (1799-1875)[49] y su joven e íntimo amigo de Nueva Inglaterra, el Rev. Arthur Latham Perry (1830-1905). Amasa Walker era hijo de un herrero que prosperó rápidamente hasta convertirse en un floreciente fabricante de zapatos de Boston y en promotor de ferrocarriles. En un primer momento, dirigió su atención hacia el dinero y la banca, cuestiones en las que se mostró como un jacksoniano entusiasta. A pesar de ser director de banco, Walker aprobó el principio monetario, y defendió fervientemente una moneda de oro al 100 por 100, junto con la prohibición de que los billetes superasen el metálico de las cámaras de los bancos. Además, abogó por la eliminación gradual de la mayor parte de los billetes, principalmente los de bajo valor nominal. El crédito bancario, apuntaba, produce inflación y ciclos de auge-depresión cada vez que los bancos tienen que hacer frente a la salida de oro del país y se ven obligados a contraer el crédito y los billetes. También se percató de que los nuevos yacimientos de oro no tenían por qué crear crisis y pánico, ya que el oro podría hacer posible alcanzar en poco tiempo una moneda 100 por 100 metálica.

Amasa Walker se retiró de la actividad industrial en 1840, a la edad de 41 años, y a partir de entonces se dedicó a la economía y a la actividad política. Impartió lecciones de economía en Oberlin y Amherst, y, entre 1853 y 1860, fue examinador de economía política en Harvard. Escribió unos cuantos ensayos para el órgano de expresión de las finanzas de Nueva York, *Merchant's Magazine*, y en 1857 publicó un libro sobre el dinero y la banca, *The Nature and Uses of Money*. Trabajó también en la asamblea legislativa de Massachusetts y como secretario de dicho estado.

A finales de la Guerra Civil, Walker, entonces profesor del Amherst College, publicó un brillante tratado general de economía, *The Science of Wealth: A Manual of Political Economy* (Boston: Little, Brown, 1866), que incorporaba sus ideas monetarias a un estudio general sobre el *laissez-faire*. El libro fue muy popular, tanto en el país como en el extranjero, publicándose ocho ediciones en los ocho años siguientes.

---

[49] Que no debe confundirse con su hijo homónimo, un estatista moderado que llegó a ser el primer presidente de la Asociación Americana de Economía. (Francis Amasa Walker, 1840-97.)

El núcleo central de su libro lo conformaron sus puntos de vista sobre el dinero y la banca. Adoptó la extraña posición de defender un sistema de banca libre *dentro* de una matriz, legalmente exigida, de reserva al 100 por 100.[50] Escribió:

> Se ha hablado mucho... sobre lo deseable que es la *banca libre*. No cabe dudar de lo acertado y justo de permitir que cualquier persona que así lo desee siga adelante con las actividades bancarias, con las agrícolas o con cualquier otra rama de los negocios. Pero no es ni puede ser conveniente o justo autorizar por ley la fabricación de moneda... Sólo [en caso de que] se emitan billetes que equivalgan a certificados de la misma cantidad de moneda, la banca puede ser tan libre como el corretaje. La única cosa que habría que prevenir sería que no se emitiese billete alguno más allá de la base de metálico disponible.[51]

En su economía general, Walker hizo hincapié en el análisis cataláctico, y utilizó los conceptos de riqueza y de valor en el mismo sentido de la tradición de Bastiat. De hecho, Walker elogió con profusión la teoría del valor de Bastiat, e incluyó varias páginas de citas y ejemplos tomados de sus *Harmonies*. Además, prosiguió con la tradición francesa de insistir en el empresario como una fuerza de la producción muy distinta de la del capitalista puro.[52]

De todas formas, no cabe ninguna duda de que el más destacado discípulo de Bastiat en los Estados Unidos fue Arthur Latham Perry. Graduado por el Williams College en 1852, casi sin solución de continuidad aceptó el puesto que allí se le ofreció y en el que consumiría la mayor parte de su vida enseñando historia, economía política y alemán. Fue su amigo Amasa Walker quien le introdujo en las obras de Bastiat. Perry nos informa de que «No bien hube leído media docena de páginas de ese libro excepcional [*Harmonies of Political Economy* de Bastiat] cuando se extendió ante mi mente todo el Campo de la Ciencia, con sus contornos e hitos, y justo como hoy día lo hace [1883]... desde entonces la Economía Política ha sido para mí una ciencia nueva; y entonces y después he experimentado *cierta sensación de haber encontrado algo...*»[53]

En la primavera de 1864, Perry escribió una serie de artículos, «Papers on Political Economy», para el *Springfield Republican*, en donde expuso su visión, derivada de Bastiat, sobre la economía política. El centro de atención de la economía política, afirmaba, es el valor, y el valor está determinado por los

---

[50] Walker, plenamente integrado en la tradición americana, insistió, frente a la escuela monetaria británica, en que los depósitos bancarios son una parte de la oferta de dinero como pueden serlo los billetes de banco. Y, sin embargo, de un modo extraño e incoherente, no incluyó los depósitos en su propuesta de reforma del 100 por 100, afirmando, sin convencer, que la limitación de los billetes a su equivalente metálico bastaría para controlar la creación de depósitos.

[51] Amasa Walker, *The Science of Wealth* (3.ª ed., Boston: Little, Brown, 1867), p. 230-31.

[52] *Ibid*., pp. 9-13; véase también Salerno, *op. cit.* nota 9, p. 133-5.

[53] Arthur Latham Perry, *Political Economy* (1883, 21.ª ed., Nueva York: Scribner, 1892), p. ix.

servicios mutuos que se intercambian en la transacción. El axioma y núcleo del análisis económico, añadía, es que los hombres se esfuerzan para satisfacer sus deseos, y que el comercio es el intercambio mutuo de servicios que da lugar a esas satisfacciones. En todo intercambio, las dos partes ganan; si no fuese así, no llevarían a cabo la transacción. Los trabajadores, señalaba, sólo podrían ganar si se emplea más capital en su contratación, lo cual incrementaría los tipos salariales por trabajador.

Animado por Walker, Perry amplió sus artículos a un libro de texto que se publicaría el año siguiente. *Elements of Political Economy*, más tarde llamado *Political Economy*, llegó a ser el manual que más éxito alcanzó en el país, publicándose no menos de 22 ediciones en 30 años. En este texto, Perry no sólo rindió homenaje a Bastiat, también elogió a Macleod, y adoptó la visión que éste tenía de la historia del pensamiento económico, reconociendo a Condillac, Whately, Bastiat y Macleod como los líderes de la escuela cataláctica, de los servicios correctos, o, como él mismo la denominara, de la escuela del «Todo se Vende».[54] Haciendo un análisis detallado y sofisticado del intercambio y de sus condiciones previas en los valores y la división del trabajo, Perry superó a Bastiat purgando totalmente la economía del concepto smithiano, vago y materialista, de «riqueza» y centrándose por entero en el de intercambio.[55]

Aunque no empleó el término «empresario», el hecho de que se centrase en el valor y en el intercambio como *actividad* humana le llevó a considerar al hombre de negocios más como un empresario previsor que como un participante mecánico en el seno de un equilibrio estático general. Así: «vuestro hombre de negocios debe ser un hombre sesudo. El campo de la producción no es un nivel muerto de uniformidad inactiva como el mar ondulado y pesado»; antes bien, la ocupación «exige previsión, arrojo con sabiduría y capacidad de adaptación a las circunstancias variables».[56]

Fiel a su idea central de los grandes beneficios recíprocos que se producen en el intercambio, Arthur Perry ensalzó el librecambio y denunció todas las restricciones y limitaciones de ese proceso. Así, manifiesta que

> (...) cualquiera puede saber que lo que se cede en un intercambio se considera, en general, que es menos que lo que se recibe. Una mínima introspección le dice *eso* a cualquier hombre. Como esto siempre es verdad de las partes que intervienen en un intercambio... cada una está dispuesta a desprenderse de buena gana de algo para recibir otra cosa... Un poco de introspección informará a cualquier

---

[54] A pesar de su estima por Walker, ya que fue él quien le condujo hasta Bastiat, y a pesar de ser uno de los economistas del *laissez-faire* a quien Perry dedicó su libro, éste le reprendió en privado por «ser demasiado esclavo de Adam Smith». Véase Sidney Fine, *Laissez-faire and the General-Welfare State* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1956), p. 52, n. 16.

[55] Para una valoración de la aportación de Perry, véase Kirzner, *op. cit.* nota 43, pp. 75-7.

[56] Joseph Dorfman, *The Economic Mind in American Civilization* (Nueva York: Viking Press, 1949), III, p. 57.

> persona de que, si esta mayor estima no se diese en la mente de cualquiera de las dos partes, el intercambio no se produciría en absoluto... De ahí que, para inducir a las personas a comerciar, no sea necesaria ninguna ley ni estímulo; el comercio es natural, tal y como puede comprobar cualquiera que se haga la pregunta de por qué ha llevado a cabo cierto intercambio; y, por otro lado, cualquier ley u obstáculo artificial que impida que dos personas lleven a cabo un intercambio que de otro modo harían, no sólo interfiere en un derecho sagrado, sino que destruye una ganancia inevitable que afluiría a las dos personas por igual.[57]

Perry particularizó sus ataques a esas interferencias virulentas en los salarios mínimos, en los sindicatos de trabajadores, en las leyes de usura y en el papel moneda. Aunque no llegó a darse plena cuenta —menos, incluso, que Walker— de que los depósitos bancarios son una parte de la oferta de dinero como pueden serlo los billetes, fue más allá de la propuesta de aquél de una reserva del 100 por 100, y demandó la completa erradicación del papel moneda, aunque tuviese un respaldo metálico al 100 por 100. De todas formas, pensaba que, dentro de esa matriz, el crédito bancario y la emisión de depósitos deberían ser totalmente libres.

Perry fue especialmente vehemente a la hora de atacar el proteccionismo; escribió numerosos artículos y pronunció cientos de conferencias en defensa del librecambio y contra todo género de protección. El arancel proteccionista, señalaba Perry, es económicamente perjudicial; viola los derechos de propiedad, y también la letra y el espíritu de los Diez Mandamientos. El arancel proteccionista roba al agricultor del oeste para afianzar los privilegios de unos pocos fabricantes. Perry resistió con valentía la presión de algunos alumnos poderosos de Williams, encabezados por el ferretero George H. Ely, contra sus enseñanzas librecambistas. Tras el asesinato del presidente James A. Garfield, antiguo alumno suyo, amigo de toda la vida y, como él, miembro del Club Cobden de Gran Bretaña, Perry tomó en Nueva Inglaterra la impopular decisión de abandonar el Partido Republicano, el «partido del privilegio» y la corrupción, y de incorporarse al Partido Demócrata.

Otro incondicional del *laissez-faire*, al menos en los primeros años de su vida, fue el Rev. John Bascom (1827-1911), amigo y compañero de trabajo de Perry en Williams, donde enseñó retórica. Durante las décadas de 1850 y 1860, Walker, Perry y Bascom formaron en Nueva Inglaterra un equipo formidable. Perry persuadió a Bascom para que escribiese un libro sobre economía, y, así, publicó su *Political Economy* (1859), obra en la que ensalzó las fuerzas de la producción y de la competencia por su búsqueda de beneficio y, en razón de ello, por el bien que hacen a la comunidad. El único papel del gobierno es proteger los derechos de propiedad privada para que la producción pueda

[57] Perry, *op. cit.* nota 53, pp. 102-3.

realizar su función. Bascom también puso de manifiesto que «monopolio» sólo puede significar una cosa, la concesión exclusiva de privilegio por parte del gobierno; de no ser así, *toda* propiedad podría denominarse «monopolio». De igual forma, siguió a Walker al abogar por reservas metálicas del 100 por 100 para los billetes de banco.

Más tarde, Bascom llegó a ser rector de la Universidad de Wisconsin, y sucedió a Perry en la cátedra de historia y de economía política de Williams con ocasión de su jubilación en la década de 1890. No obstante, Bascom debió de haber producido gran irritación en su antiguo amigo, ya que en torno a la década de 1880, comenzó a abandonar la causa y a escribir libros de la nueva disciplina estatista de la «sociología». Bascom cambió drásticamente sus exigencias y ahora se puso a pedir que el gobierno privilegiase los sindicatos de trabajadores y que se aboliese el «exceso» de individualismo. Ahora creía que el único peligro proveniente del socialismo y del colectivismo es «la resistencia poco razonable a [esta] fuerza orgánica que presiona sobre nuestras vidas». «El crecimiento —[es decir, el colectivismo], concluía satisfecho— ha de abrirse paso.»[58] Está claro que John Bascom había hecho rápidamente las paces con la nueva corriente intelectual que inundó Europa y los Estados Unidos en las décadas de 1880 y 1890.

Uno de los más extraordinarios —y avanzados— admiradores americanos de Frédéric Bastiat fue el comerciante de Boston Charles Holt Carroll (1799-1890). Adepto incondicional del librecambio y del *laissez-faire*, en los artículos que escribió para revistas comerciales y financieras entre 1855 y 1879 se concentró en las cuestiones del dinero y la banca. Charles Carroll fue, básicamente, el último jacksoniano, y siguió defendiendo la causa del dinero metálico mucho tiempo después del tremendo revés que recibiera durante la Guerra Civil, cuando la corriente de los que defendían el papel moneda (*greenbackism*) y la ley bancaria obligó a los partidarios de una moneda sólida a concentrarse en un puro retorno al patrón oro. Es más, Carroll no se contentó con abogar por una banca [de reserva] del 100 por 100; exigió perspicaz y consistentemente una banca [de reserva] del 100 por 100 tanto para los billetes como para los depósitos a la vista. Carroll fue particularmente claro a la hora de demostrar cómo surgen los depósitos a la vista a partir de la expansión de los préstamos de los bancos. También puso de manifiesto la falacia de las «letras reales» smithianas como justificación de la reserva parcial bancaria. Por otro lado, se percató de que la banca central, personificada en el Banco de Inglaterra, concede más espacio a la expansión de la reserva parcial y del dinero «ficticio» que el que concedería un sistema de banca libre. Pero, además, Carroll fue más allá que la mayoría de los defensores del dinero

[58] Dorfman, *op. cit.* nota 56, III, pp. 178-9.

metálico al exigir la eliminación de *nombres* monetarios potencialmente peligrosos como el de «dólar» (que crean la ilusión de que estas unidades son bienes en sí mismas), así como su sustitución por una unidad monetaria que estuviese integrada por definiciones de peso en oro normales, del lenguaje común, por ejemplo, en cantidad de onzas troy. Para las monedas internacionales, esto es, para las monedas no convertibles en un metal común, Carroll desarrolló lo fundamental de la teoría de la paridad adquisitiva para la determinación subyacente de los tipos de cambio del mercado mundial.[59]

14.10 El declive del pensamiento del *laissez-faire*

En las últimas décadas del siglo XIX, el *laissez-faire* entró en declive por toda Europa y los Estados Unidos, tanto en la esfera del pensamiento económico como en el ámbito de su influencia social y política. El único pensador del *laissez-faire* que quedó fue el desesperanzado Pareto. Acaudillados por el estado belicista de bienestar que se desarrolló en Prusia, académicos y políticos por igual despreciaron los principios «pasados de moda» del *laissez-faire* y abrazaron el avance aparentemente moderno y «progresista» del estatismo, de la planificación estatal y de las políticas del estado de bienestar. Los académicos americanos formados en Alemania, la tierra de los doctores, regresaron de Europa cantando las alabanzas del Gran Estado «orgánico», despreciaron la ley económica y abogaron por una «armonía» de clases a través del Gran Gobierno. No es mera coincidencia que este Gran Gobierno moderno tuviera necesidad urgente de académicos, de científicos, de periodistas y de otros intelectuales forjadores de opinión, primero, para fraguar el consentimiento de la sociedad respecto al nuevo orden administrativo del estatismo, y, segundo, para tomar parte en la provisión de personal, en la regulación y en la legislación de esta nueva economía planificada. En una palabra, el nuevo orden administrativo supuso un incremento descomunal de la demanda monetaria (estatal) para pagar los servicios de los intelectuales pro-estatistas, un hecho importante que no pasó inadvertido entre las filas de la nueva intelectualidad progresista.

Por toda Europa, las pequeñas asociaciones de académicos y de hombres de negocios consagradas al *laissez-faire* fueron reemplazadas por organizaciones mayores, compuestas, fundamentalmente, por estudiosos consagrados a sus labores estrictamente profesionales y a la promoción de su gremio académico-económico. No es casual que las nuevas organizaciones fuesen, con frecuencia, explícitamente estatistas y que se entregaran a la erradicación del

[59] Para las obras completas de Charles H. Carroll, véase Charles Holt Carroll, *Organization of Debt into Currency* (E. Simmons, ed., Princeton: Van Nostrand, 1964).

laissez-faire. Richard T. Ely, un académico de formación germana y forjador de un imperio que se entregó al institucionalismo, al estatismo y al cristianismo socialista, fue el fundador más destacado de la Asociación Americana de Economía, de la que excluyó, de modo explícito, a economistas del *laissez-faire* como William Graham Summer y Perry, que ya habían formado un club de economía política; más tarde, como los colegas de Ely rechazasen esta política exclusionista por ser demasiado extrema, aquél abandonó contrariado la AEA, con la que sólo se reconcilió años después.

Al mismo tiempo que el pensamiento del *laissez-faire* entraba en declive, la tiranía del modelo clásico británico, re-fundado por Mill en 1848, quedaba lista para el derrumbe. Los precedentes de una sustitución del modelo clásico ya habían sido sentados por economistas del pasado: por los escolásticos, por Cantillon, Turgot, Say y los franceses del siglo XIX; por Whately, el Trinity College, la escuela de Dublín, y Longfield y Senior, en Gran Bretaña e Irlanda. El próximo gran paso dentro del pensamiento económico sería el derrocamiento del paradigma clásico ricardiano y la irrupción de la revolución subjetivista (mal llamada, en general, marginalista) a partir de la década de 1870. En años recientes, por fortuna, la famosa tríada marginalista de Jevons, Walras y Menger, y la Escuela Austriaca, se ha ido des-homogeneizando bajo el aliento del artículo ya clásico que William Jaffé escribiera hace dos décadas,[60] y en estos momentos es evidente que la revolución contra el paradigma de la escuela clásica fue más allá de la insistencia en la unidad marginal de un bien o servicio, en particular, por lo que a Carl Menger y sus seguidores respecta. Sin embargo, ese es el tema de otro volumen.

[60] William Jaffé, «Menger, Jevons and Walras De-Homogeneized», *Economic Inquiry*, 14 (dic. de 1976), pp. 511-24.

CAPÍTULO XV

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

Como ya se indicó en el volumen I, resulta imposible en una historia general del pensamiento económico ofrecer un ensayo bibliográfico que abarque una lista completa, y mucho menos anotada, de todas las fuentes de esa historia, y menos aún en lo que respecta a los campos auxiliares de la historia del pensamiento social, político y religioso, todos los cuales, además de la historia económica propiamente dicha, inciden en el desarrollo y vicisitudes del pensamiento económico. Por lo tanto, lo más oportuno será describir y anotar aquellas fuentes, algunas bastante secundarias, que considero más útiles para nuestro estudio. De este modo, el presente apéndice bibliográfico podrá servir de guía a los lectores que deseen ahondar en los distintos temas y áreas de este campo tan vasto y complejo.

Bibliografías generales

El ensayo bibliográfico con mucho más completo sobre la historia del pensamiento económico es el de Henry W. Spiegel, *The Growth of Economic Thought* (3.ª ed., Duke University Press, 1991), que actualmente abarca apenas 161 páginas, lo cual no es el aspecto menos valioso del libro. Los cuatro volúmenes del *New Palgrave: A Dictionary of Economics* (Londres: Macmillan, y Nueva York: Stockton Press, 1987) contienen muchos excelentes ensayos sobre determinados economistas. Al otro lado del espectro, los breves bosquejos que, sin mayores pretensiones, traza Ludwig H. Mai en *Men and Ideas in Economics. A Dictionary of World Economists, Past and Present* (Lanham, MD: Rowman and Littlefield, 1977) son extraordinariamente útiles. Más corta pero tratada más a fondo es la lista que ofrece Mark Blaug, *Great Economists Before Keynes* (Cambridge: Cambridge University Press, 1986).

J.B. Say

Es realmente escandaloso que no exista ni siquiera una bibliografía del gran J.B. Say en inglés (y una sola en francés, la vieja obra de Ernest Teilhac). En realidad, existen valiosos análisis breves de algunos aspectos del pensamiento de Say, junto a las numerosas obras dedicadas a la pequeña parte del mismo conocida como 'ley de Say', muchas de las cuales lo tratan con ecuaciones matemáticas que Say habría ciertamente despreciado. El *magnum opus* de Say, traducido al inglés con el título de *A Treatise on Political Economy* (ed. Clement C. Biddle, 6.ª ed. amer. 1834, Nueva York: A.M. Kelley, 1964), se basa en la quinta y última edición francesa de 1826. Las excelentes notas de Biddle corrigen a veces los deslices del autor respecto al *laissez-faire*. Véase también J.B. Say, *Letters to Mr. Malthus* (1821, Nueva York: A.M. Kelley, 1967). También es lamentable que en la imponente y definitiva edición en varios volúmenes de la edición, realizada por Sraffa, de las obras y catas de Ricardo, las cartas de Say a Ricardo se ofrezcan en el original francés sin traducción inglesa. Considerando las numerosas sugerencias que en ellas se destilan en el proyecto de Ricardo, resulta difícil comprender por qué esas cartas no se tradujeron.

Sobre los Ideólogos y su transfondo filosófico y científico, véase la notable discusión de F.A. von Hayek, *The Counter-Revolution of Science* (Glencoe, Ill.: The Free Press, 1952), pp. 105-16. De Tracy es estudiado a fondo por Emmet Kennedy, *Destutt De Tracy and the Origins of 'Ideology'* (Filadelfia: American Philosophical Society, 1978). Sobre Say y los Ideólogos, véase Leonard P. Liggio, «Charles Dunoyer and French Classical Liberalism», *The Journal of Libertarian Studies*, I (Verano de 1977), pp. 153-65; y Mark Weinburg, «The Social Analysis of Three Early 19th Century French Liberals: Say, Comte, and Dunoyer», *The Journal of Libertarian Studies*, 2 (Invierno de 1978), pp. 45-63. Véase también Charles Hunter Van Duzer, *Contribution of the Ideologues to French Revolutionary Thought* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1935). Algunas relaciones entre los Ideólogos y Storch, Brown, y Mill pueden verse en Cheryl B. Welch, *Liberty and Utility: The French Idéologues and the Transformation of Liberalism* (Nueva York: Columbia University Press, 1984). Welch, sin embargo, exagera el supuesto utilitarismo de la escuela francesa. Sobre el conflicto entre los Ideólogos y Napoleón, véase Lewis A. Coser, «Napoleon and the Idéologues», en George B. de Huszar (ed.), *The Intellectuals* (Glencoe, III.: The Free Press, 1960), pp. 80-86.

Sobre la postura monetaria de Jefferson y su plan para eliminar el papel bancario, véase Murray N. Rothbard, *The Panic of 1819: Reactions and Policies* (Nueva York: Columbia University Press, 1962), p. 140. Véase también Clifton B. Luttrell, «Thomas Jefferson on Money and Banking: Disciple of David Hume and Forerunner of Some Modern Monetary Views», *History of Political Economy*, 7 (Primavera de 1975), pp. 156-73.

Sobre la influencia de Smith en Say, véase J. Hollander, «The Founder of a School», en J.M. Clark et al., *Adam Smith*, 1776-1926 (Chicago: University of Chicago Press, 1928) y sobre la influencia del *Tratado* de Say en Europa, véase Palyi, «The Introduction of Adam Smith», en *ibid.*, pp. 180-233. Sobre la influencia del *Tratado* en los Estados Unidos, véase Michael J.L. O'Connor, *Origins of Academic Economics in the United States* (Nueva York: Columbia University Press, 1944), pp. 120-3S.

Una discusión de la crítica de la estadística de Say puede verse en Claude Ménard, «Three Forms of Resistance to Statistics: Say, Cournot, Walras», *History of Political Economy*, 12 (Invierno de 1980), pp. 524-9. Pero Ménard se equivoca al pensar que la última traducción inglesa del *Traité* era la versión de 1821 basada sobre la 4.ª ed. francesa. La versión corriente estaba basada en la 5.ª edición francesa de 1826, y por tanto contiene la excelente Introducción de Say que ofrece su crítica del método estadístico.

Una aguda comparación y contraste entre las teorías de Say y Ricardo sobre el valor, y una crítica del rechazo de Say a Condillac y Genovesi en relación con las ganancias del cambio, puede verse en el excelente capítulo «Ricardo versus Say. Cost or Utility the Foundation of Value?», en Oswald St Clair, *A Key to Ricardo* (1957, Nueva York: A. M. Kelley, 1965), pp. 260-96.

La teoría de Say sobre el empresario se discute, aunque no del todo satisfactoriamente, en *History of Economic Analysis*, de J.A. Schumpeter (Nueva York: Oxford University Press, 1954), y en Robert F. Hébert y Albert N. Link, *The Entrepreneur: Mainstream Views and Radical Critiques* (Nueva York: Praeger, 1982), pp. 29-35. Para una excelente discusión de la concepción de Say sobre el empresario y un contraste con el tratamiento dado por Smith y Ricardo, véase G. Koolman, «Say's Conception of the Role of the Entrepreneur», *Economica*, 38 (agosto de 1971), pp. 269-86. Sobre la concepción pre-austriaca de Say acerca de los valores de los factores de producción en cuanto derivados de sus productos en lugar de lo contrario, véase Marian Bowley, *Studies in the History of Economic Theory Before 1870* (Londres: Macmillan, 1973), p. 127.

El mejor lugar para estudiar la ley de los mercados en Say se halla en el volumen de su *Letters to Malthus* y en su *Tratado.* La mayor parte de la enorme literatura moderna sobre la ley de Say tiene muy poco que ofrecer; pero véase Schumpeter, *History of Economic Analysis*, pp. 615-25; Henry Hazlitt (ed.), *The Critics of Keynesian Economics* (1960, 2.ª ed., New Rochelle, NY: Arlington House, 1977), pp. 11-45; y sobre todo el lamentablemente olvidado ensayo de William H. Hutt, *A Rehabilitation of Say's Law* (Athens, Ohio: Ohio University Press, 1974). El conocido ataque de Keynes a la ley de Say puede verse en John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (Nueva York: Harcourt, Brace, 1936), p. 23.

Sobre la única actitud de implacable hostilidad de Say hacia los impuestos, véase Murray N. Rothbard, «The Myth of Neutral Taxation», *Cato Journal*,

I (Otoño de 1981), pp. 551-4. Sobre los seguidores libertarios de Say, véase Weinburg, «Social Analysis», pp. 54-63. Sobre la metología de Say, véase Murray N. Rothbard, *Individualism and the Philosophy of the Social Sciences* (1973, San Francisco: Cato Institute, 1979), pp. 45-49.

Jeremy Bentham

Sobre Bentham y los benthamitas, véase la obra clásica de Élie Halevy, *The Growth of Philosophic Radicalism* (1928, Boston: Beacon Press, 1955). Para una excelente crítica de los utiliatarios, véase John Plamenatz, *The English Utilitarians* (2.ª ed., Oxford: Basil Blackwell, 1958); a Bentham está dedicado el capítulo 4. Para una discusión sobre Bentham, el círculo benthamita, y los radicales, véase William E.S. Thomas, *The Philosophic Radicals: Nine Studies in Theory and Practice, 1817-1841* (Oxford: The Clarendon Press, 1979). Sobre la débil actitud de Bentham ante el *laissez-faire*, véase Ellen Frankel Paul, *Moral Revolution and Economic Science* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1979), pp. 45-80. El artículo clásico sobre Bentham como economista estatista es T.W. Hutchison, «Bentham as an Economist», *Economic Journal*, 66 (junio de 1956), pp. 288-306, reeditado en J. Spengler y W.R. Allen, *Essays in Economic Thought* (Chicago: Rand McNally, 1960), pp 330-48. Sobre Bentham como precursor de Skinner, véase Douglas C. Long, *Bentham on Liberty* (Toronto: University of Toronto Press, 1977). Contundente es la crítica que Gertrude Himmelfarb hace de Bentham como planificador panóptico en su *Victorian Minds* (1968, Gloucester, Mass.: Peter Smith, 1975), y en su «Bentham's Utopia», en Himmelfarb, *Marriage and Morals Among the Victorians* (Nueva York: Knopf, 1986), pp. 111-43. Para una crítica del utilitarismo como base del *laissez-faire*, véase Murray N. Rothbard, *The Ethics of Liberty* (Atlantic Highlands, NJ: Humanities Press, 1982), pp. 201ss [trad. esp.: *La ética de la libertad*, Unión Editorial, 1995]. Véase también Rothbard, «Praxeology, Value Judgments, and Public Policy», en E. Dolan (ed.), *The Foundations of Modern Austrian Economics* (Kansas City: Sheed & Ward, 1976), pp. 89-111.

Sobre los escritos económicos de Bentham, véase la definitiva edición en tres volúmenes de Werner Stark, *Jeremy Bentham's Economic Writings* (Londres: George Allen & Unwin, 1952-54).

James Mill

Un perspicaz estudio de James Mill y su enorme influencia sobre Ricardo y la economía ricardiana es el de T.W. Hutchison, «James Mill and Ricardian Economics: A Methodological Revolution?», en *On Revolutions and Progress in Economic Knowledge* (Cambridge: Cambridge University Press, 1978). Véa-

se también la versión original de este artículo en Hutchison, «James Mill and the Political Education of Ricardo», *Cambridge Journal*, 7 (Nov. de 1953), pp. 81-100. El fantástico artículo de William O. Thweatt, «James Mill and the Early Development of Comparative Advantage», *History of Political Economy*, 8 (Verano de 1976), pp. 207-34, demuestra que Mill formuló la importante ley de la ventaja comparativa y que Ricardo no se interesó por ella por razones implícitas en su propio sistema ricardiano. Véase también William O. Thweatt, «James and John Stuart Mill on Comparative Advantage: Sraffa's Account Corrected», en H. Visser y E. Schoorl (eds.), *Trade in Transit* (Doordrecht: Martinus Nijhoff, 1987); Denis P. O'Brien, «Classical Reassessments», en Thweatt (ed.), *Classical Political Economy; A Survey of Recent Literature* (Boston: Kluwer, 1988), pp. 188-93; y Thweatt, «Introduction», *ibid.*, pp. 8-9.

Sobre James Mill como primer «georgista», véase William J. Barber, «James Mill and the Theory of Economic Policy in India», *History of Political Economy*, 1 (Primavera de 1969), pp. 85-100. La actividad y actitud de Mill se expone brillante y lúcidamente en las dos obras de Joseph Hamburger, *James Mill and the Art of Revolution* (New Haven: Yale University Press, 1963), e *Intellectuals in Politics: John Stuart Mill and the Philosophic Radicals* (New Haven: Yale University Press, 1965). El primer libro demuestra cómo Mill manipuló secretamente la opinión del público y del gobierno, mediante una duplicidad sistemática, forzando desde el principio al fin el *Reform Bill* de 1832. El segundo, a pesar de su título, trata más de James y sus millianos que de John Stuart, y describe y explica la aparición y el declive de los radicales millianos como fuerza política en el Parlamento en los años 1830. *Intellectuals in Politics* es también el único libro que expone y discute la teoría libertaria de James Mill sobre el conflicto de clases basada en la posición que los grupos ocupan en relación con el estado. También debe consultarse *Philosophic Radicals*, de William Thomas, sobre los Mill y los radicales. La biografía clásica, aunque muy vieja, es la de Alexander Bain, *James Mill: A Biography* (1882, Nueva York: A.M. Kelley, 1967). Como en muchas áreas del primitivo pensamiento social del siglo XIX, *Growth of Philosophic Radicalism*, de Élie Halévy, ofrece agudas interpretaciones; en realidad, fue esta obra la que inauguró la revalorización moderna de las aportaciones de James Mill.

Sobre el papel central de James Mill en la fundación del muy influyente Club de Economía Política de Londres, véase James P. Henderson, «The Oral Tradition in British Economics: Influential Economists in the Political Club of London», *History of Political Economy*, 15 (Verano de 1983), pp. 149-79.

Para un descubrimiento reciente del papel central de James Mill en el fomento de la desgraciada doctrina del descuento bancario de letras 'reales' de la escuela bancaria, véase Morris Perlman, «Adam Smith and the Paternity of the Real Bills Doctrine», *History of Political Economy*, 21 (Primavera de 1989), pp. 88-9.

David Ricardo y el sistema ricardiano

La literatura sobre Ricardo y el ricardianismo es casi tan vasta como la literatura sobre Smith, por lo que es preciso cribarla adecuadamente. Las obras y correspondencia de Ricardo se hallan reunidas en la edición definitiva en once volúmenes del ricardiano de izquierda y neo-marxista Piero Sraffa, *The Works and Correspondence of David Ricardo* (Cambridge: Cambridge University Press, 1951-55). No hay buenas biografías de Ricardo; la única disponible es la cotillesca historia familiar de David Weatherall, *David Ricardo* (The Hague: Martinus Nijhoff, 1976). La mejor exposición y crítica del sistema ricardiano es la de Oswald St Clair, *A Key to Ricardo* (1957, Nueva York: A.M. Kelley, 1965). Brillantes exposiciones sobre Ricardo y el ricardianismo, aunque en forma desordenada, en *History of Economic Analysis*, de Schumpeter; gran parte de lo expuesto en esta *History* puede interpretarse como un ataque implacable al ricardianismo. Una ácida opinión sobre el ricardianismo en Frank H. Knight, «The Ricardian Theory of Production and Distribution», en *On the History and Method of Economics* (Chicago: University of Chicago Press, 1956), pp. 37-8. No es extraño que algunas de las críticas a la teoría de Adam Smith se apliquen también a Ricardo; véase, en particular, la aguda *A History of the Theories of Production & Distribution*, de Cannan (3.ª ed., Londres: Staples Press, 1917); la burlona y deliciosa obra de Gray *The Development of Economic Doctrine* (Londres: Longmans, Green, 1931); el lúcido y perspicaz ensayo de Douglas «Smith's Theory of Value and Distribution»; el interesante libro de Ellen Paul *Moral Revolution and Economic Science* (Westport: Conn.: Greenwood Press, 1979); y el estudio de Richard H. Timberlake Jr., «The Classical Search for an Invariable Measure of Value», *Quarterly Review of Economics and Business*, 6 (Primavera de 1966), pp. 37- 44. Sobre la demostración de la crucial importancia para el sistema ricardiano —en contraste con el de Smith— de la teoría del valor como cantidad de trabajo, véase L.E. Johnson, «Ricardo's Labor Theory of the Determinant of Value», *Atlantic Economic Journal*, 12 (marzo de 1984), pp. 50-59.

A diferencia de Adam Smith, David Ricardo no ha sido, por suerte, objeto de promoción tipo centenario. Pero el infatigable Samuel Hollander no ha dejado por supuesto, como en el caso de Smith, de torturar a Ricardo forzándole en el molde de un teórico moderno del equilibrio general. Samuel Hollander, *The Economics of David Ricardo* (Toronto: The University of Toronto Press, 1979).

En artículos recientes, Terry Peach ha realizado una magistral defensa de la visión «tradicionalista» de Ricardo presentada en su obra, así como su crítica de la interpretación «modelo cereal» de Ricardo ofrecida por Sraffa, y del opuesto planteamiento de Hollander de un proto-equilibrio general. En particular, Peach muestra el creciente interés de Ricardo por la teoría del valor-

trabajo, una decisiva concentración sobre el equilibrio del «precio natural» a largo plazo, sobre el rápido aumento de la población y el desconocimiento total del papel de la demanda en los precios así como del papel de la escasez en la determinación de la oferta de bienes reproducibles. Véase en particular Terry Peach, «David Ricardo: A Review of Some Interpretative Issues», en William O. Thweatt (ed.), *Classical Political Economy: A Survey of Recent Literature* (Boston: Kluwer, 1988) pp. 103-31. Véase también Peach, «David Ricardo's Treatment of Wages», en R.D.C. Black (ed.), *Ideas in Economics* (Londres: Macmillan, 1986).

La última efusión sobre la visión ortodoxa keynesiana del supuesto triunfo del ricardinismo en Gran Bretaña es la de Sydney G. Checkland, «The Propagation of Ricardian Economics in England», *Economica*, n.s., 16 (febrero de 1949), pp. 40-52. La revisión de esta idea comenzó con Ronald L. Meek, «The Decline of Ricardian Economics in England», *Economica*, n.s. 17 (febrero de 1950), pp. *43-62*, siguió con la *History* de Schumpeter y culminó en dos excelentes artículos: Frank W. Fetter, «The Rise and Decline of Ricardian Economics», *History of Political Economy*, I (Primavera de 1969), pp. 67-84; y Barry Gordon, «Criticism of Ricardian Views on Value and Distribution in the British Periodicals, 1820-1850», *History of Political Economy*, I (Otoño de 1969), pp.370-87. El submundo inglés contrario a la ley de Say lo explora Barry J. Gordon en *Non-Ricardian Political Economy: Five Neglected Contributions* (Boston: Harvard Graduate School Baker Library, 1967).

Siempre que aparece una alusión lamentando la sabiduría o la importancia de David Ricardo, allí está Samuel Hollander listo para el combate y para cargar contra toda opinión disidente. Samuel Hollander, «The Reception of Ricardian Economics», *Oxford Economic Papers*, 29 (Julio de 1977), pp. 221-57.

Los anti-ricardianos

Tal vez el mejor lugar para iniciar un estudio del ejército de importantes economistas no- o anti-ricardianos en el siglo XIX en Gran Bretaña sea el pionero artículo que lo rescató del olvido en que lo había sumido el triunfo de John Stuart Mill: «On Some Neglected British Economists, I», y «On Some Neglected British Economists, II» de Edwin R.A. Seligman, en *Economic Journal*, 13 (septiembre de 1903), especialmente pp. 34-63, y en *Economic Journal*, 13 (diciembre de 1903), pp. 511-35, reproducidos en sus *Essays on Economics* (Nueva York: Macmillan, 1925). Especial interés tienen las consideraciones de Seligman sobre Craig, Longfield, Ramsay y Lloyd. Muy importante es el breve artículo de R.C.D. Black sobre los economistas irlandeses «Trinity College, Dublin, and the Theory of Value, 1832-1863», *Economica*, n.s. 12 (agosto de 1945), pp. 140-48. Véase también J.G. Smith, «Some Nineteenth Century Irish Economists»,

Economica, n.s. 2 (febrero de 1935), pp. 20-32. Sobre Richard Whately, véase Salim Rashid, «Richard Whately and Christian Political Economy at Oxford and Dublin», *Journal of the History of Ideas*, 38 (enero-marzo de 1977), pp. 147-55. Sobre Whately, Lawson y los catalácticos, véase Israel M. Kirzner, *The Economic Point of View* (Princeton, NJ: Van Nostrand, 1960), pp. 72-5; y Murray N. Rothbard, «Catallactics», *The New Palgrave. Dictionary of Economics* (Londres: Macmillan, 1987), I, p. 377.

Existen importantes trabajos sobre determinados economistas de este periodo. Especialmente notable es *Nassau Senior and Classical Economics*, de Marian Bowley (1937, Nueva York: A.M. Kelley, 1949; Octagon Books, 1967). La señorita Bowley trata no sólo de Senior sino también de sus colegas. El trabajo de S. Leon Levy *Nassau Senior, 1790-1864* (Nueva York: A.M. Kelley, 1970) ofrece útil información sobre la vida y el transfondo genealógico de Senior. Por desgracia, la última colección de ensayos de la señorita Bowley se aparta de su previa posición «austriaca» y de la de su maestro Lord Robbins, tratando de reconducir a los ricardianos a la corriente historiográfica dominante del pensamiento económico: Marian Bowley, *Studies in the History of Economic Theory Before 1870* (Londres: Macmillan, 1973). Excelente también el libro de Robert M. Rauner, *Samuel Bailey and the Classical Theory of Value* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1961), que sin embargo omite la orientación austriaca de la filosofía y la metodología de Bailey tal como se expone en la precedente tesis doctoral de Rauner en la Universidad de Londres, «Samuel Bailey and Classical Economics» (1956). Véase Denis P. O'Brien, «Critical Reassessments», en Thweatt (ed.), *Classical Political Economy*, pp. 199-200. De nuevo, Laurence S. Moss, *Mountifort Longfield: Ireland's First Professor of Political Economy* (Ottawa, Ill: Green Hill Publishers, 1976), tiene el mérito de tratar de otros economistas además de Longfield, y contiene una bibliografía puesta al día. La obra definitiva sobre el coronel Torrens es la de Lionel Robbins, *Robert Torrens and the Evolution of Classical Economics* (Londres: Macmillan, 1958). La importante obra que demuestra que incluso el supuestamente archiricardiano J.R. McCulloch no fue realmente ricardiano durante mucho tiempo es la de Denis P. O'Brien, *J.R. McCulloch: A Study in Classical Economics* (Nueva York: Barnes & Noble, 1970).

Sobre el notable intercambio de ideas acerca de la teoría de la población entre Nassau Senior y T. Robert Malthus, véase Bowley, *Nassau Senior*, pp. 117-22; Cannan, *History*, pp. 1334; y Schumpeter, *History*, pp. 580-81.

Fuentes primarias particularmente ricas en recompensas para el lector son: la excelente *A Critical Dissertation on the Nature, Measure, and Causes of Value*, de Samuel Bailey (1825, Nueva York: A.M. Kelley, 1967); *Outline of the Science of Political Economy*, de Nassau W. Senior (1836, Nueva York: A.M. Kelley, 1965); y *The Economic Writings of Mountifort Longfield* (R.D.C. Black, ed., Clifton, NJ: A.M. Kelley, 1972).

Útiles artículos de revista son Thor W. Bruce, «The Economic Theories of John Craig, a Forgotten English Economist», *Quarterly Journal of Economics*, 52 (agosto de 1938), pp. 697-707; Laurence S. Moss, «Isaac Butt and the Early Development of the Marginal Utility Theory of Imputation», *History of Political Economy*, 6 (Invierno de 1974), pp. 405-34; y Richard M. Romano, «William Forster Lloyd – a Non-Ricardian?» *History of Political Economy*, 9 (Otoño de 1977), pp. 412-41. También sobre Lloyd, véase Emil Kauder, *A History of Marginal Utility Theory* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1965), pp. 38-41.

Sobre la vida de Thomas Perronet Thompson, véase el relato de Norma H. McMullen, «Thomas Perronet Thompson», en J. Baylen y N. Gossman (eds.), *Biographical Dictionary of Modern British Radicals, Vol 1: 1770-1830* (Atlantic Highlands, NJ: Humanities Press, 1979), pp.475-9. Sobre la renta en Thompson, véase Robbins, *Robert Torrens*, pp. 43-4; sobre la crítica de Thompson a la teoría del valor basada en el coste, véase Gordon, «Criticism», p. 374. Véase también Schumpeter, *History*, pp. 672-3, 713-4. Sobre Thompson y el cálculo, véase Spiegel, *Growth,* pp. 293-4, 507-08.

El estudio definitivo, biografía y obras de John Rae (todas ellas conservadas excepto el grueso de sus escritos geológicos) están en los dos volúmenes *John Rae: Political Economist*, de R. Warren James (Toronto: University of Toronto Press, 1965). Véase también Joseph Dorfman, *The Economic Mind in American Civilization, 1606-1865* (Nueva York: Viking Press, 1946), II, pp. 779-89; y Joseph J. Spengler, «John Rae on Economic Development: A Note», *Quarterly Journal of Economics*, 73 (agosto de 1979), pp. 393-406. La mejor crítica de los *New Principles* de Rae en Eugen von Böhm-Bawerk, *Capital and Interest, Vol. I: History and Critique of Interest Theories* (South Holland, Ill.: Libertarian Press, 1959), pp. 208-40.

Sobre el aislado y notable caso del teórico americano de la utilidad subjetiva Amos Kendall, que expuso sus opiniones en un periódico de Kentucky, véase el texto completo de sus artículos en *Autobiography of Amos Kendall*, ed., W. Stickney (1872, Nueva York: Peter Smith, 1949), pp. 227-36. Véase también Murray N. Rothbard, *The Panic of 1819. Reactions and Policies* (Nueva York: Columbia University Press, 1962), p. 55.

Sobre Nassau Senior, John Stuart Mill, y el primitivo debate praxeología frente a positivismo, véase Marian Bowley, *Nassau Senior*, pp. 27-65. Véase también Rothbard, *Individualism*, pp. 49-51. Una opinión contraria en Fritz Machlup, «The Universal Bogey», en M. Peston y B. Corry (eds.), *Essays in Honour of Lord Robbins* (White Plains, NY: International Arts & Sciences Press, 1973), pp.99-117. Sobre *Hard Times*, de Dickens y su caricatura de la economía y el utilitarismo, véase Ludwig von Mises, *Socialism* (1922, Indianapolis: Liberty Classics, 1981), p. 422.

La controversia bullionista

A pesar de la importancia y la fama de la controversia bullionista para la formación del pensamiento monetario y bancario a principios del siglo XIX, no existe de ella una exposición y análisis plenamente satisfactorios. Una buena exposición cronológica puede verse en Frank Whitson Fetter, *Development of British Monetary Orthodoxy, 1797-1875* (Cambridge: Mass.: Harvard University Press, 1965), que debería completarse con la clásica discusión analítica de Jacob Viner, *Studies in the Theory of International Trade* (Nueva York: Harper & Bros, 1937), Capítulos III-IV. Véase también el breve pero valioso tratamiento de Chi-Yuen Wu, *An Outline of International Price Theories* (Londres: George Routledge & Sons, 1939), hasta ahora la mejor historia publicada de las teorías de la moneda y los precios en su dimensión internacional. La «Introduction» de Edwin Cannan al *Bullion Report*, ambos en *The Paper Pound of 1797-1821* (2.ª ed., Londres, P.S. King & Son, 1925), es una discusión clásica sobre los acontecimientos de la era de la restricción.

Igualmente útil es *A History of Banking Theory in Great Britain and the United States*, de Lloyd W. Mints (Chicago: University of Chicago Press, 1945), a pesar de su exclusiva concentración en los peligros de la doctrina de las letras reales; e *History of Monetary and Credit Theory from John Law to the Present Day*, de Rist (1940, A.M. Kelley, 1966), que, por el contrario, trasluce un excesivo entusiasmo por dicha doctrina, al menos bajo un patrón oro.

El mejor tratamiento, con mucho, de los escritores bullionistas es el de Joseph Salerno, «The Doctrinal Antecedents of the Monetary Approach to the Balance of Payments» (tesis doctoral, Rutgers University, 1980). Su modelo de clasificación de las variantes bullionistas es original y de él debe partir toda discusión ulterior. Insiste sobre el aspecto monetario internacional de la controversia.

El pionero artículo de H. Hollander, «The Development of the Theory of Money from Adam Smith to David Ricardo», *Quarterly Journal of Economics*, 25 (mayo de 1911), pp. 429-70, sigue siendo indispensable. Los artículos de *The Dictionary of National Biography* sobre diversos escritores y afirmaciones implicadas en la controversia ofrecen a menudo una excelente información de fondo.

La contribución de Henry Thornton ha sido bien estudiada, acaso en demasía, por los últimos historiadores. En particular, véase la muy favorable «Introducción» de F.A. von Hayek a la reimpresión de la *Inquiry* de Thornton (Nueva York: Farrar & Rienhart, 1939). Véase también David A. Reisman, «Henry Thornton and Classical Monetary Economics», *Oxford Economic Papers*, n.s. 23 (marzo de 1971), pp. 7089. Standish Meacham nos ofrece una biografía, *Henry Thornton of Clapham, 1760-1815* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1964); y sobre sus actividades bancarias, véase E.J.T. Acaster, «Henry

Thornton – the Banker, Part I», *The Three Banks Review*, n.º 104 (diciembre de 1974), pp. 46-57. Una posición contraria ofrece Salerno, «Doctrinal Antecedents». Sobre Francis Horner, véase Frank W. Fetter, «Introduction» a Fetter (ed.), *The Economic Writings of Francis Horner* (Londres: London School of Economics, 1957). Sobre John Wheatley, véase Frank W. Fetter, «The Life and Writings of John Wheatley», *Journal of Political Economy*, 50 (junio de 1942), pp. 357-76. «Doctrinal Antecedents», de Salerno, ha puesto de relieve en solitario el centro de las notables aportaciones de Peter Lord King para la elaboración completa de la posición bullionista.

El crucial papel de Thornton para impulsar a David Ricardo hacia un bullionismo mecanicista en oposición a su confuso planteamiento anterior, se describe en el excelente e importante artículo de Charles F. Peake, «Henry Thornton and the Development of Ricardo's Economic Thought», *History of Political Economy*, 10 (Verano de 1978), pp. 193-212. Véase también Salerno, «Doctrinal Antecedents». Sobre Ricardo, véase también R.S. Sayers, «Ricardo's Views on Monetary Questions», *Quarterly Journal of Economics* (1953), en T.S. Ashton y R.S. Sayers (eds.), *Papers in English Monetary History* (Oxford: The Clarendon Press, 1953), pp. 76-95. David Weatherall, *David Ricardo*, ofrece una importante discusión de las opiniones monetarias de Ricardo. Sobre el propio *Bullion Committee Report*, véase Fetter, *Development*; Frank W. Fetter, «The Bullion Report Reexamined» (1942), en Ashton and Sayers, *Papers*, pp. 66-75, y especialmente el definitivo ensayo de Frank W. Fetter, «The Politics of the Bullion Report», *Economica*, n.s. 26 (mayo de 1959), pp. 99-120.

Sobre el restablecimiento del pago en metálico, véase, además de las numerosas fuentes citadas más arriba, Cecil C. Carpenter, «The English Specie Resumption of 1821», *Southern Economic Journal*, 5 (julio de 1938), pp. 45-54. Salim Rashid aporta una notable contribución al descubrimiento de la importante influencia de Edward Copleston sobre el retorno al oro, en Salim Rashid, «Edward Copleston, Robert Peel, and Cash Payments», *History of Political Economy*, 15 (Verano de 1983), pp. 249-59.

Sobre la respuesta al pánico de 1819 en Estados Unidos, véase Rothbard, *The Panic of 1819.* Véase también Mark Skousen, *Economics of a Pure Gold Standard* (1977, 2.ª ed., Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute de Auburn University, 1988). Sobre Jefferson, véase también Luttrell, «Thomas Jefferson», y sobre Busch and Storch, véase el interesante descubrimiento de Peter Bernholz, «Inflation and Monetary Constitutions in Historical Perspective», *Kyklos*, 36, n.º 3 (1983), pp. 406-9.

Recientemente hemos podido tener conocimiento de la interesante controversia sueca de mediados del siglo XVIII sobre el dinero *fiat*. Sobre el tema, véase Robert V. Eagly (ed.), *The Swedish Bullionist Controversy* (Filadelfia: American Philosophic Society, 1971), en su «Introductory Essay». El resto del libro traduce por primera vez el tratado de 1761 de Pehr Niclas Christiernin *Summary*

of Lectures on the High Price of Foreign Exchange in Sweden. Véase también el largo e interesante artículo de Carl G. Uhr, «Anders Chydenius, 1729-1803, A Finnish Predecessor to Adam Smith», *Western Economic Journal*, 2 (Primavera de 1964), pp. 85-116.

Escuelas monetaria y bancaria

La mejor síntesis general de la controversia entre las escuelas monetaria y bancaria es la de Marion R. Daugherty, «The Currency-Banking Controversy, Part I», *Southern Economic Journal*, 9 (octubre de 1942), pp. 140-55; y «The Currency-Banking Controversy: II», *Southern Economic Journal*, 9 (enero de 1943), pp. 241-50. La exposición más completa e indispensable es Frank W. Fetter, *Development of British Monetary Orthodoxy, 1797-1875* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1965). Véase también Jacob Viner, *Studies in the Theory of International Trade* (Nueva York: Harper & Bros, 1937), cap. V, y, tanto en Estados Unidos como Gran Bretaña, Lloyd Mints, *A History of Banking Theory in Great Britain and the United States* (Chicago: University of Chicago Press, 1945). Elmer Wood, *English Theories of Central Banking Control, 1819-1858* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1939), es particular bueno en lo referente a las controversias teóricas sobre las repercusiones de la Ley Peel.

Sobre el transfondo de la Ley Peel, véase J.K. Horsefield, «The Origins of the Bank Charter Act, 1844», en T.S. Ashton y R.S. Sayers (eds.), *Papers in English Monetary History* (Oxford: The Clarendon Press, 1953), pp. 109-25. Al propio Peel se le valora en un importante artículo de Boyd Hilton, «Peel: A Reappraisal», *Historical Journal*, 22 (septiembre de 1979), pp. 585-614. Hilton interpreta a Peel como estatista con principios liberales cada vez más firmes, dentro de los cuales emplea una magnífica táctica para llevar esos principios a la práctica. Pero, por otra parte, Hilton, que desconoce la teoría económica, interpreta mal a quien le aventaja en la argumentación económica, y se mofa de la interpretación de Peel como dogmático inflexible en contraste con la anterior interpretación histórica de Peel como oportunista sin principios.

R.S. Sayers recoge, expone y analiza los escritos de Pennington en su edición de *Economic Writings of James Pennington* (Londres: London School of Economics, 1963). A Robert Torrens, sus teorías, y sus controversias, dedica una soberbia obra Lionel Robbins, *Robert Torrens and the Evolution of Classical Economics* (Londres: Macmillan, 1958). La mejor discusión de Thomas Tooke sigue siendo T.E. Gregory, «Introduction» a Thomas Tooke y William Newmarch, *A History of Prices and of the State of the Circulation from 1792 to 1856* (Nueva York: Adelphi Printing Co., 1928). Arie Arnon intenta absurdamente interpretar el pensamiento de Tooke sobre la base de una inexistente conversión posterior a la banca libre. Arie Arnon, «The Transformation in Thomas

Tooke's Monetary Theory Reconsidered», *History of Political Economy*, 16 (Verano de 1984), pp. 311-26. La teoría del ciclo económico de James Wilson se expone en Robert G. Link, *English Theories of Economic Fluctuations, 1815-1848* (Nueva York: Columbia University Press, 1959), que contiene también una excelente exposición de la teoría de John Stuart Mill sobre el ciclo económico. Para una elaboración de la tesis de Wilson, véase H.M. Boot, «James Wilson an the Commercial Crisis of 1847», *History of Political Economy*, 15 (Invierno de 1983), pp. 567-83.

Vera C. Smith, *The Rationale of Central Banking* (1936, Indianapolis: Liberty Press, 1990) [ed. esp.: *Los fundamentos de la banca central y de la libertad bancaria* (Madrid: Aosta/Unión Editorial, 1993)] es una obra pionera y excelente sobre las controversias acerca de la libertad bancaria y la escuela bancaria en Inglaterra, Estados Unidos, Franica y Alemania, y sigue siendo la mejor obra sobre el tema.

Sobre Johann Louis Tellkampf, véase, además de Smith, Joseph Dorfman, *The Economic Mind in American Civilization* (Nueva York, 1946), II, pp. 833-5. Smith no sólo trata de importantes aunque oscuros escritores tales como Cernuschi y Modeste, sino que también ofrece una buena síntesis de la historia de la banca en los cuatro países en el siglo XIX. Particularmente interesante es la clasificación que la Smith hace de los economistas que intervinieron en las discusiones sobre la libertad bancaria, agrupándolos primero según la escuela a que pertenecían (monetaria o bancaria) y, dentro de cada una de ellas, según su posición frente a la libre competencia o el monopolio. Lawrence H. White, *Free Banking in Britain: Theory, Experience, and Debate, 1800-1845* (Cambridge: Cambridge University Press, 1984), afronta la tarea de exponer los pro y los contra del pensamiento sobre la libertad bancaria tras una interrupción de 50 años. Pero al añadir nuevos nombres ingleses a la exposición de Smith, Britain se desvía peligrosamente trazando una clasificación tripartita: banca libre, escuela bancaria, escuela monetaria. Esta nueva clasificación ignora el hecho de que sus defensores de la libertad bancaria apenas constituyen una escuela unida, ya que se dividen en partidarios de la escuela bancaria y de la escuela monetaria. Además, los banqueros libres en Inglaterra difícilmente pueden ser elevados a la categoría de escuela de pensamiento, ya que la mayor parte de ellos eran simples banqueros prácticos preocupados por sus intereses del momento, sin interés alguno por el mercado libre. Además, White se equivoca cuando sostiene que en Escocia florecía la banca libre en la primera mitad del siglo XIX, pues los bancos escoceses se apoyaban en el Banco de Inglaterra, que a menudo era su fiador. Tampoco puede decirse que los bancos escoceses permanecieran realmente en la convertibilidad del oro. Tenían escasas reservas de oro, y se resistieron a todos los intentos de sus clientes de ser pagados en metálico. El intento de White por demostrar que los bancos escoceses eran superiores al sistema inglés no consigue en absoluto demostrar que

eran menos inflacionarios; su única prueba es una menor tasa de quiebras, que en modo alguno demuestra que el sistema bancario funcione mejor para la economía. A veces, una industria realmente competitiva tiene una mayor tasa de quiebras que otra privilegiada, y por lo tanto es mucho mejor.

Sobre el interesante debate entre los pensadores franceses del *laissez-faire* para aplicar los principios libertarios a las discutidas cuestiones bancarias, véase, entre otros, Henri Cernuschi, *Contre le Billet de Banque* (París, 1866); Victor Modeste, «Le Billet Des Banques D'Emmission et la Fausse Monnaie» *Journal des Économistes*, 3 (agosto de 1866), pp. 188-212; Gustave Du Puynode, «Le Billet de Banque N'est Ni Monnaie Ni Fausse Monnaie», *ibid.*, 3 (septiembre de 1866), pp. 392-5; Leon Wolowski, *ibid.*, pp. 438-41; J.G. Courcelle-Seneuil,«Le Billet De Banque N'est Pas Fausse Monnie», *ibid.*, 342-9; Victor Modeste, «Le Billet Des Banques D'Emmission Est-Il Fausse Monnaie?», *ibid.*, 4 (octubre de 1866), pp. 73-86; Gustave Du Puynode, «Le Billet De Banque N'est Ni Monnaie Ni Fausse Monnaie», *ibid.*, 4 (noviembre de 1866), pp. 261-7; Th. Mannequin, «L'Emmission Des Billets de Banque', *ibid.*, 4 (diciembre de 1866), pp. 396-410.

John Stuart Mill

Es difícil encontrar alguien en la historia del pensamiento que haya sido más notable y sistemáticamente sobreestimado, como economista, como filósofo político, como pensador en general, o como hombre, que John Stuart Mill. Desgraciadamente, los historiadores han tendido a seguir el ejemplo de la opinión dominante en tiempos del propio Mill. Los historiadores ordinarios han continuado esta tradición, incluso en economía, donde su reputación desgraciadamente ha experimentado una rehabilitación. Como consecuencia de ello, la sobreinversión de «recursos escolares» en Mill, para intentar rastrear, interpretar y hacer coherentes cada una de sus palabras y pensamientos, es inmensa. Apenas es posible, y en todo caso no merece la pena, ponderar todo ello, y lo más difícil de todo es dar con una valoración adecuada del mismo en cuanto filiopietista tortuoso y confuso. Sólo puedo recomendar lo que considero más útil para descubrir lo esencial de Mill.

Ante todo, claro está, las obras del propio Mill, siendo la más importante para nuestros propósitos sus *Principles of Political Economy*, bien su edición clásica de Ashley (1909, reimpr., Penguin, 1970), bien en la edición de sus *Collected Works* (2 vols., Toronto: University of Toronto Press, 1965). También son importantes sus *Essays on Some Unsettled Questions on Political Economy* (1844, reimpr., Londres: London School of Economics, 1948).

La biografía clásica es la de Michael St John Packe, *The Life of John Stuart Mill* (Londres: Secker & Warburg, 1954). Iris Wessel Mueller, *John Stuart Mill*

and French Thought (Urbana, Ill: University of Illinois Press, 1956) es interesante para apreciar la influencia de los teóricos socialistas franceses sobre Mill. La discusión *(cherchez la femme!)* sobre la medida en que Harriet Taylor influyó en Mill en un sentido socialista se expone por extenso en F.A. von Hayek, *John Stuart Mill and Harriet Taylor* (Chicago: University of Chicago Press, 1951) (sí), y H.O. Pappe, *John Stuart Mill and the Harriet Taylor Myth* (Melbourne: Melbourne University Press, 1960) (no). En todo caso, no hay duda de que Mill sufrió, como graciosamente señala Gertrude Himmelfarb, de «excesiva uxoritis». La mejor semblanza del joven Mill como líder de los radicales filosóficos es la de Joseph Hamburger, *Intellectuals in Politics. John Stuart Mill and the Philosophical Radicals* (New Haven: Yale University Press, 1965).

Probably la mejor apología reciente de las opiniones de Mill sobre política económica es la de Pedro Schwartz, *The New Political Economy of J.S. Mill* (Durham, NC: Duke University Press, 1972). Para un irónico correctivo, véase Ellen Frankel Paul, «John Stuart Mill: 1806-1873», en *Moral Revolution and Economic Science* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1979), pp. 146-99.

La más reciente, y con mucho la más grandiosa, de las glorificaciones al uso de Mill es la de Samuel Hollander, *The Economics of John Stuart Mill* (2 vols.; Toronto: University of Toronto Press, 1986). Esta obra es la 3.ª Parte del ambicioso y grotesco proyecto de Hollander de transformar a todos los economistas clásicos en perfectos defensores de la doctrina neoclásica del equilibrio general. Una demoledora y muy oportuna crítica de todo este proyecto, en la recensión de los volúmenes de Mill por Terence W. Hutchison, «Review of *The Economics of John Stuart Mill*, by Samuel Hollander», *Journal of Economic Literature*, 25 (marzo de 1987), pp. 120-22. Hutchison califica «la gigantesca operación» de «reunificación envuelta en anacronismo», y pregunta:

> ¿A qué escribir —o leer— 1.037 páginas sobre la economía de Mill, en lugar de compilar una antología de 1.037 páginas con los propios escritos económicos de Mill con algunas notas útiles y una introducción informativa? Mill no es un escritor recién descubierto, y en todo caso, Hollander no tiene ninguna nueva información biográfica que ofrecer. Mill no escribió tan oscura y abstrusamente que necesite mucho espacio para aclarar su pensamiento. De hecho, el recensor encuentra que Mill es un escritor mucho más claro y ordenado que Hollander.

Hutchison señala que, al no poder su padre James Mill encajar en el molde proto-walrrasiano, su influencia sobre su hijo es gravemente subestimada. En efecto, Hutchison concluye que los volúmenes de Hollander «despliegan una extraordinaria capacidad... de apartar, desatender, o devaluar la prueba, sin embargo simple y clara, de los conflictos con las interpretaciones de Hollander» (Hutchison, pp. 120-21).

Alexander Gray, *The Development of Economic Doctrine* (Londres: Longmans, Green, 1931), ofrece una perspicaz discusión de Mill y Cairnes, pp. 277-92. Una aguda crítica técnica de Mill entre los demás economistas clásicos en *A History*

of the Theories of Production & Distribution, de Edwin Cannan (3.ª ed., Londres: Staples Press, 1917).

Uno de los más estimables, y también uno de los economistas e historiadores del pensamiento más desatendidos, en nuestro tiempo, es William H. Hutt. Su *The Theory of Collective Bargaining 1930-1985* (San Francisco: Cato Institute, 1980), pp. 1-6, corrige la centenaria confusión sobre la teoría del fondo de salarios y la actitud de los economistas hacia los sindicatos. Para precisar el papel ambivalente de Mill en el desarrollo de la ley de Say debe consultarse su obra *A Rehabilitation of Say's Law* (Athens, Ohio: Ohio University Press, 1974).

La historiadora neo-conservadora Gertrude Himmelfarb se suele leer con agrado, si bien disentimos de la semblanza que hace de los dos Mill, el moralista conservador imperativo (bien) y el libertario (mal), en Gertrude Himmelfarb, *On Liberty and Liberalism. The Case of J.S. Mill* (Nueva York: Knopf, 1974). Es difícil perfilar claramente a Mill; en cierto sentido, sólo hay un Mill —polifacético, contradictorio, caleidoscópico, errático, confuso y filiopietista.

Pero el ensayo con mucho más útil sobre la estrategia, recepción e importancia de los *Principles* de Mill es el de N.B. de Marchi, «The Success of Mill's *Principles*», *History of Political Economy*, 6 (Verano de 1974), pp. 119-57. También sobre Mill como rehabilitador de Ricardo, véase Frank W. Fetter, «The Rise and Decline of Ricardian Economics», *History of Political Economy*, 1 (Primavera de 1969), pp. 80-81. Sobre el impacto indirecto del triunfo de Mill, véase J.G. Smith, «Some Nineteenth Century Irish Economists», *Economica*, n.s. 2 (febrero de 1935), pp. 25-32; y R.D.C. Black, «Trinity College, Dublin, and the Theory of Value, 1832-1863», *Economica*, n.s. 12 (agosto de 1945), pp. 146-8.

Un excelente artículo sobre John Stuart Mill y el cambio de los liberales clásicos hacia el imperialismo es el de Eileen P. Sullivan, «Liberalism and Imperialism: J.S. Mill's Defense of the British Empire», *Journal of the History of Ideas*, 44 (octubre-diciembre de 1983), pp. 599-617. Sobre Wakefield, véase también Leonard P. Liggio, «The Transportation of Criminals: A Brief Political-Economical History», en R. Barnett y J. Hagel III (eds.), *Assessing the Criminal: Restitution, Retribution, and the Legal Process* (Cambridge, Mass.: Ballinger Publication Co., 1977), pp. 285-91.

A la sombra de Mill: Cairnes y los inductivistas

Sobre la metodología de Cairnes, véase John Elliott Cairnes, *The Character and Logical Method of Political Economy* (2.ª ed., Londres: Macmillan, 1875); y Murray N. Rothbard, *Individualism and Philosophy of the Social Sciences* (1973; San Francisco: Cato Institute, 1979), pp. 49-50. Sobre Cairnes y la controversia australiana del oro, véase Crauford D. Goodwin, «British Economists and Australian

Gold», *Journal of Economic History*, 30 (junio de 1970), pp. 405-26; y Frank W. Fetter, *Development of British Monetary Orthodoxy, 1797-1875* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1965), pp. 240-9.

Sobre la aparición de William Whewell y los inductivistas baconianos, véase N.B. de Marchi y R.P. Sturges, «Malthus and Ricardo's Inductivist Critics: Four Letters to William Whewell», *Economica*, n.s. 40 (noviembre de 1973), pp. 379-93; I. Bernard Cohen, *Revolution in Science* (Cambridge, Mass.: Belknap Press of Harvard University Press, 1985), p. 528; y S.G. Checkland, «The Advent of Academic Economics in England», *The Manchester School of Economic and Social Studies*, 19 (enero de 1951), pp. 59-66.

Pensamiento socialista y marxista

Sobre el socialismo en general, y sobre Marx y el marxismo en particular, se han escrito literalmente millones de palabras, y de esta inmensa literatura seleccionaré sólo aquellas lecturas y fuentes que parecen más útiles. Para un análisis y crítica general del socialismo, la primera obra es *Socialism*, de Ludwig von Mises (3.ª ed. inglesa, Indianapolis: Liberty Classics, 1981).

Pero con mucho la más útil historia del pensamiento socialista es la obra brillante, ingeniosa, perspicaz y realmente mordaz de Alexander Gray, *The Socialist Tradition* (Londres: Longmans, Green, 1947). Igualmente indispensable es la voluminosa, muy solicitada y excitante obra James H. Billington, *Fire in the Minds of Men: Origins of the Revolutionary Faith* (Nueva York: Basic Books, 1980). Aunque no tan riguroso en el análisis de las teorías como Gray, Billington describe magistralmente las interrelaciones de numerosas figuras revolucionarias y socialistas, y pone de relieve las numerosas irracionalidades de sus posiciones. Sin embargo, tan profundo es el rechazo de Billington hacia estos temas, que a veces tacha erróneamente de socialistas a *todos* los defensores radicales del cambio social, como ocurre con el radical defensor del *laissez-faire* J.B. Say. Con todo, se trata de fallos menores en una obra monumental. También es interesante *The Socialist Phenomenon*, de Igor Shafarevich (Nueva York: Harper & Row, 1980).

Por otro lado, la muy apreciada historia del pensamiento socialista en varios volúmenes de G.D.H. Cole, en particular el vol. I, *Socialist Thought: The Forerunners 1789-1850* (Londres: Macmillan, 1959), y el vol. II, *Socialist Thought: Marxism and Anarchism 1850-1890* (Londres: Macmillan, 1957), es lamentablemente inadecuada, tanto desde el punto de vista histórico como desde el analítico.

Por desgracia, la obra de Alexander Gray omite el tema vital del milenarismo apocalíptico en el pensamiento socialista y marxista. Sobre este tema, véase la amilenarista crítica cristiana de Thomas Molnar, *Utopia: The Perennial*

Heresy (Nueva York: Sheed & Ward, 1967), y el breve pero profundo artículo del mismo autor «Marxism and the Utopian Theme», en *Marxist Perspectives* (Invierno de 1978), pp. 144-58. Véase también del mentor de Molnar, Eric Voegelin, «The Formation of the Marxian Revolutionary Idea», en *Review of Politics*, 12 (julio de 1950), pp. 275-302; y J.L. Talmon, *Political Messianism: The Romantic Phase* (Nueva York: Praeger, 1960). Véase también el breve tratamiento del «socialismo quiliástico» en von Mises, *Socialism*, pp. 249-55.

Sobre los diversos grupos radicales durante la Guerra Civil inglesa, véase la estupenda y actualizada panorámica de F.D. Dow, *Radicalism in the English Revolution, 1640-1660* (Oxford: Basil Blackwell, 1985). El libro de Dow comete el grave error de considerar al comunista igualitario Winstanley como piedra de toque para la valoración de los demás grupos radicales.

De los milenaristas teocráticos tales como los rosicrucianos trata Paul Gottfried, «Utopianism of the Right: Maistre and Schlegel», *Modern Age*, 24 (Primavera de 1980), pp. 150-60. Véase también Gottfried, *Conservative Millenarians; the Romantic Experience in Bavaria* (Nueva York: Fordham University Press, 1979).

La fascinante obra de C. Patrides y J. Wittreich (eds.), *The Apocalypse: in English Renaissance Thought and Literature* (Ithaca: Cornell University Press, 1984), mucho más amplia de lo que indica su subtítulo, contiene dos importantes artículos directamente relacionados con el marxismo: Ernest L. Tuveson, «The Millenarian Structure of *The Communist Manifesto*», pp. 323-41; y M.H. Abrams, «Apocalypse: Theme and Variations», pp. 342-68.

La brillante obra de M.H. Abrams, *Natural Supernaturalism: Tradition and Revolution in Romantic Literature* (Nueva York: W.W. Norton, 1971), demuestra que el pensamiento de Marx es una variante atea de una visión panteísta determinista de la historia humana. En esta visión, el organismo colectivista, el hombre, separado y alienado de Dios-naturaleza-él mismo por el acto dialéctico de la creación del universo, está destinado a regresar algún día a una poderosa comunión cósmica en la unidad con Dios-naturaleza-él mismo, poniendo así fin a la historia. Abrams demuestra que esta curiosa concepción del mundo permeó todo el periodo romántico, no sólo en el sistema poético-filosófico del mentor espiritual de Marx, Hegel, sino también en los colegas románticos alemanes de Hegel, como Schlegel, Schiller, Schelling, Schleiermacher, Novalis, y en algunos románticos ingleses tales como Wordsworth y Coleridge. Abrams muestra cómo esta visión panteísta-organicista de un mundo «en espiral ascendente» se prolonga hasta algunas figuras románticas del siglo XX tales como D.H. Lawrence.

Robert C. Tucker, *Philosophy and Myth in Karl Marx* (Nueva York: Cambridge University Press, 1961) es una obra crucial e indispensable para clarificar e iluminar la vital importancia del comunismo milenarista y apocalíptico en el sistema marxiano, así como para explicar el paso de Marx desde el

hegelianismo al comunismo marxista. Se trata de la obra individual más importante sobre la filosofía del comunismo de Marx, y por lo tanto sobre el marxismo en su conjunto. La segunda edición (Cambridge University Press, 1972), por desgracia, no añade nada, si siquiera referencias. La monumental obra de Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism: Its Origins, Growth and Dissolution, 1: The Founders* (Nueva York: Oxford University Press, 1981), es particularmente útil para el análisis de la alienación y la dialéctica hegeliana-marxiana en Plotino y los místicos herejes cristianos de la Edad Media. Kolakowski expone brillantemente los conceptos de la herejía creatológica, según la cual Dios creó al hombre y al universo no por una abundancia de amor, sino por la necesidad de remediar sus propias imperfecciones.

La colección más completa de las obras de Marx y Engels en inglés es *Collected Works* de Marx y Engels (Nueva York: International Publishers, 1975, destinada a completarse con 51 volúmenes.

Actualmente se dispone también de la obra en tres volúmenes de Hal Draper, *The Marx-Engels Cyclopedia* (Nueva York: Schocken Books, 1985), que ofrece los diversos aspectos de la vida de Marx y Engels en detalles sorprendentemente positivos. El Vol. I se ocupa de la *Marx-Engels Chronicle*, relato de la vida diaria de ambos héroes; el Vol. II, *Marx-Engels Register*, y el Vol. III, *Marx-Engels Glossary (and Index).* Por desgracia, la visión hagiográfica de Draper le lleva a negar la reciente e indiscutible revelación de que Marx tuvo un hijo ilegítimo, Freddie Demuth, con su criada, y de que presionó a su amigo y protector, Engels, para que le reconociera como hijo suyo.

De las numerosas antologías de los escritos de Marx-Engels, la mejor y más completa es la de Robert C. Tucker (ed.), *The Marx-Engels Reader* (2.ª ed., Nueva York: W.W. Norton, 1972).

Particularmente valioso es el espléndico ensayo bibliográfico anotado de David Gordon, *Critics of Marxism* (Nueva Brunswick, NJ: Transaction Books, 1 986).

El mejor libro sobre la economía marxiana y marxista es el de David Conway, *A Farewell to Marx: An Outline and Appraisal of His Theories* (Harmondsworth, England: Penguin Books, 1987). Por otro lado, espectaculmente sobrevalorada es la obra de Thomas Sowell, *Marxism. Philosophy and Economics* (Londres: Unwin Paperbacks, 1986), que en su mayor parte es más una apología del pensamiento de Marx que un análisis crítico. Una recensión devastadora de Sowell en David Ramsay Steele, «Review of Thomas Sowell, *Marxism. Philosophy and Economics*», *International Philosophical Quarterly*, 26 (junio de 1986), pp. 201-3.

No existe una biografía de Marx completamente satisfactoria. Uno de los méritos de la obra más bien pesada de David McLellan, *Karl Marx: His Life and Thought* (Nueva York: Harper & Row, 1973) es que al menos ha desplazado la ya superada y hagiográfica biografía de Franz Mehring, *Karl Marx: The*

Story of His Life (Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press, 1962). La excelente pero subestimada obra de Robert Payne, *Marx* (Nueva York: Simon & Schuster, 1968), descubre la sórdida historia del empeño de Marx por adosar su hijo ilegítimo al desgraciado Engels. La obra de Payne fue la primera en revelar el hecho en inglés. La revelación original se hallaba en la obra en alemán de Werner Blumenberg, *Karl Marx...*(Hamburgo, 1962), pero Payne añadió nuevas e importantes pruebas, como la averiguación del certificado de nacimiento del hijo ilegítimo de Marx. El libro de Leopold Schwarzchild, *The Red Prussian: The Life and Legend of Karl Marx* (Nueva York: Scribner's, 1947), es una amena crítica de alguien que ciertamente lo merece, pero la obra no sólo está desfasada, sino falta de seriedad científica y abundante en supuestos «pensamientos» y «afirmaciones» de Marx carentes de toda prueba.

Por suerte, se dispone actualmente, por fin, de una excelente biografía de Engels, la minuciosa y vívida de W.O. Henderson, *The Life of Eriedrich Engels* (2 vols., Londres: Frank Cass, 1976).

Además de la obra de Tucker, sumamente valioso sobre el comunismo de Marx en su perspectiva filosófico-religiosa, así como sobre la vía juvenil de Marx al comunismo, es el libro de Bruce Mazlish, *The Meaning of Karl Marx* (Nueva York: Oxford University Press, 1984), en el que el autor adopta una óptica psicoanalítica. Sobre Marx como comunista véase también Murray N. Rothbard, «Karl Marx: Communist as Religious Eschatologist», en Yuri Maltsev (ed.), *Requiem for Marx* (Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute of Auburn Universiy, 1993), pp. 221-94. También indispensable sobre el joven Marx, incluido el texto traducido de su revelador drama poético, *Oulanem*, es Robert Payne, *The Unknown Karl Marx* (Nueva York: New York University Press, 1971). Para otras traduciones de los poemas, véase también Richard Wurmbrand, *Marx and Satan* (Westchester, Ill.: Crossway Press, 1986), si bien Wurmbrand exagera al afirmar que Marx era miembro de un culto satánico. Sobre Marx, véase también Fritz J. Raddatz, *Karl Marx: A Political Biography* (Boston: Little, Brown, 1978). Una excelente aunque lamentablemente subestimada obra sobre Marx y el sistema marxiano es la de Gary North, *Marx's Religion of Revolution: Regeneration Through Chaos* (1968, 2.ª ed., Tyler, Texas: Institute for Christian Economics, 1989). North subraya con razón la esencia del marxismo como «religión», y se adelanta a denunciar el mito de un Marx «preocupado por la pobreza» durante sus años en Londres. Por el contrario, North demuestra que Marx vivió bastante bien, ayudado por Engels y otros entusiastas seguidores, aunque siempre quejándose de sus problema de dinero, exigiendo nuevas subvenciones y constantemente endeudado, sin que por ello dejara de denunciar el «fetichismo del dinero bajo el capitalismo». North destaca también la común infravaloración de Engels y la sobrevaloración de Marx, que él sagazmente atribuye en Engels a la «tradicional reverencia germánica por el duro trabajo académico, [que] coloreó su propia auto-

valoración justo hasta su muerte». North, Prefacio a *Religion of Revolution*, p. xliii. Un excelente resumen de los hallazgos de North sobre el gorroneo de Marx y otros desagradables aspectos de su carácter, en Gary North, «The Marx Nobody Knows», en Maltsev (ed.), *Requiem for Marx*, pp. 75-124.

Sobre Hegel y la influencia de su visión del mundo sobre Marx, véase el excelente libro de Tucker, *Philosophy and Myth*. El volumen *Main Currents*, de Kolakowski, es indispensable para el estudio de los orígenes de la dialéctica. El *Hegel* (Bloomington, Indiana: University of Indiana Press, 1973), de Raymond Plant, es especialmente útil para orientarse en el cenagal hegeliano, especialmente en su filosofía política. Sobre la influencia de Sir James Steuart en Hegel, véase también Paul Chamley, «Les origines de la pensée économique de Hegel», *Hegel Studien*, tomo 3 (1965), pp. 225-62. Sobre la filosofía política de Hegel, véase también la antología de Walter Kaufmann (ed.), *Hegel's Political Philosophy* (Nueva York: Atherton Press, 1970), y especialmente E.F. Carritt, «Reply», (1940). Una devastadora crítica de Hegel en Karl R. Popper, *The Open Society and Its Enemies* (Nueva York: Harper Torchbooks, 1963), Volume II. Sobre el hegelianismo revolucionario de izquierda, Billington, *Fire in the Minds*, y David McLellan, *The Young Hegelians and Karl Marx* (Londres: Macmillan, 1969).

Sobre el materialismo histórico y la dialéctica en Marx, véase la lúcida y enérgica crítica de Ludwig von Mises en *Theory and History* (1957, Auburn, Ala.: von Mises Institute, 1985), pp. 102-58; una detallada refutación de Marx en John Plamenatz, *German Marxism and Russian Communism* (Nueva York: Longmans, Green & Co., 1954), pp. 9-54, completada por Plamenatz, *Man and Society*, II (Londres: Longmans, 1963); y la clásica obra de M.M. Bober, *Karl Marx's Interpretation of History* (2.ª ed. rev., Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1948).

Sobre el concepto marxiano de clase y lucha de clases, véase la profunda crítica de Ludwig von Mises en *Socialism: An Economic and Sociological Analysis* (3.ª ed., Indianapolis: Liberty Classics, 1981), pp. 292-313. Se introduce aquí la brillante yustaposición de los conceptos de «clase» frente a «casta», con el empleo del término «estado» para el último concepto. Se emplea, por el contrario, el térmnino «casta» en *Theory and History*, pp. 112-47, que también analiza críticamente la doctrina marxiana de la «ideología». Para una excelente discusión de la clase y la casta, véase también Walter Sulzbach, «'Class' and Class Struggle», *Journal of Social Philosophy and Jurisprudence*, 6 (1940 41), pp. 22-34.

Sobre la confusión de Marx y Engels acerca de los conceptos «libertarios» de casta y clase, especialmente en sus análisis de los acontecimientos franceses contemporáneos, véase la pequeña joya del artículo de Ralph Raico, «Classical Liberal Exploitation Theory: A Comment on Professor Liggio's Paper», *The Journal of Libertarian Studies*, I (Verano de 1977), pp. 179-83. Véase

en particular el desarrollo del análisis en su «Classical Liberal Roots of the Marxist Doctrine of Classes», en Maltsev (ed.), *Requiem for Marx*, pp. 189-220. Sobre las confusiones del concepto de «burgués», que agrava el embrollo, véase Raico, «Classical Liberal Exploitation», p. 179; y la ilustrativa discusión en Raymond Ruyer, «The New Bourgeois» (manuscrito inédito, 8 pp., traducido por R. Raico, de Ruyer, *Éloge de la societé de la consommation*, Paris: Calmann-Levy, 1969).

Sobre los saint-simonianos y su confusa versión de las doctrinas acerca de las clases, y la relación entre Saint-Simon y los libertarios Charles Comte and Charles Dunoyer, véase el *locus classicus* de esta historia en Élie Halévy, «Saint-Simonian Economic Doctrine» (1907), en su *The Era of Tyrannies* (1938, Garden City, NY: Doubleday Anchor Books, 1965), pp. 21-104. Véase también Leonard P. Liggio, «Charles Dunoyer and French Classical Liberalism», *Journal of Libertarian Studies*, I (Verano de 1977), pp. 153-78. Mark Weinburg, «The Social Analysis of Three Early 19th Century French Liberals: Say, Comte, and Dunoyer», 2 (Invierno de 1978), pp. 45-63; y James Bland Briscoe, «Saint-Simonianism and the Origins of Socialism in France» (tesis doctoral en historia, Columbia University, 1980). Para una versión moderna de los principales miembros de la escuela de Comte-Dunoyer, véase Augustin Thierry, *Theory of Classical Liberal «Industrielisme»* (trad. Mark Weinburg, Nueva York: Center for Libertarian Studies, Feb. 1978).

Sobre la relación, y el contraste, entre las ideologías liberales del *laissez-faire* y los saint-simonianos científicos y tecnocráticos, véase la importante obra de F.A. von Hayek, *The Counter-Revolution of Science* (Glencoe, Ill.: The Free Press, 1952). Es de destacar la importante obra saint-simoniana en la traducción que lleva por título *The Doctrine of Saint-Simon. An Exposition* (trad. G.G. Iggers, Boston: Beacon Press, 1958). El totalitarismo de los saint-simonianos lo denuncia Georg G. Iggers, *The Cult of Authority* (2.ª ed., The Hague: Martinus Nijhoff, 1970); y sus desatinos los revela ingeniosamente Alexander Gray, *The Socialist Tradition*, pp. 136-68; también los describe con hilaridad J.L. Talmon, *Political Messianism: The Romantic Phase* (Nueva York: Praeger, 1960), pp. 35-124. Los movimientos de los saint-simonianos, y su influencia sobre Marx, los describe Billington, *Fire in the Minds;* sobre la revelación de Kovalevsky de la influencia sobre Marx del mentor de su infancia el saint-simoniano Barón Ludwig von Westphalen, véase Georges Gurvitch, «Saint-Simon et Karl Marx', *Revue Internationale de Philosophie*, 14 (1960), p. 400.

La mejor discusión sobre los socialistas ricardianos: William Thompson, John Gray, y John Francis Bray, se halla en el siempre brillante Alexander Gray, *The Socialist Tradition* (Londres: Longmans, Green, 1947), pp. 269-96. Sobre estos tres, y especialmente sobre Bray, véase también G.D.H. Cole, *Socialist Thought: The Forerunners, 1789-1850* (Londres: Macmillan, 1959), pp. 112-9, 132-9. También sobre Bray, véase Joseph Dorfman, *The Economic Mind*

in American Civilization, 1606-1865 (Nueva York: Viking Press, 1946), II, pp. 686-9, 961-2.

Sobre Thomas Hodgskin, tenemos la suerte de disponer de una biogrfía magníficamente escrita, obra del gran Élie Halévy, *Thomas Hodgskin* (1903, Londres: Ernest Benn Ltd, 1956). Llevaba razón Alexander Gray cuando en 1948 escribía: «Es sorprendente, y en ningún caso mérito nuestro, el que seamos deudores a un francés de la única biografía de Hodgskin; y más sorprendente aún que tengamos que contar para nuestro conocimiento de una gran parte de Hodgskin con los extractos de sus escritos inéditos tal como fueron seleccionados y traducidos al francés por Halévy.» Gray, *Socialist Tradition*, p. 278n. Es una suerte que el libro de Halevy haya sido traducido al inglés. También en el libro de Gray se valora positivamente el talento de Hodgskin y se elogia su «gran distinción intelectual».

Un interesante artículo sobre Hodgskin y el *Economist*, que sin embargo exagera la influencia de Hodgskin sobre Herbert Spencer, es el de Scott Gordon, «The London *Economist* and the High Tide of Laissez Faire», *The Journal of Political Economy*, 63 (diciembre de 1955), pp. 461-88.

Sobre Marx y la filosofía del capitalismo, véase Conway, *A Farewell to Marx*; y la clásica refutación de la teoría de Marx sobre el valor realizada por Eugen von Bohm-Bawerk, *Karl Marx and the Close of His System* (Sweezy ed., Nueva York: Kelley, 1949) [en español: *La conclusión del sistema marxiano* (Madrid: Unión Editorial, 2000]. Sobre Marx y la ley de hierro de los salarios, véase Ludwig von Mises, «The Marxian Theory of Wage Rates», en Eugen von Bohm-Bawerk, *The Exploitation Theory of Socialism-Communism* (3.ª ed., South Holland, Ill.: Libertarian Press, 1975), pp. 147-51. Sobre el concepto de alienación en Marx en cuanto basado en la división del trabajo, y no sólo en el sistema salarial, véase Paul Craig Roberts, *Alienation and the Soviet Economy* (1971, 2.ª ed., Nueva York: Holmes & Meier, 1990); y Paul Craig Roberts y Matthew A. Stephenson, *Marx's Theory of Exchange, Alienation and Crisis* (2.ª ed., Nueva York: Praeger, 1983). Sobre Marx y el empobrecimiento, véase Gary North, *Marx's Religion of Revolution* (Nutley, NJ: The Craig Press, 1968), pp. 14041; Bober, *Karl Marx's Interpretation of History*, pp. 213-21; Mises, *Socialism*, pp. 381-4; y Schumpeter, *History*, p. 686n. Sobre la teoría de ciclo en Marx, véase Bober, *Marx's Interpretation.* Sobre la teoría no monetaria, o de la sobreinversión o desproporcionalidad, de Tugan-Baranowsky, como variante de la teoría marxiana del ciclo, véase Sergio Amato, «Tugan-Baranowsky...», en I.S. Koropeckyj (ed.), *Selected Contributions of Ukrainian Scholars to Economics* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1984), pp. 1-59; y Gottfried Haberler, *Prosperity and Depression* (4.ª ed., Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1958), pp. 7285.

El último grupo de «marxistas analíticos» en Inglaterra, capitaneados por John Roemer y Jon Elster, están muy de moda, tal vez porque virtualmente

han abandonado totalmente el marxismo, orientándose hacia un individualismo metodológico. Los marxistas analíticos han abandonado la teoría marxiana del valor-trabajo, redefiniendo la «explotación» como basada únicamente en la desigualdad de renta y riqueza, doctrina muy izquierdista pero muy poco marxiana. Para una doctrina de esta escuela por un marxista ortodoxo, véase Michael A. Lebowitz, «Is 'Analytical Marxism' Marxism?», *Science and Society*, 52 (Verano de 1988), pp. 191-214. Para una demolición definitiva del marxismo analítico, véase David Gordon, *Resurrecting Marx. The Analytical Marxists on Freedom, Exploitation, and Justice* (New Brunswick, NJ: Transaction Books, 1990).

La escuela francesa del *laissez-faire* y su influencia

Sobre la escuela francesa del *laissez-faire* y su influencia en Europa y los Estados Unidos en el siglo XIX, véase el fundamental artículo Joseph T. Salerno, «The Neglect of the French Liberal School in Anglo-American Economics: A Critique of Received Explanations», *Review of Austrian Economics*, 2 (1988), pp. 113-56. En su importante y agudo ensayo, Salerno corrige la convencional apreciación despectiva del ingenio teórico de Bastiat y de los liberales franceses, y demuestra su considerable influencia sobre la teoría económica en el siglo XIX, comprendidos los marginalistas.

La única biografía satisfactoria de Bastiat es la de Dean Russell, *Frédéric Bastiat: Ideas and Influence* (Irvington-on-Hudson: Foundation for Economic Education, 1965). Aunque Russell es admirador de Bastiat, infravalora su teoría económica considerándola muy inferir desde el punto de vista de la Escuela Austriaca. Russell se equivoca al pensar que el énfasis de Bastiat en los *servicios* inmateriales en lugar de en los bienes materiales, así como su insistencia en las necesidades de los consumidores, constituyen grandes *pasos adelante* hacia la teoría austriaca frente a la dominante escuela clásica británica. Más material sobre la carrera de Bastiat como legislador puede hallarse en George Charles Roche III, *Frédéric Bastiat: A Man Alone* (New Rochelle, NY: Arlington House, 1971), pp. 82-122. Véase también la discusión de Bastiat en Israel M. Kirzner, *The Economic Point of View* (Princeton, NJ: D. Van Nostrand, 1960), pp. 82-4. También Robert F. Hébert, «Claude Frédéric Bastiat», *New Palgrave Dictionary, I,* pp. 204-5. Sobre el congreso internacional de economistas celebrado en Bruselas, véase Joseph Garnier, «Économistes (Congres des)», en C. Coquelin y C. Guillaumin (eds.), *Dictionnaire d'Économie Politique* (París: Guillaumin, 1852), I, pp. 671-2. Nada puede sustituir la lectura directa de las deliciosas obras de Bastiat; véase las traduciones de sus volúmenes *Economic Harmonies, Economic Sophisms,* and *Selected Essays of Political Economy,* todos ellos publicados por D. Van Nostrand, Princeton, NJ., 1964.

El mejor tratamiento de Molinari es el artículo en tres partes de David M. Hart, «Gustave de Molinari and the Anti-statist Liberal Tradition: Part I», *Journal of Libertarian Studies*, V (Verano de 1981), pp. 263-90; «Gustave de Molinari and the Anti-statist Liberal Tradition: Part II», *Journal of Libertarian Studies*, V (Otoño de 1981), pp. 399-434; y «Gustave de Molinari and the Anti-statist Liberal Tradition: Part III», *Journal of Libertarian Studies*, VI (Invieerno de 1982), pp. 83-104.

Existen en inglés traducciones de la pionera obra anarco-capitalista de Molinari: *The Production of Security* (Nueva York: Center for Libertarian Studies, mayo de 1977) (con prefacio de M. Rothbard); y su Undécima Soirée en Hart, «Molinari, Part III», pp. 88-104. El único libro de Molinari que se tradujo al inglés cuando él ya había abandonado el anarco-capitalismo fue: *The Society of Tomorrow* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1904).

Para un examen positivo de Molinari y la protección privada debida a un economista moderno, véase Bruce L. Benson, «Guns for Protection and Other Private Sector Responses to the Fear of Rising Crime», en D. Kates (ed.), *Firearms and Violence: Issues of Public Policy* (San Francisco: Pacific Institute for Public Policy Research, 1984), pp. 346-56.

Sobre la influencia de Bastiat y Francesco Ferrara en Italia, y sobre la difusión del historicismo y el socialismo en la década de 1870, véase Luigi Cossa, *An Introduction to the Study of Political Economy* (Londres: Macmillan, 1893).

Para una discusión general de la economía académica francesa en el siglo XIX, véase Alain Alcouffe, «The Institutionalization of Political Economy in French Universities, 1819-1896», *History of Political Economy*, 21 (Verano de 1989), pp. 313-44.

Sobre Francesco Ferrara y la escuela italiana de *laissez-faire*, véase también Ugo Rabbeno, «The Present Condition of Political Economy in Italy», *Political Science Quarterly*, 6 (Septiembre de 1891), pp. 439-73; y Piero Barucci, «The Spread of Marginalism in Italy, 1871-1890», en R.D.C. Black, A.W. Coats, C.D.W. Goodwin (eds.), *The Marginal Revolution in Economics: Interpretation and Evaluation* (Durham, NC: Duke University Press, 1973), pp. 246-66.

La mejor discusión sobre Pareto, combinada con varias traducciones de artículos del mismo y resúmenes de sus obras, es la de Placido Bucolo (ed.), *The Other Pareto* (Londres: Scolar Press, 1980). También es interesante la introducción de S.E. Finer, así como su compilación de escritos de Vilfredo Pareto, *Sociological Writings* (ed. S. Finer, Londres: Pall Mall Press, 1966), y S.E. Finer, «Pareto and Pluto-Democracy: The Retreat to Galapogos», *American Political Science Review,* 62 (1968), pp. 440-50. Un buen tratamiento en Salerno, «Neglect».

Sobre Bastiat y las concepciones del *laissez-faire* en Suecia, véase Eli F. Heckscher, «A Summary of Economic Thought in Sweden, 1875-1950», *The Scandinavian Economic History Review,* I (1953), pp. 105-25. Sobre el economis-

ta libertario y defensor del *laissez-faire* John Prince Smith en Alemania, véase el excelente artículo de Ralph Raico, «John Prince Smith and the German Free Trade Movement», en W. Block y L. Rockwell (eds.), *Man, Economy, and Liberty: Essays in Honor of Murray N. Rothbard* (Auburn University, Ala.: The Ludwig von Mises Institute, 1988), pp. 341-51. Véase también W.O. Henderson, «Prince Smith and Free Trade in Germany», *Economic History Review*, 2.ª serie, 2 (1950), rpr. en Henderson, *Britain and Industrial Europe, 1750-1870* (Liverpool, 1954). Sobre el socio de Prince Smith, Julius Faucher, véase Andrew R. Carlson, *Anarchism in Germany, Vol. 1. The Early Movement* (Metuchen, NJ: The Scarecrow Press, 1972), pp. 65-6. Sobre Karl Heinrich Rau, véase Keith Tribe, *Governing Economy: The Reformation of German Economic Discourse 1750-1840* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), pp. 183-201. Sobre Rau, véase también H.C. Recktenwald, «Rau, Karl Heinrich», *The New Palgrave, IV*, p. 96.

Sobre el liberalismo alemán en general, véase Donald G. Rohr, *The Origins of Social Liberalism in Germany* (Chicago: University of Chicago Press, 1963); y James J. Sheehan, *German Liberalism in the Nineteenth Century* (Chicago: University of Chicago Press, 1978).

Sobre los teóricos británicos del *laissez-faire* fuertemente influidos por Bastiat, es interesante la obra de Henry Dunning Macleod. En particular, véase sus *The Elements of Political Economy* (Londres: Longman, Brown, 1857); *The History of Economics* (Nueva York: Putnam, 1896); y su *Dictionary of Political Economy, Vol. I* (Londres: 1863). De su concepción del *laissez-faire* y de la historia del pensamiento económico se ofrece una síntesis precisa en su escrito «On the Science of Economics and Its Relation to Free Exchange and Socialism», en Thomas Mackay (ed.), *A Policy of Free Exchange* (Londres: John Murray, 1894), pp. 3-46. Un balance del pensamiento de Macleod, en Salerno, «Neglect», pp. 130-32; Charles Rist, *History of Monetary and Credit Theory* (1940, NY: A.M. Kelley, 1966); Israel M. Kirzner, *The Economic Point of View* (New York: Van Nostrand, 1960), pp. 73, 202-3; y Murray N. Rothbard, «Catallactics», *The New Palgrave,* II, p. 377.

La injustamente desatendida obra de Wordsworth Donisthorpe que se ocupa de la economía del *laissez-faire* está constituida principalmente por *Individualism, A System of Politics* (Londres: Macmillan, 1889), y su *Law in a Free State* (Londres: Macmillan, 1895); el capítulo sobre «The Limits of Liberty» de la última obra está tomado de su artículo del mismo título publicado en Thomas Mackay (ed.), *A Plea for Liberty* (NY: D. Appleton & Co., 1891), pp. 63-106. Para una historia del movimiento *laissez-faire* de Donisthorpe y británico, véase W.H. Greenleaf, *The British Political Tradition* (Londres: Methuen, 1983), II, pp. 263-87. Véase también Edward Bristow, «The Liberty and Property Defence League and Individualism», *The Historical Journal*, 18 (diciembre de 1975), pp. 761-89; y John W. Mason, «Thomas Mackay: The Anti-Socialist

Philosophy of the Charity Organization Society», en K.D. Brown (ed.), *Essays in Anti-Labour History* (Londres: Macmillan, 1974), pp. 307-9. Sobre la plutología de Donisthorpe, véase sus *Principles of Plutology* (Londres: Williams & Norgate, 1876). También sobre Donisthorpe, véase Peter Newman, «Donisthorpe, Wordsworth», *New Palgrave*, I, pp. 916-7.

Sobre William E. Hearn y la economía en Australia, véase Hearn, *Plutology, or the Theory of the Efforts to Satisfy Human Wants* (Londres: Macmillan, 1864); Salerno, «Neglect», pp. 125-9; J.A. LaNauze, *Political Economy in Australia* (Melbourne: Melbourne University Press, 1949); y D.B. Copland, *William E. Hearn, First Australian Economist* (Melbourne: Melbourne University Press, 1935).

La magistral obra en varios volúmenes de Joseph Dorfman *Economic Mind in American Civilization* es indispensable para cualquier estudio sobre el pensamiento económico americano; de particular interés para el estudio del pensamiento sobre el *laissez-faire* influido por Bastiat son el *Volumen II: 1606-1865* (Nueva York: Viking, 1946) y el *Volumen III: 1865-1918* (Nueva York: Viking, 1949). También es importante para el siglo XIX posterior a la Guerra Civil Sidney Fine, *Laissez Faire and the General-Welfare State* (Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press, 1956). Véase también Salerno, «Neglect», pp. 133-8; Kirzner, *Economic Point of View*, pp. 75-77. La obra más importante de Amasa Walker es su *The Science of Wealth* (3.ª ed., Boston: Little Brown, 1867); de Arthur Latham Perry, su *Political Economy* (21.ª ed., Nueva York: Scribner, 1892). Véase también la ilustrativa serie de ensayos de Perry, *Miscellanies* (Williamstown, Mass.: edición del autor, 1902), publicado con ocasión del cincuentenario de la clase de 1852 del Williams College.

Una serie de ensayos de Holt Carroll han sido publicados en Edward C. Simmons (ed.), *Organization of Debt into Currency, and Other Essays* (Princeton NJ: Van Nostrand, 1964). Es importante la Introducción de Simmons, *ibid.*, pp. v-xxiv. Véase también la reimpresión de los ensayos de Carroll, *Congress and the Currency* (James Turk, ed., Greenwich, CT: Committee for Monetary Research and Education, Sept. 1977), tomados de *Hunt's Merchant's Magazine*, de julio de 1864. Sobre Carroll y otros defensores de la reserva del cien por cien oro, véase Skousen, *Economics of a Pure Gold Standard.* Como señala Simmons, también Dorfman omite a Carroll, mientras que las clásicas historias del pensamiento monetario en América: Mints, *History of Banking Theory*; y Harry E. Miller, *Banking Theories Before 1860* (Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1932), no hacen referencia alguna a los escritos de Carroll posteriores al inicio de la Guerra Civil.

ÍNDICE DE NOMBRES

OTROS TÍTULOS
DE «CLÁSICOS DE LA LIBERTAD»

Mises: La Acción Humana. Tratado de economía (10.ª edición)

Mises: El Socialismo (6.ª edición)

Mises: La teoría del dinero y del crédito (2.ª edición)

Hayek: Los fundamentos de la libertad (8.ª edición)

Hayek: Derecho, legislación y libertad

Hayek: Estudios de filosofía, política y economía

Hayek: Nuevos estudios de filosofía, política, economía e historia de las ideas

Rothbard: Historia del pensamiento económico.
Volumen I: El pensamiento económico hasta Adam Smith

Rothbard: El Hombre, la economía y el Estado (Vol. I)

Menger: El método de las Ciencias Sociales

Menger: Principios de economía política

Böhm-Bawerk: Ensayos de teoría económica (Vol. I)

Esta obra ofrece una historia general del pensamiento económico desde una posición «austriaca», esto es, en la perspectiva de alguien que se adhiere a la Escuela Austriaca de Economía. Sigue, pues, el camino iniciado por Schumpeter en su *Historia del análisis económico*, si bien enriqueciéndolo considerablemente. Destaca el papel de algunas figuras consideradas «menores», deshace muchas ideas convencionales e insiste sobre la importancia de las filosofías religiosas y sociales junto a las ideas estrictamente «económicas». Rastrea a lo largo de la historia ideas que posteriormente constituirán el núcleo de la Escuela Austriaca, como la concepción subjetiva del valor y el protagonismo del empresario en el proceso económico.

En este segundo volumen, el autor continúa su recorrido cronológico, esta vez sobre las ideas económicas posteriores a Adam Smith (cuyo pensamiento económico ya había analizado en los últimos apartados de su primera entrega), examinando en profundidad las teorías de Say, Bentham, James Mill, Ricardo y John Stuart Mill, entre otros clásicos, y terciando en la controversia bullionista y en la polémica sobre la escuela monetaria. En la última parte de este volumen dedica varios capítulos al examen y a la disección del pensamiento marxista, al que desmenuza con precisión, poniendo en evidencia sus contradicciones. Termina la obra con la escuela francesa del *laissez-faire,* haciendo especial hincapié en F. Bastiat.

MURRAY NEWTON ROTHBARD (1926-1995) nació en Nueva York en el seno de una familia judía oriunda de Polonia. Doctorado en la Universidad de Columbia, asistió al seminario que a la sazón mantenía Ludwig von Mises, convirtiéndose en uno de sus más brillantes discípulos. Enseñó economía en la Universidad Politécnica de Nueva York y más tarde en la Universidad de Nevada, en Las Vegas. Tuvo un papel fundamental en la formación de la ideología del partido libertario norteamericano. Fue cofundador del Cato Institute, del Ludwig von Mises Institute y del Centro de Estudios Libertarios. De Rothbard, Unión Editorial ha publicado también (además del volumen I de esta *Historia del pensamiento económico*) *El hombre, la economía y el Estado* (volumen I) y su fundamental y polémica obra *La ética de la libertad.*

Unión Editorial, S.A.
c/ Martín Machío, 15
28002 Madrid
Tel.: 91 350 02 28 - Fax: 91 181 22 12
Correo: info@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-565-6

